

**UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID**

**FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS**

**Departamento de Antropología Social y Pensamiento Filosófico Español**

Tesis Doctoral

***Exclusión Social, Desafiliación y Usos del Espacio. Una etnografía con  
Personas Sin Hogar en Madrid***

Santiago Bachiller

Directora: Dra. Pilar Monreal Requena

Co-Director: Dr. Pedro José Cabrera Cabrera

Madrid, Enero de 2008

## ÍNDICE

<b>1. Exclusión Social, Espacio y Sinhogarismo: un vínculo a revisar</b>	<b>7</b>
1. La Exclusión Social	8
2. El Espacio Social	12
3. El Sinhogarismo	17
4. Contextualizando al estudio: exclusión y sinhogarismo en Madrid	23
4.1. El Mercado de la Vivienda en España	27
5. Organización de la obra	32
 <b>2. Metodología de investigación: etnografiando al sinhogarismo en Madrid</b>	 <b>36</b>
1. Los inicios del proceso etnográfico con personas sin hogar	37
2. Caracterizando a la población y al espacio: la etnografía en Plaza Ópera	44
2.1. Plaza Ópera, un espacio social en movimiento	51
3. Técnicas de investigación y aportes de la antropología a los estudios sobre el sinhogarismo	54
3.1. La entrevista en profundidad	55
3.2. La observación participante	60
 <b>3. Desafiliación del mercado formal de trabajo y reafiliación en la economía informal</b>	 <b>68</b>
1. La desafiliación en Plaza Ópera: distanciándose del mercado formal de trabajo	69
2. Distintas formas de conectarse con la dimensión laboral	78
2.1. Las personas sin hogar que buscan empleo	78
2.2. Los que están trabajando pese a residir en la calle	81
2.3. Los que desistieron del mercado formal de trabajo	84
3. Trabajo y reafiliación: economía informal y tácticas de adaptación	86
3.1. Tácticas emotivas	96
 <b>4. La desafiliación de las personas sin hogar como proceso de movilidad forzada</b>	 <b>102</b>



1. Genealogía de la movilidad y sinhogarismo	103
1.1. La pobreza errante en la historia	104
1.2. Presiones contradictorias: sedentarismo y nomadismo de las personas sin hogar en el presente madrileño	108
2. Actuales formas de movilidad forzada	111
2.1. Las fuerzas de seguridad y la movilidad forzada de las personas sin hogar	113
2.2. Los movimientos de vecinos y la localización de los recursos sociales	116
2.3. Los proyectos de renovación urbana como factores de movilidad forzada de las personas sin hogar	121
3. Movilidad forzada y leyes <i>antihomeless</i>	124
3.1. La vida errante de las personas sin hogar y el retroceso de los espacios públicos	128
 <b>5. La movilidad de las personas sin hogar como táctica de adaptación y subsistencia</b>	 135
1. Movilidad y distribución espacial de las personas sin hogar en Madrid	136
2. Los patrones de movilidad y visibilidad en Plaza Ópera	143
2.1. Las personas sin hogar más nómadas	145
2.2. Las modalidades de sinhogarismo sedentario y visible	150
2.3. La apropiación del espacio	154
 <b>6. ¿Desafiliados? Sociabilidades primarias y personas sin hogar</b>	 164
1. La exclusión como desafiliación o ruptura de los lazos sociales primarios	165
1.1. La ruptura de los vínculos familiares y el sinhogarismo en Plaza Ópera	168
1.2. Estado de los vínculos familiares y modalidades de sinhogarismo en Ópera	179
2. Las relaciones con las antiguas amistades	189
 <b>7. El proceso de reafiliación: el arraigo territorial en plaza Ópera</b>	 194
1. El vínculo con los servicios sociales	195
2. El arraigo territorial: las relaciones con los vecinos del barrio	202
3. Naturaleza de las redes barriales que establecen las personas sin	217

hogar	
<b>8. Procesos de reafiliación: la relación entre las personas sin hogar</b>	<b>223</b>
1. La reafiliación como proceso de conformación de un grupo de personas sin hogar	224
2. Control sobre el espacio, reciprocidad y sentido de comunidad en Plaza Ópera	233
3. La desafiliación como sinónimo de valores y relaciones sociales alienantes	248
 <b>9. El significado de hogar en Plaza Ópera</b>	 <b>254</b>
1. Los múltiples significados de hogar	255
1.1. Cuando se añora lo más básico: los significados de hogar en Ópera	257
1.2. Otros factores presentes en los significados de hogar	263
2. “Hogarificando” el espacio público: cuando el límite entre calle y hogar se torna borroso	270
 <b>10. Conclusión</b>	 <b>281</b>
1. Los silencios que articulan los discursos sobre la desafiliación	292
2. Algunos aportes de la antropología social a los programas de lucha contra el sinhogarismo	297
 <b>11. Bibliografía</b>	 <b>306</b>
 <b>Anexo 1.</b> Acerca de algunos informantes claves	 <b>325</b>
<b>Anexo 2.</b> Mapas de la Plaza Isabel II, Recursos Sociales y Asentamientos de personas sin hogar en Madrid	<b>331</b>
<b>Anexo 3.</b> Fotografías	<b>335</b>

## Agradecimientos

No todo investigador tiene la fortuna de encontrar un buen director de tesis, yo tuve la enorme suerte de contar con dos. En Pilar y en Pedro no sólo hallé comentarios sagaces que orientaron mi investigación, sino una curiosidad que resultaron claves para el desarrollo de mi tesis. Sus preocupaciones no se limitaron al ámbito académico, sino que incluyeron el aspecto personal. No habiendo disfrutado de la tranquilidad que supone disponer de una beca, agradezco las oportunidades que me brindaron ofreciéndome diversos trabajos.

Por otra parte, una tesis es mucho más que las 300 páginas que le entregamos a un tribunal evaluador. Supone un proceso lento de aprendizaje cuyo inicio es muy difícil de establecer, y que con toda seguridad trasciende el momento en que comenzamos el doctorado. En tal sentido, debería mencionar a mucha gente que ha sido clave en mi formación. Pidiendo perdón por ser injusto al omitir más de un nombre, quisiera destacar a Sergio Visacovsky y a Alfredo Macías. Sin duda alguna, buena parte de las cuestiones que planteo en la tesis surgieron tras horas de conversación con estos dos profesores que dieron un paso aceptándome como un amigo.

Siento un gran reconocimiento por la ONG “Solidarios para el Desarrollo”, la cual facilitó enormemente mi trabajo, especialmente durante los primeros meses de investigación. Y cuando digo “Solidarios” estoy pensando en gente específica, que a lo mejor hoy en día continúa sus tareas en otras entidades. Pocas personas expresan un compromiso tan grande por los problemas de los *homeless* como Pepe Aniorte. Si no me hubiese dejado arrastrar por el entusiasmo que irradia Pepe, probablemente no hubiese tomado la decisión de realizar una tesis sobre el tema. También quiero destacar las figuras de Marisa, Alberto o Susana, y demás compañeros de ruta de “Solidarios”. Hubo momentos en que me invadió la tristeza, y ellos supieron mitigarla con su sentido del humor. Sin duda alguna, muchas de las reflexiones presentes en esta investigación nacieron luego de compartir una cerveza y comentar la experiencia que cada uno había tenido con personas sin hogar. También debo gratitud a los trabajadores de los servicios sociales de Madrid que me recibieron con buena predisposición y proporcionaron la información que les requería.

Desde ya, mi mayor deuda es con las personas sin hogar. Gracias a toda esta gente, ya no sólo por hacer posible esta investigación, sino por mostrarse dispuestos a confiar en mí, algo tremendamente duro para quien ha recibido tantos golpes de la vida. Nunca voy a olvidar a Alfredo, al Duque, al Capitán, a Juancho, al Siesta, al Jirafa... al grupo de Ópera que

afectuosamente aceptó mi presencia. Gracias por todo lo que me han enseñado, por esforzarse para que los momentos que pasamos juntos fuesen lo más agradables posibles pese a residir en un contexto de hostilidad. Terminó el trabajo sin lograr mitigar cierto sabor amargo, cierta sensación de que uno puede y debería involucrarse mucho más de lo que finalmente lo hace. Soy escéptico al respecto, pero quisiera creer que esta tesis supondrá un aporte que permita visibilizar el problema del sinhogarismo y mejorar la calidad de vida de quienes padecen el martirio que supone vivir en la vía pública.

En estos años de trabajo de campo he observado cómo el abandono y la sensación de soledad generan un dolor e inseguridad irreparable. Si hay algo que aprendí en este tiempo fue a agradecer por la suerte que tuve de contar con una familia que, con sus aciertos y sus errores, siempre me hizo sentir querido. Hablo de mis padres, mi hermana y mis abuelos. También me refiero a mis tíos y primos quienes, junto a mi pareja, nos recibieron en Italia con los brazos abiertos, haciéndonos sentir que estábamos en nuestra casa. Quiero recordar a Matilde, por su afecto y vitalidad. Sin su ayuda esta tesis no hubiese sido posible.

Y, ante todo, a Lucre. Podría explayarme durante párrafos enteros mencionado su paciencia, cariño y otras tantas virtudes. Alcanza con parafrasear las palabras que escuché en más de una ocasión en la calle: “porque mi hogar se traslada junto con ella”.

## 1. Exclusión Social, Espacio y Sinhogarismo: un vínculo a revisar

“El término *sinhogarismo*, con la horrenda simplicidad con el cual es utilizado, es incapaz de afrontar la tarea de representar la serie de fuerzas y factores complejos que afectan a los desposeídos como habitantes de las calles y centros de acogida. ¿No sería de mayor utilidad retratar a aquellos que caen en tales procesos en tanto miembros de la extensa clase de los económicamente marginados, algunos de los cuales no disponen de una red de parientes, y otros sufren de problemas de salud mental?” (Hopper, 1991a: 170).

En la Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales, la situación de la gente que se ve forzada a residir en la calle es descrita bajo la categoría de “homelessness”. Significativamente, en la versión en castellano el término fue traducido como “desarraigo” o “desafiliación”. De esta forma, el *sinhogarismo*<sup>1</sup> es definido como una “desvinculación de la sociedad que se caracteriza por la inexistencia o la debilidad de aquellos lazos que ligan a las personas instaladas en un lugar a una red de estructuras sociales conectadas entre sí (...) En el extremo de la escala, el vagabundo de hoy, el llamado *Skid Row Man*, demuestra la posibilidad de vivir casi totalmente desligado de la sociedad (...) El vagabundo absoluto es un ser sin ligaduras sociales” (Bahr *et al.*, 1968: 613-615).

La presente tesis se centra en el *sinhogarismo*, en tanto una de las formas más extremas en que se manifiestan los procesos de desventajas sociales. El objetivo es analizar el concepto de “desafiliación”, piedra angular de las teorías sobre la exclusión social y los modelos de explicación del *sinhogarismo*. Se pretende discutir con las imágenes que equiparan a la exclusión con la desconexión y el aislamiento social. Para ello, la investigación se organiza en torno a las formas de sociabilidad de un grupo de *homeless*. Como veremos, la desafiliación se configura sobre la base de dos conjeturas centrales: la falta de lazos sociales y el desarraigo territorial. A su vez, de la combinación de ambos estereotipos surgen otros supuestos básicos que articulan la noción de desafiliación. El *sinhogarismo* como sinónimo de nomadismo, de apatía, de pasividad y vagancia, de problemas psicopatológicos, de incapacidad para organizarse, o de estigma social, son dimensiones que serán tratadas a lo largo de los capítulos.

En el estudio se indaga cómo los procesos de vulnerabilidad y exclusión social se materializan en un espacio y en una población particular: en las personas sin hogar –en adelante PSH- que viven en la ciudad de Madrid, y más específicamente en quienes residen en la Plaza Isabell II y

---

<sup>1</sup> “Sinhogarismo” supone una traducción literal del término “homelessness”, frecuentemente utilizado en el inglés. Considerando que la mayor producción académica sobre el tema se ha generado en Estados Unidos, los especialistas de la materia de habla castellana incorporaron dicho término como propio.

sus alrededores –también conocida como plaza Ópera. Tres son las variables principales que estructuran la investigación: exclusión social, espacio y sinhogarismo. A continuación nos detendremos en cada una de ellas.

### *1. La Exclusión Social*

Las teorías sobre la exclusión social surgieron en Francia, en un contexto marcado por la crisis del petróleo de los años 1970 que hizo tambalear el modelo de desarrollo y producción dominante<sup>2</sup>. A partir de entonces, el crecimiento económico basado en el pleno empleo, en la utilización de materias primas y energías abundantes y baratas, dejó de ser viable. A su vez, dicha crisis simbolizó el punto de inflexión que desató los reproches hacia los Estados de bienestar. Más allá de fuertes disputas ideológicas, la reducción del radio de acción de los Estados sociales respondió a unos balances económicos desfavorables. A mediados de la década de 1980, el paro se extendió de forma dramática por toda Francia, y el espectáculo cotidiano de la miseria en las calles comenzó a ser designado como “nueva pobreza” o “nueva cuestión social”. Tales expresiones reflejaron un cambio de registro: la sensación generalizada era que las desventajas sociales ya no se limitaban a los pobres estructurales, sino que afectaban a gente que tradicionalmente había formado parte de las clases medias. Podemos afirmar entonces que el discurso sobre la exclusión social se organiza en torno a un quiebre histórico: el desempleo y la precariedad laboral en el marco de la reestructuración productiva, asociada con el proceso de globalización económica y destrucción del Estado social.

El origen de las teorías sobre la exclusión social se localiza en la administración pública francesa, y ello implica una serie de consecuencias. En primer lugar, el término “exclusión” es operativo antes que teórico, se formó pensando en cómo intervenir frente a las desventajas sociales -recién con el paso de los años fue incorporado por el ámbito académico. En segunda instancia, remite a una tradición de pensamiento republicana, con una fuerte impronta de la escuela sociológica de Emile Durkheim. Su trasfondo es la relación tensa entre sociedad e individuo, la preocupación por la anomia y el quiebre de la cohesión social. Los investigadores

---

<sup>2</sup> En la década 1950 y 1960 algunos intelectuales franceses, como Foucault, utilizaron el término “exclusión social” de forma marginal. No obstante, quienes rastrearon los orígenes del concepto coinciden en señalar a René Lenoir como la figura a destacar -en 1974, y mientras se desempeñaba como Secretario de Estado para la Acción Social en el gobierno de Chirac, Lenoir escribió “Los Excluidos”. Por otra parte, debido al fuerte predominio francés en la Dirección General V de la Comisión de las Comunidades Europeas -actual Unión Europea-, a principios de los años 1990 la exclusión se convirtió en la forma hegemónica de interpretar los procesos de desventaja social en dicho continente. De hecho, dicha Comisión fue responsable de la expansión de la noción entre los estados miembros y sus respectivas administraciones (Silver, 1994).

coinciden en que la exclusión supera la dimensión económica y política para centrarse en la disolución del tejido social. Es por ello que, apelando a la retórica de la “solidaridad” y del “contrato social”, la “inserción” y la “integración” fueron las soluciones propuestas desde la gestión pública. Según estas perspectivas, la ruptura de las sociabilidades primarias termina transformando las subjetividades. Así, la exclusión ha sido interpretada como la ausencia de inscripción del sujeto en estructuras portadoras de sentido: “ya no hay identidad, ya no hay sujeto, estamos ante fenómenos de desobjetivación. Algo profundo está en juego: la exclusión como un quebrantamiento de la subjetividad (...) la exclusión en el interior mismo del sujeto” (Gaulejac y Taboada Léonetti en Autès 2004: 29). A partir de un estudio de caso con la población que suele ser identificada como el más fiel exponente de la exclusión –es decir, con PSH-, el objetivo de la presente investigación reside en indagar la validez de estos planteos.

Robert Castel, principal teórico sobre la materia, concibe a la exclusión a partir de dos variables que se complementan: un vector que permite la integración del sujeto gracias al trabajo, y un eje que pasa por la inscripción en redes familiares y de sociabilidad (1995, 1997a, 1997c, 2004; etc.). Estos enlaces califican tres zonas de cohesión o de densidad de las relaciones sociales: integración, vulnerabilidad y exclusión. La primera supone una conexión exitosa con el mundo del empleo y con los lazos familiares. En la franja de vulnerabilidad comienzan las turbulencias, pues se caracteriza por la precariedad laboral y por una fragilidad en los soportes relacionales. Es por ello que el sociólogo define a la vulnerabilidad como el enfriamiento del vínculo social que precede a su ruptura. La exclusión es el espacio social donde se mueven los individuos desprovistos de recursos económicos, soportes relacionales y de protección social. El concepto que Castel acuña para definir la tercera zona es el de “desafiliación”. El excluido o desafiliado, es el individuo desligado de las redes básicas de sociabilidad.

La desafiliación es el núcleo que articula esta tesis. A modo de hipótesis, se sostiene que la noción de desafiliación ha tenido tanto éxito que ha orientado los estudios sobre los procesos de desventajas sociales hacia las rupturas, omitiendo las continuidades. El énfasis en la desafiliación nos ha impedido indagar en las redes que se generan en el contexto de exclusión, en las relaciones sociales que permiten la subsistencia material cotidiana así como encontrar un sentido de “normalidad” en el contexto de penurias. La imagen de miles de hombres desconectados de toda estructura social y deambulando por las ciudades es de por sí absurda; sin embargo, ha pervivido en la literatura y en el sentido común.

La noción de exclusión se inscribe en los debates sobre los márgenes sociales; a lo largo de la tradición sociológica abundan las reflexiones sobre los problemas sociales en términos dentro/fuera. Marginalidad, alienación, pobreza o explotación, “cada una de estas denominaciones moviliza registros, poderes, modalidades de intervención específicas (...) la exclusión produce efectos sobre fenómenos culturales, políticos, económicos, institucionales, sexuales, etcétera, que es perfectamente posible vivir y analizar bajo otras denominaciones” (Karsz, 2004: 140-41). La exclusión implica una determinada forma de nombrar, explicar e intervenir sobre la realidad social. Si la categoría de exclusión social se convirtió en hegemónica fue a costa de relegar a otros conceptos, y el principal término afectado en dicho proceso fue el de pobreza.

Para muchos autores, si la noción de exclusión social substituyó a la de pobreza fue como consecuencia de ser más amplia y superar una serie de despropósitos. El concepto de exclusión pretende adoptar una mirada relacional, lo cual supone: a) referirse a un proceso en vez de expresarse en términos de identidades fijas en el tiempo; b) se trata de un fenómeno multidimensional, pues trasciende el ámbito económico abarcando las dimensiones culturales, políticas, religiosas, el acceso a las instituciones sociales, etc. En tanto concepto transversal, toca tangencialmente las diversas formas de dominación social; c) no se limita a un plano objetivo. Al no circunscribirse a lo cuantificable, a una medición de ingresos, se preocupa por indagar cómo los procesos históricos repercuten en las subjetividades y la sociabilidad de los afectados; d) es reversible: la diacronía implica que son más frecuentes las entradas y salidas que la coagulación en un estado de exclusión permanente; e) es un fenómeno acumulativo. Es común que los problemas laborales, políticos, étnicos, etc. se combinen, complicando aún más las posibilidades de salir con éxito de tales situaciones<sup>3</sup>.

No obstante, si hay algo que caracteriza al concepto de exclusión hoy en día es su ambigüedad. Diferentes significados se funden en un mismo término; esta particularidad responde a diversos factores, entre los que cabe destacar a los múltiples actores que se apropián y utilizan la noción en función de sus criterios e intereses. Las ONG's y Fundaciones, las distintas esferas estatales, los Organismos Internacionales, los medios de comunicación, el mundo académico, y un largo etcétera, alzan sus voces haciendo circular versiones que, en muchos casos, son contradictorias

---

<sup>3</sup> La noción de pobreza remite a una tradición sociológica anglosajona. Se asocia con una visión liberal de la sociedad, donde el énfasis está puesto en los problemas económicos, en la distribución de la riqueza, en la falta de recursos. El acento recae en lo cuantitativo, y más específicamente en la medición de ingresos de los hogares o individuos. Para un análisis detallado de las diferencias entre los conceptos de exclusión y pobreza consultar en Abrahamson, 1997; Sousa Santos, 2005; Silver, 1994; Estivill, 1997, 2003; Brugué *et al.*, 2002; etc.



entre sí. Como consecuencia de su carácter polisémico, el concepto de exclusión ha terminado reproduciendo las aberraciones que con tanta vehemencia había criticado a la noción de pobreza.

De hecho, la mayoría de las definiciones sobre la exclusión surgen de estudios que indagan las peculiaridades de los diversos grupos que, de partida, son catalogados como “excluidos”. Por consiguiente, estas interpretaciones evolucionaron a la par de cómo la atención de los investigadores y gestores políticos fue saltando de una “comunidad de desviados” a otra<sup>4</sup>. Dicha situación guarda relación con lo que Castel ha denominado como el desplazamiento del centro a la periferia. Es decir, nos fijamos en los efectos más visibles y dramáticos de la cuestión social. La exclusión atraviesa al conjunto de la sociedad, sus orígenes residen en cómo se combinan estructuras básicas como el mercado y el Estado. Pero no es posible llegar a tal verdad limitando nuestro interés en los individuos o agrupaciones que son calificados como “excluidos”. Al respecto, Sassier (2004) se pregunta: ¿quién ha visto a los “excluidos”, ha visto por ello la exclusión?

Las consecuencias indirectas de tales propuestas de análisis suponen diseccionar a estos grupos del conjunto social. Dichos esfuerzos por compartimentar la realidad social promueven visiones de mundos paralelos habitados por seres extraños, individuos que se mueven en una dimensión social propia sin compartir los valores hegemónicos. Así, las interpretaciones de los procesos de desventaja social se tiñen de características valorativas y normativas. Pero, ¿qué ocurriría si la atención recayese en determinados espacios antes que en ciertos grupos?; ¿no nos veríamos forzados a redefinir las explicaciones sobre los procesos de desventaja social si privilegiásemos

---

<sup>4</sup> “Entre las publicaciones relativas a la exclusión se cuentan estudios de las siguientes categorías sociales: los desempleados de larga duración o en forma reiterada; los asalariados que ocupan puestos de trabajo precarios, que no exigen calificaciones especiales, sobre todo los de mayor edad o los que no están protegidos por la reglamentación laboral; los mal remunerados y los pobres; los trabajadores agrícolas sin tierra; los obreros no calificados; los analfabetos y las personas que han abandonado sus estudios primarios, los inválidos y las personas mental y físicamente disminuidas; los toxicómanos, los delincuentes, presidiarios y personas con prontuarios criminales; los padres o madres sin cónyuge; los niños golpeados o víctimas de abusos sexuales; los que se han criado en hogares con problemas; los adolescentes; las personas que carecen de experiencia laboral o de calificaciones; los niños que trabajan; mujeres; extranjeros, refugiados, inmigrantes, miembros de minorías raciales, religiosas y étnicas; las personas privadas de derechos políticos; los beneficiarios de la asistencia social; los que necesitan asistencia social, pero no tienen derecho a recibirla; los habitantes de viviendas en mal estado o en barrios de mala reputación; aquellos cuyos niveles de consumo están por debajo del mínimo de subsistencia - hambrientos, sin vivienda, cuarto mundo-; aquellos cuyas pautas de consumo, recreación u otras prácticas -toxicomanías, alcoholismo, delincuencia, indumentaria, lenguaje, maneras peculiares- son estigmatizadas; las personas en pleno descenso de nivel social y las aisladas, sin amigos ni familia” (Silver, 1994: 627-8). Es decir, si adoptamos un criterio basado en los grupos que han sido señalados como excluidos, deberíamos incluir bajo tal rótulo a la mayor parte de la población.

la dimensión espacial?; ¿qué nos puede decir el vector territorial sobre las formas de exclusión que afectan a las PSH?; y más específicamente, ¿que aportaciones supone la variable espacial para una tesis interesada en la sociabilidad de los *homeless*?

## 2. *El Espacio Social*

El espacio es una categoría que tradicionalmente ha sido abordada desde las ciencias exactas. Concebido en oposición a la otra dimensión que funda la realidad, es decir al tiempo, el espacio es definido como objetivo, exterior al sujeto, natural y neutral. Desde tal enfoque naturalista, el espacio es imaginado como previo a la existencia de los individuos, independiente de las prácticas llevadas a cabo por los diversos grupos sociales. A dicha visión geométrica o matemática se contrapone un espacio antropológico, donde el acento recae en la experiencia del habitar, en la relación que se establece entre el sujeto y el mundo. La noción de espacio no es exterior ni anterior a la experiencia, sino que guarda relación con las actividades, relaciones y perspectivas de los sujetos o grupos sociales (Cucó, 2004; Tapada Bertelli, 1992; Valle, 1997; etc.).

Pretendiendo analizar cómo la exclusión se expresa en el territorio, las teorías materialistas sobre el espacio son de particular relevancia para esta investigación. Lefebvre (1991) entiende al espacio como el resultado de la modalidad de desarrollo de las fuerzas productivas. Harvey (1979) plantea una relación entre formas espaciales y procesos sociales, la cual se encuentra determinada por la distribución geográfica de ingresos, recursos y oportunidades al interior del sistema urbano. Desde una perspectiva menos ortodoxa y más asociada con la antropología simbólica, Valle (1997) señala a la segregación espacial como uno de los mecanismos claves en la obtención de poder, prestigio y la reproducción de las elites. En definitiva, el espacio es un recurso en disputa, y no todos los grupos sociales poseen el mismo poder o las mismas capacidades en dicha batalla.

El poder se manifiesta con toda su potencia no sólo jerarquizando los sitios, sino también naturalizándolos. El espacio social se traduce en el espacio físico, pero siempre de manera más o menos turbia. “Debido al hecho de que el espacio social está inscrito a la vez en las estructuras espaciales y las estructuras mentales (...) el espacio es uno de los lugares donde se afirma y ejerce el poder, y sin duda en la forma más sutil, la de la violencia simbólica como violencia inadvertida: los espacios arquitectónicos” (Bourdieu, 1999: 122). La estratificación espacial implica que determinados agentes se apropian de las mejores zonas, de aquellas que

poseen una mayor y mejor distribución de bienes y servicios. Esta lucha debe ser silenciada, obviada, enmascarada, y para ello es preciso naturalizar las relaciones de poder a partir de la repetición de ciertas prácticas espaciales que, con el paso del tiempo, dejan de ser cuestionadas. “Los llamados al orden silenciosos de las estructuras del espacio físico apropiado son una de las mediaciones a través de las cuales las estructuras sociales se convierten progresivamente en estructuras mentales y sistemas de preferencias. La incorporación insensible de las estructuras del orden social se cumple, en buena medida, a través de la experiencia prolongada e indefinidamente repetida de las distancias espaciales en que se afirman determinadas distancias sociales” (Ibídem: 120).

Al analizar las formas en que se combinan las variables de exclusión y espacio, es preciso tener en cuenta distintos niveles. Estas escalas manifiestan los diversos modos en que opera un mismo eje: la relación entre lo global y lo local. En primer lugar, es posible hablar de diferencias y desigualdades en una dimensión planetaria. En un mundo interconectado y en permanente competencia, el padecimiento de ciertas regiones guarda una estrecha relación con el beneficio que obtienen otras. Según Sassen (en Vilasagra Ibarz, 2000), la singularidad del proceso de mundialización o globalización puede resumirse en los siguientes ítems: 1) descentralización del sistema productivo, y centralización de la gestión y la creación de una red mundial de finanzas y negocios; 2) los nuevos lugares centrales de esta red no sólo concentran a las empresas transnacionales e inversoras sino que, en torno a ellas, se mueve todo un mercado de servicios y de finanzas que complementa y se alimenta de la gestión de las grandes empresas; 3) es en estas ciudades donde se dan las principales innovaciones en todos los ámbitos socioeconómicos; 4) el resultado es una huida de los puestos de trabajo cualificados de los centros urbanos hacia las áreas suburbanas.

El concepto de “espacio de los flujos” supone un esfuerzo por explicar cómo se articulan las dinámicas globales y locales. Castells (1986; 2001) caracteriza a las actuales sociedades en función del peso que otorgan al conocimiento, por estar organizadas y conectadas en torno a redes y flujos que operan a escala planetaria. Estas particularidades son producto de la intensificación del proceso de mundialización, de los cambios introducidos por el capitalismo que surgió en los años 1980 –el cual debió buena parte de su éxito al desarrollo de las telecomunicaciones. Al mismo tiempo, Castells pregonaba que el espacio expresa a la sociedad, testimonia los procesos dominantes de la vida económica, política y simbólica. En tal sentido, las transformaciones asociadas con la globalización estarían generando nuevas formas y procesos espaciales. El espacio de los flujos implica la articulación espacial del poder y la

riqueza, opera sobre la base de redes que permiten conectar mundialmente al capital, las informaciones estratégicas, los miembros de una elite cosmopolita, programas tecnológicos, etc.<sup>5</sup>

El espacio de los flujos se basa en tres soportes materiales: a) circuitos de impulsos electrónicos -telecomunicaciones, radiodifusión, etc.; b) nodos y ejes -la ubicación de los nodos conecta a cada localidad con el conjunto de la red; las características de los nodos dependen del tipo de funciones que realice una red determinada, etc.; c) la organización espacial de las elites dominantes -las cuales ejercen las directrices en torno a las que se articula el espacio. En este último punto puede comprenderse una de las formas en que se manifiesta el poder a partir de los espacio de los flujos: las elites son cosmopolitas, mientras que la mayoría de las personas que habitan este mundo actúan en una dimensión local<sup>6</sup>. La gente sigue viviendo en lugares cuya forma, función y significado están delimitados por las fronteras de la contigüidad física. Pero como en nuestras sociedades la función y el poder se organizan en el espacio de los flujos, el dominio estructural de su lógica altera el significado y la dinámica de dichas localidades.

Bajo la lógica de los espacios de los flujos las desventajas territoriales guardan relación con un proceso de dispersión y concentración espacial simultánea. El espacio de los flujos se basa en una arquitectura de redes conectada a nivel mundial en torno a centros regionales y locales. Estos nodos están organizados de forma jerárquica, poseen sus respectivos territorios subordinados y se encuentran conectados globalmente. No obstante, dentro de la red las jerarquías no están aseguradas ni son estables, sino que están sometidas a una feroz competencia. En la nueva lógica espacial, lo crucial es la versatilidad de las redes, tener acceso a los trabajadores y proveedores cuando convenga y en cantidades requeridas en cada caso particular. Esta flexibilidad y adaptabilidad se asocia con una capacidad de interconexión global gracias a las telecomunicaciones y el transporte aéreo. Es por ello que Castells sostiene que la ciudad global no es un lugar sino un proceso donde, para los centros de producción y

---

<sup>5</sup> Castells define al espacio de los flujos como “la organización material de las prácticas sociales en tiempo compartido que funcionan a través de los flujos. Por flujo entiendo las secuencias de intercambio e interacción determinadas, repetitivas y programables entre las posiciones físicamente inconexas que mantienen los actores sociales en las estructuras económicas, políticas y simbólicas de la sociedad” (2001: 434).

<sup>6</sup> Las elites forman su propia sociedad y constituyen comunidades simbólicamente aisladas, atrincheradas tras la barrera material del precio de la propiedad inmobiliaria. Además, operan bajo criterios de distinción cultural asociado con un determinado estilo de vida. Para ello, precisan de espacios homogéneos, crean formas espaciales -salas VIPS, grandes cadenas de hoteles de lujo, etc.- cuyo fin es el de unificar el entorno simbólico de las elites en todo el mundo.

consumo, muchas veces tiene mayor importancia la conexión con la red global que el vínculo con sus entornos territoriales.

Numerosas investigaciones sobre exclusión espacial han privilegiado la dimensión barrial. En América Latina se ha escrito mucho sobre “Favelas”, “Villas Miserias”, o como quiera denominarse a aquellos barrios precarios cuyo origen se remonta a la migración rural hacia las grandes ciudades. En Estados Unidos la atención recayó en los guetos. Más allá de diferencias significativas, en donde es imposible obviar la variable étnica o el nivel de desarrollo de los Estados Sociales de cada país, en ambos casos se trata de territorios caracterizados por una inserción laboral mínima. A dicha situación hay que añadir los procesos de estigmatización que afectan al espacio, así como la retirada del mercado (Lomnitz, 1975; Wacquant, 1999a, 1999b, 2001, 2006a, 2006b; Bourdieu, 1999; Vilasagra Ibarz, 2000). Ante la indiferencia de un Estado que olvida sus funciones sociales, lo que ocurre en dichas zonas urbanas ha sido calificado en términos de “desertificación institucional” (Auyero, 2001).

Para esta tesis, han sido de especial importancia las publicaciones sobre los denominados *Skid Rows*, así como su gradual decadencia debido al avance de los procesos de gentrificación. Entendida como una forma de renovación urbana especulativa, la gentrificación fue identificada como una causa del incremento de las personas en situación de calle. Hasta hace unas décadas, los *Skid Rows* eran barrios marginados del resto de la ciudades norteamericanas, conformados por pensiones -donde los *homeless* se alojaban en habitaciones infectas-, comedores económicos, agencias de empleos no cualificados, y demás comercios básicos para la subsistencia de estas poblaciones. Con la expansión de las urbes, dichas zonas pasaron a integrar el centro de la ciudad. La especulación inmobiliaria y el auge del sector de los servicios reconvirtieron tales sitios en áreas terciarias y en apartamentos costosos ocupados por las clases medias. El resultado ha sido el desplazamiento de las poblaciones empobrecidas, la demolición de viviendas y albergues económicos sin su correspondiente substitución, en definitiva, la desaparición del nicho ecológico donde las PSH subsistían precariamente.

El último nivel que suele mencionarse es el de las infraviviendas, que son caracterizadas siguiendo criterios de accesibilidad, adecuación, estabilidad y habitabilidad. Considerando a la exclusión residencial como una variable continua, comprendemos que dormir en la calle es tan sólo la punta del iceberg al cual denominamos como *sinhogarismo*. Mientras las circunstancias llevan a que el sujeto alterne temporadas en la casa de un amigo, en la calle, en una pensión, o en un Centro de Acogida, lo constante es la inestabilidad habitacional. Las viviendas precarias

guardan relación con la delgada línea que delimita la exclusión de la vulnerabilidad: muchas personas esquivan la situación de pernoctar en la calle, pero debido a que no disponen de un espacio con condiciones dignas de habitabilidad apelan a los comedores sociales, a las duchas públicas, utilizan al espacio público como un recurso de subsistencia al igual que cualquier otro *homeless*. La vía pública es un espacio básico para su sociabilidad, pues el techo donde se refugian por las noches no satisface dichas necesidades.

Pero es posible descender un escalón más, e indagar en una modalidad de exclusión donde la vía pública se convierte en el ámbito de residencia. En esta investigación se plantea la importancia de la dimensión espacial en la configuración de las identidades de las PSH, se abordan los límites asociados con el vivir en un espacio público y de exclusión como es la calle. En tal sentido, se pretende conocer las estructuras de significado que las PSH emplean en la construcción, apropiación y resignificación del espacio urbano, en tanto forma de develar cómo los procesos de vulnerabilidad y exclusión social se expresan en el territorio. De modo complementario, se explicita el peso que ocupan las variables de género, edad y nacionalidad, enfatizando las múltiples lecturas del espacio al interior del grupo de *homeless*.

Al analizar la relación entre identidad y lugar, Low (2000) distingue entre la producción y la construcción social del espacio. Tras ambos procesos subyacen disputas económicas e ideológicas por los usos y significaciones del territorio. El primer concepto “incluye todos aquellos factores –sociales, económicos, ideológicos, y tecnológicos- que resultan, o buscan influir, en la creación física del entorno material. El énfasis materialista en el término de producción social es útil, pues refiere a la emergencia histórica y la formación político/económica del espacio urbano” (Ibídem: 128). En cambio, la construcción social apunta a “la experiencia fenomenológica y simbólica del espacio, en tanto mediada por procesos sociales de intercambio, conflicto y control” (Ibídem: 128). Fusionando ambos conceptos, detectamos dos cuestiones: a) los significados sociales se inscriben en los territorios urbanos, por lo cual se torna posible interpretar las actividades y experiencias cotidianas a partir del paisaje; b) dichos sentidos condicionan las prácticas sociales.

Por consiguiente, advertimos que el territorio es un producto de las relaciones sociales, se conforma de acuerdo a la percepción que los grupos poseen de él, a cómo los individuos modifican su entorno buscando satisfacer sus deseos. En tanto habitantes y usuarios de la vía pública, las PSH transforman un espacio en lugar, el espacio cobra vida y pasa a ser un lugar practicado (Auge, 2004; Lawrence y Low, 2003; De Certeau, 1996; etc.). Pero, al mismo

tiempo, el entorno es productor de sociabilidades, coarta y limita las prácticas sociales. En el caso de los *homeless*, las definiciones del espacio público restringen las posibles formas de relacionarse con y en el territorio. A su vez, la percepción de los sitios se encuentra condicionada por las biografías espaciales previas del individuo. De esta manera, se argumenta que la conformación de las sociabilidades y subjetividades guarda relación con el tipo de ambiente donde se reside; la calle incide en las creencias, comportamientos y esperanzas de las PSH. Más específicamente, como hipótesis se sostiene que el estigma espacial afecta los procesos de configuración de las identidades, dificultando la posibilidad de organizar un colectivo de PSH que una sus fuerzas y reivindique sus derechos de ciudadanía.

### 3. El Sinhogarismo

En Estados Unidos es donde se ha producido la mayor cantidad de investigaciones sobre el tema. En primer lugar, el grueso de la bibliografía se ha concentrado en cómo caracterizar al sinhogarismo (Shlay y Rossi, 1992; Rossi, 1990; Susser, 1996; Glasser y Bridgman, 1999; Hopper, 1991b; etc.). Huelga decir que no se ha llegado a un acuerdo, por lo cual incluso hoy en día las definiciones varían enormemente. Como veremos en el capítulo 9, las más restrictivas entienden como sin hogar a quienes duermen en la vía pública o en los Centros de Acogida destinados para estas poblaciones; por el contrario, las más amplias incluyen los casos más extremos de exclusión residencial. A su vez, la dificultad por nombrar se encuentra directamente relacionada con los problemas a la hora de determinar el fenómeno social. Quienes dirigen los servicios sociales necesitan clasificar, utilizar categorías que permitan elaborar con rapidez respuestas técnicas, dispositivos de gestión de las desventajas sociales. Nombrar es sinónimo de generar identidad, de recortar y etiquetar una realidad social hasta entonces amorfa. La delimitación de tales fronteras conceptuales frecuentemente equivale a un proceso de estigmatización, a la formación de categorías de seres humanos identificados por sus carencias. En muchas ocasiones, las ciencias sociales operan de un modo similar, y este es uno de los riesgos que se corre en la tesis al decantarse por el término “PSH”. La elección tiene mucho de arbitrario, simplemente responde a que continuamos sin encontrar un vocablo más apropiado para designar a una problemática social escurridiza<sup>7</sup>.

---

<sup>7</sup> Lidiando con un obstáculo similar, Decklerk ha escrito: “los llamo *indigentes* porque hay que darles un nombre. En nada es éste mejor que otros, salvo que remite a imágenes compartidas, en Francia, por todo el mundo. Hace referencia al pasado y a la larga duración de su repetición. Pero si fueran necesarios otros, *indomiciliados*, *sin techo*, *transeúntes* o *grandes excluidos* también servirían (...) Nos gustaría poder dar cuerpo a lo informe, aprehender lo evanescente. Baste con saber que el indigente es siempre el otro y nunca uno mismo” (2006: 7).

Vocablos como vagabundo, transeúnte o indigente han sido descartados por poseer una historia cargada de connotaciones negativas, mientras que “sin techo” simplifica demasiado la cuestión pues restringe la atención en la falta de un refugio nocturno. La ventaja que posee la expresión de “PSH” es que amplía el registro, recuerda que un hogar es mucho más que un sitio donde protegerse durante las noches. Además, la mayoría de las organizaciones dedicadas a lidiar con el sinhogarismo actualmente han adoptado como propia dicha categoría. Paradójicamente, los límites que presenta este concepto residen en circunscribir la atención en la noción de hogar: por un lado, se silencian algunos aspectos fundamentales –como la dimensión laboral, la salud, etc.; por el otro, se pasa por alto que “hogar” no es una noción universal. De tal forma, es preciso reconocer que tanto el término como la definición de “PSH” son caprichosos. Existen situaciones que hacen tambalear cualquier posible clasificación: ¿cómo catalogar a personas como Federico, quien pasa muchas horas del día en la plaza Isabel II para luego marcharse por las noches a la infravivienda donde reside? En la tesis se ha optado por una definición operativa: se considera PSH a quien haya dormido en la vía pública, en Ópera más específicamente, aunque más no sea una noche a lo largo de los años que duró la investigación.

Uno de los temas más tratados ha sido las causas que conducen a la situación de calle. Las diferentes explicaciones reflejan dos lógicas argumentales: a) las estructurales destacan a determinados procesos globales como fuente principal del sinhogarismo; b) otros estudios se centran en las limitaciones personales que convierten a determinados sujetos en una población particularmente vulnerable frente a los riesgos de verse atrapados en la calle. Hoy en día, hay un consenso general en que las investigaciones deberían ser capaces de fusionar ambas lógicas. Más aún: al igual que sucede con las teorías sobre la exclusión social, los modelos causales son rechazados pues se entiende que el sinhogarismo implica la convergencia de diversos factores. Es por ello que el lenguaje que domina las actuales investigaciones se expresa en términos de “multifactorialidad” (Shlay y Rossi, 1992; Cabrera, 2006b; etc.).

Por lo general, la sociología ha sido la disciplina que ha proporcionado más información de corte estructural. Así, se ha indagado en las transformaciones de los mercados del trabajo (Snow y Anderson, 1987; Deacon, 1989; etc.) o de la vivienda (Burt, 1993; Hoch, 1991; etc.). También se ha escrito sobre el retroceso de los Estados de Bienestar y el avance de las políticas de ajuste fiscal (Susser, 1996; Shlay y Rossi, 1992; etc.). Por el contrario, la psicología ha representado las explicaciones cuyo eje de análisis pasa por el individuo. Apelando al concepto de patología, se ha enfatizado en los problemas asociados con las discapacidades, la salud mental y personalidad del sujeto (Hopper, 1991a, 1998; Lovell, 1997; Desjarlais, 1994 y 1996;



etc.). Numerosas publicaciones se preocuparon por el alcoholismo en las poblaciones sin hogar (Spradley, 1970; Bahr, 1973; Feantsa, 2006; etc.). Asimismo, se profundizó en el nexo que liga a la vida en la calle con las toxicomanías (Bourgois, 1995, 1999; Hopper, 1989; etc.). Otros investigadores se preguntaron por la correlación entre sinhogarismo y el proceso de desinstitucionalización psiquiátrica acaecido en Estados Unidos a principios de la década de 1980 (Mathieu, 1993; etc.).

La bibliografía dedicada a los procedimientos empleados para el recuento de PSH es extensa (Cabrera, 2007; Burt, 1996; Hopper, 1992, 1995; Robertson, 1991; HUD's, 2006; Cowan, 1991; Dennis, 1991; etc.). Este debate posee mayor peso de lo que en un principio podría suponerse pues, al igual que ocurre con las definiciones que se adopten, el tipo de metodología incide en la composición y cantidad de personas que se contabilizan como sin hogar. En dichas discusiones subyace una dimensión política que trasciende el plano metodológico. Las administraciones suelen adoptar metodologías y definiciones restringidas, esperando que el número final no suponga poner en evidencia la verdadera dimensión del fenómeno ni la escasez de recursos destinados a luchar contra el mismo; por el contrario, como consecuencia de que sus ingresos dependen de la capacidad de sensibilizar a la población y de convencer a los políticos de turno, las ONG's y Fundaciones tienden a sobredimensionar las estadísticas.

Por otra parte, la mayoría de los estudios se han centrado en determinados perfiles de sinhogarismo, según variables de género (Hill, 1991; Tomas y Helga, 1995; etc.), edad (Cohen, *et al.*, 1988; Robertson *et al.*, 1989; etc.), etc.<sup>8</sup> Aunque por lo general de modo tangencial, una serie de pesquisas enfatizaron la dimensión espacial del sinhogarismo (Hoch, 1991; Rollinson, 1998; Lee y Price-Spratlen, 2004; Snow y Mulcahy, 2001; Bridgman, 1998; Girola, 2004, 2005; Quaglia, 2005; etc.). La presente tesis es deudora de tales trabajos.

En España, la investigación sobre el tema es relativamente reciente, por lo cual no contamos con demasiada información. Considerando el peso que históricamente ha tenido la iglesia

---

<sup>8</sup> Otros estudios indagaron en la evolución de la imagen arquetípica de la PSH (Hopper y Hamberg, 1986; etc.), en algunos casos poniendo especial énfasis en los medios de comunicación (Lee *et al.*, 1991; Arranz, 2006; Sánchez, 2004). Diversos investigadores se preocuparon por la legislación vigente sobre el sinhogarismo en determinados países (Hoath, 1983; Cowan, 1997; etc.). También se ha escrito sobre el funcionamiento de los servicios y programas de asistencia, realizando propuestas puntuales para mejorar las intervenciones (Baxter y Hopper, 1981; Glasser y Brigman, 1999; etc.). A su vez, el Observatorio Europeo de Personas sin Hogar (FEANTSA) ha abordado distintas temáticas –mercado de la vivienda o del trabajo, inmigración, etc.–, adoptando una perspectiva comparativa sobre cómo se expresa este fenómeno social en los diversos países del continente (al respecto, consultar en la siguiente página web: [www.feantsa.org](http://www.feantsa.org)).

Católica en la asistencia social de las poblaciones desvalidas, no es de extrañar que hasta hace pocos años la principal fuente de datos haya provenido de los informes promovidos por Cáritas (1992; Aparicio Sánchez *et al.*, 1992; etc.). En 2005 el Instituto Nacional de Estadística (INE) realizó el primer censo oficial a nivel nacional sobre PSH. El Ayuntamiento de Madrid, y más específicamente servicios como el Samur Social o los albergues municipales, disponen de datos sociodemográficos sobre los usuarios que acceden a los recursos. Los albergues integrados en la red FACIAM, de carácter religioso y privado, también cuentan con estadísticas internas. A su vez, algunas fundaciones como RAIS o ARRELS han generado una serie de publicaciones dignas de tener en cuenta (Sánchez, 2003; Caballol, 2004; etc.)<sup>9</sup>. En el ámbito académico, y al igual que en Estados Unidos, es posible distinguir entre perspectivas sociológicas (Sánchez Morales, 1999; Cabrera, 1998, 2003, 2006b: etc.), y otras de corte psicológico más ceñidas a los problemas de salud mental (Muñoz *et al.*, 1995, 1998b; Muñoz y Vázquez, 1998a, 2003; etc.). Tratándose de estudios pioneros, los mismos se centraron en las características generales del sinhogarismo local. Algunos trabajos se interesaron por cuestiones más puntuales, como los inmigrantes en situación de calle (Sánchez Morales y Tezanos, 2004; Cabrera y Malgesini, 2002), los jóvenes sin hogar (Martínez Celorrio, 1992), o los niveles de estrés en las PSH (Vielva, 1992). Asimismo, se han generado informes que apuntan a mejorar el funcionamiento de los servicios sociales dedicados a estas poblaciones (Vázquez Cabrera, 2003; Cabrera *et al.*, 2002; Cabrera y Rubio, 2003; etc.). Con la excepción de la tesis doctoral realizada por Escudero Carretero (2003), dedicada a mujeres usuarias de los servicios sociales en Granada, no se llevaron a cabo estudios etnográficos.

En las investigaciones sobre el sinhogarismo, la desafiliación ha sido la perspectiva dominante<sup>10</sup>. Ya en una fecha tan remota como 1936, Suntherland y Locke (en Snow y Anderson, 1993: 172) describían a los habitantes de los *Skid Rows* como “personas sin techo y poco amistosas, aisladas de todo contacto social de naturaleza íntima y personal”. Las décadas pasaron, pero las definiciones fueron reproduciendo el mismo tono: Dunham (1953, en *Ibíd.*) se refería a las PSH como individuos “incompletamente socializados”; Pitman y Gordon

---

<sup>9</sup> Vale la pena consultar en el sitio [www.enredpsh.org](http://www.enredpsh.org).

<sup>10</sup> Los primeros estudios sobre el sinhogarismo se centraron en los *Skid Rows*. Es importante destacar que, hasta que los procesos de gentrificación acabaron con dichos barrios degradados, estas poblaciones no carecían necesariamente de un techo bajo el cual refugiarse por las noches. Si se los denominó como *homeless* fue por la ausencia de una familia, de un vínculo afectivo que transforme a la vivienda en hogar. Hasta la década de 1980, la falta de lazos sociales fue el aspecto predominante en la literatura sobre el tema. Debido a los procesos de desinstitucionalización psiquiátrica, gentrificación o a las políticas de ajuste fiscal de los 80', la variable residencial pasó a dominar la escena y fue entonces cuando se produjo la mayor parte del material disponible (Snow y Anderson, 1993; Shlay y Rossi, 1992). Sin embargo, el supuesto de la desafiliación continúa presente en la mayoría de los estudios contemporáneos.

(1958, en *Ibídem*) utilizaron la expresión “infrasocializados”; mientras que Levinson (1963, en *Ibídem*) planteó la cuestión en términos de sujetos “fundamentalmente separados de la vida social”. Al preguntarse por la relación entre anomia y estructura social, Merton (1968) caracterizó a “los mendigos” como individuos retraídos. Según este sociólogo, son los continuos fracasos los que llevan a estas personas a renunciar a los principios y las formas legítimas de inserción social, a convertirse en seres asociales. Las bases teóricas estaban sentadas: a mediados de los sesenta Howard Bahr comenzó sus estudios sobre el *Skid Row* de Nueva York; a partir de entonces, desafiliación y sinhogarismo son términos que se retroalimentan. Bahr describe al sinhogarismo como una “condición de separación de la sociedad caracterizada por la ausencia o atenuación de los lazos de afiliación que conectan a las personas con las redes de interconexión estructurales” (1973: 17). En definitiva, el sinhogarismo es entendido como la forma más radical de desconexión y aislamiento social (Blumberg, 1975).

Pero en la década de 1970 surgió una perspectiva basada en la observación participante que se dedicó a discutir con tales supuestos (Rooney, 1976; Rubington, 1968; Spradley, 1970; etc.). Como se expone en el capítulo 2, es probable que las imágenes de aislamiento y soledad en parte sean consecuencia de las metodologías con las cuales trabajaron los teóricos de la desafiliación. La etnografía permite dar cuenta de una serie de redes informales, de dinámicas barriales que constituyen la cotidianidad de las PSH y que las encuestas sociológicas no siempre logran captar. El aporte más sustancial que realizó la antropología social a la materia consistió en reflexionar sobre la vida diaria en la calle, en caracterizar las tácticas de adaptación que desarrollan las PSH (Rosenhtal, 1994; Liebow, 1993; Snow y Anderson, 1993; etc.). En esta tesis se pretende continuar con dichos enfoques. Tiene por objetivo analizar las rupturas asociadas con el sinhogarismo, pero resaltando los procesos de reafiliación, cómo los lazos se recomponen en un entorno de exclusión como es la calle. Se refutan las visiones dicotómicas que simplifican en exceso la realidad social delimitando entre “excluidos o incluidos”; por el contrario, la riqueza del trabajo etnográfico consiste en expresar narrativamente la gama de matices que se ubican entre los dos polos de las lógicas binarias. Cuestionando los supuestos básicos del modelo teórico de la desafiliación, se presta especial atención a las relaciones y dinámicas espaciales que despliegan los *homeless* en el barrio donde se han instalado. Por otra parte, la exclusión no se circunscribe a un ámbito material. De tal modo, las prácticas de las PSH también son analizadas como tácticas emotivas, como la búsqueda de un sentimiento de “normalidad” a partir de la inclusión en un territorio determinado.

Aunque el aislamiento es el aspecto más destacado por los teóricos de la desafiliación, contradictoriamente en otros pasajes de sus respectivas obras mencionan la tendencia a la congregación como un factor característico de los sin hogar. Entonces, los escritos realizan un giro de ciento ochenta grados: ya no se trata de personas solitarias, sino de sujetos reunidos en torno a grupos que responden a lógicas de unión diametralmente opuestas a las que rigen el conjunto social. Términos como “cuartos mundos” inducen a pensar que estamos frente a seres extraños que forman parte de un universo paralelo. Así, según Bahr las actitudes hostiles por parte de la población “y las medidas punitivas que las acompañan separan aún más al desarraigado de sus semejantes instalados en una comunidad. Los desafiliados suelen formar un submundo con su jerga especial, sus signos, secretos, y cerrados a la comunicación con los extraños” (*et al.*, 1968: 614). No es casual que, al indagar sobre la conformación de los grupos de desafiliados, Bahr haya apelado a las reservas indígenas como ejemplo. “Los habitantes del *Skid Row* son una tribu poco conocida que viven recluidas en pequeños enclaves urbanos. (En Nueva York) hay más de 150 bandas distintas, cada una con su propio territorio e instituciones” (1973: 9). A su vez, “como muchas otras tribus *primitivas* que viven en contacto próximo a la gente *más civilizada*, el habitante del *Skid Row* suele ser objeto de discriminación” (1973: 11). Estas visiones evalúan a las “comunidades de desafiliados” en función de cuánto se alejan de un criterio normativo. La metáfora de la reserva indígena destaca un abismo: nos hallamos frente a una racionalidad radicalmente diferente que impide cualquier posible comprensión mutua.

Al abordar la noción de desafiliación se discute con las imágenes de los excluidos como habitantes de mundos sociales distantes. Por consiguiente, en el capítulo 7 se caracteriza el tipo de conexión que las PSH establecen con los vecinos del barrio donde actualmente residen. Asimismo, en los capítulos 8 y 9 se indagan los códigos de calle y cómo las pautas que rigen la cotidianidad del grupo entran en tensión con los valores sociales hegemónicos. Para entender cómo la estadía prolongada en el sinhogarismo repercute en las orientaciones cognitivas de los sujetos, por qué resulta tan complicado escapar del círculo de exclusión, es necesario privilegiar los procesos de socialización que se desencadenan en el contexto de calle. En tal sentido, nos preguntamos por los conflictos y las modalidades de cooperación entre las PSH. Los usos del espacio y las formas de reciprocidad aportan un sentido de comunidad que debe ser analizado. A modo de hipótesis se afirma que las redes propias del proceso de reafiliación en el contexto de calle, las relaciones sociales que el sujeto teje en los espacios de exclusión, refuerzan la situación de sinhogarismo.

De la combinación de los dos supuestos centrales que articulan la noción de desafiliación -la ausencia de redes sociales y la falta de arraigo territorial- surgen los demás elementos básicos en las explicaciones del sinhogarismo. En primer lugar, la situación de calle es asociada con el nomadismo, con la pobreza errante. Es por ello que en los capítulos 4 y 5 se estudian cómo determinados procesos históricos promueven diversos patrones de movilidad, generando a su vez distintas modalidades de sinhogarismo. A modo de hipótesis, se sostiene que la sedentarización es sinónimo de un sinhogarismo visible y basado en las redes territoriales; por el contrario, el nomadismo conlleva a la invisibilidad, a otras tácticas de subsistencia y a menores niveles de estigma. Otro estereotipo clásico es el que liga a la condición de sin hogar con la pasividad y vagancia –tema tratado en el capítulo 3. Estrechamente asociado con la idea de anomia y apatía, se afirma que estamos frente a individuos incapaces de organizarse e integrarse en un colectivo –ítem que es abordado en el capítulo 9. Otro de los factores asociados con la desafiliación ha sido la falta de poder y el estigma, cuestión recurrente a lo largo de toda la tesis. Finalmente, una amplia parte de la literatura se ha centrado en las psicopatologías. Siendo una investigación antropológica, y dado que la bibliografía sobre el tema ya es de por sí muy extensa, esta cuestión no será profundizada –como tampoco lo serán los problemas asociados con la salud en general<sup>11</sup>.

En España, el sinhogarismo no ha sido abordado desde la perspectiva de las sociabilidades; por consiguiente, esta tesis doctoral pretende ser un aporte frente a tales ausencias. A su vez, la necesidad de generar un estudio con estas características reside en que el modelo de la desafiliación continúa repercutiendo sobre la mayoría de las investigaciones y programas de intervención política dedicados a lidiar con el sinhogarismo en particular, y con los fenómenos de exclusión social en general. Seguimos pensando en términos de individuos aislados, cuando estas personas integran grupos, cuando son sus redes sociales las que les permiten subsistir diariamente pese a tantas adversidades.

#### *4. Contextualizando al estudio: exclusión y sinhogarismo en Madrid*

Como cualquier otro fenómeno social, el sinhogarismo no puede ser comprendido obviando el entramado histórico, económico y social en el cual se inscribe. España disfruta actualmente de unos estándares de bienestar socioeconómicos inéditos, los cuales marcan una enorme brecha respecto de su pasado reciente y la sitúan como una potencia económica mundial. En cuanto a

---

<sup>11</sup> Quien se interese por la relación entre sinhogarismo y salud en España, puede consultar en Muñoz *et al.*, 2003; Muñoz *et al.*, 1998; Prohabitatge, 2006; etc.

Madrid, se trata de una de las Comunidades Autónomas más ricas del país. En definitiva, el sinhogarismo se inserta en una sociedad de consumo en pleno apogeo. A la hora de contextualizar el problema teórico, el principal aspecto a remarcar consiste en el contraste, en cómo en un mismo espacio conviven la opulencia y la miseria<sup>12</sup>.

No es posible establecer con certeza la cantidad de gente en situación de calle. Como vimos anteriormente, el número final varía de acuerdo a las definiciones que se realicen sobre el fenómeno y las metodologías de recuento. Así, en el 2005 el INE estimó que en España había unas 21.900 personas en situación de calle. Otras definiciones más amplias, que incluyen a quienes residen en viviendas precarias, sostienen que en España habría aproximadamente unos 200.000 *homeless* (Muñoz *et al.*, 2003). Por otra parte, en la noche del 12 de diciembre de 2006 el Foro Técnico de PSH realizó el primer censo madrileño dedicado a quienes pernoctan en la vía pública. Se contabilizaron 621 “sin techos”; a ello debemos sumar la gente que esa misma noche durmió en los recursos sociales –no contamos con tal cifra, pero sabemos que incluyendo las plazas de Campaña de Frío en dicha fecha el Ayuntamiento dispuso de 1619 plazas<sup>13</sup>. Claro que, para comprender las verdaderas dimensiones de este fenómeno, deberíamos incluir a todos aquellos que en el invierno escapan del frío refugiándose bajo el techo de la casa de un amigo o familiar, en una pensión o en una casa ocupada, y que en los meses donde la temperatura mejora duermen a la intemperie.

Antes de detenernos en las variables macroestructurales que moldean al sinhogarismo, es preciso formular una aclaración: el mercado de la vivienda o del trabajo, el grado de alcance del Estado de Bienestar o la cohesión familiar, son cuestiones que atañen a la sociedad en general.

---

<sup>12</sup> Pese a que Madrid es la Comunidad más rica de un país que se ha convertido en la octava economía del mundo (El Mundo, 25 de Enero de 2007), las cifras de pobreza iluminan el contraste al que hacíamos referencia. La Renta Media anual por Persona es de 7925 euros en España y de 9.515 en Madrid –tomando a los hogares como referencia, sería de 22.418 y 27.540 euros respectivamente (INE, 2007). A su vez, y de acuerdo a cuánto se alejan los ingresos de las personas respecto de la renta *per cápita* nacional, podemos afirmar que el 35,9% de la población madrileña vive en la precariedad –sus ingresos representan entre el 50 y el 35% de esta renta; el 43,2% en la pobreza moderada –los ingresos oscilan entre un 25 y un 35%; el 12,7% en la pobreza grave –ganan entre el 25 y 15% de la renta media; y un 8,3% en la pobreza extrema –obtienen menos del 15% de dicha renta (CES, 2001).

<sup>13</sup> El INE delimitó sus encuestas en los usuarios de los Centros, por lo cual dejó fuera de la muestra a todos aquellos que duermen en la calle. Además, la atención recayó en los municipios que cuentan con más de 20.000 habitantes; por consiguiente, las PSH que residen en ciudades con una población menor a dicha cifra no fueron contabilizadas. En cuanto al censo madrileño, el número final también fue producto de los límites propios de la encuesta. Se realizó en invierno, época donde la cantidad de personas que duermen a la intemperie desciende notablemente; no se ingresó en sitios propicios para protegerse durante las noches, como las casas ocupadas; no hubo un curso de entrenamiento a los voluntarios –más de un voluntario probablemente haya sido incapaz de detectar los escondites donde se refugian las PSH durante las noches-; etc.

Pero, si bien el mal funcionamiento de uno de estos ejes afecta al conjunto social, los desajustes repercuten de especial manera en las poblaciones más vulnerables, como es el caso de las PSH. Aunque de modo tangencial, en el capítulo 3 se considera la manera en que opera el mercado de trabajo. La caracterización de las familias españolas y su relación con el nivel de desarrollo del Estado de bienestar es un factor que articula buena parte del capítulo 6. A continuación se contextualiza dicho vínculo, aportando datos que no se encuentran presentes en tal capítulo.

Básicamente, podemos entender al Estado de bienestar en función de sus intervenciones dirigidas a mejorar la calidad de vida de la población. Entre tales medidas, se destacan las siguientes: 1) los servicios públicos como la sanidad o la educación, los de ayuda a las familias y los sociales como la vivienda protegida; 2) las transferencias sociales como las pensiones de vejez, viudedad y discapacidad, donde se traspasan fondos públicos de los trabajadores, empleados y empresarios, a los beneficiarios pensionistas; 3) las acciones del Estado que protegen al ciudadano en su condición de trabajador, consumidor o residente, a partir de un sistema de normas y sanciones; 4) las intervenciones públicas encaminadas a producir buenos puestos de trabajo (Navarro, 2004).

Una de las medidas más utilizadas para estimar el grado de desarrollo de los Estados de Bienestar consiste en cuantificar el porcentaje de la población adulta que trabaja en servicios como sanidad, educación o en las ayudas oficiales a la familia. Según este indicador, en España el Estado de bienestar está muy poco desarrollado, pues sólo un 5,9% de la población adulta trabaja en estos sectores –el promedio en la Unión Europea/15 es de un 11%; en países como Suecia dicha tasa asciende a un 16,9%. Otro indicador pasa por la cantidad de fondos públicos que financian las transferencias, servicios públicos y otras intervenciones del Estado orientadas a mejorar el bienestar de la población. En España, un 20,1% del PIB está destinado a los servicios sociales –el promedio de la Unión Europea/15 es de un 27,3%; Suecia dedica a tal rubro el 32,3% de su PIB. Pero más significativo es aún cómo estos datos se complementan con la evolución del gasto público. Si en 1993 el gasto fue de un 24%, en 2000 bajó a un 20,1%; es decir, descendió 4 puntos, mientras que en el mismo período en la Unión Europea/15 la disminución fue de sólo 1 punto. A excepción de Portugal, en España el gasto público social por habitante es el más bajo de la Unión Europea/15, así como es el que crece más lentamente – lo cual aumenta las diferencias (referencias del año 2000 en Navarro, 2004).

Los Estados de bienestar también han sido definidos como institucionales o residuales. El primer modelo se dirige a toda la población, es universalista y abarca un compromiso

institucionalizado de protección social. En el segundo caso, el Estado asume la responsabilidad recién cuando falla la familia o el mercado, procura limitar sus obligaciones a los grupos sociales marginales y necesitados (Esping Andersen, 1993). Debido a sus particularidades históricas, España se inscribe en el segundo ejemplo. Por un lado, el retroceso de los Estados sociales en España no es tal, sino que debería ser interpretado como el declive de una expansión incipiente. El Estado de bienestar español no cuenta con décadas de desarrollo como si ocurre en Francia, Inglaterra o los países escandinavos. Por otra parte, debemos tener presente que estamos haciendo referencia a una sociedad mediterránea con un fuerte impronta cristiana. Así, en el campo de las ayudas sociales, la familia se constituye en el actor principal. Cuando la familia no logra satisfacer plenamente sus necesidades, encontramos a la iglesia católica como la institución tradicionalmente encargada de “lo social”. Es en este contexto donde se desarrolla el Estado social español. Otra particularidad destacable es la creciente propensión a privatizar los servicios sociales<sup>14</sup>.

Veamos brevemente cómo esta situación se refleja en los servicios sociales para PSH. Siguiendo las cifras del INE del 2004, el primer dato remarcable es que la mayoría de los centros son de titularidad privada –un 72,8%. Sólo en un 6,7% la entidad que gestiona al recurso difiere de su titular. Se calcula que cada centro gasta de promedio unos 213.416 euros anuales. Existen enormes diferencias entre los servicios públicos y privados en cuanto a los recursos financieros disponibles. En promedio, el gasto de las instituciones públicas prácticamente duplica al de las privadas -316.234 euros frente a 174.986 respectivamente. A nivel de financiación, el 56,8% de los centros apela a las administraciones públicas como fuente única o mayoritaria –sólo el 10% se financia con fondos propios. Esto confirma una tendencia: las partidas que el Estado dispone para “gasto social” son privatizadas o terciarizadas. Otro aspecto destacable consiste en la excesiva relevancia que posee el voluntariado en el funcionamiento de los servicios. Unas 12.757 personas trabajan en los centros -el 33,8% tienen una dedicación exclusiva, el 66,2% a tiempo parcial. Los asalariados representan el 28%, y sólo el 22% del personal es asalariado a tiempo completo. El 72% de quienes trabajan en este sector son voluntarios o religiosos; todos ellos están cubriendo de forma gratuita las tareas que en

---

<sup>14</sup> Una especificidad propia del Estado social español guarda relación con el proceso de descentralización, lo cual supone enormes desigualdades en el modelo territorial. Es decir, la gestión y financiación de muchos componentes del Estado de bienestar han sido transferidos a los gobiernos autonómicos. A la hora de reflexionar sobre el Estado de Bienestar, debemos tener en cuenta los contrastes entre Comunidades como Madrid o Cataluña respecto de otras como Galicia o Extremadura. Para una caracterización del Estado social en España remitirse a Espina, 2007; Esping Andersen, 1993; Navarro, 2004; Brugué *et al.*, 2002; Laparra Navarro, 2001; Moreno, 2001; Silver, 1994; Paugam, 2007; etc.



muchos casos deberían llevar a cabo profesionales como psicólogos, trabajadores o educadores sociales. Así, el Estado se “ahorra” mucho dinero, y la intervención se limita a lo más básico.

A su vez, dos terceras partes de la red de asistencia a PSH es confesionalmente católica (Cabrera *et al.*, 2002). El INE (2004) reconoce una preponderancia de la visión asistencialista, y llega a tal conclusión tras considerar que la comida es el servicio más prestado, o que sólo un 22,5% de estas instituciones se dedica a tareas como Asistenta Jurídica o Talleres Ocupacionales. En noviembre de 2003, estos centros contaban con 12.139 plazas -1580 pisos de acogida, 486 pensiones, y 10.073 en alojamientos colectivos. Incluso admitiendo las cifras oficiales, las cuales no contabilizan a quienes duermen en la calle sin acudir a los recursos sociales y que calcularon que en el año 2005 unas 21.900 PSH pasaron por los centros, queda claro que los recursos no son suficientes. En definitiva, el Estado no es capaz de garantizar un techo y una cama a miles de personas que diariamente se ven condenadas a pasar la noche a la intemperie.

Los grupos sociales se disputan la propiedad, apropiación, uso y definición del espacio. En dicha confrontación el Estado, en tanto institución con capacidad de incidir en los mercados del suelo, la vivienda y el trabajo, juega un papel preponderante. Los Estados de bienestar han sido catalogados en función de su voluntad y capacidad de ampliar los derechos sociales, permitiendo que los niveles de vida de la gente sean relativamente independientes de las fuerzas del mercado. Es por ello que, para comprender la especificidad del Estado de bienestar, debemos analizar sus relaciones con el sector privado (Esping Andersen, 1993). Y el mercado de la vivienda puede ser un ejemplo que aporte luces a esta cuestión. Por otra parte, junto con la noción de desafiliación el aspecto residencial es el elemento más destacado en las definiciones del sinhogarismo. En consecuencia, este tema será analizado con mayor profundidad.

#### ***4.1. El mercado de la vivienda en España***

El Ministerio de la Vivienda de España ha reconocido que, entre 1997 y 2006, el precio de los inmuebles se incrementó en un 173,2%. Sólo en el 2005, con un aumento poblacional casi nulo y batiendo récords por sexto año consecutivo en lo que a construcción se refiere, se hicieron unas 800.000 viviendas<sup>15</sup>. Para darnos una idea de lo que supone esta cifra, tengamos en cuenta

---

<sup>15</sup> Datos publicados en el El País (11 de Diciembre de 2005a). Respecto de Madrid, en 2005 se construyeron unas 30.000 viviendas. A su vez, en el último lustro los precios se han más que duplicado. En el primer trimestre de 2006, el precio promedio era de 3.916 euros por metro cuadrado; es decir, un

que es el equivalente a todo lo que han construido Alemania y Francia en su conjunto en el mismo período –países con mayor población y crecimiento demográfico respecto de España (Carpintero, 2006). Es así que España supone el mayor parque de viviendas de la Unión Europea, con casi 21 millones de unidades, lo cual implica un superávit de un 48% en relación a los hogares constituidos (Aguilera, 2006). En los últimos cinco años, en el país se iniciaron unas 2.630.000 viviendas<sup>16</sup>.

Incluso los directivos de las entidades bancarias reconocen públicamente que el valor de la vivienda es producto de un gigantesco proceso de especulación. El proceso comienza con un nuevo marco institucional que regula el funcionamiento del sector, la información privilegiada, y los consiguientes abusos de poder asociados con la recalificación de los suelos. El crecimiento del patrimonio inmobiliario se ha logrado comprando terreno rústico, históricamente dedicado a la agricultura, que posteriormente fue recalificado por el poder local como terreno urbanizable. El carácter especulativo del precio de la vivienda se manifiesta en el valor que ha alcanzado su componente menos productivo: el suelo. Esta política territorial fue complementada con la demolición de las viviendas preexistentes y la construcción de nuevos inmuebles más caros<sup>17</sup>.

El sector inmobiliario, conjuntamente con el financiero, han sido los principales beneficiados. Pero ello no debe hacernos olvidar otros agentes que fomentaron estas dinámicas especulativas, como por ejemplo las Administraciones Locales, para quienes las operaciones urbanísticas representan una fuente de ingresos inestimable (Cortés Alcalá, 2006). El efecto más visible de tal proceso fue la construcción de una enorme cantidad de viviendas que nunca fueron habitadas, el denominado “*boom* de las segundas residencias”. También en este aspecto España ostenta el récord de la Unión Europea. En el 2004 se estimaba que existían unas 3,8 millones de segundas residencias en el país, de las cuales 1,7 millones pertenecen a extranjeros –por lo

---

piso de 90 metros cuadrados equivalía de media a 352.000 euros. Sólo dos años antes, en el 2004, el metro cuadrado rondaba los 3379 euros de promedio (El País, 2 de Mayo de 2006b).

<sup>16</sup> Datos publicados en El País (4 de Diciembre de 2005).

<sup>17</sup> A mediados de los 1990, el 30% del suelo rústico del municipio de Madrid fue adquirido por empresas inmobiliarias, ajenas por completo a la actividad agraria, que tan sólo se dedicaron a esperar la recalificación de las mismas (Carpintero, 2006). De tal modo, “el suelo se valora legalmente por el beneficio potencial del negocio inmobiliario, anticipado al momento de la reclasificación del terreno (...) un suelo rústico que vale 3 euros por metro cuadrado, se convierte en 60 euros por metro cuadrado si se reclasifica para hacer una promoción de viviendas protegidas –las que menos plusvalía generan. Es decir, el propietario del terreno obtiene un beneficio del 2000% por cada metro cuadrado sin que haya invertido ni arriesgado nada. No existe nada parecido en ningún otro negocio” (El País, 7 de Octubre de 2006). A su vez, España se ha convertido en el país europeo más destructor de su propio patrimonio edilicio. En las últimas décadas han desaparecido por demolición el 56% de los edificios anteriores a 1950; hoy en día, tan sólo quedan en pie un 20% de las viviendas anteriores a 1940 (Carpintero, 2006).

general provenientes de los países nórdicos, en los cuales sus respectivos Estados cargan de altísimos impuestos a las segundas propiedades. De tal modo, se calcula que las viviendas vacías rondan en torno a las 3.000.000 de unidades (Aguilera, 2006)<sup>18</sup>.

El proceso de especulación se enmarca en un país donde la propiedad es el régimen de tenencia más expandido. Para los sectores vulnerables, la gravedad del asunto no recae simplemente en que disponen de un mercado de alquiler limitado, sino también en que sólo el 6% está destinado al rubro “alquiler social”. Además, en el caso de las PSH, no sólo son expulsados por el mercado residencial, sino que también se ven perjudicados por unos programas públicos de vivienda protegida que operan con criterios de solvencia económica (Alcalá Cortés, 2006). España es el país con más viviendas en propiedad de toda la Unión Europea. Los valores culturales que privilegian la propiedad sobre el alquiler se inscriben en un contexto marcado por el predominio del entramado financiero constructor sobre el conjunto de la economía, el cual favorece la compra de vivienda como inversión antes que como valor de uso<sup>19</sup>.

Las consecuencias del proceso de especulación son múltiples. Este modelo de crecimiento ha sido la causa de la destrucción de buena parte del territorio –a modo de ejemplo, mencionemos que el 34% del primer kilómetro de la costa mediterránea ha sido ocupado por construcciones (Aguilera, 2006). En segundo término, dicho sistema genera una brecha que revaloriza el patrimonio de los propietarios y empobrece y dificulta el acceso a la vivienda a los no propietarios (Carpintero, 2006). En tercera medida, conlleva severas dificultades para el conjunto social. La deuda familiar supera los 60.000 millones de euros, lo cual significa que no se ha pagado lo construido, sino tan sólo sus intereses. El 88% del total de la deuda familiar esta relacionada con la vivienda (Aguilera, 2006). Por otra parte, la deuda de las hipotecas de las familias supone el 130% de su renta, un nivel muy sensible para hacer frente a una subida de los tipos de interés o una crisis económica<sup>20</sup>.

---

<sup>18</sup> Gracias a las hipotecas, los bancos y las cajas de ahorro se han asegurado “un negocio a largo plazo, mientras que las constructoras e inmobiliarias han podido duplicar su tamaño en dos años, financiar su expansión internacional y acometer compras multimillonarias” (El País, 11 de Diciembre de 2005a). En cuanto a las segundas residencias en Madrid, ya en 1996 el Padrón Municipal registraba que el 85% de las viviendas construidas entre 1991 y 1996 engrosaba el colectivo de inmuebles secundarios y desocupados (Carpintero, 2006).

<sup>19</sup> En 1950, el 46% del parque inmobiliario correspondía a pisos en propiedad, mientras que el 51% a alquiler. En el 2001 la propiedad representa un 83%, y el alquiler tan sólo un 11%. Por el contrario, la tasa media de alquiler en la Unión Europea es de un 32%; en países como Alemania, la propiedad representa un 41%, el alquiler privado un 42%, y el alquiler social el 17% (Aguilera, 2006). Además, de los 800.000 pisos construidos en 2005, sólo el 8% fue dedicado a vivienda protegida, mientras que el alquiler apenas representó un 7% (El País, 11 de Diciembre de 2005a).

<sup>20</sup> Datos publicados en El País (11 de Diciembre de 2005a).

Si la gente aceptó endeudarse y comprar pisos, en buena parte fue debido a que España cuenta con los tipos de interés más bajos de la Unión Europea -en el 2004 eran inferiores al 4% (Aguilera, 2006). Las hipotecas se han constituido en el único modelo que las familias pueden utilizar para resolver sus necesidades básicas de alojamiento, convirtiendo la necesidad en un negocio en las cuales las familias se ven atadas durante décadas a las condiciones de los fluctuantes tipos de interés. En realidad no deberíamos hablar de propiedad, sino que deberíamos referirnos en términos de situación de transición hacia la propiedad, pues el 24% de la población se encuentra pagando el sitio donde reside (Alcalá Cortés, 2006). Para comprender la dimensión del problema, el aumento del precio de la vivienda debe ser comparado con los ingresos medios de los hogares. En el período 1996-2003, la vivienda se encareció un 106,2%, mientras que los salarios sólo aumentaron un 34,5% (Castañe i García, 2005). Si en el 2000 la compra de un piso de cien metros cuadrados y de menos de dos años de antigüedad requería la renta familiar equivalente a 4,4 años de trabajo, en el 2005 el tiempo ha escalado a 6,4 años (Castañe i García, 2006).

El precio de los alquileres no aumentó tanto como el de la compra, pero la especulación también repercute en este rubro<sup>21</sup>. Las dificultades para alquilar afectan especialmente a determinados segmentos poblacionales -inmigrantes, jóvenes, separados y divorciados, hogares monoparentales, etc. (Leal, 2006). Así, para buena parte de la población “ya no es suficiente con trabajar y recibir un sueldo digno y regular para adquirir o alquilar una vivienda. Cabe contar a su vez con ahorros previos considerables, una previsión de estabilidad económica a largo plazo y un poder adquisitivo muy elevado, tres requisitos que no siempre es posible reunir” (López Oller, 2006: 54).

La exclusión y segregación residencial se expresa a partir de otras modalidades: el chabolismo, o las denominadas “infraviviendas verticales” son dos ejemplos clásicos<sup>22</sup>. Si adoptamos una

---

<sup>21</sup> En los últimos cuatro años, las rentas que los particulares piden por sus pisos han subido un 48% de media (El País, 9 de Diciembre de 2005). Como consecuencia de ello, en Madrid el alquiler de una habitación en un piso compartido no baja de los 300 euros (El País, 2 de Mayo de 2006a).

<sup>22</sup> A pesar que desde 1986 las autoridades han implementado un proceso de erradicación, se calcula que en los alrededores de Madrid existen unas 1400 chabolas en las que residen unas 5000 personas (El País, 11 de Diciembre de 2005b). En cuanto a las “infraviviendas verticales”, incluyen a aquellas edificaciones con problemas estructurales y/o que carecen de instalaciones mínimas. Estaríamos haciendo referencia al 10% de los inmuebles de la Comunidad de Madrid (Alcalá Cortés, 2006). La distribución de tales dificultades no es aleatoria, pues “existe cierta correlación entre los espacios en los que se hayan estas viviendas y los barrios en los que existe una mayor concentración de grupos sociales vulnerables” (Ibídem: 27). Asimismo, las situaciones de “infravivienda vertical” conllevan a serios obstáculos de accesibilidad física, barreras arquitectónicas que obstaculizan o impiden la movilidad de los discapacitados o de una población española cada vez más anciana

definición amplia, quienes padecen ambas formas de desventaja social caerían bajo los dominios del sinhogarismo. Las políticas de construcción de barrios enteros en medio del desierto, a kilómetros de Madrid, ha conllevado al abandono de los distritos con más historia. Es así como debe comprenderse la degradación de muchos barrios periféricos y cascos urbanos españoles. En el caso del centro madrileño, el 30,4% de los edificios han sido calificados como ruinosos o deficientes. En esta zona de la ciudad, hay casi el doble de viviendas vacías que en mal estado: si las primeras salieran al mercado de alquiler, el problema de la vivienda en el centro se aliviaría mucho. Por otra parte, el distrito centro posee una forma específica de especulación. El 30% de los edificios es de propiedad vertical –de un solo dueño. Así, es frecuente que los propietarios abandonen dichas viviendas, muchas de ellas con inquilinos de renta antigua, buscando demoler el edificio y obtener plusvalías<sup>23</sup>.

El nivel de corrupción y especulación ha sido tan aberrante que, por primera vez, el asesor de la Oficina del Alto Comisionado para los Derechos Humanos de la ONU visitó un país de la Unión Europea para elaborar un informe sobre la materia. Las conclusiones a las que llegó son que “las políticas de los últimos decenios han priorizado la propiedad privada; eso, junto a los extremos niveles de corrupción, impiden al 20-25% de la población, los que tienen las rentas más bajas, sobre todo los inmigrantes, acceder a una vivienda digna” (El País, 2 de Diciembre de 2006). Las críticas más duras se las llevan los promotores de vivienda que, en su opinión, actúan con impunidad y tienen un poder desproporcionado a la hora de decidir el diseño de las ciudades. Sus sugerencias apuntan a que el Gobierno intervenga en el mercado: “si es necesario, recuperando competencias en urbanismo -en manos de comunidades y ayuntamientos- (...) existen 3.000.000 de viviendas vacías, situación única en la Unión Europea. Para moderar los precios, hay que eliminar los incentivos fiscales a la compra, porque acaban subiendo el precio de los pisos. Son una subvención para los promotores” (Ibídem).

El dilema del sinhogarismo es, en primer medida, político. Dando por válidas las cifras oficiales, tomamos conciencia de la injusticia social inherente a dicho fenómeno: en España coexistirían entre 22.000 y 200.000 PSH con unas 3.000.000 de viviendas vacías. En este país, el sinhogarismo es un auténtico escándalo que debería avergonzarnos. No se trata de un asunto asociado con la pobreza en tanto falta de recursos para combatir la miseria, sino de la omisión estatal en la distribución de los mismos. Tomando a la dimensión residencial como referencia, queda claro que el sinhogarismo se asocia con las formas hegemónicas de definir a la vivienda.

---

<sup>23</sup> Datos obtenidos en El País (8 de Enero de 2006).

En vez de concebirla como un bien de uso, como una necesidad básica, las diversas administraciones cedieron todo el terreno o financiaron la expansión de la lógica privada<sup>24</sup>.

## 5. Organización de la obra

Como ha sido señalado en los apartados anteriores, la tesis ha sido estructurada en función del concepto de desafiliación. Por consiguiente, todos los capítulos han sido pensados intentando discutir con los supuestos implícitos en dicha categoría. Así, el capítulo 2 consiste en la descripción del proceso etnográfico llevado a cabo con PSH en la ciudad de Madrid. Allí se considera la fase de aproximación al grupo de *homeless*, cómo el vínculo que el investigador establece con sus informantes incide en el tipo de información obtenida. Luego se caracteriza al grupo y al territorio que han sido privilegiados: la Plaza Isabel II se constituye como la unidad de análisis de la presente tesis, y ello supone entender al sitio como un espacio físico y social en constante transformación. Por último, se destacan las técnicas de investigación utilizadas en el trabajo de campo.

El siguiente capítulo se centra en una de las dimensiones básicas de los procesos de desafiliación: la ruptura con el mercado formal de trabajo. Se examina cómo, en el grupo de Ópera, los problemas en el ámbito laboral incidieron en la situación de calle. Se argumenta que la noción de desafiliación debe ser relativizada: aunque no siempre de forma convencional, la mayoría de las PSH continúan ligadas con la dimensión laboral –la economía informal, centrada en la vía pública, ocupa un lugar clave en su cotidianidad. El capítulo da comienzo al análisis de los procesos de reafiliación, al estudio de las tácticas de subsistencia y adaptación materiales y emotivas. Finalmente, se señalan buena parte de los constreñimientos inherentes al espacio de exclusión residencial; las tácticas de las PSH se inscriben en un entorno hostil que restringe el campo de elecciones.

El concepto de la desafiliación afirma que la ausencia de un arraigo territorial guarda relación con la voluntad de los *homeless* de llevar una vida errante. El capítulo 4 parte de una hipótesis: las pautas de movilidad generan formas específicas de exclusión y de sinhogarismo –el

---

<sup>24</sup> En los Países Bajos 2,4 millones de viviendas –el 40% de las edificaciones– se encuentran bajo propiedad estatal y son utilizadas en función de las necesidades sociales. El resultado es que, ante la amenaza de un desahucio o de otra situación que podría conducir al sinhogarismo, el Estado interviene logrando que el 95% de las personas continúen en su domicilio o se trasladen a otra vivienda. Otro dato interesante: los holandeses calculan el coste anual de tales medidas entre 6.000 y 8.500 euros anuales por vivienda. Si consideramos los 25.000 euros anuales de coste por admisión en un centro residencial, entenderemos que se trata de una buena inversión no sólo a nivel social, sino incluso económica (Feuerriegel, 2005).

sedentarismo conlleva a la visibilidad de las PSH y una mayor presencia de redes barriales, mientras que el nomadismo supone invisibilidad. En el presente madrileño, fuerzas contradictorias simultáneamente fomentan la sedentarización y el nomadismo de las PSH. Por otra parte, la exclusión de los *homeless* se liga con los procesos de movilidad forzada. Es por ello que se identifica a los agentes que promueven dicha circulación permanente e involuntaria: la policía, la ubicación geográfica de los recursos sociales destinados a las PSH, determinados movimientos de vecinos, o las políticas de reconversión urbana. Por último, nos detenemos en una serie de propuestas legales que, con el pretexto de garantizar la calidad de vida urbana a través de una estricta regulación del espacio público, se esfuerzan por erradicar a los *homeless* de los sitios donde se han instalado.

El capítulo 5 continúa con la relación entre desafiliación y movilidad, pero ya no en tanto factores ambientales hostiles que promueven los traslados de las PSH, sino como las elecciones que diariamente realizan los sujetos. Es por ello que la primera sección versa sobre la biografía residencial y la distribución espacial de las PSH en Madrid. Asimismo, se analizan las diferencias entre las tácticas sedentarias y nómadas. A continuación se estudia un aspecto básico de los procesos de sedentarización: la apropiación de los espacios urbanos por parte de las PSH. Subvirtiendo los esfuerzos de los planificadores urbanos, las PSH resignifican temporalmente los territorios donde residen, buscando adaptarlos a sus necesidades específicas de calle.

El objetivo del capítulo 6 consiste en cuestionar las imágenes que ligan a la desafiliación con el quiebre de los lazos primarios. En la primera sección se examina la relación entre problemas en el ámbito familiar y la situación de calle, indagando cómo los estigmas asociados con la condición de sinhogar y con determinados criterios de normalidad familiar repercuten negativamente en las PSH. Luego se caracteriza el estado de los vínculos de parentesco del grupo específico de *homeless* con los que se ha trabajado. Por último, se aborda el estado de las relaciones con las amistades previas a la situación de calle.

En el capítulo 7 se comienza a observar el peso que poseen las redes sociales en el proceso de reafiliación, prestando especial atención en la conformación de lazos barriales. En primer lugar, se describe el tipo de relación que los miembros de Ópera han establecido con los empleados de determinados recursos sociales para *homeless*. A continuación, se considera el arraigo territorial a partir del vínculo que esta gente ha entablado con ciertos vecinos, comerciantes y empleados que trabajan o viven en los alrededores de la plaza Isabel II. Los procesos de reafiliación se ven

condicionados por el entorno de exclusión; a pesar de confirmar la existencia de lazos sociales, se sostiene como hipótesis que dichas relaciones suelen ser jerárquicas, erráticas, paternalistas y estigmatizantes.

El siguiente capítulo continúa indagando el proceso de reafiliación territorial, pero tomando a la relación con las demás PSH como eje de análisis. Buscando delimitar el sentido de comunidad entre los integrantes de Ópera, se estudian los criterios de inserción y expulsión presentes en el grupo. Se tienen especialmente en cuenta los procesos de control sobre el espacio y las formas de reciprocidad a partir de los cuales surgen una serie de códigos de calle. Pero es preciso descartar las relaciones idílicas; producto del entorno de exclusión donde residen, la cooperación y la desconfianza son dos sentimientos en permanente tensión. La vía pública es descrita como un ámbito alienante, donde los valores sociales dominantes suelen entrar en contradicción con los códigos de calle. En consecuencia, se sostiene que las PSH presentan una enorme dificultad para autoidentificarse como *homeless*, y ello obstaculiza las posibilidades de conformar un colectivo que luche por los derechos de ciudadanía.

A partir de un examen de los significados de hogar entre los *homeless*, el capítulo 9 supone una reflexión final sobre los procesos de reafiliación y el sentido de comunidad. El primer apartado destaca los múltiples sentidos ligados con el hogar, aborta la posibilidad de entender al mismo como un concepto universal. En los relatos de la gente de Ópera, los “significados de habitar” más recurrentes apuntan a lo más básico: la dimensión física –el cobijo, el calor, la seguridad–, y la social –las relaciones, el hogar como espacio familiar. Pero es posible rescatar otros factores ligados con la noción de hogar, como por ejemplo la privacidad. En tal sentido, un interrogante guía al capítulo: ¿qué consecuencias tienen para el desarrollo de la sociabilidad el carecer de un espacio trascendental para la constitución de las subjetividades como es el hogar? La última sección se articula sobre los procesos de atrincheramiento. La estadía prolongada en la calle transforma las orientaciones cognitivas de los sujetos, lo cual implica que la socialización en el sinhogarismo suele dificultar los procesos de reinserción.

La conclusión supone una revisión general de la tesis. A su vez, retoma un tema tratado en la introducción y que subyace en los distintos capítulos: el contexto histórico político en el cual las teorías de la exclusión, articuladas en torno al concepto de desafiliación, se convirtieron en hegemónicas. ¿Qué silencian los discursos de la exclusión social? ¿Qué oscurecen los reflectores que se limitan a iluminar el aislamiento a la hora de retratar a las PSH? Interpretar a los procesos de desventajas sociales en términos de desafiliación, ¿tiene consecuencias



políticas?, ¿condiciona las modalidades de intervención social? Finalmente, se destaca el potencial que posee la etnografía para orientar los programas y servicios encaminados a mejorar la calidad de vida de las PSH.

## 2. Metodología de investigación: etnografiando al sinhogarismo en Madrid

“Todo grupo de personas -presos, hombres primitivos, pilotos o pacientes- desarrolla una vida propia que se convierte en significativa, razonable y normal desde el momento en que uno se aproxima a ella” (Goffman en Wacquant, 2006a).

La mayor parte de lo escrito sobre la exclusión se centra en determinados grupos sociales: discapacitados, *homeless*, toxicómanos, etc. Dichas propuestas suponen diseccionar a estas poblaciones del conjunto social, compartimentan la realidad y promueven visiones de mundos paralelos habitados por seres extraños. Así, las interpretaciones de los procesos de desventajas sociales se tiñen de características valorativas y normativas. ¿Pero qué ocurriría si la atención recayese en los territorios?, ¿cómo se redefinirían las explicaciones sobre los procesos de desventajas sociales si privilegiásemos la dimensión espacial? Estos interrogantes guían la tesis, así como dan comienzo al presente capítulo, el cual tiene como objetivo principal describir el proceso etnográfico que he realizado con PSH en la ciudad de Madrid.

La primer sección relata los comienzos del trabajo de campo. Se trata de una oportunidad para detenerse en los supuestos que estigmatizan a las PSH, estereotipos que no son ajenos a quien comienza un proyecto de investigación en un tema que desconoce. Cómo me presenté e ingresé en el terreno, así como las decisiones que fui tomando a medida que transcurría el estudio, condicionaron las formas de relacionarme con determinadas PSH, lo cual a su vez afectó el tipo de información obtenida.

La Plaza Isabel II se constituye como la unidad de análisis de la tesis, y ello supone entender al sitio como un espacio físico y social. De tal modo, en el segundo apartado se caracteriza al grupo y al territorio que han sido privilegiados en la investigación. Representar al entorno equivale a comprender cómo estos *homeless* deben adaptar su comportamiento en función de las restricciones propias del espacio público, pero también cómo dichas personas alteran la fisonomía de la plaza Isabel II. Asimismo, esta sección se basa en un análisis diacrónico; es decir, se destaca cómo el espacio y el grupo de PSH evolucionan con el paso del tiempo.

La tercera parte del capítulo se articula en torno a las técnicas de investigación que han sido de mayor provecho: la observación participante y las entrevistas en profundidad. Simultáneamente, se realiza una crítica a los estudios sobre el sinhogarismo en España. La mayor parte de los datos con los que contamos han surgido a partir de encuestas o entrevistas estructuradas realizadas a los usuarios de los servicios sociales. Aquí se reflexiona sobre los

límites que conllevan tales metodologías, y se rescata el potencial que posee la etnografía para abordar los procesos de exclusión social. No se trata de negar neciamente la importancia de lo cuantitativo; la focalización en las narrativas no implica abandonar el relevamiento de datos sociológicos significativos. Lo que se sostiene es que, para una mayor comprensión del *sinhogarismo* y un posterior diseño de políticas de intervención, resulta indispensable ampliar y complementar la información que disponemos a partir del uso de metodologías cualitativas de investigación.

### *1. Los inicios del proceso etnográfico con personas sin hogar*

Desde una crítica epistemológica a las corrientes positivistas y naturalistas, se sostiene que el investigador forma parte del mundo social que estudia y que, por consiguiente, los datos que obtiene reflejan el vínculo que ha establecido con sus informantes. De tal modo, la noción de reflexividad implica la necesidad de explicitar el lugar que ocupa el investigador, cómo se presenta en el grupo que pretende conocer, los valores e intereses que motivan su estudio, cómo evoluciona la relación que ha entablado con sus informantes, etc. (Hammersley y Atkinson, 1994). El presente apartado gira en torno a dicho propósito.

A principios de abril de 2004 y hasta comienzos del 2005, fui contratado como etnógrafo en un proyecto de investigación titulado “Madrid: Cuartos Mundos”<sup>25</sup>. Dediqué los primeros meses de trabajo a cartografiar las zonas de la ciudad con una fuerte presencia de PSH y a iniciar un contacto con posibles informantes. En aquel entonces, esperaba encontrarme con hombres solitarios. Con la experiencia de campo, comprendí que esa es la imagen que manejamos de los *homeless* desde el sentido común, la que fomentan los medios de comunicación, e incluso la que ha prevalecido en las ciencias sociales. Por el contrario, una de las cuestiones que me sorprendieron en los inicios de la etnografía fue notar la tendencia a congregarse, la existencia de numerosos grupos de PSH.

Al analizar los significados que sustentan las PSH sobre la vía pública, se torna preciso remarcar que la calle debe ser entendida en un sentido amplio. Boas (1963) menciona cómo los habitantes del ártico poseen decenas de términos para mencionar lo que nosotros denominamos simplemente como “nieve”; algo similar ocurre con el concepto de calle para los *homeless*.

---

<sup>25</sup> El proyecto fue encargado por la Obra Social Caja Madrid al Departamento de Investigación Nueva Sociología (I+D) de la Fundación Pablo VI, Universidad Pontificia de Salamanca en Madrid. El estudio se centró en dos dimensiones específicas de los procesos de exclusión social: el *sinhogarismo* –tema al cual circunscribí mi atención– y la prostitución callejera.

Detrás de tal término subyace un mundo heterogéneo, conformado por casas ocupadas, los más diversos recovecos, soportales, cajeros automáticos, puentes, túneles, plazas de todas las formas y características, etc. (Baxter y Hopper, 1981). Pretendiendo detectar los múltiples escenarios sociales asociados con el *sinhogarismo*, en esta tesis se adopta un enfoque etnográfico multisituado (Marcus, 1995): el radio de interés sobrepasa un único espacio, y se extiende a los diferentes nichos territoriales y establecimientos comerciales centrales en la organización social del grupo de *homeless* con el que he trabajado -almacenes, casas de comida, bares, etc. Para las PSH la calle son los sitios donde transcurre su cotidianidad; en consecuencia, en la definición deben incluirse los recursos sociales que frecuentan. Es así que, en ocasiones solicitando el correspondiente permiso otras veces haciéndome pasar por un usuario, realicé más de un cuaderno de campo en estas instituciones<sup>26</sup>. A lo largo de estos años he mantenido el contacto con trabajadores de algunas ONG's o Fundaciones, quienes me proporcionaron material de archivo y documentos con datos sociodemográficos sobre la población sin hogar. No obstante, en la investigación doctoral opté por circunscribir mi atención en el aspecto menos estudiado del *sinhogarismo* en España: la visión de las PSH sobre su situación. De tal forma, las voces de los empleados de las agencias sociales o de los vecinos de los barrios donde se han instalado los *homeless*, han quedado relegadas en un segundo plano.

Al poco tiempo de iniciar la investigación, comprendí que tenía serias dificultades para distinguir a una PSH del resto de los ciudadanos que circulan por la vía pública. Tomé conciencia de los prejuicios con los que me estaba moviendo: sólo era capaz de detectar a quienes respondían a los estereotipos del “vagabundo”, a las situaciones más extremas y

---

<sup>26</sup> Según la Guía de Recursos para PSH (2005), la Comunidad de Madrid dispone de 22 Albergues. Esta cifra oculta una serie de cuestiones: en tales estadísticas se incluyen sitios donde la gente duerme sentada en una silla o una iglesia donde las PSH deben recostarse en el piso; se mencionan como albergues organizaciones que sólo poseen algunos pisos protegidos; se incorporan los dispositivos de la Campaña de Frío que sólo abren sus puertas durante el invierno, etc. En diversas oportunidades frecuenté los siguientes alojamientos: Cruz Roja; Centro de Noche “Calor y Café” de Cáritas; Centro Municipal de Acogida San Isidro; Centro Municipal de Baja Exigencia Puerta Abierta; El Don de María; Fundación San Martín de Porres, y los diferentes dispositivos que conforman las Campañas contra el Frío. En cuanto a la alimentación, en la Guía figuran 15 comedores, de los cuales he visitado los que a continuación se menciona: Ave María; Hermandad del Refugio; Hijas de la Caridad; Misioneras de la Caridad; Misioneras del Santo Sacramento. De los 11 Centros de Día que aparecen en el listado, conocí al Centro Abierto, el Centro de Día Luz Casanova, la Fundación Rais, Puerta Abierta y Cedia-Cáritas. A su vez, la guía también alude a 17 instituciones dedicadas al trabajo de calle o a la inserción laboral; de ellas, tuve la oportunidad de acercarme al Samur Social; la Fundación Rais; la ONG “Solidarios para el Desarrollo” y la Fundación San Martín de Porres. De los 11 roperos que figuran en la Guía, me aproximé a la Fundación Real Congregación de Esclavas del dulce nombre de María y a Santiago Masarnau de San Vicente de Paúl. Por último, sólo se menciona la existencia de 3 baños públicos para toda la ciudad. El recurso que utilicé fue la Casa de baños de Plaza de la Cebada. También realicé observación participante en otros recursos que suelen atraer un número considerable de *homeless* -por ejemplo en el Centro de Atención a Drogodependientes ubicado en Legazpi, el cual dispone de un programa contra la adicción a la heroína.

visibles de sinhogarismo, aquellas personas que caminan hablando solas y que una capa de mugre recubre su piel e indumentaria<sup>27</sup>. Finalmente, estos estereotipos terminaron siéndome de gran utilidad, pues me brindaron pistas respecto de las representaciones que circulan en la sociedad sobre las PSH. No se trata simplemente de distanciarse de dichos supuestos, sino de otorgar la categoría de “dato” a los tópicos con los que se inicia un estudio, y dar cuenta lo que ocurre con los mismos a medida que transcurre el proceso de campo.

En mi trabajo me exigían resultados en plazos concretos, y para ello precisaba elaborar una red de informantes con cierta premura. La solución que encontré consistió en colaborar como voluntario en “Solidarios para el Desarrollo”. Esta ONG posee un programa para PSH basado en rutas nocturnas, en las que los voluntarios se aproximan a los sitios donde pernoctan los *homeless*. De hecho, a lo largo de la tesis ciertos cuadernos de campo están escritos en plural: ello es sinónimo de que, en tales casos, me acerqué a un grupo de *homeless* acompañado por algún voluntario. El contacto con “Solidarios” me fue de gran utilidad: realizar las nueve rutas disponibles me permitió esbozar un mapa sobre los principales asentamientos de PSH, así como conocer mucha gente en poco tiempo<sup>28</sup>. La primer ruta que realicé con la ONG quedó grabada en mi memoria. Iniciamos el recorrido en Puerta del Sol, el centro de la ciudad. En una ruta dejaba de ser necesario esforzarme por identificar posibles *homeless*; además, quedé impactado ante la cantidad de gente que hubiese sido incapaz de distinguir. A la distancia, el sinhogarismo parece un mundo homogéneo. Aproximándonos, llama la atención la diversidad, lo que destaca es la heterogeneidad.

*A cada metro que avanzamos se nos aproxima alguien a pedirnos un café. Muchos de los que se arriman me llaman poderosamente la atención: es imposible darse cuenta que estas personas están en la calle sin realizar un recorrido como el que protagoniza la ONG, con sus termos y sándwiches. En estas semanas, en más de una ocasión dudé sobre cómo calificar a determinados individuos; en una ruta de “Solidarios”, son las PSH las que se acercan, despejando cualquier posible duda. Recuerdo un hombre de unos 70 años, con su*

---

<sup>27</sup> Según Muñoz (*et al.*, 1998), el arquetipo de la PSH es el que lo describe como gente solitaria, de edad avanzada, desaliñada y hosca, con signos de trastornos psíquicos. No obstante, este tipo de personas sólo representan el 5% de la población sin hogar.

<sup>28</sup> “Solidarios” apunta al voluntariado y a la sensibilización social. El programa dedicado a las PSH divide la ciudad en distintas zonas. Grupos integrados por dos o más voluntarios recorren la sección que les corresponde entre las 9 PM y 1 AM aproximadamente. El objetivo principal es entablar un contacto, primero como forma de quebrar el supuesto aislamiento de las PSH, luego como puente que permita conectar con los recursos sociales a quienes lo deseen. Las rutas se realizan con termos de café y bizcochos por lo cual, si bien este no es su propósito, en cierta medida también cumple la función de alimentación. La ONG no cubre la totalidad de la ciudad, pero accede a una porción significativa de los espacios con mayor presencia de *homeless*. Tratándose de una población en constante movimiento, la ventaja que ofrece “Solidarios” es que sus rutas se actualizan periódicamente, en función de los sitios que sus voluntarios detectan como relevantes.

*paraguas, sus gafas y su sobretodo verde. Podría haber sido perfectamente mi abuelo, y sin embargo nos pedía un bocadillo para luego seguir dando vueltas por la vía pública. También recuerdo haber conversado con jóvenes con evidentes problemas de toxicomanías, con una madre y su hija –comentaron que duermen en una pensión, pero que frecuentan los comedores sociales-, con un grupo de subsaharianos, en fin, con un mundo de lo más variopinto (11 de Mayo de 2004).*

Al mes de iniciada la investigación tomé la decisión de centrar mi tesis doctoral en el sinhogarismo. Mi intención fue la de realizar una etnografía con PSH en el contexto donde transcurre la mayor parte de su cotidianidad: en la calle. Simultáneamente, buscando delimitar pero a la vez profundizar mi análisis, decidí privilegiar un espacio concreto de la ciudad y un grupo puntual de PSH. Dicha decisión fue en parte consecuencia de la agotadora movilidad de las PSH –aspecto sobre el cual giran los capítulos 4 y 5. Especialmente durante los primeros meses, precisaba disponer de puntos fijos donde localizar a mis informantes, solo así podría aprehender sus patrones de movimientos y ser capaz de seguir sus recorridos. En estos años fueron numerosas las veces en que quedé en encontrarme con algún informante y este no acudió a la cita; lo mismo puedo decir respecto de gente a quien le perdí el rastro. De a momentos, tuve que lidiar con una sensación de premura: sus vidas son tan precarias e inciertas, que debía apresurarme para obtener datos, pues nada garantizaba que los ubicaría al día siguiente.

*Cuando le pregunto a Héctor cómo puedo localizarlo para seguir conversando me contesta que le han robado el móvil. Me sugiere que vaya a la zona de Pacífico y que allí pregunte por él en “la cafetería Abril, en la papelería Dianas o en la heladería de Genaro... ellos son la gente que me ayuda”. Tomo conciencia de lo difícil que puede llegar a ser ubicar a una PSH, arreglar una cita. El tiempo y el espacio, o mejor dicho, su misma vida, son muy inestables e inciertos (27 de Julio de 2004).*

De tal modo, decidí tomar a la Plaza Isabel II, conocida también como Ópera, como unidad de análisis. En los tres años de investigación, me dediqué a cartografiar otras zonas de la ciudad, y sostuve el contacto con informantes que no forman parte del grupo de Ópera; no obstante, la mayoría de mis cuadernos de campo fueron abocados a dicho espacio. El motivo que me llevó a decantarme por tal espacio urbano se explica por diversos factores. En primer lugar, si bien hay PSH que entran y salen constantemente de dicha zona, allí reside un grupo estable, lo cual garantiza la posibilidad de continuar la etnografía a lo largo de los años. Así, más allá de la movilidad que caracteriza a muchos *homeless*, acudir a Ópera es sinónimo de encontrar por lo menos a algún integrante del grupo<sup>29</sup>. En segundo lugar, encontré muy impactante a nivel visual

---

<sup>29</sup> Uno de los límites insalvables de la presente tesis reside en la dificultad de seguir determinados traslados. Si tomé a la plaza como eje de análisis, también fue porque comprendí que no podría

el contraste entre la miseria que padece esta gente con la opulencia de una zona que tiene al Teatro, los Jardines y el Palacio Real como trasfondo. En tercera instancia, me interesaba centrarme en españoles en situación de calle, y la mayoría de las personas que duermen en la plaza Isabel II cumplen con este requisito. El idioma representaba un obstáculo para trabajar con inmigrantes sin hogar. Asimismo, seguí los comentarios de mi Directora de tesis, quien opina que actualmente en España existe una tendencia en asociar las desventajas sociales con la inmigración. Se está generando un proceso de exotización y distanciamiento de la pobreza, la cual parecería estar siempre en “otro” lugar, en otras regiones y poblaciones del planeta. En tal sentido, y proviniendo de un país latinoamericano, me atraía la idea de estudiar los procesos de exclusión social en el seno de una sociedad en pleno apogeo económico. A su vez, entendí que escribir sobre españoles en situación de calle aportaría una sensación de proximidad que permitiría ilustrar cómo los procesos de exclusión afectan a los ciudadanos de las naciones más ricas.

Por otra parte, comprendí que en determinados espacios de Madrid me resultaría difícil insertarme, sobre todo con la premura que exigía ya no la tesis doctoral, sino puntualmente el trabajo para el cual había sido contratado. Me refiero a franjas de la ciudad donde algunos individuos se ganan la vida gracias a determinadas actividades ilegales. Realicé más de un cuaderno de campo en sitios similares, pero debí abandonar dichas zonas cuando era yo quien pasaba a ser observado y me daban a entender que no era bienvenido. Si bien a lo largo de estos años detecté algún que otro “trapicheo” o pequeñas estafas en plaza Ópera –tema que será tratado en el capítulo 3-, en líneas generales allí no se desarrollan actividades que podrían sentirse amenazadas ante mi presencia. Por último, debo reconocer que desde un principio me encariñé con la gente que encontré en la Plaza Isabel II. Me impresionó gratamente la forma en que me recibieron cuando nos conocimos, admiré la capacidad de conservar el sentido del humor y el esfuerzo que realizan por preservar su dignidad pese a las adversidades. Así lo refleja el cuaderno de campo basado en la noche que por primera vez ingresé a Ópera como voluntario de la ONG.

*Nicolás, a quien me acaban de presentar, me pregunta si es la primera vez que trabajo como voluntario. Al escuchar mi respuesta afirmativa quiere averiguar si estoy sorprendido por lo que veo –“acojonado” es la palabra que utiliza. Me llama la atención que sea él quien haga las preguntas, quien muestre curiosidad, así como que hable de su situación como sin hogar con tanta lucidez y tranquilidad, sabiendo perfectamente que*

---

acompañar las migraciones que caracterizan a muchos de estos hombres. No disponía de recursos materiales para ello, pero por sobre todas las cosas y como se verá en los siguientes capítulos, muchos de estos hombres se agrupan en Ópera para luego separarse y cada uno continuar con su propio rumbo.

*cosas opina la gente de quienes viven en la calle. Pero más me sorprende constatar que es él quien pretende calmarme, diciéndome que no me preocupe, que ya “te familiarizarás con el ambiente” (11 de Mayo de 2004).*

Como se mencionó anteriormente, la forma en que el etnógrafo se presenta e introduce en un territorio incide en la relación que establece con sus informantes. En tal sentido, muchos estudios mencionan la presencia de “porteros” o “padrinos” como figuras que facilitan el ingreso del investigador al grupo que despierta su interés (Gúber, 2004; Hammersley y Atkinson, 1994; etc.). En mi caso, y exceptuando el acceso formal a los recursos sociales, nada de esto fue necesario. En líneas generales, todos los integrantes de Ópera se mostraron bien predispuestos o en el peor de los casos indiferentes ante mi presencia. Además, las características del espacio público suponen el libre acceso y las consiguientes dificultades por expulsar a un desconocido frente al cual sentimos aversión. A ello hay que sumarle otro elemento: quienes residen en la Plaza Isabel II evitan por todos los medios la formación de liderazgos, y ello conduce a que no exista una persona frente a la cual resulte primordial ganar su simpatía para obtener la aceptación del grupo. Por otra parte, a pesar de que la xenofobia es un sentimiento muy extendido entre quienes residen en las calles madrileñas, ser argentino me perjudicó en contadas oportunidades –todos estos temas son tratados en el capítulo 8.

Básicamente, el papel que adquirí frente a estas personas osciló entre el voluntario, el investigador, y una especie de compañero difícil de catalogar. Aclaré cientos de veces que me encontraba en dicho sitio en calidad de investigador. A pesar de explicitar mis intenciones, durante mucho tiempo la figura del voluntario dominó la escena. Verme llegar una noche a la semana acarreando bocadillos y un termo de café junto con mis compañeros de ruta, fue una imagen que predominó sobre las decenas de ocasiones en que frecuentaba la plaza sólo y durante el día. En tales momentos me preguntaban: “¿qué haces tú aquí, no te toca venir el lunes por la noche?”.

La mayoría de las veces, el ser identificado como “el voluntario” jugó en mi favor. La gente se mostraba bien dispuesta, e incluso era frecuente escuchar frases del tipo: “¿cómo no te voy a ayudar, con todo lo que hacéis por nosotros!”. Pero la asociación con el voluntariado también tuvo sus aspectos negativos. En primer lugar, entre quienes residen en las calles madrileñas circula un discurso que podría ser catalogado como “teoría del complot” –cuestión que será profundizada en el capítulo 7. Sintéticamente, la lógica implícita en tal discurso señala que las instituciones destinadas a lidiar con el sinhogarismo se nutren de una legión de empleados que cobran un sueldo gracias a la existencia de los *homeless*, por lo cual estos funcionarios son los



principales interesados en que dicho fenómeno se perpetúe. Algunas de las PSH incluyen al voluntariado en tal lógica; por lo general, quienes se negaron a ayudarme en la investigación fueron quienes adhieren a este tipo de planteos. Pero el ser identificado como voluntario perjudicó mi labor de una forma más sutil, pues supuso condicionar y potenciar ciertos discursos ligados con la propia dignidad.

*Hablo unos minutos con Paco. Le pregunto por “la Negra Ramona”. Se vanagloria de ser el único de quien acepta comida. Para demostrarme la veracidad de sus palabras me pide que lo acompañe a ofrecerle un café (...) a veces, Paco se guarda las magdalenas que les damos por las noches, y se las ofrece a la mujer por la mañana. La “Negra Ramona” las acepta creyendo que Paco las ha comprado especialmente para ella. Luego le pregunto por Santiago, pues llevo unos días sin verlo. Me responde que anda en una mala racha: “parece como si yo fuese uno de ustedes que les tengo que resolver los problemas a todos” (25 de Octubre de 2004).*

Los momentos en que solicitaba a alguien retirarnos de la plaza para realizar una entrevista, era cuando se expresaba con mayor claridad que me encontraba en dicho sitio con fines que trascendían el voluntariado o la búsqueda de compañía. Si bien me esforcé por seguir los consejos de los etnógrafos que abogan por lograr un máximo de simetría y reciprocidad, las distancias en muchos casos resultaron insalvables. La brecha generacional o el no compartir las rondas de cartones de vino desconcertaban un poco a esta gente, quienes no lograban clasificarme con facilidad<sup>30</sup>. Pero la ilusión de simetría se desmoronaba con mayor violencia las noches de invierno cuando, harto del frío, me retiraba a mi hogar mientras que ellos permanecían en el mismo sitio. La incomodidad que pude haber vivido pasando horas a la intemperie era exorcizada al recordar que, en unos minutos, podría disfrutar de la compañía de mi pareja en un ambiente cálido y confortable. En la calle, esas dificultades se traducen en la angustia de saber que no existe otro espacio en el cual refugiarse, no es posible calmarse pensando que al mal momento le sigue un futuro próximo de bienestar. Entonces, las probabilidades de ser tildado como un posible “colega” se difuminaban, mientras que la figura del investigador o del voluntario se sobredimensionaba.

---

<sup>30</sup> Respecto de la ambigüedad que rodea la figura del etnógrafo, Hammersley y Atkinson sostienen que este “debe estar intelectualmente suspendido entre la *familiaridad* y el *extrañamiento* mientras que, socialmente, su papel oscila entre el *amigo* y el *extraño* (1994: 130).

## 2. Caracterizando a la población y al espacio: la etnografía en Plaza Ópera

Hablar de la Plaza Isabel II implica referirse a un grupo específico de *homeless* y a una zona concreta de la ciudad. Para comenzar a caracterizar a quienes residen en Ópera, nada mejor que rescatar los discursos que circulan entre las PSH ajenas al grupo sobre dicho espacio social.

*A continuación, Carmelo realiza el típico discurso diferenciándose de las demás PSH. Plantea que él no bebe, y que no se junta con gente como “los de Ópera”. Aprovecho la ocasión para indagar qué piensa un homeless que no forma parte del grupo de Ópera de las personas que allí viven. Este hombre me responde lo siguiente: “los que estamos en la calle a Ópera la conocemos como El Cementerio de los Elefantes. ¿Sabes por qué? Por que si vas ahí ya es para morir, es por que morirás en la calle. Es ir a beber hasta tu muerte”. Continúa diciendo que no comparte tal estilo de vida, pero lo entiende: “la calle es muy dura, muy dura. Si te duele la cabeza te tomas un gelocatil. Aquí en la calle, te duelen muchas cosas, no sólo la cabeza, y son dolores mucho más profundos que un dolor de cabeza. Entonces no te tomas un gelocatil, que con eso no haces nada. Te tomas un cartón de vino, que es lo más barato y sirve para curar otras heridas. Luego, a largo plazo, es peor, pero en el momento te cura” (2 de Mayo de 2006).*

Comparando al grupo de Ópera con la población sin hogar de España, podemos afirmar que, en primer lugar, se trata de hombres cuya edad es bastante mayor respecto de la media<sup>31</sup>. En segundo término, el tiempo de estadía en la calle es muy superior al promedio general<sup>32</sup>. Tercero: el grupo se singulariza por unas altas tasas de ingesta alcohólica y un marcado rechazo a relacionarse con los recursos sociales. La combinación de estos factores determina un quiebre más profundo en las redes sociales primarias; estas personas sufren una desafiliación más acentuada respecto de otros grupos de *homeless*. Por último, es posible añadir la nacionalidad o lugar de procedencia como otra lógica aglutinante –Ópera es un espacio dominado mayormente por españoles procedentes de los sectores populares. Todos estos factores serán analizados en profundidad a lo largo de la tesis.

---

<sup>31</sup> Según el INE (2005), la edad media de las PSH en España es de 37,9 años. En el caso de los integrantes de Ópera el promedio de edad asciende a 54 años. Respecto de esta franja de edad, un 24,6% de las PSH españolas tiene entre 45 y 64 años. Sólo un 2,8% es mayor de 65 años, lo cual indica una de las formas de seguridad social garantizadas por el Estado Español: el amparo a los ancianos a partir de un sistema de pensiones y residencias. Es común escuchar a *homeless* que dicen estar esperando cumplir los 65 años para verse favorecidos por dichas formas de protección. Pero esta cifra refleja otra cuestión: los efectos nefastos de la calle se acumulan en el cuerpo y terminan matando a sus habitantes. Así, la tasa del 2,8% también responde a que la esperanza de vida de las PSH es 20 años menor respecto de la de la población general (Muñoz *et al.*, 2003).

<sup>32</sup> Las PSH que residen en Madrid llevan un promedio de 3,56 años de estadía en la vía pública (Foro Técnico de PSH, 2006). Resulta muy difícil calcular el tiempo de calle en quienes residen en Ópera, entre otras cuestiones porque muchos de sus integrantes llevan décadas de sinhogarismo intermitente – en el caso de algunos, esta situación se viene repitiendo desde la juventud. No obstante, según la fecha que estas personas señalan como inicio de su vida de calle, el promedio ascendería a 82,54 meses –es decir, seis años y medio.

Es preciso realizar dos aclaraciones antes de continuar con la caracterización de Ópera. Centrar el estudio en la Plaza Isabel II implica el riesgo de reforzar los estereotipos que estigmatizan a las poblaciones sin hogar asociándolos con el alcoholismo. Es importante dejar constancia que, si bien el alcohol es un elemento que se encuentra muy extendido en la calle, el exceso en la cantidad de bebida ingerida es una particularidad del grupo de Ópera que no se encuentra presente en muchos *homeless* –este tema será tratado a lo largo de la tesis. La segunda aclaración guarda relación con la variable de género. En líneas generales, esta es una tesis sobre hombres sin hogar. Ello es así por varios factores, entre los que cabe destacar el simple hecho de que la enorme mayoría de las PSH son hombres. En Ópera, varios *homeless* mencionaron ser reacios al ingreso de mujeres en el grupo, pues su presencia suele ser motivo de rencillas. En los tres años de campo, sólo dos mujeres permanecieron un tiempo considerable en la plaza<sup>33</sup>. La mayoría de las mujeres que detecté en la zona se limitaron a ocupar algún banco de la plaza, para desaparecer al día siguiente. Además, muchas PSH arrastran una biografía de violencia que genera un sentimiento generalizado de desconfianza. En las mujeres, este historial suele traducirse en la agresión masculina en el plano sexual, ya sea en el ámbito doméstico o en la calle (Tomas y Helga, 1995). En ocasiones, dicha situación implicó una barrera difícil de sortear a la hora de relacionarme con estas mujeres. Como argumentan Tejero y Torrabadella (2005), y tal como se ilustra en el siguiente cuaderno de campo, la variable de género puede condicionar el tipo de datos que un investigador es capaz de obtener.

*En la Plaza Mayor nos detenemos a conversar con Eduardo y Nancy, una pareja de jóvenes homeless. Luego de hablar un buen rato con Nancy, dedico mi atención a Eduardo, y entonces mi compañera de ruta pasa a centrarse en la joven. Evidentemente, la información es distinta cuando se da una conversación entre mujeres: a mí, Nancy no me contó “lo duro que es tener la regla viviendo en la calle”. La variable de género establece diferencias en las posibilidades de comunicarnos con las PSH. Otro ejemplo: cuando con un compañero de ruta conversábamos con Nancy, Eduardo interrumpió la charla con un comentario agresivo del tipo: “¿te gustan los muchachos, son guapos, eh!”. La sensación que tuve fue lo difícil que puede llegar a ser comunicarme con las mujeres sin hogar en casos como estos, cuando el hombre necesita interferir, estar presente y mediar en la relación (27 de Septiembre de 2004).*

La reflexión sobre Ópera como un grupo de *homeless* se prolonga en los diversos capítulos que componen esta tesis. No ocurre lo mismo respecto de la plaza entendida como ámbito físico. Es

---

<sup>33</sup> El 82,7% de las PSH españolas son varones (INE, 2005). Prácticamente todos los estudios arrojan cifras similares, incluso aquellos que fueron realizados en otros países. Respecto de las mujeres que permanecieron una temporada en Ópera, Teresa lo hizo en calidad de compañera de uno de los *homeless*; la otra padecía un severo problema de salud mental y se instaló durante varios meses en una de las marquesinas de los buses que paran en la plaza, sin relacionarse con el grupo.

por ello que aquí se dedica una caracterización más pormenorizada sobre Ópera en tanto espacio público, y más específicamente como plaza madrileña.

Por un lado, el diseño que el planificador urbano pretende imprimir en la ciudad supone un primer límite que prescribe y proscribte conductas (Lawrence y Low, 1990). Los entornos son construcciones culturales que actúan como escenarios que moldean los comportamientos de la gente y proveen pistas sobre cómo deberían relacionarse entre sí (Richardson, 1980; Valle, 1997; etc.). Ello implica que la configuración del territorio puede promover o inhibir la sociabilidad. A modo de hipótesis, en esta tesis se sostiene que residir en un espacio de exclusión como es la calle, incide negativamente en los procesos de conformación de las sociabilidades y subjetividades. Asimismo, es preciso distinguir las diversas formas arquitectónicas presentes al interior del vasto mundo al cual de manera simplista denominamos como calle: un túnel, una avenida, una casa ocupada o una plaza, suponen diferentes posibilidades de entablar vínculos sociales. Por otra parte, los usuarios cotidianos también participan en la conformación de significados espaciales. En esta tesis se tienen especialmente en cuenta los procesos de apropiación y resignificación del espacio público por parte de las PSH, entendiendo a estos patrones de uso como una subversión de los sentidos originales creados por los planificadores urbanos. Parafraseando a De Certeau (1996), podemos decir que el orden espacial organiza un conjunto de posibilidades y prohibiciones, pero el usuario arrastra y desvía los sentidos de lo urbano. La indeterminación del espacio público permite articular una segunda geografía sobre la geografía del sentido literal. En definitiva, las personas transforman los sitios en función de sus necesidades, valores y gustos y, a la inversa, adaptan su comportamiento para adecuarse al ambiente en el que se encuentran (Lawrence y Low, 2003; Tapada Bertelli, 1992; etc.).

Ante todo, la Plaza Isabel II es un espacio público. En tal sentido, es sinónimo de un movimiento incesante y, por consiguiente, de precariedad e inestabilidad. Delgado describe al espacio público como “una inmensa humanidad intranquila, sin asiento, sin territorio, de paso hacia algún sitio, destinada a disolverse y a reagruparse constantemente, excitada por un nomadeo sin fin y sin sentido” (1999: 17). En tanto fluido, debemos tener presente que las definiciones de lo público se modifican con el devenir temporal y la transformación de los contextos histórico-culturales (Martínez Pérez, 1997; Richardson, 1980; etc.). De tal manera, algunos investigadores sostienen que lo público es sinónimo de un espacio abierto donde participar de las tareas comunitarias. Otros remarcan la tendencia opuesta: los procesos de comercialización y privatización, las restricciones en el acceso a los sitios públicos y el

consiguiente fin de los mismos en tanto lugares cívicos (Mitchell, 1995; Carr *et al.*, 1992; etc.). Estos estudios señalan al poder como un factor clave, recordándonos que las definiciones que prevalezcan sobre lo público implican ciertas fronteras a partir de las cuales se trazan los bordes de la exclusión social –temas tratados en el capítulo 4.

Quienes destacan la mutación como característica básica del espacio público, entienden que dichos ámbitos representan la muchedumbre (Delgado, 1999). A lo largo de la tesis, se consideran los límites y las ventajas inherentes a dicha situación. El anonimato puede suponer un golpe a la autoestima, la sensación de soledad frente a una masa que desborda e ignora a quien se encuentra en desgracia. Pero, simultáneamente, en ocasiones las PSH buscan fundirse en las aglomeraciones, es allí donde encuentran una invisibilidad que puede resultar clave para su subsistencia. Además, al ser abierto, el espacio público implica enfrentarse a lo desconocido, un territorio marcado por el azar y la incertidumbre. Delgado (Ibídem) se refiere a este espacio como de alteridad generalizada, de liminalidad total, de trance permanente. La precariedad de lo que nunca permanece quieto, conlleva a que los vínculos e intercambios que se establecen en los espacios públicos sean laxos, espontáneos, fortuitos, entre desconocidos; el sentimiento que predomina es el de la incertidumbre. Para quien carece de un hogar, tal particularidad suele ser sinónimo de inestabilidad personal. ¿Qué seguridades puede aportar residir en un escenario dominado por lo imprevisible? Como se examina en el capítulo 9, en nuestra sociedad los ámbitos privados son claves para la sociabilidad; así, la exclusión de las PSH remite a la ausencia de un entorno apropiado en el cual establecer relaciones sociales basadas en la confianza.

No obstante, estas visiones del espacio público sobredimensionan uno de sus múltiples aspectos. La circulación es el elemento destacado, hasta tal punto que impide comprender cómo el espacio público también representa un sitio de encuentro (Valle, 1997; Low, 2000). “Lo público” es una construcción social, donde cada grupo concibe y utiliza al territorio a su modo. Que sea un lugar marcado por el cambio no implica necesariamente la presencia de vínculos laxos. Como veremos a lo largo de la tesis, dicha caracterización del espacio público no se condice con las redes que los *homeless* tejen en los barrios donde se instalan. Estudiando las interacciones que se desarrollan en dichos escenarios, entenderemos que tales enfoques muchas veces suponen un análisis dicotómico que obstaculiza la posibilidad de percibir a lo público/privado como una continuidad. Con sus prácticas, las PSH nos enseñan cómo en ocasiones los grupos sociales transforman “lo público” en “privado”. Esta situación se refleja en el concepto de reterritorialización. Si el espacio público impone la desterritorialización, el

anonimato, y el predominio de los flujos, entonces grupos sociales como los *homeless* se preocupan por reterritorializar los lugares, por “fijar signos de identificación, rituales que los diferencien de los que están de paso por el espacio público” (Cucó, 2004: 78). En definitiva, estas propuestas epistemológicas convierten a la antropología urbana en “una antropología de la transitoriedad, de lo efímero, evanescente y con poco calado (...) Me parece descabellado convertir la movilidad, los equilibrios precarios de las relaciones humanas, la agitación (...) en los elementos definitorios de lo urbano” (Ibídem: 42)

Por otra parte, Ópera representa un tipo especial de espacio público: se trata de una plaza del centro madrileño que posee sus particulares. Las plazas representan una discontinuidad en el entramado urbano, son percibidas como espacios diferenciados, pues las actividades al interior de la misma varían respecto de las prácticas que se realizan fuera de sus contornos (Low, 2000). Así, el límite de una plaza es definido como una marca transicional que divide una esfera de control de otra. Richardson (1980) describe a las plazas como sitios para estar, en claro contraste con otros espacios públicos asociados con la circulación. Suponen ámbitos de ocio y de cultura, espacios donde la naturaleza ha sido domesticada y donde se llevan a cabo prácticas ligadas con lo artístico o lo lúdico –arte callejero, encuentros de jóvenes como “los botellones”, etc. Como ocurre con todo espacio público, las plazas prefijan un comportamiento adecuado (Valle, 1997). Tal como se analiza en el capítulo 4, buena parte de los estigmas que padecen las PSH consisten en ser juzgados bajo los códigos sociales que rigen a dichos espacios públicos, careciendo de un sitio donde realizar las actividades que nuestra sociedad reserva al ámbito privado.

Si el diseño del espacio urbano condiciona las sociabilidades, entonces se torna vital describir al espacio que denominamos como Plaza Isabel II (ver el mapa de la zona en el Anexo 2). Lo primero que puede decirse de Ópera es que se trata de un espacio de tránsito, pues su estructura arquitectónica no promueve la estadía. Así y todo, determinados individuos se relacionan de una manera constante con el territorio: algunos aprovechan el sitio para ganarse la vida a través de la venta callejera de distintos objetos, pero el uso más habitual consiste en descansar, conversar, o ver pasar a la gente sentado en alguno de los bancos.

En determinados momentos la zona aloja a verdaderas muchedumbres. La plaza se ubica en el centro de la ciudad, formando parte del circuito turístico-cultural. Es frecuente observar como decenas de turistas descenden de los autobuses que aparcan en los límites de la plaza. Asimismo, allí se ubica una parada del metro, la cual supone un punto de encuentro que genera

aglomeraciones momentáneas. En el costado este se halla el “Teatro Cine Real Cinema”, pero más significativo aún es la presencia del Teatro Real en el lateral oeste. La magnitud de este Teatro implica un gran movimiento en los alrededores; cuando la cartelera atrae a un público numeroso, las PSH deben esperar el fin de la función para recostarse a dormir en la fachada del teatro<sup>34</sup>. Además, cada vez que el Ayuntamiento de la ciudad organiza eventos culturales, Ópera es uno de los puntos elegidos. Obviamente, todas estas contingencias alteran la cotidianidad de las PSH.

*Giro el Teatro Real buscando a Ramón. Como tantas otras veces, encuentro a este hombre sentado en las escalinatas que dan al centro de los Jardines de Oriente, esperando para instalar sus cartones. A medida que se aproxima el verano, los madrileños y los turistas inundan masivamente la zona durante las noches. De hecho, hoy hay función en el Teatro – se ven muchas personas entrando y saliendo del mismo. Además, en esta época del año el bar que se encuentra frente al Teatro Real ya ha abierto su terraza, la cual funcionan hasta bien entrada la noche, por lo cual la espera de Ramón será bastante larga (29 de Junio de 2007).*

El ruido y la luminosidad es otra de las características de esta plaza. Los automóviles circulan bordeando todo el perímetro. Hasta hace poco, en la franja norte se localizaba un expendedor de bencina, por lo cual el olor de la gasolina era otro factor limitante. A su vez, teniendo en cuenta la importancia de la zona, el espacio se encuentra muy vigilado. Policías uniformados o de civil patrullan el sitio, a lo cual hay que sumar las videocámaras y la seguridad privada del Teatro Real. Como se sostiene en el capítulo 8, la seguridad es el principal motivo que explica por qué estas PSH han preferido este sitio respecto de otros puntos de la vía pública.

Ópera posee una forma casi cuadrada, con unas dimensiones de unos 25 por 30 metros aproximadamente. No hay vallas altas que se impongan como una barrera visual delimitando la plaza del exterior –el perímetro de la plaza se encuentra vallado, pero las rejas miden apenas unos 40 centímetros. Tampoco existen espacios compartimentados. Así, da la sensación que es posible controlar visualmente la totalidad de la zona, lo cual supone un límite para quienes buscan cierta intimidad.

---

<sup>34</sup> El movimiento que genera el teatro puede ser de otro tipo: más de una noche presencié enormes camiones de mudanza aparcados en la acera de la fachada, cargando o descargan instrumentos y el material correspondiente a la escenografía.

En cuanto al mobiliario urbano, en la zona norte y sur se ubican dos hileras de tres bancos<sup>35</sup>. Estos asientos son un elemento clave en la sociabilidad de las PSH. Por otra parte, la Plaza Isabel II no dispone de mesas ni de umbráculos que proporcionen sombra, elementos que favorecerían la estancia y el desarrollo de las relaciones sociales (López-Aranguren y Lorenzo, 2005). Ópera también carece de una fuente que permita refrescar a los peatones. En el ángulo sureste se ubica un baño, pero el acceso al mismo cuesta 30 céntimos de euro. Es así que nunca vi a una PSH aprovechar dichos servicios. A diferencia de otras plazas, en Ópera no hay instalaciones para que jueguen los niños ni espacios para perros. Dicha situación limita las posibilidades de relacionarse con los vecinos, y fomenta un patrón de uso basado en la circulación antes que en la estadía. Tres de los cuatro costados de la plaza se encuentran rodeados por una franja de césped, las cuales a su vez disponen de unos doce árboles -único factor de sombra y protección contra el sol. En el verano, es común ver como las PSH se recuestan en tal espacio buscando el fresco.

Un kiosco se dedica a la venta de periódicos en la zona sur de la plaza. También existen tres paradas de autobuses: allí inician su recorrido una serie de líneas, lo cual implica que algunos conductores pasan parte de su tiempo libre conversando con las PSH. Por otra parte, en determinadas épocas del año la fisonomía de la plaza se transforma con la presencia de comercios temporales. Ello ocurre principalmente con el mercado de artesanías que dos veces al año se instala en medio de la plaza, pero también con otro kiosco que durante los meses de verano se ubica en el sector sudeste dedicándose a la venta de refrescos. En el capítulo 7 veremos el peso que poseen quienes trabajan en dichos comercios en la vida de las PSH.

Por último, aclaremos que la etnografía se extiende a las zonas de influencia de la Plaza Isabel II. En tal sentido, los Jardines Reales cobran especial relevancia, pues allí duerme más de un integrante del grupo. El punto a destacar es que por los Jardines Reales circulan mujeres o grupos de inmigrantes sin hogar, gente que se mueve en solitario, jóvenes con problemas de toxicomanías... En definitiva, perfiles que no se encuentran presentes en Ópera, y que permiten

---

<sup>35</sup> La ausencia de un sistema de vallado diferencia a Ópera de otras plazas de la ciudad que son cerradas durante las noches, pues aquí la accesibilidad no se ve restringida por los horarios. Además, la propiedad y gestión pública de la plaza es otro punto que favorece el libre acceso (López-Aranguren y Lorenzo, 2005). En cuanto a los asientos, el sector este de la plaza dispone de un único banco. El costado oeste comunica con la zona de los Jardines y el Palacio Real, por lo cual se encuentra abierto, sin ninguna valla o banco que obstaculice el paso. Todos los asientos son metálicos, material que acentúa la sensación de frío en el invierno. Gracias a su forma rectangular de unos dos metros de largo, más de una PSH se recuesta sobre los mismos -a pesar de un apoyabrazos que divide a los bancos en dos.



reflexionar en términos comparativos sobre las particularidades de este grupo específico de *homeless*.

En resumen, la Plaza Isabel II se constituye como unidad de análisis de esta tesis. Con sus prácticas y concepciones del sitio, estas PSH transforman al espacio en lugar; es decir, demarcan social o ideológicamente la zona de otros territorios. Un espacio refiere a las cualidades geográficas abstractas del ambiente, mientras que un lugar implica un lazo emocional que vincula afectivamente a la gente con una localidad física particular. El espacio se transforma en lugar a medida que se carga de significado simbólico o psicológico, en función de cómo la gente los utiliza, modifica, o atribuye valor (De Certeau, 1996; Altman y Zube, 1989; etc.). De tal modo, Ópera se convierte en lugar cuando un grupo de *homeless* otorga sentido a la zona<sup>36</sup>.

### 2.1. Plaza Ópera, un espacio social en movimiento

Según De Certeau (1996), en lo que refiere a la variable espacial, las ciencias sociales siguieron la propuesta naturalista; la intención es la de analizar lo macro, la ciudad como un panorama. Este proyecto lleva en su seno la intención de controlar al espacio, y el requisito previo para planificar es conocer. A su vez, se parte de la premisa que para conocer es necesario distanciarse y realizar un corte sincrónico y territorial, el cual pasa a ser el objeto de estudio. El filósofo francés reacciona contra dichos postulados, sosteniendo que así se silencian las prácticas de quienes pueblan la ciudad y componen lo urbano. Su propuesta consiste en modificar la perspectiva: no debemos observar desde una torre, sino seguir el andar de los caminantes. Entendida como un todo, “la ciudad” ofrece la posibilidad de construir el espacio a partir de propiedades estables, aisladas y articulables. El “hecho urbano” en buena medida se caracteriza por la movilidad, la precariedad e inestabilidad. Las redes que los sujetos componen con sus trayectorias implican historias múltiples, un texto vivo y en movimiento, antes que una ciudad planificada y legible. Ante el término “Ópera”, el lector debería imaginar una zona de Madrid en transición, cómo se altera diariamente un espacio público debido a la presencia de múltiples usuarios, entre los que se destacan las PSH. Por consiguiente, el propósito del presente apartado es el de remarcar el movimiento.

---

<sup>36</sup> Es necesario aclarar que algunos investigadores, como De Certeau (1996), invierten el orden propuesto en esta tesis respecto de espacio y lugar, considerando al lugar como territorio abstracto y al espacio como ámbito de relaciones sociales. A pesar de ello, las conclusiones a las que llegan son idénticas a las aquí esbozadas: la transformación del territorio se da cuando una zona pasa a ser un sitio cargado de prácticas, vivido, donde se toman en cuenta los vectores de dirección, velocidad y la variable de tiempo (Delgado, 1999).

Leyendo a Pío Baroja, da la sensación que la Plaza Isabel II es una zona de Madrid donde opulencia y miseria históricamente se han dado la mano: “al pasar junto al Teatro Real vieron montones de hombres que dormían acurrucados en el suelo. Por la calle de Arenal pasaban los coches con un sonar grave y majestuoso por el pavimento de madera. Llenaron las botellas en una fuente de la plaza de Isabel II, y con esa complacencia que se tiene para las impresiones dolorosas, al pasar se detuvieron otra vez un momento delante de los hombres dormidos en montón” (2006: 68). Antes de Nicolás o de Mariano, otros *homeless* habitaron estos espacios. Los fantasmas de Piri o del Trompeta, precursores del actual grupo, de vez en cuando se hacen presentes. Al ser evocados por los recuerdos de quienes hoy en día residen en la Plaza Isabel II, sus imágenes dejan la sensación de lo efímero: el grupo evoluciona, llegan nuevos integrantes, algunos se marchan sin declarar su destino, otros, como Piri o el Trompeta, mueren en la calle. En el punto anterior se describió al grupo que reside en la Plaza Isabel II. Caracterizar implica delimitar un conjunto de individuos de una totalidad en función de una lógica particular, fijar una determinada imagen de los mismos en el tiempo –en el momento de la etnografía. Toda representación conlleva un riesgo: el de etiquetar y por consiguiente estigmatizar a las poblaciones. En este apartado se pretende dar cuenta lo engorroso y caprichoso que supone recortar un flujo. ¿Cómo singularizar al movimiento, como definir al cambio?<sup>37</sup>. Probablemente, lo más típico del grupo de Ópera sea la inestabilidad –a decir verdad, puede que este sea un rasgo común en la mayoría de las comunidades de PSH. Los límites del grupo no son fijos, por lo cual la tipificación presenta un alto grado de arbitrariedad. De hecho, ni siquiera quienes llevan más tiempo residiendo en la Plaza Isabel II logran consensuar un criterio a partir del cual sería posible establecer quién puede ser calificado como integrante de la agrupación.

*Me aproximo al banco donde se encuentran Mariano y José. Hablamos de la gente que entra y sale de la plaza. Teniendo en cuenta dicha situación, la pregunta subyacente que propongo es: ¿quiénes forman parte del grupo y bajo que criterio? Mariano, señalando a José, dice: “este es nuevo aquí”. Su compañero responde: “y eso que llevo dos años dando vueltas por la zona”. Mariano insiste en que no es de Ópera, y para reforzar su argumento explica que “los de siempre son el Duque, el Siesta, Bruno, Juancho...” Lo interrumpo haciéndole notar que Bruno se ha marchado de la plaza, mientras que Juancho acaba de llegar. Mariano me da la razón, acepta que dentro de unas semanas seguramente Juancho*

---

<sup>37</sup> Intentando plasmar en un texto su basta experiencia con PSH, Declerck (2006: 9) argumenta: “Durkheim, Mauss y los otros han pasado muy al lado de estas poblaciones y las cuestiones que plantean. Como si se hubiera tratado de fenómenos indignos de investigación científica. Indignos o impropios, pues, al fin y al cabo, ¿cómo hacer ciencia con nada o casi nada? Y ¿qué ocurre con el estatus epistemológico de una etnografía del desorden, del caos, de la nada? Tanto más que cuanto los indigentes, precisamente, no constituyen una sociedad clara y netamente identificable como tal. Si hay tal sociedad, no existe más que por defecto, compuesta por agregados inestables y puntuales de individuos”.

*se marchará para no volver en meses; no obstante continúa insistiendo en que tales personas son las que “realmente pertenecen al grupo” (4 de Julio de 2005).*

Como un río que fluye y en el cual nadie se baña dos veces, las características de la calle, en tanto espacio público y abierto, se reflejan en la composición de los grupos –tema tratado en el capítulo 5. Cuatro personas residen de forma fija en la plaza Isabel II –o por lo menos así lo hicieron a lo largo de estos tres años de trabajo de campo. Pero los golpes de fortuna pueden determinar que incluso alguno de ellos pase una temporada fuera de la plaza –a modo de ejemplo, mencionemos que si el Jirafa obtiene dinero en invierno, seguramente lo destinará a refugiarse en una pensión. Otros utilizan el espacio en ciertas épocas del año. Quienes responden a un patrón de sinhogarismo cíclico o episódico, acuden a la plaza en las etapas que se quedan sin dinero, trabajo, o apoyos sociales, para alternar estos períodos con otros donde encuentran un techo bajo el cual refugiarse. También es necesario considerar a quienes ingresan en este lugar para luego marcharse, ya sea porque logran abandonar la calle, porque se instalan en otros sitios de la vía pública madrileña, o porque desaparecen sin dejar rastro. De tal forma, ¿cómo establecer un límite que distinga claramente quién pertenece al grupo de PSH de plaza Ópera? No es posible responder con certeza absoluta<sup>38</sup>. Cuando el investigador cree que finalmente ha logrado delimitar los componentes del grupo, constata con sorpresa la llegada de un individuo que no había sido detectado en los tres años de trabajo de campo, y que es recibido como un “amigo de toda la vida”. En resumen, el grupo se conforma aproximadamente por un mínimo de tres personas en las noches de invierno, y unas siete u ocho durante el día, mientras que en el verano las cifras pueden dispararse hasta unas veinte personas sin grandes cambios marcados por el horario.

Si el grupo se modifica con el paso de los años, lo mismo puede decirse del espacio –más allá de que estos cambios se den a un ritmo más lento, alimentado cierta ilusión de eternidad. En estos tres años, asistí a cómo la calle Arenal se convertía en una peatonal que desemboca en la plaza, modificando las prácticas de mendicidad de más de un *homeless*; a su vez, quienes tienen más antigüedad recuerdan como diferentes remodelaciones arquitectónicas transformaron la fisonomía de Ópera. Como se verá en el siguiente cuaderno de campo, algunos cambios no

---

<sup>38</sup> Al respecto, Cucó argumenta que la definición de sociabilidad posee un límite, pues está precedida por la noción de grupo –la cual silencia otros tipos de ordenamientos sociales. Es por ello que propone remediar tales obstáculos apelando al concepto de redes. “En efecto, lo que destaca en este tipo de análisis es, sobre todo, la organización, la pertenencia y las fronteras que delimitan al grupo, con lo que se desdibujan otros fenómenos y aspectos más fluidos, con carácter menos estable y límites más borrosos. Por eso el complemento del análisis de redes me parece esencial, porque permite observar las relaciones sociales trascendiendo los grupos y las localidades. Lo que interesa en los análisis de redes es descubrir el carácter de las relaciones que unen a las personas, no importa donde tengan lugar y qué se haga con ellas” (2004: 124-125).

repercuten significativamente en la cotidianidad de las PSH, mientras que otros pueden alterar las relaciones sociales o incluso suponer la posible desaparición del grupo –tema tratado en el capítulo 8, cuando se refiere al valor que posee la fachada del Teatro Real.

*Converso con Mariano sobre las obras que se están llevando a cabo en la plaza. Entonces me señala el espacio vacío donde antes se ubicaba la estación de bencina. Pienso en una relación social rota, la de Sebastián con el empleado que trabajaba en dicho sitio. Pero, evidentemente, cada remodelación también supone oportunidades para quien las sabe aprovechar. De hecho, parecen reflejar un poco la vida de esta gente: ciertos vínculos desaparecen y, a veces, son substituidos por otras. Todo cambia a gran velocidad, el secreto -y tal vez la tragedia- consiste en saber adaptarse a tales transformaciones, en no aferrarse demasiado a nada. Mariano me cuenta que no es la primera vez que modifican la fisonomía de la plaza. Le pregunto si las obras no supondrán la desaparición de los bancos donde se sientan. Me responde despreocupado: “los bancos van y vienen, pero siempre hay algunos, algunos tendrán que dejar” (...) Luego menciono la estatua de Isabel II, busco indagar si es un icono importante en el mundo simbólico de este hombre. Mariano argumenta de la siguiente manera: “es falsa. Es decir, hace 23 años yo ya estaba aquí, y la estatua se encontraba donde ahora ves al bus 505. La fueron moviendo, y ahora de nuevo”. Según este hombre, en uno de los traslados la estatua original se rompió. Me llama la atención esta idea de que el centro de la plaza, la figura que corona el espacio social del grupo, sea “falsa”. De alguna manera actúa a modo de un tótem: allí se congregan durante el día, allí repiten sus encuentros en torno a una afición común, el vino. Pero en todo caso se trata de un símbolo vacío; así como hoy Mariano mencionó a la estatua en términos de “falsa”, en otras ocasiones sus compañeros utilizaron un tono similar. Bruno se refirió a ella diciendo “la puta esa, no nos ha dado ni una moneda”, y lo mismo hizo Sebastián: “fue una de las tantas reinas de España, pero esta era la mas puta de todas”. En definitiva, se reúnen alrededor de la estatua, pero la misma no esta recubierta de sacralidad alguna (11 de Enero de 2007).*

### **3. Técnicas de investigación y aportes de la antropología a los estudios sobre el sinhogarismo**

La enorme mayoría de los estudios sobre el sinhogarismo en España han sido organizados en torno a encuestas o entrevistas estructuradas de corte psicológico o sociológico, y se han centrado en los usuarios o en quienes trabajan en los servicios sociales diseñados para las PSH. Dichas investigaciones representan antecedentes indispensables para esta tesis; entre otras cuestiones, proporcionan una fuente de datos irremplazable sobre las características sociodemográficas de la población sin hogar. No obstante, tales estudios poseen una serie de límites inherentes a la metodología adoptada, los cuales podrían ser subsanados a partir de un enfoque etnográfico. Por consiguiente, en el presente apartado se analizan las técnicas propias del trabajo de campo antropológico que han sido utilizadas en la tesis: las entrevistas en profundidad y la observación participante. Asimismo, se considera cómo estas técnicas podrían

contribuir a profundizar los conocimientos sobre quienes se ven forzados a residir en la vía pública.

### 3.1. *La entrevista en profundidad*

La entrevista es una de las herramientas principales para aproximarse a la vida social de los sujetos y grupos sobre los cuales centramos nuestros estudios. Como se mencionó anteriormente, los datos que tenemos sobre la población sin hogar española son producto de encuestas o entrevistas estructuradas, lo cual supone que el investigador realiza las mismas preguntas estandarizadas a cada sujeto que interroga. En contraste con esta modalidad, las entrevistas en profundidad, típicas de la antropología, implican flexibilidad y dinamismo. Es decir, si bien se inicia el encuentro con un guión orientativo en función de los temas de interés, las preguntas varían de acuerdo a la conversación. El informante guía al investigador con sus comentarios, señalando nuevos temas a indagar (Gúber, 2004; Hammersley y Atkinson, 1994).

En esta investigación se privilegió un tipo específico de entrevista en profundidad: el enfoque biográfico. El objetivo ha sido analizar las experiencias de vida destacadas por la persona y los significados que los sujetos otorgan a las mismas, ver el mundo a través de sus ojos (Tejero y Torrabadella, 2005). En particular, a través de dichas historias de vida se pretendió bucear en el pasado de las PSH, rastreando los modos en que narran los procesos desafilatorios que los distanciaron del mercado de trabajo, la vivienda y la familia. Simultáneamente, el propósito ha pasado por destacar la forma en que los *homeless* explican y dan sentido a los procesos de reafiliación que se generan en el contexto de exclusión.

Asimismo, las entrevistas han sido de utilidad para indagar en las redes sociales de los *homeless*. Siguiendo los escritos de los grandes teóricos sobre redes sociales en antropología social (Barnes, 2003; Bott, 1990; Lomnitz, 1988; etc.), y diferenciando entre los lazos sociales previos y posteriores a la situación de calle, nos hemos preguntado por: la cantidad de contactos que posee el sujeto –ya se trate de familiares, antiguos amigos, vecinos del barrio donde reside actualmente, empleados de los servicios sociales, otras PSH, etc.-, la frecuencia con que ve a los mismos, la relación entre la existencia de contactos y la sensación de soledad, en caso de necesitar ayuda a quién acudiría, etc.

No obstante, las entrevistas han mostrado poseer una serie de límites a la hora de trabajar con PSH, un factor digno de analizar si tenemos presente que la información con la que contamos

sobre el sinhogarismo en España es resultado directo de este tipo de metodologías. En todo trabajo de campo nos enfrentamos con la dificultad de establecer y ganarnos la confianza de una red de informantes. Pero estos obstáculos son aún mayores cuando se trabaja con PSH. Como se verá a lo largo de la tesis, la desconfianza es un elemento muy difundido entre quienes residen en la vía pública. El recelo se propaga hasta afectar incluso las relaciones con los compañeros de calle. En tal sentido, un código característico entre los *homeless* es aquel que pregona no preguntar por la vida del otro, evitar la curiosidad sobre el pasado o la intimidad de la persona. Dicho código afecta las posibilidades del etnógrafo de obtener información. Ante el contexto de desconfianza generalizada, el investigador debe ser particularmente paciente y cuidadoso a la hora de interrogar o incluso de sugerir llevar a cabo una entrevista. Es por ello que realicé mi primer entrevista a los siete meses de iniciada la investigación, y lo hice con una persona con la que estaba seguro de haber generado un vínculo de proximidad.

Además, es preciso entender que la mayoría de las PSH poseen una vasta experiencia de interrogatorios. Entre otros motivos, la gente de plaza Ópera rechaza el contacto con los servicios sociales como consecuencia de haber sido interpelados por más de un “funcionario de lo social” –al respecto, consultar el capítulo 7. Si los *homeless* se muestran reacios a dar información personal, en parte se debe a que están hartos de repetir su “historia triste”. Periodistas, psicólogos, trabajadores y educadores sociales, han hurgado en las heridas formulando las preguntas más incómodas, las que más duele responder. Pero la negativa a dar información personal en una entrevista remite a otros motivos. Lo que más de una PSH busca en las calles madrileñas es el anonimato, la invisibilidad –cuestión recurrente a lo largo de la tesis. La lógica que persiguen consiste principalmente en evitar ser reconocidos por sus familiares. Desde un comienzo les aseguré que en la investigación preservaría su identidad; es por ello que los nombres y apodos de esta gente han sido modificados para que nadie pueda reconocerlos. A pesar de ello, no siempre conseguí mitigar este tipo de temores<sup>39</sup>.

---

<sup>39</sup> Si decidí no cambiar el nombre de la Plaza Isabel II por otro ficticio, fue por entender que muchos de los sentidos que se exponen en esta tesis se encuentran ligados con las especificidades de la zona: la opulencia del Palacio y de los Jardines Reales, la seguridad privada que custodia el Teatro Real, etc. Respecto a las reticencias, hubo gente que recién a los dos años de conocernos accedió a ser entrevistada. Otros se mostraron dispuestos o contarme su vida en una conversación cotidiana; pero al escuchar la palabra “entrevista”, en ellos se desencadenaba una serie de resistencias. Ante mi solicitud de entrevistarlos, Pedro me respondió: “es que aquí tengo mucha familia, no quiero que sepan que estoy en la puta calle. Y la mejor forma de estar seguro de que no se enterarán es no abriendo la boca”. Sin embargo, no todos los *homeless* buscan el anonimato; como recuerdan Tejero y Torradella (2005), a más de una PSH le halaga el interés que el investigador muestra por sus vidas.

Las grabadoras o las cámaras simbolizan la posibilidad de ser etiquetados como un “sin techo”. La persona es mucho más que un sin hogar, y para esta gente el término “entrevista” remite a un imaginario basado en la reproducción de estigmas. El proyecto por el cual fui contratado como etnógrafo concluyó con una exposición realizada por artistas plásticos, por lo cual debí acompañar a diversos fotógrafos a retratar los espacios de la ciudad representativos del sinhogarismo. El siguiente párrafo refleja lo difícil que resultó esta tarea en determinados sitios.

*Veo atravesar el túnel a otra PSH. Viene directo hacia la cámara. Con tono imperativo dice: “¿qué haces con esto ahí? Quítalo, vamos, quítalo ya mismo”. Intento calmarlo, le explico que no estamos fotografiando a gente sino a espacios, que nadie puede ser identificable, pero el hombre está demasiado enojado como para entrar en razones. Nos explica que no duerme allí, pero que “no hay derecho a fotografiar la miseria ajena”. Plantea que deberíamos pagar por retratar a la gente –sigue sin creernos o sin importarle demasiado cuando le aseguramos que nos interesan los espacios. Añade que deberíamos ayudar de alguna forma, e insinúa que dejemos dinero en la caja de plástico –a un lado de dicha caja hay un cartón en el que alguien ha escrito: “por favor, no nos olviden. Necesitamos vuestra ayuda. Gracias”. “¿Por qué no vais a retratar a los famosos? A los ricos les pagáis, ¿y entonces por qué no a nosotros?” (24 de Mayo de 2005).*

Para muchas PSH el término “entrevista” se encuentra estrechamente asociado con el mundo periodístico. Han sido numerosas las ocasiones en las que un periodista se aproximó a un *homeless* intentando retratarlo. ¿Cómo ganarse la vida viviendo en la calle? Como puede deducirse del fragmento de campo citado anteriormente, hay que ser capaz de reconocer y aprovechar las ocasiones que se presentan. Dejarse fotografiar en tanto exponente de la miseria humana, o relatar su “propia historia triste”, es uno de los pocos recursos con los que esta gente cuenta para obtener unas monedas. El entrenamiento previo en la esfera de los servicios sociales les permite lograr un relato sintético, resumir en los tiempos requeridos por los medios de comunicación todas las tragedias que tuvieron a lo largo de sus vidas<sup>40</sup>. Y si no las tuvieron, es cuestión de inventarlas, pues es una narración dramática lo que les están solicitando.

*Mientras vemos como los periodistas entrevistan al Jirafa en medio de la plaza, el Duque habla de la dignidad. Me explica que “yo no saldría en la TV por nada en el mundo”. La PSH que comparte la conversación, y a quien veo por primera vez en mi vida, dice que él*

---

<sup>40</sup> Saber narrar la propia historia triste pasa a ser una táctica de subsistencia. De ello depende, entre otras cuestiones, su ingreso y permanencia en un albergue, conseguir vestimenta en un ropero, más comida en la rutas nocturnas de las ONGs y parroquias, dinero en el caso de quienes se dedican a la mendicidad, etc. Castel coincide con tal diagnóstico: “quien no puede pagar de otro modo tiene que pagar continuamente con su persona, y éste es un ejercicio agotador. El mecanismo se advierte en los procedimientos de contractualización del ingreso mínimo de inserción: el solicitante sólo puede aportar el relato de su vida, con sus fracasos y carencias, y se escruta ese material pobre para perfilar una perspectiva de rehabilitación, a fin de construir un proyecto, definir un contrato de inserción. Los fragmentos de una biografía quebrada constituyen la única moneda de cambio para acceder a un derecho” (1997c: 477).

*en cambio salió “en varias programas, pero siempre porque me pagaron bien”. Recuerda divertido como en cierta ocasión le pidieron “que hiciera de mendigo”. Incluso le solicitaron que sonriese enseñando las encías desnudas. Acto seguido empezó a relatar cuánto extrañaba a sus hijos, cómo su mujer lo echó del hogar. Luego nos aclara que en realidad nunca estuvo casado ni tuvo hijos (20 de Febrero de 2006).*

De tal modo, las entrevistas pueden suponer un límite: el de los discursos estereotipados. La palabra “entrevista” activa un imaginario de respuestas estructuradas dramáticamente. La pregunta puede apuntar a los usos de determinados espacios pero el entrevistado, para sorpresa del investigador, puede reencauzarla hacia los problemas en la infancia, las peleas en el núcleo familiar o lo que supuso perder el empleo. Es por ello que resulto útil no seguir un orden lógico en las preguntas. Cuanto menos estructurada fuera la entrevista más posibilidades había de descolocarlos y lograr espontaneidad en los relatos. A su vez, estos discursos guardan relación con los esfuerzos que realiza el sujeto por generar una imagen positiva de sí mismo. Es decir, las personas tratan de influir activamente sobre lo que los otros piensan acerca de ellas, por lo cual los relatos “pueden ser producidos para el etnógrafo”(Hammersley y Atkinson, 1994: 123). Goffman refiere a este tema como el manejo de la impresión por parte de los entrevistados (2001). En tal sentido, el potencial de la entrevista puede consistir justamente en analizar como dato las formas en que los sujetos pretenden ser identificados (Gúber, 2004).

*Justo antes de despedimos me dice “hoy por la mañana “estaba con una bronca...”. Le pregunto por qué, a lo que me responde: “por cosas que no salen, nadie te ayuda. Hoy me afeité sólo porque tenía algo importante, sino ni siquiera eso”. No sólo se afeitó, sino que además Jonathan se las arregló como para estar impecable para la entrevista que habíamos acordado. De tal forma, llevaba puesto un pantalón de traje y un saco, ambos limpios y planchados. Me confiesa que forman parte del vestuario que le guarda el amigo que se ha hecho en la pensión donde dormía antes de terminar en la calle. Otro detalle: por primera vez lo veo utilizar un sombrero. De hecho, es él quien me pide que lo fotografíe para “inmortalizar la ocasión”. En definitiva, se las ingenia para fijar una imagen de si mismo como un hombre distinguido pese a las circunstancias adversas que le han tocado vivir. Cuando le apunto con la cámara, Jonathan se acomoda el sombrero y pone cara de recio (Entrevista a Jonathan, 9 de Marzo de 2005).*

Por otra parte, debido a que su historia triste pasa a ser valorada como una mercancía a vender, ante la sugerencia de realizar una entrevista fue común obtener por respuesta la siguiente frase: “los periodistas me han dado veinte duros”. En tales circunstancias, me vi obligado a explicar que yo no estaba dispuesto a pagar, que tan sólo pensaba invitarlo a beber o comer algo en un bar mientras llevábamos a cabo la entrevista. Todas estas personas terminaron accediendo a la



entrevista, alegando que lo hacían debido al tiempo que nos conocíamos y la confianza que les inspiraba<sup>41</sup>.

Como se verá a lo largo de la tesis, a pesar de las imágenes que representan a la exclusión como el fin de los lazos sociales, las relaciones son de hecho el principal recurso que poseen las PSH. De alguna manera, yo mismo ingresé bajo tal lógica. En momentos puntuales, pasé a ser una fuente de apoyo. Ser asociado con el voluntariado implicó solicitudes de ayudas concretas: conseguir una silla de ruedas para un hombre que tuvo un derrame cerebral, obtener unas gafas o una plaza en algún albergue, etc. Pero las ayudas trascendieron el papel del voluntariado. Si bien no fue frecuente que me pidiesen dinero, más de una vez terminé invitando a beber una copa, obsequié un paquete de tabaco, presté mi teléfono móvil, compré un cartón de vino, regalé un bono de transporte, etc. Fueron las mismas PSH quienes se esforzaron por introducirme en su mundo de redes sociales, por generar una serie de lazos que implicasen mi obligación de reciprocitar a futuro<sup>42</sup>.

*Entonces paga la cuenta del bar y se toma de un trago el vaso de alcohol que le acaban de servir (...) Caminamos en dirección a Ópera y me da un congejo: “si das, que sea desinteresadamente. No lo hagas para que te vean los demás” (...) Tuve la sensación que, invitándome, Sebastián estaba intentando generar una serie de reciprocidades, un cierto intercambio. Me refiero a la táctica de conseguir el apoyo de alguien que reside en un hogar y por lo tanto dispone de cierto dinero, alguien a quien recurrir para pedirle diversos tipos de ayuda en momentos particularmente duros (16 de Febrero de 2005).*

El riesgo de pagar a un informante es el de contaminar la relación; a partir de entonces, se comienza a dudar si los datos son fabricados para obtener un ingreso monetario (Taylor y Bogdan, 1987). No obstante, estamos beneficiándonos gracias a personas que nos permiten “introducirnos en sus vidas”; por lo cual, entiendo que el investigador debe retribuir de alguna manera. Tenemos que generar una devolución; y la forma que encontré para realizarla consistió en visitarlos cuando se encontraban hospitalizados, ayudarlos a gestionar una Renta Mínima de Inserción, pero también invitarlos a un bar en una mañana fría de invierno. El equilibrio entre no pagar por la información y compensar de alguna manera a nuestros informantes es frágil (Liebow, 1993; Snow y Anderson, 1993; etc.).

---

<sup>41</sup> En tales momentos el ser asociado como un voluntario nuevamente jugó en mi favor: muchos se sentían en deuda conmigo, y pretendieron retribuirme facilitando mi trabajo. Es así que se repitieron frases del tipo: “por ser un Solidario”, o “por ser un voluntario que nos ayuda”.

<sup>42</sup> En su trabajo de campo en una villa miseria –barrio de chabolas- de Buenos Aires, Gúber (2004) identifica el hecho de que diversas mujeres la eligieran madrina de sus hijos como una táctica económica por estrechar un vínculo con quien proviene de un sector social más acomodado.

### 3.2. La observación participante

Por tratarse de una tesis en antropología social, la observación participante ha sido la técnica de mayor provecho. La observación participante parte de la base que la conducta debe considerarse en su contexto, durante períodos largos de tiempo, en un marco de referencia lo más global posible, y no sólo desde el punto de vista del investigador, sino también de los sujetos y grupos sobre los cuales se centra la investigación (Hammersley y Atkinson, 1994). En tal sentido, el primer concepto a destacar es el de contexto. Como se expuso en la introducción, tomando al contexto como eje de análisis nos vemos forzados a preguntarnos por los factores estructurales que moldean el sinhogarismo español: los mercados de trabajo y de la vivienda, el nivel de desarrollo del Estado de Bienestar, el grado de cohesión familiar, etc.

En segundo término, la noción de contexto implica destacar la dimensión expresiva del comportamiento, los mensajes que transmiten las personas –no siempre de forma voluntaria- a través de sus ropas o gestos. Se trata de cuestiones que superan el sentido de la vista, implicando a otros órganos sensoriales. En un trabajo de campo con gente que se ve forzada a vivir en la vía pública, el olfato aporta datos significativos. El olor de quien lleva días utilizando un pantalón sucio de orín o excremento suele ser un indicio de un alto nivel de autoabandono, e incluso puede generar el desprecio y aislamiento por parte de las demás PSH. Pero al referirnos a la experiencia corporal no aludimos únicamente a las sensaciones que el entorno deja en el etnógrafo, sino también a cómo los espacios de exclusión se graban en los cuerpos y embotan los sentidos de las PSH. Como sostiene Wacquant: “el agente social es ante todo un ser de carne, nervios y sentidos, un ser que sufre (...) La sociología debe intentar recoger y restituir esta dimensión carnal de la existencia” (2006a: 15).

*Se ríen de un hombre que se encuentra en el otro extremo de la plaza, quien gesticula y parece protestar contra la nada. Dicen que lleva unos días dando vueltas por Ópera, arrastrando un carrito y una bolsa con ropa dentro. Bruno nos comenta señalándole el pantalón: “se ha cagado y meado encima. La próxima vez con los voluntarios no traigáis comida, sino pañales. El banco debe haber quedado meado. ¡Si es que aquí, ya cualquiera se sienta en los bancos!”. Me acerco a conversar con este hombre, entonces noto que el olor que expide su cuerpo es muy penetrante. Durante unos segundos me cuesta avanzar; siento como si me hubiesen abofeteado. Intento que no lo note, pero al principio respiro por la boca (11 de Junio de 2006).*

A su vez, la etnografía equivale a privilegiar una “perspectiva en acción” (Snow y Anderson, 1993). Es decir, los patrones centrados en cómo las personas viven en la calle surgen en sus escenarios naturales y a medida que transcurren las actividades de interés. A modo de ejemplo,

los datos más significativos sobre la mendicidad no los obtuve inquiriendo sobre el tema en una entrevista, sino observando y preguntando en el momento que el sujeto ejercía dicha actividad. Mucha información relevante surgió cuando permanecía callado, escuchando las conversaciones entre quienes compartían un cartón de vino<sup>43</sup>. En otras ocasiones, el elemento participativo se imponía sobre la observación: “cuando el compromiso activo en las actividades de las personas es esencial para lograr la aceptación, hay que participar por todos los medios” (Taylor y Bogdan, 1987: 58). Así me ocurrió, por ejemplo, las veces que acompañé a Alejandro a recoger chatarra y terminé ayudándolo a cargar peso o a separar material de los contenedores.

*Ahora damos una vuelta por la zona de Chueca. Comienzo a sentir cansancio y dolor en los hombros, no sólo por las horas de caminata, sino especialmente por acarrear las varas de metal que pesan unos cuatro kilos. Pienso en lo duro que debe ser transportar 20 kilos o más (...) nos detenemos en un contenedor ubicado frente a un gran negocio de Telefónica. Me explica que allí, en más de una oportunidad, encontró cables de bronce –metal que está muy bien pago. Pero en el contenedor hoy encontramos otro tipo de objetos. Es el final de la mañana, y por llevarse algo luego de un día poco fructífero, Alejandro recoge una flauta y unos libros viejos. Aprovecha mi presencia para recuperar de la basura más objetos de los que podría acarrear en otras condiciones. Luego me explica que intentará vender estas cosas en el mercado del Rastro (6 de Febrero de 2007).*

Llamativamente, ningún estudio sobre el sinhogarismo en España ha tomado a la vía pública como eje de análisis. ¿Cómo analizar este fenómeno social sin indagar qué ocurre en el espacio donde las PSH pasan la mayor parte de sus vidas? En este punto se torna imprescindible referirse nuevamente a las encuestas desde una perspectiva crítica, abogando por la necesidad de contextualizar a las mismas a partir de la observación participante. A nivel discursivo, debemos considerar que “los relatos no son simples representaciones del mundo; ellos son parte del mundo que describen y, por lo tanto, son formados por el contexto en el que ellos mismos ocurren” (Hammersley y Atkinson, 1994: 122). Al no poseer un contexto como información de trasfondo, las encuestas no siempre distinguen entre las narrativas como información –los datos sobre los fenómenos- y como perspectiva –la opinión del sujeto, cómo pretende posicionarse con su discurso. Por otra parte, las formas en que los individuos se relacionan entre sí, los códigos de calle y las particularidades que nos permiten hablar de forma genérica de “las PSH”, no pueden ser recreadas con toda su complejidad mediante una entrevista. La subjetividad y sociabilidad de la PSH se conforma a partir de la experiencia y la interacción diaria en el

---

<sup>43</sup> Okely se refiere en los siguientes términos al potencial de la observación participante respecto de las entrevistas en las investigaciones con grupos estigmatizados: “la experiencia que los gitanos tienen de las preguntas frecuentemente viene dada por sus contactos con foráneos que les ofenden, les persiguen o les intentan convencer de algo. Los gitanos miden las necesidades del cuestionador y dan la respuesta adecuada, dejándolo con la ignorancia intacta (...) Es más productivo deambular por los alrededores que alterarles en plan inquisitorial (en Hammersley y Atkinson, 1994: 124-5).

entorno de calle. ¿Cómo analizar dichos procesos limitándonos a una encuesta? Más aún: debido a que la mayoría de los Albergues sólo abren sus puertas durante la noche, los usuarios de tales servicios también se ven obligados a deambular por las calles madrileñas durante el día. Así, al adoptar una metodología centrada en las encuestas a los usuarios de los recursos, la mayoría de los estudios no han tenido suficientemente en cuenta los escenarios en los cuales tienen lugar las actividades de las PSH, o han observado a dichos comportamientos en una gama muy reducida de contextos (Koegel, 1998). Por último, estos enfoques poseen otro límite: centenares de *homeless* evitan los servicios sociales por lo cual, si no son contactados en la calle, no serán tenidos en cuenta<sup>44</sup>.

Además, las entrevistas suelen ser difíciles de llevar a buen puerto con personas que presentan problemas de salud mental. Por el contrario, las diversas zonas de la ciudad evocan recuerdos, por lo cual deambular con tales informantes por sus antiguos barrios puede resultar muy fructífero. Así me ocurrió con Martín, un anciano con más de treinta años de calle, quien me pidió que lo acompañase a pasear por el que fuera el barrio donde vivió toda su vida –allí residió primero con su familia, y luego como *homeless*.

*Descendemos en la parada del metro “Guzmán el Bueno”. Martín me comenta que hemos llegado a “mi entrañable Reina Victoria” (...) En la intersección de Reina Victoria y Guzmán el Bueno me señala la segunda planta de un edificio y exclama con un tono nostálgico: “esa fue mi habitación durante 40 años”. Me muestra el portal del edificio donde vivió con sus padres durante tanto tiempo. Me cuenta de su familia, de lo bien que vivió hasta la muerte de su madre primero, y de su padre después (...) Luego doblamos por la calle General Ibáñez Ibero, pues desea enseñarme el Instituto Geográfico Nacional. Allí trabajó durante seis años. La imagen de este edificio lo conduce a relatar la época en que sus antiguos jefes lo echaron del empleo tras enterarse que estaba viviendo en la calle; también menciona que luego trabajó durante unos meses en una empresa de ascensores (29 de Noviembre de 2004).*

La observación participante y la referencia contextual son particularmente útiles en los estudios dedicados a las redes sociales. La imagen de las PSH como seres desafiliados en buena medida responde a las metodologías con las cuales se abordaron los procesos de exclusión social. A través de la observación participante, es posible detectar una serie de vínculos, que podrán ser tenues, pero que resultan vitales para la subsistencia cotidiana del sujeto<sup>45</sup>. Sólo a través de

---

<sup>44</sup> Según datos oficiales, el 45,6% de las PSH se aloja al margen de la red asistencial (INE, 2005). Además, las investigaciones centradas en los albergues sobredimensionarán la presencia de determinados grupos de *homeless* –es el caso de las mujeres- e infravalorarán a otros segmentos más reacios a relacionarse con tales servicios –por ejemplo los jóvenes (Burt, 1996).

<sup>45</sup> En tal sentido, Rosenthal (1994) plantea que la apariencia de desolación familiar puede ser en parte consecuencia de un artificio metodológico. Es decir, por lo general los datos son obtenidos a partir de

dichas técnicas se torna posible profundizar cómo estas redes barriales inciden en los procesos de reafiliación que se generan en el nivel de calle –estos temas serán tratados en los capítulos 7, 8 y 9.

A diferencia de las metodologías cuantitativas, la observación participante permite comparar lo que las personas dicen que hacen de lo que realmente hacen (Gúber, 2004). Cuando trabajamos con poblaciones estigmatizadas, debemos ser particularmente precavidos y considerar a los relatos como el resultado de un frágil equilibrio entre los procesos de revelación y de ocultamiento (Taylor y Bogdan, 1987). No se trata de que los *homeless* no sean capaces de reflexionar sobre su propia conducta, sino de analizar la distancia entre el discurso y lo observado. Por un lado, todo individuo dice y hace cosas diferentes en distintas situaciones. Pero además, en ciertas ocasiones no es sencillo discernir si lo que sostiene es cierto o falso; si es falso, más complicado aún es comprender si se trata de una mentira o una percepción particular de la realidad. En todo caso, el dato relevante no pasa por establecer la verdad, sino por la perspectiva de los actores, es decir, cómo el sujeto prioriza una imagen de sí mismo a partir de su relato (Goffman, 2001; Tejero y Torradella, 2005). La etnografía es una herramienta útil para realizar una serie de “controles cruzados”. La triangulación supone la principal forma de validación de los datos, implica “la comparación de la información referente a un mismo fenómeno pero obtenida en diferentes fases del trabajo de campo, en distintos puntos de los ciclos temporales existentes en aquel lugar o comparando relatos de los diversos participantes” (Hammersley y Atkinson, 1994: 249). En el caso de Ópera, el alcohol es un elemento a considerar a la hora de develar ciertos discursos. Durante las noches, la acumulación de lo bebido conduce a peleas donde las PSH a veces vociferan lo que no dirían por las mañanas, y menos aún en una entrevista.

*Sentado en el otro banco, Mohamed habla en tono alto mientras bebe vino. Sebastián se acerca y me dice “cuidado con el moro que está borracho”. Mohamed se da cuenta que Sebastián está criticándolo y entonces comienza a gritarle (...) Durante unos diez minutos el marroquí me dice irritado que “los españoles son todos una mierda, unos racistas hijos de puta”. Producto del alcohol, arrastra las palabras cuando habla. Sigue refiriéndose en general a la gente que duerme en la plaza, y a Sebastián en particular: “toda esta gente es una mierda, unos borrachos, unos mierda que sus mujeres los han echado de sus casas.*

---

encuestas realizadas en albergues, donde los individuos se encuentran más aislados y son menos propensos a formar grupos que en la calle. A su vez, cuando en la entrevista se le pregunta al sujeto si tiene amigos, si cuenta con apoyo, por lo general contestará negativamente. Esta respuesta dice más sobre cómo las personas se sienten, sobre la soledad como un elemento subjetivo, que sobre los contactos diarios. Si en la misma entrevista se pregunta específicamente por el dueño del bar donde el sujeto desayuna cada mañana, por el empleado que atiende el kiosco que da a la plaza, por la vecina que todos los días pasea a su perrito por Ópera, entonces reconocerá que los mismos son una fuente de apoyo.

*Son violentos. A ese -señala a Sebastián- su mujer lo echó de su casa, ¡por borracho! (...) Por primera vez sospecho del relato de Sebastián, quien siempre asoció de forma un tanto romántica su estadía en la calle como consecuencia del desengaño que le produjo la muerte de su esposa” (16 de Febrero de 2005).*

Otro potencial de la etnografía consiste en destacar el punto de vista nativo, en lidiar contra el monopolio discursivo del investigador (Gúber, 2004). “Si lo que las personas dicen y hacen depende de su modo de interpretar la realidad, nuestro intento de explicación de la conducta humana debe incluir, y aún destacar, el significado que tiene la vida social para las personas en cuestión” (Koegel, 1998: 40). Recuperar el punto de vista de los sujetos nos permite comprender que, muchas de las conductas que suelen ser denostadas como “psicopatológicas”, poseen una racionalidad subyacente -incluso pueden representar tácticas adaptativas frente a la situación de calle. Puedo mencionar a Mercedes como ejemplo. Esta mujer recorre la ciudad en pleno verano vestida con dos remeras, dos pantalones, un sweater y una campera. A simple vista, más de una persona dictaminaría que su modo de vestir indica un problema de salud mental. Mercedes me explicó que sufre el calor del verano como cualquier otro madrileño. Lo que la diferencia de los demás ciudadanos es que ella no tiene dónde dejar su ropa; si la esconde en algún sitio de la vía pública, teme que se la terminen robando. Además, vestirse de tal modo supone una forma de defenderse, pues si intentasen violarla mientras duerme en la calle, tendrían que quitarle dos pantalones en vez de uno. En definitiva, preguntarse por la racionalidad de los actos de las PSH supone desentrañar cómo la calle condiciona las posibilidades de acción.

Un elemento fundamental de la etnografía consiste en la dimensión temporal. Al respecto, Hammersley y Atkinson recuerdan que “las actitudes y actividades en el campo suelen variar a lo largo del tiempo de forma significativa para la teoría social” (1994: 62). La perspectiva diacrónica, inherente al trabajo de campo antropológico, permite analizar los procesos de ajustes psicológicos, ver cómo varían las relaciones interpersonales en función del paso del tiempo (Snow y Anderson, 1993). Claro que, para analizar tales transformaciones, resulta indispensable una observación prolongada y persistente en los mismos espacios y con la misma gente. El trabajo de campo de la presente tesis se ha desarrollado entre abril de 2004 y Agosto de 2007.

La temporalidad también afecta la forma en que los discursos se ven condicionados en función de la presencia del investigador. A medida que pasaba el tiempo, las PSH confiaban más en mí, me veían menos como un voluntario y los discursos surgían con más espontaneidad. En

segundo lugar, con los años comenzaron a reconocer ciertas prácticas ilegales que en un principio se esforzaban por ocultar –esta cuestión será considerada en el próximo capítulo. Pero fue un día en particular cuando tuve la sensación de haber sido finalmente aceptado. En tal ocasión, varios del grupo aprovecharon que el Jirafa se encontraba profundamente dormido debido a una borrachera y, pese a mi presencia, le robaron las pocas pertenencias que guardaba en sus bolsillos. Entonces, por primera vez realizaron delante de mí una práctica estigmatizada, y por lo tanto nunca reconocida abiertamente o siempre asociada con “las demás PSH”.

*Alfredo señala al resto cómo al Jirafa se le ha caído el paquete de tabaco del bolsillo. Bruno, que está sentado al lado, es el que lo coge. Luis se acerca rápidamente y mete la mano en los bolsillos que sobresalen del pantalón del Jirafa. Con las pocas monedas conseguidas luego comprarían un cartón de vino, mientras que en el momento Luis reparte los cigarrillos y tira el paquete vacío a unos metros de distancia. Pienso que lo que se reparten entre todos es el precio del silencio: ahora son todos cómplices. Se ríen del Jirafa despreciándolo. Tengo varias sensaciones: por un lado, siento que me han aceptado. Ya no fingen una imagen de dignidad, sino que roban a un compañero delante de mí. Por el otro, me parece una situación muy triste. No es la cartera lo que le han quitado, pero se están aprovechando de un compañero que está ebrio (1 de Marzo de 2006).*

Como todo proyecto etnográfico, inicié la investigación con una serie de hipótesis que fueron modificándose de acuerdo a lo observado en el campo<sup>46</sup>. Dicha situación no se debió simplemente a una "acumulación de conocimiento". Por el contrario, las hipótesis debieron ser revisadas a medida que el transcurso temporal reflejaba la inestabilidad que caracteriza la vida de estas personas. En el caso de las PSH, las observaciones y conclusiones que establecemos varían enormemente en función de la época del año –en invierno se multiplican los recursos de asistencia, las navidades son particularmente fructíferas para quienes viven de la mendicidad, etc.-, de las estaciones climáticas –la lluvia o el frío condicionan las prácticas habituales-, del día de la semana –el domingo es el día más provechoso para quienes piden en las iglesias, ciertos recursos sociales sólo abren sus puertas determinadas jornadas, etc.-, o del horario –la utilización del espacio público varía enormemente entre el día y la noche. Los datos obtenidos a partir de encuestas o entrevistas estructuradas poco pueden decirnos sobre el proceso de adaptación forzada de las PSH frente a la naturaleza cambiante de la vía pública, sobre los ciclos que condicionan al sinhogarismo.

*Es una noche muy fría, como si hoy mismo hubiese comenzado el invierno. Es impresionante como ha cambiado la fisonomía del territorio: donde hace unas semanas*

---

<sup>46</sup> Al respecto, Taylor y Bogdan sostienen: “aunque los observadores participantes tienen una metodología y tal vez algunos intereses investigativos generales, los rasgos específicos de sus enfoques evolucionan a medida que operan. Hasta que no entramos en el campo, no sabemos qué preguntas hacer ni cómo hacerlas” (1987: 32).

*nos encontrábamos con grupos de diez personas, ahora vemos espacios vacíos. Todos parecen haberse marchado a otros sitios: a refugiarse en algún bar, a dormir a lo del padre Enrique –esta iglesia abrió sus puertas hace unos días, afectando notablemente las dinámicas de la zona-, o ya se han recostado entre los cartones y las mantas. De hecho, Plaza Ópera parece un páramo. Al único que encontramos despierto es a Sergio. Al llegar, lo saludo preguntándole como está. Me responde de la siguiente manera: “¿me preguntas como estoy? Como el cielo y la noche, como están ellos, así estoy yo”. Continúa la charla comentando que estaba de buen humor hasta que escuchó el pronóstico del tiempo anunciando lluvia para mañana: “mi humor es como el tiempo... si llueve, mal asunto” (7 Noviembre 2005).*

Con el fin de recolectar información sobre la diversidad inherente a la vía pública, organicé el trabajo de campo siguiendo un calendario similar al propuesto por Low (2000). Buscando captar cómo las prácticas se modifican en función de las horas y estaciones, o del ritmo productivo de la ciudad, dividí al día en bloques de tres horas –dando por comenzada la jornada a las seis de la mañana, y por concluida a las dos de la mañana. De tal manera, realicé por lo menos una observación en la Plaza Isabel II en cada franja horaria de cada día de la semana, a lo largo de las diferentes épocas del año.

Es preciso mencionar otras cuestiones asociadas con la metodología empleada. He trabajado con el software denominado “Max.qda2”. Cada vez que terminaba una observación, me dirigía a algún bar a escribir el cuaderno de campo correspondiente. Luego, pasaba la información en mi ordenador y cargaba cada registro o entrevista en dicho programa, codificando por temas de interés los párrafos correspondientes. Si bien la codificación ha sido una tarea engorrosa, el esfuerzo valió la pena a la hora de la recuperación y análisis de los datos. Del programa consta que tengo información sobre 156 PSH, de los cuales a 22 los considero como informantes claves<sup>47</sup>. A su vez, he llevado a cabo 35 entrevistas: cinco de ellas fueron protagonizadas por funcionarios o empleados que se desempeñan en los recursos sociales, el resto por PSH.

Por último, a lo largo de estos tres años he tomado más de 400 fotografías. Entiendo a la antropología visual como una metodología que puede reportar grandes beneficios a la investigación social, especialmente en lo que se refiere a la posibilidad de captar detalles que de

---

<sup>47</sup> Del análisis de tal programa surge que en estos tres años he obtenido información sobre 62 PSH que pasaron al menos un día en Plaza Ópera. De esas 62 personas, 11 resultaron ser informantes claves. En esta investigación, defino a los informantes claves en función de dos factores: a) quienes aparecen por lo menos en 35 cuadernos de campo; b) quienes me han aportado suficientes datos sobre su existencia como para poder esbozar una historia de vida –en todos los casos estas personas han sido entrevistadas. En cuanto a los Jardines Reales, allí entré en contacto con 30 informantes, de los cuales 2 resultaron ser claves. De las demás zonas de la ciudad obtuve información de 64 informantes; 9 de ellos se convirtieron en informantes claves. En total, he codificado 178 cuadernos de campo. Sumando el tiempo dedicado a la observación participante y a las entrevistas, he realizado más de 400 horas de trabajo de campo.



otro modo pasarían inadvertidos. Pero el hecho es que siempre tuve la sospecha de que una cámara me cerraría más puertas de las que me abriría. Como advierten Taylor y Bogdan: “los dispositivos de registros intrusivos tienen efectos fundamentales en la determinación de lo que los actores piensan y sienten sobre el investigador -principalmente, los vuelven terriblemente suspicaces y los ponen en guardia- y sobre lo que hacen en su presencia” (1987: 79). Esta no es una crítica a tal metodología, sino el reconocimiento de un límite propio en cuanto a la capacidad de aprovechar la misma. Por consiguiente, decidí limitar mis fotos a los lugares que retratan la relación entre los contextos espaciales y el estilo de vida de las PSH. Las pocas veces que retraté a personas, me preocupé porque las mismas no fuesen bajo ningún aspecto identificables. A través de las mismas, pretendo ilustrar los hallazgos propios del trabajo de campo: las fotografías pueden tomar el lugar de las palabras, proporcionan una sensación de realismo y proximidad (Taylor y Bogdan, 1987). Es por ello que el Anexo 3 de esta tesis consiste en una selección de dichas fotografías.

### 3. Desafiliación del mercado formal de trabajo y reafiliación en la economía informal

“La gente piensa que existe una diferencia esencial entre los mendigos y los hombres que *trabajan*. Forman una raza aparte de proscritos, como los criminales o las prostitutas. Los obreros *trabajan*, los mendigos no *trabajan*, son parásitos, no tienen valor por su propia naturaleza (...) Sin embargo, si uno se fija, ve que no existe diferencia *esencial* entre la vida del mendigo y la de un sinnúmero de gente respetable. Un peón trabaja manejando un pico. El contable, sumando cantidades. El mendigo trabaja estando en la calle todo el tiempo y contrayendo bronquitis crónicas o várices, etc. Es un oficio como cualquier, menos útil, naturalmente, pero en este caso muchos oficios más respetables son también inútiles (...) Entonces, se plantea el problema de por qué se desprecia a los mendigos -porque todo el mundo los desprecia. Creo que se debe a la simple razón de que no consiguen ganarse una vida decente (...) El dinero se ha convertido en la gran prueba de la virtud. Los mendigos no la pasan y por eso son despreciados” (Orwell, 1983: 181-2).

Las perspectivas que identifican a la exclusión social y al sinhogarismo con la desafiliación suelen centrar su atención en el mercado formal de trabajo. La desafiliación, en tanto ruptura de los vínculos sociales, sería consecuencia de un quiebre previo: el de los lazos que unían al sujeto con el mundo del empleo. De acuerdo con estas perspectivas, el trabajo otorga un salario con el cual mantener un hogar, pero también una identidad, una dignidad ligada con el lugar que el individuo ocupa en el sistema productivo y la utilidad social de las tareas que realiza. Por consiguiente, quedarse sin empleo es el punto de partida de las biografías rotas que caracterizarían a los *homeless*, el origen de buena parte de los estigmas que afectan a las PSH en su conjunto.

No obstante, en este capítulo se sostiene que dichos enfoques han puesto un peso tan excesivo en la ruptura con el mercado formal de empleo, que no permiten destacar un aspecto vital del sinhogarismo: los procesos de reafiliación, las tácticas de subsistencia y adaptación materiales y emotivas. Si bien a partir de formas no siempre convencionales y con distintos niveles de intensidad, la mayoría de las PSH continúan conectadas con la dimensión laboral. En primer lugar, más de una persona reside en la vía pública pese a estar trabajando, lo cual nos lleva a dudar sobre la máxima que sostiene que el empleo es sinónimo de integración y dignidad social. En segundo término, la relación que muchos *homeless* sostienen con el empleo es de una búsqueda infructuosa. En tal sentido, resulta conveniente analizar la gama de dificultades que les impide acceder a un puesto de trabajo. Por último, es necesario considerar a quienes abandonaron dicha búsqueda. La situación de esta gente no tiene por qué ser sinónimo de

desidia. Uno de los límites que presentan muchos de los estudios que indagan en cómo se combinan exclusión, desafiliación y desempleo, pasa por reproducir las definiciones oficiales sobre el trabajo. Al rescatar el punto de vista nativo, se torna posible ampliar los horizontes y comprender que la mayoría de las PSH se ganan la vida a partir de su propio esfuerzo. Parte de las reflexiones del presente capítulo giran en torno al peso que posee la economía informal en el proceso de reafiliación que se genera en el contexto de calle.

Desde una ideología que en buena medida fue erigida como forma de exculpar a la sociedad frente a la miseria de muchos de sus ciudadanos, se tiende a pensar que el sinhogarismo es resultado de la vagancia de determinados individuos. Históricamente, el trabajo ha sido uno de las principales fuentes de estigma de las poblaciones que carecían de un hogar. Por consiguiente, el capítulo no se ciñe a considerar las tácticas materiales de adaptación, sino que inaugura un análisis que será continuado a lo largo de la tesis: el estudio de las tácticas emotivas que permiten a las PSH adaptarse a la situación de exclusión residencial extrema que padecen<sup>48</sup>. Por último, se brinda un marco interpretativo básico para la investigación al explicitar buena parte de las restricciones inherentes al contexto de calle. Es preciso entender a las tácticas de las PSH como respuestas propias de un entorno hostil.

### *1. La desafiliación en Plaza Ópera: distanciándose del mercado formal de trabajo*

Tal como se mencionó en la introducción de la tesis, el concepto de exclusión nace en Francia a mediados de los 80' como producto del alarmante aumento de las tasas de desempleo. Luego de la crisis del petróleo de la década de 1970, la economía capitalista sufrió un proceso de reestructuración. En un mundo devastado tras dos guerras mundiales, los mercados habían necesitado de unos Estados intervencionistas que, entre otras funciones, se hiciesen cargo de la formación de los trabajadores para la industria. Hoy en día, los empleadores ya no precisan de tal reserva de mano de obra, menos aún que el Estado asuma la formación de los mismos. La movilidad que caracteriza al capital en un mundo globalizado, conlleva a que la fuerza de trabajo pueda ser obtenida más allá de las propias fronteras. Además, la reconversión hacia el sector de los servicios, junto con los avances tecnológicos, dio por resultado que en las economías avanzadas la función de la mano de obra en el proceso productivo fuese cada vez menor. Por consiguiente, acatando el imperativo de la "competitividad", los Estados

---

<sup>48</sup> En este capítulo se destacan las tácticas que adoptan los sujetos sin detenernos en aquellas que pasan por ligarse a determinados grupos. Ello no debe llevarnos promover la imagen estereotipada que nos habla de individuos aislados. Por el contrario, las redes y la sociabilidad son el principal recurso del que dispone esta gente. Por ser de primordial importancia, dicho tema será abordado a lo largo de la tesis.

organizados bajo la lógica de postguerra pasaron a ser concebidos como un obstáculo para la expansión de los mercados (Boltanski y Chiapello, 2002; Vilasagra Ibarz, 2000).

Cuando la industria de base dejó de ser el sector clave del desarrollo, la dislocación fabril y la descentralización productiva se convirtieron en la norma. Consecuentemente, por un lado se constató una transformación cuantitativa, asociada con la eliminación de miles de empleos semicalificados bajo la amenaza de la automatización y la deslocalización ante la competencia laboral extranjera. Por el otro se verificó un salto cualitativo, ligado con la degradación de las condiciones básicas de empleo, remuneración y seguridad social para la mayoría de los trabajadores (Wacquant, 2001; Harnecker, 2000).

De tal modo, para la sociología francesa, la exclusión se encuentra indefectiblemente ligada con lo que ocurre en el mercado de trabajo. Si bien el pauperismo fue una constante a lo largo de la historia, luego de la segunda guerra mundial los países occidentales industrializados lograron revertir dicho proceso a partir de una política de pleno empleo. A partir de entonces, poseer un trabajo fue equivalente a una fuerte protección social que no se circunscribía a un sueldo, sino que también suponía una serie de derechos entre los cuales destacaba el seguro de desempleo (Paugam, 2007; Castel, 1995). Al amparo inherente a la propiedad privada, los Estados benefactores yuxtapusieron una propiedad social: “seguridad y trabajo quedarán sustancialmente ligados, porque, en una sociedad que se reorganizaba en torno al asalariado, era el estatuto asignado al trabajo el que generaba el homólogo moderno de las protecciones tradicionalmente aseguradas por la propiedad” (Castel, 1997c: 302).

Pero en las sociedades postindustriales del presente, estos paradigmas son cuestionados; la transformación del ámbito laboral conlleva la amenaza de “la sociedad salarial” en tanto modalidad de cohesión social (Castel; 1995; 1997a; 1997b; 1997c; 2004; etc.). Castel reconoce que en los países desarrollados la principal forma de integración continúa pasando por el trabajo, pero al mismo tiempo constata una tendencia: el ascenso de la vulnerabilidad social asociada con la precariedad en la esfera del empleo. “Es en la empresa donde se desencadena la exclusión, a través de la flexibilización y la precarización del trabajo (...) Lo determinante es que el trabajo deja de ser *el gran integrador*. Lo nuevo es la fragilidad laboral, frente al contrato indefinido de otras décadas” (1997a: 121). Describe este “desmoronamiento de las sociabilidades del mundo del trabajo y los seguros universales asociados” en términos de

“desafiliación”<sup>49</sup> (1997c: 470). Con este concepto pretende remarcar la degradación de la sociedad salarial, la cual se refleja en la existencia de miles de individuos que padecen la pobreza y carecen de apoyos, gente que se ve excluida de los colectivos protectores.

Esta primera forma de desafiliación que tiene al ámbito laboral como epicentro, desencadena una inestabilidad, cuando no la ruptura, con los vínculos sociales primarios –tema que será ampliado en el capítulo 6. Tras años de análisis de los guetos norteamericanos, Wilson (1996) llega a una conclusión similar: no es la pobreza la que aísla a las personas, sino la falta de trabajo. En nuestras sociedades, el trabajo se constituye como el soporte básico de inscripción en la estructura social, por lo cual existe una “fuerte correlación entre el lugar que se ocupa en la división social del trabajo y la participación en las redes de sociabilidad y en los sistemas de protección que cubren a un individuo ante los riesgos de la existencia” (Castel, 1997c: 15). La importancia del trabajo no se limita a poseer un salario con el cual lograr la propia subsistencia y/o la del conjunto familiar, sino también el principal mecanismo de integración social (Maffesoli, 2004). También supone “un marco para el comportamiento cotidiano y los patrones de interacción, pues impone una rutina y una disciplina, una organización coherente del presente –un sistema de expectativas y objetivos concretos. El trabajo regular provee un ancla para los aspectos espaciales y temporales de la vida cotidiana. Determina dónde y cuándo vas a pasar tu jornada. Ante la ausencia de un empleo regular, la vida, incluida la familiar, se convierte en menos coherente. El desempleo persistente e irregular entorpece la planificación racional diaria” (Wilson, 1996: 73)<sup>50</sup>.

¿Qué relación existe entre el desempleo y la situación de calle de quienes pernoctan en la Plaza Isabel II? Como veremos a lo largo del capítulo, el desempleo es producto de la combinación de una serie de factores. La primera variable a considerar es común al conjunto de las PSH: resulta significativo que el 35% de los miembros de Ópera hayan trabajado toda su vida en la construcción, en actividades como colocar azulejos o albañilería<sup>51</sup>. Todos los demás integrantes

---

<sup>49</sup> Resulta significativo que el principal teórico que trata al sinhogarismo como sinónimo de desafiliación, haya relegado al mundo del empleo a un segundo plano. Para Bahr, la desafiliación del trabajo representa una de las tantas formas de desconexión social. El excesivo énfasis que Bahr otorga a las explicaciones psicopatológicas guarda relación con esta omisión en lo que a las interpretaciones estructurales se refiere.

<sup>50</sup> Giddens (2001) plantea que el trabajo posee las siguientes características: a) provee un salario, el cual constituye el principal medio para lograr la subsistencia; b) proporciona medios para adquirir y ejercitar conocimientos y capacidades; c) supone un acceso a contextos que contrastan con el ámbito cotidiano doméstico; d) estructura la temporalidad; e) genera contactos y posibilita participar en actividades sociales; f) aporta sentido a la identidad personal.

<sup>51</sup> Si a la cifra de empleados en la construcción también añadimos a quienes alternaron tal tipo de empleos con otros rubros laborales, la tasa asciende a un 45%. Las estadísticas madrileñas arrojan cifras

del grupo se desempeñaron en el sector de los servicios, en tareas como empleados de seguridad –uno de los rubros más característicos entre los *homelss*-, camareros, trabajadores de ferias temporales, etc. También es digno de destacar la presencia de trabajadores industriales o de quienes se ganaron la vida en las minas del norte de España, lo cual muestra cómo los procesos de reconversión económica y cierre de las empresas repercuten en los segmentos más vulnerables de la sociedad. En definitiva, el común denominador de esta gente es contar con empleos no cualificados: más del 50% de las PSH se ha desempeñado en tales trabajos, porcentaje que se reduce a menos de un 20% en la población española (Cabrera, 1998)<sup>52</sup>. A su vez, hay que tener presente que las profesiones sin cualificación son las que más se ven afectadas frente a las fluctuaciones económicas<sup>53</sup>. Es entre tales tipos de empleos que se dan las tasas más altas de precariedad en lo que se refiere al nivel de salarios, la estacionalidad y el carácter cíclico de los empleos, la falta de un contrato que garantice los derechos o los niveles de accidentes laborales.

La edad es la segunda variable a considerar. Un dato muestra hasta qué punto estos hombres han sido socializados en la cultura del trabajo: la edad promedio en la que comenzaron a trabajar es de 13 años, bastante antes de la media de la población española que se sitúa en los 18 años (Cabrera, 1998). Las PSH de Ópera tienen entre 50 y 65 años; se trata de una de las franjas etarias más perjudicadas frente a la reestructuración organizativa empresarial. Las compañías que afrontan la reducción de sus plantillas centran sus políticas de despidos en quienes rondan los 50 años de edad<sup>54</sup>. Perder el empleo a dicha edad equivale a ser condenado a

---

similares: el rubro profesional más frecuente entre las PSH es la construcción -33,6%-, le sigue la hostelería -16,1%-, la industria -8,8%- y la agricultura -7,2%- (Foro Técnico de PSH, 2006).

<sup>52</sup> Las bajas cualificaciones laborales son sinónimo de un déficit educativo y de formación profesional. Según Cabrera (1998), el 15% no completó los estudios primarios; estas desventajas son especialmente fuertes si consideramos el nivel educativo de sus padres: en el caso de las madres, el 29% es analfabeta y un 39% no completó el nivel primario. A su vez, y como se verá a continuación, a mayor edad de la PSH menor es su nivel educativo. El aumento educativo es síntoma de uno de los principales logros del Estado social español en las últimas décadas: la universalización de la enseñanza básica. Así, los menores de 30 años tienen un promedio de 11,63% años de escolaridad, cifra que baja a un 9,24% entre quienes tienen más de 50 (Ibídem). No obstante, el hecho de que el 64,8% haya llegado al secundario y un 13,2% al nivel de estudios superiores (INE, 2005), refleja que hoy en día una buena formación no es condición suficiente para escapar a los procesos de exclusión social.

<sup>53</sup> Para contextualizar la precariedad, tengamos presente que en España el salario Mínimo equivale a 14 pagas de 540,9 euros (El País, 11 de Noviembre de 2006). Respecto de la inestabilidad laboral en las PSH constatamos que, de los últimos cuatro trabajos que han tenido, sólo un 25% fue de carácter fijo, mientras que el 67% fueron eventuales o temporales. Como media, los empleos que consiguen estas personas duran seis meses. El 36% de dichos empleos fueron sin contrato. A su vez, el 30% trabajó sin seguridad social, porcentaje que triplica las cifras de la población española, la cual se sitúa en un 8,8% (Cabrera, 1998).

<sup>54</sup> En España, en la década de 1960 el 90% de los hombres de entre 50 y 54 años trabajaba; esta cifra ha disminuido a menos de un 70% en 1999 (Suso y Zubero, 2002). Sobre este tema consultar en Riera

vivir el resto de la vida sin trabajar, más aún si esta situación se combina con las bajas cualificaciones a las que nos referimos anteriormente. Esto es justamente lo que le ha ocurrido a quienes residen en Ópera.

*Y después... me fui abandonando. Llega un momento en que... ya casi te aclimatas de estar en la calle, no sabes a donde ir. Claro, vas a buscar trabajo... Yo ahora cumpla 58 años, el mes que viene. Pides trabajo, te dicen que... ¡hualajj! Con 58 años ya no... te es muy difícil, ni para peón, porque dicen "este no puede ni con un saco de cemento". Y te van dejando de costado (Entrevista al Jirafa, 15 de Marzo de 2005).*

Los problemas laborales son tan significativos, que constituyen el primer factor señalado por estas personas como motivo de su situación de calle. En tal sentido, los argumentos más reiterados apuntan al cierre de la empresa, a la combinación entre edad y reducción de la plantilla, a la temporalidad y estacionalidad de los empleos. También es común escuchar que el desempleo ha sido consecuencia de una serie de problemas personales en el ámbito laboral. A veces, la PSH reconoce que su afición a la bebida ha sido el elemento desencadenante –tema tratado en el capítulo 8. Pero en otras ocasiones los conflictos no responden a la conducta del trabajador, sino a las estrategias que adoptan las empresas cuando quieren desembarazarse de un empleado. El acoso laboral es un ejemplo de cómo las compañías pueden presionar buscando que el empleado renuncie para así ahorrarse el costo asociado al despido<sup>55</sup>.

Al indagar sobre las consecuencias del desempleo desde el punto de vista de los actores, queda claro que esta gente comparte los valores sociales dominantes. Así, uno de los elementos más destacados como fuente de pesar pasa por carecer de ingresos. Dicha situación trasciende la subsistencia material. Según Bauman (2003), en el presente asistimos a un cambio de época en el que una sociedad basada en la producción está dando paso a otra que se sustenta principalmente en el consumo. De una ética del trabajo típica de la sociedad de productores estamos desplazándonos a una sociedad donde los patrones que guían a las personas son primordialmente estéticos. Esta serie de transformaciones generan nuevas formas de percibir la pobreza y el desempleo, alteran la manera en que concebimos la estratificación social. “Una

---

(1999) o Díaz-Salazar (2003). Quien pretenda indagar en esta cuestión abocándose a lo que ocurre con las PSH, puede remitirse a Cohen (*et al.*, 1988).

<sup>55</sup> En Madrid, las PSH señalaron al desempleo como primer factor causal de su situación de calle en un 27,2%. Es de notar que, en tercer lugar y con un 9,4% de respuestas, aludieron a otro motivo asociado con el trabajo: la precariedad laboral (Foro Técnico de PSH, 2006). Asimismo, en el estudio de Cabrera (1998), el 60% dijo haber perdido el trabajo por razones estrictamente laborales derivadas de la naturaleza del mismo: un 27% por el fin del contrato, un 12% por la conclusión de la temporada, un 11% por el cierre de la empresa, y un 7% por un despido. El abandono voluntario representa un 26%; pero es al interior de este porcentaje donde se inscriben las situaciones conflictivas descritas anteriormente.

cosa es ser un pobre en una comunidad de productores con trabajo para todos; otra, totalmente diferente, es serlo en una sociedad de consumidores cuyos proyectos de vida se construyen sobre las opciones de consumo y no sobre el trabajo, la capacidad profesional o el empleo disponible” (Ibídem: 11). Muchos de los lamentos de las PSH apuntan a sentirse distantes de una supuesta “normalidad” que se construye a partir de una serie de imágenes sociales ligadas con el consumo.

*Definitivamente, Luciano tiene algo de filósofo, es una especie de Diógenes moderno. Este hombre me explica que piensa a la condición de sin hogar en términos de “libertad en prisión”. Para él, la manera en que viven las PSH es similar a la de los presos: están condenados a depender de ciertos recursos, a no ser autónomos. Opina que la situación de los homeless es aún más cínica que la de los reclusos, pues ellos ven constantemente pasar a los caminantes comiendo helados, llevando bolsas de compras, usando ropa cara, ingresando a negocios costosos, en fin, consumiendo. Todas sus carencias se resaltan con dicho contraste. Al señalar que son presos en libertad, Luciano formula una crítica a la forma en que vivimos: la libertad está íntimamente relacionada con la capacidad de consumir. Quién no posee ninguna posibilidad de consumir no es libre, es esclavo, pasa a depender de los recursos sociales, de la mendicidad, de la caridad. Y eso es humillante. A partir de entonces se pierde ya no sólo el hogar, la familia, el trabajo, sino también el sentimiento de dignidad personal (2 de Agosto de 2004).*

Otro de los elementos más destacados reside en la sensación de vacío: el empleo proporciona una cierta identidad y dignidad, hace sentir útil a la persona. Con el desempleo, los lazos familiares y sociales comienzan a resquebrajarse. Asimismo, el sujeto vive la ansiedad frente a un futuro incierto, se siente “un gilipollas por haber tenido una lealtad con unos tíos que me fallaron” -palabras del Duque-, llega a dudar de sus propias capacidades, no sabe que hacer con su tiempo libre -factor que se acentúa cuando no tiene dinero para dedicarse al ocio-, etc. Algún que otro integrante de Ópera confeso otra serie de procesos más difíciles de percibir: en una sociedad sexista, el desempleo implicó cuestionar los roles domésticos. Para estos hombres, quedarse sin trabajo conllevó poner en duda su papel de padres de familia proveedores de recursos. Más de una PSH señala el período de desempleo como un tiempo de fuerte depresión que instaura una relación conflictiva con la bebida (Baxter y Hopper, 1981). Estos temas serán tratados en el capítulo 6.

*P: ¿Cómo viviste el cierre de la fábrica?*

*R: ¡Oh muy mal, muy mal! Y en sí es una... es un tema que me jode... total la vida es así, hay que hablar de todo, me jode no solamente por mí. Si no que he visto a íntimos amigos, compañeros, hemos estado muchos años muy unidos, tú sabes que el trabajo es también como la familia, te creas un núcleo de amistades que es una segunda familia. Por lo menos yo lo he pasado así siempre (...) Y se te cae el alma al suelo, y la verdad eh, ya no por el tema... el tema mío ¿no? Y da la casualidad que lo que estamos hablando soy uno de ellos, que ves a familias eh... a familias arruinadas tanto moral, como en cuestión monetaria. Se*



*han arruinado, han pedido a sus padres, a sus hermanos, a bancos, a amigos. Terrible. Peor que la mayor desgracia que hay es perder una familia. En Sintel conozco no uno o dos o tres, no, ¡muchos, muchos casos eh! Y salió una encuesta en el periódico por cierto, por lo de Sintel, de gente separada, de gente que se han destrozado familias, por culpa del gobierno que admitió eso (Entrevista al Duque, 18 de Noviembre de 2004).*

El dolor de carecer de un empleo remite a una serie de estigmas. Siguiendo a Goffman (2001), los estigmas pueden ser definidos como atributos socialmente desacreditantes, manchas en la propia identidad que descalifican a los sujetos e impiden una plena aceptación. Todo estigma equivale a un conjunto de percepciones negativas que generan rechazo y distancia social. En este capítulo se destaca una primer forma de estigma asociada con el trabajo: la que identifica a estos grupos con la pasividad. Históricamente, los gobiernos condicionaron el socorro en función de “la capacidad de trabajar”, diseccionando así a las poblaciones más desfavorecidas según un criterio de “pobres dignos o indignos”. Los primeros eran aquellos que merecían ayuda, pues severos problemas físicos o psicológicos les impedía ganarse el sustento por sus propios medios. Los pobres indignos eran considerados como “pícaros”, vagos alérgicos al esfuerzo que, estando en condiciones de ser empleados, preferían subsistir gracias a la caridad. Quienes eran calificados de tal manera merecían el repudio social, y por consiguiente no debían recibir ningún tipo de auxilio (Monreal Requena, 1996; Castel, 1997c; etc.). Según dichas explicaciones, el sinhogarismo sería consecuencia de la vagancia de determinados sujetos. Las imágenes de los excluidos como seres dominados por la pereza responden a una ideología que ubica en las víctimas las causas de sus propios males, exculpando así al conjunto social.

Al dar por sentado que nos encontramos frente a sujetos dominados por la apatía, estos estereotipos son incapaces de detectar toda una serie de prácticas sociales que constituyen la principal forma de subsistencia material y psicológica de quienes son clasificados como “excluidos”. Para estas perspectivas, la acción social siempre queda en manos de quienes se compadecen (Ribeiro, 1999). Habría que dudar de aquellas visiones que sitúan la agencia en las organizaciones encargadas de la caridad, y nunca en quienes sufren la exclusión en carne propia. Pero además, a estas afirmaciones se les escapa que, en ocasiones y aunque no necesariamente de manera consciente, las “pasividades” suponen formas de resistencias. Pueden ser los indicios de un “desinterés para con el mundo que se les propone, un testimonio de lo que el mundo ha hecho de ellos, y hasta la búsqueda de nuevos valores, de nuevos referentes. Pero darse cuenta de esto implica, como mínimo, abandonar la hipótesis metafísica de una pasividad congénita (...) arriesgarse a entender de qué modo los inútiles para el mundo testimonian la inutilidad de este mundo” (Karsz, 2004: 198-9).

Las visiones tradicionales de la pobreza extrema como resultado de la holgazanería se actualizan con postulados como el de “supernumerarios”. Diversos investigadores destacan una dimensión inherente al concepto de exclusión: las formas de producción ya no necesitan de los pobres en tanto reserva de mano de obra (Tezanos, 1999; Paugam, 1996; etc.). La novedad consistiría entonces en la existencia de una masa de gente prescindible, sin función social, no explotables por parte de un mundo laboral que ya no precisa de ellos. De tal modo, “los excluidos” representarían una “categoría de personas que están por debajo de las clases, fuera de toda jerarquía, sin oportunidad ni siquiera de ser readmitida en la sociedad organizada” (Bauman, 2003: 103) <sup>56</sup>. Por consiguiente, la noción de supernumerario depende de la postura que se adopte sobre la utilidad social: detrás de estos planteos subyace una visión durkheimiana, donde la integración y las relaciones de interdependencia responden al aporte del sujeto al conjunto social en función del empleo que posee. Para tales perspectivas no se puede ocupar un lugar reconocido en la sociedad sin un mínimo de utilidad social; y, simultáneamente, no es posible una cuota de utilidad social sin la participación en el mercado de trabajo. Este tipo de pensamientos son tan hegemónicos que incluso han llevado a más de una PSH a sentirse como un “inútil social”; pero no por ello están exentos de críticas.

*En medio de la conversación, refiriéndose al grupo de PSH de la plaza y señalando el alimento que llevamos los voluntarios de la ONG, Mariano pronuncia una frase notable: “nosotros somos como esos yogures, estamos caducados”. Pienso en el significado subyacente en el término “caducado”. En primer lugar, algo caducado supone una calidad pésima, algo que puede caer mal a quien lo consume. En segundo término, lo caducado alguna vez fue útil, pero cumplió su fecha de vencimiento y a partir de entonces pasó a ser inservible. Algo caducado es algo desechable, es basura en sí mismo. Conociendo la historia laboral de la gente de Ópera, pienso que el término de caducidad que eligió Mariano no es casual. El desempleo a los 50 y pico de años equivalió a la fecha de vencimiento de esta gente. A partir de entonces, sólo queda vivir el proceso de descomposición. También es de notar que la comida que las ONGs como Solidarios ofrecen a esta gente procede del Banco de Alimentos; es decir, al estar vencidos y no poder ser colocados en el mercado, esta comida tiene dos destinos posibles: la basura o el fin social de calmar a los pobres. En una sociedad de consumo algo caducado es el*

---

<sup>56</sup> A partir de la categoría de “supernumerarios”, se sostiene que durante la época de gloria de los Estados sociales las tareas de los ricos y de los pobres estaban repartidas y eran complementarias. Más aún, la posición de subordinación confirmaba la participación y el reconocimiento de la utilidad de los sectores populares en la vida social (Abrahamson, 1997). Pero con la denominada “globalización” se produce un quiebre: la movilidad que caracteriza al capital en un mundo conectado a escala planetaria conlleva que la fuerza de trabajo pueda ser obtenida más allá de las propias fronteras. Además, la reconversión hacia el sector de los servicios en las economías avanzadas y los avances tecnológicos dieron por resultado que la función de la mano de obra en el proceso productivo fuese cada vez menor (Boltanski y Chapello, 2002). Por consiguiente, el marco de referencia es un pasado caracterizado en función de los Estados sociales, y especialmente de la clase obrera en tanto sujeto protagonista de la historia. La pasividad atribuida a los excluidos de hoy “es la imagen inversa de la dinámica reivindicativa, contestataria y revolucionaria, lo opuesto de las fuertes solidaridades atribuidas a las clases populares de antaño” (Karsz, 2004: 198).

*desperdicio en sí mismo; eso parecerían ser las PSH o por lo menos así se sienten de a momentos: el desecho de la pirámide social (23 de Enero de 2006).*

Al ligar tan estrechamente la noción de función social con el lugar que uno ocupa en la cadena de producción, se han omitido otras formas de utilidad. En primer lugar, en una España marcada por la presencia de la iglesia católica, la utilidad de las PSH históricamente respondió a la limosna, a la caridad como uno de los mecanismos de salvación de las clases pudientes (Cabrera, 1998). Asimismo, Bauman (2003) argumenta que los grupos tildados como “excluidos” permiten representar la imagen de lo inútil y lo temible, generar una serie de sentimientos negativos fuertemente movilizados que suelen ser aprovechados por el poder de turno. Es por ello que “si no hubiera una clase marginada, sería necesario inventarla” (Ibíd.: 105). De modo similar, Karsz (2004) entiende que nadie está excluido de la economía sino en la economía, pues es justamente en la economía donde estas poblaciones cumplen funciones bien precisas: representan un freno a las reivindicaciones salariales por parte de otros sectores sociales, avalan la máxima que pregona que quienes tienen un empleo son privilegiados que deben resignarse a las condiciones laborales precarias, etc.<sup>57</sup>

En segundo lugar estas visiones, tan centradas en la utilidad social, continúan con una lógica que merece ser revisada. Me refiero al postulado marxista según el cual la identidad se ve determinada por la posición que el sujeto ocupa en el sistema productivo. Desde tal perspectiva, es a partir del trabajo que la vida comunitaria se torna posible; el valor social del mismo, su utilidad, genera un sentido de pertenencia en la comunidad. Se trata de un reduccionismo absurdo y perverso. ¿Por qué simplificar las identidades hasta el punto de definirlas únicamente en función del trabajo -o del consumo en la actualización de esta versión propuesta por Bauman? En un presente con altas tasas de precariedad y de empleos estacionales, ¿se negará la posibilidad de conformar una identidad a todos aquellos que no encuentran trabajo estable? ¿Se los definirá con categorías puramente negativas? ¿No existen otras formas de creatividad, otras esferas de sociabilidad, que aportan tanto a la conformación de una identidad como el sitio que uno ocupa en el mercado laboral? Así, es lógico que sólo encontremos identidades incompletas.

---

<sup>57</sup> Vale la pena citar una secuencia de la película “El Rey pescador”, en la que un mendigo paralítico le dice las siguientes palabras al protagonista del film: “Fíjate, un tío trabaja ocho horas al día los siete días de la semana. Con el tiempo se le hinchon tanto las pelotas que empieza a dudar hasta de la naturaleza de su existencia y cuando un día a la hora de salir el jefe le llama a su despacho y le dice: Oye Bob, ¿por qué no vienes aquí y me lames el culo, anda? Entonces el dice: ¡Al carajo! Me da igual lo que pase, quiero ver la expresión de su cara de cabrito cuando le clave este par de tijeras en el brazo. Entonces, piensa en mí y dice: un momento, yo tengo dos piernas, tengo dos brazos y al menos no pido limosna. Seguro que Bob dejará las tijeras y acabará sacando la lengüita. En serio, yo soy una especie de semáforo moral ¿sabes? Como si dijera: Luz Roja, no sigas, adelante. Beep, beep...” (en Cabrera, 1998: 105).

Es el investigador con sus etiquetas quien fragmenta las dimensiones del ser a partir de un recorte temporal y espacial al cual denomina como “identidad”. Los enfoques sobre la exclusión reprodujeron lo más tiránico de una ética del empleo que reduce a los individuos a una simple fuerza de trabajo, como si no fuese posible ser persona sin un empleo, como si no hubiese existencia social más allá del grado de inserción en la cadena productiva.

## ***2. Distintas formas de conectarse con la dimensión laboral***

Nels Anderson (1923) inició una costumbre que fue respetada por la mayoría de los estudios sobre el sinhogarismo: tomar al trabajo como una de las variables principales a la hora de clasificar los diferentes grupos de *homeless*. Lo que no todas las investigaciones percibieron con claridad es por qué tantas personas se han distanciado del mercado de empleo, y menos aún las redefiniciones del trabajo a partir de las prácticas que apuntan a la subsistencia cotidiana. En este apartado se pretende subsanar tales lagunas teóricas. La ruptura con el mundo laboral no siempre es tan radical como suele creerse. Por el contrario, el espectro de posibilidades es más amplio de lo que uno podría imaginar en un primer momento: “Hay PSH que quieren trabajar y lo hacen, otras que quieren trabajar y no lo hacen. Muchos no pueden trabajar, algunos que no deberían hacerlo y otros que se niegan a trabajar. Algunos trabajan regularmente, otros intermitentemente; muchos trabajan media jornada, otros el día entero; e incluso algunos trabajan en dos empleos” (Liebow, 1993: 52).

### ***2.1. Las personas sin hogar que buscan empleo***

El 75,7% de las PSH son parados. Entre estas personas, nada menos que un 49,6% se encuentra buscando trabajo (INE, 2005). Por lo general, quienes más esfuerzos dedican a conseguir un puesto en el mercado formal de trabajo son quienes llevan menos tiempo en la calle. Muchos de ellos aún no han vivido una serie de frustraciones asociadas con las diversas formas en que se expresa la explotación laboral, por lo cual todavía no perdieron su fe en el trabajo como principal forma de subsistencia (Snow y Anderson, 1993). El siguiente cuaderno de campo demuestra que el empleo es una obsesión para más de un *homeless*.

*José me pregunta de qué trabajo, a lo que le respondo que actualmente estoy desempleado y sólo me dedico a estudiar. Entonces, Mariano me ofrece acompañarlo a Pamplona para trabajar en las Ferias que se organizan en torno a los San Fermín. Pero es José quien me sorprende, diciéndome que no me preocupe, que él me conseguirá un empleo. La gente que está en la calle debe elegir muy bien que objetos acarrear, pues transportar cosas inútiles coarta las posibilidades de subsistencia. Las cosas que cada persona conserva*

*dicen mucho sobre el individuo. José me deja estupefacto al enseñarme lo que lleva en una de sus dos mochilas: está repleta de recortes de periódicos en donde se ofrecen empleos. José está trabajando en la construcción, un sector donde la precariedad laboral es muy alta. Este hombre me explica que luego de dos meses suele quedarse nuevamente sin trabajo, que ya está acostumbrándose a alternar tiempos de empleo con temporadas de desempleo. Me cuenta que se tomó la costumbre de juntar recortes de ofertas laborales, pues de tal manera se asegura que al poco tiempo de perder un empleo conseguirá otro. La sensación que tengo es que dicha mochila condensa la precariedad laboral e inseguridad psicológica de este hombre (4 de Julio de 2005).*

Las dificultades para obtener empleo son abrumadoras y residen en diversos factores. A las bajas cualificaciones hay que añadir las dificultades inherentes a la condición de sinhogar – aspecto que será profundizado en el siguiente punto. Vivir en la calle genera un estigma tan fuerte, que la persona se ve forzada a recurrir a todas las artimañas posibles para ocultar su situación al posible empleador. Claro que dichos esfuerzos no siempre llegan a buen puerto: uno de los límites más difíciles de superar pasa por el domicilio que el empleador solicita como contacto. Proporcionar la dirección de un Centro de Acogida equivale a quedar automáticamente descartado. Pero los obstáculos también residen en otros datos imposibles de aportar para una PSH: las referencias laborales –muchos de los empleos anteriores fueron en negro-, a veces los antecedentes penales, un currículum, etc. A ello sumemos que, viviendo en la calle, muchos han sido víctimas de robos, por lo cual no disponen de su documentación personal.

Requena Santos sostiene que, en España, la principal modalidad de obtención de un empleo pasa por la información y los contactos que circulan y se establecen entre las redes familiares y de amistad, las cuales consisten en “usar con fines económicos a grupos o instituciones sociales cuya finalidad habitual es de carácter extraeconómico” (1991: 100). La familia y los amigos son en sí mismo un recurso, constituyen un capital relacional fundamental en la biografía laboral de las personas. El problema que poseen los *homeless* consiste, en primer lugar, en que su situación de calle ha supuesto el quiebre de muchos de tales vínculos. El segundo límite, y como ocurre en general a los sectores populares, consiste en que la familia y los amigos suelen tener una posición social parecida. ¿Qué ayuda puede proporcionarnos un pariente que también está en el paro? Incluso si estos parientes logran colocar en algún puesto a la PSH, será en los trabajos precarios reservados a estas franjas poblacionales. A la hora de conseguir un buen empleo, no es tan importante cuánta gente se conoce sino la clase de gente que se conoce (Ibídem).

Es así que la principal modalidad de obtención de un empleo consiste en el propio esfuerzo, lo cual grafica la falsedad de los discursos que explican al sinhogarismo como producto de la holgazanería. En el estudio de Cabrera (1998) consta que el 45,7% obtuvieron su último empleo por sus propios medios; la red de amigos supuso un 24%, mientras que la familiar un 15%<sup>58</sup>. Pero el dato más significativo es el siguiente: menos del 3% de las PSH consiguieron un trabajo gracias al INEM, a pesar de que el 80% de los que dicen estar en paro están inscritos en tal agencia de empleo (Ibídem). Esta situación muestra el fracaso de las instituciones diseñadas para promover la reincorporación en el mercado de empleo. Especialmente grave es la falta de eficacia en los talleres de reinserción laboral. Tan sólo un 8% de los *homeless* obtuvieron un puesto mediante la ayuda de alguna de estas instituciones, pese a que el 21% de los usuarios de los recursos sociales para PSH realizaron cursos de formación el año en el que el INE realizó su encuesta (INE, 2005).

Respecto de estos talleres, los *homeless* suelen criticar que todos los esfuerzos se centran en adaptar a las personas a unos empleos que solicitan trabajadores con ciertas cualificaciones, para devolver como contrapartida diversas formas de explotación, precariedad e inestabilidad. Se sostiene la necesidad de recuperar un proyecto de vida que fomente la agencia de la persona, para luego proponer como meta llegar a ser, en el mejor de los casos, “el empleado del mes de McDonalds”. Se ignora cómo está funcionando el mercado de trabajo con determinados segmentos poblacionales, la degradación inherente a los sitios a los que se pretende “reinsertar” a la PSH, se silencia el hecho que con dichos puestos esta gente nunca resolverá su problema de pobreza (Kennedy y Fitzpatrick, 2001; Autès, 2004; etc.). Además, los talleres laborales parecen operar con la lógica subyacente que sostiene que estamos frente a inútiles que es preciso socializar. En los relatos de las PSH se destaca la humillación que experimentaron, como si fuesen menores a tutelar. En estos talleres se parte del aspecto negativo de las personas, de todo aquello que no saben hacer. Probablemente, tendrían mayor éxito si indagasen qué es lo que la persona sabe y le gusta hacer. Fomentando la parte creativa del ser, se reforzaría la autoestima, un aspecto siempre remarcado por los trabajadores, psicólogos y educadores sociales a la hora de hablar sobre el sinhogarismo. Agustín es un ejemplo al respecto. Este hombre pasó casi cinco años en la calle, por lo que me costaba imaginar un desenlace positivo en su vida. Agustín es un enamorado de los animales; durante estos años en la vía pública, tuvo

---

<sup>58</sup> Comparemos estas cifras con las modalidades de obtención de trabajo asalariado en la Comunidad de Castilla y León. En dicha Comunidad, quienes poseían una experiencia laboral consiguieron su actual puesto en un 4,7% gracias a una oficina de empleo, un 71,6% como consecuencia de sus contactos personales, mientras que el 0,6% lo hizo por intermedio de los anuncios en la prensa (Requena Santos, 1991).

a sus perros como principal compañía. Agustín lleva un año fuera de la calle, como consecuencia de haber conseguido el empleo que siempre soñó: cuidador en un criadero de perros.

## *2.2. Los que están trabajando pese a residir en la calle*

Según cifras oficiales, el 11,8% de las PSH tiene trabajo (INE, 2005). A su vez, con un 19%, el trabajo es la segunda fuente de ingresos de las PSH (Foro Técnico de PSH, 2006). Otro dato señala el valor que estas personas otorgan al trabajo: es el principal medio que imaginan como un posible fin al sinhogarismo. Se trata de un argumento recurrente entre los *homeless*, pero que lamentablemente no siempre se verifica en la realidad diaria. Efectivamente, la mayoría de las PSH que conocí y que lograron superar la situación de calle, lo hicieron a través de un trabajo. Pero al adoptar un enfoque diacrónico, lo que se observa es que estas salidas suelen ser temporales antes que permanentes. Luego de un tiempo, es frecuente presenciar el retorno a la plaza de quien se había marchado saboreando la gloria de un empleo. Con las PSH ocurre lo mismo que observa Martínez Veiga (2004) en muchos inmigrantes sin papeles: tanto el empleo como el desempleo duran poco; la inestabilidad laboral, sumada a la insuficiencia de los sistemas estatales de ayuda, conducen a frecuentes recaídas en la pobreza absoluta.

La reincidencia en el sinhogarismo guarda relación con las características de los empleos que consiguen. En primer lugar, suelen ser trabajos en negro, por lo cual esta gente no posee ningún derecho ni protección frente a las arbitrariedades de los empleadores. Además, la temporalidad es lo que abunda, y ello supone continuar con la máxima de “pan para hoy y hambre para mañana”<sup>59</sup>. El tercer punto a tener presente es que estas franjas poblacionales perciben salarios muy bajos. En definitiva, “el carácter mismo de la relación salarial cambió en las dos últimas décadas de una manera tal que ya no otorga una protección a toda prueba contra la amenaza de pobreza” (Wacquant, 2001: 174).

---

<sup>59</sup> De las PSH que actualmente está trabajando, el 68% lleva menos de seis meses en el puesto y entre ellos la mitad no llega al mes (INE, 2005), lo cual indica una relación directa entre sinhogarismo y empleos temporales y precarios. Von Mahs (2005) ha realizado un estudio comparativo sobre mercados de trabajo y sinhogarismo en Berlín y Los Ángeles. La mayor tasa de desempleo y rigidez en el mercado de empleo afecta más a Berlín, generando un porcentaje de *homeless* más estable -una dificultad superior para escapar de la situación de calle. En Los Ángeles se observa una mayor rotación en el empleo, por lo cual las PSH consiguen más fácilmente trabajo. No obstante, ello no significa que ganen un mejor salario. Estos trabajos no les permiten escapar de la pobreza, lo cual genera un patrón de sinhogarismo cíclico más significativo respecto de Berlín.

La variable laboral se conjuga con la lógica puramente mercantil con la que opera el mercado inmobiliario. Es así como en la zona de los Jardines Reales me encontré con grupos de europeos del este que trabajaban en la construcción y que, luego de acumular un par de meses el dinero suficiente para ingresar de forma conjunta en un piso, lograban abandonar la calle<sup>60</sup>. También ocurre que muchas PSH dedican sus ganancias a pagar una habitación en alguna pensión hasta que el ingreso se evaporaba. Es por ello que, especialmente durante la época invernal, en las noches de los últimos días del mes la presencia de *homeless* se multiplica respecto de los comienzos del mes. En resumen, las PSH conciben al trabajo como la vía de escape del sinhogarismo pero, paradójicamente, estas ilusiones suelen durar hasta el momento en que encuentran un empleo (Liebow, 1993).

*P: ¿Y ahora, hace mucho que no trabajas?*

*R: No yo llevo parado dos meses, poco, siempre sale algo. Si sólo salen reformas, pues hago reformas. Si entro en una empresa, pues ahí me quedo. Pero si estás en la calle no lo puedes compaginar, vas a trabajar con el cuerpo reventado de no dormir establemente, bien. Acabas reventado, te pones a trabajar, luego terminas en la calle, estas todo el día por ahí estando en la calle, entonces después no puedes compaginar con el trabajo. Pero es como va el tema.*

*P: ¿Y como hiciste para trabajar en los otros periodos viviendo en la calle?*

*R: Estaba en los albergues, estaba en los albergues, allí me buscaba un empleo. Una vez estuve trabajando y me pagaron... quedaban quince días para que acabara el mes, y me echaron cuando hice el mes. Me pagaron, pero me alcanzaba solo para un hostel, entonces ¿qué comía? Entonces volví a terminar como estaba, en la calle sin trabajo y sin nada, porque no comía entonces no podía aguantar. Ya me cansé de estar así, ya llevo unos meses en que no busco nada de trabajo (Entrevista a Diego, 21 Diciembre 2005).*

Si el trabajo no siempre garantiza una salida del sinhogarismo también es porque, para la mayoría de las PSH, mantener un empleo es aún más complicado que conseguirlo. Al respecto, el obstáculo más difícil de sortear radica en las condiciones del espacio de exclusión donde esta gente reside. Los estándares de apariencia generan una brecha entre las expectativas del empleador y la realidad de la calle. Incluso en los empleos menos cualificados se exige una apariencia decente. Mantener una higiene personal no es tarea sencilla para quien vive en la calle. Hay que tener una gran disciplina, capacidad de organización y esforzarse mucho para cumplir con dichos requisitos (Liebow, 1993; Snow y Anderson, 1993). ¿Dónde asearse cotidianamente en función de los horarios laborales?, ¿dónde lavar, secar y planchar la indumentaria como para garantizar una buena presencia?

---

<sup>60</sup> Una de las formas en que se combinan los problemas de mercado de empleo, de la vivienda y el sinhogarismo, se da entre quienes se ganaban la vida mediante el trabajo doméstico. En una sociedad como la española, esta situación afecta mayoritariamente a las mujeres inmigrantes y sin papeles. Es el caso de Cristina, a quien conocí durmiendo en los Jardines Reales, para quien perder el empleo fue sinónimo de quedarse sin el sitio donde vivía.



*Sentados a metros de la fila del comedor Ave María, Lucrecia me señala un tipo. Me cuenta que es un sevillano de 40 años que conoció hace dos años en las filas de este mismo comedor. “Cuando llegó era un hombre apuesto, con ganas de trabajar. Pero con el paso del tiempo y las constantes puertas que se le fueron cerrando, el hombre terminó mendigando en una iglesia, absolutamente andrajoso y con un problema de alcohol tremendo”. Lucrecia pone un ejemplo de los rechazos a los que se refiere. Recuerda cuando el sevillano tuvo una entrevista laboral, que se acercó a un ropero a pedir indumentaria pertinente, para tan sólo conseguir un abrigo remendado varias tallas más grandes que la suya. Lucrecia opina que en el ropero le estaban indicando cuál sería, a partir de entonces, el tipo de trabajo para él destinado: la mendicidad (22 de Octubre de 2004)<sup>61</sup>.*

También debemos tener presente el enorme esfuerzo físico que supone trabajar sin descansar y alimentarse satisfactoriamente. Por lo general, es su fuerza corporal lo que estas personas tienen para ofrecer en el mercado de empleo. Siempre admiré la tenacidad de personas como José, despertándose al alba cada mañana, cargando bolsas el día entero, para luego recostarse a las doce de la noche entre las ramas de un arbusto de los Jardines Reales. Otro de los obstáculos más difíciles de sobrellevar reside en la falta de una reserva económica con la cual afrontar las primeras semanas de empleo hasta cobrar un sueldo<sup>62</sup>. Más de una PSH me comentó haber trabajado todo el día sin haber ingerido alimento, pues el horario laboral no coincide con el de los comedores sociales –la naturaleza burocrática de los servicios sociales impide conciliar el trabajo con las facilidades que dichos recursos deberían proporcionarles. En más de una ocasión comprobé cómo las dificultades monetarias se traducían en cuestiones tan básicas como costear una llamada por teléfono a quien ofrece un puesto, pagar el traslado hacia el sitio de trabajo, acceder a un periódico para leer el rubro “clasificados”, etc. Al no aguantar económicamente hasta el primer pago, el empleo regular se convierte en temporal y cíclico: el *homeless* no logra afrontar tantas dificultades, trabaja unos días y al poco tiempo renuncia para volver a caer en el círculo de la calle y de los servicios sociales. Lo que verifica el esfuerzo en vano de estos trabajadores frustrados, es la imposibilidad de mantener una rutina laboral sin una vivienda donde descansar. Lo realmente sorprendente no es que muchas PSH no trabajen, sino que tantas lo hagan teniendo en cuenta las pésimas condiciones que se les presentan (Newman, 1999).

---

<sup>61</sup> Es sencillo conseguir vestimenta en los roperos, las dificultades son de otro tipo. Es una práctica habitual utilizar una camisa o un pantalón durante cinco o seis días, pedir ropa nueva y tirar a la basura la anterior indumentaria mientras se asiste ese mismo día a un baño público. Esta situación se explica como la táctica más adecuada cuando no se cuenta con los tres euros mínimos que supondría lavar las propias prendas –además, en caso de lavarla, ¿dónde secarla?

<sup>62</sup> Respecto de los gastos de las PSH, el rubro más importante es el de la comida, el cual representa el 58,1% de sus ingresos –demostrando la insuficiencia de los comedores sociales existentes–; en transportes se les va el 22,6% de su dinero –¿no sería conveniente una política de subvención a los traslados de estas poblaciones?–; la bebida ocupa el tercer puesto, con un 16%; en alojamiento gastan un 15% de sus ingresos –un dato que apunta a quienes duermen parte del mes en pensiones (INE, 2005). En resumen, el dinero se les va en las cuestiones más básicas que apuntan a la reproducción cotidiana.

*Incluyendo a Agustín en su relato, Pilar me cuenta que hace unas semanas que están nuevamente en la calle. Asocia esta situación con los problemas en el trabajo: “podemos conseguir, sobre todo él como seguridad. Pero con esa paga no podemos entrar en un piso, no al menos por ahora”. Pilar dice que fueron a diferentes organizaciones y nadie los ayudó, que lo único que necesitan son unos 300 euros para pagar una habitación. Entonces ya podrían buscar un empleo. “En la calle no puedes buscar trabajo, porque no estás aseado correctamente, porque tienes que pasarte el día pensando como comer”. Según Pilar, el problema principal es el primer mes. El próximo mes ambos cobrarán la Renta Mínima, y entonces podrán pagar una pensión y reanudar la búsqueda de empleo” (12 de Diciembre de 2005).*

### **2.3. Los que desistieron del mercado formal de trabajo**

En la encuesta del INE (2005), un 12,5% de las PSH figuran en la categoría de inactivos. Allí se incluyen las personas que han desistido de las formas tradicionales de empleo. ¿Por qué muchas PSH adoptan tal actitud? Las discapacidades físicas o mentales constituyen una primera respuesta. Existe una fuerte discusión sobre los porcentajes asociados con los problemas de salud mental entre los *homeless*; las cifras oscilan entre un 20 y un 50% (Glasser y Bridgman, 1999). Estas estadísticas deberían hacernos comprender que los porcentajes de desempleo no reflejan la vagancia de esta población. Además, es frecuente que las discapacidades físicas sean el resultado de un accidente ocurrido durante el trabajo, lo cual guarda relación con el escalofriante nivel de siniestralidad laboral que aqueja a la sociedad española, y muestra que no siempre es cierto aquel proverbio que sostiene que “el trabajo es salud”<sup>63</sup>. La preocupación por la propia salud es un factor que lleva a más de un *homeless* a ser precavido frente a los empleos para ellos disponibles (Liebow, 1993; Snow y Anderson, 1993). Al desempeñarse en trabajos sin contrato, ningún tipo de seguro cubre a quien se lesiona. Además, una discapacidad es un elemento mucho más limitante para quien duerme en las calles que para cualquier otro ciudadano, por lo cual el temor a un accidente laboral se ve plenamente justificado.

Pero existen otros motivos que llevan a abandonar la búsqueda de un empleo formal. En el caso de los inmigrantes su cansancio se ve determinado por los rechazos que conlleva su situación legal. Entre quienes residen en la plaza Isabel II, a la edad debe añadirse la estancia prolongada

---

<sup>63</sup> En España, la media de muertos en accidentes laborales entre 1992 y 2002 fue de tres personas cada día. Si agregásemos las muertes por accidentes “in itinere” y de los trabajadores autónomos, la tasa aumentaría a cinco personas. A ello habría que sumar las diversas enfermedades profesionales y los accidentes no mortales pero que dejan secuelas de por vida. En todo caso, el índice de mortalidad laboral es dos veces superior al de la Unión Europea. La mayor parte de los accidentes los sufren quienes se emplean en subcontratas -el 80% del personal de la construcción está subcontratado. En el año 2000, se estima que hubo 159 accidentes por cada 1000 trabajadores con contrato temporal, mientras que la cifra desciende a 38 entre quienes tienen un contrato indefinido (Díaz-Salazar, 2003). Todos estos datos indican que el nicho laboral de las PSH es el que se ve más afectado por la siniestralidad laboral.

en la calle. Como veremos luego, la experiencia en la calle implica que esta gente sabe cómo subsistir sin verse forzada a recurrir al mercado formal de empleo. Por otra parte, en Ópera, más de una persona consiguió y perdió reiteradamente su trabajo como consecuencia de sus problemas con la bebida. Así, cuando la estadía en la calle se prolonga, es frecuente que el sujeto sienta una enorme dificultad por adaptarse a las múltiples formas de disciplina implícitas en el trabajo –horarios, ritmo de trabajo, acatar las órdenes de los superiores, etc.<sup>64</sup>

Otro de los elementos más invocados a la hora de justificar su negativa a buscar empleo consiste en la experiencia de competencia y explotación laboral. A veces se llega incluso a valorizar la actual identidad en contraposición al pasado laboral y a otros pobres ordinarios que aceptan ser explotados en el marco del trabajo (Girola, 2005). A lo largo de estos años, se hartaron de buscar empleo y no encontrarlo, o incluso se asquearon de encontrar el tipo de trabajos que para ellos están reservados. ¿Es tan incoherente la respuesta de quien señala que prefiere buscarse la vida por otros medios, en vez de pasar el día entero en un empleo que lo desagrada y en el que recibe un sueldo que no le alcanza para vivir? No todos los trabajos dignifican, ese mito parece haber sido erradicado en la mente de muchos sujetos<sup>65</sup>. En tal sentido, la competencia que representan los inmigrantes es un factor muy invocado. En España, es común escuchar que la llegada masiva de inmigrantes en tan corto tiempo está perjudicando a la sociedad en general, y a las condiciones de empleo en particular. Estos relatos suelen ser juicios de valor temerarios que no se sostienen en la realidad. No obstante, dichas afirmaciones son válidas para un segmento poblacional específico: el de los trabajadores no cualificados, el espacio social de donde provienen la mayoría de los *homeless*. Debido a la insuficiencia de servicios sociales, en los comedores o Centros de Acogida se ve cada vez más extranjeros. Pero la competencia también se materializa en los puestos de trabajo disponibles para quienes no poseen cualificaciones. Frente a dicho contexto, el español sin hogar se ve constreñido a optar por aceptar un trabajo con unas condiciones lamentables, o seguir en la calle desempleado.

*Alfredo me explica que la empresa en la que trabajaba desapareció dejando a 18 obreros en la calle. Todos pensaban que les estaban haciendo los aportes, pero entonces se enteraron que habían estado trabajando en negro. “No había nada que reclamar, no había*

---

<sup>64</sup> El 24% de las PSH lleva más de cinco años sin trabajar. El promedio de tiempo desempleados es de 26 meses, pero el mayor problema no reside tanto en que “el último período de paro sea muy extenso, sino en el hecho de que las fases de ocupación que le han precedido han sido muy breves y en empleos irregulares y mal remunerados, con lo cual no han podido generar los suficientes recursos como para resistir a una nueva etapa de inactividad” (Cabrera, 1998: 330).

<sup>65</sup> Desde la antigua ética del trabajo, todo empleo era digno; el mensaje implícito era la igualdad moral en la estratificación social. Pero, desde la estética del consumo, ya no hay mensaje de igualdad sino de diferencias: ciertas profesiones son vistas como “fascinantes”, otras como denigrantes. Hoy en día, la coerción en el trabajo se muestra sin maquillajes (Bauman, 2003).

*forma de encontrarlos”. Le pregunto entonces si no ha buscado trabajo en estos meses. Responde que hace unas semanas fue a una empresa. Le dijeron que efectivamente necesitaban oficiales de primera -su puesto de trabajo. Pero al mismo tiempo le señalaron una enorme fila de personas que estaban esperando ser tomadas para el mismo puesto: “polacos, rumanos, subsaharianos... ¡había como 20! Trabajan por 600 euros, a lo mejor hasta por 300, ¡fíjate lo que te digo! Para eso prefiero estar aquí, en la puta calle. A mi no me explota nadie”. Insiste en que tiene su dignidad, que es bueno en su trabajo y lo que hace no vale menos de 1200 euros -lo que ganaba anteriormente (23 de Enero de 2006).*

A pesar del desempleo, el trabajo es un valor tan importante que estructura muchas conversaciones de los integrantes de Ópera. El recuerdo del pasado laboral, del estatus o de la disponibilidad financiera, es evocado como motivo de orgullo (Snow y Anderson, 1993). Es común escuchar relatos donde el individuo exagera cuánto dinero ganaba, la cantidad de personas que tenía bajo su responsabilidad, el cargo que llegó a ocupar, etc. A veces, esos mismos discursos conllevan el dolor de “haber sido alguien en el pasado”, en claro contraste con ser un “don nadie” en el presente. La ética del trabajo continúa vigente, despreciando la holgazanería y constituyéndose como una fuente de dolores para quien se encuentra en la calle desempleado. Al respecto, cabe mencionar una de los lemas más citados en Ópera: “pico y pala”. A través de dicha expresión se pretende remarcar el esfuerzo personal, ligar la propia dignidad con el ganarse la vida sin depender de la caridad ajena. Un último ejemplo sobre el estigma asociado con la pereza puede observarse en el siguiente cuaderno de campo.

*Al ver a varios de los miembros de Ópera durmiendo la siesta en los bancos de la plaza, el Duque me dice que él no puede tirarse así, “es que sencillamente no puedo”. Argumenta que se trata de una cuestión de moral, de decencia, de dignidad. Le parece un espectáculo lamentable el que dan al resto de la gente. “Lionel, el Sebastián.... Buah, ese si el día tiene 24 horas, puede estar 28 durmiendo. Todos se la pasan así, tan tranquilos. Y a ese ya se le está pegando la costumbre” -lo dice señalando al recién llegado. Cuando se sienta en uno de los bancos, si comienza a sentir sueño no se permite quedarse dormido, sino que se va a dar una vuelta. Reconoce que le da vergüenza que lo vean durmiendo en la plaza (...) Asocia dormir la siesta con la vagancia, con el no tener un tiempo productivo, con todo lo negativo que condensa el estereotipo de la persona desempleada y encima sin hogar. Cuando le digo que yo nunca fui de dormir siesta, me responde: “si tú que tienes tu propio hogar no lo haces, imagínate yo estando en la calle” (6 de Julio de 2006).*

### **3. Trabajo y reafiliación: economía informal y tácticas de adaptación**

Distanciarse del mercado formal de empleo no es sinónimo de vagancia. Quienes se encuentran en una situación de exclusión deben realizar cotidianamente considerables esfuerzos físicos y mentales; la pasividad implica, nada más ni nada menos, que el riesgo de la desaparición. La habilidad de los *homeless* para conseguir los recursos que les permiten subsistir sugiere una fortaleza que contrasta con las imágenes que los catalogan como unos holgazanes

empedernidos (Cohen *et al.*, 1988; Escudero Carretero, 2003). La subsistencia y adaptación pasa por las diversas formas en que se expresa la economía informal. Se podría hacer una tesis doctoral sobre este tema, por lo cual sólo nos centraremos en la agencia de las PSH a partir de una descripción etnográfica de la economía informal que desarrollan<sup>66</sup>. Debe quedar en claro que estas tareas implican dedicación, tiempo, energía. Se trata de tácticas “de subsistencia compensatorias que se desarrollan en las sombras del trabajo convencional debido a la exclusión de los mercados de trabajo” (Snow y Anderson, 1993: 146).

Las asociaciones entre “los excluidos” y la pasividad remiten a una concepción estrecha del empleo que cierra los ojos ante las formas de trabajo no reconocidas por los niveles normativos. Solemos pensar que el trabajo equivale a un intercambio reglamentado, a un empleo remunerado donde el salario, el tiempo y el lugar se estipulan de antemano a partir de un contrato legal. Desde las críticas de género se ha denunciado que estas definiciones restringidas silencian diversas formas de explotación –el empleo doméstico ha sido el ejemplo más citado al respecto. Cientos de actividades productivas no se ajustan a la acepción ortodoxa de empleo remunerado; así, la economía formal no logra captar la realidad social que cae fuera del sistema de mercado formador de precios (Polanyi, 1976)<sup>67</sup>. Estas actividades surgen como consecuencia de la incapacidad del Estado y del mercado por generar empleo o por incorporar a las mismas en las cadenas de producción legalmente reconocidas –la “incapacidad” también puede ser interpretada como una ambición desmedida por obtener ganancias, ahorrándose el pago de los correspondientes aportes sociales. Las versiones oficiales y acotadas de lo que es un empleo, con su consiguiente persecución, fomentan la marginalidad de quienes recurren a la economía informal como último medio de subsistencia.

Para comprender las particularidades de la vida en la calle es imprescindible analizar las múltiples dificultades que limitan las prácticas de subsistencia y la socialización de las PSH.

---

<sup>66</sup> Una aclaración: la economía informal no siempre es consecuencia de un proceso de desafiliación del mercado formal de trabajo. Para más de un integrante de Ópera, representa una manera tradicional de ganarse la vida que no se distingue tan claramente de lo que comúnmente denominamos como un “empleo normal”.

<sup>67</sup> La economía informal se manifiesta tanto en los países más desarrollados como en las naciones más pobres. Posee una lógica de acumulación similar a la economía formal; las diferencias entre una y otra residen en las distintas maneras en que se articulan el trabajo, el capital, y el Estado. Por consiguiente, no existe una dualidad neta que delimite el sector formal del informal, sino una serie de interacciones complejas entre el Estado y la economía. El Estado protege y regula al sector formal, mientras que con la economía informal su relación es más ambigua: a veces la persigue, en otras ocasiones opta por aliviar las tensiones sociales mirando hacia otro lado. Debido a que es la intervención estatal la que define una y otra forma de economía, las características del sector informal varían de acuerdo a los contextos históricos (para una revisión del concepto de economía informal consultar en Portes, 1995; Castells y Portes, 1990; Martínez Veiga, 1989; etc.).

Estas constricciones son de índole organizativo, político, moral o espacial; también deben ser entendidas como dinámicas, pues cambian según las coyunturas históricas y políticas (Snow y Mulcahy, 2001). En el capítulo 4 se destaca uno de los obstáculos fundamentales: la evolución de las formas en que definimos al espacio público -el lugar donde esta gente se ve constreñida a residir. La vía pública se constituye como un recurso para los *homeless*, pues es allí donde desarrollan las diversas formas de economía informal (Hopper, 1991a). Pero, al ser un sitio abierto, todo cambia permanentemente, sin que las PSH tengan mayores posibilidades de controlar tales fluidos. Las prácticas se encuentran condicionadas por las pautas que rigen al espacio público. Sólo por mencionar un ejemplo: el horario en que se despiertan las PSH suele coincidir con la apertura de los comercios en cuyos soportales pernoctan. Así, las tácticas que estas personas adoptan se caracterizan por lo efímero, por depender de factores externos. Varían en función del clima, las épocas y estaciones del año. Otro ejemplo: la lluvia suele ser señalada como el peor enemigo de los *homeless*, pues conlleva la necesidad de encontrar un sitio y ropa seca, obstaculiza la mendicidad, los cartones que utilizan para dormir resultan inservibles, etc.

*Encuentro a Sergio y a Alejandro protegiéndose de la lluvia bajo el soportal de uno de los edificios que da a los Jardines Reales. Tienen sus bolsas acumuladas en el escalón más próximo a la puerta. La lluvia llega a mojar los otros dos escalones. Varios gorriones se posan a centímetros de nuestros pies. Es extraño ver a los animales acercarse tanto a la gente; la sensación es que todos pertenecen a la calle, por lo que deben compartir el poco espacio seco disponible (...) Al ver un gorrion con las plumas erizadas, Sergio dice: “¿Qué, te has olvidado la chaqueta en casa? ¡Que vas a coger frío y así es como te enfermas! Anda que pudiendo estar sentado calentito en tu sofá, ¿qué vienes a hacer aquí?”. Cuando estos hombres mueven sus bolsas los pájaros se acercan más aún, esperando recibir algo de pan. Sergio continúa: “¡eh, que no tenemos nada!, ¡ni pan tenemos! ¡Id a las Calcutas a hacer la fila como todo el mundo!” –se refiere al comedor social. Alejandro me explica que duerme en un sitio privilegiado entre los arbustos de la Plaza de Oriente, que sabe exactamente dónde están los orificios de las mangueras del parque, y que ha elegido un sitio que escapa del goteo. No obstante, “cuatro días de lluvia es demasiado, eso por más que pongas un forro de plástico... no hay con qué darle” (19 de Octubre de 2006).*

En definitiva, las prácticas de los *homeless* suelen ser respuestas adaptativas frente a los innumerables constreñimientos que impone la condición en la que se encuentran. En esta tesis se plantea que dichas actividades no pueden ser catalogadas como estrategias, sino como tácticas de subsistencia y adaptación. Siguiendo a De Certeau (1996), las estrategias son definidas como el conjunto de decisiones y prácticas llevadas a cabo por los grupos sociales poderosos, suponen la capacidad de proyectar la propia agencia a futuro, trazar y tener los medios para seguir un plan. En contraposición, las tácticas implican una respuesta más

inmediata, una serie de decisiones adoptadas por los grupos sociales menos poderosos de acuerdo a la coyuntura que les toca vivir. La táctica suele ir acompañada de la contingencia, implica amoldarse a lo imprevisto. De hecho, la economía informal se caracteriza por su naturaleza oportunista e innovadora, supone saber reconocer y explotar cualquier recurso disponible. Así, las tácticas representan el mecanismo típico de los más débiles por obtener alguna ventaja en una situación desfavorable. Si el sujeto no tiene la capacidad de crear las reglas, por lo menos se las arreglará para, a través de su ingenio, manipularlas en su propio beneficio.

Es en este punto donde encontramos una mayor coincidencia con los escritos de Bahr (1973) sobre el *sinhogarismo*. Para este sociólogo, la desafiliación de las PSH guarda una estrecha relación con la ausencia de poder, al cual define como la habilidad por controlar los procesos de decisiones y de influir en el pensamiento y comportamiento de los demás, la capacidad de ejercer cierto control sobre el ambiente físico y social sin quedar a merced de otras personas y fuerzas externas. La falta de poder de estas personas se refleja en que, a pesar de sus esfuerzos y astucia, no logran cubrir muchas de sus necesidades materiales y emotivas<sup>68</sup>. La noción de táctica tiene la ventaja de entender al sujeto como agente social y, al mismo tiempo, mostrar el contexto de precariedad en el que se desenvuelve.

Por consiguiente, debemos entender a la economía informal como una elección que posee cierta racionalidad al interior de un marco de opciones muy limitado. La economía informal responde a un cálculo donde se combinan variables de muy diverso talante: los ingresos, costos y beneficios -tanto materiales como emocionales-, asociados con las múltiples maneras de ganarse la vida. Al igual que observan Wacquant (1999b) y Wilson (1996) en los guetos norteamericanos, lo más común es que la persona no se incline por una única opción, sino que alterne diferentes tácticas en función de la coyuntura. Así, el trabajo temporal y en negro suele complementarse con alguna modalidad de ayuda social oficial, las chapuzas ocasionales con la mendicidad, etc. Además, la economía informal representa una ventaja básica para la PSH: conseguir dinero en efectivo en el día, en vez de aceptar un pago en diferido. Por si fuera poco, estas tácticas de subsistencia se concilian mejor con la situación de calle, pues no requieren una

---

<sup>68</sup> Bahr entiende a la falta de poder de las PSH como consecuencia directa del déficit en sus afiliaciones. Simultáneamente, la falta de poder refuerza el aislamiento y determina el estigma de los *homeless*. No obstante, este sociólogo adopta una visión acrítica de los procesos macroestructurales que colocan a los sujetos en distintos espacios sociales, no analiza cuáles son las fuentes a partir de las cuales surge y se distribuye el poder. El siguiente dato avala dicha cuestión: el ingreso medio de los *homeless* de España es de 301, 59 euros; el 50% dispone de menos de 300 euros al mes (INE, 2005).

apariciencia prolija, nadie pide referencias laborales, a veces incluso permiten beber mientras se realizan las actividades de subsistencia, etc.<sup>69</sup>

*A un costado del banco donde nos hemos sentado puede verse un cartón de vino, pero también una caja en la que Bruno ha ubicado su producción de ceniceros. Una pareja pasa por delante; Bruno grita “baratos, baratos, los ceniceros que no contaminan”. La pareja pregunta por el precio. Este ofrece dejarles cinco ceniceros a tres euros. La mujer responde que tan sólo quiere uno. Bruno pretende un euro a cambio, pero la mujer encuentra muy caro el precio y pide que se lo deje a sesenta centavos. Bruno no acepta, supongo que más por orgullo que por el dinero en sí mismo. Al ver que la pareja se retira, el homeless les dice: “qué, ¿entonces me quedo sin cenar?” (...) Cuando le pregunto cómo le está yendo con el negocio, me contesta que “es todo ganancia”, que no le sale nada hacerlos, que entre lo que saca de los ceniceros y la pensión le alcanza para financiar “sus vicios”. Incluso plantea que a veces se duerme sobre el césped, dejando todo allí sin mayor preocupación: “autoservicio, si alguien quiere algo que lo coja, si quiere dejar unas monedas que las deje” (29 de Junio de 2004).*

En los alrededores de la plaza Isabel II, las PSH se ganan la vida ayudando a los conductores a aparcar y cuidando de sus coches; a partir de diversos tipos de ayudas a los comercios del barrio –ver capítulo 7–; revendiendo entradas para asistir al Teatro Real, la feria de Toros de las Ventas o a partidos de fútbol; gracias a la “prensa social” –me refiero a periódicos como “La Farola”, los cuales nacen con el objetivo de emplear a *homeless*–; etc. La elección de una u otra forma de “buscarse la vida” o el tiempo de dedicación dependen de diversos factores, entre los que cabe destacar el grado en que tengan cubiertas sus necesidades más básicas. Otras variables a considerar pasan por el género –la prostitución se encuentra más difundida entre las mujeres sin hogar, mientras que tareas como aparcar coches son eminentemente masculinas–, la edad –los más ancianos tienen mayores posibilidades de obtener dinero gracias a la mendicidad–, la cantidad de dinero que se precisa –quienes padecen un problema de toxicomanía suelen dedicar más tiempo para costear su adicción–, o los prejuicios y valores de cada persona –algunos ven

---

<sup>69</sup> El 17,5% de las PSH de España percibe algún tipo de prestación pública. Sólo el 3,8% cobra una Renta Mínima de Inserción (RMI), una cifra bajísima considerando que se trata del tipo de ayudas diseñadas especialmente para las poblaciones más desfavorecidas –esta renta equivale a 326 euros. A su vez, un 5% percibe una pensión no contributiva (Fundación San Martín de Porres, 2007). En Madrid, las RMI figuran como la tercera fuente de ingresos de las PSH, con un 9%. A ello es posible añadir otro tipo de ayudas: un 4% cobra una pensión por vejez, un 2% por desempleo –lo cual indica la precariedad de los empleos que tuvieron–, un 0,7% por discapacidad –otra cifra ridículamente baja, considerando los problemas de salud de la población sinhogar (Foro Técnico de PSH, 2006). Para un análisis exhaustivo de las políticas de RMI en España, ver Arriba de Durana y Serrano (1999; 2001a; 2001b). Por otra parte, una de las ventajas del trabajo en negro pasa por obtener dinero sin perder el ingreso mensual asociado a la RMI –un empleo con contrato es sinónimo de dejar de percibir tal ayuda social. Los trabajos temporales, o perder el empleo a las pocas semanas, equivalen a una doble tragedia: la de verse nuevamente desempleado pero además sin la RMI. Si bien esta ayuda gubernamental es muy baja y no permite escapar de la situación de calle, es valorada por más de una PSH como la única forma de obtener un ingreso estable –sin depender de las oscilaciones del mercado formal o informal de trabajo.



como estigmatizante la mendicidad, otros vivir de las ayudas sociales (Escudero Carretero, 2003).

Los contenedores de basura representan un mundo de posibilidades para quien sabe cómo aprovecharlos. El proceso de recuperación supone hurgar entre los materiales descartados, y no cualquiera es capaz de distinguir entre la basura lo que es comestible o reparable para una posterior venta. Los desechos se convierten en sus viviendas nocturnas –me refiero a las cajas de cartones donde pernoctan-, en su alimentación, su indumentaria, etc. Subsistir gracias a lo que la sociedad califica como “inmundicia” tiene sus consecuencias, “buscar en la basura refleja la ubicación de las PSH en la parte más baja del orden social” (Snow y Anderson, 1993: 162). A partir de los conceptos de “contaminación” de Douglas (1977) o de “estigma” de Goffman (2001), es posible comprender la exclusión de los recolectores de desechos en función de una distancia simbólica que los aleja del conjunto social, la cual sería consecuencia de relacionarse con espacios y objetos “inapropiados”: el contacto con los desperdicios, en tanto elemento que sintetiza aquello que es rechazado por una sociedad de consumo, los convierte en virtuales intocables<sup>70</sup>. Es así que más de un *homeless* ve como algo vergonzoso revolver en la basura, y sólo se dedica a ello como última elección. Las PSH con problemas de salud mental, aunque no solamente ellos, suelen alimentarse de lo que encuentran en los cubos de basura (Cohen *et al.*, 1988). Pero lo más común es recuperar objetos para su posterior venta. Lo que obtienen suelen ser cosas de poco valor, objetos en mal estado. El precio de venta es siempre bajo, no solo por la mala calidad del producto, sino también porque los compradores suelen ser gente que tampoco dispone de dinero. Esta situación se verifica en los alrededores del Mercado del Rastro madrileño, o en la glorieta de Atocha.

*Quienes se ubican en la calle Embajadores exponen sus mercancías en mantas desplegadas en el piso. Los objetos son insólitos: camisas usadas -que se venden a un euro-, una pava que debe tener varias décadas de uso, la cabeza de un muñeco que en algún momento fue decapitado, algún soldadito de plástico, un cargador para móvil, etc. La mayoría de estas cosas han sido recogidas de la basura. El movimiento está constantemente marcado por la presencia/ausencia policial: al grito de “agua”, “los manteros” recogen rápidamente sus cosas y se marchan esperando la oportunidad de instalar nuevamente sus productos. La mayoría de los compradores son gente de escasos recursos sin la posibilidad de consumir rigiéndose por los precios que ofrecen los comercios (...) Es notable como la gente permanece junta en todo momento, como si los compradores y vendedores se conociesen y coincidiesen en su voluntad de continuar con el*

---

<sup>70</sup> La interpretación de qué es y qué no es basura refleja valores y formas de organización cultural (Douglas, 1977). “Lo sucio” es el resultado de una clasificación moral y sistemática de la realidad a partir de la cual el orden y la limpieza son valorados positivamente. Estos sistemas culturales prefijan localizaciones espaciales concretas a partir de las cuales las prácticas y los elementos son tildados como correctos o no.

*mercado en donde fuese y más allá de la presencia policial. Pienso que con tal forma de control lo único que consigue la policía es arruinar un mercado que beneficia a indigentes: ya fuese en cuanto a los vendedores –PSH e inmigrantes-, o a los compradores - pensionados e inmigrantes. Lo que se vende, así como el perfil del comprador, no representan ningún tipo de competencia para los comercios de la zona (12 de Enero de 2005).*

La basura provee las latas de gaseosas con las que los *homeless* hacen los clásicos ceniceros que se venden en las calles de la ciudad. Pero el elemento más buscado son los metales. En esta actividad se mezclan personas que duermen en la vía pública, otros que lo hacen en infraviviendas, gitanos con una mayor infraestructura y capacidad organizativa –disponen de camionetas en las cuales acarrear una mayor cantidad de metales, de dinero para “convencer” a los encargados de las obras que les reserven “los mejores desperdicios”-, etc. Es común que las PSH realicen rutas más o menos fijas, en función de cómo evoluciona la construcción en la ciudad –los contenedores de las obras representan el mayor potencial-, la localización de los comercios que les compren los metales rescatados, etc. En las ocasiones que encuentran algún electrodoméstico y logran repararlo, posteriormente lo venden en casas dedicadas a la compra y venta de bienes usados.

La mendicidad representa el 27% de los ingresos de las PSH, lo cual la constituye en la primer fuente de ganancia (Foro Técnico de PSH, 2006)<sup>71</sup>. Esto no quiere decir que todos los *homeless* se dediquen a pedir, ni que quienes mendigan indefectiblemente duerman en la vía pública. De hecho, muchas PSH consideran que “pedir limosna” es algo denigrante, por lo cual preservan su autoestima ganándose la vida de otras formas. A lo largo de estos tres años detecté la falsedad en más de una PSH que negaba ejercer la mendicidad, lo cual tiene que entenderse como una consecuencia del estigma que dicha actividad acarrea. Es importante destacar que estas formas de buscarse la vida en la calle son “de cara al público”, por lo cual es muy importante la imagen que se transmita. Las posibilidades de obtener dinero aumentan para las mujeres, o para quienes piden con una mascota (Ecudero Carretero, 2003). El tiempo de dedicación, la suerte, el lugar donde se desarrolla la actividad, los días de la semana, los horarios, y las épocas del año son factores claves. Los gestos de buena voluntad hacia las PSH y los tipos de atención que reciben no son constantes en el tiempo, sino que siguen un ciclo

---

<sup>71</sup> Kennedy y Fitzpatrick (2001) demuestran que, entre las personas que ejercen la mendicidad en Edimburgo, más de la mitad duermen en la calle. Si ampliamos la definición de *sinhogarismo* y tomamos a quienes se albergan en la casa de algún amigo o en Centros de Acogida, las cifras se elevan a un 90%. A su vez, existe un claro desenlace cronológico: en prácticamente todos los casos, la mendicidad fue una respuesta a la situación previa de calle. Para el caso de Madrid, Cabrera y Rubio (2003) calculan que cada día entre 600 y 800 personas se dedican a la mendicidad; una tercera parte dormiría en la vía pública.

anual (Snow y Anderson, 1993). Así, los *homeless* hablan de la “cuesta de enero y de agosto” – el fin de las vacaciones, cuando la gente gastó demasiado dinero- como una época nefasta; los domingos son especialmente buenos para quienes se circunscriben a las iglesias, y con el calendario santoral sucede lo mismo –un ejemplo: el día de “San Egidio” decenas de PSH se disputan la entrada de la iglesia dedicada a tal santo-; las fiestas y especialmente la navidad son una época propicia, pues ablandan hasta a los corazones más duros, etc.

*Cuando le pregunto si está sacando dinero me responde que no, que es una mala época para pedir. Con toda lógica comenta que febrero siempre es un mal mes, que la gente se gastó todo lo que tenía en las fiestas. Además, el frío que estamos padeciendo perjudica la mendicidad. “La gente no quiere detenerse, menos aún sacarse los guantes para buscar una moneda en el bolsillo”. Sólo quieren avanzar velozmente hasta el próximo espacio cerrado y calefaccionado (21 de Febrero de 2002).*

La sensibilidad social se rige por determinadas pautas, y la calle ha convertido a las PSH en maestros en la materia. Es por ello que muchas de sus tácticas consisten en saber explotar las fibras sensibles de los transeúntes. El lamento teatralizado, la performance que ejecutan muchas mujeres procedentes de Europa del este al pedir es un claro ejemplo. Quien posee un muñón lo exhibirá incluso en los meses de mayor frío; escribir en un cartel que se está enfermo y se tiene una familia numerosa es un clásico al que todos asistimos en algún momento. Por lo general, apuntan a temores que la ciudadanía comparte, apelan a una lógica que nos recuerda que “tú puedes encontrarte en este lugar el día de mañana, por lo cual sería conveniente que colaborases”<sup>72</sup>.

*Luego también tienes otra cosa, si la gente te ve muy arreglado en la calle, prácticamente no te va a dar un duro. Es una picaresca que hay. Entonces bueno, que tengas la barba a lo mejor de cuatro o cinco días, los pelos a lo mejor un poco largos, así, la gente también le... le das más pena. Ahora si te vas bien vestido, con buena ropa... sacas el 50% que de la otra manera (Entrevista a Alberto, 3 de Noviembre de 2004).*

Las tácticas de mendicidad conducen a analizar un aspecto recurrente en los procesos de adaptación de las PSH: la necesidad de controlar la propia visibilidad. Por un lado, el poder invisibiliza a las poblaciones que, con su simple presencia, cuestionan la legitimidad del orden social –tema sobre el cual gira el capítulo 4. Pero la invisibilidad de quienes son tildados como

---

<sup>72</sup> Existen otras formas “más recíprocas” de mendicidad. Me refiero a quienes se ganan la vida ofreciendo entretener a los transeúntes con su música, a las “estatuas vivientes”, etc. La performance que desarrollan estas personas en buena medida transforma el encuentro en una situación donde se da un cierto intercambio. Desde el sentido común, puede parecer que la frontera que delimita estas actividades de la mendicidad es muy borrosa. Sin embargo, muchas de estas personas sienten que están realizando un servicio que les permite escapar al estigma asociado con “el mundo de la limosna”.

“excluidos” no remite únicamente a la indiferencia que muestra el conjunto social frente a su condición, sino que también debe entenderse como parte de las tácticas que desarrollan quienes dependen del espacio público para subsistir –al respecto, ver el capítulo 5. La economía informal, al ser condenada por el sistema normativo, supone tácticas que oscilan entre mostrarse u ocultarse según la ocasión. Quien ejerce la mendicidad debe ser capaz de ser percibido y catalogado como “un pobre hombre que merece ayuda”; pero, simultáneamente y debido a la presión policial, también debe saber cuándo y cómo ocultarse entre el gentío. El arte de la autocultación por parte de los grupos estigmatizados guarda relación con el cuidado de la apariencia, supone el autodisciplinamiento como una forma de adaptarse a las normas de comportamiento que rigen el espacio público (Goffman, 2001; Hopper, 1991a). La capacidad de mimetizarse muestra la falacia de los argumentos que tratan a esta gente como seres extraordinarios que habitan en una sociedad paralela.

Por último, es necesario detenerse en una serie de prácticas alegales o ilegales. Snow y Anderson (1993) describen estas praxis como tácticas adaptativas que facilitan la supervivencia en un mundo que ofrece muy pocas posibilidades. Al respecto, es interesante remitirse al concepto de “*hustle*”, el cual refiere a “un campo de actividades que tienen en común requerir la puesta en acción de un tipo particular de capital simbólico, la capacidad de manipular a los otros, de engañarlos si es preciso (...) estas actividades describen un *continuum* desde lo relativamente inofensivo -venta o reventa de objetos robados, apuestas y juegos de azar prohibidos, etc.- hasta lo delictivo (...) Si esta definición parece imprecisa es porque el *hustler* es un personaje huidizo y difícil de captar en la realidad misma, ya que en muchos casos consiste justamente en inmiscuirse furtivamente en ciertas situaciones o tejer relaciones de apariencias engañosas a fin de sacar de ellas un beneficio” (Wacquant, 1999b: 133-134). Como consecuencia del estigma y de los posibles problemas jurídicos que acarrearán, estas prácticas sólo son descubiertas por el investigador con el paso del tiempo en el terreno. En el espacio público, las actividades ilegales más clásicas consisten en la prostitución o la venta de estupefacientes; pero lo cierto es que no se trata de prácticas muy extendidas entre quienes duermen en la vía pública. Como se expone en el próximo cuaderno de campo, en el caso de Ópera la ilegalidad pasa por cuestiones como “pinchar cabinas telefónicas”. Una aclaración: la mayoría de las PSH comparten los juicios que condenan las prácticas ilegales. Que se dediquen a tales actividades no supone que se sientan orgullosos de lo que hacen; no refleja sus valores sino simples adaptaciones a las circunstancias difíciles que les ha tocado vivir (Wilson, 1996). Este tipo de medidas ilustran cómo la calle enreda en problemas legales a quienes nunca tuvieron antecedentes penales (Snow y Mulcahy, 2001).

*Pregunto por Alfredo. Bruno me informa que “está en la cárcel”. Tenía un pedido de captura por no haberse presentado en un juicio. Lo acusaban de robar dinero de las cabinas telefónicas. Bruno dice que su compañero empezó hace poco con estas prácticas – ya estando en la calle-, y opina que “lo hacía muy mal”. Es decir, Alfredo repetía el robo una vez cada hora, y encima lo hacía en las cabinas ubicadas en la zona de Ópera. Ni bien sacaba algo de dinero, se lo gastaba en el bar, y entonces volvía por más. La técnica consiste en introducir un cartón para retener el dinero y luego, al quitarlo, quedarse con todas las monedas acumuladas. Hace unos días llegó el inspector de las cabinas con la policía, señaló a Alfredo y se lo llevaron (13 de Diciembre de 2006).*

Los robos menores en las grandes tiendas, con la posterior venta de los productos, es una práctica digna de consideración entre quienes residen en la vía pública. En la plaza Isabel II de vez en cuando surgen oportunidades, como obtener una ganancia monetaria a cambio de estar dispuesto a pasar billetes falsos en distintos comercios. Es bastante frecuente que a las PSH se les aproximen estafadores que buscan sacar rédito de la desesperación ajena. Estos delincuentes proponen al *homeless* figurar como el comprador de empresas, apartamentos o automóviles, obteniendo una ganancia considerable gracias a la evasión de impuestos que cada transacción supone. Para esta gente, el gasto que conlleva la operación es mínimo: regalar ropa como para que la PSH esté presentable en el momento de firmar el contrato, pagar una pensión en un hotel durante un tiempo, o entregar una suma que al *homeless* sólo le permitirá darse ciertos gustos durante unas semanas. El espacio de relegación social en el que viven las PSH los lleva a medir las oportunidades en el corto plazo, despreocupándose de lo que ocurrirá en el futuro. Quienes aceptan estas ofertas son concientes del problema en el que se están metiendo. Simplemente ocurre que no ven un futuro más allá de la calle, por lo cual están dispuestos a figurar en la Agencia Tributaria como evasores a cambio de disfrutar de un oasis temporal de bienestar.

*En todo el tiempo que permanecí en Ópera, Raúl no paró de recibir llamados a su móvil. En determinado momento, y quizá producto de la borrachera –ha invitado a beber a la gente de la plaza-, me solicita que me aproxime. Dice que tiene algo para contarme, pero me pide que no lo repita en ningún sitio. El secreto consiste en que, según afirma este hombre, “yo le doy de comer y los baño a todos” –lo dice señalando al grupo con el dedo. La supuesta caridad comienza a difuminarse a los pocos segundos. Me explica que esta gente “no tiene dinero pero sí documentos, y eso vale mucho”. Luego me cuenta que con su jefe se dedican a comprar pisos utilizando el nombre de las PSH. A continuación se declaran insolventes, “y nos quedamos con la diferencia de los impuestos. Así, yo ayer gané 5000 euros” (...) Nuevamente señalando al grupo, Raúl aclara que “ellos no se perjudican, no les pueden sacar su pensión”, y que así se llevan un porcentaje de las ganancias (6 de Junio de 2005).*

Pero, en lo que se refiere a delitos, lo más común es que las PSH sean víctimas antes que victimarios. Tal es así que el 57% declara haber padecido algún tipo de delito: entre los hechos que denuncian, en primer lugar y con un 67% figuran los robos, seguidos de las agresiones

físicas -44%-, y las violaciones -3% (Foro Técnico de PSH, 2006)<sup>73</sup>. Respecto de las tasas de denuncias y detenciones de *homeless*, según el INE (2005) el porcentaje es de un 47,6%. No obstante, estas cifras ocultan más de lo que muestran. La mayoría de las detenciones responden a cuestiones de menor importancia, asociadas con el comportamiento indebido en el espacio público -consecuencia directa de la condición de *sinhogar*. Así, Snow y Anderson (1993) rastrearon en los expedientes policiales de la ciudad norteamericana de Austin, para determinar que el 62% de los arrestos fueron catalogados como intoxicación en la vía pública, el 33% como faltas menores y sólo un 5% fueron imputados como delitos graves<sup>74</sup>.

### 3.1. Tácticas emotivas

Viviendo en condiciones tan adversas, ¿cómo las PSH preservan su humanidad? ¿Cómo se las ingenian para adaptarse a un espacio de exclusión tan limitante como es la calle? Estos interrogantes nos conducen a pensar que las necesidades de una persona no se reducen a un plano material. Todo ciudadano tiene determinadas demandas afectivas que cubrir, y los *homeless* no son la excepción a la regla. Tratándose de gente tan golpeada por la vida, mantener un nivel de autoestima y dar sentido a las experiencias que les ha tocado vivir es especialmente crítico, pues la propia sensación de humanidad está en juego<sup>75</sup>.

En lo hasta ahora escrito, podría quedar la sensación que las visiones que las PSH sustentan sobre el trabajo son idénticas a las de cualquier desempleado. Al compartir los valores sociales hegemónicos sobre el empleo, los *homeless* coinciden con los desempleados en visualizar al trabajo como una fuente de angustia en el presente. No obstante, la economía informal aporta

---

<sup>73</sup> No todas las PSH reconocen situaciones como una violación, ni tienen la costumbre de denunciar en las comisarías las agresiones que padecen, lo cual nos lleva a imaginar que estas cifras son aún mayores. Por otra parte, en una serie de encuestas realizadas en Nueva York, se ha determinado que las PSH sufren una tasa de violencia de un 59%, frente al 4% que padece el resto de los ciudadanos (Cohen *et al.*, 1988). A su vez, rastreando en la prensa española, la Fundación Mambre ha contabilizado la muerte de 85 PSH en el año 2006. El 23% de los decesos se produjo como consecuencia de agresiones, el resto se debieron a cuestiones como la hipotermia. El 73% de los fallecimientos se produjo en el espacio público; dicha Fundación calcula que la cifra real de muertes duplica la cantidad detectada por los medios de comunicación (Ruiz Farrona, 2006).

<sup>74</sup> La presencia de expresidarios en las calles madrileñas es de un 4% (Foro Técnico de PSH, 2006). Esta cifra debe interpretarse como el resultado directo de una falta de políticas de reinserción. Los presos que no disponen de apoyos familiares ni de dinero al abandonar la cárcel, cuentan con la calle como último recurso.

<sup>75</sup> Al abordar las tácticas emotivas es preciso realizar una aclaración previa. No siempre se trata de procesos creados de forma consciente y voluntaria por parte del sujeto. El contexto espacial en buena medida moldea las conductas, e induce a adoptar determinadas orientaciones cognitivas. Más pertinente sería imaginar un proceso de retroalimentación entre la voluntad del sujeto por afrontar con éxito las dificultades que se le presentan, y la socialización en un espacio de exclusión como es la calle.

elementos a partir de los cuales es posible sino vencer, por lo menos lidiar con el estigma asociado con la pasividad. En la calle, la gente dedica tiempo y esfuerzo a “buscarse la vida”. Tales prácticas apuntan a la subsistencia material, pero también suponen una forma de hacer más llevadera la vida. Muchas veces las PSH trabajan sabiendo que ni siquiera así saldrán del sinhogarismo, y en parte lo hacen por la importancia del trabajo en sí mismo (Liebow, 1993). Estas actividades pueden representar, por ejemplo, una forma de afrontar el tedio y aburrimiento que conlleva residir en la vía pública. Es frecuente encontrarse con relatos donde la PSH remarca la importancia de sentirse útil, el orgullo que experimenta al continuar valiéndose a sí mismo pese a las adversidades, y más aún si lo logra sin recurrir a la ayuda social.

*Mientras damos vueltas por la ciudad buscando metales, Alejandro habla de chatarrear como un trabajo que le permite sentirse útil. Me explica que son varios los puntos positivos. Estando en la calle, moverse es de por sí importante. “Caminando no tienes frío, si te echas toda la mañana en la plaza, por más que estén haciendo diez grados, el frío te entra en los huesos”. Además, hay que considerar la sensación del trabajo, de que lo que obtiene se lo ha ganado. “Te puedes comprar el tabaco, la comida que te guste, al menos así cubres tus vicios”. Añade que quedarse todo el día en la plaza es perjudicial, tanto a nivel físico como mental. “Te pones malo si no haces nada, la cabeza se te va”. Otro punto a favor del chatarreo: “hombre, lo bueno que tiene esto es que no tienes jefes que te digan que hacer. No tienes horarios, si te quieres fumar un pitillo en una plaza pues te lo fumas (...) el resultado de las cinco horas de caminata son 4,50 euros” (6 de Febrero de 2007).*

Las “formas de buscarse la vida” implican otras fuentes de autoestima. Como destaca Wacquant (1999b), en la calle la astucia y la facultad de supervivencia son un bien altamente valorado. En Ópera, en más de una ocasión las PSH compiten por ver quién conoce mejor las dinámicas de la vía pública. Entonces, las discusiones pasan por cuestiones como determinar quién obtiene más dinero en menos tiempo revendiendo entradas para los Toros o para alguna función puntual en el Teatro Real, o por las características de determinados espacios urbanos. En tales casos, llevar muchos años en situación de calle puede ser invocado como un motivo que legitima al sujeto.

*Conoce la calle como pocos, esa es la idea subyacente que enorgullece a Sebastián. Me explica que él gana más dinero que el resto, que no vende las entradas para los eventos taurinos a la gente, sino que las coloca en una ventanilla. Sostiene que no está dispuesto a hacer colas como los demás, a pasar desde las seis hasta las 10 de la mañana en Ventas, todo para ganar unos míseros euros. Pero todos comparten dicho motivo de orgullo, y ello genera discusiones. Raúl trata de mentiroso a Sebastián, dice que el no gana más dinero que el resto. Este responde que “ustedes se han llevado 16 euros, yo 30 en una hora y media de trabajo”. Bruno también pretende mostrar su propia astucia al vociferar que esta semana ganó 40 euros vendiendo entradas del Teatro. Es una práctica común que algunos individuos se les acerquen y les den dinero para que les reserven entradas. Ellos duermen*

*en la zona, por lo que consiguen las mejores ubicaciones ni bien el Teatro abre sus puertas (6 de Junio de 2005).*

Uno de los obstáculos que deben superar estas personas consiste en que, por lo general, no pueden adquirir prestigio a través del estatus asociado con el empleo, el espacio en el que residen, o los objetos que poseen. Por consiguiente, el discurso se convierte en el terreno privilegiado a la hora de resaltar los aspectos positivos de la propia identidad (Snow y Anderson, 1987; Lovell, 1997). Buscando distanciarse de los estigmas que los afectan en tanto *homeless*, es común que muchos de sus narrativas apunten a diferenciarse de quienes comparten su mismo destino de calle –una táctica psicológica que será considerada a lo largo de la tesis. Significativamente, la dimensión laboral es uno de los ejes básicos sobre los cuales se elaboran estos relatos. En tal sentido, se reiteran los discursos donde el sujeto sostiene poseer cierta superioridad moral respecto de otras PSH por “no ser un vago y querer trabajar pese a no encontrar un empleo”, por “no estar dispuesto a denigrarse pidiendo limosna”, por “preservar su dignidad rechazando empleos que pagan una miseria”, etc. Una vez más, lo que dichas narrativas corroboran es hasta que punto esta gente comparte los valores sociales predominantes sobre el trabajo.

*Roberto comienza a criticar a Miguel y a Andrea. Bruno coincide en las cosas que señala este hombre: “no quieren trabajar, cuando es necesario Miguel sale corriendo, pero el resto del día se la pasa lamentándose de lo mal que tiene la pierna”. En definitiva, hablan mal de quienes no realizan ningún esfuerzo por salir de la situación en la que se encuentran, de quienes viven esperando la ayuda social. Entonces Bruno se ensaña con el Duque. Argumenta que se la pasa diciendo que su caso es diferente, que el ve todas las semanas a ver a sus hijas, pero que luego termina mendigando como los demás en la iglesia los domingos (7 de Octubre de 2004).*

Existen otras tácticas psicológicas que trascienden el plano discursivo. Una de las fórmulas para maximizar felicidad consiste en esperar lo mínimo posible de la vida. Se trata de un tipo de pensamiento que genera una modestia en las expectativas ante el miedo a pedir demasiado para luego verse defraudado. Martín, uno de los informantes claves de esta investigación, apunta en un cuaderno sus frases preferidas. Una de ellas sostiene lo siguiente: “es más feliz el que no tiene lo que no desea, que el que tiene lo que desea”. Las esperanzas y deseos se circunscriben a las necesidades más elementales; no reprimir las expectativas puede llevar a un descontento perpetuo. Es por ello que más de una PSH le escapa al pesimismo, a veces incluso cerrando los ojos ante la realidad más evidente (Liebow, 1993).

*Intento enterarme de cuál es el criterio por el cuál permanecen determinada cantidad de horas pidiendo, cuándo consideran que es suficiente y abandonan dicha actividad. Lionel*



*plantea que si el día “viene bien, entonces se quedan hasta que cierren la iglesia”. Aunque depende de cada persona, Mariano por ejemplo suele aburrirse fácilmente, y cuando junta unas monedas ya se da por satisfecho. De todas maneras, este hombre opina que con lo que sacan el domingo “alcanza para toda la semana”. Me llama la atención tal comentario, con lo poco que parecen conformarse -viviendo en la calle, el dinero parece ser indispensable sólo para cubrir lo que ellos llaman “nuestros vicios”; es decir, la comida, el tabaco y el alcohol (13 de Febrero de 2005).*

Tal como se profundizará en los siguientes capítulos, otra táctica psicológica pasa por tomar el día como viene, por reprimir las preguntas que apuntan al futuro –e incluso a veces, los recuerdos que remiten al pasado (Escudero Carretero, 2003). Esta cuestión guarda relación con la sensación de falta de poder para controlar los eventos e incidir en el porvenir. El punto es que, cuando la persona fracasa en su búsqueda de recursos básicos cotidianos, termina sacrificando objetivos a largo plazo (Wolch y Rowe, 1992). Se trata de una forma de luchar contra la desesperanza apelando a los recursos psicológicos disponibles. En tales trucos mentales, el humor, la ironía, la capacidad de reírse ante las desgracias, juegan un papel fundamental (Escudero Carretero, 2003)<sup>76</sup>.

Pero esta postura tiene sus costos: la dificultad por planificar una salida del espacio de exclusión, o por adelantarse a los eventos incluso cuando es obvio que se avecina una catástrofe (Liebow, 1993). De hecho, entre quienes comienzan el proceso de sinhogarismo, es frecuente escuchar planes que apuntan a reencauzar su vida. Todo lo contrario ocurre con los más experimentados: cada vez que intentaron levantar la cabeza recibieron un garrotazo, por lo cual evitan planificar para no experimentar la sensación de fracaso y una nueva recaída de su autoestima. Aquí no se afirma que las PSH sean incapaces de planificar. Lo que se sostiene es que los futuros que se les presentan no permiten imaginar una vida más allá del círculo de exclusión.

*Mariano le explica a la trabajadora social que está harto de los Albergues, que se marchó porque “están hechos para los inmigrantes. Ellos tienen todas las facilidades, a nosotros nos obligan a hacer cursos”. A continuación le pide que le consiga una habitación por 150 euros -ese es el dinero que dispone por mes. Ella le responde que por ese precio va a estar muy difícil, pero que en todo caso se acerque a la Fundación RAIS. Mariano retruca de la siguiente manera: “yo a RAIS no puedo ir porque no me dejan entrar, cuando paso por la puerta suena la alarma”. Sostiene que cuando fue a buscar el listado de las pensiones*

---

<sup>76</sup> Al respecto, la experiencia de Primo Levi en los campos de exterminio nazis son más que elocuentes: “mas en general la experiencia nos había demostrado ya infinitas veces la vanidad de toda previsión: ¿con qué objeto esforzarse en prever el porvenir cuando ninguno de nuestros actos, ninguna de nuestras palabras lo habría podido influenciar en lo más mínimo? (...) nuestra sabiduría consistía en no tratar de entender, ni imaginarse el futuro, no atormentarse por cómo y cuándo acabaría todo: no hacer y no hacerse preguntas” (1987: 199-200).

*económicas, los números no estaban actualizados y así terminó gastando mucho dinero en llamadas perdidas. Acto seguido Mariano le cuenta a la trabajadora social que ayer fueron con Sebastián al Canódromo –uno de los dispositivos de la Campaña de Frío. Llegaron a las siete y tuvieron que esperar afuera hasta las diez de la noche, muertos de frío –Sebastián añade “estaba lleno de inmigrantes asquerosos”. Casi se quedan afuera por la cantidad de gente. Luego, en el ingreso, les revisaron los bolsos de una manera que encontró denigrante. A las once de la noche emprendían el regreso a la plaza. Entonces la trabajadora social le dice a Mariano que ve todo negativo, que salir de la calle depende de él. Sebastián interfiere dándole la razón a su compañero: “es que las cosas son así”. Ella insiste: “dime algo positivo, anda”. Ante esta frase, la respuesta del homeless es la siguiente: “hay cosas positivas, pero es que yo no las veo... o no me pasan a mí”. La trabajadora social se marcha con un Mariano que no se cansa de repetir que están mejor en la calle que en los albergues (22 de Febrero de 2006).*

Estas tácticas emotivas ayudan a sobrellevar el estigma y la situación de calle, pero nunca son plenamente satisfactorias. A lo largo de los siguientes capítulos se verificará la recurrencia de situaciones de doble vínculo, las cuales encierran a las PSH en contradicciones insalvables y son una fuente inagotable de malestar. La calle es un espacio saturado de dilemas imposibles de resolver que impacta negativamente en las orientaciones cognitivas de los *homeless* (Snow y Anderson, 1993). En lo que al trabajo se refiere, el doble vínculo es consecuencia de tres factores: a) la situación de calle en que se encuentran; b) las formas de subsistir a las que apelan son denigradas y perseguidas; c) los cambios en el mercado de trabajo, los cuales afectan a miles de trabajadores y no sólo a las PSH. De estas variables, la central es la tercera: las PSH poseen una ética del trabajo, no es el trabajador sino las condiciones de empleo lo que amenaza tal ética (Liebow, 1993)<sup>77</sup>. El mercado de trabajo no deja resquicios para esta gente, y los espacios disponibles son tan denigrantes que no permiten una subsistencia digna. La contradicción que deben afrontar estas personas reside en que la antigua ética del trabajo continúa vigente, pero sus cualidades ya no encuentran expresión en la vida laboral (Sennett, 2000). Si bien el trabajo continúa siendo el soporte básico de la dignidad y la ciudadanía, su función de integración social está siendo cuestionada (Castel, 1997c). Ya en la década de 1920 Anderson (1923) planteaba que todos los problemas de las PSH remiten a las condiciones de sus empleos, que la irregularidad de sus trabajos se refleja en la inestabilidad en todas las fases de su existencia. Lamentablemente, sus afirmaciones continúan siendo vigentes.

---

<sup>77</sup> La dificultad por encontrar una estabilidad que permita planificar un futuro se extrema entre los *homeless*, pero tiene su origen en el mercado de trabajo. Al respecto, Sennett sostiene que el neocapitalismo supone “la experiencia de un tiempo desarticulado que amenaza la capacidad de la gente de consolidar su carácter en narraciones duraderas (...) la consigna *nada a largo plazo* desorienta la acción planificada, disuelve los vínculos de confianza y compromiso y separa la voluntad del comportamiento” (2000: 30-1). Las transformaciones en el mundo del empleo están socavando la antigua ética del trabajo, la cual supone el uso autodisciplinado del tiempo. Pero la “gratificación postergada pierde su valor en un régimen con instituciones rápidamente cambiantes; se vuelve absurdo trabajar largo y duro para un empleador que sólo piensa en liquidar el negocio y mudarse” (Ibídem: 103).

El próximo capítulo gira en torno a otro supuesto constituyente de las perspectivas que asocian al sinhogarismo con la desafiliación: la movilidad de los *homeless*. La imagen de las PSH como seres desarraigados suele ligarse con su particular vocación por la vida errante. En tal instancia, podremos constatar una serie de cuestiones similares a las planteadas respecto del trabajo: los mitos que permiten construir dichos estereotipos que exculpan a la sociedad, o las formas de doble vínculo que padecen los *homeless* -constreñidos por el poder de turno que los fuerza a moverse o a sedentarizarse según la coyuntura histórico política.

#### 4. La desafiliación de las personas sin hogar como proceso de movilidad forzada

“Es curioso que un grupo de hombres, compuesto por decenas de millares, se desplacen constantemente por Inglaterra como otros tantos Judíos Errantes (...) yo incluso he leído un libro de criminología que el ser vagabundo es un atavismo, un salto atrás al estado nómada de la humanidad. Y sin embargo, la causa más obvia de que haya vagabundos la tenemos ante las narices. Naturalmente, un vagabundo no es un ser atávico nómada, como no lo es un viajante de comercio. El vagabundo lo es, no porque le guste, sino por la misma razón que los coches circulan por la derecha: porque hay una ley que les obliga a hacerlo. Un hombre abandonado, si no encuentra ayuda en su parroquia, sólo puede encontrar consuelo en los asilos nocturnos, y como cada asilo nocturno sólo lo acepta por una noche, tiene que estar moviéndose de aquí para allá constantemente. Es un vagabundo porque, tal como está la ley, lo es o se muere de hambre (Orwell, 1983: 210-211).

A lo largo de la historia, la movilidad ha sido uno de los elementos centrales en las definiciones sobre el sinhogarismo. La imagen característica de la PSH es la de un individuo que deambula sin rumbo, sin un destino final, la de un sujeto cuyo objetivo parecería ser el movimiento en si mismo. Así, la exclusión de esta gente alude a su desestructuración como consecuencia del desarraigo territorial. La desafiliación guardaría relación con una biografía residencial inestable, con un patrón de nomadismo que impide echar raíces en un sitio (Bahr, 1973). El objetivo del capítulo es analizar el nudo que vincula a la desafiliación con la movilidad.

Como se expone en el primer apartado, la movilidad de las PSH no responde a una pulsión irrefrenable que impulsa a determinados sujetos hacia los caminos. Por el contrario, las modalidades sedentarias o nómadas de sinhogarismo evolucionan con el transcurso temporal. Más concretamente: los contextos históricos de producción, el funcionamiento de los mercados de trabajo demandando una mano de obra móvil o estable, conjuntamente con las políticas de apoyo a tales demandas y con los programas de ayudas sociales, son un primer factor a considerar a la hora de explicar las pautas de movilidad de las PSH. A modo de hipótesis, se plantea que los patrones de movilidad de los *homeless* generan formas concretas de exclusión y de sinhogarismo: el sedentarismo lleva a la visibilidad de las PSH, mientras que un sinhogarismo nómada supone la invisibilidad y un menor estigma.

En este capítulo se sostiene que la exclusión de las PSH se asocia con un proceso de movilidad forzada. ¿Cuáles son los factores o agentes que impulsan el permanente trajinar de las PSH? La policía, la ubicación geográfica de los recursos sociales destinados a estas poblaciones,

determinados movimientos de vecinos, o las políticas de reconversión urbana, son los motores que promueven el incesante deambular de los *homeless*. No detenerse, esa es la condición que el poder les impone a cambio de permitirles residir en el espacio público.

A partir de un marco legal común, las denominadas “Leyes Antihomeless” comienzan a aglutinar y dar coherencia a las hasta entonces fragmentadas iniciativas que apuntan a evitar que las PSH se afinquen en un espacio concreto de la ciudad. Estas leyes sostienen la necesidad de mejorar la calidad de vida urbana a través de una estricta regulación del espacio público. El contexto en el cual surgen dichas medidas es el de una disputa entre distintos grupos sociales por la apropiación y uso del espacio. La concepción que predomine sobre el espacio público supondrá establecer qué prácticas son legítimas, así cómo reconocer qué grupos tienen derecho al usufructo del territorio. En el caso de las PSH, las definiciones restringidas del espacio público suponen una forma de exclusión que los condena a elegir entre dos opciones igualmente angustiantes: la reclusión en instituciones para *homeless* o un incansable transitar.

### *1. Genealogía de la movilidad y sinhogarismo*

Desde siempre, el sinhogarismo ha sido asociado con la vida errante. Las formas en que nombramos a los fenómenos brindan indicios sobre los supuestos, cuando no auténticos estereotipos, a partir de los cuales interpretamos la realidad social que nos circunda. Al referirnos a quienes se ven forzados a vivir a la intemperie, apelamos a términos como “vagabundos”, “trashumantes”, “carrilanos” o “transeúntes”. Todas estas palabras resaltan un aspecto de este problema social: el nomadismo. Asociando al sinhogarismo como el resto atávico de un pasado itinerante y la expresión de una falla moral y psicológica, a comienzos del siglo XX un psiquiatra francés llegó incluso a “diagnosticar” a dicho fenómeno como “dromopatía ambulatoria” (Cabrera, 2006b).

Por otra parte, muchos de quienes han investigado el tema señalan a la movilidad como uno de los criterios principales a partir de los cuales sería posible distinguir categorías de *homeless* (Snow y Anderson, 1993; Rosenthal 1994; etc.). Tomando al trabajo y a la movilidad como ejes de análisis, ya a principios del siglo XX Nels Anderson (1923) identificaba tres clases de *homeless*: los *hobos* -trabajadores migrantes-, los *tramps* -migrantes que no trabajan- y los *bums* -PSH que no trabaja y adquiere pautas sedentarias. A su vez Bahr, “campeón” de la perspectiva desafilatoria, define al sinhogarismo siguiendo un criterio de enumeración: “las familias desarraigadas pueden dividirse en tres tipos generales: vagabundos permanentes, como

gitanos y volatineros ambulantes; vagabundos que tienen una base fija, como pueden ser los trabajadores agrícolas migrantes; y refugiados, para los cuales el desarraigo es algo accidental y no una forma de vida permanente. Los hombres desarraigados pertenecen a diversas categorías: hombres solteros con oficios itinerantes, como buhoneros, hojalateros y marineros; trabajadores migrantes; vagabundos y mendigos; religiosos mendicantes; proscriptos y fugitivos; vagos e individuos marginales” (*et al.*, 1968: 613-4). En definitiva, parecería que la esencia del sinhogarismo guarda una estrecha relación con las pautas de movilidad que adoptan quienes así son catalogados.

De tal manera, el sinhogarismo supondría una forma específica de exclusión que, a diferencia de otras formas de desventajas sociales, se asocia con la desafiliación y pobreza errante. Una serie de interrogantes guían el presente apartado. En primer lugar, ¿qué procesos condicionan la movilidad de las PSH? ¿Qué patrones se repiten a lo largo del tiempo, incidiendo en las opciones por el sedentarismo o el nomadismo de las PSH? En segundo término, ¿hasta qué punto se condice esta imagen de la PSH como un eterno nómada en el presente madrileño? La mejor forma de comenzar a develar dichos interrogantes consiste en analizar cómo ha evolucionado la relación entre movilidad y sinhogarismo en la historia. Como se verá a continuación, la movilidad de las PSH ha estado históricamente vinculada a las modalidades de demanda de mano de obra no cualificada por parte de los mercados de trabajo, así como con el nivel de desarrollo de las políticas sociales implementadas por los gobiernos de turno.

### ***1.1. La pobreza errante en la historia***

La evolución de la movilidad de las PSH a lo largo de la historia excede los objetivos de la tesis. Por lo tanto, el propósito de este apartado se limita a mostrar brevemente cómo el estereotipo que asocia al sinhogarismo en tanto sinónimo de pobreza errante, en buena medida es producto del funcionamiento de los mercados de trabajo y de las políticas sociales adoptadas por los gobiernos.

En la Edad Media, el sinhogarismo es asociado con los numerosos mendigos que se instalan o giran por las ciudades y poblados, quienes representan la punta de un iceberg conformado por masas de personas pobres y con escasas afiliaciones. Ya en aquel entonces, los gobiernos delimitaban el socorro siguiendo dos criterios, “la capacidad de trabajar” –cuestión tratada en el capítulo anterior- y la procedencia. Este último aspecto implicaba que el gobierno local no tenía por qué desviar energías y recursos en un “extranjero”. La población solía compartir en buena

medida tal visión, por lo cual los foráneos solían ser percibidos como auténticos “otros” a desconfiar. No poseer un domicilio fijo, no residir en el poblado de origen generaba todo tipo de sospechas (Castel 1997c; Geremek, 1991; etc.). Como se verá a lo largo del capítulo, esta pauta continúa vigente: el poder promueve el sedentarismo de sus súbditos, pues precisa organizar la fuerza de trabajo y se muestra incapaz de gestionar a las poblaciones móviles. Sólo sedentarizando se puede dominar; el poder desconfía de lo errante, pues lo que se mueve es imprevisible y escapa de su control (Maffesoli, 2004). Cuando no logra su cometido, reacciona proponiendo la reclusión o el desplazamiento de dichos grupos más allá de las propias fronteras.

En el siglo XIV se producen cambios que inciden en el vínculo entre movilidad y vida a la intemperie. La peste diezma a la población e incita a que en 1349 en Inglaterra se promulguen las primeras leyes contra la vagancia. El sistema feudal se basaba en una fuerza de trabajo muy económica y los campos habían quedado despoblados. Estas leyes pretendían obligar a los supervivientes a formar parte de tal fuerza de trabajo bajo unas condiciones de empleo terribles, así como evitar que migrasen buscando mejores oportunidades en otros sitios (Snow y Anderson, 1993). Lo digno de destacar es cómo, a lo largo de los siglos, se repite una misma lógica: se trata de medidas que surgen en contextos históricos puntuales, cuando la economía precisa de una mayor fuerza de trabajo y el gobierno de turno es el encargado de garantizar la existencia de una reserva de mano de obra. Ante crisis particularmente dramáticas, como la acaecida en Inglaterra luego de la peste del siglo XIV, el Estado responde con leyes represivas tras el objetivo de preservar la fuerza de trabajo que requiere el sector productivo<sup>78</sup>. Y para ello, es fundamental regular la movilidad de su población. Pero los esfuerzos por fijar a las poblaciones en los se muestran contradictorios con otros procesos generados por los mismos agentes económicos. Así, las primeras formas de industrialización y las “leyes de cercamiento” -“Enclosure Laws”-, con su éxodo rural consiguiente, implicaron un crecimiento inusitado del sinhogarismo (Geremek, 1991).

Las tensiones entre el sedentarismo y la vida nómada viajaron con los inmigrantes que poblaron el territorio que actualmente conocemos como Estados Unidos de América. Allí se siguió el principio instaurado en Inglaterra, por el cual se requería demostrar una residencia legal en el espacio donde se solicitaba ayuda. Tal situación creó enormes dificultades en un país formado por millones de inmigrantes recién llegados. Además, a lo largo del siglo XIX la industria y

---

<sup>78</sup> Durante el período Tudor, la vagancia itinerante fue penada con la horca, con la cárcel y otras formas de confinamiento, con el reclutamiento forzoso en el ejército, o con el exilio con destino a las colonias.

especialmente la agricultura demandaban una mano de obra itinerante. Snow y Anderson describen tal proceso como “el llamado a un tipo especial de empleo, un trabajo remoto de la familia y de la vida comunal” (1993: 13). A fines del 1800, la confluencia de tales factores dio origen a un estilo de *sinhogarismo* específico, cuya figura arquetípica fue la del *Hobo* americano. La estampa característica del *Hobo* es la de un hombre caminando al borde de una vía de ferrocarril, cargando una bolsa donde transporta sus escasas pertenencias (ver fotografías en Anexo 3). De hecho, el ferrocarril se constituyó como la columna vertebral que estructuraba la vida del *Hobo*, y que por sobre todas las cosas permitía al mercado de trabajo disponer de la tan ansiada mano de obra móvil<sup>79</sup>.

Nels Anderson (1923) describe a los *Hobos* como una población que alternaban períodos de trabajo, como obreros de la construcción o jornaleros agrícolas, con tiempos improductivos en los *Main Stream* o centros degradados de las grandes ciudades. Estos barrios proveían de todos los servicios que el *Hobo* requería en sus etapas de ocio, pues contaba con restaurantes y pensiones extremadamente económicos, con agencias de empleo donde obtener nuevos trabajos, bares, clubes, etc. El *Main Stream* era el nicho ecológico del *Hobo* en sus momentos de sedentarismo, una “solución geográfica exitosa” frente a la pobreza extrema (Hoch, 1991). En todo caso, es importante remarcar que hasta entonces las PSH eran catalogadas por su movilidad y eran asociadas con un área decrepita, pero el *sinhogarismo* no suponía dormir en la vía pública.

Pero en la década de 1920 el mundo social del *Hobo* se desmorona. La mecanización del trabajo rural implicó que la economía dejase de demandar una gran cantidad de mano de obra móvil dispuesta a adecuarse a las necesidades estacionales de las cosechas. Simultáneamente el ferrocarril, el vaso comunicante del *Hobo*, es gradualmente desplazado por los automóviles en

---

<sup>79</sup> No es casual que dicha imagen de las PSH se haya repetido en diferentes países. En tales épocas, en Argentina se denominaba a las PSH como “crotos”. Dicho nombre remite a José Camilo Crotto, gobernador de la provincia de Buenos Aires que en 1920 dispuso el traslado gratuito en trenes de carga para los “trabajadores golondrinas” -migrantes. Las distintas producciones agrícolas del país precisaban de mano de obra, y el viaje gratuito en ferrocarril implicaba una manera de asegurarse dicha fuerza de trabajo (Baigorria, 1998). Por otra parte, distintos investigadores resaltan como la movilidad de los *Hobos* en Estados Unidos, o de los Crotos en Argentina, en más de un caso implicó una elección, lo cual contrasta con las actuales PSH (Ibídem; Snow y Anderson, 1993; etc.). Detrás de dicha supuesta opción subyacía un discurso libertario, donde el andar era visto como una forma de escapar de la esclavitud implícita en el sedentarismo y las instituciones sociales -la familia, el trabajo, el hogar, etc. De hecho, Anderson (1923) describe a los barrios donde residían los *Hobos* como un espacio políticamente activo, donde confluían discursos socialistas, comunistas o anarquistas.



tanto principal modo de transporte<sup>80</sup> (Snow y Anderson, 1993). La Gran Depresión de los años 1930 sintetiza un nuevo cambio en la conformación del arquetipo del sinhogarismo: los *Hobos* no encuentran empleo, lo cual genera un proceso de sedentarismo en los *Main Stream*. A partir de entonces, estos hombres comienzan a subsistir en buena medida gracias a la caridad, a la asistencia estatal –paradójicamente, los programas federales de ayudas solían convivir con el traslado forzado de las PSH a otros estados. Los barrios donde residen pasan a ser percibidos como espacios segregados y estigmatizados, que son denominados como *Skid Rows* (Hoch, 1991; Bahr, 1973; etc.)<sup>81</sup>

Ante la necesidad de mano de obra en las fábricas y en las fuerzas armadas, con la Segunda Guerra Mundial y la posterior confirmación de las políticas de bienestar, el número de PSH disminuye drásticamente. Pero a mediados de los años 1960 se inicia un fenómeno de renovación urbana. La expansión de los límites de las ciudades genera que los *Skid Rows* se encuentren en espacios céntricos codiciados por las clases medias. El proceso de “gentrificación” implicó la demolición de los *Skid Rows*, y con ello la desaparición de los negocios y servicios económicos de los cuales se valían las PSH. El fin del *Skid Row*, en tanto nicho ecológico, fomentó uno de las características actuales del sinhogarismo: que las tácticas de subsistencia apunten a obtener el mayor provecho posible del espacio público. Las PSH ya no limitan sus movimientos a un territorio puntual, sino que se dispersan por la ciudad, entrando en mayor contacto con otros segmentos sociales. Ya no duermen en pensiones de mala muerte, sino que muchos descienden otro peldaño y deben pasar las noches a la intemperie.

A principios de los años 1970 los países industrializados vivían con optimismo su presente. Hasta entonces, el sinhogarismo era concebido como una reminiscencia de viejas épocas protagonizada por los segmentos que no lograron incorporarse a la modernidad, por lo cual se descontaba que el progreso continuo llevaría a su desaparición en un futuro próximo. Contra todos los pronósticos y como consecuencia de los problemas estructurales mencionados en la introducción –políticas de ajuste fiscal, gentrificación, cambios en el mercado de empleo,

---

<sup>80</sup> Además, las locomotoras de diesel son sustituidas por otras más potentes, dificultando una de las tácticas de movilidad características del *Hobo*: esquivar el importe del boleto subiendo a los trenes en movimiento.

<sup>81</sup> Snow y Anderson (1993) calculan que en 1935 el Estado de Nueva York gastó la misma cantidad de dinero trasladando a las PSH a otros Estados, que el que invirtió en los servicios de ayuda social para *homeless*. Por otra parte, a diferencia del *Main Stream*, el *Skid Row* supone un mayor sedentarismo, menos movilidad como consecuencia de la pérdida de los trabajos estacionales. El número de residentes decrece, los *Skid Rows* son más pequeño y homogéneos en lo que a su población se refiere –están conformados por una población más anciana–, suponen menos contacto con otras poblaciones, son menos productivos a nivel económico. Estos factores llevan a incrementar el proceso de estigmatización de las PSH y del espacio con el que son asociados (Hoch, 1991).

desinstitucionalización psiquiátrica, etc.-, en la década de 1980 las cifras de personas en situación de calle se disparan, y los perfiles se diversifican. El problema deja de afectar casi exclusivamente a hombres blancos de unos 50 años de edad, para incluir a gente de las más diversas edades, a minorías étnicas, mujeres, niños, etc. La visibilidad es el otro factor novedoso, y responde a la masiva presencia de PSH en el espacio público en tanto refugio nocturno (Hoch, 1991; Shlay y Rossi, 1992; etc.). Al respecto, las reflexiones de Susser son clarividentes: “los *homeless* en Estados Unidos de América son significantes no por su número, sino porque representan las incursiones del incremento de la pobreza en el espacio público –un espacio particularmente ocupado y deseado por las clases media o los sectores más favorecidos- (...) El problema político surge por su visibilidad” (1996: 417).

En definitiva, como se verá a lo largo del capítulo, la visibilidad responde a la adopción de pautas sedentarias y a una mayor presencia en el espacio público por parte de los *homeless*. Las PSH se arraigan a sitios puntuales, pasan a ser reconocidos por los vecinos del barrio. Por el contrario, la movilidad incesante es sinónimo de un *sinhogarismo* mucho más difícil de percibir. Desde una perspectiva histórica, queda claro que las políticas estatales y el funcionamiento del mercado de trabajo repercuten en las pautas de movilidad geográfica de las PSH. Existe una relación entre el patrón de crecimiento de cada país y las modalidades de movilidad en el *sinhogarismo*. El poder necesita fijar a las poblaciones para luego clasificarlas (Delgado, 1999; Maffesoli, 2004). Pero, simultáneamente, sedentarizar es sinónimo de visibilizar, y la imagen de ciertos grupos a veces “incomodan”. ¿Qué nos puede enseñar el presente madrileño al respecto? ¿Es válida la imagen de la PSH como un eterno nómada? ¿Cómo se expresan las presiones por establecerse en un territorio y, simultáneamente, moverse incesantemente de un sitio a otro?

### *1.2. Presiones contradictorias: sedentarismo y nomadismo de las personas sin hogar en el presente madrileño*

En la actualidad madrileña las PSH deben enfrentarse a lógicas contradictorias: por un lado las políticas y el mercado de trabajo incitan al sedentarismo; por el otro, fomentan formas de nomadismo. “Latente o abierta, la guerra –dirían Deleuze y Guattari- es entre máquinas sociales sedentarias y nómades” (Baigorria, 1998: 50).

Los programas de Rentas Mínimas –en adelante RMI- constituyen un ejemplo de cómo las políticas promueven pautas de sedentarismo. Para percibir una RMI es preciso estar inscrito en

un municipio, pues la persona sólo recibe el cobro en el sitio donde se ha empadronado. De tal manera, quienes disponen de una RMI deben descartar aquellas tácticas asociadas con trasladarse a otras regiones de España en búsqueda de mejores oportunidades, pues de lo contrario perderían dicho beneficio. Asimismo, los servicios sociales dedicados a las PSH pretenden evitar que los “usuarios” circulen por los diversos recursos, fijarlos en una institución concreta de referencia –en donde fue inscrito por primera vez. Más de un informante se aproximó a diversos albergues y fue rechazado por “pertenecer” a otro Centro de Acogida –en estas ocasiones, el sujeto se lamenta repitiendo la frase “yo no pertenezco a nadie”.

La lógica se perpetúa pese al transcurso temporal: para gestionar a las poblaciones, el poder precisa fijarlas en el territorio. El sedentarismo continúa siendo un requisito para la ayuda. “La exigencia de la domiciliación no significa que sea necesario recibir el socorro a domicilio - puede ser dispensado en una institución-, sino que, para ser auxiliado, es preciso tener un lugar marcado en la comunidad. La domiciliación no responde sólo a una necesidad técnica para instrumentar la distribución del auxilio. Es en primer lugar la condición de posibilidad que decide el hecho de que se sea auxiliado o no. La mayor parte de las reglamentaciones asistenciales exigían al indigente, aunque no tenga domicilio fijo, que justificara por lo menos algunos años de residencia en la aldea o la comuna, y si no podía hacerlo no se lo tenía en cuenta. La asistencia es en primer lugar una protección cercana” (Castel, 1997c: 42-3). Como me explicó en una entrevista una trabajadora social de un albergue para PSH.

*En el caso de los españoles, el régimen local plantea que los Municipios deben tener recursos dedicados a problemáticas como la de PSH. Existe una responsabilidad pública. Y la ley plantea que cada individuo tiene que ir al lugar de donde proceda. Entonces, en principio, si una persona está empadronada en otra región, hacemos todo lo posible para que vaya y sea atendida en la misma; no debería utilizar estos recursos. Es un criterio de organización establecido en la ley que te he mencionado (...) Pero lo mismo ocurre con otros servicios. Se exige un tiempo de estadía en el municipio para tener determinadas prestaciones. Por ejemplo, para gozar del RMI hace falta tener por lo menos un año de estadía (Entrevista a Trabajador Social de San Martín de Porres, 7 de Julio de 2004).*

Al mismo tiempo, el gobierno de turno promueve la movilidad. El mercado de trabajo, y especialmente sectores como la agricultura o la construcción, constantemente precisan un porcentaje de población móvil. Como veremos en el capítulo 5, muchas PSH continúan respondiendo a la llamada de tales posibilidades. Pero los desplazamientos de las PSH se encuentran asociados con otros motivos, entre los que cabe destacar la ubicación de los recursos sociales. Las ciudades pequeñas no suelen disponer de servicios para PSH. De tal manera, quienes viven en ciudades escasamente pobladas y se encuentran en una situación de

vulnerabilidad extrema, se ven obligados a buscar ayuda trasladándose a los recursos sociales disponibles en los grandes centros urbanos. Tener que abandonar el lugar de origen incrementa la situación de desafiliación, promueve la ruptura de los lazos sociales y la sensación de desarraigo territorial.

*La capital centraliza y casi monopoliza la oferta de alojamiento para PSH en Madrid. De hecho, excepto Colmenar Viejo y Aranjuez, estos recursos no existen en ningún otro ayuntamiento de la región. La Concejal responsable en Madrid, Ana Botella, hizo ayer un llamamiento a los responsables de otras grandes ciudades de la Comunidad para que establezcan recursos para atender a los «sin techo». Se evitaría así, indicó, el «efecto llamada» que actualmente se produce (“Botella pide a las localidades vecinas que creen recursos para los sin techo”. [www.abc.es](http://www.abc.es) 23 de Abril de 2004).*

En segundo lugar, la movilidad de las PSH se produce al interior de la ciudad como consecuencia de la dispersión espacial y el funcionamiento de los recursos sociales (Girola, 2005; Wolch, *et al.*, 1993; etc.). Ya en 1933 George Orwell (1983) comentaba cómo los albergues, ante el temor de que las estadías se hiciesen interminables y generasen una dependencia institucional en sus usuarios, limitaban el acceso a sus dependencias en un plazo máximo de tres días. Hoy en día, los Centros de Acogida madrileños operan con el mismo principio<sup>82</sup>. Por si fuera poco, en determinada calle hay un ropero, pero el comedor más próximo se ubica a kilómetros de allí; para ducharse es necesario caminar otra hora, mientras que el Albergue queda en un barrio distante, y así continuamente (ver Mapa de los recursos en el Anexo 2). Las PSH que recurren a dichos servicios se ven forzadas a deambular a lo largo del día de una punta de la ciudad a la otra, intentando ajustarse a unos horarios que no se encuentran coordinados entre sí<sup>83</sup>. Así, la jornada se encuentra atravesada por lo institucional (Palleres, 2004). A tales esfuerzos hay que sumar la enorme serie de limitaciones asociadas con su condición de sin hogar: carecer de dinero para costearse los traslados, el problema de dónde dejar las pertenencias a lo largo del día, etc. Cuando la gente se ve obligada a moverse de un lugar a otro, entonces pierde el día entero simplemente en satisfacer las necesidades más básicas. No hay tiempo, por ejemplo, para acudir a una entrevista laboral. En tal sentido, los

---

<sup>82</sup> Los albergues fijan en días el tiempo de estadía; una vez terminado este período es muy probable que la persona regrese a dormir a la vía pública. Esta situación profundiza la itinerancia de las PSH, y suele ser mencionada como “efecto de la puerta rotativa”. Sin embargo, determinados usuarios llevan meses, sino años, en algunos Centros de Acogida. En este aspecto las reglas son bastante laxas, y son los trabajadores sociales quienes tienen el poder de decidir la permanencia en cada caso. Otro punto a considerar: muchos Albergues sólo funcionan durante las noches, por lo cual sus usuarios deben abandonar el sitio bien pronto por la mañana y deambular por las calles hasta el anochecer.

<sup>83</sup> Cada recurso establece su propio horario. En el caso de los comedores, es preciso acudir al servicio un par de horas antes del ingreso, formar fila y esperar a que el personal entregue un número. Las plazas son limitadas por lo cual quienes se han quedado sin número deben marcharse, mientras que el resto debe esperar otras tantas horas hasta que el comedor abra sus puertas.

recursos sociales dificultan un proceso de reinserción que permita escapar del círculo que los encierra en la calle.

*A veces hay mucha normativa, mucha burocracia para todo. De eso somos conscientes. Para recoger el vale del comedor, tienes que ir a las once, pero para después comer a la una. Y si vas a las once ya hay una cola que no coges tarjeta, con lo cual mejor te vas a las ocho, pero es que a lo mejor a las nueve te vas del albergue. Es decir, hay tanta burocracia, tantas colas, tantos horarios, que sólo el hecho de poder sobrevivir, es decir de ir a un ropero, de coger ropa, comer y poder dormir te lleva el día, es a lo que se dedican muchos de ellos. A dar vueltas buscando recursos simplemente para satisfacer las necesidades básicas. Pues igual lo que te digo, los roperos, no atienden todos los días, atiende los miércoles, solo para hombres, de tres a cinco. Pero si no coges la tarjeta el lunes pasado a las tres pues no tienes... nosotros o todas las instituciones que trabajamos con PSH, tenemos un grado importante de responsabilidad en la cronicidad de la gente<sup>84</sup>. Es así de triste y duro (...) o sea yo no puedo estar duchándome en un baño público que está en la otra punta si además no tengo transporte, y en media hora tener que recoger una tarjeta. Y encima cuando hablas con el trabajador social te dice “¿ha recogido la tarjeta?”, encima como que le recriminan. Eso hay que entenderlo, no somos capaces nadie de poderlo hacer. Es un tema recurrente, hay veces que pedimos lo imposible a la gente, hay que ser concientes (Entrevista a Trabajador Social de Cáritas, 6 de Julio de 2004).*

Es importante destacar que el estereotipo que liga al sinhogarismo con el nomadismo no se respalda necesariamente en el presente. En las calles madrileñas, es posible encontrar a muchas PSH que han adoptado pautas sedentarias. Hoy en día, el nomadismo de los *homeless* responde principalmente a un proceso de movilidad forzada. Determinados agentes sociales les impiden permanecer quietos en un territorio. La PSH lleva en el alma la movilidad, pero probablemente más como un sinónimo de insoportables presiones por parte de factores hostiles que como consecuencia de una pulsión irrefrenable hacia el camino.

## **2. Actuales formas de movilidad forzada**

El sinhogarismo supone una modalidad concreta de exclusión social, es sinónimo de movilidad forzada; esta es la idea central sobre la cual gira el presente apartado. Como sostiene Girola “la ciudad puede acoger y reintegrar a sus *desgraciados* a condición de que ocupen un territorio sin particularismos ni marcas locales, sin dejar huellas –dentro del espacio del anonimato institucional. Pero los vería mejor aún *lejos, en el campo*” (2004: 256). La movilidad forzada de

---

<sup>84</sup> “Cronicidad” es un término utilizado por los trabajadores sociales destinados a los recursos para PSH. A través del mismo se pretende distinguir diferentes niveles de acostumbramiento al contexto de calle, y por ende el grado de probabilidades de “reinsertar” al sujeto en una vida “más normalizada”. Por lo general, el tiempo de estadía en la calle, la salud física y mental o el nivel de aseo personal, suelen ser los indicadores que dan origen a esta categoría.

las PSH supone una forma de desventaja social que no se limita a carecer de un hogar, sino que incluso conlleva la negación de un derecho básico como es el de permanecer en un punto fijo de la ciudad. Y el derecho de estar, para quienes pasan sus días a la intemperie, equivale al derecho a ser. El proceso de traslados involuntarios surge como consecuencia de que las conductas que la PSH deben desarrollar para sobrevivir en las calles, “entran en conflicto con el estilo de vida de las personas con domicilio, y por lo tanto, con las instituciones diseñadas para proteger y regular la propiedad. El gobierno y las empresas intentan silenciar este conflicto diseñando definiciones concretas sobre el espacio y los comportamientos” (Wright y Vermund, 1996: 140). Una serie de interrogantes organizan esta sección: ¿cuáles son los factores, o quiénes son los agentes que promueven la movilidad forzada de las PSH?; ¿qué argumentos esgrimen estos actores para justificar su modo de actuar?

El sitio donde las PSH se ven constreñidas a vivir, es decir la calle, engendra miedos en muchos ciudadanos. Los discursos del pánico son el cimiento a partir del cual se apoyan quienes sostienen la necesidad de erradicar a los “indeseables” de la vía pública (Davis, 2001). Desde las narrativas del miedo se describe a las calles como territorios sin control, ámbitos donde prevalecen los “usuarios inapropiados”. Bajo este término son incluidos grupos e individuos que sólo tienen en común padecer un proceso de estigmatización social, así como recurrir al espacio público como medio de subsistencia.

*El objetivo lo adelantó Calvo el pasado martes: dotar a la policía de un “instrumento legal” que le permita trasladar temporalmente a albergues -incluso contra su voluntad- a mendigos, prostitutas o toxicómanos que “instalan su morada “en la vía pública degradando y “estigmatizando” el entorno (“Gallardón busca una ley para llevar a los indigentes contra su voluntad a los albergues”. El País. 1 de Julio de 2006)<sup>85</sup>.*

Si el espacio público ha sido secuestrado, entonces el orden consiste en recuperar a estos lugares en beneficio de “la ciudadanía”, expulsando a quienes son tildados como “indeseables”. Se trata de una auténtica lucha que no se libra en abstracto, sino en sitios concretos, en determinadas plazas o calles de Madrid. Las formas de movilidad forzada que analizaremos a continuación son consecuencia directa de estas disputas por cerrar los significados y usos del espacio público.

---

<sup>85</sup> Lo que tienen en común poblaciones tan diversas es que “los demás no encuentran razón para que existan (...) Los peligros que acarrear dominan la percepción que de ellos se tiene” (Bauman, 2003: 104). Como vimos en el capítulo anterior, es a partir de estos grupos que el poder logra materializar “lo temible” en una imagen.

No obstante, la presión por recuperar los espacios de las manos de los “usuarios inapropiados” no se ejerce por igual en todo el territorio urbano. En tal sentido, Snow y Mulcahy (2001) distinguen tres categorías territoriales: el espacio primario, el transicional y el marginal. En el primer caso, el espacio es utilizado por la comunidad domiciliada, ya sea con fines residenciales, comerciales, simbólicos, etc. El espacio marginal es ignorado por la mayoría de los residentes, no posee valor para la comunidad domiciliada, por lo que es abandonado, cedido al uso de las poblaciones relegadas. Las funciones del espacio transicional son borrosas y ambiguas; allí coinciden los ciudadanos de la comunidad domiciliada con las poblaciones marginadas. Es en los espacios primarios y/o transicionales donde se cuestiona la presencia de “los indeseables”. A lo largo del apartado se analiza cómo la utilización de estos ámbitos por parte de los *homeless* genera formas de sinhogarismo visibles, lo cual implica un proceso de movilidad forzada en estado latente.

### **2.1. Las fuerzas de seguridad y la movilidad forzada de las personas sin hogar**

En cuanto a los factores o agentes que fuerzan a la movilidad involuntaria de las PSH, cabe mencionar en primer lugar a las fuerzas del orden. La policía se constituye como el principal garante de la propiedad privada. Es la policía quien, en el terreno, determina cómo debe ser utilizado el espacio público, qué grupos o individuos pueden hacer uso del mismo, y qué conductas son punibles. Así, en numerosos registros constaté que la policía es el principal promotor de los permanentes traslados forzados de las PSH.

*Hace unos días Ramón se despertó y se puso a orinar entre unos arbustos. Un policía lo increpó, “que allí no se puede orinar”. Pero Ramón está harto de tantas injusticias, por lo que responde de forma agresiva. “¿Y dónde está el baño?, ¿dónde quieres que orine?”. Plantea que “nos quieren volver locos. La gente no llega a la calle loca. Eso lo he aprendido yo en estos tiempos. La vuelven loca ellos, con tanta persecución. Es constante, no puedes quedarte quieto en un sitio”. Ramón le respondió al policía que, según la Constitución, tiene derecho a un empleo y un hogar. Nadie hace efectivo tal derecho. También tiene derecho a moverse y permanecer en el espacio público sin que nadie lo moleste. Es la policía la que viola tal derecho al obligarlo a “circular”. “Enloquecen a la gente. A Sergio le piden los documentos todos los putos días. A cada rato. Como no sabe contestar, por que no todo el mundo sabe expresarse con corrección frente a la policía, entonces lo fuerzan a ponerse mal. Si saben que no es un delincuente, si le ven todos los días, ¿para qué le tocan los cojones de ese modo?” (19 de Octubre 2006).*

El control de la movilidad de las PSH por parte de las fuerzas del orden supone una combinación de estrategias de contención, desplazamiento y exclusión (Farell, 2005). A través de las mismas se intenta “reducir la visibilidad pública de las PSH y su interacción con el resto

de la comunidad limitando su movilidad y nicho ecológico” (Snow y Mulcahy, 2001: 160). Se trata de modalidades de control espacial centradas en desplazar a las PSH de los espacios que utilizan para subsistir o como ámbito de residencia -de los territorios primarios-, en confinarlos en los espacios marginales, fuera de la vista de quienes disfrutan de un hogar. Estas estrategias se expresan de diversos modos: el arresto, la confiscación de sus pertenencias, acarrearlos a otra área geográfica, la persecución de la mendicidad y del consumo en la vía pública, la permanente interrupción de las rutinas cotidianas de las PSH, etc.<sup>86</sup>

A pesar de la imagen estereotipada que asocia al sinhogarismo con un individuo solitario, es posible observar numerosos asentamientos de PSH en distintos puntos de la ciudad. Las fuerzas de seguridad están dispuestas a desentenderse de los mismos durante las noches, a condición de que la zona quede “limpia” durante el día. El tamaño de los asentamientos también incide en la tolerancia de las fuerzas del orden; exceder un determinado límite torna muy probable la presencia policial y el fin del campamento (Rowe y Wolch, 1990). Los patrones de intervención policial siguen una lógica que responde a dos variables: la ubicación geográfica y la visibilidad del campamento. Todas las ocasiones en las que constaté un traslado forzoso bajo presión policial se produjeron en espacios primarios altamente visibles.

*Francisca admite que muchos de sus compañeros están preocupados: los policías prometieron que, si mañana los encuentran nuevamente en el túnel, entonces los echarían del mismo y los llevarían a la comisaría (...) Luego converso con Edgardo, quien en poco tiempo me cuenta numerosas cosas. Le pregunto por el incidente con la policía y me responde que los quieren echar, que su presencia “molesta a la gente pija de la zona” (21 de Diciembre de 2004).*

¿Pero cómo se ejerce la presión policial forzando a la movilidad de quienes duermen en la calle? En muy contadas ocasiones las PSH comentaron haber sido agredidas físicamente por empleados de las fuerzas de seguridad -este tipo de situaciones se dieron dentro de calabozos, nunca en la vía pública. La presión se expresa a través de formas más sutiles: con una presencia recurrente e incitando de mal modo a abandonar el territorio, pidiendo reiteradamente documentación incluso en medio de la noche cuando la persona intenta descansar, etc.

---

<sup>86</sup> Como sostienen Altman y Chemers, “en nuestra cultura juzgamos desfavorablemente a quienes no poseen un territorio regular y estable. Los llamamos vagos y los consideramos gente marginal e indeseable, sujetos a multas y al encarcelamiento” (1984: 130). En Estados Unidos una de las formas primordiales de delimitación espacial y exclusión de las PSH ha consistido en su confinamiento en barrios marginales (Farell 2005; Snow y Mulcahy, 2001; etc.). Como indica la alta concentración en el centro y la escasa presencia de PSH en los barrios más periféricos de la ciudad, en Madrid la reclusión espacial no parece operar con tanta fuerza -tema tratado en el siguiente capítulo. En la capital española, el desplazamiento forzado se erige como la principal estrategia de control espacial.



*Relata cómo la policía irrumpe todas las mañanas, bien temprano, en el túnel. Hoy llegaron particularmente violentos, incluso pateando los cartones dentro de los cuales duermen. Francisca se despertó sobresaltada. Aún dormida, tuvo que lidiar con los agentes, intentar calmarlos para evitar cualquier posible incidente. Algunos de sus compañeros se pusieron muy nerviosos. Francisca me aclara que mucha gente sufre de los nervios, y que las situaciones como la que me describe los afectan mucho. En su opinión la policía lo sabe, e incluso busca explotar al máximo dicha situación. Piensa que tienen el propósito de “volvernos locos, para que en vez de la calle terminemos encerrados con los locos”. Cuenta cómo rodearon a Edgardo y comenzaron a hablarle entre varios. Francisca sabe que Edgardo es una persona violenta, y temió por su posible reacción. Entonces ella se acercó a los agentes y les dijo que no podían echarlos de la calle. Esta mujer plantea que los policías suelen ser gente muy ignorante, que nada saben sobre los sin techo. En su opinión, incluso les temen, sus superiores les inculcan miedo ante las PSH (...) Pero los policías no entraron en razón, se enfadaron ante la insolencia de una mujer que se atreve a responderles, y siguieron con la estrategia clásica: rodearla y hablarle todos al mismo tiempo, incluso empujándola (21 de Diciembre de 2004).*

La privatización de muchos espacios públicos, así como el auge de los discursos del miedo, han generado la presencia de cientos de empleados de seguridad privada en diversos puntos de la ciudad. En ocasiones son ellos quienes impiden que las PSH se instalen en un espacio concreto de la ciudad.

*A eso de las 22.20 nos detenemos en el costado del Teatro donde duerme Ramón. De hecho, lo encontramos armando sus cajas de cartón. Comenzamos la conversación hablando del frío que está comenzando a hacer, para luego enterarnos de los problemas que está teniendo con un empleado de seguridad del Teatro. Dice que “es un negro que le patea las cajas a las 7 de la mañana”. En más de una ocasión Ramón reaccionó amenazando con iniciar una pelea. Le da bronca que el hombre lo tilde de racista, dice que no se trata de eso, que de hecho es él quien la está pasando mal, mientras que el empleado se aprovecha de su situación de poder. Llega entonces Javi. Cuando planteo que mejor no pelear con un empleado del Teatro, no vaya a ser que los terminen echando de la zona, Javi reacciona violentamente diciéndome que de allí nadie los echaría (31 Octubre 2005).*

Pero no siempre los empleados de seguridad o la policía son tildados como enemigos por parte de las PSH<sup>87</sup>. Como se verá en el capítulo 7, en Plaza Ópera parece ocurrir más bien lo contrario. A lo largo de estos tres años de trabajo de campo, presencié la movilidad forzada del grupo de Ópera “solamente” en cuatro oportunidades -este es uno de los motivos que lleva a que las PSH valoren positivamente dicho espacio. Uno de tales desplazamientos se debió a la

---

<sup>87</sup> Las PSH suelen distinguir entre la hostilidad de la policía municipal -custodios de la “convivencia urbana”- y la amabilidad o indiferencia de la nacional -quienes se dedican a otros asuntos. Otro dato sobre la relación entre sinhogarismo y fuerzas de seguridad: en los cinco años que llevo residiendo en Madrid, las únicas dos veces que la policía solicitó mi documentación fue mientras conversaba con algún *homeless*.

pelea entre un *homeless* y un empleado de seguridad del Teatro<sup>88</sup>. En las otras tres ocasiones el traslado policial guardó relación con acontecimientos políticos-sociales importantes para la ciudad.

*Lo primero que me cuenta Bruno es que los llevaron “engañados” al Centro Abierto. “Eso fue una estafa”. Se queja de la gente y del olor: “yo no entiendo cómo no los hacen bañarse antes de entrar” (...) Era una noche de lluvia, por eso accedieron a ir. Se acercó un policía y sugirió “amablemente” la posibilidad de ir a un albergue. “No fue forzado, pero iba un Concejal de los pobres, como la Botella esta, a la función del Teatro Real, querían limpiar la zona. Vamos que si me hubiese enterado lo que era aquello, madre mía, que me hubiese echado a dormir aquí mismo -en medio de la plaza. Eso es peor incluso que en lo del Padre Enrique” (13 de Diciembre de 2006)<sup>89</sup>.*

## 2.2. Los movimientos de vecinos y la localización de los recursos sociales

La movilidad forzada de quienes duermen a la intemperie también responde a la hostilidad de los vecinos de la zona, quienes a partir de distintas estrategias procuran ahuyentar a las “personas non gratas” de los alrededores.

*Benito menciona que debieron dormir en otros lugares durante un tiempo, como consecuencia que los dueños de los locales en cuyos soportales pernoctan, buscando evitar su presencia, limpiaron varias veces la acera con un químico muy potente. En una de tales ocasiones, hicieron tal “limpieza general” delante de ellos (25 de Octubre de 2004).*

Sin embargo, la verdadera amenaza para el sedentarismo de las PSH sólo comienza cuando los residentes domiciliados organizan su animadversión en forma de movimiento vecinal<sup>90</sup>. Este tipo de movimientos surge cuando las PSH adoptan pautas sedentarias en el barrio y, por lo tanto, pasan a ser visibles. La presencia de los grupos estigmatizados en los territorios primarios de la ciudad es vista como una intrusión, es interpretada como una violación de dichas áreas. A su vez, la “peligrosidad social” es el elemento que aglutina a estos vecinos y que los lleva a proponer una visión restringida del espacio público. La sensación de inseguridad se refleja en el

---

<sup>88</sup> La pelea supuso que el grupo entero debiese abandonar el portal del Teatro y buscar un sitio en medio de la noche. El grupo tuvo que esperar varios días para reinstalarse en el portal, y sólo lo hizo cuando mejoró el humor del empleado y a condición de que la PSH involucrada en el litigio durmiese en otra zona de la ciudad.

<sup>89</sup> Se refiere a Ana Botella, Concejal de Servicios Sociales del Ayuntamiento. En cuanto al Padre Enrique, el informante alude al albergue con peor reputación entre las PSH de Madrid.

<sup>90</sup> En Estados Unidos de América se denomina a estos movimientos con la sigla NIMBY -“not in my backyard”, o “no en mi barrio”, y es bastante lo que se ha investigado al respecto (ver Hoch, 1991; Farrell, 2005; Dear y Glesson, 1991; etc.).

siguiente artículo periodístico, el cual retrata la reacción de los residentes ante la posibilidad de que un Centro para PSH se instale en su barrio<sup>91</sup>.

*Los vecinos muestran su inquietud y expresan que “va a venir mucha gente por aquí que hará incrementar los robos” (...) Existe en el barrio una preocupación por el “abandono que sufre Valderribas por parte del Ayuntamiento, además con este centro aumentará la delincuencia” (“El centro de acogida de los sin techos recibe sus primeras críticas por parte de los vecinos”. [www.el-distrito.com](http://www.el-distrito.com) 23 de Febrero de 2005).*

Los discursos del miedo y las reacciones vecinales pueden enmarcarse al interior de la teoría conocida como “broken windows”<sup>92</sup>, la cual se centra en las “conductas incívicas” y la consiguiente degradación de determinadas zonas. El vandalismo -expresado en forma de graffitis que ensucian las paredes, la acumulación de basura, pero también como la presencia de mendigos en un barrio- es entendido como indicio de un débil control social, un imán que atrae a patologías sociales más graves como la delincuencia. Es por ello que estas teorías proponen una política de tolerancia cero frente a aquellos comportamientos calificados como “desordenados” (Farrell, 2005).

Cuando se apela a un “uso debido” del espacio público, afloran las “nociones higienistas”: la necesidad de expulsar a las PSH se expresa con toda su brutalidad a través de la expresión “limpiar la zona”. El estigma de la suciedad legitima políticas de control y represión policial respaldadas por un discurso jurídico donde la ideología de lo limpio se fusiona con la de la propiedad.

---

<sup>91</sup> Como vimos en el capítulo anterior, la tasa y el tipo de arrestos de las PSH muestra que su nivel de peligrosidad social es muy reducido. Farrell (2005) ha investigado cómo la presencia de PSH incide en la sensación de desorden entre los vecinos. Su conclusión es que quienes se muestran más temerosos y reacios a la proximidad son quienes residen en espacios con una escasa presencia de PSH. Los vecinos de los barrios donde se han instalado las PSH tienen la posibilidad de observar tanto las “conductas incívicas” como el respeto por el entorno por parte de las PSH. De hecho, el 60% de los encuestados calificó como positivas las interacciones que tuvieron con los *homeless*. Las estadísticas de Farrell también contradicen los supuestos que asocian la presencia de PSH con la sensación de degradación barrial. No existen investigaciones similares en España que permitan corroborar estas afirmaciones. No obstante, deberíamos dudar si la asociación entre sinhogarismo y peligrosidad/degradación social no es otro producto mediático antes que un reflejo de lo que la ciudadanía piensa sobre esta gente.

<sup>92</sup> James Q. Wilson y George F. Kelling han sido los ideólogos de esta teoría, según la cual las ciudades estarían padeciendo comportamientos incíviles que atentan contra la vida urbana. Aparentemente se trata de infracciones menores, pero el problema consiste en que ni los vecinos del barrio ni la policía logran afrontar estas formas de vandalismo. La metáfora que retrata dicha situación es la de una ventana rota que nadie repara. “Pero incluso una única ventana rota indica una falta de preocupación por el espacio público que invita a otros tipos de desordenes mas serios, a conductas criminales. Son una metáfora de los comportamientos escandalosos” (en Mitchell, 2003: 200).

*Me cuenta que ante los desalojos cotidianos de la policía, los inmigrantes que viven en el túnel con ella no se quejan pues no tienen papeles. Pero Norma sí conoce sus derechos, y esta dispuesta a hacerlos respetar. “Antes llegaba la policía y tiraba todo” -dice señalando los cartones. Relaciona tal situación con los servicios municipales de limpieza, con “la campaña Madrid limpio”. “Tu fíjate, Madrid limpio es que no nos vean a nosotros, les molestamos a la vista”. Continúa diciendo que la mancha que hay en el suelo -me señala un punto del túnel próximo a donde nos encontramos- se hizo cuando un grupo de voluntarios les llevó café con leche. “Tú fíjate si los de Madrid Limpio la han limpiado” (30 de Abril de 2004).*

Como en tantas otras ocasiones, la “limpieza y el orden” se presentan como uno de los criterios de normalidad a partir de los cuales se estigmatiza a la población sin hogar. Se los juzga a partir de tal criterio, sin considerar el contexto geográfico en el cual residen.

*Los vecinos de la zona están hartos. Se quejan de la suciedad y del aspecto de degradación de la calle. Algunos han empezado a recoger firmas para que el Ayuntamiento tome medidas. “No es que den problemas ni que tengamos miedo de los indigentes, porque no son violentos, pero es desagradable encontrarse con toda esa suciedad cada mañana”, explica Pedro García, uno de los vecinos del inmueble frente a la marquesina (“Un hogar en la marquesina”. El País. 28 de Mayo de 2006).*

Recordando las reflexiones de Bauman (2005), debemos tener presente cómo el poder suele apelar al concepto de limpieza a la hora de garantizar los privilegios de determinados grupos, relegando a otras poblaciones. Limpiar es excluir, es moldear una materia hasta entonces homogénea diferenciando dos partes: lo que pasa a ser clasificado como producto de lo que será considerado como desecho material –la basura- o humano –los “inútiles sociales”. Titulares como los siguientes deberían ponernos alertas ante los pedidos de “limpieza”, entendidos como sinónimos de expulsión de determinadas poblaciones.

*“Limpien de mendigos las calles de Madrid por la Boda Real. Los mendigos, los vagabundos y los drogadictos que viven en las calles de Madrid se han convertido en un estorbo de cara a la boda del príncipe Felipe y Letizia Ortiz el próximo 22 de mayo, por lo que la policía los está echando de la zona, informó la prensa capitalina”. En los pasados días, agentes de la policía han conminado a los indigentes a que “desaparezcan o se marchen” de los alrededores del escenario del enlace y el recorrido nupcial, es decir, de las inmediaciones del Palacio Real o de la Catedral de La Almudena, donde se celebrará la boda, según el diario “El Mundo”. Los “sin techo” afirman que desde la segunda semana de mayo fueron “invitados” de forma amistosa a abandonar los lugares donde duermen y que mientras se acerca la fecha del enlace las intimidaciones han ido en aumento ([www.iblnews.com](http://www.iblnews.com) 29 de Julio de 2004).*

El último punto a considerar consiste en los argumentos relacionados con la localización de los recursos para PSH. En primera instancia, los movimientos adoptan un discurso políticamente correcto, reconociendo el derecho de las PSH a disponer de un Albergue donde descansar. No

obstante, a continuación siguen una lógica que se sintetiza con la siguiente frase: “no en mi barrio”. Así lo testimonian las pintadas que podían leerse en las inmediaciones al dispositivo de la Campaña de Frío ubicado en el barrio de Carabanchel: “Alcalde, los asentamientos en tu barrio” (“Vecinos de Carabanchel cortan la Vía Carpetana como rechazo de un albergue para indigentes”. [www.madridiario.es](http://www.madridiario.es) 15 de Noviembre de 2004). Por otra parte, los movimientos vecinales repiten una y otra vez que los nuevos recursos para PSH siempre son localizados en barrios populares, nunca en zonas residenciales de la ciudad<sup>93</sup>.

*Los transeúntes de Valderribas se quejan de que este tipo de centros siempre se instalen en los barrios más pobres, "siempre nos toca a nosotros y no a otras zonas con más dinero", afirma una vecina de Vicálvaro (...) La ubicación de las instalaciones es un tema controvertido y el interrogante es por qué no construyen el centro en zonas como Majadahonda, Las Rozas, o Pozuelo ("El centro de acogida de los sin techos recibe sus primeras críticas por parte de los vecinos". [www.el-distrito.com](http://www.el-distrito.com) 23 de Febrero de 2005).*

A su vez, la movilización de vecinos rechazando la presencia de PSH en sus barrios incide en la localización de los recursos. Así lo testimonia dónde se han instalado los nuevos servicios. No es casual que luego de las fuertes protestas de los vecinos de Carabanchel<sup>94</sup> los dispositivos temporales de la Campaña de Frío hayan sido ubicados en polígonos industriales aislados y desiertos durante las noches -como es el caso de los dos dispositivos situados en Vallecas-, o en el medio de un bosque como es la Casa de Campo.

*El Ayuntamiento aprobó ayer en la Junta de Gobierno, tal como adelantó este periódico, la construcción del nuevo centro de acogida para las personas «sin techo» en el polígono industrial de Vicálvaro, en concreto en la calle Transformador. ¿Por qué se ha elegido este lugar? La concejala de Servicios Sociales, Ana Botella, expone que (...) los recientes conflictos que tuvo el Consistorio con los vecinos de Carabanchel, al instalar allí el albergue para la campaña contra el frío, no han influido en la decisión municipal de escoger una parcela en un polígono, lejos de las viviendas, que además está en situación*

---

<sup>93</sup> Von Mahs (2005) en Alemania y Hoch (1991) en Estados Unidos describen una situación similar, tanto en lo que se refiere a la lógica “no en mi barrio” como a la instalación de recursos en las zonas más pobres de las ciudades.

<sup>94</sup> En el invierno de 2004-2005 la Campaña Municipal contra el Frío instaló uno de sus dispositivos en un antiguo Canódromo abandonado y ubicado en el barrio de Carabanchel. Los vecinos de la zona se organizaron y protestaron por la presencia del dispositivo. Tras la ruptura de las negociaciones con el Ayuntamiento, el 21 de noviembre acamparon en la zona. En la mañana del 22 de noviembre la policía acudió al sitio con la orden de desalojar los alrededores y garantizar el trabajo de los obreros que debían instalar los sankis (“No al Velódromo”. [www.libertaddigital.com](http://www.libertaddigital.com) 22 de Noviembre de 2004). Entonces, los forcejeos entre la policía y los vecinos dejaron un saldo de 17 heridos leves (“Revuelta vecinal por la instalación del albergue contra el frío en Carabanchel”. [www.abs.es](http://www.abs.es) 22 de Noviembre de 2004). Los partidos de la oposición apoyaron al movimiento vecinal y criticaron duramente al gobierno, pero ni Izquierda Unida (IU) ni el Partido Socialista Obrero Español (PSOE) se preocuparon por los derechos de las PSH. Además, nadie protestó ante la idea de alojar en un sitio diseñado para perros a quienes sufren el estigma de vivir en la calle.

*de casi abandono ("La decisión de hacer el albergue en Vicálvaro no debe provocar rechazo vecinal, dice Botellas". [www.larazon.es](http://www.larazon.es) 4 de Febrero de 2005).*

La política cede ante la presión vecinal y la respuesta ante un problema social como el sinhogarismo se limita a esfuerzos por ocultar a estas poblaciones. Es así que Hoch (1991) sostiene que los albergues parecen haber sido ideados como una solución al problema de la proximidad y visibilidad barrial de las PSH, antes que como un elemento de reinserción.

*La reclusión nocturna forzada, desde las ocho de la noche en los albergues públicos es una medida policial que deviene en carcelaria, una medida que ignora la dimensión ética del asunto para concentrarse en la estética y en la cosmética de las ciudades, no se trata de dar techo a los sin techo, comida al hambriento o posada al peregrino, sino de barrerles y borrarles del paisaje urbano para que no lo ensucien ni lo afeen, de hacerles invisibles a los ojos de turistas de paso y residentes con techo e hipoteca ("Plaga de indigentes y palomas". El País. 23 de Agosto de 2006).*

Paradójicamente, los programas que apuntan a luchar contra la exclusión en tanto la forma más extrema de desafiliación social, al mismo tiempo condenan a dichas poblaciones a recluirse en polígonos deshabitados. Es decir, aislándolos geográficamente, son estos mismos programas los que fomentan la desvinculación social de las PSH.

*El Consistorio ha elegido una zona industrial en la que no existen cerca edificios de viviendas. Los vecinos más cercanos de este nuevo centro serán las naves empresariales cercanas que ya existen ("El consistorio construirá el nuevo albergue para los sin techo en el polígono de Vicálvaro". [www.larazon.es](http://www.larazon.es) 31 de Enero de 2005).*

Además, buscando contentar a quienes aportan votos, se obliga a las PSH a una movilidad cotidiana y costosa desde los nuevos dispositivos hacia el centro de Madrid. Recordemos que suele ser en las zonas primarias, en el centro de las ciudades, donde las PSH logran la subsistencia cotidiana (Hoch, 1991).

*Daniel Viondi, portavoz del Partido Socialista (...) criticó también el hecho de que el centro se ubique en Vicálvaro cuando la mayor demanda de este servicio se encuentra en el centro. "Es como si quisieran esconderlos" afirmó Viondi, que también mostró su asombro al ser necesario el pago de un billete de metro o cercanías para llegar al centro ("El centro de acogida de los sin techos recibe sus primeras críticas por parte de los vecinos". [www.el-distrito.com](http://www.el-distrito.com) 23 de Febrero de 2005).*

### *2.3. Los proyectos de renovación urbana como factor de movilidad forzada de las personas sin hogar*

Como vimos en la introducción de esta tesis, los gobiernos de turno inciden directamente en las modalidades que adopta el sinhogarismo al promover u omitir políticas relacionadas con el mercado de la vivienda y del trabajo, al generar programas de ayudas a las familias con pocos recursos, etc. En tal sentido, el desplazamiento infatigable de las PSH en buena parte es consecuencia de la inacción y las deficiencias del Estado Social (Von Mahs, 2005). No obstante, en este apartado nos detendremos en otras formas de intervención política.

Snow y Mulcahy (2001) sostienen que en ocasiones el espacio urbano adquiere valor en función de una dimensión simbólica y política. Es decir, un área de la ciudad puede ser politizada, y dicha situación genera una reconversión en los usos, valores económicos y significados del sitio. Con relación a la presencia de PSH, la politización de los espacios se sintetiza básicamente en dos motivos: por un lado, el gobierno busca teatralizar ante la ciudadanía su lucha implacable contra los “usuarios inapropiados” del espacio público; por el otro, el poder pretende demostrar a los residentes proximidad, que es sensible frente a sus reclamos. Detrás de ambas cuestiones subyace una lógica electoral, donde los gobernantes de turno corren detrás de las protestas vecinales<sup>95</sup>.

¿Cómo afrontan los gobiernos locales estas tensiones espaciales producto de la presencia de PSH en un área urbana? ¿Qué nos puede decir el presente madrileño al respecto? La respuesta se encuentra en los proyectos de reconversión urbana, entendidos como transformaciones arquitectónicas que se presentan como un esfuerzo por embellecer la ciudad, pero que implícitamente buscan satisfacer los deseos de los propietarios de la zona que reclaman el traslado de las PSH. Como se expone más adelante, se pretende transformar los espacios conflictivos en “paisajes”.

Dichas reformas urbanas pueden diferenciarse según la escala de su alcance en micro o macro proyectos. En cuanto al nivel micro, las propuestas de reconversión urbana se basan en la expansión de los “espacios acotados”. Davis (2001) utiliza dicho término para referirse a una serie de elementos aparentemente decorativos, pero cuyo objetivo final es el de erigirse como

---

<sup>95</sup> En el estudio de Snow y Mulcahy (2001) sobre los agentes que promueven la movilidad forzada de las PSH, las organizaciones de residentes fueron el principal factor a considerar -representaron el 43% de los casos. En segundo término les siguieron las fuerzas políticas con un 40%. Luego se ubicaron los actores económicos, con un 17%.

barreras que obstaculizan el uso de los espacios públicos e incitan a “los intrusos” a trasladarse a otro sitio (ver fotografías en Anexo 3). Las rejas son una de las formas típicas en que se expresan los espacios acotado: enrejados que cierran parques impidiendo el acceso nocturno, verjas que delimitan áreas de las plazas, barrotes que impiden utilizar soportales... El propósito subyacente siempre es el mismo: cerrar, impedir el acceso y el uso.

*Braulio solía dormir en el portal número 63 de la calle García de Paredes, el cuál consiste en la puerta de una clínica médica que está permanentemente cerrada. Sin embargo, algún responsable de la clínica tuvo la idea de dificultarle aún más la vida a este hombre. De tal forma, han construido una estructura de hierros que se prolonga desde la puerta, impidiendo extenderse en el piso de dicho espacio, dejando un lugar mínimo. Braulio protesta, pero no por eso se va a otro sitio –se encuentra recostado, con las piernas dobladas serpenteando entre los hierros.. Parece estar encariñado con dicho lugar, allí es donde siempre pasó su tiempo (17 de Septiembre de 2004).*

Los espacios acotados se materializan en la arquitectura urbana a través de un nuevo estilo de mobiliario urbano<sup>96</sup>. Así, en las plazas los asientos rectangulares son substituidos por individuales; algo similar ocurre con los bancos de los “sitios de espera”, como los ubicados en las marquesinas de los autobuses (ver fotografías en Anexo 3). Esta tendencia arquitectónica trasciende al sinhogarismo, repercute en el conjunto social. Después de todo, se trata de obstaculizar una de las funciones esenciales del espacio público: ser un ámbito de socialización.

*Tirso de Molina está mejor de lo que estaba, pero parece demasiado pensada para que los indeseables no puedan hacer uso de ella. En la actual plaza no hay ni un solo banco y se echan de menos espacios donde se pueda hacer algo más que consumir o circular. Por las tardes, los grupos de madres que acompañan a sus hijos a la zona de los juegos tienen que sentarse en el suelo o apoyarse en alguna repisa de las jardineras. Para impedir que las PSH puedan tumbarse por la noche, las marquesinas de autobuses ya no tienen asientos (“Des-plazados”. [www.epais.com](http://www.epais.com) 3 de Septiembre de 2006).*

Cuando se incrementa la protesta vecinal y los reclamos llaman la atención de los medios de comunicación, el proyecto de renovación urbana asciende una escala. En tales casos, importantes inversiones monetarias apuntan a una auténtica transformación en las posibilidades de uso del espacio. Detrás de todo proyecto de reconversión urbana se esconden los intereses de grupos económicos que especulan con obtener ingentes ganancias, ya sea como consecuencia

---

<sup>96</sup> Las transformaciones del mobiliario urbano adquieren múltiples formas. Los maceteros se expanden como hongos por las plazas, incluso por espacios donde anteriormente se ubicaban bancos. Otro ejemplo: la colocación de cestos de basura con un diseño que impide visualizar su interior y hurgar entre los desechos, dificultando una de las tácticas clásicas de subsistencia de las PSH. En cuanto al enrejado, la situación más llamativa que me ha tocado vivir en estos años se ha localizado en la calle Gran Vía de San Francisco. Allí se encuentran las dependencias del Ministerio de Agricultura, donde todas las noches unos 20 europeos del este se refugiaban bajo sus soportales. La dispersión del grupo se produjo tras el vallado de la Secretaría (ver fotografías en Anexo 3).



de la revalorización de la zona u obteniendo la licitación que les encargue la remodelación correspondiente.

*El Ayuntamiento incluyó a última hora en los presupuestos de 2007 una dotación de 3,9 millones de euros para la “remodelación integral” de la plaza de Santa María Soledad de Torres Acosta, más conocida con el nombre de plaza de la Luna. Los vecinos de esta plaza -4.000 metros cuadrados de degradación, droga y mendicidad detrás de la populosa y comercial Gran Vía- denunciaron el pasado 22 de junio, con un video, la situación que viven (...) El plan de remodelación de la plaza (...) Previsiblemente incluirá la eliminación de todos los soportales y recovecos, que ahora sirven de escondite a los camellos<sup>97</sup> y de camastro a los indigentes (“Las otras obras de Gallardón. Inyección millonaria en la plaza de la Luna”. El País. 14 de Octubre de 2006).*

La alta presencia de PSH, junto con una relación conflictiva con los vecinos de la zona, determinó una reconversión arquitectónica en espacios como las plazas “Torres Acosta” o “Tirso de Molina”. Tuve la oportunidad de conocer a una mujer que dormía en las inmediaciones de la Plaza Tirso de Molina; en cierta ocasión le pregunté por los proyectos de transformar la fisonomía de la plaza.

*Respecto de Tirso de Molina, comenta que hoy ha sido entrevistada por un noticiero. Le preguntaron su opinión sobre el proyecto de convertir al sitio en un gran mercado de flores. Entiende que sólo se trata de desalojar a “los indeseables” que frecuentan un espacio tan céntrico -lo dice con tono irónico y señalándose a sí misma cuando utiliza la expresión “indeseables”. Luego añade con bronca que “este es un país bastante democrático, y yo voy a ir a donde se me cante el coño. Nadie me va a quitar de donde a mí me place estar” (16 de Mayo de 2005)<sup>98</sup>.*

Pero fue un punto particular de la ciudad el que me llevó a considerar la movilidad forzada de las PSH como una forma específica de exclusión social: el pasadizo subterráneo que atravesaba el Paseo de los Recoletos, comunicando las calles de Goya y Génova. A pesar de las tensiones inherentes al vivir en la calle, en el Túnel de Colón se había formado un asentamiento relativamente estable de PSH. Con el pasar de los meses la presión policial fue cada vez más punzante, y ello supuso que el grupo debiese deambular durante el día por el Parque del Retiro y otros espacios colindantes.

---

<sup>97</sup> Un “camello” es un vendedor de drogas.

<sup>98</sup> Finalmente la Plaza Tirso de Molina fue reformada y se instaló un mercado de flores, mercantilizando un espacio que hasta entonces era público. Otras zonas con alta presencia de *homeless* no pueden ser remodeladas, pues han sido declaradas patrimonio de la humanidad. Es lo que ocurre con los soportales de la Plaza Mayor de Madrid. La solución consiste entonces en empapar la zona en medio de la noche, obligando al traslado.

*Me comentaron que ayer por la mañana los despertaron los GEO pidiéndoles papeles. Un policía les hacía bromas, diciéndoles: “¿de que os quejáis, si vivís en Colón!” (...) A uno de ellos le pregunto si es nuevo por aquí. El responde que no, que durmió en otros lugares, como en el otro túnel de Plaza Colón o en el de Cibeles, pero que estaba harto de que lo echasen de todos lados. Creía ilusionado que este túnel tendría la ventaja de que la policía no los molestaría durante las mañanas. Pero ve que no es así. Me cuenta que en el otro Túnel los expulsan todos los días a las 8 de la mañana, limpian un poco y luego ellos retornan con sus cosas. “Es que en el otro túnel hay locales comerciales” agrega con sabiduría (8 de Agosto de 2004).*

No obstante, el grupo se mostraba obstinado, se retiraba a lo largo del día y volvía a poblar el túnel durante las noches. La policía sólo podía arrearlos por las mañanas, para impedir la presencia de las PSH en la zona era preciso otro tipo de medidas de mayor alcance. Fue así que el Ayuntamiento tomó cartas en el asunto, tapiando ambos ingresos al túnel con ladrillos y cemento (ver fotografías en Anexo 3). El grupo se dispersó y yo perdí el contacto con mis conocidos. El Ayuntamiento justificó sus medidas apelando, una vez más, a la necesidad de “embellecer” la ciudad.

*El Pasadizo subterráneo de la plaza de Colón, que servía de paso peatonal entre las calles de Goya y Génova y que, durante años, fue usado como hogar por indigentes, comenzará a ser desmontado el próximo diciembre para convertirse en un centro de información turística (“El pasadizo de Colón será un centro de información turística en abril”. El País. 14 de Octubre de 2006).*

En última instancia, la transformación arquitectónica, y la consiguiente expulsión de un grupo de PSH, no resuelve sino que sólo desplaza el problema. Es por ello que avanzan las propuestas por generar un marco legal que reglamente con severidad los usos legítimos del espacio público.

*Uno de los problemas de los que se quejan los vecinos es que en las últimas semanas han ocupado la plaza de Vázquez de Mella -distrito de Centro- más indigentes de lo habitual (...) se han percatado que estos indigentes han aumentado en número desde que creció la protesta vecinal de la plaza Soledad Torres Acosta y el consiguiente incremento de la presencia policial. “Nos traen a todos los mendigos de la capital. Como aquí no nos quejamos...” (“Nos traen a todos los mendigos de la capital”. El País. 19 de Agosto de 2006).*

### **3. Movilidad forzada y leyes antihomeless**

En Estados Unidos los esfuerzos por reglamentar las prácticas de las PSH, y en particular su movilidad, han llegado más lejos que en ningún otro sitio y se han materializado en un cuerpo legal conocido como “leyes antihomeless”. Se trata de “un nuevo asalto legal a las PSH (...)

que busca *mejorar la calidad de vida* regulando puntillosamente el comportamiento en la vía pública, cuándo y dónde la gente puede dormir en el espacio público, y bajo qué modalidades la gente puede ejercer la mendicidad” (Mitchell, 2003; 161).

En España, a través de una estricta reglamentación espacial, Barcelona ha tomado la delantera en lo que se refiere a la represión de las tácticas de supervivencia que adoptan muchas PSH. La “Ordenanza de medidas para fomentar y garantizar la convivencia ciudadana en el espacio público de Barcelona” (BOP 20 Anexo 1, 2006) plantea como objetivo preservar el espacio público como un lugar de “convivencia y civismo”. Para ello persigue las prácticas que supuestamente atentaría contra este principio, aquellas que son llevadas a cabo en el espacio público sin regulación estatal: las apuestas, los servicios sexuales, el consumo de alcohol, satisfacer las necesidades fisiológicas en la vía pública, y demás formas de uso “inadecuado del espacio público” -como por ejemplo dormir en dicho ámbito. Quedan terminantemente prohibidas las formas de economía informal, como la venta ambulante o de alimentos y bebidas sin licencia de la autoridad competente. Lo mismo ocurre con la mendicidad. Esta ordenanza responde a una tradición secular, por la cual el poder de turno se esfuerza por disminuir la cantidad de personas que ejercen la mendicidad, así como por controlar su desarrollo estableciendo la necesidad de contar con una licencia para llevar a cabo tales prácticas. La Ordenanza fija una serie de medidas coercitivas, entre las cuales cabe destacar las multas y la confiscación de los bienes en cuestión. En última instancia, y como sostienen Wright y Vermund (1996), la disrupción de las rutinas cotidianas, en este caso de las formas de subsistencia que se desarrollan en el espacio público, sirve para mantener la autoridad sobre un espacio<sup>99</sup>.

---

<sup>99</sup> Este tipo de ordenanzas suponen la experiencia frecuente del desplazamiento, la cual posee un efecto disruptivo sobre el flujo de ingresos llegando incluso a obstaculizar la subsistencia de las PSH. Además, los cargos legales o multas obstaculizan enormemente la vida de las PSH. Como me explicaron diversos responsables de instituciones que trabajan con PSH en Barcelona, a un año de su entrada en vigencia la ordenanza no supuso una transformación demasiado notable en la cotidianidad de las PSH. De hecho, la dinámica que a partir de entonces se ha instaurado es la de multar a las PSH sin que estos realicen el pago correspondiente. Se dan situaciones ridículas, donde a una misma persona la han multado a las 17:20 por un “uso indebido del espacio público”, a las 17:21 por beber en la vía pública, a las 17:22 por ejercer la mendicidad –acumulando deuda y tipificando como diferentes infracciones una misma condición social, la de verse forzado a residir en la calle. El gran problema que perciben estas instituciones es de cara a futuro, cuando la persona intente “normalizar” su vida, obtenga un empleo, y al cobrar su primer sueldo se desmoralice observando como el mismo se va íntegramente en cubrir una deuda contraída como consecuencia de residir en la calle (comunicación personal con responsables del Centre d'Acollida Assís y de Arrels Fundació). Una vez más, verificamos que existe una correlación entre desplazamiento y criminalización de las PSH (Von Mahs, 2005)

En Madrid las propuestas por un mayor control del uso del espacio público aún no han logrado articularse en un cuerpo legal. No obstante, ante la presión de los movimientos vecinales han surgido voces como la del Concejal de Seguridad del Ayuntamiento, reclamando por la erradicación de quienes “hacen un uso privativo de la vía pública”.

*“Se trata de dar una solución ante el uso privativo que algunos hacen del espacio público (...) El Concejal no aclaró que modificación legal propondrá ni cómo se establecerá qué es un “uso privativo de la vía pública” (...) Si resumió el edil la idea de fondo: “La vía pública no se puede convertir en la morada de algunos” (“Gallardón busca una ley para llevar a los indigentes contra su voluntad a los albergues”. El País. 1 de Julio de 2006).*

¿Cuál es el entramado en el que se inscriben estas iniciativas *antihomeless*? ¿Qué procesos históricos operan de trasfondo fomentando y legitimando tales iniciativas? Mitchell (2003) sitúa dicho contexto en la globalización de los mercados y la expansión de la sociedad de consumo. Como vimos en la introducción de la tesis, la globalización supone el desmoronamiento, o cuando menos la flexibilización de las barreras nacionales destinadas a proteger a las industrias locales del flujo de mercancías. En el presente, el capital opera de forma transnacional, buscando tan sólo satisfacer una mayor tasa de ganancia. Para ello se traslada incesantemente, aprovechando los sitios con mejores posibilidades de rentabilidad: los territorios donde la fuerza de trabajo es más barata, con menores preocupaciones por las consecuencias ecológicas, etc. Dicha situación conlleva a los procesos de deslocalización, es decir, al cierre de empresas y la pérdida de puestos de trabajo, a la crisis de múltiples regiones que no logran adaptarse al nuevo contexto mundial (Harnecker, 2000).

Los promotores de las leyes *antihomeless* justifican sus actos en función de la permanente amenaza de deslocalización (Mitchell, 1997). Es la entera ciudad la que estaría en riesgo de ser abandonada por un capital que fluye incesantemente; los ideólogos de estas iniciativas se presentan como los guardianes de la ciudad en su conjunto, como los responsables de lograr que la misma se muestre siempre atractiva para los inversores. Y para ello conciben al espacio como otra de las tantas mercancías que inundan el mercado de valores. Así, en lo que respecta al espacio urbano, los gestores locales privilegian el valor de intercambio por sobre el valor de uso<sup>100</sup>. Pero, ¿cuál es la lógica que conecta la presencia de PSH con la tan temida

---

<sup>100</sup> El valor de uso apunta a la apropiación temporal que cualquier ciudadano puede realizar de un territorio común como es el espacio público. Por el contrario, el valor de intercambio significa propiedad, y por lo tanto un uso exclusivo que distancia el acceso a los espacios. Representa un acto de expulsión legitimado por el Estado y el poder jurídico (Mitchell, 2003). El espacio público tiene un valor de uso para las PSH, pues allí deben asearse o alimentarse; pero dichas prácticas amenazan el valor de intercambio; por consiguiente, tales valores de uso deben ser silenciados.

deslocalización? Según argumentan los defensores de las leyes *antihomeless*, la visibilidad de las PSH es un factor que conlleva al declive urbano. La simple imagen de una PSH frenaría el ritmo productivo, disminuiría la tan ansiada tasa de ganancia, alejaría a potenciales consumidores de los comercios próximos. La visión de un individuo durmiendo en la calle, revolviendo la basura, u orinando en la vereda, supuestamente repele a un capital que a partir de entonces se traslada y fija en otros lugares más atractivos.

*Los comerciantes de Tirso de Molina padecen de manera doble la inseguridad ya que (...) sus establecimientos, pierden a la clientela que, por miedo, no se atreve a acudir hasta el centro para hacer sus compras ("Tirso de Molina, plaza sin ley: todos los días vemos cómo atracan a un anciano". [www.larazon.es](http://www.larazon.es) 10 de Octubre de 2004).*

La solución que encuentran los defensores de las leyes *antihomeless* al dilema planteado por un capital con ansias de movilidad, consiste en lo que Mitchell denomina “la aniquilación del espacio por la ley”: un “remedio legal que busca limpiar las calles de quienes se han visto relegados por la globalización y otros cambios seculares en la economía, a partir de un simple borrado de los espacios donde viven –creando una ficción legal en la cual los derechos de los ricos, de los exitosos de la economía global, también rigen para el resto de la población” (1997: 305). La “aniquilación del espacio por la ley” puede inscribirse dentro de los eternos esfuerzos por criminalizar la pobreza.

No obstante, el elemento novedoso en las leyes *antihomeless* consiste en los argumentos que se esgrimen para justificar las políticas exclusivas. Apelar a la deslocalización como excusa es un factor tan perverso como innovador. Además, estas leyes ya no criminalizan a la PSH, sino que apuntan a los comportamientos que garantizan su subsistencia. Lo que se penaliza son ciertas prácticas en el espacio público; se trata de las actividades que las PSH se ven constreñidas a realizar en dichos sitios al carecer de un ámbito privado. Este tipo de medidas terminan criminalizando una condición social, sancionan el pertenecer a los sectores más relegados sin antes preguntarse si el sujeto en cuestión ha cometido un delito (Davis, 2001)<sup>101</sup>.

---

<sup>101</sup> La criminalización de los pobres ha sido un elemento fundamental en el desarrollo del capitalismo. Sólo así ha logrado perpetuarse naturalizándose, sin tener que afrontar sus propias contradicciones (Monreal Requena, 1996; Geremek, 1991; Cabrera, 1998; etc.). Para estas teorías resulta fundamental entender a los comportamientos que buscan criminalizar como actos voluntarios, en vez de constreñidos por el espacio en el que las PSH se ven forzados a residir. Sólo así logran salvar la inconstitucionalidad legal inherente a criminalizar a miles de sujetos por un estatus de clase (Mitchell, 2003). Una vez más, los discursos del miedo se encuentran subyacentes: “el delito basado en la condición social, por su propia naturaleza, presupone proyecciones de fantasías de las clases medias o de personas conservadoras acerca de la naturaleza de las *clases peligrosas*” (Davis, 2001: 18).

*¡Como nos pasó en el mes de agosto! En el mes de agosto no había ni un ropero abierto, ni una ducha, ni una lavandería. O sea, el mes de agosto en la calle fue... ¡desastroso! No te podías arrimar ni a la gente, y además el calor que hacía, todo eso te mancha, quieras que no el sudor huele (...) ¿sabes al final lo que hacía la gente? Pues que eran las 2 de la noche, y bañarse en las fuentes públicas. Pero desnudos, y en la glorieta de Bilbao. En la fuente que hay. Al final terminaron pues poniendo municipales todas las noches. Si, si. ¡Pero es que se encajaron los vecinos! La gente que iba ahí a bañarse miraba así: “¿no viene ningún coche?” ¡Pues en pelotas en el medio de la fuente! Se enjabonaban, pum-pum-pum, se aclaraban, y nada, 5 minutos y afuera. 5 minutos. Y los vecinos se quejaron. Había uno que lo quisieron detener, “perdóneme pero busque un sitio donde yo me pueda bañar. Porque yo llevé 15 días en la calle, y no me he podido lavar ni siquiera. ¿Usted cree que así se puede vivir?”. ¿Sabes lo que hicieron los municipales? “Gracias, gracias”, y se fueron (Entrevista a Alberto, 3 de noviembre de 2004).*

En definitiva, la criminalización de las PSH sería un “mal menor” ante la búsqueda por fijar en la ciudad a un capital inquieto. Pero, ¿sobre qué terreno se materializan las iniciativas *antihomeless*? En el fondo, se trata de una batalla por la definición y apropiación de lo público. Los movimientos de vecinos, las leyes *antihomeless*, los proyectos de reconversión urbana, se organizan en función de una concepción puntual del espacio público. Los grupos sociales poseen visiones diferentes de lo público, y en muchas ocasiones estos sentidos son contrapuestos. La forma hegemónica de definir a lo público surge a partir de una lucha entre los diversos significados, y la misma no se libra en abstracto, sino en espacios concretos, en plazas como Tirso de Molina o Torres Acosta, en pasadizos como el que atravesaba el Paseo de los Recoletos, etc.

### ***3.1. La vida errante de las personas sin hogar y el retroceso de los espacios públicos***

El espacio público es el territorio que pertenece a la sociedad en su conjunto, consiste en un ámbito geográfico donde participar de las tareas de la comunidad. El término “público” connota la idea de que tales escenarios son accesibles a cualquiera. De tal forma, lo “público” no se asocia únicamente con la propiedad sino también con el uso irrestricto (Altman y Zube, 1989). Sin embargo, sus características y reglas de acceso y uso varían según los contextos históricos, son motivo de disputas por parte de los diversos actores sociales. De tal manera, es posible plantear la siguiente hipótesis: las definiciones que hagamos de lo público generan formas específicas de exclusión.

Desde distintas disciplinas una gran cantidad de investigadores coinciden en que en el presente asistimos a un proceso de avance de la lógica privada sobre la pública (Low, 2000; Mitchell, 2003; etc). Esta tendencia es verificable en las definiciones, valoraciones y usos del espacio

público. Lugares que hasta hace poco tiempo eran de uso público se privatizan, otros dejan de ser públicos y pasan a ser “abiertos”. Los espacios abiertos simulan ser públicos, pero se rigen por normas y empleados de seguridad que discriminan el acceso a un “público adecuado”<sup>102</sup>. Numerosos ejemplos ilustran el retroceso de los espacios públicos: la proliferación de los Shopping Centers; las aceras o plazas que son apropiadas por los bares y restaurantes convirtiéndose en terrazas durante el verano; la clausura de baños públicos; la conformación de mercados festivos que promueven el consumo; etc.

*Agustín ha tenido un mal día, se muestra bastante violento en la conversación. “¡Es que hay cosas que no las soporto, me dan asco! Mira esta plaza, llegué y no la reconocí -lo dice señalando a la feria de artesanías que han instalado en Ópera, y que inunda prácticamente todos los espacios. Le pusieron una faja, nos han prohibido la posibilidad de pasar ¡Pero si es pública, quién es el hijo de puta que me prohíbe pasar!” (...) Doy una vuelta por los Jardines Reales con la intención de saludar a Ramón. A medida que nos acercamos al verano y mejoran las temperaturas, las terrazas de los bares van invadiendo lentamente unas aceras que normalmente se encuentran vacías, forzando a quienes acostumbra dormir en dichos sitios a esperar el cierre del bar para recostarse (18 de Junio de 2006).*

Los antiguos espacios públicos, que han sido privatizados, son entornos cuyo acceso se encuentra limitado a quienes poseen una cierta capacidad de consumo (Low, 2003; Mitchell, 2003; etc.). En cuanto a los “espacios abiertos”, el ingreso se encuentra regulado por un criterio de “seguridad” y “presencia”; este último se torna en un factor que excluye a más de una PSH de dichos sitios. No lograr superar dichos cánones estéticos es sinónimo de otra puerta que se cierra. Al respecto, Debord (1967) diría que la imposibilidad de controlar la propia imagen implica una nueva forma de alienación. Tal como se sostuvo en el capítulo anterior, al analizar las actuales formas de exclusión deberíamos cuestionarnos si para disfrutar plenamente de la condición de ciudadano no es preciso cumplir con un requisito previo: ser un consumidor. En definitiva, la exclusión se expresa como la imposibilidad que presentan ciertos individuos por adecuarse una estética puntual –a la cual sólo se llega a partir de una determinada capacidad de consumo (Bauman, 2003). La creciente comercialización de los espacios públicos conlleva a un incremento en los desplazamientos de las PSH (Von Mahs, 2005). Así, para la mayoría de las PSH los edificios son ámbitos infranqueables. Cada fachada de un comercio es una barrera, simboliza un rechazo, un acceso denegado. Dicha situación dificulta enormemente la subsistencia cotidiana; por poner un ejemplo, ¿dónde orinar cuando los negocios limitan el uso

---

<sup>102</sup> Los espacios abiertos son sitios controlados, vigilados por cámaras de seguridad; el discurso del miedo y de la protección de la propiedad los domina. A diferencia de los espacios públicos, la gente no se relaciona con el entorno de forma directa sino a través de una mediación. Se trata de ámbitos altamente regulados, donde las actividades están muy restringidas. Dentro de sus dominios cada interacción social ha sido cuidadosamente planeada (Mitchell, 2003).

de los baños a sus clientes o consumidores? Por sobre todas las cosas, tales vivencias implican reforzar diariamente el estigma que equipara el vivir en la calle con el ser un don nadie.

*P: Y desde que dormís en la calle, ¿sentís que la gente te mira de modo diferente?*

*R: Mal, muy mal. No es solamente el que te miren, sino que te ponen un cartel “no se admiten perros”. Al ingresar a un bar se dan cuenta que somos indigentes. Es como si llevásemos un sello en la frente. Y ahí, en la parte de arriba, en la plaza, cuando se va para el albergue, ponen “no se admiten perros”. Y cuando llegamos nosotros, lo primero que te dicen es “el vino vale 3 euros”. “¡Pero cómo va a valer un vino 3 euros!”. “Si por que este es Rioja”. Y el primer día tomé el vino, y era tetrabreak puro. De Rioja nada. Y el segundo día que fui, habrá sido al mes a lo mejor, la misma operación, pero ya no eran 3 eran 4 euros. Y le mande al coño (Entrevista a Ulises, 1 de Febrero de 2005).*

En una sociedad de consumo, ¿cuál sería la definición hegemónica de lo público? En primer término, estaría predominando un significado normativo de la calle. Mitchel (2003) sintetiza esta tendencia con el concepto de “paisaje”. Así, uno de los derechos que pretende tutelar la ordenanza catalana sobre el uso del espacio público es el de “disfrutar del paisaje urbano en la ciudad, que es indisociable del correlativo deber de mantenerlo en condiciones de limpieza, pulcritud y decoro” (BOP 20 Anexo 1, 2006). Concebir al territorio como paisaje supone una forma de control social. En tal sentido, Foucault (1982) define a la arquitectura como una tecnología política utilizada por el poder, con el fin de controlar a los individuos a través de la canalización espacial cotidiana. El objetivo sería crear “cuerpos dóciles” mediante las delimitaciones y la organización del sitio que cada individuo debe ocupar, y gracias a la gestión de la circulación de los sujetos en un territorio.

Las leyes *antihomeless* se inscriben al interior de estas perspectivas del espacio público como sinónimo de paisaje; los juicios estéticos se imponen sobre la sociabilidad en tanto poderosos criterios de acción política y social. Como escribe irónicamente Bauman “los marginales afean un paisaje que, sin ellos, sería hermoso” (2003: 104). Crear una ciudad como un paisaje permite restaurar en el observador un sentido de control del entorno, algo fundamental en ciudades donde el discurso del miedo se impone mediáticamente. El espacio es el terreno donde se negocia continuamente la naturaleza de lo público. El control “paisajístico” conlleva a descartar a ciertos actores de tal negociación. “Su objetivo es la redefinición de los derechos públicos de forma tal que sólo quien posee un hogar tenga acceso a los mismos. Redefinen el espacio público como paisaje, como una imagen privatizada que solamente es adecuada para la mirada



pasiva de los privilegiados -y que, como todo paisaje, supone naturalizar tal estado de cosas” (Mitchell, 1997: 327)<sup>103</sup>.

Las visiones del espacio público en tanto “paisaje” privilegian el flujo de mercancías. El espacio es definido como un sitio que no apunta tanto al contacto social sino al establecimiento de relaciones mercantiles (Low, 2000). Pero el problema que encuentran estos enfoques consiste en que, supuestamente, las mercancías y los consumidores no circulan por los nodos de la red ocupados por “los indeseables”. Esta situación queda en claro al analizar la ordenanza de Barcelona sobre el espacio público, donde numerosos artículos apelan a salvaguardar la “libre circulación” de los ciudadanos o del tránsito. Un ejemplo: al justificar las medidas que persiguen la mendicidad, se sostiene proteger “el derecho que tienen los ciudadanos y ciudadanas a transitar por la ciudad de Barcelona sin ser molestados o perturbados en su voluntad, la libre circulación de las personas, la protección de los menores, así como el correcto uso de las vías y los espacios públicos” (BOP 20 Anexo 1, 2006). Tampoco es casual que la infracción pase de ser considerada leve a grave cuando la mendicidad se ejerce limpiando los parabrisas de los coches –lo cual es entendido como sinónimo de obstrucción del tráfico.

Al justificar las visiones paisajísticas y exclusivas del espacio, las leyes *antihomeless* no reconocen abiertamente estar protegiendo la acumulación del capital en determinados puntos geográficos. Por el contrario, organizan su discurso aludiendo a una serie de derechos que deberían garantizarse a los ciudadanos-consumidores, y que supuestamente se encuentran amenazados ante la presencia de PSH. En tal sentido, la construcción de la ciudad en tanto paisaje se basa en una ideología del confort (Mitchell, 2003). Estas leyes criminalizan ya no un robo sino que una PSH, con su simple presencia, haga sentir “incómodo” al resto de los ciudadanos. La “libertad” comienza entonces a ser definida en función de la comodidad de los ciudadanos-consumidores; en el fondo, se trata de proteger la libertad de movimiento sin verse forzado a entrar en contacto con las distintas formas en que se expresa la miseria urbana.

*El vicealcalde del Ayuntamiento de Madrid, Manuel Cobo, aclaró ayer que las medidas no van en contra de la mendicidad sino contra la ocupación de la vía pública. “Con esta medida (...) se pretende evitar los problemas de basura, suciedad y ocupación que acarrea*

---

<sup>103</sup> “Un paisaje supone una manera particular de ver el mundo, una en la cual el orden y el control sobre los alrededores se imponen al desorden de las vidas cotidianas. Es una *escena* donde las clases propietarias expresan la posesión de los territorios, y su control sobre las relaciones sociales que se producen en su interior” (Mitchell, 1997: 323). A su vez, los “paisajes” suponen la mera contemplación, el uso pasivo, no así la apropiación. Para las PSH, esta situación implica una forma de exclusión que se manifiesta como la imposibilidad de subsistir gracias al uso de los espacios públicos.

*que mendigos y prostitutas se instalen en la vía pública, por la que todos tenemos derecho a transitar*” (“Los mendigos tendrán prohibido construir su casa en la calle”. *Qué!* 30 de Junio de 2006).

Pero al garantizar “el derecho a la circulación sin ser estorbado”, las leyes *antihomeless* niegan otro tipo de derechos: el de las PSH a permanecer en la vía pública. Las iniciativas que apuntan a “la calidad de vida”, como las leyes *antihomeless*, elevan las políticas estéticas sobre las políticas de la supervivencia. En un mundo que tiende al cierre de los espacios públicos, ¿dónde subsistirían las PSH? “El único lugar donde las PSH poseen la posibilidad de soberanía de sus propios actos es en la propiedad común o pública (...) En un paraíso libertario donde toda propiedad es privada, las PSH simplemente no podrían ser o existir. Nuestra sociedad salva a las PSH de esta tragedia solamente por el hecho de que cierta parte del territorio es sostenida como propiedad colectiva y disponible para el uso común” (Mitchell, 1997: 310).

Al legislar sobre el uso incorrecto del espacio público, la ordenanza catalana establece puntualmente la prohibición de “hacer necesidades fisiológicas, como por ejemplo defecar, orinar, escupir” (BOP 20 Anexo 1, 2006). Siendo necesidades compartidas con el resto de los mortales, el cuestionamiento pasa por dónde deben llevarse a cabo. Se trata de un problema geográfico, donde una prohibición local -dormir en la vía pública por ejemplo- se convierte en una prohibición total para cierta gente. “Negando a las PSH el derecho a dormir, defecar, comer o relajarse en algún sitio, las actuales leyes *antihomeless* –predicadas desde la protección de los derechos a la propiedad- simplemente niegan a las PSH el derecho a ser, a existir (...) son genocidas” (Mitchell 2003: 28).

Por consiguiente, la exclusión de las PSH guarda relación con la forma en que definimos lo público. La presencia de PSH en el espacio público irrita por que están “fuera de sitio”, porque supone una amenaza al significado “apropiado” de lugar. El Ayuntamiento y los vecinos comparten un criterio normativo y cultural sobre la espacialidad, que involuntariamente es cuestionada por los *homeless*. Careciendo de un hogar, las PSH se ven obligadas a realizar las actividades destinadas al ámbito privado en una dimensión pública, y de tal modo rompen con la dicotomía público/privado<sup>104</sup>. Los juzgamos en función de lo que hacen en el ámbito público,

---

<sup>104</sup> Según Phelan (*et al.*, 1997), al estigma que padecen los sectores populares hay que añadir dos factores en el caso de los sinhogar. En primer lugar, la visibilidad, ligada con la vida en el espacio público, implica una mayor disrupción respecto de otras formas de pobreza. De modo complementario, las dificultades propias de residir en la calle suponen una higiene deficiente que lleva a que las PSH sean estéticamente rechazadas. La gente los evita no por su peligrosidad, sino porque son vistos como sucios, por su olor y aspecto. En definitiva, lo estético se erige como uno de los principales atributos desacreditantes que alimenta los estigmas padecen las PSH.

olvidando que no disponen de un sitio privado para satisfacer sus necesidades más básicas. De tal modo, los actuales significados predominantes del espacio público generan un binomio trágico frente al cual las PSH deben optar: movilidad o reclusión forzada. El cierre de los espacios públicos conlleva a un error constante, pues permanecer fijo en un sitio equivale a ser visible y por lo tanto castigable. Las leyes *antihomeless* que garantizan la circulación “libre de imágenes desagradables” a sus ciudadanos-consumidores, son las mismas que generan el nomadismo o la reclusión de las PSH. En última instancia, el encierro en los Centros de Acogida, así como el permanente andar sin detenerse, suponen dos formas de invisibilizar a la población sin hogar<sup>105</sup>. Asimismo, la exclusión de las PSH guarda relación con carecer de un ámbito privado. Si bien esta cuestión será analizada en el capítulo 9 -el cual trata sobre los significados de hogar presentes entre los *homeless*-, es posible adelantar un interrogante: ¿cómo afecta a la psique y a las sociabilidades el no disponer de un hogar, de una estructura arquitectónica que facilita la distinción entre la dimensión pública y la privada? La movilidad involuntaria y constante supone relacionarse de una forma específica con la propiedad, con otras personas, con el espacio, con el dinero, con los objetos, etc. (Maffesoli, 2004).

Es necesario considerar otras formas de exclusión relacionadas con las definiciones del espacio público, y que conllevan a la invisibilidad de estas poblaciones. En primer lugar, la retirada de lo público equivale a un retroceso de los ámbitos de socialización (Low, 2000; Mitchell, 2003; etc.). Los espacios públicos están siendo diseñados con unos parámetros que privilegian el fluido o lo estético por sobre la interacción. Este tipo de proyectos urbanísticos fomentan la desafiliación e invisibilidad de las PSH<sup>106</sup>, son responsables directos de la ruptura de las redes que las PSH han tejido en los territorios donde se han instalado. Es en estos barrios donde las PSH han logrado una sensación mínima de “normalidad” y de cohesión social, es allí donde satisfacen sus necesidades básicas gracias al conocimiento personal y la ayuda por parte de determinados vecinos -este tema será analizado en el capítulo 7.

---

<sup>105</sup> Si bien Basaglia se centra en los problemas de salud mental, sus reflexiones son pertinentes para el caso de las PSH. “La contención y la segregación no son la respuesta a la enfermedad mental, sino la respuesta a las necesidades de la sociedad que de ese modo elimina el problema, delimitando el espacio de su contención (...) la sociedad libre necesita aislar y separar los elementos de molestia social” (2005: 212).

<sup>106</sup> Habría que preguntarse si la seguridad, el factor eternamente citado por las propuestas *antihomeless*, no se incrementa en vez de disminuir ante el retroceso de los espacios públicos. Históricamente el espacio público ha sido el ámbito de encuentro de los vecinos de la zona, los cuales en su conjunto tenían la sensación de ejercer un cierto control social sobre el entorno. Paradójicamente, el cierre de los espacios públicos genera más distancia social, más anonimato y desconocimiento de quiénes son nuestros vecinos, fomentando el sentimiento generalizado de no dominar el propio territorio (Mitchell, 2003; Ayllón Trujillo, 2004; etc).

En segundo término, el espacio público es el lugar del encuentro con lo diferente; el fin de la dimensión pública del territorio amenaza incluso los cimientos democráticos (Low, 2000; Mitchel, 2003; etc.). El espacio público, en tanto escenario político, ha sido históricamente un territorio de exclusión, un ámbito dominado por hombres pertenecientes a determinadas clases sociales y formas de adscripción étnico-racial. Las mujeres, los sectores populares, o las minorías étnicas, debieron luchar para ser incluidos en la noción de ciudadanía. Y estas luchas no fueron puramente teóricas, sino que se libraron en plazas y calles, en espacios públicos concretos. En definitiva, los grupos marginados necesitan del espacio público para organizarse, hacerse visibles y reclamar por sus derechos (Valle, 1997; Cucó, 2004; Carr *et al.*, 1992; Cabrera, 2006a; etc.). Es el conjunto social el que se ve amenazado: cerrar lo público equivale a clausurar la forma más elemental de representación política, el fin de la arena política. Lo público es un área de contestación, de movilización política, posee un potencial transformador enorme. El riesgo de desorden es inherente al espacio público, y este es otro de los argumentos de quienes abogan por definirlo como un “paisaje”. No obstante, cabe recordar que “el sueño de la ciudad perfectamente ordenada es el de la ciudad alienada para sus propios residentes. Una fantasía totalitaria donde todo quedaría bajo control. Solo se trata de una ilusión de orden” (Mitchell, 2003: 230).

A pesar de los enormes límites que las PSH deben afrontar, el espacio no sólo condiciona las prácticas sociales sino que, a su vez, estas actividades conforman al espacio. Forzados a continuar residiendo en lo público, las PSH se apropian temporalmente del territorio; buscando hacerlo funcional a sus necesidades, lo modelan y resignifican. La movilidad y visibilidad de las PSH no debe ser entendida como meras reacciones ante un entorno hostil, no son simples reflejos frente a los constreñimientos materiales. Por el contrario, y como veremos en el próximo capítulo, también representan algunas de las tácticas que las PSH implementan para hacer más llevadera su estadía en la calle.

## **5. La movilidad de las personas sin hogar como táctica de adaptación y subsistencia**

“Buscar, andar y esperar son tres componentes habituales de la cotidianidad de las personas sin hogar” (Daly en Escudero Carretero, 2003: 101).

El capítulo anterior giró en torno a los factores ambientales que promueven los permanentes traslados de las PSH. Tal perspectiva supone el riesgo de dar por sentado que la movilidad es una mera reacción ante un entorno hostil, un acto reflejo sin ningún tipo de elaboración intelectual. La intención del presente capítulo es ampliar el análisis, subrayando cómo los patrones de movilidad de las PSH no sólo responden a los constreñimientos ambientales, sino también a las elecciones que los sujetos realizan diariamente. En definitiva, el elemento que se pretende destacar es la agencia de las PSH.

A lo largo del primer apartado se reflexiona sobre la distribución espacial de las PSH en Madrid. El objetivo es ilustrar al sedentarismo o al nomadismo en tanto tácticas opuestas, los dos polos de una variable que podríamos denominar como “movilidad”. Dichas opciones tienen consecuencias en la cotidianidad de las PSH. Comparativamente, un sinhogarismo más sedentario implica establecer redes barriales, elaborar una serie de tácticas de subsistencia asociadas con la visibilidad y la proximidad con quienes transitan los espacios urbanos. A su vez, la visibilidad suele ser sinónimo de un mayor estigma respecto de un sinhogarismo más nómada,

Luego se analizan los patrones de movilidad en la Plaza Isabel II. La opción por el sedentarismo o el nomadismo, así como la visibilidad o la invisibilidad, no debe ser entendida en términos dicotómicos. La movilidad es una variable continua, donde las PSH entran y salen de un estado a otro en función de la coyuntura. Por lo tanto, Ópera es un espacio en constante evolución, donde coinciden personas que adoptan pautas sedentarias con otras que prefieren un sinhogarismo más nómada. Entre medio de estos dos polos existen múltiples formas de movilidad.

A pesar de las imágenes que identifican al sinhogarismo con el nomadismo, en el presente la movilidad geográfica de las PSH ha disminuido significativamente respecto de otras épocas. Por consiguiente, se torna imprescindible estudiar las tácticas inherentes a un patrón espacial sedentario. Así, el último punto se centra en un aspecto fundamental en los procesos de

sedentarización de los *homeless*: la apropiación de los espacios urbanos. Si en el capítulo anterior consideramos cómo el espacio estructura al sujeto y a sus pautas de movilidad, en la tercer sección se invierte la propuesta de análisis: con sus prácticas, el sujeto modifica el territorio. La planificación urbana implica restricciones en lo que se refiere a los usos del espacio. Sin embargo, cuando una persona está disconforme en un sitio, se esfuerza por adaptar al mismo en función de sus deseos y necesidades. Como veremos, la transformación de los espacios se convierte en un proceso indispensable en la subsistencia y adaptación cotidiana de quienes se ven forzados a residir en la vía pública.

### *1. Movilidad y distribución espacial de las personas sin hogar en Madrid*

Los patrones de movilidad, al igual que el binomio visibilidad/invisibilidad, no suponen meros actos reflejos ante un entorno hostil. Si bien el margen de maniobra es escaso, a medida que transcurre el tiempo el sujeto aprende a satisfacer parte de sus necesidades aprovechando los recursos que obtiene en la calle. En definitiva, el sedentarismo o el nomadismo y la visibilidad o la invisibilidad, implican elecciones tomadas por los sujetos ante contextos espaciales limitados, las cuales desembocan en diferentes modalidades de *sinhogarismo*.

Si bien la movilidad continúa siendo una particularidad del *sinhogarismo*, actualmente estaría menos ligado con el nomadismo y más con los factores hostiles que fueron analizados en el capítulo anterior. Según Baigorria (1998), en las décadas de 1930 y 1940 el trazado ferroviario argentino era recorrido por una masa que oscilaba entre 250.000 y 380.000 PSH. Algo similar ocurría en Estados Unidos. A principios del siglo XX, entre 300.000 y 500.000 trabajadores migrantes pasaban a lo largo del año por el *Skid Row* de Chicago (Anderson, 1923). Dos terceras partes de la población que habitaba en estos barrios eran trabajadores que circulaban de una región a otra, en función de los empleos estacionales y tomando al ferrocarril como el eje de sus vidas. Hoy en día, las estadísticas se revierten, pues la mayoría de las PSH adoptan patrones más sedentarios. A principios de los 1970, Bahr (1973) reconocía que el 90% de la población sin hogar de Philadelphia llevaba más de un año viviendo en la ciudad; además, la mitad había nacido allí, por lo cual la llegada al *Skid Row* era procedente de otros barrios de la misma urbe. De igual modo, Escudero Carretero (2003) sostiene que en Granada el 40% de las PSH nacieron en dicha ciudad, mientras que la mayoría de las demás personas llevan años residiendo en la misma. La imagen estereotipada del *homeless* como un individuo solitario parece remitir al pasado, cuando las formas de ganarse la vida se ligaban con los permanentes desplazamientos y la consiguiente dificultad por consolidar los lazos sociales. No obstante, el

mayor sedentarismo del presente nos conduce a cuestionar estas afirmaciones. Tal como se expone en los siguientes capítulos de la tesis, el sedentarismo es sinónimo de una sociabilidad diferente, basada en el contacto cotidiano con vecinos, comerciantes, otras PSH, etc.

En un documento interno donde reflexionan sobre la labor de sus equipos de calle, el Samur Social (2006) sostiene que “el análisis sobre los asentamientos constituye una de las principales lecciones que hemos sacado del trabajo realizado”. Así, el Samur reconoce la necesidad de comenzar a pensar en términos de agrupaciones de *homeless* antes que de individuos. A partir de la observación sobre lo que ocurre en las calles madrileñas, distingue entre personas que duermen solas, aquellos que pernoctan acompañados pero no forman parte de grupos consolidados, y los “asentamientos”. Define a estos últimos como un grupo que supera los cinco miembros, duermen en un mismo lugar, y mantienen una relación estable donde se producen intercambios de servicios y prestaciones. En el 2007, el Samur tenía detectados 45 asentamientos en Madrid. Tres de ellos superaban los 30 integrantes<sup>107</sup>. La mayoría de los asentamientos se encuentran en el centro de la ciudad; por lo general, los núcleos de esta zona son poco numerosos. El informe destaca la inestabilidad de los mismos, y menciona a Ópera como uno de los espacios más poblados por PSH del centro madrileño (Qué! 19 de Noviembre de 2007).

Respecto del origen de las PSH que residen en Madrid, es fundamental destacar la masiva afluencia de inmigrantes, un hecho que en muy pocos años ha transformado la composición de la población en situación de calle. Según el INE (2005), el 48,2% de los *homeless* procede de otros países; esta tendencia es alarmante, más aún si tenemos en cuenta que en 1998 los datos referían a un 8% de extranjeros sin hogar (Cabrera, 1998)<sup>108</sup>. De las PSH españolas que residen en las calles madrileñas, ¿cuántas nacieron en la capital? El estudio de Cabrera (Ibídem) nos habla de un 37%. Si a dicha cifra añadimos la procedencia de sus padres, constatamos que Andalucía pasa a ocupar el primer lugar, y que Madrid sólo representa el 16%. Es decir, la mayoría de las personas que viven en las calles de Madrid provienen de otros países o regiones

---

<sup>107</sup> No casualmente, dos de los asentamientos más numerosos se ubican en barrios periféricos –uno es el del Cerro Negro y el otro queda en la antigua cárcel de Carabanchel-; el tercero se sitúa en el parque Mohamed I –allí reside un nutrido grupo de jóvenes subsaharianos; si no fueron expulsados de una zona tan céntrica es debido a que logran invisibilizarse forzando una puerta y durmiendo en el interior de una escalera hueca.

<sup>108</sup> Los resultados de la encuesta madrileña a nivel de calle son similares: el 55 % de la población sinhogar madrileña sería inmigrante (Foro Técnico de PSH, 2006). Desagregando los datos, podemos afirmar que el 43,6% procede de África, el 20,8% de la Unión Europea (UE-25), el 16,7% del resto de Europa, un 14% de América y el 4,6% de Asia. Los problemas de cara al futuro son dramáticos si consideramos que la población extranjera sin hogar es mucho más joven respecto de la española: el 88% posee menos de 45 años, y la franja más significativa es la que va de los 18 a los 25 años (INE, 2006).

de España. A su vez, quienes nacieron en la capital, por lo general son hijos de los proletarios que protagonizaron el éxodo rural de las Comunidades más pobres a mitad del siglo XX (Ibídem). En definitiva, verificamos una alta movilidad familiar, la cual nos permite comenzar a entender el tipo de desafiliación que padece esta gente<sup>109</sup>.

A continuación, deberíamos reflexionar sobre la biografía residencial. Si bien la inestabilidad habitacional no necesariamente es motivo de *sinhogarismo*, constituye una característica digna de consideración. Al referirnos a los itinerarios residenciales de las PSH, es preciso destacar la cantidad y la naturaleza de los traslados. En cuanto al primer factor, la inestabilidad residencial de las PSH se hace explícita al recordar que tienen un promedio de ocho desplazamientos a lo largo de su vida, frente a los cinco de la población domiciliada (Tomas y Helga, 1995). Las razones de dicha movilidad es un tema aún más determinante. Tras realizar un análisis comparativo, Tomas y Helga (Ibídem) observan que las mudanzas de quienes disfrutaban de un domicilio se producen en el seno familiar hasta lograr la independencia, mientras que en el caso de las PSH se han dirigido principalmente hacia los recursos sociales. La movilidad de los *homeless* no es consecuencia lógica de la evolución vital de todo sujeto, sino producto de situaciones dramáticas como un divorcio, la expulsión del seno familiar, un desahucio, etc. La conclusión a la que llegan estas investigadoras es que la mayoría de las PSH llevan años o nunca disfrutaron de una independencia residencial<sup>110</sup>.

¿Qué fuerzas atraen a Madrid a tantas PSH? La respuesta parece ser similar a la que motivó la migración de miles de españoles en los años 50 y 60: creen que aquí tendrán mayores posibilidades de mejorar sus condiciones de vida. Madrid atrae pues es un imán que representa la gran ciudad; todos suponen que las mejores oportunidades deben hallarse en la capital del país. Algunos llegan habiendo padecido anteriormente un proceso de exclusión residencial extrema, otros se sumergen en el *sinhogarismo* al buscar infructuosamente un empleo y una

---

<sup>109</sup> La mayoría de quienes se agrupan en torno a Plaza Ópera ha nacido en otras regiones de España, pero por lo general han llegado a la capital siendo niños o adolescentes. Incluso los dos casos de extranjeros que han formado parte del grupo durante cierto período llevan muchos años residiendo en Madrid.

<sup>110</sup> Es pertinente aclarar que la muestra de Tomas y Helga (1995) se basa en una población femenina, la cual parece inclinarse más fuertemente hacia los servicios sociales respecto de los hombres –más propensos a instalarse en la vía pública. Respecto de la población madrileña *sinhogar*, el 46% afirma que residía en su casa antes de iniciar la situación de calle –este es el caso más común entre la gente de Ópera. Así, el 54% llega a la calle procedente de lugares transitorios, lo cual remite al paso del *sinhogarismo* –entendido en sentido amplio– a la figura del sin techo. Cuando les preguntaron por el sitio donde se alojaron antes de pernoctar en la vía pública, el 9,8% mencionó una pensión; el 8,5% la vivienda de algún familiar; un 7,8% algún albergue u otra institución; etc. (Foro Técnico de PSH, 2006). A su vez, el 37,5% de los *homeless* de España declaran llevar más de tres años sin alojamiento propio (INE, 2005).



vivienda. Si el presente contrasta dramáticamente con las ilusiones que motivó el traslado, ¿por qué no vuelven a sus respectivos lugares de procedencia, donde se supone disfrutarían de mejores condiciones de vida respecto de las calles madrileñas? Las respuestas varían según cada sujeto, pero es posible distinguir tres argumentos: algunos mencionan que no cuentan con los medios necesarios para emprender el regreso; en el sitio de donde partieron ya no hay nadie que los espere -ha habido problemas con los familiares, el núcleo de parentesco se ha disuelto, etc.-; la vergüenza es el tercer factor citado. En tal sentido, las PSH sostienen que no pueden volver al pueblo sin nada, no pueden admitir que han vivido en la calle. Se han ido con las manos vacías y no pueden retornar aceptando su fracaso, pidiendo ayuda. Siempre les queda la esperanza de que la suerte cambie de rumbo y logren “triunfar” en Madrid. A su vez, estos discursos guardan relación con las tácticas de invisibilidad: prefieren el anonimato, la confusión entre la masa urbana, antes que cargar con el estigma de ser un paria en el lugar de origen.

*El coordinador de la ONG me cuenta que es bastante común encontrarse con migraciones internas, gente que proviene de otras regiones y que aquí no tiene lazos, así como personas que se marchan a realizar trabajos temporales en el campo. Le pregunto por qué vuelven luego a Madrid, por qué no se quedan en otros lugares o en sus propios pueblos en caso de no ser de esta ciudad. Me responde que probablemente en un pueblo puedan recibir mayor ayuda, pero lo que ofrece Madrid es el anonimato. Sin saberlo, se refiere a la categoría de invisibilidad como una táctica imposible de desarrollar en lugares pequeños. Opina que el estigma se multiplica por veinte en un pueblo, que muchos le escapan al temor de reconocer “su fracaso” ante los ojos de su pueblo (26 de Junio de 2004).*

Una vez en Madrid, ¿cómo se distribuye la población sinhogar por la superficie de la capital? Queda claro que el centro de la ciudad es el punto neurálgico, y que la presencia de PSH se va diluyendo a medida que nos alejamos del mismo. De la población sin hogar que duerme en la vía pública, el 34,8% lo hace en el centro de la ciudad (Foro Técnico de PSH, 2006). Si a tal dato le añadimos los porcentajes de los barrios adyacentes al centro, las cifras se disparan<sup>111</sup>. ¿Cómo explicar la preferencia por ubicarse en el centro de la ciudad? El centro es el espacio más vital de Madrid. El encuentro con las clases medias y altas en un mismo territorio recuerda a las PSH en qué lugar de la escala social se encuentran, pero al mismo tiempo genera una serie de posibilidades fundamentales para su subsistencia (Escudero Carretero, 2003). El centro es un ejemplo de lo que Snow y Mulcahy (2001) denominan como “espacios primarios”. Como vimos en el capítulo anterior, estos sitios se caracterizan por ser el ámbito donde las clases

---

<sup>111</sup> En Arganzuela la presencia de PSH es de un 13,2%; en Chamberí de un 9,8%; en Moncloa de un 8,5%; en Retiro de un 6,3%; mientras que en Salamanca duerme un 6% del total de personas en situación de calle (Foro Técnico de PSH, 2006). Es decir, de los 21 distritos madrileños, los seis distritos céntricos acumulan el 78,6% de las PSH. Considerando que la encuesta fue realizada durante la noche, es necesario tener en cuenta que la presencia de PSH en barrios residenciales y céntricos como Chamberí es muy superior durante el día.

medias y acomodadas residen, comercian, se divierten, etc. Es por ello que su existencia en buena medida depende de acceder a las áreas primarias y transformarlas en espacios liminales.

Pero además, el centro de la ciudad posee características que lo diferencian de otros espacios primarios, haciéndolo particularmente apetecible para las PSH. En primer medida, es un sitio continuamente transitado por peatones. En otros barrios residenciales las distancias se recorren en automóvil, por lo cual las posibilidades de conseguir dinero se reducen drásticamente. Como vimos en el capítulo 3, la subsistencia de las PSH depende de la economía informal, y para ello requieren el contacto visual y físico, la proximidad con la masa de ciudadanos que atraviesa el espacio urbano. Asimismo, quienes proceden de otras regiones o países suelen asociar a Madrid con su centro, es allí a donde se dirigen al llegar a una ciudad que desconocen. Otro punto a tener en cuenta respecto de las ventajas del corazón urbano: para más de un *homeless* la afluencia de personas es sinónimo de seguridad. Con tanta gente deambulando por los alrededores puede resultar difícil conciliar el sueño, pero las probabilidades de ser atacado mientras uno duerme son menores respecto de otras áreas urbanas<sup>112</sup>.

*Damos una vuelta por los alrededores de la estación de metro “Esperanza” (...) Martín encuentra muy agradable el lugar, valora el silencio en contraste con el sonido incesante de las radios de los usuarios que duermen en el Centro de Acogida, o de los ruidos que caracterizan al centro de la ciudad. Dice que aquí se puede pensar. Pero cuando le pregunto si considera que es un buen lugar para dormir me responde que no. Que no sabe si será peligroso, pero que “es demasiado tranquilo” y que “algo de ruido es necesario, yo prefiero las calles con más movimiento”. Es decir, dormir en lugares céntricos lo hacen sentirse acompañado y seguro (21 de Diciembre de 2004).*

Para comprender el patrón de asentamiento de las PSH, una variable fundamental pasa por la localización de los servicios sociales -especialmente de los comedores y albergues (Wolch *et al.*, 1993). Varios de los recursos existentes en Madrid poseen una larga tradición, por lo cual sus instalaciones se ubican en áreas que actualmente forman parte del centro de la ciudad. Como es lógico, se observa un trajín constante de PSH alrededor de los mismos. Por el contrario, como se mencionó en el capítulo anterior, la regla es que cada nuevo recurso que se inaugura se localice en zonas distantes del núcleo central urbano (ver mapa con la ubicación de los recursos sociales en Anexo 2).

---

<sup>112</sup> Las PSH suelen preferir los lugares concurridos (Hopper, 1991a). Incluso cuando se mueven de forma solitaria, durante las noches optan por la compañía en espacios relativamente transitados. Por otra parte, la zona norte de Madrid, especialmente Moncloa y las adyacencias del Paseo de la Castellana, es mencionada por las PSH como la más peligrosa de la ciudad. Allí se reiteran los ataques nocturnos de Skinheads, por lo que a pesar de tratarse de barrios residenciales muchos prefieren dormir en otros sitios.

*Lo primero que llama la atención al llegar al Centro de Acogida San Isidro son las dimensiones del edificio. Es la primera vez que tengo la sensación de ingresar en un hospital público masivo. Me percató de la cantidad de PSH que deambula por el radio de influencia e este Centro. Es decir, muchos de quienes observé por las proximidades de la plaza donde se encuentra el templo de Debod, así como muchas de las personas que vi caminando por la calle Paseo del Rey, son usuarios del Centro que durante el día giran por los alrededores (24 de Julio de 2004).*

En los barrios periféricos es menos frecuente encontrar PSH, lo cual no significa que no las haya<sup>113</sup>. ¿Por qué determinados sujetos eligen instalarse en los arrabales madrileños? En tales casos, es común constatar que el individuo vivió en ese mismo barrio durante gran parte de su vida. Cuando la fortuna le juega una mala pasada y lo conduce a una situación de calle, en el balance que realizan estas personas el estigma pesa menos que la continuidad espacial. Los vínculos con el vecindario se transforman en función de su nuevo estatus social; no obstante, y como veremos en el capítulo 7, estas relaciones sociales mantienen al sujeto en el territorio brindándole un apoyo material y emotivo.

Uno de los factores que condicionan el desplazamiento de las PSH consiste en el nivel de desarrollo de los medios de transporte. Cuanto más extendidos estén los transportes públicos por el radio urbano, y cuanto más económico sea el coste del traslado, mayores probabilidades de movilidad tendrán los sectores populares en general y las PSH en particular. La intervención estatal es una pieza clave en este punto. En tal sentido y al igual que en otras capitales europeas, Madrid corre con ventaja respecto de las ciudades de Estados Unidos (Von Mahs, 2005). A diferencia de lo que ocurre con los guetos de tal país, donde la situación es tan grave que Wacquant (1999a) la resume con la expresión de “desertificación organizacional”, en muchos casos el transporte público es un factor que disminuye la segregación espacial de las áreas urbanas más desfavorecidas de Madrid.

No obstante, moverse siempre cuesta dinero. A lo largo del trabajo de campo se han reiterado los discursos donde las PSH se lamentaban de no poder visitar a sus parientes que residen en otra región del país por falta de recursos económicos, no poder aprovechar una oportunidad laboral por ser incapaces de afrontar los gastos de los traslados hasta el nuevo empleo. En tal

---

<sup>113</sup> Algunos datos sobre la presencia de PSH en distritos periféricos: Ciudad lineal 2,4%; La Latina 2,3%; Fuencarral–El Pardo 1,9%; Barajas 1,9 %; Villaverde 1,4%; Usera 1,1%; Puente de Vallecas 0,6%; Carabanchel 0,5%; Moratalaz 0,3%; Vicálvaro 0,2%; San Blas 0,2%; Hortaleza y Villa de Vallecas 0% (Foro Técnico de PSH, 2006). Estos porcentajes no sólo reflejan una menor cantidad de gente durmiendo en las calles de tales distritos, sino también los límites de la encuesta en cuanto a la dificultad por localizar PSH en medio de la noche en zonas tan amplias y desconocidas para las entidades que realizan un trabajo de calle –por consiguiente y a diferencia del centro, se contaba con pocos datos previos respecto de la posible presencia y ubicación de PSH.

sentido y bajo el paradigma de la globalización, las formas actuales de explotación han sido caracterizadas como la relativa inmovilidad de los pobres frente a la capacidad de mantener redes multiconectadas por parte de los poderosos (García Canclini, 2004; Boltanski y Chiapello, 2002).

*Con quien más converso es con Jerónimo. Comienza la charla protestando, explicándome que el miércoles debería comenzar un trabajo que ha conseguido como empleado de seguridad, pero no tiene como ir hasta el sitio donde se encuentra el empleo. Plantea que no es la primera vez que le ocurre que un simple billete de metro le impida trabajar y mejorar su situación (30 de Enero de 2006).*

Por consiguiente, una de las tácticas que adopta más de una PSH consiste en colarse en los transportes públicos –una práctica que trasciende las fronteras de clases sociales. Los *homeless* deben aprovechar los resquicios que deja el sistema de control social; en este caso, dicha situación se materializa en el conocimiento de las estaciones donde resulta más sencillo sortear la seguridad de la empresa que gestiona la red de transportes, o en las distintas formas de viajar sin pagar el boleto correspondiente. Como se mencionó en el capítulo 3, la insolvencia económica lleva a que el vivir en la calle equivalga a verse forzado a quebrar la ley periódicamente.

*Sebastián se pega a mí cuando pongo mi billete, y así pasamos juntos por el molinete del metro. Le pregunto si nunca lo han pillado, y me responde que en una ocasión. Pero entonces el empleado de seguridad finalmente le permitió marcharse: “me dejó por imposible (23 de Diciembre de 2005).*

Como veremos en el próximo punto, existe una relación entre las diferentes formas de *sinhogarismo*, las pautas de movilidad, y las distintas tácticas materiales y emotivas de supervivencia y adaptación. A modo de hipótesis se sostiene que las modalidades de *sinhogarismo* más sedentarias implican una mayor visibilidad, y por consiguiente la necesidad de desarrollar tácticas más elaboradas para afrontar el proceso de estigma social. Por el contrario, una mayor movilidad es equivalente a un *sinhogarismo* imperceptible, lo cual supone formas más atenuadas de estigmatización. No obstante, antes de iniciar un análisis centrado en las elecciones que realizan las PSH en lo que a sus desplazamientos se refiere, es necesario aclarar que la toma de decisiones se ve siempre sujeta a los límites intrínsecos del entorno residencial. Como consecuencia del proceso de exclusión social, en las PSH existe poca coherencia entre la evaluación del entorno residencial, las expectativas de movilidad, y los traslados subsiguientes. ¿Deberíamos por ello calificar de irracional a sus patrones de movilidad? Lee (1978) responde tal interrogante comparando a los *sinhogar* con otros estratos

poblacionales. Los miembros de las clases medias y altas suelen adoptar decisiones que permiten una irracionalidad a corto plazo en un contexto de racionalidad planificada en el largo plazo. En el caso de las PSH la situación es inversa: producto de una falta de poder y recursos, sus elecciones son racionales en el corto plazo, pues representan reacciones a contingencias inmediatas. Desde una perspectiva a largo plazo, “sus decisiones se caracterizan por ser siempre momentáneas, por seguir un patrón irregular e incomprensible que podría ser descrito como *movilidad sin destino*” (Ibídem: 298). En conclusión: no es posible predecir los traslados de los *homeless* a partir de un modelo de racionalidad clásico, y ello es debido a que las decisiones se toman sin poder abstraerse de la coyuntura.

## 2. Los patrones de movilidad y visibilidad en Plaza Ópera

El eterno deambular constituye una de las imágenes más estereotipadas de las PSH. Al mismo tiempo, y contradictoriamente, otro de los estigmas que deben afrontar estos sujetos es el de la pasividad -tema que fue considerado en el capítulo 3. El “excluido” suele ser representado como un ser apático, y la movilidad es un factor clave en dicha descripción. Recuerdo un cuaderno de campo que realicé bajo una fuerte lluvia en las primeras semanas de mi investigación. Todo el mundo permanecía inmóvil reparándose bajo un balcón; tampoco encontraba gente viendo pasar el tiempo sentada en el banco de una plaza. En un día de lluvia me resultó más difícil de lo normal distinguir a posibles *homeless*, lo cual me hizo tomar conciencia hasta que punto la movilidad y la quietud se constituyen como una de las variables que utilizamos para clasificar la realidad desde el sentido común. En definitiva, la PSH se diferencia del resto de la población pues sus movimientos no están marcados por el ritmo frenético que impone el tiempo en tanto valor productivo<sup>114</sup>.

Por otra parte, la movilidad también es un criterio de clasificación nativo. Como se mencionó en el capítulo 3, las PSH suelen preservar su autoestima diferenciándose entre sí en función de la pasividad. Taylor y Bogdan entienden que “el vocabulario empleado en un escenario por lo

---

<sup>114</sup> Thompson (1979) ha develado la correlación entre el desarrollo del sistema capitalista y la expansión de los relojes como objetos de uso masivo. Buscando fomentar la lógica productiva, el capitalismo supone la fragmentación del tiempo en escalas micro. No obstante, que la temporalidad de las PSH no está marcada por un reloj es una verdad relativa. De hecho, quienes acuden a recursos sociales como los comedores, deben organizar su día en función de los horarios de tales instituciones –tema que será tratado en el capítulo 7. Por otra parte, Spradley asocia al nomadismo de los *homeless* con la pasividad en tanto estigma vinculado al espacio público. Sus traslados suelen implicar “un movimiento constante, sin un destino, en función de la supervivencia en una América urbana. Estos hombres son nómadas urbanos porque viven la mayor parte de sus vidas en espacios públicos donde nuestra cultura demanda que la gente parezca estar llevando a cabo alguna actividad *legítima*” (1970: 98).

general proporciona indicios importantes sobre el modo en que las personas definen situaciones y clasifican su mundo” (1987: 72). El término “tumbado” refleja dicha situación. Su origen etimológico remite a la “tumba”, apunta a la muerte social de la persona<sup>115</sup>. Un “tumbado” puede ser alguien que ha enloquecido. Pero por sobre todas las cosas, bajo los códigos que imperan en Plaza Ópera, un “tumbado” es aquel que yace inmóvil viendo pasar la vida. En un mundo de desempleo, “tumbado” es sinónimo de abandonarse a sí mismo, de alguien que ha perdido la dignidad de buscarse la vida por los propios medios.

*Pedro pelea bastante con Sebastián, lo trata de “tumbado”, reprocha su actitud pasiva y poco solidaria. Pedro insiste en que es una vergüenza que no sea capaz siquiera de ir a buscarse los cartones, que el Chupete está haciendo todo por él (...) Empapado, aparece el Chupete. Trae unos pocos cartones. Recrimina al resto su actitud pasiva, dice que el camión de la basura ya pasó por varias zonas y quedan muy pocos cartones. Además, debido a la lluvia, los que quedan están inutilizables. Comienza una serie de discusiones (...) La pelea pasa también por denostar al otro calificándolo de “tumbado”, remarcando la propia agencia. “Cómo que no te busques la vida, hoy duermes bajo el agua”. En tal sentido, Pedro y Tito tratan de gilipollas al Chupete por mojarse buscando cartones para Sebastián. “Que se busque la vida solo” es la frase que más repiten (4 Noviembre 2006).*

Tomando a Plaza Ópera como unidad de análisis es posible delimitar diferentes lógicas espaciales, las cuales equivalen a distintas modalidades de sinhogarismo. Como se mencionó en el capítulo 2, para algunas PSH la plaza Isabel II es un espacio de permanencia, un sitio en el cual el sujeto pasa prácticamente las 24 horas del día; para otros individuos, Ópera es un territorio al que se acude cuando termina el día, el ámbito donde se socializa durante unas horas con los compañeros, para luego recostarse a dormir; para unos cuántos la plaza es un lugar asociado con determinadas épocas del año; por último, para muchas PSH Ópera es un sitio de tránsito, un espacio a recorrer. Sedentarismo o nomadismo, visibilidad o invisibilidad, no son opciones que puedan ser interpretadas en términos dicotómicos. Siendo una variable continua, la movilidad implica que los *homeless* alternan sus opciones en función de la coyuntura. En definitiva, la Plaza Isabel II es un entorno en permanente ebullición, cuya fisonomía se ve alterada por la incesante entrada y salida de diferentes PSH.

---

<sup>115</sup> El término “tumbado” puede ser analizado en función de los escritos de Altman y Chemers (1984), quienes nos recuerdan que para los occidentales el universo posee una dimensión vertical a partir de la cual es posible representar las experiencias. “*Arriba* posee una carga valorativa positiva, por contraposición de *abajo*. Entonces, para muchas culturas, la dimensión vertical no sólo es importante, sino que además los distintos polos de la dimensión conllevan valores opuestos” (Ibídem: 32). Dicha situación es fácilmente contrastable en la arquitectura, pero también en el lenguaje cotidiano –la distinción entre clases “altas o bajas”, o la expresión “tumbado” son un ejemplo al respecto.

## 2.1. Las personas sin hogar más nómadas

Al reflexionar sobre las formas más nómadas de sinhogarismo, debemos recordar que “las sociedades modernas son viajeras y móviles, no es una característica que deba ligarse únicamente a las PSH” (Cabrera, 1998: 301)<sup>116</sup>. Una vez formulada esta aclaración y considerando a quienes se han decantado por una vida más nómada, es posible distinguir dos grupos: aquellos que trascienden las fronteras nacionales y los que giran por las diversas provincias españolas. El primer caso suele ser el de ciertos jóvenes europeos, en donde el sinhogarismo es sinónimo de viaje. Si residir en la vía pública tiene algo de elección personal, ello es especialmente cierto en estos grupos<sup>117</sup>. Escudero Carretero (2003) recuerda que es al interior de tales agrupaciones donde surgen discursos de rechazo hacia los valores promovidos desde la sociedad de consumo, donde la propiedad se encuentra tan ligada con el sedentarismo. En tal sentido, Maffesoli (2004) sostiene que el deseo de “otro lugar” es una estructura arquetípica que se repite a lo largo de la historia. Así, entiende al nomadismo como un deseo de revuelta contra el orden establecido, como una sed de lo infinito. Incluso si no es conciente de sí mismo, el nomadismo supone “el anhelo de una vida marcada por lo cualitativo, el deseo de romper el enclaustramiento y la confinación domiciliarios característicos de la modernidad” (Ibídem: 16).

A diferencia de las PSH inmigrantes<sup>118</sup>, la movilidad de las personas más nómadas de Ópera se encuadra dentro de las fronteras nacionales; a lo sumo, han migrado a los países limítrofes. Ello se explica por una cuestión básica: los traslados de estos hombres son producto del tipo de

---

<sup>116</sup> En tal sentido, Cabrera (1998) compara el número de movimientos migratorios entre los sinhogar y la población madrileña en general. Quienes nunca se movieron de Madrid representan el 19% y el 41% respectivamente; quienes se trasladaron una vez, el 21% y el 34,9%; en dos ocasiones, el 24% y 14,5%; tres o más veces, un 36% frente a un 9,4% en el caso de los *homeless*. Hablando en términos cuantitativos, la movilidad espacial de las PSH no es tan superior a la del resto de la población. Pero, como se sostuvo anteriormente, el problema no pasa tanto por la frecuencia de los traslados sino por la calidad y motivo de los mismos. Allí es donde se nota una distancia cualitativa en el peso que tiene la movilidad en la vida de las PSH.

<sup>117</sup> El sinhogarismo puede ser una cuestión de elección, pero sólo cuando el número de alternativas es muy escaso y las mismas son menos aceptables que la propia vida en la calle. Si consideramos el contexto en el cual se realizan dichas opciones, constataremos que los discursos que apuntan a la opción personal no son indicadores de las causas que iniciaron el proceso de calle sino que, por el contrario, guardan relación con la forma en que el entorno de exclusión incide en las modalidades de elaboración de los relatos. De hecho, tal tipo de declaraciones son más comunes entre quienes llevan más de dos años en la calle (Snow y Anderson, 1987).

<sup>118</sup> En cuanto al patrón de uso y asentamiento del espacio en la Plaza Isabel II, los inmigrantes sin hogar deberían ser incluidos dentro de los grupos que conciben a Ópera como un espacio a recorrer. Si ampliamos el radio de análisis a la zona de los Jardines Reales, por allí han pasado, pero no se han radicado de forma estable, grupos de europeos del este, de magrebíes, e incluso congregaciones conformadas por sujetos procedentes de diversos continentes.

empleo que han obtenido a lo largo de su vida. Muchos de ellos han cambiado de ciudad en reiteradas ocasiones, siempre tomando al trabajo como el principal mecanismo a partir del cual encontrar mejores condiciones de subsistencia. En algunos casos, el empleo los lleva a repetir todos los años un ciclo laboral. Las rutas taurinas o las ferias que recorren la geografía española en función de las fiestas locales, constituyen un ejemplo paradigmático. De hecho, más de un integrante del grupo ha conocido a sus actuales compañeros en las que mencionan como “las Ferias de los pobres”, para luego acudir a la Plaza Isabel II como sitio de residencia en los momentos de desempleo.

*P: ¿Y por qué buscan siempre a PSH para trabajar en las Ferias en tu opinión?*

*R: Por que necesitamos dinero. Tienes el ansia de fumar, o tienes el ansia de tomarte una cerveza, o tienes que comer, ¿por qué te crees que nos vienen a buscar aquí, venga, otro? Porque es una cosa golosa. Pero al final no te dan nada. Nada, comidas si. Comida te dan bien de comer. Pero después tienes que dormir en unos furgones, metido en unos colchones. La sala móvil, la que llevan. Ellos duermen en la Caravana, y tú tienes que dormir en un furgón. Pero de dinero... Yo después de toda la temporada, cuando llegué aquí a Madrid, llegué con 120 euros. Y eso que me pasé cinco meses currando. Que empiezas en Burgos, después la Semana Negra en Gijón, después te vas a Ribadesella, después te vas a Santander...*

*P: ¿Se mueven un poco por el calendario de las fiestas?*

*R: Claro, todo. Te vas a San Sebastián, a Victoria, te vas a la Semana Grande de Bilbao. Es según donde vaya habiendo fiestas. En Burgos, en León (Entrevista al Jirafa, 16 de Marzo de 2005).*

La actividad agrícola representa otro de los ciclos económicos clásicos en la estructuración de los movimientos de más de un miembro de Ópera. En tales casos, las personas giran por cada región de España en función de los tiempos de cosecha de cada producto regional: en febrero comienza la recolección de naranjas en Valencia, en septiembre hay trabajo en Logroño gracias a la producción de uva, en octubre algunos se trasladan a recoger aceitunas en Portugal, etc. Por lo general, quienes contratan a estas PSH son gitanos que actúan como intermediarios entre la mano de obra y los propietarios de las fincas. Las PSH representan la posibilidad de pagar salarios más bajos de lo normal, y son muy frecuentes las estafas<sup>119</sup>.

*Chema me cuenta que en uno o dos días piensa irse a trabajar, a recolectar fruta por la zona de Logroño. Luego piensa pasar otros diez días desarmando una Noria en un pueblo*

---

<sup>119</sup> Que los trabajos agrícolas son uno de los empleos característicos de las PSH lo testimonia el haber recibido una oferta laboral de tal estilo mientras me encontraba esperando para ingresar al comedor social “Martínez Campos”. En dicha ocasión, dos hombres aprovechaban las filas de PSH para reclutar jornaleros en la futura recolección de naranjas en la Comunidad Valenciana. Martínez Veiga (2004) observa el mismo patrón con los inmigrantes sin papeles: el hecho de que sea “un tercero” quien ofrece trabajo, permite la utilización de la mano de obra sin tener en cuenta las obligaciones contractuales. De tal modo se consigue alejar la relación de dependencia entre el empleado y el empleador, evitando cualquier posible lazo moral y desligando por completo al empleador.



*cercano a Zaragoza (...) me comenta que es común el trabajo de temporero, así como retornar a la ciudad sin haber cobrado siquiera un sueldo. El abuso es enorme. Añade que no es casual que haya empleadores que van a las puertas de los Centros de Acogida a buscar mano de obra barata, cuando no gratuita. Opina que más de uno debe morir en tales lugares sin que nadie se entere pues ¿quién reclamará por la ausencia de un sin techo? Conoce casos de personas que retornaron a la ciudad luego de haber recibido una tremenda paliza por quejarse, o de otros que incluso tuvieron que volver mendigando, pues fueron abandonados en el campo sin dinero (22 de Septiembre de 2004).*

En todos estos casos, Madrid es visto como el nudo central de una red: muchos asisten a la capital pues es allí donde encontrarán información o un nuevo empleo, por más que el mismo luego se desarrolle en otras regiones. Madrid es además un punto que permite la conexión entre las distintas provincias de España, por lo cual se acude primero a esta ciudad para luego trasladarse a otro sitio. Más específicamente, para más de una PSH Ópera representa el sitio de encuentro con viejos conocidos, un tiempo y espacio de desempleo, de ocio y sedentarismo en un ciclo laboral marcado por la movilidad.

*P: ¿Y por qué cuando termina la temporada del circo venis a Ópera?*

*R: No, no decido venir a Ópera. Cuando yo salgo del circo me voy a mi casa, en Bilbao. Voy, estoy en mi casa como mes y pico, un mes. Luego ya me vengo para aquí, porque de aquí me pilla mucho mejor la combinación a Guadalajara que desde Bilbao ir hasta Guadalajara. Entonces me paso una temporada con los colegas en Madrid. Pero te das cuenta prácticamente que siempre elijo los mejores días del año, que son los días de verano, que son los que puedo dormir tranquilamente en un parque (Entrevista a Juancho, 1 de Octubre de 2005).*

Como sostiene Escudero Carretero (2003), estos individuos personifican el perfil más parecido a lo que comúnmente se ha denominado como “transeuntismo” –tal tipo de sinhogarismo constituye el 27% en la muestra de esta antropóloga. No obstante, vale la pena aclarar que la movilidad de estas personas muchas veces se intercala con largas estadías en cada nuevo sitio; en definitiva, el individuo se sedentariza durante semanas, meses o años hasta una nueva fase de desencanto, hasta que la promesa de un futuro más próspero se localiza en otro sitio.

*P: Muchos trabajaron en ferias y esas cosas, girando por toda España.*

*R: Si, ahora mismo tenemos uno que se llama Juancho, que trabaja en un circo. Entonces, cuando viene la temporada desaparece. A lo mejor está seis, siete meses, entonces el invierno lo pasa trabajando. El que se va ahora también, por ejemplo es el Capitán, se va el mes que viene, porque hacen una ruta de toros. Empiezan en Pamplona, luego a Lugo, y tal. Luego, si se va otro, por ejemplo yo, pues a lo mejor en una de esas ciudades encuentro algo que me interesa y ya me quedo. O algo que me conviene. También suele ocurrir. El Capitán vuelve. Pero que alguno también se ha ido con el grupo de los toros y ya no ha vuelto. A lo mejor ha llamado por teléfono (Entrevista a Mariano, 18 de Junio de 2005).*

Como se afirmó anteriormente, la movilidad de las PSH suele ser concebida como sinónimo de desafiliación. Así lo expresan Bahr y Caplow: “las personas móviles tienden a una falta de lazos firmes tanto en los grupos que han dejado atrás como en aquellos hacia los cuales se mueven” (1968: 29). Llamativamente, autores que se han dedicado a criticar estas perspectivas apelando a un enfoque etnográfico, han coincidido en este punto. Así, Rosenthal (1994) o Snow y Anderson (1993) entienden los traslados como elementos que dislocan las sociabilidades, factores que impiden establecer vínculos sociales sólidos. Tales planteos deberían ser relativizados. Gente como el Capitán, para quien las tácticas de subsistencia frecuentemente estuvieron asociadas con los permanentes traslados, es motivo de comentarios entre las demás PSH de Ópera por la cantidad de amigos que posee desparramados por los diversos puntos de la geografía española. No es que no posea amistades como consecuencia de una vida errante, sino que sus redes sociales no se conforman a partir de una lógica sedentaria sino en función de una espacialidad múltiple y fragmentada (Girola, 2005; Palleres, 2004)<sup>120</sup>. En definitiva, el nomadismo implica formas concretas de solidaridad (Maffesoli, 2004). Las reflexiones de Altman y Chemers (1984) respecto de las poblaciones nómadas resultan sugerentes: para estos grupos lo importante no es tanto el lugar, sino la admisión al grupo más allá de donde el mismo se encuentre en un momento puntual.

*Cuando menciono que hace mucho tiempo que no veo al Capitán, el Duque me cuenta lo que ya escuché en reiteradas ocasiones: que el Capitán “es como el Guadiana –se refiere a un río con un curso muy irregular que aparece y desaparece intermitentemente por la geografía española- puede estar en cualquier sitio. Lo mismo hoy está aquí que mañana amanece en Ciudad Real. Con ese nunca se sabe. Pero tiene amigos por toda España. Y gente de dinero eh, no te vayas a creer. En todos lados alguien lo recibe y le da un lugar donde dormir. Por las ferias, ha conocido a gente en todos los sitios” (18 de Junio de 2006).*

El principal problema que deben afrontar las personas como el Capitán consiste en la vejez<sup>121</sup>. Cuando los años comienzan a pesar, el sujeto no puede continuar con la vida de nomadismo y termina arraigándose en un único espacio. De hecho, es común observar como quienes siempre despreciaron la dependencia institucional terminan aceptando a regañadientes ingresar en algún Albergue durante los últimos años de su vida. Es entonces cuando, al no poder recurrir a sus conocidos que residen en las distintas regiones de España, se potencia la sensación de

---

<sup>120</sup> Vale la pena preguntarse si las imágenes de desafiliación de este tipo de PSH no han sido exageradas, si no son en buena medida consecuencia de la dificultad que tienen las ciencias sociales por adaptarse al movimiento de los pueblos nómadas –quizá la excepción más notable a esta regla sea la antropología dedicada a los cazadores recolectores. Al igual que los gestores políticos, también las ciencias sociales precisan fijar a las poblaciones para estudiarlas y clasificarlas.

<sup>121</sup> Lee (1978) sostiene que la edad es una de las variables más importantes en cuanto a la movilidad de las PSH: a mayor edad la movilidad intraurbana se hace más frecuente respecto de la interurbana.

desafiliación. Por otra parte estos ancianos, cuya movilidad se ve reducida y están deteriorados físicamente, representan las formas más visibles de sinhogarismo. De tal manera, los estereotipos a partir de los cuales identificamos a los “sin techo” remiten a una incapacidad para detectar otras formas de sinhogarismo.

*Le pregunto por Jesús, y me responde que debe andar por la zona de los jardines. Insinúo que Jesús necesita ayuda, que hay que cuidarlo. Con sabiduría, el Capitán me responde: “ese tiene muchos años, ya ha aprendido a cuidarse sólo, tú no te preocupes”. Le doy la razón, y repito una de sus frases: “pico y pala” -es decir, a trabajar, a cuidarse por sí mismo en vez de esperar ayudas. Una vez más me equivoco, y el Capitán añade que Jesús “está demasiado viejo para currar, está mal, no puede”. Entonces le comento que el anciano no quiere volver al albergue. El Capitán me contesta de la siguiente manera: “es que ahora hace bueno -se refiere al tiempo-; ya volverá cuando uno le...” -termina la frase haciendo un gesto con la mano, da a entender que cuando lo roben o le den una paliza el anciano se asustará, comprenderá que está demasiado viejo, y volverá al albergue (13 de Junio de 2005).*

En resumen, el nomadismo es una táctica adoptada por aquellas PSH que subsisten siguiendo el curso de empresas móviles como las Ferias, o por quienes se desplazan en función del flujo de un capital destinado a sectores económicos que requieren una mano de obra no cualificada y estacional –básicamente la agricultura, pero también la construcción o la hostelería. El sujeto ha aprendido a obtener sus ingresos a través de un sistema económico que conlleva un trajinar constante. Con el paso de los años, cuando los permanentes traslados se tornan costumbre, el andar deja de ser un método y se convierte en un fin en si mismo. En estos hombres, la necesidad de viajar se asemeja a una búsqueda continua e infructuosa de un bienestar que siempre se les escapa. Los escritos de Maffesoli son aplicables a estas personas: “el nomadismo no está determinado únicamente por la necesidad económica o la simple funcionalidad. Su móvil es totalmente distinto: el deseo de evasión. Es una especie de *pulsión migratoria* que incita al hombre a cambiar de lugar, de hábitos, de pareja” (2004: 52-53). Son casos dentro del sinhogarismo, no necesariamente la norma. Pero debemos dejar constancia de la existencia de quienes, luego de tantos años de marcha, se han encariñado con un movimiento que terminó erigiéndose en un estilo de vida. Como escribe Baigorria, estas personas “se han visto obligadas a salir a caminar. Pero han caminado tanto que la razón por la que salieron ya ha prescripto, ya ha caducado. Y ellas le han seguido metiendo para adelante, porque se han hecho de ambiente en la huella (...) Soy demasiado nómada en mi corazón para entender el amor a un solo lugar” (1998: 123).

*Los hombres de la calle adaptados se llaman carrilanos, son personas que son transhumantes. Recorren toda España, se han adaptado a esta forma de vida y les cuesta*

*muchísimo salir de ella. Pues a lo mejor unos se han ido a Valencia, otros han hecho su vida en Andalucía, en Vigo (...) es que la gente de la calle es muy inadaptada. De verdad. Aquí hay personas que los metes, y aquí no, en toda España, los metes en unos albergues y no lo aceptan, no lo resisten. Porque son transhumantes, son personas que están danzando por toda España, y te digo hasta por toda Europa. Y están adaptados a ir por ahí con sus mochilas, a llevar por ahí el caparazón como las tortugas. Y se meten en esos centros y no lo soportan. Es probable que esos centros si puedan soportarlo personas que sean mayores, mayores como yo. Que te adaptes mejor por la edad, y por todas esas cosas. Pero tú dile a un chaval, o a un hombre de treinta años que a las 7:30 de la tarde tiene que estar en San Isidro a cenar... (Entrevista a Sebastián, 17 de Abril de 2006).*

A nivel emotivo, la movilidad es una táctica que permite proteger la autoestima en mayor grado que el sedentarismo. Un *sinhogarismo* móvil es sinónimo de invisibilidad: las miradas no se posan inquisidoramente como sí ocurre cuando el individuo permanece fijo en un territorio. Por otra parte, el motor que mueve a estas personas es el empleo, por lo cual el proceso de autovaloración guarda relación con definir la propia identidad como la de un trabajador<sup>122</sup>.

## **2.2. Las modalidades de *sinhogarismo* sedentario y visible**

Entre quienes se han decantado por el sedentarismo, es posible distinguir aquellos que permanecen prácticamente todo el día en los confines de la plaza de quienes sólo utilizan dicho espacio en momentos puntuales de la jornada<sup>123</sup>. Varios integrantes del grupo optan por moverse por distintos puntos de la ciudad a lo largo del día, volviendo a Ópera en momentos concretos de la jornada -para reencontrarse por las tardes a beber con los compañeros, para almorzar al mediodía, o sólo para dormir durante las noches. Dichas elecciones responden a las diversas tácticas materiales y emotivas de adaptación. Como escribió Palleres (2003: 99), “el estar viviendo en la calle es la parte visible de todo un andar, de un movimiento en busca de recursos negados”. Una de las tácticas básicas de subsistencia consiste en transitar el espacio urbano: sin un empleo ni un ingreso estable, la gente se mueve esperando una oportunidad, confiando en su capacidad para saber aprovechar un golpe de suerte (Susser, 1996). Así, en cierta ocasión un *homeless* me aconsejó cómo identificar a una PSH en los siguientes términos:

---

<sup>122</sup> No es casual que sea el Capitán, el más nómada de los integrantes de la plaza, quien más frecuentemente repite el lema compartido por el resto de sus compañeros y que fuera mencionado en el capítulo 3: “pico y pala”. Como ocurre con el término “tumbado”, la expresión denota cómo estas PSH comparten los valores hegemónicos sobre la dignidad y el trabajo.

<sup>123</sup> Según el (INE, 2005), el 70,2% de las PSH pernocta todas las noches en el mismo sitio –claro que, al ser encuestas que se limitan a los recursos, este tipo de datos deben ser relativizados. En la muestra de Escudero Carretero (2003), el 56% de los *homeless* permanece en la ciudad durante el período de *sinhogarismo*. Respecto del tipo de movilidad, Wolch (*et al.*, 1993) sostiene que el 43% de las PSH sólo realizan una movilidad cotidiana al interior de la ciudad. Algo similar observa Lee (1978), quien plantea que de la movilidad de las PSH, la mitad no supera las fronteras de la ciudad.

*“La PSH camina despacio, por lo general con las manos en los bolsillos o acarreado alguna bolsa, y casi siempre mirando hacia abajo, hacia el suelo. No tanto por que se encuentre desanimado, sino más bien por si encuentra en el piso una moneda o algo que le pueda ser de utilidad” (6 de Diciembre de 2006).*

Las tácticas implican sacar provecho de las ocasiones que se presentan, y para ello resulta más redituable moverse recorriendo la ciudad que permanecer fijo en un sitio. En tal sentido, Hill (1991) refiere a las PSH como una “sociedad nómada” no tanto por un eterno errar, sino por la forma en que obtienen los recursos necesarios para su subsistencia. En opinión de este autor, los *homeless* se caracterizan por una alta movilidad al interior de la ciudad, pues deben cubrir un área lo suficientemente amplia como para proveerse de la cantidad de recursos que precisan.

*Le pregunto si suele recorrer la zona de los Jardines Reales. Me responde que no, que los que suelen dar vueltas por distintos lugares de la ciudad son el Duque y el Capitán. Parece que el Capitán tiene una táctica curiosa: gira por los alrededores de los Jardines de Oriente pues a la gente que se recuesta sobre el césped se le suele caer alguna moneda, un encendedor, o lo que sea. Y el Capitán está atento a dicho descuido (Entrevista a Mariano, 18 de Junio de 2005).*

La elección de trasladarse por la ciudad a lo largo del día también responde a una forma de preservar la propia salud mental, a una táctica emotiva. Moverse es una forma de quitarse el frío que cala los huesos de quienes permanecen todo el día sentados en un banco de metal; supone una manera de escaparle al tedio, al aburrimiento implícito de instalarse las 24 horas en un mismo espacio; quedarse en la plaza es sinónimo de ver constantemente las mismas caras y el mismo sitio, lo cual encrespa los nervios, potencia los posibles conflictos y atenta contra la convivencia armoniosa del grupo. De tal modo, los desplazamientos trascienden la subsistencia, también implican una forma de regular las relaciones sociales. Es por ello que la mayoría de las PSH buscan diversificar su espacio, procuran no estar durante el día cerca del sitio donde duermen por las noches (Escudero Carretero, 2003).

*Me detengo en la puerta de una iglesia próxima a Ópera para saludar a Nicolás. Cuando le comento que últimamente lo veo poco por la plaza me responde que prefiere pasar el menor tiempo posible en tal sitio. “Allí son todo peleas. Quieras que no, si estás todo el día quieto en el mismo lugar... pues ya te mosqueas, y buscas pelea con el que tienes al lado”. Estar todo el día en la plaza es sinónimo de beber incesantemente. “Y tú sabes que yo con el vino... lo justo”. Nicolás concibe a la movilidad, al escapar de la plaza en tanto espacio cotidiano, como una forma de cordura mental. “Es que si te quedas allí todo el día... con el tiempo acabas volviéndote loco. Te hace mucho daño, mucho más daño del que te imaginas” (2 de Febrero de 2007).*

Tras los argumentos esgrimidos por quienes prefieren la movilidad cotidiana en vez de permanecer en la plaza, subyace una idea: la movilidad implica agencia, escapar mínimamente al estigma de la pasividad, una manera de fomentar la sensación de “haber hecho algo” a lo largo del día. Asimismo, la plaza es vista como un espacio de degradación; específicamente, las formas más extremas de sedentarismo son percibidas como el peligro de excederse con el alcohol. Muchos sostienen que una manera de moderarse con la bebida pasa por circular por la ciudad, más allá de que no exista un destino que guíe tal movimiento. De hecho, frecuentemente la “cronicidad” de las PSH coincide con las pautas más sedentarias de sinhogarismo.

*En determinado momento mi compañera de ruta les pregunta a Teresa y Alfredo si han bebido mucho hoy. Alfredo responde negativamente. Entonces el Duque me separa y calcula que “no han bebido menos de ocho litros”. Me comenta que hacen todos los días lo mismo –lo dice señalando también a Bruno y a Lionel, separando a Pedro de tal lógica. El Duque asocia al alcohol con “el estar todo el día aquí como unos tumbados”. Él, en cambio, se mueve durante el día y sólo vuelve por la noche. Como si sus traslados le permitiesen una sobriedad imposible de encontrar en la plaza a lo largo del día, añade: “no los entiendo, es que están todo el día con el cartón, y dale que te pego” (27 de Marzo de 2006)<sup>124</sup>.*

En otras ocasiones, girar por la ciudad en vez de quedarse quieto en un mismo sitio conlleva ventajas emotivas que a veces sorprenden al investigador

*Le pregunto hacia dónde nos dirigimos, por qué quiere meterse en el metro. Me responde que hace poco estaba desesperado y, como única solución, se le ocurrió bajar en la estación del metro “Esperanza”. Hoy también está un poco desesperado, además quiere aprovechar mi presencia para ingresar a un bar que le llamó la atención en aquella ocasión, y al cual no pudo entrar por falta de recursos. Dice tener la costumbre de ir a los lugares en función de su estado de ánimo y lo que en él evoca cada nombre. Encuentro divertido lo que me cuenta, y entonces el anciano se explaya. Me explica que cuando se siente culpable por algo va a Vallecas, a la zona donde todas las calles llevan el nombre de algún “Corregidor” –es decir, el “Corregidor Diego Cabeza de Vaca”, el “Corregidor Alonso de Tobar”, etc. Si se pelea con alguien, se dirige rumbo a la Plaza de la Concordia. Me propone incluso ir a la “Calle de los Amigos” la próxima vez que lo visite (21 de Noviembre de 2004).*

---

<sup>124</sup> Wolch (et al., 1993) sostiene que la gente que reside en los *Skid Row* procura escapar de tales entornos degradados y estigmatizados. Así, las personas vuelven al *Skid Row* cuando los recursos en otros sitios se han acabado, cuando necesitan de los servicios sociales, o sólo para pernoctar. En contraste con las PSH que se mueven constantemente, los “crónicos” son quienes más contacto han perdido con sus familias, quienes han dejado de buscar trabajo y quienes, con el paso del tiempo, han desarrollado una rutina estable que supone la dependencia de un conjunto de servicios ubicados en un radio de acción muy limitado (Ibídem). Por otra parte, no es casual que el mote de “tumbado” haya recaído más veces en quien pasa más tiempo en la plaza –esta persona también es quien figura con mayor frecuencia en mis registros. Más aún: el apodo que tiene este hombre es el de “El Siesta”, el cual equipara al sedentarismo con la pasividad y el autoabandono.

La movilidad de quienes se han sedentarizado en Ópera, pero sólo acuden a la plaza en determinados momentos del día, depende de factores similares que llevan al traslado cotidiano del resto de los ciudadanos: el trabajo –que adopta la forma de la economía informal en el caso de las PSH- y los amigos o la familia (Wolch *et al.*, 1993). Pero otros motivos, propios del entorno de calle, generan desplazamientos que los distancian de la sociedad domiciliada. Como vimos en el capítulo anterior, los servicios sociales suponen espacios donde satisfacer las necesidades básicas que condicionan la circulación de los *homeless*. En todo caso el sinhogarismo no siempre es equiparable con el caos y la anomia. “A simple vista el movimiento o la inactividad parecen no tener sentido, pues el observador ocasional solo ve una parte del andar” (Palleres, 2004: 99). Como se constatará en el capítulo 7, para quienes han optado por fijarse en un territorio, la vida en la calle se encuentra estructurada por una serie de patrones. Estas rutinas proporcionan un sentido de “normalidad”, por lo cual muchas veces actúan como auténticas tácticas emotivas.

Sin embargo, el binomio sedentarismo-visibilidad también tiene sus desventajas. Una vez más, es indispensable recordar que la cotidianidad suele estar condicionada por factores externos. Es por ello que la posibilidad de instaurar rutinas se enfrenta a límites insuperables; incluso quienes han estructurado su vida de forma sedentaria deben adoptar una serie de pautas flexibles que se ajusten a las oportunidades cambiantes que se presentan (Hill, 1991). Otra de las dificultades inherentes a residir en la calle consiste en verse forzado a desprenderse de los objetos personales. Debido a que esta cuestión será estudiada en el capítulo 9, aquí sólo diremos que el sedentarismo brinda mayores posibilidades de preservar algunos bienes respecto del nomadismo. Sin embargo, nómadas o sedentarios residen en la vía pública, por lo cual los robos o las pérdidas de sus pertenencias son moneda corriente. Los límites a la acumulación están permanentemente marcados por el contexto de precariedad residencial. Simultáneamente, la exclusión de las PSH se traduce en el karma de tener que acarrear las propias pertenencias las 24 horas del día.

*Como otras veces durante los meses de frío, cuando quiero encontrar a Gonzalo me dirijo a la sala de lectura de Fnac –un importante centro comercial ubicado en el centro de Madrid. Tengo suerte, pues lo encuentro leyendo y disfrutando de la calefacción. Ni bien llegar, Gonzalo me pregunta por un albergue al que denomina como “El Pozo o algo así. Queda por Vallecas”. Le cuento que se trata de un dispositivo de la Campaña de Frío. Entonces me comenta que le duele la espalda, que no soporta seguir transportando todo el día una mochila tan pesada. Quiere descansar, o por lo menos se conforma con tener un sitio donde dejar sus bártulos durante el día (20 de Enero de 2006).*

Pero aún no se ha mencionado el principal inconveniente asociado con las pautas de sedentarismo: dado que las formas de subsistencia consisten en interactuar con los vecinos de un barrio o con quienes recorren el espacio, estos patrones equivalen a las formas más estigmatizadas de *sinhogarismo*. Las PSH desarrollan tácticas buscando afrontar dichos estereotipos negativos, como por ejemplo trasladarse de los espacios estigmatizados o distanciarse de determinados grupos *homeless* que son evaluados de forma negativa –temas que es abordado en el capítulo 8. De todos modos, estas tácticas son siempre incompletas, nunca logran combatir satisfactoriamente el estigma de residir en la vía pública. Como vimos en el capítulo anterior, ello es consecuencia de la situación de doble vínculo espacial en el que se encuentran atrapados. Por un lado, reconocen las normas que rigen al espacio público, e intentan actuar respetando sus códigos. Por el otro, se ven forzados a apropiarse de una porción de dicho espacio para realizar actividades básicas en la subsistencia de todo ser humano, prácticas que en nuestra sociedad se encuentran asociadas con el ámbito privado pero que dada su situación de exclusión residencial deben satisfacer en la vía pública.

### *2.3. La apropiación del espacio*

El presente apartado gira en torno a la sedentarización como la opción por un tipo de movilidad específica. El objetivo principal es el de analizar las consecuencias que conlleva dicho proceso ya no sólo en las modalidades de *sinhogarismo*, sino también en el espacio urbano. En el capítulo 4 hemos visto como el entorno donde residen las PSH condiciona sus comportamientos y orientaciones cognitivas. Más concretamente, hemos considerado como la calle, en tanto ámbito de exclusión social, se traduce en un proceso de movilidad forzada. No obstante, tan cierto es que el espacio estructura a los sujetos como que los mismos, a través de sus prácticas, moldean el territorio (Lawrence y Low, 1990). Esta afirmación es válida incluso para quienes se ubican en los últimos peldaños de la pirámide social. Por consiguiente, en esta sección se reflexiona sobre el espacio público no tanto como un agente que condiciona la vida de quienes duermen en las calles madrileñas, sino como resultado de las conductas de las PSH.

Los entornos físicos suelen ser diseñados en función de un propósito primario, el cual determina su apariencia y características sensoriales, el tipo de objetos, individuos y actividades que allí encontraremos, etc. Se trata de un sistema de significados espaciales que permiten catalogar al ambiente y actuar en consecuencia. Pero estos sentidos no son compartidos universalmente, por lo cual las personas transforman al territorio buscando una mayor coherencia con sus propias expectativas (Proshansky, *et al.*, 1983). Esta situación se acentúa en



el caso de quienes residen en la vía pública, pues “la habilidad de los *homeless* por controlar sus vidas y espacios es una parte central de las soluciones para sus complejos problemas sociales” (Altman y Zube, 1989: 162).

Con su simple presencia y como consecuencia de verse forzadas a residir en la calle, las PSH se apropian temporalmente del espacio público aportando su grano de arena en la conformación de dichos escenarios. Considerando al *sinhogarismo* como la imposibilidad de residir en un ámbito privado, la apropiación es un proceso inevitable que guarda relación con el uso de los territorios y los objetos, remite a la mutación de los espacios en lugares (Lawrence y Low, 1990; Augé, 2004; De Certeau, 1996; etc.). A partir de tal transformación, el espacio, que hasta entonces permanecía ajeno y externo al sujeto, se convierte en un elemento que forma parte de su esfera de acción. Una vez que los elementos han sido alterados por el ser humano en función de sus necesidades y deseos, entonces dejan de ser la cosa que habíamos encontrado y adquieren un nuevo estatus, una nueva realidad que hasta cierto punto refleja lo que somos (Francis, 1989; etc.). Pero la apropiación no siempre implica una transformación física del entorno, sino que puede limitarse a otorgar significados a los objetos y ámbitos que nos rodean. La esencia de la apropiación pasa por el proceso de distinción e identificación, más allá de si hay una modificación del entorno. En definitiva, apropiarse es asociar los sitios con el self, con el propio cuerpo, supone personalizar los territorios. “Sólo puedo apropiarme de algo exponiéndome, involucrándome, estableciendo una relación con el objeto o el espacio en cuestión” (Sansot, 1976: 64).

*Dentro del túnel, y como si estuviese en el patio trasero de su hogar, veo a Francisca con las piernas extendidas y cubiertas por una colcha. También observo una gran caja de cartón ubicada muy próxima a la pared que actúa como un biombo delimitando el espacio donde duerme. Me llama la atención como ha decorado los cartones dibujando estrellas, escribiendo palabras de bienvenida como “Hola”. Francisca ha colocado otra caja pequeña en el sector más próximo al pasillo que recorren quienes atraviesan el Túnel, la cual utiliza a modo de escritorio. Sobre esta caja observo un perfume, una lata de sardinas convertida en cenicero, un pote vacío, y un desodorante de ambiente. Este último objeto me sorprende bastante. Pienso en lo que un objeto como un desodorante de ambiente puede simbolizar: la necesidad de preservar una imagen de sí mismo asociada con el aseo, la limpieza, el orden del espacio donde uno vive, etc. Es un objeto típico de un espacio privado. Imagino que representa un poco su esfuerzo por hacer propio un espacio público, de alguna manera, dicho sitio es lo más parecido a “su hogar” (9 de Febrero de 2005).*

Como veremos en los capítulos 8 y 9, la apropiación del espacio público por parte de un conjunto de individuos que comparten la situación de exclusión residencial, lleva a la conformación de los grupos de *homeless*. Los campamentos de PSH son un punto de retorno

estable en sus recorridos cotidianos, aunque más no sea durante el tiempo que duran los mismos antes de ser removidos por las fuerzas policiales (Rowe y Wolch, 1990). ¿Cómo caracterizar los procesos de apropiación que tienen a las PSH como protagonistas? En primer lugar, la apropiación supone una redefinición de los espacios. Si la segregación urbana propone la división espacial en zonas primarias y marginales, las prácticas de apropiación que llevan a cabo las PSH implican establecer una tercer lógica espacial: la creación de los territorios de transición (Snow y Mulcahy, 2001). Como se sostuvo en el capítulo anterior, se trata de espacios primarios que han sido apropiados por las PSH; con su presencia, la zona queda “contaminada”, el territorio adquiere una forma híbrida en donde lo público y lo privado se confunden (Quaglia, 2005)<sup>125</sup>.

Los procesos de exclusión se expresan con toda su brutalidad en los usos que los distintos ciudadanos dan a un mismo espacio. Para la población domiciliada, la calle es un lugar de tránsito, de ocio, de encuentro. En el caso de las PSH, el espacio público es visto como un recurso, como el principal modo de subsistencia y socialización. Más aún, la apropiación que realizan las PSH de las calles madrileñas responde a un esfuerzo por reproducir dos ámbitos fundamentales en la existencia de todo ser humano: la vivienda y el trabajo. De tal manera, las modalidades de apropiación toman la forma de un portal que pasa a ser el sitio donde pernoctar, una esquina que se transforma en el lugar donde mendigar, etc.

*Debajo del puente de la Reina Victoria viven cuatro personas. Es impresionante como han acondicionado el espacio para vivir de la mejor forma posible. Observo dos carros de supermercado repletos de cajas de cartón, luego un colchón pequeño con su respectiva manta, a continuación otra hilera de carros con cajas, sigue otro colchón pequeño, posteriormente una hilera -esta vez conformada sólo por cartones-, para finalizar con un colchón matrimonial en donde duerme una pareja. Más allá, en el otro extremo del puente, unas brazas arden calentando una parrilla. Entre medio se ve un sillón, y más próximo al río una mesa con tres sillas y otro sillón coronan la escena. Sobre la misma se observan distintos vasos, quienes allí viven me ofrecen lo que están bebiendo: te con miel (...) El puente ha sido decorado con distintas calcomanías -muchas de ellas provienen de chocolates o de sobres de papas fritas-; la PSH que conozco me señala una del ayuntamiento de Madrid. En las paredes también puede verse algún que otro póster; recuerdo uno del grupo de música “Carmela” (10 de Junio de 2004).*

---

<sup>125</sup> Siguiendo a Turner (1980), es posible analizar a los espacios apropiados por las PSH en términos de liminalidad. Es decir, se trata de zonas fronterizas que marcan la transición entre dos ámbitos claramente definidos, estables y fijos. Su condición propia es la de la ambigüedad y la paradoja, por lo cual resultan muy difíciles de clasificar. En tanto áreas interestructurales en la dinámica socioespacial “no son ni una cosa ni otra; o tal vez son ambas al mismo tiempo” (Ibídem: 108). Lo mismo ocurre con la categoría de “espacios puente” propuesta por Valle (1997: 165): mientras que los espacios “interiores y los públicos pueden actuar de referencias estables, los espacios puente son circunstanciales. Una de sus metas es la de ser apoyo para el cambio. Sin embargo, en el caso de los grupos mudos, el espacio puente puede servir para iniciar la verbalización de sus modelos”.

Quienes residen en las calles interpretan a los espacios sobre la base de su funcionalidad, buscan sitios que satisfagan mínimamente sus necesidades y deseos (Palleres, 2004). La forma en que estas personas catalogan los lugares donde pernoctar o donde “buscarse la vida” es tan rica y compleja que se podría escribir un capítulo dedicado exclusivamente a este asunto<sup>126</sup>. Tras ser interrogados sobre el sitio específico donde pensaban dormir la noche en que se realizó un sondeo, las PSH respondieron de la siguiente manera: un 33% mencionó una calle o una plaza; un 25% en bajos, soportales, puentes o túneles; el 11% aludió a un parque; el 9% habló de algún local, pasaje o centro comercial; el 6% pernocta en estaciones de trenes, autobuses, o intercambiadores; los cajeros automáticos fueron citados en un 5%; el 2% dijo que lo haría dentro del metro; y el 1,3% se refirió a alguna obra en construcción (Foro Técnico de PSH, 2006).

En muchos casos, los sitios donde las personas duermen son motivo de orgullo. En tales circunstancias el sujeto remarca cómo las demás PSH envidian el espacio donde reside, pues presenta determinadas ventajas asociadas con la seguridad, el confort, el cobijo frente a las inclemencias del clima, la invisibilidad –elemento fundamental durante las noches-, cierta privacidad, la protección contra el ruido y las luces de la ciudad, etc.

*Sebastián me cuenta que el no duerme dentro de las cajas de cartón. No lo necesita, teniendo en cuenta lo reparado que se encuentra el sitio donde se instala todas las noches. Siente orgullo por su espacio, pues el techo del soportal de la Casa de Música impide que se cuele la lluvia mojando su saco de dormir. Me explica que sólo utiliza los cartones como una pared, para aislarse un poco de la gente que camina por la zona, “por preservar un poco mi intimidad” (4 de Noviembre de 2006).*

En la vía pública existe una serie de códigos implícitos que regulan, aunque más no sea mínimamente, el uso y la apropiación de los espacios. Uno de tales códigos sostiene que el territorio “pertenece” a quien llegó primero, instalándose en un sitio hasta entonces desocupado (Martínez Pérez, 1997). La principal forma de apropiación consiste en la presencia prolongada en un terreno (Palleres, 2004; Raymond, 1976; etc.). Ello no impide que en ocasiones un lugar termine siendo motivo de disputas y “perteneciendo” a quien se lo gana a través de la fuerza – estos temas serán tratados con mayor profundidad en los capítulos 8 y 9<sup>127</sup>.

---

<sup>126</sup> Spradley (1970) distingue más de cien lugares diferentes elegidos por las PSH para pernoctar, lo cual lo lleva a sostener que en Estados Unidos no existe otro grupo que posea un esquema tan complejo de categorización de sitios donde dormir.

<sup>127</sup> Más de una vez escuché a españoles sin hogar lamentándose de cómo clanes de europeos del este les quitaban sus puestos de mendicidad o el dinero que habían obtenido a lo largo de la jornada. En ocasiones puntuales la gente de Ópera actuó en conjunto protegiendo el espacio de mendicidad de alguno de sus integrantes.

*P: ¿Cómo lo tienen acordado? ¿Por ejemplo, vos dónde dormís?*

*R: No porque ya tienes tu sitio y ya cuando llevas un tiempo allí duermes y nadie te lo quita. Nadie te lo roza. Si viene uno nuevo le dices “oye pues mira yo voy a dormir allí, tú puedes dormir aquí”. Entonces le dejás un algo. Tú sitio está estipulado, cada uno tiene más o menos su sitio, aunque hemos cambiado varias veces de sitio. Normalmente tenemos cada uno nuestro sitio (...) peleas por lo sitios hay muy pocas. Hombre, alguna vez ha ocurrido que entre todos tuvimos que hacerle ver a algún morillo que ese no era su lugar. Pero no suele haber riñas (Entrevista al Jirafa, 15 de Marzo de 2005).*

Al igual que ocurre con la elección de los sitios donde dormir, los espacios donde ganarse la vida son evaluados en función de múltiples variables -debe ser transitado por gente con cierta capacidad adquisitiva, sin demasiada persecución policial y con la menor competencia posible de otros *homeles*. La visibilidad es un factor clave en tal sentido: debe permitir una proximidad con potenciales benefactores, pero al mismo tiempo la oportunidad de ocultarse frente a las razias policiales<sup>128</sup>. Es común que el factor visibilidad/invisibilidad se refleje en la clasificación y presencia de PSH en los espacios urbanos: las avenidas suelen ser catalogadas como ámbitos donde desarrollar las tácticas asociadas con la visibilidad –para obtener recursos, para dormir con la seguridad de encontrarse en sitios transitados, etc.-, mientras que las calles pequeñas son interpretadas como la posibilidad de pasar desapercibido<sup>129</sup>. Pero por sobre todas las cosas, los lugares son analizados de acuerdo a las posibilidades de obtener dinero u otros recursos que permitan la subsistencia. Ciertos espacios, como por ejemplo las puertas de las iglesias, representan mayores oportunidades para quienes ejercen la mendicidad; algunas calles, e incluso determinados sectores dentro de una misma calle, son una fuente de ingresos especialmente valoradas; no todos los contenedores de residuos representan las mismas probabilidades de obtener metales para los vendedores de chatarra, etc.

*Seguimos viendo más contenedores, y lo único que encontramos son escombros o hierro. Empezamos a regresar hacia Ópera. Se detiene nuevamente en un contenedor ubicado frente a un gran negocio de Telefónica. Me explica que es uno de los puntos fijos en su*

---

<sup>128</sup> Un ejemplo de cómo la movilidad a veces apunta a escapar al control que las autoridades ejercen sobre el espacio público (Wright y Vermund, 1996), pasa por quienes ejercen la mendicidad con niños – en el presente madrileño esta situación suele circunscribirse a grupos procedentes de Europa del este. Dado que el control policial es muy estricto en este aspecto, dichas personas no se instalan en un punto fijo de la ciudad -por lo menos no durante un tiempo prolongado-, sino que piden circulando por la vía pública, los vagones del metro, etc.

<sup>129</sup> Existe otra forma espacial que es aprovechada por más de una PSH en tanto territorio de invisibilidad: los no lugares. Marc Augé (2004) entiende a los no lugares en oposición a los lugares, es decir como espacios que no promueven una identidad –más allá de la identidad efímera del consumidor- ni algún tipo de relación social. Son sitios “sin historia” y de tránsito, caracterizados por la muchedumbre y el consumo. En las salas de espera de los aeropuertos o de las estaciones de trenes, decenas de PSH se mimetizan entre los viajeros aprovechando el calor, la seguridad, instalaciones como los baños y demás oportunidades que ofrecen dichos escenarios (Hopper, 1991a). Para ciertos *homeless* tales espacios adquieren identidad, promueven diversas formas de relaciones sociales –especialmente con quienes trabajan en dichos sitios- e incluso pasan a tener una historia personal.

*recorrido, pues allí suele encontrar cables de bronce. Estos cables implican el trabajo posterior de ponerse a pelarlos para quitarles el plástico que recubre al metal, pero el bronce está bien pago por lo cual es una tarea que vale la pena (6 de Febrero de 2007).*

Tratándose de un espacio público, el sujeto debe apelar a la transformación del ambiente, debe marcar el territorio, dejar huellas de su presencia para que los demás reconozcan su derecho sobre el mismo. El concepto de “built environment”, en tanto alteración física del entorno natural a través del cual los seres humanos intentan delimitar, definir y proteger ciertas actividades, clarifica esta cuestión (Lawrence y Law, 1990). En tal sentido, una de los métodos que adoptan las PSH consiste simplemente en apoyar sus pertenencias sobre el espacio a reivindicar. En Ópera, es frecuente encontrarse con una manta, un saco de dormir, cartones desplegados, mochilas o bolsas expandidas por la superficie de un banco de la plaza, signos de que si bien la PSH se ha marchado temporalmente, volverá para instalarse en dicho sitio. Se trata de huellas “que indican -hacen visible- la reivindicación de una reserva por parte del poseedor” (Goffman en Martínez Pérez, 1997: 138).

*En el banco ubicado en el sector sudoeste de la Plaza, Bruno está durmiendo una siesta. A un costado se encuentra Juancho. El resto del banco está libre de personas, no así de indicios de la presencia de PSH. Dos cartones y una manta, sobre los cuales suelen sentarse, se extienden sobre el asiento. Tales objetos, más la cercanía de las PSH, lleva a que sólo una anciano haya utilizado dicho espacio vacío de personas, más no de objetos. Ningún otro individuo se atrevió a sentarse en tal sitio (1 Junio 2005).*

Especialmente en las noches de invierno, los cartones son un elemento básico en la apropiación temporal del espacio público. Quienes duermen en la fachada del Teatro Real no se introducen dentro de las cajas de cartones, sino que utilizan las mismas como muros que delimitan el territorio. Esta pared improvisada permite la oposición dentro-fuera, implica una forma de cercar el espacio donde pernoctan los *homeless*. El límite espacial supone una barrera física o social que acota, que define los espacios así como sus usos (Low, 2000). Su función es la de establecer y remarcar las diferencias, permitiendo clasificar al mundo que nos circunda. Tal como se sostuvo en el capítulo 2 al analizar las características de la plaza, los límites espaciales permiten diferenciar las actividades que las personas realizan en una y otra zona. Por lo tanto, es dicha frontera la que establece la diferencia, la que hace posible la distinción espacial. Para quienes viven en la vía pública, el muro de cartones es la marca que garantiza un mínimo de privacidad en un área delimitada.

*Cuando vio que continuaría lloviendo, a las seis de la tarde se decidió a montar sus cajas y se puso dentro de los cartones a escuchar la radio -así lo encontramos al llegar (...) No utiliza el saco en el verano, pues sostiene que con los cartones alcanza para cortar el frío.*

*Incluso dice que en el verano podría dormir a la intemperie, pero que si opta por meterse en las cajas de cartones es para no estar tan expuesto, para que no lo vean quienes recorren dicha zona. En definitiva, los cartones le permiten tener aunque más no sea un poco de privacidad, quitarse los zapatos y dormir como a él le gusta: en calzoncillos. Los cartones son un muro que le garantizan una cierta invisibilidad, algo difícil de obtener viviendo en la vía pública (14 de Noviembre de 2005).*

Una de las manifestaciones más típicas de la apropiación consiste en el orden y la limpieza del espacio -tema tratado en el capítulo 9. Si este tipo de prácticas son factores claves en los procesos de construcción de las identidades de cualquier ser humano, en ciertas PSH adquieren una dimensión trascendental, se erigen como las fronteras que distinguen entre el mundo civilizado y el de los bárbaros (Snow y Anderson, 1993). Los discursos de las PSH se encuentran saturados por referencias que aluden a la higiene personal. Tales relatos, al igual que los esfuerzos por embellecer o asear la zona donde residen, deben ser comprendidos como tácticas por preservar la propia dignidad ante una sociedad que apela al orden y la limpieza como criterios a partir de los cuales juzga a sus integrantes.

*Cruzamos el río Manzanares, vamos a la calle San Pol. Allí observo una estructura edilicia un tanto particular: los edificios se encuentran comunicados por una especie de arco de cemento sobre el cual han construido más departamentos. Por debajo del arco, un hueco comunica a un patio interno. En tal espacio viven Ofelia y Rubén, de 65 y 76 años de edad respectivamente (...) Sobre la pared observo dos colchones, así como otros objetos alrededor de los mismos. Nos dicen que tardan una hora para hacer la cama, y más para deshacerla. Parece que tales tareas tienen algo de ritual: deben poner primero una alfombra, luego los cartones, a continuación los colchones, por último las sábanas y frazadas. A la mañana tardan más tiempo aún, pues deben sacudir las sábanas y barrer todo. Rubén barre incluso la vereda de los vecinos –la acera de un locutorio y de una peluquería. Ella dice que no hace falta que haga tanto, que los vecinos le podrían dar algo de dinero a cambio. El responde que es importante que vean que son gente limpia, gente responsable, que “no somos unos sucios”. Así y todo, parece que el vecino que vive justo arriba de ellos los trata de mal modo. “La gente se queja por cualquier cosa, les molesta nuestra presencia” comenta ella con cara resignada (10 de Junio de 2004).*

Pero apropiarse también es sinónimo de alterar los significados originales. Como vimos en el capítulo anterior, el territorio constituye un escenario de disputas. La mayoría de los investigadores que han estudiado la evolución de los espacios urbanos argumentan que la lógica privada se expande sobre los sitios públicos, mercantilizando lugares, impidiendo el acceso a determinadas áreas, etc. Pero dicho proceso no es lineal: existen fuerzas que imprimen otros significados al espacio urbano y, en este aspecto, las PSH son un grupo que merece ser tenido en cuenta<sup>130</sup>. Siguiendo a De Certeu (1996), es posible analizar la apropiación del espacio por

---

<sup>130</sup> Es por ello que Low (1990; 2000) plantea que tanto la producción de sentidos espaciales como la forma en que la gente experimenta los mismos son procesos dialógicos y dialécticos: suponen dinámicas

parte de los *homeless* en tanto formas de “resistencias”. No se trata necesariamente de actos conscientes y voluntarios. La subversión implícita en estas “resistencias” no está en el rechazo, sino en la utilización con fines y funciones de referencia ajenos al sistema de producción original. En el caso de las PSH, la subversión se sintetiza en una transformación de los usos con los que había sido ideada una plaza, una calle, un túnel. Así, el “orden espacial organiza un conjunto de posibilidades y de prohibiciones, pero el caminante actualiza alguna de ellas (...) las desplaza e inventa otras pues los atajos, desviaciones o improvisaciones del andar, privilegian, cambian o abandonan elementos espaciales (...) crean una discontinuidad” (Ibídem: 110-1). Entre otros factores, es a partir de dichas “resistencias” que se conforman las definiciones de lo público. Un cajero automático deja de tener como única función el obtener dinero, y pasa a ser el ámbito donde es posible dormir seguro; una rejilla de ventilación del metro se convierte en el sitio donde un *homeless* se recuesta buscando calor; etc.

No obstante, destacar la agencia de las PSH, reconocer que también ellos influyen en los significados y las formas del espacio público, no debe hacernos olvidar cómo continúan operando los procesos de exclusión residencial en sus vidas. En tal sentido, resulta fundamental no confundir la apropiación con la propiedad de los espacios públicos. La apropiación supone un uso temporal de un bien colectivo sin reconocimiento legal; por el contrario, la propiedad es equivalente al uso irrestricto, ilimitado y exclusivo por quien el orden jurídico ha reconocido como único dueño (Mitchell, 2003). Si la calle es un territorio de indefensión, en parte es debido a que los ciudadanos interpretan a dicho sitios como “público” sin reconocer o respetar las huellas que las PSH dejan buscando apropiarse de un lugar concreto.

*Llega una mujer y sin preguntar nada traspasa el muro de cartones instalado en la fachada del Teatro Real, para instalarse sobre el saco de dormir de Alfredo -sobre las mismas piernas de Alfredo. Me impresiona la sensación de invasión; es como si un desconocido, sin diálogo previo, se sentase sobre las sábanas en las que estamos durmiendo. Por si fuera poco, a la mujer se le vuelca un café sobre el saco de dormir del homeless. Este nos señala con gestos que se trata de una mujer que tiene problemas mentales, que no nos preocupemos. Luego nos diría que nunca había hablado con ella, pero que la vio en otras ocasiones, que vive con su familia en un piso de la zona (...) Mientras la mujer habla incoherencias y no para de mover su rostro, Alfredo le repite una y otra vez que se calme, que allí estará segura, que todos la cuidarán (6 de Marzo de 2006).*

Los relatos de robos de las propias pertenencias son constantes; pero en muchas ocasiones la pérdida de sus bienes se explica por otros motivos. Cuando una PSH deja sus cosas en la plaza,

---

de resistencias, conflictos, luchas políticas por controlar y otorgar significados incluyentes o excluyentes. Por más que un sentido logre erigirse como hegemónico, nunca termina de sepultar definitivamente a otros contrapuestos.

corre el riesgo de que alguien se las lleve considerando que se tratan de objetos que han sido abandonados. Algo similar ocurre con los barrenderos. Muchos de ellos interpretan como basura lo que para la PSH son sus únicas propiedades. Esta situación ilustra parte de los estigmas que deben afrontar los *homeless*: sus bienes, por el simple hecho de localizarse en el espacio público, son catalogados por el resto de la ciudadanía como desperdicios.

*Resulta que este hombre ingresó en un bar a pedir un vaso de agua -“por que ya me ves, estoy hecho polvo”-, dejando las bolsas en las cuales guardaba sus bienes al borde de la parada del bus 148 que se encuentra en la esquina del acceso al centro de metadona<sup>131</sup>. Parece ser que con las bolsas no lo dejan ingresar a los bares. La cuestión es que al salir de la cantina vio como se marchaba el camión del servicio de limpieza del ayuntamiento, así como notó la ausencia de sus pertenencias. Los empleados de limpieza, en medio del ritmo que implica tirar bolsas de basura a un camión en movimiento, ni siquiera discernieron lo que estaban agarrando. Para ellos se trataba de otro saco de residuos, mientras que para Patricio en tales bolsas se resumían todas sus propiedades. “Ya ves, me he quedado sin mi manta, sin nada” (21 de Abril de 2004).*

De tal manera, “una forma de describir la lucha de los individuos sin hogar consistiría en decir que no existe un lugar gobernado por la normativa de la propiedad privada donde puedan vivir” (Mitchell, 1997: 310). Al carecer de un espacio privado y por consiguiente de cualquier posible respaldo legal que proteja sus pautas de asentamiento, las PSH se ven forzadas a los traslados descritos en el capítulo anterior. En ocasiones, son sus cuerpos los que mejor reflejan el proceso de exclusión, los mapas donde se inscribe la violencia social que padecen (Das, 2003). Las PSH suelen aparentar muchos más años de los que realmente tienen; las quemaduras, cortes, moretones, eccemas de una piel siempre expuesta al frío y al sol, son testimonios de un entorno hostil. En cierta oportunidad participé de una excursión que organizó una fundación, la cual finalizó en una piscina. En dicho contexto, los trajes de baño igualaban a las PSH con el resto de los usuarios, demostrando que la indumentaria es el principal elemento que nos induce a catalogar a una persona como un “sin techo”. Pero, agudizando la mirada, en tal día tomé conciencia cómo las marcas sociales se acumulan en el cuerpo de quienes llevan años viviendo en la calle. Observando sus pies, me impresionaron las hinchazones, cortes de todo tipo y tamaño, y una serie de deformidades que reflejaban un andar incesante –dedos superpuestos, fracturas, etc. Entendiendo al *sinhogarismo* como un proceso de exclusión que condena a la movilidad forzada, comprendemos que sus pies son una herramienta sentenciada a operar sin descanso.

---

<sup>131</sup> La metadona es un sustituto de la heroína que suele utilizarse en los tratamientos para superar dicha adicción. En Madrid existen diferentes centros que proporcionan gratuitamente tal sustancia, así como realizan un control médico a los usuarios de estos programas de desintoxicación.



Por consiguiente, “uno de los elementos que caracterizan más claramente la situación de vivir sin hogar es la *inestabilidad*, que se manifiesta también en la variedad de alojamientos por los que pasan y los distintos lugares donde duermen (...) mientras se prolonga su privación de vivienda. Lo más habitual es ir pasando de unos sitios a otros: cambiando así no sólo el sitio donde pernoctar, sino, al unísono, su forma de vivir, en función de las posibilidades que le ofrece dicho sitio” (Escudero Carretero, 2003: 103)<sup>132</sup>. La frase que mejor resume esta situación de movilidad incesante es “carretera y manta”, un lema bastante repetido en Plaza Ópera cuyo significado básico es el siguiente: estamos en un espacio público donde no puedes imponer tu ley, por lo cual si no te gusta lo que ves, no te queda otra opción más que marcharte con tus pertenencias –y estas parecen resumirse en una simple manta. El proceso de exclusión que aqueja a estas personas podría ser entendido como una movilidad constante del alma, una intranquilidad eterna asociada con el hecho de que “andar es no tener un lugar. Se trata del proceso indefinido de estar ausente y en pos de algo propio” (De Certeau, 1996: 116).

---

<sup>132</sup> A modo de ejemplo cabe mencionar que pernoctar siempre en un mismo lugar supone ser fácilmente reconocible, lo cual aumenta las posibilidades de ataques nocturnos. Es así que muchas PSH alternan tres tácticas: a) dormir bajo el amparo de un grupo; b) la invisibilidad durante la noche como forma de protección –en Ópera muchos eligen dormir escondidos entre la vegetación de los Jardines Reales-; c) no repetir los mismos espacios, cambiar con cierta frecuencia de sitio nocturno.

## 6. ¿Desafiliados? Sociabilidades primarias y personas sin hogar

Creí mi hogar apagado,  
y revolví la ceniza...  
Me quemé la mano  
(A. Machado en Cabrera, 1998)

El presente capítulo da inicio al análisis del principal supuesto sobre la base del cual se organiza la noción de desafiliación: la ausencia de redes sociales. El concepto de desafiliación sostiene que la vida en la calle supone un punto de inflexión tan disruptivo, que los lazos afectivos primarios terminan descomponiéndose hasta desaparecer. Aquí se pretende comenzar a cuestionar las imágenes que definen a la desafiliación como una ruptura radical de las sociabilidades, cuestión que será retomada en lo que queda de tesis.

En el primer apartado se singulariza a la familia como un modelo de regulación social, donde la cooperación y el conflicto se encuentran en permanente tensión. Luego se aborda la forma en que las PSH explican su situación de calle, poniendo especial atención a la ruptura de los vínculos familiares. Entre quienes residen en la Plaza Isabel II, el divorcio ha jugado un papel clave en su proceso de sinhogarismo. A continuación, se analiza cómo muchos de los estigmas que esta gente debe soportar surgen como consecuencia de ciertos criterios de normalidad que toman a la familia como parámetro de medición.

La segunda sección gira en torno al estado de los vínculos de parentesco de quienes viven en plaza Ópera. No todos los *homeless* se encuentran tan desconectados de sus redes familiares como suele afirmarse desde los modelos de la desafiliación. En este apartado se indagan las diversas formas de conexión que las PSH establecen con sus seres más próximos. Asimismo, las modalidades de sinhogarismo varían de acuerdo al tipo de apoyo familiar con el que cuenta el individuo. Es por ello que se consideran variables fundamentales, como el tamaño de la red familiar, el punto del ciclo vital en el que se encuentran la PSH y su familia, etc. Por último, se reflexiona sobre el estado de las relaciones con las amistades previas a la situación de calle. Al igual que ocurre con las redes familiares, el sinhogarismo suele ser sinónimo de disolución de muchos vínculos; los lazos se caracterizan por su fragilidad e inestabilidad. No obstante, las relaciones se recomponen en función del contexto de exclusión, por lo cual no es posible sostener que nos hallamos frente a individuos desconectados y aislados.

### *1. La exclusión como desafiliación o ruptura de los lazos sociales primarios*

La sociabilidad es el principio mediante el cual los hombres crean vínculos y relaciones entre sí, e incluye las diversas formas que adopta el intercambio social. Las tramas de significados resultantes de las interacciones permiten que los sujetos definan al mundo, así como su lugar en el espacio social (Simmel, 1986). Remarcando el aspecto diacrónico, Cucó (2004: 126) entiende a la sociabilidad como un *continuum* habitado por grupos y redes que dotan “de especificidad a la trama organizativa de cada sociedad concreta”. Pero detengámonos en la familia en tanto modalidad básica de sociabilidad.

A lo largo de la historia, dicha institución ha sido uno de los modos primordiales de regulación social. Por lo general, el parentesco ha sido definido remarcando dos aspectos: la socialización primaria y la estabilidad de sus componentes. El contacto con la red familiar lleva a incorporar y aceptar las normas sociales, y estas formas de control y socialización no se limitan a los menores de edad (Bott, 1990). A su vez, “la estabilización de la persona tiene que ver con el rol que desempeña la familia a la hora de asistir emocionalmente a sus miembros adultos” (Giddens, 2001: 233). Por consiguiente, al igual que ocurre con el trabajo, el ámbito familiar estructura la personalidad de los sujetos. Es así que Bahr (1973) sitúa el origen del estigma que padecen las PSH en su desconexión respecto de una institución básica como la familiar. Como consecuencia de dicho aislamiento social, esta gente escapa al control de los sistemas usuales de sanciones –familiares, laborales, etc.-; su comportamiento no puede ser predicho con certeza, y ello inspira desconfianza (Ibídem).

Por otra parte, en el seno de las familias tradicionalmente ha vivido una tensión entre la reciprocidad –las ayudas y cooperación entre los miembros- y la jerarquía –el poder expresado a través de los roles y la división del trabajo. Los estudios sobre las familias, especialmente cuando apelan al concepto de “estrategia familiar”, destacan a dicha sociedad como una unidad armónica que estabiliza las relaciones sociales. Pero muchas de estas investigaciones han pasado por alto un dato: el ámbito familiar también representa un terreno donde se producen confrontaciones, “donde los intereses de unos y otros no siempre coinciden, donde hay conflictos, negociaciones en torno al poder sobre los recursos que en su seno se distribuyen” (Schwartz en Criado *et al.*, 2000). En definitiva, la obligación de ayudar a los parientes, la moralidad que rige las pautas de interacción familiar, evoluciona con el devenir, deben ser contextualizadas históricamente (Thompson, 1984).

Diversos teóricos entienden que el proceso de urbanización y modernización han conducido a la individualización, a una atomización que genera la ruptura de los lazos de parentesco (Zenner, 1980). Dicha fragilidad se debe a que, en las ciudades contemporáneas, muchas de las tareas clásicas de las familias son llevadas a cabo por otras organizaciones –son los bancos quienes otorgan un crédito, conseguimos empleo a través de agencias, los niños son tutelados en las guarderías y escuelas, etc. Desde tal perspectiva, la vida urbana es visualizada como la tendencia hacia la familia nuclear en detrimento del parentesco, es entendida como fuente de soledad.

Las teorías de la exclusión social siguen una línea de pensamiento similar, pues consideran que la pobreza urbana va de la mano del aislamiento social<sup>133</sup>. Estas teorías, basadas en la noción de desafiliación, centran su atención en lo que ocurre en la esfera laboral, sin profundizar y dando por hecho que la desestabilización del trabajo repercute negativamente sobre los demás aspectos de la vida social. Castel constata “un primer corte en las regulaciones dadas a partir de la inserción en la familia, el linaje, el sistema de interdependencias fundadas en la pertenencia comunitaria. Hay riesgos de desafiliación cuando el conjunto de las relaciones de proximidad que mantienen a un individuo sobre la base de su inscripción territorial, que es también su inscripción familiar y social, tiene una falla que le impide reproducir su existencia y asegurar su protección” (1997c: 36). El desmoronamiento de la sociedad salarial lleva a que se liberen las cargas familiares. Esta situación produce efectos diferentes según el tipo de familia y sus respectivos miembros. Para algunos, ello supone escapar de la opresión y del control que suponían los sistemas clásicos de parentesco. Castel analiza las consecuencias adversas para quienes viven en la pobreza y carecen de apoyos sociales apelando a la noción de “individualismo negativo”. Se trata de “individuos por defecto”, que no logran disfrutar de las ventajas que conlleva la liberación de las tutelas tradicionales. Sin una posición económica holgada, estos sujetos pueden pasar “por la experiencia negativa de la libertad cuando, por ejemplo, sobreviene una ruptura del matrimonio (....) uno vive más cómodo en su propia individualidad cuando ella está apuntalada por recursos objetivos y protecciones colectivas” (Ibídem: 476).

---

<sup>133</sup> Existen ejemplos que avalan tales argumentos: en Dinamarca, el 41% de los parados en situación de pobreza viven solos (Paugam, 2007). Las estadísticas disponibles en Francia apuntan a una fuerte correlación entre precariedad laboral e inestabilidad de los vínculos de pareja. En dicho país, una de cada cuatro personas con empleo estable posee vínculos laxos, mientras que la fragilidad de las relaciones en el caso de los desempleados es de uno de cada dos personas (Paugam, 1995).

Sin embargo, otras investigaciones llevan a cuestionar estos planteos. Por empezar, el proceso de modernización no necesariamente reduce los lazos de parentesco a la familia nuclear. En segundo lugar, se argumenta que la función económica y el estatus social influyen en las modalidades familiares, y que las posibilidades de encontrarnos con familias extensas o nucleares varían de acuerdo a ciertas variables –clase social, arraigo barrial, edad de sus componentes, etc. (Zenner, 1980). La visión de la familia aislada también responde a un enfoque metodológico, a un problema de escala. A modo de ejemplo, Newman (1999) critica a Wacquant por centrarse en los sujetos a la hora de considerar las dinámicas que gobiernan al gueto de Chicago. En opinión de esta antropóloga, para estudiar la pobreza es preciso dar un salto y enfocar la atención en los grupos domésticos. A partir de entonces, el panorama de aislamiento comienza a evaporarse. Stack (1980) avanza otro peldaño al sostener que la residencia, en tanto dinámica de organización social, sólo puede ser entendida conociendo la formación histórica de la familia/hogar. En su trabajo sobre pobreza urbana y parentesco, argumenta que si hubiese tomado al domicilio como eje de análisis hubiese reflexionado en términos de familias matrifocales; por el contrario, al considerar a la unidad doméstica antes que la residencia, llega a la conclusión de hallarse frente a formas de cooperación intergeneracional con pautas de espacialidad fragmentada. Es decir, tíos, esposas, hermanos o primos se trasladan permanentemente a otras regiones en búsqueda de empleo, enviando sus ganancias a las residencias donde quedaron sus hijos y parejas. Lo que podríamos haber catalogado como ausencia de redes y hogar monoparental, en realidad se constituye como el núcleo a partir del cual se articulan las estrategias familiares de un parentesco extenso.

Por último, se destaca que dichas perspectivas son etnocéntricas, no son válidas para lo que ocurre en las ciudades del denominado “Tercer Mundo”. Estas visiones de la modernización y lo urbano como equivalentes de la ruptura de los lazos sociales básicos tampoco serían directamente aplicables a países como España. Como se mencionó en la introducción de la tesis, en las sociedades mediterráneas la resistencia frente a los procesos de desventajas sociales se asocia con intercambios intensos dentro de las familias. Los pobres suelen estar integrados en el tejido social. Comparando esta situación con lo que sucede en los países del norte de Europa, en España “la pobreza tiene pocas oportunidades de traducirse en una reducción de las relaciones sociales en la comunidad” (Paugam, 2007: 89). En las naciones donde las desventajas sociales han sido calificadas como “pobreza integrada”, las relaciones sociales se constituyen como los principales recursos con los que cuentan los sectores populares. En particular, la familia termina conformándose como un grupo doméstico de producción que

apunta a la subsistencia bajo una lógica donde el todo es más que la suma de las partes (Lomnitz, 1975).

A su vez, este sistema de solidaridad familiar se impone con mayor facilidad cuando coincide con una escasa protección estatal. De hecho, los servicios públicos del Estado de Bienestar que están menos desarrollados en España son aquellos asociados con la ayuda a las familias -las escuelas de infancia de cero a tres años, los servicios domiciliarios a las personas mayores y con discapacidades, la vivienda social, etc. “Este subdesarrollo persiste a pesar de la retórica del discurso oficial que coloca a la familia en el centro de la sociedad. Los datos demuestran que el Estado Español es el más insensible a las familias en la Unión Europea” (Navarro, 2004: 25). Por consiguiente, el Estado social español ha sido descrito en términos de “Familiarista”. A través de dicha expresión se pretende remarcar que el desarrollo del Estado de bienestar ha sido incompleto debido a la historia del país, por lo cual los espacios de precariedad que el Estado no ha logrado cubrir han sido subsanados por las familias (Escudero Carretero, 2003). Así, “la más importante fuente de apoyo social en las sociedades meridionales es la proporcionada por la familia, de tal forma que la presencia de redes familiares potentes se percibe como un importante profiláctico en el deslizamiento hacia la exclusión social” (Muñoz *et al.*, 1998: 236).

No obstante, diversos estudios advierten que en España se están generando cambios en la estructura familiar, tales como el descenso de la tasa de fecundidad y de nupcialidad, el incremento del porcentaje de divorcios, el envejecimiento de la población, se ha disparado el número de familias monoparentales así como la cantidad de hogares unipersonales, etc. El cambio poblacional supone una amenaza al sistema de protecciones familiares, en tanto capital social con el que España, a diferencia de los países anglosajones o nórdicos, ha contado tradicionalmente para hacer frente a los procesos de exclusión (Escudero Carretero, 2003). ¿Qué ocurre entonces con quienes provienen de los sectores populares y constatan como sus lazos son muy débiles o se resquebrajan?

### *1.1. La ruptura de los vínculos familiares y el sinhogarismo en Plaza Ópera*

A la hora de indagar la relación entre el quiebre de los vínculos de parentesco y la situación de calle de quienes residen en la plaza Isabel II, se presenta un obstáculo similar a lo que ocurre respecto de la desafiliación del mercado trabajo: los datos con los que contamos son realizados por quienes ya están residiendo en la calle. Como sucede con todo recuerdo, con sus palabras el individuo no reproduce lo ocurrido en la esfera familiar, sino que construye una narrativa en

función del presente que está viviendo (Hallbawchs, 1992). Y el dato a remarcar es que la calle, en tanto espacio violento de residencia, altera los marcos de análisis de la realidad (Das, 2003). Incluso quien pretende ser honesto a la hora de evocar el pasado genera una interpretación que puede distar mucho de la opinión que tengan los demás componentes de la familia; además, sus discursos sobre los conflictos varían de acuerdo al tiempo que lleve en la vía pública –un “recién llegado” suele explicar la distancia familiar de un modo muy diferente a quien carga con años de *sinhogarismo*.

Una vez hecha esta aclaración respecto de un límite inherente a esta tesis, vale la pena destacar que la totalidad de los integrantes de Ópera han reflexionado sobre su situación de calle como una combinación de problemas familiares y laborales. Las diferencias consistieron en el orden en que se organizan los relatos: para unos los problemas laborales desencadenaron las peleas hogareñas, mientras que para los demás el proceso fue inverso<sup>134</sup>. Un elemento específico de este grupo de *homeless* es cómo el divorcio, o la separación de quien fuera la pareja histórica, han repercutido en el proceso de exclusión. Adelantándonos al argumento central que aglutina el presente apartado, constatamos que la inestabilidad laboral, junto con el divorcio o las demás formas de disputas familiares, se producen en una economía doméstica precaria que precisa del empuje de todos sus miembros para salir a flote.

Las ayudas familiares giran en torno a dos ejes: el hogar en el que nacemos y aquel que formamos al entablar una pareja. La importancia del segundo factor queda de manifiesto cuando comprendemos que, entre las PSH, los solteros son los que disponen de menos apoyo, pues poseen una red de parentesco más reducida y con menos contactos. No casualmente el 56% de las PSH de España son solteros. En la escala de quienes cuentan con un menor nivel de apoyo familiar, el segundo grupo es el de los divorciados -las cifras de separados y divorciados son del 22%. Sus redes son más amplias que las de los solteros, pero muchas de sus relaciones se han resquebrajado y los contactos que mantienen son los menos intensos respecto de los demás estados civiles (Cabrera, 1998). En cuanto a los viudos, representan el 2% de la población. Por último, cabe mencionar que el 17% de los *homeless* disfrutaban de una unión estable -el 11% esta casada, mientras que el 5% posee una pareja de hecho. Pero entre estas

---

<sup>134</sup> En el estudio de Snow y Anderson (1993), dos de cada tres PSH explicaron su llegada a la calle como consecuencia de los problemas familiares. En la última encuesta realizada en Madrid, con un 15,2%, los conflictos familiares ocuparon el segundo lugar de respuestas sobre los motivos que llevaron al *sinhogarismo* (Foro Técnico de PSH, 2006).

personas, tan sólo el 38% convive con su pareja<sup>135</sup>. En definitiva, en las PSH el porcentaje de parejas es muy escaso, y así se pierde una de las principales fuentes de apoyo social (Muñoz *et al.*, 2003). Volviendo la atención al grupo de Ópera vemos que, exceptuando un caso, todos sus integrantes han estado casados o tuvieron parejas estables durante años. Si este dato es llamativo, más lo es saber que el 78% se ha divorciado o separado de sus parejas. El nivel de ruptura conyugal es más marcado aún si tenemos en cuenta que el estado civil del 14% es de viudez. Sólo una persona continúa en pareja, pero incluso en este caso el lazo conyugal es muy débil –Felipe alterna períodos en la calle con otros en la residencia familiar.

Un tema que muchas veces es obviado desde las teorías de la exclusión social: como se mencionó anteriormente, los conflictos familiares y laborales se acoplan en un contexto de precariedad, donde el sueldo de la familia se gasta íntegramente en lograr la mera subsistencia. Al sostener que la exclusión, o el *sinhogarismo*, se caracterizan por un corte transversal que afecta a todas las clases sociales, se silencia cómo dichos procesos continúan ensañándose especialmente con quienes provienen de los sectores populares. A pesar de que en la calle me he encontrado con personas que provienen de las clases medias o acomodadas, el trabajo de campo me lleva a coincidir con quienes afirman que el *sinhogarismo* se nutre mayoritariamente de los sectores económicamente relegados (Liebow, 1998; Rosenthal, 1994; Cabrera, 1998; etc.). Así, la falta de apoyos se asocia con el hecho de que también sus parientes sufren de una escasez de recursos crónica.

El equilibrio económico de los sectores populares es muy precario, por lo cual un divorcio supone una crisis radical cuyos efectos no se limitan a la psiquis de cada persona, sino que repercuten tremendamente en la economía familiar. En ocasiones, la expulsión de un integrante debe ser interpretada como una táctica de subsistencia doméstica. Para garantizar la reproducción financiera y el equilibrio del hogar, un componente debe ser sacrificado; como resultado de los criterios culturales sobre los cuales se organiza la familia en la sociedad

---

<sup>135</sup> Todas estas estadísticas surgen del estudio realizado por el INE (2005). Por consiguiente, si el mismo no se hubiese circunscrito a los usuarios de los recursos para PSH y hubiese adoptado una visión más amplia del *sinhogarismo*, incluyendo a quienes subsisten en *infraviviendas* gracias a las ayudas familiares, las cifras que apuntan al aislamiento hubiesen disminuido. En Estados Unidos, la ruptura o la dificultad para conformar lazos matrimoniales también ha sido considerado como un tema clave en la desafiliación de las PSH. En el estudio de Liebow (1993), este factor representa el 27% de las explicaciones sobre las causas del *sinhogarismo*. Mientras que, comparando el porcentaje de matrimonios entre la población sin hogar y la general, Bahr (1973) determina que el primer grupo se casa un 75% menos que el segundo.



española, dicho integrante suele ser el hombre adulto<sup>136</sup>. Tradicionalmente, el hogar ha sido el sitio reservado a la mujer, mientras que la calle, en tanto ámbito público, ha sido el espacio del hombre por excelencia (Davidoff y Hall, 1994b; Humphries, 1994). La desigualdad entre los géneros, que históricamente supuso la dominación femenina, paradójicamente implica una cierta protección para las mujeres en lo que al sinhogarismo se refiere. A partir de entonces, la mujer debe afrontar otro tipo de dificultades –por ejemplo, pasa a tener una responsabilidad aún mayor en la crianza de los hijos-, pero de hecho no se ve tan expuesta al riesgo de calle como el hombre.

Por otra parte, cuando el hombre se ha separado pero conserva su empleo, debe dedicar parte de su magro ingreso a continuar garantizando la subsistencia del hogar de sus hijos. Entonces, se ve forzado a cubrir los gastos de dos viviendas –la familiar y el nuevo sitio donde reside luego de la separación-, una misión imposible para quien dispone de pocos recursos. Este ha sido el caso de Alfredo.

*Por el divorcio es que estoy aquí. Le di todo, me quedé sin nada, y mira, ahora en la calle. El que salí perdiendo fui yo. Y con un trabajo muy bueno, y mira ahora sin trabajo y en la puñetera calle (...) Seguí trabajando pero luego iban allí, pedían mi nómina y luego ya dije “pues nada, ya no vas a coger mi nómina ni nada”. La nómina se la daban a ella en vez de a mí. O sea lo ingresaban en el banco. ¿Me entiendes? Entonces dije “no, ya está. O me lo das a mí o...” (Entrevista a Alfredo, 31 de Enero de 2006).*

En el fragmento de entrevista que a continuación se cita, es posible observar una serie de cuestiones relevantes. En primer término, se reitera la lógica por la cual son las disputas monetarias las que desencadenan la ruptura doméstica, y esta situación trasciende a la familia nuclear afectando el vínculo con los padres, hermanos, etc. Nuevamente, el ambiente en el que se generan tales adversidades es el de una familia con escasos recursos económicos por distribuir. En segundo lugar, los problemas guardan relación con el alcoholismo –no siempre de la PSH, a veces es la familia en su conjunto la que arrastra esta dificultad. Es difícil determinar hasta que punto el alcohol es causa o consecuencia de la situación de calle, entre otras cuestiones por que no todos asumen este problema. Se trata de uno de los estigmas a los que deben enfrentarse las PSH, por lo cual es común que oculten información sobre el tema, especialmente cuando ha sido motivo de disrupción familiar –algo particularmente doloroso y

---

<sup>136</sup> El divorcio es un factor más mencionado entre los hombres que entre las mujeres sin hogar. En el estudio con mujeres en situación de calle de Escudero Carretero (2003), sólo el 16% se refirió a la separación conyugal como causa del sinhogarismo. Según Paugam (1995), la combinación de inestabilidad laboral y ruptura conyugal suele repercutir más profundamente en los hombres -con mayor frecuencia reaccionan aislándose- que en las mujeres.

que repercute dramáticamente en la autoestima. En todo caso, dos cosas quedan claras. Tal como se sostiene en el capítulo 8, el contexto de calle inicia a quienes hasta entonces eran abstemios y multiplica la cantidad de alcohol ingerido de quienes ya bebían en exceso (Glasser y Brigman, 1999; Snow y Anderson, 1993; etc.)<sup>137</sup>. Por otra parte, en más de una ocasión es un factor que desencadena el quiebre de las solidaridades familiares y el comienzo del sinhogarismo. El alcohol genera una convivencia altamente conflictiva, es entonces cuando la familia decide preservarse a costa del componente díscolo.

*P: ¿Pero cómo fue ese proceso de llegada a la calle?*

*R: Pues por que yo tengo un hermano que no me llevo bien con él. Y entonces si el está en mi casa, hasta que no come él y mi madre no como yo. Entonces no quiero estar al lado de él (...) Y bien, todo bien hasta que este cabrón de mi hermano mío ha empezado a meter la gamba con mi madre para que me echaran. Por que él lo que quiere es estar sólo y manejarla a ella. Y como yo vendí un piso, yo me casé, y vendí mi piso, le di a mi madre hace unos 20 años dos millones y medio que se los ha comido ese cabrón de mi hermano. Y ahí es donde vienen los problemas ahora, porque yo se lo reprocho a mi madre. Y entonces por eso yo creo que han hecho esta operación para quedarse con todo. Y a mi hermana no le hablo por lo mismo. Por que ellos achacan que bebo mucho y tal, y es el egoísmo que ellos mismos tienen, porque mi hermana se llevó parte de esos dos millones y no los ha devuelto. Y a mí no me han dejado... a mí me han dejado mis padres como nací, en pelotas. Y ellos bien puestos. Esa es la diferencia que tengo con mi familia (Entrevista a Federico, 19 de Octubre de 2005).*

También suele ocurrir que las peleas superan la dimensión económica o psicológica, afectando las configuraciones familiares. Y estos ordenamientos guardan relación con el poder al interior del hogar, con una sociedad sexista que establece una clara división de tareas y roles. Más de un integrante de Ópera relacionó su ingreso en el sinhogarismo con los diversos problemas conyugales que se generaron como consecuencia de la pérdida del empleo. Como se mencionó en el capítulo 3, y tal como escribe Criado (*et al.*, 2000: 59) respecto de los sectores populares, “la identidad masculina se fundamenta en el trabajo (...) el hogar, para estos hombres, si bien es un espacio de refugio e identidad, también es un espacio femenino, de la pasividad”. Por consiguiente, quedarse sin empleo significó pasar demasiadas horas en el hogar sin saber bien qué hacer. En segundo término, estos hombres remarcan que su rol, su dignidad en tanto “padres de familia”, se encontraba estrechamente asociado con haber sido los proveedores de los recursos familiares. Pero el desempleo forzó a un cambio en las dinámicas familiares, donde

---

<sup>137</sup> Los porcentajes de alcoholismo en las PSH varían enormemente según los diversos estudios –entre un 10 y un 50%. Ello es consecuencia, en buena medida, de la metodología y la definición adoptadas. Tomando a Madrid como referencia, Cabrera (2006b) se inclina por una tasa del 22%; en la investigación de Muñoz (2003) la cifra asciende a un 43%. Por otra parte, Cabrera (1998) señala que entre la gente que lleva menos de un año en el sinhogarismo la tasa de alcoholismo es de un 14%, mientras que entre quienes han superado el año se dispara a un 33%. Este dato sugiere hasta que punto la calle multiplica el consumo de alcohol.

la mujer y/o los hijos debieron conseguir un trabajo para sostener la unidad doméstica. Entonces, su orgullo masculino recibió un nuevo impacto. Por último, gracias el empleo, a veces la mujer adquiere un nuevo estatus. Al convertirse en quien aporta dinero al hogar, incrementa su autoridad y se permite decir cosas que antes no le hubiese dicho a su pareja, y ello es algo que resulta intolerable para muchos de estos hombres.

*Y claro, ella... lo que pasa... toda la puta vida yo llevando el jornal, luego a partir de estar en Sintel trabajar todos los sábados y domingos (...) ¿qué es lo que pasa? Bueno ya no es solamente mi mujer ¿no?, todas las mujeres, terminan de pagar un plazo, lo que sea, y dicen: “bueno pues ya como hemos terminado en este plazo, ¿por qué no nos metemos en esto?”. Vale, si te puedes meter, nos metemos, sino... pues vamos a aguantarnos porque ¿qué importa cambiar ese mueble? Si el mueble has estado tres años con él, ¿por qué no vamos a estar un año más? Y ya empezó así las cosas, y ya claro, allí empezó a flojear la cosa, ya teníamos problemas internos los dos. Y ella tuvo que buscar un curro, y claro, yo siempre llevando el jornal... Ya la compenetración era muy distinta, teníamos broncas. Si yo ponía aquí el vaso, ella entonces me decía que lo pusiera aquí, ya teníamos problemas... (Entrevista al Duque, 18 de Noviembre de 2004).*

Ampliando la gama de posibilidades respecto de cómo se combinan las variables de poder y los conflictos familiares, detectamos otras modalidades de sinhogarismo que afectan a personas con un perfil muy diferente al de los hombres que residen en Ópera. En ocasiones, la familia supone una forma de control que puede resultar insoportable para determinados integrantes (Tomas y Helga, 1995). Este es el caso de Teresa, quien decidió rebelarse frente a la opresión que padecía en un hogar regido por una lógica sexista. En tanto compañera de Alfredo, Teresa alterna meses en la Plaza Isabel II con otros en su hogar. Dice estar cansada de trabajar, de volver a su hogar extenuada y tener que continuar con las labores domésticas. Alega que sus hijos son mayores de edad y sólo le prestan atención para exigir que limpie la ropa y cocine. Teresa interpreta las estadías en la calle como una “opción por la libertad”. Para esta mujer, “la libertad” se asocia con escapar de la esclavitud inherente al mundo del trabajo, ya sea en el mercado laboral o en el ámbito doméstico. Además, estar en la calle es estar con Alfredo; allí se reduce el sentimiento de soledad.

*La mayor parte de la charla que tengo es con Teresa (...) Dice haber trabajado mucho tiempo y en cosas muy diversas: fue enfermera, empleada en la terminal de Barajas, etc. Relaciona tal pasado laboral con su actual estadía en la calle. Plantea las cosas en términos de haberse cansado de tanto trabajo, y más aún de sentirse tan sola. Comenta que “está buscando su amor”, que no le importa si lo encuentra “en un mendigo”, por más que ella “no pertenezca a la calle”. Continúa proclamando que ahora con Alfredo, por más que esté en la calle, es más feliz; antes se la pasaba limpiando la ropa de sus hijos mientras estos no le prestaban atención. También se cansó de estar con un hombre que en vez de quererla la ignoraba (14 de Noviembre de 2005).*

Antes mencionamos que, respecto del sinhogarismo, la desigualdad entre los géneros suponía cierta protección para las mujeres. Esta afirmación no siempre es válida. Como sostiene Liebow (1993), los conflictos familiares en ocasiones se resuelven por la fuerza física, y son las mujeres y los jóvenes quienes terminan marchándose. Es por ello que diversas investigaciones han indagado en la violencia doméstica como un factor de riesgo, como un patrón de sinhogarismo particular en las mujeres (Escudero Carretero, 2003; Tomas y Helga, 1995; etc.). Un aspecto menos estudiado es cómo, tras convertirse en victimarios y con la consiguiente orden de alejamiento, más de un hombre no puede costear el ingreso a una nueva vivienda y termina pernoctando en la vía pública. En definitiva, la violencia doméstica es un factor que conduce a un proceso de sinhogarismo tanto entre los hombres como en las mujeres.

Uno de los obstáculos a la hora de analizar la conexión entre las dificultades domésticas y la situación de calle consiste en cometer el mismo error en el que han caído muchos investigadores. Como se ha develado desde la crítica feminista, no es posible hablar de “la familia” como si hubiese un modelo único y universal. En tal sentido, los enfoques culturalistas y los criterios de normalidad sobre los cuales se apoyan buena parte de las teorías de la exclusión, toman a la familia como parámetro de clasificación. La distancia de dicho estándar muestra los elementos anómalos que, supuestamente, explicarían la inadaptación social. A partir de entonces, las familias pasan a ser un chivo expiatorio (Cabrera, 1998). Es desde el criterio de normalidad de “lo familiar” que se construyen muchas de las visiones que explican al sinhogarismo como conductas desviadas, silenciando las causas político-económicas que llevaron a los conflictos familiares y a la situación de calle de uno de sus integrantes (Snow y Anderson, 1993). No es casual que los principales teóricos de la desafiliación hayan explicado al sinhogarismo como un “estilo de vida diametralmente opuesto a los valores de la sociedad que los rodea, centrada en la familia y orientada a la consecución del triunfo social (Bahr *et al.*, 1968: 617).

En estrecha relación con los criterios de normalidad surgen los procesos de ocultación de información –un tema que continuará siendo analizado en los próximos capítulos. Estos procesos confirman que, en lo que a la familia se refiere, las PSH que residen en Ópera adhieren a las visiones hegemónicas. Así, es común que el *homeless* no confiese su situación de calle a sus antiguas amistades o a sus parientes.

*P: ¿Conservás amigos de antes?*

*R: Claro, los amigos nunca se olvidan. Lo mismo que los veo por ahí tomo algo con ellos, pero sin preguntas ni nada. Ya si preguntas, empiezo yo a cambiar el chip. Digo “hasta*

*aquí, y ya nada”. No puede ser. Siempre están aquí, en el coco. Aunque pasen años siempre te reconocen, o te ven bien o te ven mal. “Te veo muy cambiado”. “Estoy bien”, esas cosas. “¿Y dónde vives?”. Siempre hay que estar mintiendo, “vivo ahí en el centro, en un apartamento”, cualquier historia. Pero bien (Entrevista a Diego, 21 de Diciembre de 2005).*

La expresión que mejor refleja dicha situación es aquella que plantea que a los parientes o a los amigos “los tengo engañados”. “La mentira”, si es que así puede llamarse a dicha estrategia de ocultación de información, responde a un problema recurrente: la calle como un espacio de estigmatización social. Estos procesos de ocultación y control de la información personal forman parte de las tácticas emotivas de las PSH, constituyen un esfuerzo por preservar la propia estima (Goffman, 2001).

*Cuenta una anécdota que, evidentemente, para él fue muy dura. Hace poco se cruzó con su ex jefe y amigo, quien salía de una función en el Teatro Real acompañado de su esposa. Hasta hace unos años, el Duque solía cenar con su mujer y esta pareja. El ex jefe le preguntó por su vida, cómo andaba su familia, sin saber que el Duque estaba viviendo en la calle. El Duque se inventó una historia, y dio gracias de que lo encontraron a unos metros de distancia de los cartones donde pensaba recostarse. “¡Joder, y yo a punto de meterme en la cuna, en el hotel 100.000 estrellas!” (14 de Diciembre de 2005).*

Claro que, luego de una larga estadía en la calle, sostener las apariencias resulta cada vez más difícil. Por diversos motivos que se expondrán a lo largo del capítulo, el estigma inherente a la condición de sinhogar reduce las posibilidades de preservar los vínculos de parentesco. Uno de tales factores responde al cargo de culpa que experimentan los familiares, quienes son concientes de los límites de su solidaridad hacia el sufrimiento de un componente del círculo íntimo. Por consiguiente, la expresión “los tengo engañados” debe ser interpretada en términos donde la familia participa de la farsa. Aceptar el ardid, fingiendo no estar al tanto del mismo, supone una táctica doméstica encaminada a preservar el contacto. “Ser un sin techo”, o “que un pariente sea mendigo”, supone tal vergüenza que las relaciones sólo pueden sostenerse a condición de que todos los familiares sean cómplices del engaño.

*P: ¿Y cómo se toma tu familia el hecho de que duermas en la calle?*

*R: No, los tengo muy engañados. Aunque no son tontos, ¿me entiendes? (...) Yo les digo que estoy con un amigo que tiene un piso en Diego de León, y que normalmente duermo allí. Y mi chico me dice “te han visto en Ópera durmiendo ayer”. Le digo “sería a lo mejor que vendría yo castaña...”, así muy espontáneo, “y me habré acostado ahí, vete a saber”. Y es que tengo una sobrina, que mañana por cierto a la 1:30 no tengo que estar allí, aunque normalmente no estoy. Porque es que trabaja en una casa, viene a hacer una casa aquí al lado de Ópera, en donde el hotel, el hotel que hay un poquito más allá, pues en la casa que esta un poquito más para allá, viene a ayudar a una mujer y tal, y luego a la 1:30 pasa por allí. Y me ha visto dos veces. ¿Entiendes? (Entrevista al Duque, 18 de Noviembre*

de 2004).

Asimismo, hablar sobre la propia familia puede convertirse en fuente de dolor, verse forzado a admitir lo inconfesable. En muchos casos, detrás de los conflictos domésticos subyace un fuerte sentido de culpa: “si los demás le han fallado es porque uno mismo a su vez les ha fallado previamente. En estas circunstancias, ¿cómo escapar al sentimiento, enormemente destructivo e inhabilitante, de que en el fondo es uno quien se lo ha buscado, y que por lo tanto se lo tiene merecido?” (Cabrera, 1998: 382). Si una de las formas de preservar la propia dignidad consiste en el engaño, una de las tácticas para evitar afrontar el dolor de saberse abandonado pasa por el autoengaño.

*Converso un rato con las PSH que se ubican en los bancos de la zona norte de los Jardines Reales. A uno de ellos lo conocí hace varios meses. Solía dormir en Plaza Mayor, cerca de donde se instalan Benito y el Tío por las noches. Recuerdo que en dos o tres ocasiones lo vi mientras me encontraba realizando la ruta de Solidarios. Siempre repetía que llevaba poco tiempo en la calle, que “en cualquier momento” su hijo iría a buscarlo, pues varias veces le ofreció llevárselo a vivir con él a Barcelona. Hoy dice lo mismo. Evidentemente él no me reconoce, no es conciente que estoy en condiciones de desenmascarar la falsedad de su discurso. Los meses han pasado, su hijo no ha aparecido, y él continúa en la calle contando la misma historia (23 de Agosto de 2006).*

Los procesos de ocultación de información dicen mucho sobre la identidad que la PSH quiere revelar. Así, no es de extrañar que la presentación del *self* muchas veces se exprese a partir de un discurso sobre las relaciones que el sujeto tuvo o tiene con su familia, menos aún que en ocasiones tales relatos se alejen bastante de la verdad. En todo caso, más importante que su veracidad es su lógica subyacente: la familia posee un peso enorme en la cultura española, y los *homeless* han sido socializados y forman parte de la misma. Como se expuso en capítulos anteriores, una de las tácticas que muchas PSH emplean para lidiar con su estigma consiste en distanciarse simbólicamente de sus compañeros. Significativamente, dicha táctica a veces se estructura sobre la base de relatos donde el individuo comenta lo maravillosa que es su familia, subrayando el amor que por él sienten como un dato que lo diferencia de las demás PSH. Lógicamente, este tipo de alegatos generan rencores en los demás *homeless*. Como sostiene Elias al analizar el concepto de estigma, “el poder de herir depende de la conciencia que tenga tanto quien lo emplea como a quien se refiere” (1998a: 96). En definitiva, las PSH comparten con el resto de la sociedad toda una serie de valores respecto de la familia, los cuales se constituyen en una fuente de sufrimiento.

*Entonces Lionel, al igual que Bruno en otras ocasiones, se ensaña con el Duque. Dice que se la pasa remarcando lo diferente que es, mencionando con orgullo el contacto que tiene*

*con sus hijas: “que mis chicas esto, que mis chicas lo otro...”. Probablemente sea como consecuencia del alcohol que se permite decir estar cosas. Luego agrega: “a mi no me espera ni Dios, no me quiere ni Dios, por eso estoy aquí -lo dice golpeando la caja de cartón con la que se protege para dormir. Los que estamos en Ópera estamos solos, nuestra familia no nos quiere, así que no me venga con mis chicas” (6 de Julio de 2006).*

La mayoría de los estudios que abordan la relación entre problemas familiares y sinhogarismo reservan un apartado a la infancia de las PSH. Siguiendo la lógica propuesta por tales perspectivas, a continuación se caracteriza cómo los miembros de Ópera recuerdan sus primeros años de vida. La intención no es la de buscar los elementos familiares anómalos que explicarían la actual situación de calle. Las infancias problemáticas no son la causa que lleva al sinhogarismo, sino tan sólo otro elemento a tener en cuenta en la combinación de factores que ubican a determinadas personas en un contexto de exclusión. La intención es simplemente destacar como, en muchos casos, los problemas familiares tienen sus orígenes en tales etapas.

La mitad de las PSH mencionaron haber tenido una buena infancia. No obstante, tal valoración dice más respecto de la voluntad de no lamentarse sobre la propia vida que de la infancia en sí misma. Por empezar, la niñez de prácticamente todas estas personas se desarrolló bajo un contexto de severas penurias económicas<sup>138</sup>. Ello implicó tener que abandonar los estudios y dedicarse al trabajo desde pequeños.

*El Siesta me cuenta que cuando era pequeño se dedicaba a buscar en la basura distintos materiales. Vendía la chatarra que obtenía a buen precio. Federico menciona que él en cambio tuvo que abandonar los estudios a los nueve años de edad para ayudar en el campo. Luego el Capitán aporta su grano de arena, recordando de su infancia cómo giraba de pueblo en pueblo en una tartana, vendiendo vino y arreglando sartenes o cualquier otra cosa de metal. “Entonces siempre sacaba algo con las sartenes” (29 de Octubre de 2005).*

Entre quienes se refirieron a su infancia como positiva, en un caso la figura del padre nunca estuvo presente. Esta situación coincide con los relatos de muchos de los que describieron a su infancia negativamente, la cual estuvo marcada por el abandono o la muerte de uno de los progenitores a una corta edad<sup>139</sup>. Por otra parte, a medida que transcurre la entrevista, suele ocurrir que la valoración positiva de la propia infancia se va transformando en una serie de recuerdos dolorosos. Diego es un buen ejemplo al respecto: una hermana mayor llevaba un tiempo viviendo en la calle, y fue ella quien le enseñó cómo subsistir en la vía pública, lo cual

---

<sup>138</sup> El 40,6% de las PSH reconoce haber vivido una infancia marcada por las dificultades económicas. Un, 8,2% padeció el desalojo de su vivienda durante su niñez (INE, 2005).

<sup>139</sup> El 39,9% de los *homeless* sufrió la muerte de un familiar próximo antes de los 18 años de edad (INE, 2005).

demuestra hasta que punto la desestructuración es primordialmente del grupo familiar antes que del individuo.

*P: ¿Y cómo fue tu infancia?*

*R: Mi infancia ha estado bien. Tengo siete hermanos: cuatro hermanos, y tres hermanas. Una se me murió, tenía ella 33 años. Yo he estado en el colegio, he estado bien. Aunque ya de pequeño, yo empecé la juventud en un reformatorio como interno de eso. Fue a los 15 años. Lo demás todo bien (...) yo he tenido muchos problemas familiares de chaval también ¿sabes? Mi padre era alcohólico. Entonces he tenido buena infancia, pero tampoco la he tenido tan buena ¿sabes? Por ejemplo, yo no he estado más de un año en un colegio. Ha habido problemas en mi casa, me he tenido que trasladar a otra zona, a otro barrio, y volver a estar en otro curso, en otro colegio, porque ya mis padres arreglaron y en cuarto me salí del colegio y me puse a trabajar con él. Ya mis padres están separados hace muchos años.*

*P: ¿Pero por qué estuviste en un reformatorio?*

*R: Por que mi madre no podía tenernos, porque éramos muy chiquitinos y nos metió ahí. Para estar ahí más tranquila ella, por que no podía ella con nosotros, éramos muchos y no podía alimentarnos a todos. A los mayores nos metió en un colegio, se quedó ella con el más pequeño en casa (Entrevista a Diego, 21 de Diciembre de 2005).*

Diego no es el único integrante de Ópera que creció en una institución de acogida<sup>140</sup>. Bruno debió pasar muchos años de su niñez sólo, lidiando contra la poliomielitis en un hospital. Sus padres, unos campesinos humildes de Palencia, no podían descuidar al resto de sus hermanos, por lo cual sólo podían ir a visitarlo muy de vez en cuando.

*P: ¿Hasta entonces vivías en Palencia?*

*R: Si, pero estuve de pequeño en Pedrosa, Santander. Un hospital de traumatología. Estuve seis años... allí me confirmaron, allí hice la primer comunión, pues ya te digo que allí estuve bastante tiempo (...) fue la poliomielitis, a los nueve meses. Yo ya, según mis padres, ya andaba. Claro, no me podían ir a ver muy seguido, por que no podían descuidar a mis otros hermanos. Fue el año de la poliomielitis, en el 54 o casi el 55. Porque si lo observas verás a mucha gente de mi edad con el mismo problema. Fue más o menos en el año... pues como la gripe, bueno pues aquí fue el de la polio. Ya te digo que tengo 32 operaciones hechas en la pierna. Y seis años en un hospital, ¡mira si he sufrido de pequeño, y ahora lo que estoy pasando! (Entrevista a Bruno, 7 de Octubre de 2004).*

Probablemente quien menos dudas tuvo en definir a su infancia como negativa haya sido Mariano. Este hombre afirma sin titubear que la desestructuración familiar y el abandono que vivió de pequeño continúan repercutiendo negativamente en su vida.

*P: Contame un poco como es el proceso por el cuál llegas a la calle.*

*R: No sé por donde empezar, es que he tenido una vida muy irregular con mi familia. Pero*

---

<sup>140</sup> El 5,5% de las PSH vivió parte de su infancia en una institución de acogida, y el 2,5% en la de otras personas que no eran familiares (INE, 2005).



*estar en la calle ha sido por problemas de alcohol, primero. Por que yo siempre he tenido problemas de alcohol, porque desde los trece años estoy solo. Me echaron de casa, me solía juntar con personas mayores, compañeros de trabajo, y entonces conseguía lo que ellos bebían, si era vino, vino, si era cerveza, cerveza, lo que me diesen. Entonces, me he hecho adicto al alcohol. (...) Es que yo... es que es una historia muy dura, y siempre he tenido problemas en casa, con mi madre y con mi abuela. Yo no tengo padres. O sea, ¡si tuve padres! -risas. Pero mi padre murió cuando yo tenía un año (...) Y cuando me puse a trabajar, a los trece años un día que estaba durmiendo, y yo estaba trabajando, me cogió entre mi madre y su novio, por así decirlo, su novio, yo estaba durmiendo, me sacaron desnudo, completamente desnudo, a la calle. Mi madre dice: “ya estás trabajando, ya te puedes ganar la vida, así que, fuera de aquí”. Muy duro, eso es muy duro. Así empecé en la calle (Entrevista a Mariano, 18 de Junio de 2005).*

## **1.2. Estado de los vínculos familiares y modalidades de sinhogarismo en Ópera**

El propósito del presente apartado es el de relativizar la asociación simplista que liga al sinhogarismo con el quiebre radical de los lazos primarios. Para ello se analiza el estado de los vínculos de parentesco entre los miembros de Ópera. Si bien dichas relaciones pueden ser caracterizadas por su fragilidad, el trabajo de campo nos conduce a constatar la existencia de las mismas. Por otra parte, a modo de hipótesis se sostiene que el tipo de apoyo familiar incide en las diversas modalidades de sinhogarismo. Por último, se argumenta que la situación de sinhogarismo multiplica la distancia familiar. Y ello es así debido al estigma inherente a dicha condición, así como a la incapacidad de reciprocidad en el seno doméstico por parte del *homeless*.

Según Liebow (1993), la relación entre las peleas familiares y el sinhogarismo suele sintetizarse en tres argumentos. En primer término, se remarca que estamos frente a individuos conflictivos que han agotado a sus parientes. Es aquí donde cobran especial relevancia los problemas de salud mental; muchas veces, las PSH más desafiadas de sus vínculos primarios son quienes a su vez padecen este tipo de limitaciones (Grigsby, 1990). El segundo tipo de explicaciones invierte la responsabilidad, señalando a los *homeless* como refugiados domésticos que escapan de unas familias problemáticas –este sería el caso del 33% de la muestra de Liebow. En último lugar, se destacan las situaciones donde no hubo enfrentamientos, sino que simplemente no existe una familia a la que acudir –Liebow afirma que el 24% de las PSH han perdido a sus parientes por muertes o han crecido en asilos. Por consiguiente, si bien residir en la calle indica una cierta falta de apoyo, las relaciones familiares de las PSH varían enormemente: hay individuos que no tienen parientes o han roto su conexión, mientras que otros poseen contactos intensos; hay sujetos que realizan considerables esfuerzos por recuperar los lazos, así como otras personas intentan escapar a toda costa de los parientes (Ibídem).

A su vez, las modalidades de sinhogarismo cambian de acuerdo al tipo de apoyo familiar con el que se cuenta. En primer lugar, las ayudas de los familiares impiden que se disparen los casos de quienes pernoctan en la vía pública (Liebow, 1993; Rosenthal, 1994; etc.). A modo de ejemplo, recordemos que muchos de los “usuarios” de los comedores sociales no duermen en la calle. Gracias a sus parientes obtienen un refugio nocturno, escapando así de la figura del “sin techo”. No obstante, durante el día deben “buscarse la vida” como cualquier otro *homeless*, apelando al espacio público o a los servicios sociales como un recurso básico de subsistencia. En segunda instancia, dichos amparos inciden en los fenómenos de sinhogarismo cíclico, en cómo el *homeless* alterna períodos en alguna vivienda con otros donde debe pasar las noches a la intemperie. Esta distinción entre sinhogarismo entendido en un sentido amplio o estricto, remite a las zonas de cohesión social trazadas por Castel (1995; 1997; etc.). En esta gente, lo permanente es la vulnerabilidad, la fragilidad de los soportes relacionales que aseguran la inserción. Cuando los lazos primarios se diluyen, pasamos a la zona de exclusión, al sinhogarismo en sentido estricto, a perder incluso la posibilidad de protegerse bajo un techo durante las noches.

La historia de vida de Ricardo es ilustrativa al respecto. Este hombre lleva dieciséis años en la calle. No obstante, la estadía en la vía pública se vio interrumpida por numerosos intervalos de vida hogareña. Pasó algunas temporadas en la casa de sus padres, pero la convivencia con sus progenitores es mala, y ello siempre lo empujó hacia la Plaza Isabel II. Los paréntesis también respondieron a las ocasionales parejas que logró establecer –vivió cuatro años en el piso de una de sus novias. No obstante, las rupturas amorosas siempre se vieron coronadas por una nueva situación de calle. Pero un hecho extremo, como el infarto que sufrió, generó que las redes familiares, hasta entonces frágiles y erráticas, se movilizaran en su ayuda. Así, Ricardo lleva más de un año durmiendo en lo de una hermana. Con Felipe ocurre algo parecido. Su esposa e hijas viven en la casa de su suegra, con la cual tiene una pésima relación. Cuando los problemas familiares arreciaban, Felipe pasaba meses durmiendo en la calle. Por el contrario, cuando los vínculos se recomponían mínimamente, volvía al ámbito hogareño. Luego de un derrame cerebral, Felipe debió dejar definitivamente la calle y resignarse a vivir en lo de su suegra. Repitémoslo: la pobreza integrada a la que se refiere Paugam (2007) tomando a España como ejemplo, permite comprender que son las redes las que evitan que la exclusión residencial derive en la figura del “sin techo”.

*Me enteró que Felipe estaba separándose de su mujer cuando tuvo el derrame cerebral; de hecho Nicolás atribuye el ataque a la cantidad de preocupaciones que entonces tenía su amigo. Comenta que Felipe vive en el piso de su suegra, en unas condiciones muy duras*

*(...) Repite lo que ya sé: que la relación con la suegra es pésima, que “allí hay problemas gordos”. Pero Felipe ya no está en condiciones de escapar a los conflictos familiares a través de la calle, como hizo hasta ahora (...) Entonces Nicolás me cuenta algo sorprendente. En una de sus visitas a la plaza, la mujer de Felipe les confesó que su marido llevaba meses sin dormir en el piso. Al escuchar esta información, respondo que no lo sabía, que pensaba que dormía en su hogar. Nicolás me dice que nadie lo sabía, que “también tenía engañados a todos los de la plaza”, que a eso de las nueve o diez de la noche los despedía diciéndoles que se iba a su casa. De hecho, el ataque cerebral lo sufrió en el parque del Retiro, donde todos especulan que estaba durmiendo. Me parece increíble que Felipe haya optado por irse a dormir sólo al Retiro en vez de pasarlo con sus compañeros de Ópera. Intuyo que detrás de tal elección subyace una humillación tan grande que impide confesar, incluso a quienes como él duermen en la calle, que el propio hogar es un sitio infernal (23 de Octubre de 2005)<sup>141</sup>.*

Comencemos a indagar en el estado de los vínculos familiares en Ópera a partir de los casos que muestran un mayor nivel de desafiliación. La forma más extrema de desvinculación es la que implica la ruptura con los lazos de parentesco. Bajo dicha lógica suelen enmarcarse los relatos de quienes fueron abandonados, o de quienes padecieron la muerte de su pareja. La depresión y el consiguiente autoabandono son factores omnipresentes en tales narraciones. El primer ejemplo al respecto es el del Jirafa.

*Y yo estaba muy enamorado de ella. La quería. Entonces al hacerme esta jugada, de irse con otro, ahí me empieza una depresión muy grande. Más al cabo que me quedé con cuatro niños a cargo. ¿Sabes? Y eso ya no puede ser. O sea, te entran unas depresiones que son terribles. ¿Qué haces después? Pues te abandonas. Te vas abandonando, yo al hacer un alejamiento de ella, por no verla, por no cometer una barbaridad, se me pasaba por la cabeza matarla (...) Y ya pues cogí, hubo unas personas que me dijeron “¿y por qué no te alejas?”. Y cogí y me vine pa mis tierras. Total, aquí al morir mis padres, que ya murieron con 98 años, pues me quedé... solitario. Vine aquí, me acogieron aquí en la plaza. Y después pues claro, te vas abandonando (Entrevista al Jirafa, 16 Marzo de 2005).*

El Siesta o Manuel representan los casos de quienes iniciaron su vida en la calle luego de que falleciesen sus parejas. Sus historias remiten a lo que Esperanza Linares (2002) ha calificado como el quiebre de un factor clave para la integración social: el “vector del sentido de vida”, el cual se asocia con las ilusiones, una ideología de lo inevitable, la pérdida del impulso vital por mejorar la situación en la que nos hallamos, etc. Dentro de este análisis también podrían encuadrarse los casos donde el sinhogarismo no es producto de un abandono, sino de la falta de familia –porque nunca la tuvo o porque hace tiempo que la perdió<sup>142</sup>. Como con sabiduría me

---

<sup>141</sup> La situación de Jesús es otro ejemplo del estigma asociado con la ruptura familiar, en donde el “engaño” no se limita a los parientes sino que incluye a los compañeros de calle.

<sup>142</sup> Según Muñoz (*et al.*, 2003), el 40% de los que poseen familia han perdido contacto. Por el contrario, en el estudio realizado por Cabera (1989), sólo un 4% de los entrevistados declaró no poseer ningún familiar con vida, mientras que únicamente el 19% de las PSH asegura no mantener relaciones familiares en absoluto.

explicó Jonathan, para participar plenamente en la vida social son necesarias una serie de motivaciones, entre las que se destacan los afectos familiares con los cuales compartir los logros o fracasos. Sin dicho contexto afectivo, ¿hasta qué punto vale la pena esforzarse?

*Sin papeles y a su edad, Jonathan tiene pocas posibilidades. No cobra siquiera el RMI. Le sugiero que vaya a Rais a gestionar dicha renta, pero no muestra demasiado interés. Contesta con un par de frases muy representativas de cómo piensan muchas PSH. Dice cosas como “a mí ya no me importa nada, todo me da igual. Si hace frío, y bueno, paso frío, paciencia”. Intento convencerlo que puede vivir aunque más no sea un poquito mejor. Responde con tranquilidad, diciendo que a mi edad pensaba igual, pero que él ya está viejo -agregaría que también está cansado de pelear. Dice las cosas sin desesperación, como si realmente estuviese convencido de lo que habla y nadie fuese capaz de cambiarle de opinión. “La gente progresa por los afectos, cuando tiene alguien al lado por quien esforzarse. Toda mi vida anduve sin afectos, ¿por qué voy a luchar yo a los 66 años?”. Su lógica de pensamiento es inapelable. Incluso nos cuenta que un vecino del barrio lo invitó varias veces a que viva con él, le explicó que tiene una habitación vacía. Pero Jonathan está demasiado acostumbrado a la soledad (12 de Enero de 2006).*

Una aclaración: cuando los lazos domésticos se disuelven, por lo general el sujeto continúa ligado a sus parientes, aunque más no sea a través del acto de evocar. Liebow (1993) menciona cómo los recuerdos de los momentos vividos con los familiares suponen una fuente de apoyo para muchas PSH. En tal sentido, la memoria ejerce un papel activo que en parte substituye a las relaciones reales. Dichos recuerdos se asocian a cómo el sujeto procesa “lo familiar”, cómo adapta el pasado intentando dar cierta coherencia al presente de exclusión (Hallbawchs, 1992). Este tema será profundizado en el capítulo 9, cuando se analicen los objetos que las PSH conservan de su vida previa a la situación calle. No obstante, los recuerdos también pueden operar desde la lógica inversa: cuando el hogar fue una fuente de rechazo y dolor, dichos “fantasmas familiares” pueden ser difíciles de exorcizar e incluso fomentan la prolongación de la estadía en la calle.

*Sebastián me cuenta que anda en una mala racha. Hace pocos días le dieron una paliza mientras dormía, hoy en cambio le han robado la cartera –la tenía dentro de la chaqueta. Dice que no tenía dinero, pero que le molesta mucho haber perdido la fotografía que guardaba de su mujer, así como otra de la época en que hizo el servicio militar (...) recuerdo que unas semanas atrás estábamos en un bar cuando Sebastián sacó su cartera para pagar. Entonces me enseñó la foto de su mujer. Un tanto teatralmente, beso la imagen y dijo que cada vez que contemplaba dicha foto recordaba que en algún momento fue feliz, así como lo “hecho polvo” que está actualmente (17 de Noviembre de 2006).*

Por otra parte, que haya gente que ha perdido los contactos con la familia no significa que la desafiliación sea definitiva. De hecho, los vínculos primarios suelen recomponerse cuando la PSH supera el período de calle. Rosenthal (1994) sostiene que, entre las PSH que perdieron el

contacto con los parientes, la mayoría de las veces la ruptura se dio como consecuencia de la situación de calle y no como factor causal. La desesperación y el desencanto son reacciones periódicas –no constantes– frente a sus circunstancias. En su opinión, el motivo principal que lleva a la disolución de los lazos familiares se asocia con el estigma. Más allá de la discusión sobre el quiebre de las redes en tanto causa o consecuencia del sinhogarismo, queda claro que la condición de *homeless* profundiza la distancia social con los parientes. En segundo lugar, esta brecha se explica por la imposibilidad de reciprocidad. “La gente con hogar teme ante la idea de tener que mantener una ayuda material y un apoyo emotivo a un *homeless* que, más allá de problemas, tiene poco que ofrecer” (Ibídem: 84). El relato de un integrante del Centro de Acogida Puerta Abierta ilustra la anterior cita.

*Pedro se pide un vermouth y a partir de entonces no para de hablar. Me cuenta que es sobrino de un cantautor que fue muy famoso en la década de 1960. Evidentemente es algo que lo llena de orgullo. Confiesa que se acostumbró a pedirle, y que ahora su tío sólo le da muy de vez en cuando. “Es como la gente que pasa por la vereda y le da una moneda al mendigo, al séptimo día cruza la vereda para no verle. Así es como hace mi tío conmigo ahora” (25 de Noviembre de 2004).*

La dificultad para participar de la reciprocidad puede motivar que sea la PSH la que decide distanciarse: “los *homeless* pueden sentir su incapacidad para reciprocidad como una carga demasiado pesada de soportar, y así cortan los lazos con sus amigos y familiares” (Ibídem: 84)<sup>143</sup>. La negativa a sostener cualquier contacto con los círculos previos remite al estigma, a la humillación de tener que depender de los parientes, a no querer preocupar a sus familiares. Pero cuando la persona encuentra un sitio donde pernoctar o se incorpora a un trabajo, muchos lazos se reestablecen. Entonces, los parientes pierden el miedo a tener que dedicar excesivos esfuerzos en un componente familiar, mientras que el individuo supera el estigma de vivir en la calle y se siente con la capacidad de reciprocidad prácticamente en igualdad de condiciones (Snow y Anderson, 1993; Rosenthal, 1994).

Asimismo, no contar con la familia implica una enorme dificultad para acceder a la reciprocidad, entendida como “el principal mecanismo de seguridad económica y social entre los marginados” (Lomnitz, 1975: 26)<sup>144</sup>. Más específicamente, la distancia familiar conlleva la

---

<sup>143</sup> Paugam (2007) observa una situación similar entre quienes consiguen un trabajo luego de una larga temporada de desempleo, o en quienes obtienen una Renta Mínima de Inserción. A partir de entonces, el sujeto puede aportar a la economía familiar y las redes de parentesco se reestablecen.

<sup>144</sup> Lomnitz (1975) caracteriza a la reciprocidad de la siguiente forma: a) se desarrolla como parte de una relación social; b) constituye un flujo recíproco de bienes materiales y servicios que persiste más allá de una sola transacción –el intercambio recíproco debe ser entendido como un episodio momentáneo en una relación social continua–; c) no está regido por las leyes de la oferta y la demanda. En definitiva, se

imposibilidad de establecer el tipo de reciprocidad que más beneficia a las personas. Sahlins (1976) propone un esquema del intercambio organizado en torno a espacios segmentados de reciprocidades. Existe una compleja continuidad de variaciones en la espontaneidad y equivalencia del intercambio, donde los extremos van del positivo al negativo en sentido moral; es decir, los intervalos que los separan no implican solamente grados de equilibrio material, sino también de sociabilidad<sup>145</sup>. Cuanto mayor es la distancia en el parentesco, mayor es la búsqueda de beneficios materiales por sobre la intención de generar lazos de solidaridad. Por consiguiente, en un extremo encontramos la reciprocidad generalizada, que se caracteriza por las transacciones altruistas en donde el lado social de la relación supera al material. Este tipo de reciprocidad se expresa entre los amigos o parientes más próximos. La espera de una retribución directa no es el elemento importante, ni es especificada en lo relativo a la cantidad, calidad o el tiempo. A su vez, la incapacidad en devolver no genera la interrupción en la relación. Las otras dos formas de reciprocidad, la equilibrada y la negativa, suponen avances en el objetivo de obtener un rédito material y suelen generarse entre desconocidos.

Las dificultades por disfrutar de las ganancias que reporta una reciprocidad equilibrada llevan a plantear la siguiente conclusión: si bien en muchos casos los apoyos no desaparecen completamente, estos suelen circunscribirse a la mera adaptación. Al provenir mayoritariamente de los sectores populares y de familias poco numerosas, resulta altamente improbable que sean los parientes quienes ofrezcan los recursos necesarios para escapar definitivamente del *sinhogarismo*. Las familias no poseen dichos recursos por lo cual las ayudas, en el mejor de los casos, sólo permitirán abandonar temporalmente la situación de calle. La cooperación familiar se muestra ineficaz en cuanto a las posibilidades de romper el cerco que mantiene a las personas en las zonas de vulnerabilidad y precariedad residencial –esta cuestión será profundizada en el próximo capítulo.

A la hora de analizar la disolución de las relaciones domésticas, debemos detenernos en un factor que acaba de ser mencionado: los niveles de desvinculación familiar varían en función del tamaño de la red de parientes (Cohen *et al*, 1988; Liebow, 1993; etc.). Las familias extensas y cohesionadas, con una cantidad de integrantes superior a la media, son las que tienen mayores probabilidades de satisfacer las necesidades de sus miembros con éxito. La paciencia frente a

---

trata de un intercambio particular, que difiere del de mercado y se basa en la generosidad en vez de la maximización individualista y racional de las ganancias.

<sup>145</sup> Tras formular una crítica a las visiones formalistas que equiparan la economía con el sistema de formación de precios de mercado, Polanyi (1976) afirma que a cada tipo de relación económica - reciprocidad, intercambio, redistribución- corresponde una forma de sociabilidad, una modalidad de regulación de la vida social específica.

los sujetos problemáticos se acaba más rápidamente cuando el parentesco es reducido, sencillamente debido a que el *homeless* tiene menos gente a quien recurrir. Significativamente, sólo dos miembros de Ópera se refirieron a su parentesco en un sentido amplio, mencionando la importancia que tienen en sus vidas determinados tíos, primos, o sobrinos. La mayoría de las PSH posee una concepción estrecha de familia (Liebow, 1993). Es por ello que la desafiliación que padecen es relativa, y guarda relación con una red de parentesco poco numerosa y unos lazos familiares laxos.

Por otro lado, es común que las crisis que desencadenan el proceso de calle se produzcan en momentos donde el individuo se encuentra particularmente vulnerable. Los conflictos desacomodan al sujeto, no sólo por la carga dramática que de por sí conllevan, sino por generarse en períodos críticos de la vida, en etapas de transición de un estado vital a otro (Snow y Anderson, 1993; Muñoz *et al.*, 1995). En el caso específico de los miembros de Ópera, la separación, divorcio o viudez se combinó con la pérdida del empleo y la edad –con la consiguiente dificultad por encontrar un nuevo trabajo y los años que deben esperar hasta poder cobrar la jubilación. Por otra parte, la familia crece o disminuye en función de los ciclos vitales y la edad de sus componentes. La presencia o el grado de cooperación, varía de acuerdo a tales etapas. En España, por poner un ejemplo, los parientes brindan un apoyo muy superior a los menores que a un hombre de 55 años. En definitiva, “la red de intercambios es una estructura dinámica, que cambia continuamente a medida que sus integrantes evolucionan en el ciclo de vida” (Lomnitz, 1975: 169).

Bajo tal perspectiva, la edad es un factor clave para quienes residen en la Plaza Isabel II, un elemento que los diferencia de otros perfiles de PSH y que desencadena un mayor nivel de desafiliación. No en vano Cabrera nos recuerda que “a medida que las PSH se hacen mayores se reduce el tamaño de la familia, e igualmente los contactos y la intensidad de la relación con ella disminuyen” (1998: 292). El promedio de edad elevado conlleva, entre otras cuestiones, la pérdida de los padres, uno de los apoyos familiares más importantes. Si a dichas ausencias se añade la ruptura conyugal, entonces las estructuras más sólidas del sostén familiar se desmoronan.

Pero el quiebre absoluto de los lazos familiares no es la postal que retrata con mayor fidelidad al *sinhogarismo*; por el contrario, si bien muchos vínculos se pierden, otros perduran pese a la

situación de extrema precariedad<sup>146</sup>. Algunos integrantes de la plaza aún poseen a su madre con vida. Pero no se trata simplemente de tener una familia, sino de sostener una relación. Cada cuanto ven a estas mujeres depende mucho de las personas y los vínculos que con ellas han establecidos. Es frecuente escuchar casos de convivencia conflictiva, las cuales dificultan pero no impiden continuar con el lazo. Andrés es un ejemplo de cómo una relación históricamente complicada termina limitando los encuentros al ámbito navideño. Las conexiones esporádicas también se asocian con la distancia geográfica –tema recurrente según veremos en lo que queda del capítulo. Al igual que observa Stack (1980) entre los parientes de las familias que ha estudiado, las pautas de movilidad de esta gente no siempre equivalen a la desconexión sino que, por el contrario, pueden responder a las afiliaciones que poseen desparramadas por los distintos puntos del mapa. Así, Bruno suele pasar las temporadas de invierno y frío en la casa de su madre en Palencia, pero el resto del año pierde el contacto. De las personas que aún poseen con vida a su padre, uno lo ve semanalmente, mientras que las otras dos, pese a constantes discusiones, los frecuentan mensualmente –en uno de estos casos el padre vive en Toledo, lo cual implica un traslado no siempre sencillo para quien carece de recursos<sup>147</sup>. La edad avanzada de los progenitores es otro factor que limita las posibilidades de ayuda.

La mayoría de los integrantes de Ópera posee hermanos. De ellos, más de la mitad mantiene la conexión con al menos uno de sus hermanos<sup>148</sup>. Entre quienes perdieron el contacto, los conflictos suelen guardar relación con el proceso que desencadenó la situación de calle. Es con los hermanos con quienes se producen mayormente las disputas por dinero. Las diferencias con la familia política del hermano que ha formado un nuevo hogar también suelen ser un factor de distanciamiento.

*Mi hermano a mi me saca nueve años. Y allí pues... el se casó con una mujer que es millonaria. Hoy en día tienen cinco pisos, tienen un chalet, tienen un fuera de borda, tienen tantas cosas, ¡no! Pero mi cuñada es reacia a toda mi familia; o sea ni mis tíos, ni mis*

---

<sup>146</sup> Incluso Bahr (1973), principal sostenedor de las perspectivas desafilatorias, reconoce que muchas PSH mantienen contacto con sus parientes. En su estudio consta que los *homeless* tienen un 50% menos de contacto respecto de la población general; en definitiva, dicha cifra nos habla de una desafiliación relativa, no absoluta. En cuanto a la frecuencia del contacto, el 3% de la población española afirma no ver nunca a sus familiares, mientras la cifra se amplía al 19% en el caso de los sin hogar. Si el 14% del primer grupo ve menos de una vez al mes a sus parientes, en la gente que vive en la calle la cifra se dispara al 29%. El 83% de la población declara ver más de una vez al mes a su grupo familiar, en cambio dicha frecuencia pasa a ser de un 52% para las PSH (Cabrera, 1998).

<sup>147</sup> El 40% de las PSH posee a su padre con vida, y un 50% a su madre. El 27% ha visto a su padre en el último mes, mientras que un 67% en el último año; las cifras respecto de la madre se incrementan en un 40% y 76% respectivamente. (Cabrera, 1998).

<sup>148</sup> El 89% de las PSH mencionó la existencia de algún hermano. Un 34% afirma frecuentar al menos una vez al mes a tales parientes, mientras que el 69% los ve una vez al año (Cabrera, 1998).



*primos, ni nadie se habla con ella. Claro, ella es millonaria y ella es la que dispone. Entonces mi hermano pues siempre está supeditado a ella. Y algunas veces pues me ha podido dejar algo, pero... ¡bua! Ni enterarse la otra. ¿Me entiendes? Con mucho secreto, con mucha diplomacia. Y yo pues para tener que estar escondiéndome prefiero pues no reclamar nada. Y mi hermano siempre es lo que dice: “es que al fin y al cabo es mi mujer, ¡que quieres que me separe de mi mujer!”. No, si yo no te pido que te separes de tu mujer. Pero desde luego te tienes que poner un poquito los pantalones y decir: “oye, tu familia es la favorita, la mía también para mí”. Un algo, ¿me entiendes? Yo a mi mujer no le he prohibido nunca ver a su familia, pero claro también tenía que respetar la mía, ¿no? Si no, pues mira se rompen las cosas, yo no puedo estar detrás de él (Entrevista al Jirafa, 15 de Marzo de 2005).*

En el grupo de plaza Ópera, el promedio de hermanos es de 3,7, mientras que la frecuencia con la que los ven varía bastante. Una vez más, el límite no siempre puede ser interpretado de manera simplista como un vínculo inestable, sino que se asocia con la distancia geográfica. A Juancho, Diego o a Bruno les ocurre algo similar: los encuentros se circunscriben a las épocas en que visitan a sus familiares en sus respectivas ciudades. También se dan los casos de personas que reciben ayudas de sus hermanos.

*El otro día estuve comiendo con mi hermano, el que vive en Suiza y tiene, me parece que te lo comenté, en Murcia tiene un chalet. “Coño, pues vete para allá. Toma la llave, haz lo que te sale de los cojones. Si quieres pintarlo de nuevo, píntalo de nuevo. No te hará falta nada, aunque no esté. Tienes frente un hipermercado grandísimo” -que es de un íntimo amigo suyo. Yo te dejo 200 o 300 euros para tus pequeños gastos, que dentro de una semana no tienes, me llamas y giro. Que te hace falta comida, bebida, lo que quieras” (Entrevista al Duque, 18 de Noviembre de 2004).*

Sin embargo, el contacto con familiares y amigos con hogar no supone necesariamente un apoyo económico. Según Rosenthal (1994), sólo entre un 10 y un 30% de las PSH recibe ayuda material o dinero de su círculo íntimo, lo cual guardar relación con la situación precaria en la que se encuentran los miembros de tales familias y no tanto con la falta de lazos significativos. Así, muchos de estos parientes sólo pueden aportar apoyo emocional o afectivo, sólo pueden compartir recursos no monetarios -comidas, facilidades para lavar ropa, un sitio donde dormir de vez en cuando, etc. (Rosenthal, 1994; Liebow, 1993).

Exceptuando a un individuo, todas las personas que conforman el grupo han tenido hijos<sup>149</sup>. El dato a remarcar es que el 75% de los miembros de Ópera sostiene una relación con su prole, más allá de las características de tal vínculo. Es más, una de las personas que no ve a sus hijos lleva poco tiempo en la calle, tan sólo unos cuatro meses, por lo cual el distanciamiento puede

---

<sup>149</sup> El 50% de las PSH madrileñas ha tenido algún hijo. La frecuencia del contacto con los mismos es de un 42% mensual y un 65% anual (Cabrera, 1998).

ser meramente temporal. Sólo una PSH reconoce haber perdido todo vínculo con su hija. Mariano explica dicha desconexión como consecuencia de la necesidad que sentía por escapar de la ciudad donde residía y comenzar una nueva vida en el anonimato madrileño. En algunos casos, el distanciamiento o la escasa frecuencia con la que ven a su progenie es justificada por la edad de los hijos. La lógica subyacente es la siguiente: los menores de edad merecen protección, mientras que al pasar a ser mayores ya no precisan de los cuidados del padre.

*Porque los otros hijos que tengo en Bilbao viven muy bien, están bien educados, están trabajando, tengo nietas... esos para mí no son problema. Son problema, son mis hijos -los que viven en Valencia y a los únicos que ve de vez en cuando. ¿Me entiendes? Pero no es lo mismo que unos menores. Entonces la protección siempre va por los pequeños. Y mi protección es para ellos, ahora de momento. Que los otros tienen su trabajo, tienen su vida, tienen su piso, y tiene todo. Pero con estos pequeños, ¿qué? (Entrevista al Jirafa, 15 de Marzo de 2005)<sup>150</sup>.*

La gente de Ópera tiene en promedio tres hijos. La asiduidad del contacto varía ostensiblemente. Nicolás es un ejemplo de cómo las PSH pueden mantener una conexión semanal, cuando no cotidiana, con sus hijos. Pero lo cierto es que, por lo general, la relación suele ser esporádica. Una vez más, las diferentes modalidades de sinhogarismo repercuten en el nivel de aproximación: dormir en la calle supone un quiebre muy superior respecto de quienes se alojan en una pensión, en el hogar de algún amigo, etc. En los casos de sinhogarismo cíclico, el vínculo se intensifica en los períodos donde el sujeto reside con el núcleo familiar, mientras que disminuye hasta casi desaparecer durante las etapas de vida en la vía pública. También se repite la distancia como factor que incide en la frecuencia con la que estas personas ven a sus hijos. Los cuatro hijos de Bruno viven en Málaga. Este hombre conversa con ellos frecuentemente –un claro ejemplo de la importancia que puede tener la telefonía celular en la vida de estas personas–; además, Bruno se las arregla para obtener algo de dinero y visitar a sus hijos un par de veces al año. Pero a la dificultad monetaria se suma la de disimular su situación de calle.

*Pero yo con los niños hablo... una vez cada semana, y cuando puedo voy a Málaga a verles. Porque yo para ir a Málaga tengo que llevar un dinero, los viajes son caros. Y después tengo que quedarme allí en una pensión. Y Málaga es un sitio turístico, y donde vayas todo es muy caro, muy caro. Se creen que todos los que vamos allí somos turistas, que llevan dinero. Y la última vez que tuve que ir a Málaga termine durmiendo en la playa. Yo a mis hijos no les decía nada, lógico. Igual quedas cuatro o cinco días, y cuando vas*

---

<sup>150</sup> Comparando los testimonios de los hombres que residen en plaza Ópera con los estudios centrados en mujeres sin hogar (Liebow, 1993; Escudero Carretero, 2003; etc.), estas se refieren a sus hijos en un porcentaje muy superior. Además, los hijos son un motor que las impulsa a luchar por escapar del proceso de calle, algo que no parece ocurrir en la misma medida con los hombres.

*que sea en vacaciones, por que ahora tienen el colegio. Pues voy en verano, o en semana santa. En navidades no voy porque hace algo de frío, y para congelarme en la playa... pero en verano hay mucha gente, no pasa nada. Pero los niños están conmigo, ellos me llaman, yo les llamo, cuando puedo, cuando puedo. Que todos los días no les puedo llamar, pero sino sí. Y los niños no saben que yo estoy en la calle. Pero no por ellos, sino por la dignidad mía (Entrevista a Bruno, 7 de Octubre de 2004).*

En ciertas ocasiones estas personas señalan la separación de sus hijos, por más que los vean con relativa frecuencia, como el principal motor de su angustia y depresión.

*P: Entonces atribuí un poco lo que te pasó al divorcio, para vos fue muy importante.*

*R: Bueno, no importante, porque yo que sé, fue una historia. Lo que a mí me jode es mi hijo, tengo un chico chiquinino, con seis años, entonces coger y separarme de él y eso, tal distancia, como que no está bien (...) Yo la depresión la he tenido más que nada ha sido por el tema que he tenido encima con mi hijo, porque yo veía a padres por ahí que iban con sus hijos, las parejas formadas y todo bien, y yo me veía a mí aquí sentado en un banco todo flipado. Es normal, se me iba el mundo encima. Pero eso ya ha pasado, fue lo primero, el primer año me pasaba. He llorado mucho ¿sabes? En eso ya he terminado acordándome, igual mientras el niño sepa que tú estas aquí. Porque cuando yo veo a mi hijo: “papi, ¿cuando vienes para casa?” “Es que tengo mucho trabajo hijo”, y al final pues sí... (Entrevista a Diego, 21 de Diciembre de 2005).*

Unos pocos integrantes del grupo han sido abuelos. Sólo uno de ellos sostiene un vínculo estrecho con sus nietos. No obstante, es necesario aclarar que esta persona es quien mantiene un mayor contacto con sus hijos, mientras que los otros casos coinciden con quienes han interrumpido la relación con sus descendientes. En todo caso, y a pesar de que los vínculos son tenues, queda claro que no es posible hablar de desafiliación como un aislamiento absoluto, definitivo y homogéneo.

## **2. Las relaciones con las antiguas amistades**

Los vínculos con los amigos previos a la situación de calle reproducen, hasta cierto punto, los patrones que afectan a la vida familiar. Determinados lazos se cortan, otros se debilitan, pero ello no implica la desaparición total de los mismos<sup>151</sup>. Al igual que ocurre con las relaciones

---

<sup>151</sup> Un 35% de las PSH respondió no poseer ningún amigo con quien poder contar para obtener favores. El 18% afirmó poseer sólo un amigo; el 11% mencionó la existencia de dos amigos; un 22% habló de entre tres y seis amigos, y el 14% de siete o más amigos. Puede que se trate de una red de amistades poco numerosa, pero la distancia entre no poseer ningún amigo o poder referirse a dos o tres personas es sideral -no sólo para la supervivencia material sino también en lo que a la dimensión emocional se refiere (Cabrera, 1998). La Gory (*et al.*, 1991) compara los resultados que obtuvo sobre la vinculación de las PSH con estadísticas similares de la población general. Así, el 98% de los norteamericanos dice poseer amigos íntimos, mientras que la cifra desciende al 79% en las PSH. El 77% de las PSH sostiene recibir apoyo emocional a lo largo del año por parte de su círculo de afectos. Más aún, sólo el 15% afirma no recibir ningún tipo de ayuda de sus amigos o familiares.

familiares, cuanto más extensa sea la red de amistades más probabilidades habrá de sostener algún contacto personal. Nuevamente, el estigma es el factor que distancia a la PSH de las antiguas amistades. En ocasiones, la humillación se combina con un estado de ánimo depresivo, de abandono. Entonces la opción de cortar con los vínculos de amistad se asocia con un profundo sentimiento de desgano. El Siesta explica de tal modo su elección, alegando que, debido a su edad -63 años- ya no espera nada de la vida.

*P: ¿Y tenés contacto con tus antiguas amistades?*

*R: No, yo no quiero que sepan mi vida. Yo no llevo teléfono siquiera. No quiero que sepan nada de mí. Ni pido favores tampoco (...) A parte de que yo me siento humillado, me ven ellos y no se lo creen. Pero, ¿tú?, ¿tú así? Y no se lo creen (...) Yo ya no tengo futuro. Así de claro, yo ya no tengo futuro. Primeramente por la edad, segundo porque no tengo familia, porque no me interesa. A mí no me interesa la familia. Pues ya haré mi vida camaleónica hasta la hora de mi muerte. Y un día, pues espero que va a hacer así, ¿cuando?, pues cuando llegue, pues que me encontrarán muerto en la calle. Mi muerte va a ser en la calle. Ni tengo expectativas ni quiero, ni las intento buscar. Más claro no puedo ser, no intento buscarlas a las expectativas. A parte por la edad yo ya me considero, es verdad no me corto en decirlo, casi un hombre derrumbado. Por el tema de mi mujer, a mí me derrumbaron. A mí fue matarme. Yo para que quiero tener 20.000.000, ¿a quién se lo doy, al gato? (Entrevista a Sebastián, 17 de Abril de 2006).*

El quiebre con los parientes, unido al estigma de ser tildado como un “sin techo”, suele suponer una distancia profunda, que no sólo aleja a la persona de los vínculos familiares, sino también de sus raíces barriales. Como sostiene Bott (1990), entre los sectores populares las redes con mayor conectividad se dan en vecindarios homogéneos, donde la gente reside desde hace tiempo y las relaciones de vecindad se solapan con las de trabajo y parentesco. Así, los familiares sirven como puentes que conectan a cada sujeto con más gente del barrio (Criado *et al.*, 2000). Por consiguiente, el alejamiento del hogar a veces equivale al quiebre de la sociabilidad densa que estas personas poseían en su barrio; lo que se resquebrajan son unas redes que trascienden el ámbito doméstico.

*P: ¿Vas seguido por tu antiguo barrio?*

*R: No por ahí no suelo andar nada, no quiero que me vean. No sé que decirles a los amiguetes, ¿sabes? Yo voy a cenar -al comedor social-, y voy a estar ahí metido y no me muevo del sitio donde estoy. Pero en plan de ir a estar por ahí, y ver a los amigos que tenía antes pues no, porque ya las preguntas no sabría que decirles. “¿Y tu como lo llevas, dónde estas, y tu mujer y tu hijo?” ¿Que les digo yo? No se puede. No tengo ningún trato con ellos así (Entrevista a Diego, 21 de Diciembre de 2005).*

También puede ocurrir que el estigma genere la situación inversa: son las antiguas amistades las que esquivan a quien pasó a ser visualizado como un “mendigo”. Al respecto, Goffman (2001) plantea que las dificultades que debe afrontar el sujeto estigmatizado respecto de sus

relaciones sociales suelen extenderse a sus vínculos históricos. Quienes lo conocen de antes están ligados a una concepción de lo que fue alguna vez, y pueden sentirse incapaces de brindarle un trato natural. La expresión que utilizó el Duque para describir tal proceso es la de “puertas que se cierran”.

*Ya llega un extremo muchas veces que ya llegas, y de tanto... de tanto darte vueltas, y de tanto la gente decir “si algún día tienes problemas, tú no te preocupes”. Yo he echado muchas manos. Y luego cuando tú te crees que tienes una amistad, que te has sacrificado por ellos de una forma u otra, y te ofrecen el oro y el moro, y cuando llegas a hablar, ya no que ese problema que tienes que te lo resuelva, no, sino que te de ánimo, o te de un poquito de margen, te cierre las puertas... ¡uf!, jeso es muy malo! Pero es que da la puñetera casualidad que dices, “bueno, venga, no pasa nada. Coño, voy a llamar a este”. “Coño, pásate por aquí, comemos juntos y luego...” Y ves que te cierran otra puerta, y luego te cierran otra, y otra (Entrevista al Duque, 18 de Noviembre de 2004).*

Pero la vida en la calle no necesariamente es sinónimo de desvinculación afectiva de los viejos conocidos. De hecho, varias PSH pasaron un tiempo en la casa de un amigo luego de irse del hogar familiar y antes de llegar a la calle. También ocurre que algunas PSH encuentran un paréntesis de confort, aunque más no sea por unos días, en el hogar de un viejo amigo. Rosenthal (1994) señala al “doubling up” –el dormir en casa de algún amigo- como una práctica frecuente que de por sí sugiere la existencia de contactos próximos<sup>152</sup>.

*P: ¿Y te iba a preguntar: por qué elegiste Ópera para vivir?*

*R: Pues ahí ya no lo sé. Yo... me ofreció un amiguete la casa y estuve en su casa un par de meses. Luego del par de meses mi colega quería arreglar la casa y me tuvo que ir de allí, y me encontré con una de mis hermanas que también estaba en la calle. Ella fue la que me enseñó todo esto, en plan de comer en comedores y todo (Entrevista a Diego, 21 de Diciembre de 2005).*

Estos hombres suelen comprender que sus amigos no hubiesen podido hacer más de lo que hicieron por ellos. Como se mencionó anteriormente, por lo general las amistades que se conservan se limitan a un círculo de personas que, sin vivir en una situación tan dramática como el sinhogarismo, padecen una gran precariedad económica. Así, cuando le pregunté al Duque si sigue frecuentando los amigos que tenían antes de su situación de calle, me respondió afirmativamente señalando a Felipe –quien alterna períodos pernoctando en la calle con otros

---

<sup>152</sup> La amistad puede ser un elemento vital en la vida cotidiana de los *homeless*. De las personas que afirman no tener ningún amigo, el 17% logró que alguien lo cuide cuando estuvo enfermo en el último año -la cifra se dispara a un 38% en el caso de quienes sostienen tener amistades. Del primer grupo, el 19% declara que consiguió que alguien lo deje vivir en su hogar durante un período, mientras que el porcentaje asciende al 38% en el caso de quienes poseen amigos. Quienes se definen como sin amistades, obtuvieron ropa por parte de algún desconocido en un 38%, así como dinero en un 34% -en el segundo grupo las estadísticas son del 53% y 71% respectivamente (Cabrera, 1998).

donde duerme con su familia.

*P: ¿Y seguís teniendo contacto con los que eran tus antiguos amigos?*

*R: No, no, yo tengo contacto con mis amigos. Los contactos siempre tienen que estar. Al contrario, vienen y de cuando en cuando me ayudan. “Toma Alfredo, ¿necesitas algo?”. ¡Que si necesito! Cogen y me traen cosas, si que me ayudan. Son buenos amigos. Y más no pueden hacer (Entrevista a Alfredo, 31 de Enero de 2006).*

Según los dos principales estudios sobre PSH realizados en Madrid, los amigos suelen ser una fuente de ayudas más importante que las familias. Si comparamos entre las PSH que poseen amigos pero no familia con los que cuentan con familia pero no amigos, las ventajas para el primer grupo son claras. “Son prácticamente el doble los que encuentran quien les oiga en sus malos momentos (83/44), quien les dé dinero (60/38), comida (48/34), ropa (53/43), les traslade en coche (39/23), les deje vivir en casa (25/20) o les cuide cuando han estado enfermos (42/18)” (Cabrera, 1998: 394)<sup>153</sup>. Una explicación posible sobre tales diferencias consiste en que “probablemente la familia, cubra más su función de red protectora. En aquellos casos que aún no han desembocado en la salida de la calle, su labor de contención se realiza sobre todo antes, de manera que cuando alguien se ve en la calle es en gran medida porque la red de parentesco, no ha podido, no ha sabido, o no ha querido impedirlo” (Ibídem: 394). También habría que aclarar algo que, por ser evidente, puede ser pasado por alto: todo auxilio que venga por parte de un amigo será elogiado, mientras que las ayudas familiares se dan por descontado. La negativa a colaborar es mucho más reprochable por parte del círculo de parientes que respecto de los amigos. Nadie explica su situación de calle como consecuencia de los problemas con las amistades, como sí ocurre cuando se indican los conflictos familiares.

Un último tema: en determinados casos, plantear la discusión en términos de si una persona sostiene los vínculos de amistad previos al sinhogarismo puede conllevar a error. Presupone un proceso de vida “normalizada” que se ha visto interrumpido por una situación extraordinaria. Implica organizar el discurso bajo la lógica disruptiva de la llegada a la calle, la cual suele ser graficada simbólicamente como una caída –tema tratado en el capítulo 8. Lo cierto es que no siempre es válida dicha suposición, menos aún en el caso de algunas personas que tienen alrededor de 60 años y crecieron en una España repleta de penurias. Para gente como el Capitán

---

<sup>153</sup> Muñoz (2003) coincide en que, ante una enfermedad, las amistades son la principal fuente de ayuda – la familia es mencionada recién en tercer lugar. De modo similar, al preguntar a quién acudirían los residentes del *Skid Row* de Nueva York en caso de necesidad, el 54% mencionó a los amigos que viven en la zona. En segundo término se refirieron a amigos que viven fuera del *Skid Row*, y recién en tercer instancia aludieron a la familia –lo cual muestra una clara diferencia respecto de la población domiciliada, la que ubica en el primer puesto a los parientes (Cohen *et al.*, 1988).

o Mariano, no es posible marcar tan nítidamente el inicio del sinhogarismo como un momento de interrupción. Ambos crecieron y fueron socializados en la vía pública. Carece de sentido pensar en las biografías de esta gente en términos de “amistades previas a la situación de calle”. A lo largo de toda su vida, se han vinculado con personas cuya cotidianeidad y subsistencia en buena medida dependía de su desenvolvimiento en la vía pública. Asimismo, para ellos es aún más válida la afirmación formulada previamente: sus amistades se suelen limitar a gente cuya vida se caracteriza por la precariedad socioeconómica.

A modo de conclusión, cabe explicitar que los vínculos con los familiares y las viejas amistades no han desaparecido; en todo caso, deberían ser caracterizados por su fragilidad, como lazos tenues (Snow y Anderson, 1993; Liebow, 1993; etc.). Las perspectivas sobre la desconexión toman a la afiliación como una variable discreta, dejando dos posibilidades: el contacto o el aislamiento. Como se sostuvo anteriormente respecto de la sociabilidad, la afiliación debe ser entendida como una variable multidimensional y continua (La Gory *et al*, 1991). Entre la afiliación y la desafilación existe una amplia gama de posibilidades que deben ser tenidas en cuenta.

Por otra parte, el individuo debe amoldarse al nuevo contexto de calle. A medida que la estadía en la vía pública se prolonga, el sujeto experimenta un proceso de reafiliación en función del ámbito de residencia. Como veremos en el próximo capítulo, los gestores y empleados de los servicios sociales comienzan a desempeñar un lugar importante en la vida de estas personas. A su vez, las nuevas redes sociales se basan en las dinámicas que se generan en el barrio donde el individuo se desenvuelve cotidianamente. Ciertos vecinos, determinados comerciantes y empleados que trabajan en los locales próximos a la Plaza Isabel II, pasan a ser una referencia ineludible para las PSH que allí se alojan; esta situación nos lleva a cuestionar, si cabe aún más, las imágenes del sinhogarismo o la exclusión como una forma de desafilación extrema.

## 7. El proceso de reafiliación: el arraigo territorial en plaza Ópera

“Parte de nuestra existencia reside en las almas de quien se nos aproxima: he aquí por qué es no humana la experiencia de quien ha vivido días en que el hombre ha sido una cosa para el hombre” (Levi, 1987: 295).

El aislamiento social inherente en la noción de desafiliación se basa en dos supuestos fuertes: la ausencia de redes sociales y la falta de arraigo territorial. Tal como se mencionó en la introducción de la tesis, dichas perspectivas en buena medida son producto del tipo de metodologías adoptadas. Centrando su atención en las encuestas y/o en el nivel de contacto que las PSH tienen con las instituciones más clásicas –la familia, el trabajo, las asociaciones recreativas, etc.–, estos enfoques poseen enormes dificultades a la hora de detectar las diversas formas de afiliación presentes en el contexto de calle. Existe una serie de estudios antropológicos que permiten subsanar tal laguna. En dichas investigaciones se destacan las redes barriales que tejen las PSH en los sitios donde se han instalado. Continuando con tal tradición, en este capítulo se da comienzo al análisis de los procesos de reafiliación que surgen en el contexto de calle.

En el primer apartado se indagan las conexiones que los *homeless* establecen con los empleados de los servicios sociales dedicados a las PSH. El concepto de estigma resulta vital para comprender dichos vínculos, las tensiones que experimentan las PSH entre la proximidad/distancia de tales ámbitos institucionales. Por lo general, los servicios sociales tienen un peso importante en la cotidianidad de los *homeless*. No obstante, si no se dedica demasiado espacio a este punto es debido a que los integrantes de Ópera hacen un uso utilitario de los recursos, sin entablar una relación afectiva con quienes allí se desempeñan.

La segunda sección es esencialmente descriptiva. En la misma se mencionan los rechazos de los vecinos a relacionarse con las PSH. Sin embargo, también se caracterizan los vínculos que la gente de Ópera ha logrado entablar con empleados y comerciantes que trabajan en la zona, o con determinadas personas que residen en los edificios próximos a la plaza.

En el último apartado se analiza la naturaleza de los lazos territoriales que conectan a las PSH con los vecinos del barrio. El proceso de reafiliación se ve condicionado por el entorno de exclusión ambiental. Por consiguiente, afirmar que existen relaciones sociales no implica elogiar tal tipo de redes. Si bien estos vínculos facilitan la subsistencia cotidiana, difícilmente ayuden a escapar a las PSH del círculo que las encierra en la situación de exclusión. Por otra



parte, los lazos barriales suelen ser jerárquicos, paternalistas, erráticos y asistencialistas, factores que fomentan el estigma de quienes se ven forzados a residir en la vía pública.

### **1. El vínculo con los servicios sociales**

Como vimos en el capítulo 2, en Madrid los recursos sociales para las PSH consisten en centros de acogida, albergues, roperos, duchas públicas, etc. El nivel de utilización de cada recurso varía en función de sus características y de la evaluación que cada sujeto realiza sobre el mismo. Por lo general, el contacto con los servicios es absolutamente práctico: una vez que la persona obtuvo lo que deseaba se marcha sin entablar relación alguna con el personal. No obstante, también es corriente encontrar casos donde la PSH trasciende la relación formal con algún empleado de un recurso concreto. Los trabajadores sociales se encuentran saturados de tareas e intentan imponer una cierta distancia con los “usuarios”, por lo cual los vínculos afectivos suelen establecerse con dependientes de menor rango. Dichos empleados, así como determinados voluntarios, pueden convertirse en un auténtico sostén emocional.

*Mientras converso con Martín compruebo el importante papel que juega una empleada de limpieza en la vida de los usuarios del Centro Puerta Abierta. Martín suele quejarse del trato distante por parte de los profesionales. No es el caso con esta empleada, quien siempre parece tener tiempo para conversar con todos los usuarios, los cuales la buscan para preguntarle cómo anda su hijo, o le cuentan cosas de su cotidianidad. Esta mujer parece distraer y levantar el ánimo de las PSH que permanecen horas dentro del recinto (3 de Marzo de 2005).*

Hay personas que han organizado su subsistencia sobre la base de los servicios sociales. Es común que en tales situaciones sus relaciones tiendan a concentrarse en los empleados que atienden los recursos que frecuentan. Es entonces cuando se generan los lazos más próximos<sup>154</sup>.

*Ramón me enseña un libro dedicado a los pájaros de la península ibérica. Me explica que se lo regalaron para su cumpleaños las monjas del comedor San Lucas, donde desayuna todas las mañanas y colabora con diversas tareas -como acompañarlas al Depósito de Alimentos una vez por semana para cargar la camioneta y descargar luego los alimentos en el comedor (1 de Agosto de 2006).*

---

<sup>154</sup> Castel se refiere a estos segmentos poblacionales como un nuevo tipo de excluidos, aquellos que “viven de lo social”. Se trata de una experiencia que “afecta a varios millones de personas, que no equivale sin embargo a un completo aislamiento, sino que lleva más bien a anudar otros tipos de relaciones -por ejemplo, con los servicios sociales y otros compañeros de infortunio-, y que responden a otros objetivos -por ejemplo, el intercambio de información sobre los medios de obtener ayuda” (1997c: 420-1).

Es frecuente encontrar a otras PSH que reprueban esta opción. El principal argumento de tales críticas consiste en señalar que quienes organizan su vida en función de los servicios sólo han substituido su dependencia: logran superar ciertos obstáculos asociados con la vía pública, pero entonces sólo son capaces de sobrevivir en el reducido círculo de los servicios asistenciales.

*Luciano habla de “la gente que se hace adicta a las instituciones. Pasan todo el día en el centro, no salen de ahí, ese es su mundo. Te dan a entender que tú dependes de ellos, cuando es al revés. Gracias a nuestra existencia es que tú cobras un sueldo. Es muy duro salir de la calle gracias a los recursos”. Dice que allí ha visto a gente “lobotomizada”, añade que no hay nada peor que alguien que termina dependiendo de los recursos, y que los trabajadores sociales suelen generar tal dependencia. Opina que dichos funcionarios sólo están conformes con las personas que logran “domesticar”: “son como perritos, ellos quieren que los que van allí levanten la pata cuando les dicen, darle instrucciones para que les sigan moviendo la cola. ¡Hombre, igual que un perrito!” (23 de Enero de 2006).*

Los trabajadores de los recursos sociales suelen explicar la dificultad de acabar con el sinhogarismo como consecuencia del rechazo de los *homeless* a conectarse con los servicios. Llamativamente, las PSH invierten esta lógica advirtiendo que son los “funcionarios sociales” quienes evitan el contacto próximo. Por lo general, los *homeless* se lamentan de las relaciones distantes, burocráticas y frías impuestas por los profesionales de los servicios.

*Conversando en Puerta Abierta con un trabajador social, le pregunto por los reclamos que le hacen los usuarios, por los conflictos que se generan dentro del centro. Me responde que a los trabajadores les exigen cosas que ni ellos mismos se preocupan por cumplir (...) Hay veces que preferirían una relación más cercana, que los trabajadores cumplan un rol de amistad que no encuentran en otra personas. Pero los trabajadores no tienen tiempo para trabar amistad con 76 usuarios, y opina que además ese no es su rol (25 de Enero de 2005).*

En tal sentido, es necesario señalar una diferencia entre este tipo de servicios y los denominados recursos sociales de proximidad. Existen Fundaciones, ONG’s o Parroquias que realizan “un trabajo de calle”<sup>155</sup>. En estos casos, la relación se establece en el terreno donde la PSH se siente más cómoda –en la vía pública–, lo cual permite generar una empatía difícil de encontrar en un Centro de Acogida, así como acceder a quienes rechazan el contacto con los recursos sociales tradicionales –como sucede con muchos de los integrantes de plaza Ópera. Quienes se desempeñan en los servicios de proximidad pueden terminar siendo una importante fuente de apoyos para más de una PSH. En el caso de ONG’s como “Solidarios”, los diálogos

---

<sup>155</sup> No es casual que, cuando Bahr y Caplow (1968) compararon los grados de vinculación entre las PSH y los residentes de un barrio proletario, el segundo grupo haya mostrado poseer un mayor contacto con instituciones como la familia, los sindicatos y el mundo del empleo, mientras que las PSH presentaron índices más altos respecto de las organizaciones de voluntariado y las parroquias.

que se entablan con los voluntarios muchas veces –no siempre- logran generar un sentimiento de “normalidad” y aceptación, donde la conversación no se encuentra tan mediada por el frecuente tono paternalista y jerarquizado. A su vez, los voluntarios pueden significar favores puntuales: acompañarlos al médico, un viaje en automóvil, conseguir una plaza en algún centro, etc.

*Carla dice que en un rato volverá a la casa de su amiga, donde está pasando las noches. Luego nos pregunta qué días de ruta hará “Solidarios” a partir del mes de Julio –en tal mes la ONG reduce sus actividades. Lo llamativo es que Carla no pide nada de comida, pues constantemente padece de trastornos digestivos. Es decir, su interés en encontrarse con los voluntarios reside pura y exclusivamente en las ganas de conversar con ellos (29 de Junio de 2004).*

El grupo que reside en la plaza Isabel II posee sus particularidades en lo que a la relación con los servicios asistenciales se refiere. A nivel discursivo, hay un rechazo total hacia cualquier posible contacto con los recursos sociales. Su negación guarda relación con diversos argumentos: inseguridad, hacinamiento, la posibilidad de contagiarse alguna enfermedad, la incomodidad, la rigidez burocrática, la presencia masiva de inmigrantes, etc. Por la calle circulan narraciones tremendas sobre los albergues y el comportamiento de algunos empleados que allí trabajan; a pesar de que muchos de tales relatos son falsos o exagerados, terminan incidiendo en la elección de quienes se niegan a conectarse con los servicios. No obstante, en más de una ocasión las historias de violencia institucional poseen un sustrato de veracidad inquietante.

*Conversando sobre el Centro de Acogida San Isidro, Mariano cuenta como unos días atrás un empleado de seguridad le partió el labio -nos muestra su herida. Fernando al principio no le cree, dice que él debió haber armado “un lío grande” para que suceda tal cosa. Mariano confiesa que llegó borracho, pero no más que eso. Dice que el de seguridad que estaba en la puerta es “uno grandote, enorme, al que le dicen El Skin”. Me alarma que las PSH apoden de tal modo a quien trabaja de seguridad en un centro municipal. Cuando escucha de quien estamos hablando, Fernando dice que entonces es posible que su compañero tenga razón (...) Fernando me comenta que finalmente dicho hombre fue despedido. Encontró a una mujer realizándole una “felatio” a otro usuario. El reglamento interno prohíbe las relaciones sexuales dentro del albergue, pero el empleado de seguridad no invocó pacíficamente dichas normativas, sino que se limitó a incrustar su bastón en el cráneo del homeless. Le dio tan fuerte que tuvo que intervenir la policía (5 de Agosto de 2004).*

Teniendo en cuenta las características de determinados servicios, los rechazos son reacciones absolutamente racionales. El siguiente cuaderno de campo se ciñe al albergue con peor reputación de todo Madrid.

*Las verjas delimitan un espacio previo al ingreso a la capilla-dormitorio del padre Enrique. Los tres costados e incluso el techo están cercados por tales rejas, mientras que la puerta de ingreso se encuentra cerrada con un candado -las ventanas del edificio, además de ser pequeñas, también están enrejadas. En tal receptáculo, hay unas seis personas que giran dando vueltas en círculo y fuman antes de ingresar a la iglesia. Uno de ellos es Gonzalo, quien al reconocermé me saluda exclamando “estamos como los monos, enjaulados. Sólo falta que nos tiren las galletas para que sea el zoológico”. Una vez adentro, me sorprende la cantidad de gente que veo fumando dentro de los sacos de dormir. No paro de pensar que si se produce un incendio aquí no se salva nadie. El olor es insoportable pues las personas están hacinadas. El espacio es para unas 80 PSH, o por lo menos eso es lo que ha acordado el Ayuntamiento -el cual increíblemente no sólo habilita, sino que financia al sitio. No obstante, calculo que esta noche se alojan no menos de 150 homeless. Para avanzar, debo saltar una y otra vez sobre las decenas de personas que duermen en el piso. Me resulta muy complicado continuar sin pisar a nadie. La sala principal, donde se da misa, debe tener unos 70 metros de largo. En la zona más próxima a la entrada tres voluntarios sirven biscochos y café. Contra las paredes y en medio del salón, se ven los bancos que suelen ser utilizados para la misa. Miden aproximadamente unos 60 centímetros de alto y se encuentran apilados uno arriba de otro, formando dos filas. De tal manera, los sin techo duermen en el piso, entre los dos bancos, y también sobre el segundo banco. En los 30 minutos que permanezco en el local escucho más de una discusión por el espacio: “aquí he dormido yo ayer, me corresponde el sitio”, con respuestas del tipo “pero tú acabas de llegar, y yo llevo 40 minutos en este lugar”. Como puede comprobar personalmente, las disputas se resuelven en más de un caso a los golpes. Es imposible no pelear en un ambiente similar. La gente llega con los ánimos destrozados tras deambular por la ciudad, arrastrando problemas personales, y se encuentra en un entorno insalubre, donde el menor roce desencadena una situación violenta. Todo el recinto es un auténtico caos de ruidos y olores, de espacios estrechos en los que es imposible moverse. Subo a la primera planta y encuentro a los homeless extendidos en los peldaños de la escalera, desemboco en un pasillo angosto donde aún hay más gente. Parecería como si no existiese un solo espacio sin ocupar (9 de Enero de 2006).*

En Ópera, los recursos sociales son espacios estigmatizados con los cuales la persona no quiere ser asociada. En el esfuerzo por desligar la propia imagen de los servicios sociales, vale la pena destacar dos factores. En primer lugar, la disciplina materializada en una normativa que atenta contra lo que consideran su libertad. Puntualmente, se repiten los relatos sobre unos horarios que son vistos como estrictos e irracionales<sup>156</sup>. Así lo testimonia el siguiente fragmento de entrevista, donde el informante se refiere al principal Centro de Acogida madrileño.

*O te digan: “tú castigado 15 días sin salir”. “Pero usted... ¿usted tiene fuerza moral para decirme a mí que me quede 15 días encerrado por que usted quiere?, ¿pero usted quién es? Yo me salgo lo que me sale de las pelotas”. “Ah, como te sales, pues toma la calle”. Yo no lo acepto. No acepto las normas (...) Mira me parece que es antinatural que una persona tenga que estar el máximo, en pleno verano, a las 8:55 de la tarde allí, ese es el máximo. Y si llegas a esa hora, te quedas sin cenar. Para cenar tienes que estar a las ocho menos cuarto, más o menos. Y a mí me parece que cuando una persona empieza a vivir, no me*

<sup>156</sup> Sobre este punto, Susser (1996) destaca que las PSH deben adaptarse a los requisitos temporales institucionales, lo cual refleja la relación de poder desigual entre los usuarios y los proveedores del servicio. Para los homeless, el tiempo es constreñido y definido por los eventos institucionales.

*refiero a beber vino, sino a ver escaparates, un día tienes un durito por cualquier circunstancia y dices me voy a ver una película. Y no puedes ver una película, ni puedes estar... sinceramente, yo considero el albergue este una prisión encubierta. Luego unas normas que ni puedes fumar... Lo que no me parece justo es el tema de los horarios (Entrevista a Sebastián, 17 de Abril de 2006).*

El segundo factor consiste en la negativa a compartir unos espacios altamente estigmatizados. El criterio de “contaminación”, presente en la definición que Goffman (2001) proporciona sobre el estigma, es clarificador al respecto: reproduciendo los estereotipos que los perjudican en tanto PSH, se diferencian del resto de los *homeless* calificando a los albergues como sitios “sucios, saturados de personas indeseables”.

*Eugenio comienza a despotricar contra las demás PSH. Dice que no son más que unos borrachos, que son toda mala gente, que con nosotros -los voluntarios- puede hablar pero con personas como ellos no. Cuenta que estuvo en varios albergues, pero que “aquello era horrible, lleno de borrachos, todos con una mala hostia tremenda”. Añade que los trabajadores sociales “eran más autoritarios que Franco”, y que no logró adaptarse a los horarios (26 de Septiembre de 2005).*

En el grupo de Ópera, una de las tácticas empleadas para conservar la propia dignidad pasa por mostrarse autónomos respecto de los recursos. Estos hombres señalan con orgullo que son capaces de sobrevivir sin apelar a ninguna ayuda; implícitamente, subrayan que no son seres pasivos, meros receptores de la caridad, sino que es gracias a su agencia que superan las adversidades cotidianas<sup>157</sup>. Incluso, en más de un caso, invierten el orden de la subordinación: no son ellos quienes dependen de los recursos, sino que es toda la casta burocrática la que cobra un sueldo gracias a la existencia de PSH en las calles madrileñas. Esta lógica fue mencionada en el capítulo metodológico en tanto “teoría del complot”: los servicios sociales no pretenden acabar con el sinhogarismo, sino reproducirse a sí mismos; por consiguiente, la desaparición de este fenómeno dejaría sin empleo a miles de “empleados de lo social”.

*Ricardo repite con cierto orgullo que él lleva desde 1990 en la calle, que nunca fue a un albergue, que siempre se las arregló sólo (...) entiende que los centros suponen un negocio enorme, y que es por eso que nunca los cerrarán. Ricardo menciona las Calcutas, donde evidentemente ha ido a comer en más de una ocasión. Dice que allí “se llevan unos tres euros por cada cliente”. Sebastián le da la razón y plantea que deberían echar del trabajo a todos los asistentes sociales, pues se trata de gente que vive de los impuestos y del*

---

<sup>157</sup> Quienes residen en Ópera poseen pautas similares a la categoría de “outsiders” con la cual Snow y Anderson (1993) delimitan uno de los perfiles característicos del heterogéneo mundo de las PSH. Los *outsiders* suelen definirse a sí mismos como gente independiente respecto de los recursos. Para ellos, rebuscárselas apelando al propio ingenio es motivo de orgullo. A su vez, existe una relación entre tiempo de calle y distancia de los servicios sociales. Los *outsiders*, al igual que los miembros de la plaza Isabel II, llevan muchos años en la calle y son quienes más aversión muestran respecto de los servicios.

*Estado. Continúa argumentando que ese dinero debería ir a los sin techo, mientras que se lo terminan quedando los asistentes (3 de Octubre de 2005).*

Los recursos sociales son sitios donde reinan las relaciones más asimétricas y jerárquicas, los ámbitos donde los trabajadores sociales y psicólogos se esfuerzan por “corregir” las conductas de los “usuarios”, por “socializarlos” y reencauzarlos en la “normalidad”. Por lo general, la gente de Ópera evita cualquier posible contacto con tal tipo de funcionarios. Cuanto más un servicio apuesta por los “programas de reinserción”, más distancia genera en estos hombres.

*Ahora si me operan, si Dios quiere y quedo... bueno paciencia. Es que dos o tres meses más voy a tener que estar (en el Centro de Acogida). Es que no tengo remedio. Pero una vez que me pueda valer por mi mismo, yo de aquel palomar salgo pero volado. Me refiero al tema de quedarme a vivir allí para mi vida. Vamos no se lo creen esos ni durmiendo. Conmigo que no cuenten para nada. Pues te voy a decir más, yo no conozco todavía ni a la asistente social. No sé quién es, y llevo un mes y pico. El único que está en la sala de visitantes, de ingresos como digo yo, soy yo... eso se va todos los días reponiendo, mandan a unos a una habitación, otros a otra, yo en el mismo sitio siempre. No sé ni cómo se llama la Directora. Yo me levanto por la mañana, hago mis cosas, no desayuno allí, me parece que sólo una vez desayune allí. Me muevo como si fuera una cárcel, mi número X tal, y salgo por la puerta, hasta el mediodía a comer. Como algunas veces si, otras no, duermo la siesta. Me tiro en la cama, y salgo a la calle hasta la hora de cenar. Pero yo allí no hago ningún trato. Ni confianza ninguna, claro (Entrevista a Sebastián, 17 de Abril de 2006).*

Probablemente el dato más importante a destacar consista en que, a pesar del rechazo formal, casi la totalidad de estas personas pasaron por algún albergue en el comienzo del proceso de calle. De tal manera, su socialización en la calle en buena medida se encuentra marcada por esa primera experiencia con los albergues. Las notables asimetrías que experimentaron en la relación con los empleados de los servicios sociales han generado un interlocutor omnipresente: el agente estatal –al margen de que el recurso puntual sea gestionado por el Estado, por la iglesia o por una empresa. Son los funcionarios que invocan la retórica de “la reinserción” quienes los han interpelado históricamente. A partir de una evaluación negativa de tal experiencia, interpretan su situación de calle como una elección. Pero dicha opción surge frente a la única alternativa posible: la vida en los albergues<sup>158</sup>. Como dijo un informante especialmente perspicaz, la calle pasa a ser concebida como un “alojamiento alternativo a los servicios sociales”.

*P: Y en esa primera semana en la calle, ¿te quedaste siempre en el mismo lugar?*

---

<sup>158</sup> Von Mahs realiza la misma observación: “lo primero que conocen, por lo general, son los albergues. Entonces esa experiencia negativa de los servicios los lleva a un rechazo general de todos los recursos. La ironía es que estos servicios son muy costosos en términos sociales y de financiación real: se trata de un caso de pésima gestión” (2005: 948).

*R: Es que no conocía nada, nada de nada. No sabía de los recursos sociales. Pero es que estuve unos cuatro meses viviendo en la calle, así con el poquito dinero que tenía, con un préstamo que otro, de un amigo que otro, con la ayuda de algún amigo. Hasta que me vio uno que hacía el servicio en un comedor. “Te vas ahí, a la santa casa, y hablas con el asistente social”. Y cuando he ido allí me he percatado que era una anciana, una persona traspasada por la realidad. Muy, muy, muy adicta a todo lo que era no la asistencia social, sino la caridad, y a mi no me gustó. Y ahí empecé con las fases de ánimo y desconfianza, de confianza y desconfianza. Ahí decidí marcharme a la calle, olvidarme de los albergues (Entrevista a Luciano, 3 de Agosto de 2004).*

No obstante, tras acompañarlos en sus recorridos cotidianos se torna posible verificar que el rechazo tajante no pasa de la esfera discursiva. Vivir en la calle implica que las necesidades básicas -como la higiene personal, alimentarse o conseguir indumentaria- resultan prácticamente imposibles de sobrellevar sin un mínimo de ayuda institucional. Si bien es cierto que se trata de un grupo que comparativamente posee poco contacto con los servicios sociales, es posible observar un masivo uso de las duchas públicas, un importante empleo de los roperos, una significativa merma en la utilización de los comedores, y un casi nulo aprovechamiento de los albergues. Como se mencionó anteriormente, los recursos que procuran ir más allá de la mera satisfacción de las necesidades primarias y que apuntan a “la reinserción” son los más evitados<sup>159</sup>. Por consiguiente, existe un patrón por el cual se recurre a los servicios que garantizan un uso instrumental e impersonal. Más aún: es posible plantear una diferencia de niveles en la estigmatización de los recursos, y que dicha graduación incide en las elecciones de las PSH. Así, los albergues son los espacios institucionales más denostados.

Aunque no siempre lo reconozcan, los recursos cumplen una función importante en la vida de muchas PSH. En buena medida estructuran su cotidianeidad. Como sostienen Rowe y Wolch (1990), las instituciones destinadas a las PSH inciden en el mantenimiento de la continuidad espacio-temporal al definir los recorridos diarios de las PSH, limitando la interacción social a dicho escenario. En primer lugar, las horas de tedio son más fáciles de sobrellevar

---

<sup>159</sup> De los integrantes de Ópera que recurren a los servicios sociales, todos se dirigen a los recursos que se encuentran más próximos a la plaza (ver Mapa de los Recursos en el Anexo 2). Algunos desayunan de vez en cuando en el comedor Ave María; durante el mediodía, el comedor más frecuentado es “Mesón de Paredes” –lo mencionan en función del nombre de la calle donde queda el recurso-, mientras que por la tarde suelen ir a “Misioneras de la caridad”. Con los roperos se da la excepción a la regla, pues muchos se trasladan hasta un sitio más distante para encontrar en la iglesia de Manuel Becerra “los sacos de dormir que más abrigan y las mejores mantas de todo Madrid”. Esta situación guarda relación con el frío nocturno, considerado como uno de los peores enemigos de las PSH. Asimismo, es necesario formular dos aclaraciones: parte del rechazo a los servicios que promueven determinados “programas de reinserción” se explica por la alta ingesta de alcohol que caracteriza al grupo que reside en plaza Ópera – así como con la negativa por afrontar tal problema. En segundo término, y a pesar de lo planteado anteriormente, cuando esta gente se refiere a los albergues suele mostrar preferencias por los recursos más pequeños por sobre los centros masificados.

disecionando el día con tareas puntuales: el comedor Ave María abre sus puertas a las 9 de la mañana, mientras que a las 16 horas se inicia la cola en Las Calcutas, etc. Además, durante la espera es posible conversar con otras personas, distraerse un poco, y ese no es un tema menor para quien pasa el día entero en la calle. A pesar de ello, es oportuno remarcar una objeción a este argumento: en las colas se generan trifulcas por ingresar al sitio, por lo cual el momento de espera conlleva una cierta tensión, cuando no un auténtico riesgo. Así, la gente de Ópera prefiere ir a los comedores en grupo o aunque más no sea acompañados por algún colega, y no tiende a mezclarse con desconocidos, algo que ocurre con otras PSH.

*Llego a las 17:45 a la puerta de la iglesia “Santa Hermandad del Refugio y Piedad” con el objetivo de encontrarme con Gonzalo. Está también Juan Manuel, de quien mi interlocutor luego opinaría que “esta loquísimo, no para de hablar”. Me cuenta una anécdota de este hombre, de cómo se peleó una vez con “un mongol” por un lugar en la cola del comedor. El “mongol” le terminó partiendo la cara de un cabezazo (...) La táctica de Gonzalo es la de permanecer en un segundo plano, mantenerse al margen de todo lo que ocurra. No busca número, ni tiene una tarjeta. Gonzalo sabe que los problemas se crean en las colas, y por ello intenta evitarlas. Me explica que prefiere estar sólo, no relacionarse con la gente. (...) Comienzan a abrirse las puertas y se generan los primeros empujones. Son muchos los que se cuelan, alguno que otro protesta. El portero debe poner orden: lo hace a los gritos y recurriendo a las amenazas. No pasa nada grave, pero siento bastante violencia latente (14 de Octubre de 2004).*

Por otra parte, los integrantes del grupo de Ópera no poseen tarjeta de los comedores. Es decir, todos los días deben realizar una cola para obtener un número, lo cual demuestra hasta que punto su opción por aproximarse a un comedor es circunstancial<sup>160</sup>. Pero, tratándose de gente tan reacia a vincularse con los servicios sociales, ¿cómo logran adaptarse y subsistir en un contexto tan limitante como es la calle? La respuesta está en las redes territoriales que estos hombres han entablado en el barrio. Es en dicho espacio donde los integrantes de plaza Ópera pasan la mayor parte de su tiempo.

## **2. El arraigo territorial: las relaciones con los vecinos del barrio**

El trabajo de campo etnográfico con PSH lleva a cuestionar los supuestos que explican a la exclusión como un aislamiento social radical. Las perspectivas clásicas sobre la desafiliación poseen un límite intrínseco: parten de una visión institucional de las relaciones comunitarias, centran su atención en las organizaciones sociales más clásicas. En distintos artículos, Bahr (1967; y Caplow, 1968) se preocupa por medir el nivel de afiliación de los habitantes de los

---

<sup>160</sup> El ingreso a los comedores sociales está regulado por tarjetas o números. Las primeras son para los usuarios estables, quienes tienen derecho a alimentarse en el sitio durante una semana o un mes –luego deben gestionar una nueva tarjeta. Los números, como se mencionó en el capítulo 4, se otorgan cada día.



*Skid Rows* para luego compararlos con otros grupos poblacionales. Los parámetros que le permiten realizar tales mediciones consisten en el nivel de contacto que el sujeto tiene en un período de tiempo con instituciones puntuales: la familia, el mercado de trabajo, iglesias, asociaciones recreativas y sindicatos. Preocupados por la conexión que las PSH sostienen con las instituciones tradicionales, los enfoques de la desafiliación olvidaron las potenciales alternativas de reafiliación que se generan en el contexto de calle. Preguntándose por la desconexión, se silenciaron las formas en que los *homeless* reconstituyen sus lazos sociales, así como las dimensiones geográficas en que se desarrollan tales vínculos (Rowe y Wolch, 1990).

Es cierto que, como se sostuvo en el capítulo 4, es en el barrio donde se refuerzan los estigmas que generan una sensación de distancia social en las PSH. Los comportamientos hostiles de los transeúntes y vecinos de la zona hacia quienes residen en la vía pública pueden expresarse de diversos modos, con distintos grados de agresividad o indiferencia. La violencia explícita, por lo general nocturna contra quien se encuentra durmiendo en la vía pública, es la modalidad más radical de desprecio. No obstante, son más corrientes otras formas más sutiles de rechazo hacia las PSH. Hay miradas, palabras o gestos, que pueden ser aún más dolorosas que una paliza. En el siguiente cuaderno de campo, una pareja de subsaharianos se refieren a cómo, día a día, la gente ignora su presencia. Su dolor y estigma reside en su doble situación de invisibilidad: la del inmigrante y la del sin hogar.

*Ibrahim intenta animarla. Sus ojos brillan cuando me dice que “ella no quiere vivir más, me lo dice todos los días, ¿qué puedo hacer yo?”. Me cuenta que nadie les habla, que todos los ignoran. Están siempre entre ellos, a lo sumo de vez en cuando se juntan con otro africano que también resida en el Centro de Acogida. Ibrahim señala que es imposible hacer una vida mínimamente normal sin dinero “ni para comprar tabaco”. Mientras habla, tengo la sensación de estar viviendo parte de la discriminación a la que se refiere: dos personas que se encuentran tomando unas cervezas en la barra, a pocos metros de distancia, nos miran y se ríen sin disimular. Pero Ibrahim describe la discriminación que padece como algo más pasivo, como una forma de ignorar su presencia antes que como una agresión. En tal sentido, Ibrahim es el fantasma perfecto; parecería como si existiese un acuerdo tácito por ignorar su presencia (10 de Noviembre de 2004).*

Es preciso tener presente que Ópera se ubica en el centro de la ciudad; como se sostuvo en el capítulo 2, se trata de un espacio que supone una mayor distancia con los vecinos respecto de las dinámicas que se generan en otros barrios de la ciudad. De hecho, la mayor parte de la gente que se mueve por la zona no reside en el centro. Al dedicar un análisis sobre las relaciones que se establecen con los vecinos del barrio, es necesario aclarar que la situación más corriente es el desconocimiento mutuo, que no exista trato alguno. Más aún: Ópera parece ha sido diseñada

como un espacio de tránsito y no como un sitio donde permanecer. En definitiva, la accesibilidad física no siempre garantiza contacto social (Martínez Pérez, 1997).

La distancia entre las PSH y los vecinos o transeúntes se expresa con particular vehemencia en determinados contextos. La ocupación de los bancos de la plaza es uno de ellos.

*Pretendo averiguar un poco más sobre los vecinos. Me responde que por lo general no los miran con mala cara. Pero admite que suelen generarse pequeños problemas con las ancianas, quienes muchas veces se quejan en voz alta -dejándose oír pero nunca hablando directamente con ellos. Tales lamentos son del tipo: “dónde nos sentamos”. Las mujeres no quieren compartir el mismo asiento, pretenden tener el banco a su entera disposición, o compartirlo con gente “decente”. Por el contrario, los homeless optan por ignorar tales comentarios (Entrevista a Mariano, 18 de Junio de 2005).*

La negativa a compartir un mismo espacio ejemplifica el concepto de estigma, en tanto miedo a la contaminación (Goffman, 2001). El contacto estrecho con quienes son considerados como seres marginales “encierra el peligro de la infección anómica: el o ella pueden resultar sospechosos de infringir aquellas normas simplemente por tener alguna relación con los miembros del grupo marginado. En consecuencia, un *insider* que tiene trato con unos marginados corre el peligro de perder estatus en su propio grupo establecido” (Elias, 1998a: 95). Por otra parte, las PSH pueden explicar dicha distancia como una consecuencia lógica de la diferencia de clases que los separa de los residentes de una zona de alto estatus.

*P: ¿Y cuál es la relación que tienes con los vecinos de la zona?*

*R: Yo... ni mala ni buena, porque no conozco casi a ningún vecino. Además ellos procuran esquivarnos. ¡Claro! (...) Bueno no, no, hay una señora que no me esquiva, otro tampoco me esquiva, pero las personas que viven aquí son gente de mucho... me refiero a que artificialmente, son gente de mucha clase. Fíjate el sitio donde es, aquí hay abogados, jueces, yo no sé lo que habrá. Uno de los bloques de allí lo tiene la Geraldine Chaplin, todo el bloque es de ella (Entrevista a Sebastián, 17 de Abril de 2006)<sup>161</sup>.*

Como sostiene Martínez Pérez (1997: 169) “cuando las actividades de las personas se desarrollan a la vista de todos (...) ocurre el fenómeno que conocemos como control social”. La red de vecinos suele ser la encargada de fiscalizar el territorio y erigirse como el garante de las buenas costumbres. Es a través de estas redes donde circulan y se reprueban una serie de

---

<sup>161</sup> Por lo general, los lazos más próximos que las PSH han establecido en el barrio suelen circunscribirse a los vecinos que también provienen de los sectores populares. Recordemos que el 36% de los habitantes del centro de Madrid alquilan los pisos donde viven –un porcentaje muy superior a la media de la ciudad. Además, la renta per cápita de dichos inquilinos es muy inferior al promedio madrileño. En definitiva, el perfil socioeconómico contradice el supuesto que nos lleva a pensar que todo aquel que vive en el centro e la ciudad pertenece a las clases acomodadas (El País, 8 de Enero de 2006).

imágenes asociadas con el estigma de vivir en la calle. En particular, me refiero a la mendicidad, al orden y la limpieza, a beber y demás conductas clasificadas como indebidas con relación al uso del espacio público. Las PSH no forman parte de un mundo paralelo, sino que se encuentran atravesados por tales estereotipos. Buscando preservar su dignidad y autoestima, suelen elaborar discursos donde se diferencian de los demás *homeless*. Así, muchas PSH asocian la hostilidad o indiferencia deliberada de ciertos vecinos con el “comportamiento indebido” de sus compañeros de desventura.

*Y claro ya, broncas por las noches, faltándole a la gente, insultándola, porque muchos piden, y si no le dan nada se meten con ella. Y eso no es así, porque si te dan es porque quieren, no están obligados a... nadie, nadie esta obligado a nada. Y después claro, si ve que te dan algo, y resulta que termina entrando a la tienda a continuación, delante de la señora, a comprar un cartón de vino... pues no. Se puede hacer, pero con picardía. Cuando se ha ido ella, pues ya está. Si cuando vosotros traéis los bocadillos, la mayoría cargan y después los tiran a las papeleras, que es lo que te decía antes. Entonces claro, los bocadillos, que quieres dos, pues cómete los dos. No hacer el tonto (Entrevista a Bruno, 7 de Octubre de 2004).*

Como vimos en el capítulo 4, uno de los argumentos más esgrimidos por los vecinos en su rechazo hacia los *homeless* consiste en la suciedad, en que con su presencia la zona “queda hecha una mugre”. Es significativo que la limpieza y el orden del área sea una obsesión para muchas PSH que adoptan pautas sedentarias, un elemento recurrente en los relatos sobre cómo sostener unas relaciones barriales correctas. En el capítulo 5 este tipo de discursos fueron asociados con la dignidad personal. Aquí se resalta otro aspecto de no menor importancia: conservar limpio el espacio público es condición necesaria, aunque no suficiente, para permanecer en el sitio sin ser sujeto a los trasladados policiales. La gente de Ópera sabe que, si desea continuar pernoctando en las puertas del Teatro Real, deben dejar dicha fachada impecable. Lo mismo ocurre con la plaza.

*P: ¿Cómo es la relación con los vecinos?, ¿con la gente que vive en la zona?*

*R: Bueno, la gente que vive alrededor, si ve que la zona está limpia, está bien... hay personas que son muy amables y saludan, a veces apoyan con un bocadillo, apoyan con lo que pueden, ¿no? Pero normalmente tiran un poco a reacios, a que les ocupen esta zona. Pero nosotros lo que hacemos es que procuramos tener todo limpio, recogido, para que la gente no proteste. Por que sino llaman a comisarias, llaman a un policía, a la comisaría, a la policía municipal, y te vienen y te quitan todo (Entrevista a Lionel, 15 de Marzo de 2005).*

Probablemente, el factor que más se reitera en sus discursos es “la imagen lamentable de alcoholismo que las demás PSH” –por lo general el sujeto no se incluye en dicha categoría– brindan a quienes viven en los edificios de la zona.

*P: ¿Cuál es la relación que tienen con los vecinos del barrio?*

*R: Mientras no hay jaleo ni nada, bien. Yo no tengo nunca pegas con nadie. A mí nunca nadie me ha mirado así, mal, porque yo me haya metido con alguien ni nada. Al contrario, a mí me saludan, ha habido mañanas que hasta me han dado pa' café. Otra gente a lo mejor te mira por encima. Eso también por los motivos que tú les das. Por ahí hay gente aquí que está todo el día borracha y ya la gente no los miran más. ¿Por qué? Por que se meten con ellos. Pero la gente que como yo, que por las circunstancias que sean están en la calle pero no beben, si no se meten con nadie y estas bien, pues no tienes por qué molestar a nadie (Entrevista a Diego, 21 de Diciembre de 2005).*

No obstante, en tanto espacio público, la calle supone la posibilidad de comunicarse, un sitio de encuentro. En tal sentido, “la cercanía física es de una importancia evidente: a mayor vecindad, mayor interacción social y mayores oportunidades de intercambio” (Lomnitz, 1975: 28). La ayuda de los vecinos resulta fundamental incluso para más de una persona que se mueve de forma solitaria, o en quienes padecen de problemas de salud mental pero han adquirido pautas sedentarias. En definitiva, “la presencia constante en un terreno genera lazos regulares que a su vez implican recursos materiales y morales (...) Ser visible es particularmente importante para quienes escapan de los servicios sociales” (Quaglia, 2005: 123). Así lo refleja el siguiente cuaderno de campo, donde acompañé a un trabajador social en sus recorridos por Madrid.

*Nos acercamos a Rubén. La trabajadora social me comenta que este hombre tiene severos problemas de salud mental. Me llama la atención el espacio que ocupa de la vía pública: unos cinco metros de vereda. A la cama con sus respectivas mantas se agregan numerosas bolsas, diversas cajas de cartón, libros, periódicos y demás objetos. Me impresiona enterarme que este hombre duerme allí también en invierno, pese al frío. Parece ser que los vecinos lo ayudan constantemente. La trabajadora social me cuenta que en más de una ocasión llegó y encontró al hombre comiendo un plato de comida caliente que le había bajado algún vecino (17 de Septiembre de 2004).*

Rowe y Wolch proporcionan un modelo de análisis sobre las redes sociales: “cada interacción social de un individuo incluye a un conjunto finito de gente, el cual es definido como su red social (...) Una red social también puede ser entendida como un mapa espacial y temporal de interacciones sociales repetidas. Estas interacciones recurrentes ocurren en el curso del recorrido cotidiano de un individuo a través del espacio y del tiempo, los cuales dan forma y son conformados por las redes sociales” (1990: 188). En el caso de quienes disfrutan de un domicilio, las redes primarias se constituyen a partir de las relaciones que el individuo genera en los ámbitos donde pasa la mayor parte de su tiempo: en el hogar con su familia, en el empleo con sus compañeros de trabajo, etc. Vivir en la calle afecta el tipo de conexión que el sujeto establece con sus redes primarias, pero ello no implica asumir que el sinhogarismo equivalga al aislamiento social. Por el contrario, el *homeless* se ve forzado a conseguir recursos dependiendo de las instituciones sociales y del espacio público, lo cual conlleva a que sus redes difieran en

cuanto a la composición y organización social respecto de las redes de quienes poseen un hogar (Ibídem). No obstante, para sobrellevar la situación de calle es preciso conectarse con otra gente (Cabrera, 1998; Rosenthal, 1994; Snow y Anderson, 1993; etc.). Sólo así se torna posible obtener los recursos materiales que permiten la subsistencia básica. A su vez, y a pesar de lo sostenido por muchos teóricos de la desafiliación, las PSH no forman parte de un mundo social paralelo. Por el contrario, la formación de redes trasciende lo material, implica una táctica emotiva que apunta a conectarse con quienes disfrutan de un domicilio. La necesidad de ampliar el círculo de sociabilidad, más allá del vínculo que los une con otros *homeless*, debe ser comprendida como un esfuerzo por lograr cierta sensación de “normalidad”, de inclusión en las dinámicas barriales. Sólo así el sujeto logra soportar emocionalmente el estigma de encontrarse residiendo en la vía pública.

Son numerosos los ejemplos que demuestran como los miembros de Ópera han conformado una serie de redes enraizadas en el territorio. Tal es así que, al igual que ocurrió con las PSH, con el paso del tiempo comencé a ligar los rostros de nueve vecinos con una identidad e historia de vida: Andrés vive en un edificio de la calle Arenal que da a la plaza, Juanjo es quien suele llegar por las noches con ropa, Antonio es el dueño del bar “El Trébol”, las mujeres que sacan a pasear a sus perritos por Ópera se llaman Gloria y Matilde, etc. Como comienza a esbozarse en este capítulo, estaríamos faltando a la verdad si considerásemos a dichos *homeless* como personas “altamente atomizadas y desconectados respecto de las estructuras sociales. Muchas PSH están conectadas de modo activo con redes, más allá de que tales redes posean una estructura diferente a las que se afilian los individuos domiciliados” (Snow y Anderson 1993: 318)<sup>162</sup>. El nivel de éxito con el que estos hombres han entablado redes barriales varía de acuerdo a factores como el tiempo de estadía en la calle –cuanto más larga es la estadía hay mayores posibilidades de establecer redes–, el grado de movilidad de la persona –como se mencionó en el capítulo 5, los *homeless* que adoptan patrones sedentarios dependen más de las

---

<sup>162</sup> Un dato sobre la conformación de redes barriales: en la investigación realizada por Muñoz (*et al.*, 2003), al preguntar a quién recurriría en caso de enfermedad, los vecinos ocuparon el segundo puesto con el 10% de las respuestas. Asimismo, Cohen (*et al.*, 1988) analiza cómo se relacionan las tácticas de subsistencia y los vínculos sociales de los ancianos que habitan en el *Skid Row* de Nueva York. A modo complementario, compara las relaciones sociales de tales individuos con los de los ancianos de la comunidad domiciliada. La primera conclusión a la que llega es que si bien las redes de las PSH suelen ser más pequeñas, este obstáculo se suple gracias a la mayor frecuencia con la que ven a sus conocidos –prácticamente el doble de lo que lo hacen los demás ancianos. En tal sentido, la cercanía física juega un papel fundamental, pues es a los vecinos y empleados que trabajan en el barrio a quienes las PSH recurren cotidianamente. En segunda instancia, los *homeless* se mueven en un mundo social más reducido –la comunidad domiciliada posee dos o tres cadenas de conocidos, mientras que en el caso de las PSH las cadenas se reducen a uno o dos ámbitos. No obstante, sus cadenas se caracterizan por ser más largas que la de los ancianos de la comunidad domiciliada, incluyendo a más personas en cada cadena.

relaciones barriales respecto de quienes constantemente cambian de sitio-, el tipo de ayudas familiares o de amistades de las que disponen –cuando se cuenta con un apoyo familiar sólido no se torna tan imprescindible generar lazos barriales-, etc.

Por otra parte, sus redes no están construidas al azar, sino dentro de un contexto social específico: la calle (Rosenthal, 1994). Por consiguiente, sus afiliaciones “son frágiles, se ven obstaculizadas por diferentes necesidades, como la competición por los recursos, el atractivo del escape individual, el proceso de etiquetación y el miedo al estigma, las divisiones sociales (...) y frecuentemente los límites espaciales” (Ibídem: 93). Así, por lo general sus redes se ven empobrecidas, tanto en términos de bienes materiales como de número de gente dispuesta a compartir con ellos los recursos. Pero “mientras el contexto estructural de sus vidas hace difícil sostener las afiliaciones, el deseo de mantener o crear relaciones no se ha extinguido como suele sugerirse” (Ibídem: 93). La tensión latente entre los deseos de establecer vínculos y los límites intrínsecos asociados con la vida en la calle conllevan a que las redes de las PSH varíen enormemente en cuanto a calidad –en función de proveer ayuda emocional-, cantidad –¿cuánto apoyo emocional recibe?, ¿qué tan frecuentemente ve a sus amigos o familiares?-, multiplicidad –¿el amigo o familiar provee sólo apoyo material o también compañía?-, y simetría –¿ambas partes intercambian un valor equivalente de ayuda? (Ibídem).

Bruno es con toda seguridad quien posee mayores ayudas en la plaza. Esta situación se explica, en primer lugar, por ser una de las personas con más antigüedad en los alrededores –lleva 16 años en Ópera-; en segundo lugar, su discapacidad física le impide trasladarse a otras zonas, lo ha forzado a entablar contactos en el barrio, así como probablemente haya generado una mayor compasión entre los vecinos.

*Veo llegar Andrés, el vecino de enfrente de la plaza. Aprovecho para preguntarle por Bruno. Me cuenta que estuvo durmiendo en la plaza esta semana, pero que se marchó a Guadalajara a la casa de un familiar. Cuando le insinúo que son muy amigos, Andrés me responde que no es así, pero que tienen una buena relación. Me explica que le da pena por su pierna –sufrió de poliomielitis siendo niño- y entonces le permite bañarse y lavar la ropa en su casa (21 de Abril de 2005).*

Aproximadamente una noche por semana llega Juanjo con su automóvil cargado de indumentaria y comida. Pero los favores de este antiguo vecino del barrio no se limitan al plano material; por el contrario, este hombre fue una figura importante a la hora de lograr que uno de los integrantes de la plaza tuviese un funeral digno.

*Al día siguiente, o sea por la noche, vino mi amiguete. No se si lo conocerás, un tal Juanjo que viene con el coche que nos trae, no es Solidario pero como si lo fuera, nos trae ropa, nos trae bollos, a mí me trae muchos juguetes para mis nietos, y tenía mucha amistad con él. Y me dice: “Nicolás, ¿que me han dicho que Antonio ha muerto!” (...) empezó a llorar porque le quería mucho, dice “¿me quieres hacer un favor?”. Me dice: “mira te doy 20 euros y le compras claveles blancos”. Le digo “ya está hecho Juanjo. Tú no te preocupes”. Me fui a la floristería que hay un poquito más para arriba, le compré los claveles blancos y seis rosas más, que le regalé yo (Entrevista al Duque, 18 de Noviembre de 2004).*

Carlos se gana la vida tocando la guitarra en la vía pública. En determinadas épocas del año se ubica justo frente al portal donde duermen el Duque y sus circunstanciales compañeros. Así, entre tales hombres se ha conformado un vínculo que, si bien sería exagerado calificar como amistad, seguramente podría ser descrito como de simpatía mutua. También puede ocurrir que sea algún vecino quien cuide de una PSH enferma.

*Justo antes de marcharnos hacia los Jardines de Oriente, Lionel nos dice que se siente muy mal, no sólo le duelen los brazos, sino que tiene unos retorcijones estomacales tremendos, que apenas puede ponerse en pie. Agrega que lleva 15 días sin comer prácticamente, que todo lo que ingiere termina vomitándolo. Hoy solamente tomó un caldo que le trajo Gloria –la vecina que lleva todo los días a pasear a su perro por la plaza-, quien todos los días le está cocinando una sopa o algo liviano (4 de Julio de 2005).*

A veces, los vecinos implican otro tipo de beneficios. Ricardo se codea con mucha gente en la zona, pues lleva más de una década en Ópera. Conversando con un vecino, logró conseguirle un trabajo como empleada doméstica a su actual pareja –una mujer recién llegada de Bulgaria, a quien conoció en los asientos de la plaza. Tal vez la imagen más característica de las relaciones barriales consista en las conversaciones que las PSH tienen con los jubilados que, como ellos mismos, pasan horas en los bancos de la plaza. Estos ancianos disponen de mucho tiempo, y es frecuente que se sientan solos y aburridos.

*Mariano saluda efusivamente a un vecino de la zona diciéndole “¿que hay abuelo!”. Se trata de un hombre muy anciano, a quien Mariano parece conocer de hace tiempo. El viejo se sienta en el banco donde nos encontramos y le pide a Mariano un poco de tabaco, incluso solicita que le arme un cigarro, pues él no sabe hacerlo. Mientras el sin techo cumple su tarea, el anciano le promete invitarlo a almorzar “un día de estos”. Es evidente que el anciano vino a la plaza a conversar un rato con algún conocido (23 de Marzo de 2007).*

Los vecinos que pasean a sus mascotas por la zona son el segundo grupo con mayores posibilidades de entablar una relación con las PSH.

*A un joven se le escapa el perro, quien termina olfateando las mantas y objetos de las PSH.*

*Antonio le dice al muchacho: “no tengas miedo, que aquí queremos a los animales más que a las personas”. El joven responde que lo sabe, que es vecino y ya los conoce. Juancho confirma lo que dice el joven, pero reconoce al perro, no así al muchacho (2 de Mayo de 2006).*

La situación de las personas que ejercen la mendicidad, o venden los objetos que rescatan de la basura en puntos fijos de la ciudad, merece un análisis aparte. Tal como sostiene Martínez Pérez (1997: 160) “una de las simplificaciones que de forma generalizada encontramos en la literatura sobre redes, es que la mayoría de los autores no incluyen en sus análisis las relaciones basadas en el conocerse de vista”. Y sin embargo, “el usuario del espacio urbano es casi siempre un transeúnte, alguien que no está allí sino de paso” (Delgado, 1999: 35). No obstante, si no somos capaces de seguir la propuesta de Simmel (1986) de capturar lo fugaz en el espacio público, las situaciones o relaciones de tránsito entre quienes no se conocen o apenas se conocen, nos perderemos buena parte de las interacciones diarias de las PSH. De hecho, los *homeless* habitualmente adoptan el mecanismo de conocer de vista a determinados transeúntes para hacerse con una clientela. A pesar de no manejar información vital de estas personas, logran desarrollar una relación cordial.

Además, en ocasiones puntuales el vínculo puede trascender la dimensión monetaria: ya sea porque la ayuda se traduce en otro tipo de recursos –me ha tocado constatar cómo el apoyo se materializa en la entrega de indumentaria, comida para el perro de la PSH, una revisión médica gratuita cuando el “benefactor” ejerce tal profesión, etc.-, o porque con el transcurrir temporal ambas personas profundizaron su relación. En tales casos, la PSH define su actividad en términos similares a los de un trabajo (Rowe y Wolch, 1990). Esto es así no sólo por el beneficio económico que obtiene, sino también por emular el tipo de relaciones sociales que se generan en dichos ámbitos. Para poder ser identificado y sostener la relación, es necesario repetir una rutina (Muñoz *et al.*, 2003). Rowe y Wolch (1990) sostienen que las actividades asociadas con un espacio fijo, como por ejemplo la mendicidad, reemplazan las redes que se conforman en los ámbitos laborales. A partir de entonces, muchas de los contactos cotidianos ocurren bajo tal contexto. Al fijar las interacciones con la comunidad domiciliada en un tiempo y espacio concreto, la PSH experimenta cierta sensación de “normalidad”. La importancia de la rutina, en tanto repetición de las prácticas, reside en la percepción que genera en el sujeto la continuidad espacio-temporal de los recorridos rutinarios (Wolch *et al.*, 1993). De tal manera, quienes ejercen la mendicidad explican que se sienten incómodos cuando no pueden acudir a los sitios donde realizan sus tareas, pues sus “clientes” pueden preocuparse ante su ausencia.



*Solo voy los domingos, porque a la iglesia que yo voy... empecé a ir a principios de estar en la calle, hace años ya. Entonces, para ayudarme un poco más y porque la clientela, como yo digo, pues si no vas se preocupan. Porque ahora el compañero que estaba conmigo, creo que ha muerto, porque estaba muy mal y hace tiempo que no va. Entonces, cuando falta alguien se preocupan (Entrevista a Mariano, 18 de Junio de 2005).*

Dentro de las categorías de “clientes”, es posible mencionar también a los curas de determinadas iglesias -quienes por lo general predicán en las parroquias donde la PSH mendiga. Por otra parte, las relaciones barriales no se reducen a quienes residen en los edificios aledaños. Como sostiene Rosenthal (1994: 78), “debido a que “la sociedad controla la mayoría de los recursos que las PSH necesitan para sobrevivir, muchos *homeless* sobrellevan su situación manteniendo las conexiones con empleadores, comerciantes, trabajadores sociales, etc. (...) las PSH se esfuerzan por preservar o crear redes de recursos emocionales tanto como de recursos materiales, las cuales suelen sobreponerse”. Desde ya que mantener estas redes supone una cierta habilidad social. De tal manera, diversos empleados del Ayuntamiento de Madrid ocupan un lugar importante en la cotidianidad de las PSH que viven en las inmediaciones de la plaza Isabel II. La relación con los barrenderos y jardineros que trabajan en la zona es ambigua. Como se comentó en capítulos anteriores, las PSH suelen protestar señalando que tales empleados municipales son los responsables de las pérdidas de sus pertenencias. Quienes residen en Ópera esconden sus bienes entre los arbustos de los Jardines Reales, dentro de las alcantarillas de la plaza. Por consiguiente, para los *homeless* es fundamental lograr fundar un vínculo sólido con dichos trabajadores. Los barrenderos con los que han logrado entablar una relación estrecha desoyen las directivas de sus superiores, distinguen las pertenencias de las PSH –sin confundirlas con la basura-, y respetan los cartones, mantas y demás objetos que encuentran.

*Otra es que llegues esta noche ahí al árbol y no tenga manta, no tenga nada, que los barrenderos te lo han sacado todo del árbol, eso me ha pasado muchas veces (...) ahora mismo tengo uno que es sudamericano, y tengo amistad con él. Ya llevo dos o tres meses que no me toca nada. Pero antes... cada dos por tres llegabas, y nada, ya no tengo nada, ni cartones, ni manta, ni saco, ni nada. Entonces un día llegue, tengo amistad con él, “¿chico que haces?”. Dice “sacando esto”. “Que esto es mío”. Y desde entonces no me lo ha vuelto a tocar, o sea que... pero hay uno ahí, que es como el encargado. Es un enano, “el enano cabrón” que le llamamos, y ese es que pasa y dice “a limpiar”, y saca todo. Saca todos los días todo. Como le entre la vena, cada día coge una zona, y ahora lleva una temporada que no está por aquí (Entrevista a Ricardo, 28 de Noviembre de 2005).*

Casi todos los miembros del grupo duermen en los diversos soportales del Teatro Real cuya fachada mira hacia la plaza Isabel II. En líneas generales, las PSH han establecido un pacto implícito con los empleados de seguridad: deben instalar sus cartones y recostarse cuando

termina la función, así como despertarse relativamente temprano y despejar la zona de cartones y objetos personales. A cambio, los empleados de seguridad les permiten dormir en la fachada del Teatro. Por sobre todas las cosas, la presencia de los vigilantes garantiza una cierta protección en caso de ataques nocturnos –al respecto, ver el capítulo 8.

*Es tarde y al llegar a la fachada del Teatro Real Pedro y Lionel, junto a una serie de bultos que no logro distinguir, ya están durmiendo. Me quedo conversando con Chema y alguna que otra persona que permanece despierta. Unos minutos después pasa un empleado de seguridad del Teatro, saluda por su nombre a quienes continúan desvelados, y luego sigue con su ronda. Entonces Chema realiza uno de sus comentarios característicos: “tiene que adaptarse a nosotros, como nosotros a ellos. No le queda otra, es que somos muchos. Si echa a unos vendrán otros. Nuestra fuerza es el número. Es la leche” (13 de Marzo de 2006).*

Prácticamente todos afirman sin titubear que tienen una muy buena relación con la policía que controla los alrededores. Los integrantes de Ópera plantean con cierto orgullo que únicamente les piden documentos los policías que son nuevos en la zona, y que los veteranos entonces les explican a sus compañeros que quienes allí duermen son de fiar. La presencia policial proporciona una sensación de protección, algo fundamental para quien duerme en la vía pública –especialmente cuando se han pasado los 60 años y las fuerzas no son las mismas que las de un joven. Pero además, el discurso positivo que las PSH expresan respecto de las fuerzas del orden público, es otro ejemplo de cómo esta gente se esfuerza por preservar su propia dignidad. Es por ello que son recurrentes las frases del tipo “yo no tengo nada que temer, pues estoy limpio”.

*P: ¿Con la policía tienen buena relación?*

*R: También, como ya nos conocen... a lo mejor pasan y ven uno raro y le piden el carné. El otro día concretamente vinieron un hombre y una mujer policía y había dos moros ahí, y le pidieron el carné. Y ya vino ella hacia nosotros, era nueva: “vosotros, a ver los carnés”. Dice “no, no, a estos déjalos. Estos son conocidos”. Entonces a nosotros ya ni nos lo piden, si ven a alguno que no... pero con nosotros pasan sin problemas (...) además yo no tengo nada contra la ley, no tengo nada que esconder, por lo tanto no tengo ningún riesgo ni nada. Pero a nosotros ya nos conocía la policía, porque parábamos todo el tiempo ahí. Y hasta “buenos días”, y saludarnos mutuamente, porque sabían que nosotros no éramos ningunos delincuentes de ninguna clase. Éramos un poco borrachines, pero no delincuentes. Delincuentes es de hacer daño (Entrevista a Sebastián, 17 de Abril de 2006).*

La Plaza Isabel II se encuentra conectada con el resto de la ciudad a través de una parada de metro y una serie de líneas de autobuses. Varias de estas líneas inician sus recorridos en la plaza, lo cual implica que antes de iniciar un viaje algunos conductores se toman un tiempo para conversar con quienes allí residen. En más de una ocasión presencié como determinado empleado llamaba a las PSH por sus apodos o preguntaba por algún tema puntual –si el Jirafa

continuaba en el Centro de Acogida, si ya habían operado al Duque, etc.-, demostrando tener un diálogo cotidiano con las PSH de Ópera. Así, los empleados de estos medios de transporte se convierten en un apoyo importante en invierno, ofreciendo a los *homeless* dar vueltas de forma gratuita y guarecerse simultáneamente del clima. También es importante la posibilidad de distraerse recorriendo la ciudad en autobús y combatir el tedio habitual de pasar el día entero en la plaza.

*La ruta de la ONG comienza a las 21.45 en el banco este de la Plaza Isabel II. Allí encontramos al “Siesta”, a Juancho, y a un mecánico de una de las líneas de buses que inician su recorrido en la plaza. Este hombre me confirma lo que me contó Bruno: efectivamente los llevan a pasear en el bus sin cobrarles boleto, sobre todo los días de lluvia o mucho frío (21 de Noviembre de 2005).*

En épocas puntuales del calendario, durante las pascuas o las fiestas de fin de año, un mercado de artesanías se instala en medio de la plaza. Entonces las relaciones se amplían, las posibilidades de conversar y conseguir beneficios materiales se multiplican. Pude verificar como Bruno obtenía dinero por parte de los diferentes artesanos que atienden los puestos al finalizar la jornada.

*Posteriormente me cuenta del “Indio”, el dueño de las tiendas que de vez en cuando se ubican en medio de la plaza formando un mercado. Bruno se enorgullece de su relación con este hombre, de cómo el Indio limita sólo en él sus ayudas. Me explica que solía dar vueltas por las tiendas, y que de los diferentes puestos se llevaba hasta 50 euros por día. Pero todo finalizó cuando el resto comenzó a imitarlo, algo que aún irrita a Bruno (6 de Junio de 2005).*

Algunos porteros de los edificios que rodean la plaza pueden ser una fuente de ayuda, o por lo menos constituyen la posibilidad de entablar una conversación trivial pero que supone un sentimiento de inclusión en la dinámica barrial. Hasta hace poco, en la zona norte de la plaza se localizaba un expendedor de gasolina. Sebastián organizaba su día buscando compañía, pasaba las mañanas dialogando con el empleado que allí se desempeñaba. La dinámica de la plaza también se ha visto alterada en momentos puntuales, como cuando hace unos años se realizó una reforma que derivó en su diseño actual. Quienes vivieron tal época, recuerdan los beneficios que obtuvieron de los obreros y empleados a cargo de dichas reformas.

*P: ¿Y en el momento que se hizo la construcción, vos estabas?*

*R: Dormías dentro... cuando estaban construyéndola había unas vallas. Lo que es la reja esta, la valla, ahí había unas vallas altas, y nosotros dormíamos dentro, ahí estábamos mas protegidos.*

*P: ¿Y los dejaban dormir?*

*R: Si, al contrario, les vigilábamos las herramientas y ahí no faltaba nunca nada. Y estábamos ahí. Nos invitaban luego con algo (Entrevista a Mariano, 18 de Junio de 2005).*

Durante los meses de calor, en el extremo sureste de la plaza se instala un Kiosco que vende refrescos. Sus dueños llevan más de un lustro en la zona, por lo cual han establecido una relación profunda con muchas PSH. Uno de los actuales empleados es Bernardo, un hombre que vivió muchos años en la plaza Isabel II y que conoció a sus jefes en tal contexto. Pero las ayudas a Bernardo no se limitaron a proporcionarle un trabajo. Sus empleadores incluso le consiguieron el sitio donde, hasta el día de hoy, continúa viviendo. Por otra parte, es muy común ver a varias personas del grupo girar como satélites alrededor del espacio que ocupa el kiosco en los períodos que se encuentra abierto. Dicha situación se explica por los lazos de amistad que los unen con los dueños y empleados del local, pero también por la serie de reciprocidades que entre ellos se generan.

*Con Juancho, converso sobre el kiosco que da a la plaza. Es evidente que conoce muy bien sus movimientos: me informa que el dos de noviembre cerrará, que lo desmontan y luego se lo llevan con una grúa. Dice que es un negocio que deja buen dinero, y llega a incluirse como integrante del mismo -lo cual denota la confianza que tiene con los dueños del local-: “no sabes cómo hemos vendido en el verano, ¡hasta 37 cajas de agua en un día!”. Por lo que cuenta, parece ser que Juancho les dio una mano a los propietarios en tales días particularmente ajetreados. A cambio, recibe una retribución en metálico más la posibilidad de consumir alguno de los productos del kiosco (29 de Octubre de 2006).*

Los miembros de la plaza Isabel II conocen todos los almacenes de la zona. Por lo general, los comerciantes desconfían de esta gente. Al respecto, Rosenthal (1994) opina que el principal obstáculo que limita las posibilidades de intercambiar pasa por la incapacidad de reciprocitar. “Teniendo en cuenta que la afiliación supone reciprocidad, mantener las redes con la gente con hogar resulta problemático. Las PSH poseen pocos recursos materiales, pero el problema es más profundo; implica la sospecha por parte de la gente con hogar de que los *homeless* poseen poco de valor para intercambiar. El peligro percibido de un intercambio desigual es mayor cuando el lazo es formal o su naturaleza es de mercado” (Ibíd.: 78). Este antropólogo alude al estigma, a la condición de sin hogar como una etiqueta que el individuo lleva en su frente y que motiva la desconfianza. De tal manera, las interacciones entre las PSH y los comerciantes suelen estar “filtradas por las sospechas: van a robar en vez de comprar, gastarán poco respecto del problema que crean por ser asociados con su negocio -asustan a otros compradores-, etc.” (Ibíd.: 78). Pero cuando la PSH logra generar una cierta confianza con el empleado que atiende el local, entonces obtienen un elemento fundamental para su precaria economía: crédito, vivir de fiado.

*Todos se preguntan por qué el bar “El Trébol” continúa cerrado. Comentan que Arturo, el de la panadería que está a pocos metros, todas las mañanas deja la bollería en la puerta del local. Lionel va a ver, y vuelve con la noticia de que efectivamente allí está el pan. Deducen que en cualquier momento “El Trébol” abrirá sus puertas. El problema es que nadie tiene dinero, y todos esperan pues es en tal sitio donde les fian. Sebastián menciona la posibilidad de llevarse la bollería, pero luego agrega que se trataba de una broma, que a Antonio “nunca le haría eso”. Pienso que perder la confianza de Antonio, el dueño del local que les fía, sería un gran problema para esta gente (17 de Abril de 2006).*

A pesar de ello, la inestabilidad económica ha conducido al fin del fiado en varios locales. De tal manera, los lazos entre las PSH y los empleados de los comercios, al igual que muchas otras relaciones que tienen por protagonista a quienes residen en la calle, son bastante frágiles; no obstante, mientras duran constituyen rutinas y apoyos importantes para su subsistencia cotidiana (Ibídem).

*Le pregunto si no le fian en el bar “El Barrilete”. Me responde que en tal bar, y en los negocios de la zona en general, “ya están cansados de nosotros”. Reconoce que todos ellos deben dinero a los distintos bares, que en más de una ocasión les fiaron y no pagaron las deudas, por lo que ya no es posible consumir sin pagar. Añade que hace poco se acercó a la plaza “un tendadero de la zona, Esteban, el del almacén de aquí en la esquina” -señala en dirección a los Jardines Reales. El hombre fue a la plaza intentando cobrar una deuda, pero se marchó con las manos vacías. “Ya ni siquiera nos vende” (24 de Enero de 2006).*

Según la opinión de quienes residen en la plaza, el mal comportamiento de determinados compañeros es otro factor que repercute negativamente en la conformación de un vínculo de confianza con los comerciantes del barrio. Dichos argumentos suponen una de las tantas maneras en que se expresan las tácticas por diferenciarse de los demás *homeless*. En todo caso, en tales situaciones las PSH terminan siendo perjudicadas en su conjunto: cuando un *homeless* se ha comportado de forma indebida, el local queda “quemado” para el resto del grupo.

*Pues le daban la comida gratuita. Iba todos los días a recogerla, y hasta eso se lo han quemado a él. Quemado significa que si yo te enseño una cosa, y así sobrevivo, y tú y aquel y el otro van, y resulta que lo queman. Pues eso le ha pasado. Iban de parte de él, que a él porque es un inválido, que le habían mandado a que le den la comida, y era mentira, nunca había mandado a nadie. Empezaron a quemárselo (Entrevista a Sebastián, 17 de Abril de 2006).*

Algunas PSH han logrado profundizar sus relaciones con los empleados o propietarios de determinados locales de comida. Ciertas casas de comida rápida representan un sitio donde aprovisionarse de las sobras, donde conseguir el periódico y asearse. Bruno almuerza todos los días lo que le preparan en un restaurante de categoría ubicado a metros de la plaza. Por otra parte y tal como se comentó en el capítulo 3, varias PSH consiguen chapuzas ocasionales en los

negocios de la zona. Pedro, por poner un ejemplo, durante unos meses se dedicó a descargar mercadería y otras tareas en un bar ubicado en la calle Arenal. Esta situación demuestra que no es posible escindir la economía de las redes barriales de los *homeless*.

*Inclusive el restaurante este donde están las paellas, que descenden autocares que son todos chinos, japoneses. Pues allí le daban la comida gratuita. Iba todos los días a recogerla... el tiene la puerta abierta para ir todos los días por una comida, y una comida digna, de restaurante de por lo menos cuatro tenedores. De lo que comen ellos. Inclusive le dan una botellita de vino, pero de vino selecto. Y todo caliente (...) Al finalizar la entrevista, Sebastián me comentó que “Pedro se gana su dinerillo ayudando en este bar” - de hecho vi como la empleada le daba cinco euros. Es evidente que se trata de un sitio de referencia para buena parte de esta gente, sobre todo por la relación que tienen con los empleados. Más aún: al terminar la entrevista vi como Diego enchufaba en el local su móvil buscando recargarlo (Entrevista a Sebastián, 17 de Abril de 2006).*

Tratándose de un grupo que se caracteriza por presentar altas tasas de ingesta de alcohol, los bares de la zona juegan un papel fundamental en la cotidianeidad de estas personas. Spradley (1970) o Bahr (1967) plantean algo similar: para las PSH que llevan años residiendo en el *Skid Row* y tienen problemas con la bebida, la vida social pasa en buena medida por las relaciones que entablan en los bares de la zona. Más específicamente, dos bares ubicados en los alrededores de la plaza se constituyen como centros neurálgicos en sus vidas. En ambos casos el empleado o dueño del comercio se muestra condescendiente con las PSH, los conoce de hace años y acepta fiarles. Allí pueden mirar televisión, recuperar el calor en los meses de frío, recargar el teléfono celular, dejar sus pertenencias durante unas horas, asearse, y por sobre todas las cosas, experimentar una sensación de “normalidad” al conversar con quien comparte la barra. Como regla general, cuando no encontraba a la gente en la plaza sabía que debía remitirme a estos bares<sup>163</sup>.

*Es evidente que en el bar se sienten cómodos. Me refiero a la posibilidad que este espacio les brinda de relacionarse con otras personas diferentes a las de la plaza, de pasar desapercibidos. Tal vez sea por eso que no se sientan juntos, que no conversan entre ellos en tales momentos. De vez en cuando, alguno comenta una noticia de la televisión con algún cliente; supongo que la lógica que prima es que para conversar de tales temas con sus compañeros de desventura tienen el resto del día (20 de Octubre de 2005).*

---

<sup>163</sup> En este punto, vale la pena recordar los escritos de Jack London: “aquellas tabernas que encontré en tantos y tantos caminos eran lugares donde se reunían los hombres pobres, y fueron los únicos a los que pude acceder. Podía sentirme importante en cualquier de aquellos bares. Podía entrar en un salón cualquiera y hablar con el primer hombre con el que encontrara. En las más extrañas ciudades y en los más extraños pueblos que recorrí, el único lugar en el que pude entrar fue el salón. Allí, en los bares, y fuera la ciudad que fuese, cuando entraba por la puerta de un salón dejaba de ser un extraño” (1992: 121).

El alcohol ocupa un lugar importante en las relaciones que se establecen entre las PSH de plaza Ópera, pero también entre esta gente y más de un vecino de la zona. No es casual que muchos de los vínculos entablados por estos *homeless* en el barrio, se circunscriban a los vecinos con quienes comparten su afición por la bebida. Un ejemplo: Andrés es, sin duda alguna, el vecino con el que más contacto tienen los integrantes de Ópera. Este hombre admite ser un alcoholico, lo cual lo lleva a recurrentes períodos de desempleo. Si Andrés no termina de formar parte del grupo es gracias a que posee una madre que soporta sus borracheras estoicamente, sin echarlo del piso donde viven a metros de la plaza Isabel II. Buena parte de las relaciones que la gente de Ópera ha generado han sido en los dos bares mencionados anteriormente, donde se han codeado con asiduos bebedores que, a diferencia de ellos, poseen un techo donde resguardarse por las noches. Tampoco es casual que Alfredo, el Capitán o Federico, hayan conocido a la gente de la plaza bebiendo. Como veremos en el próximo capítulo, cuando las desgracias se precipitaron, estos hombres eligieron a la plaza Isabel II como sitio donde pernoctar dentro del vasto mundo que es la calle. En definitiva, el alcohol es un factor que no sólo aglutina a quienes duermen en la plaza, sino también a estas PSH con algunos vecinos del barrio. Si bien es cierto que el alcohol obstaculiza las posibilidades de salir de la situación de calle, no es el factor determinante a partir del cual explicar al sinhogarismo en tanto fenómeno social. La prueba está en ese 6,7% de la población española que admite tener problemas con la bebida (Cabrera 1998: 366), pero que sin embargo conserva una vivienda donde protegerse de la forma más extrema de exclusión social.

### *7. 3. Naturaleza de las redes barriales que establecen las personas sin hogar*

El discurso oficial –el de los trabajadores, psicólogos y educadores sociales del Ayuntamiento de Madrid– suele plantear que los procesos de reinserción pasan por el ingreso de las PSH en la esfera de los servicios sociales, para que luego sigan el itinerario trazado por los expertos en la materia. Desde tal lógica, quienes rechazan la relación con dichos recursos son tildados como individuos “cronificados”; es decir, se los ve como personas que no lograrán escapar al sinhogarismo, hombres solitarios a la deriva por la ciudad. Simultáneamente, desde las teorías de la exclusión social se identifica a esta gente con el desarraigo, con el aislamiento social radical (Abrahamson, 1997; Tezanos, 1999; etc.). La paradoja reside en que son las redes sociales que las PSH han tejido en el barrio las que les permiten evitar el contacto con los servicios sociales. Es decir, es su estructuración en un territorio puntual el que los lleva a sobrevivir y adaptarse al entorno, así como les dificulta iniciar un proceso de reinserción social

-esta afirmación es válida siempre y cuando sea cierto que la reinserción pasa por relacionarse con los recursos sociales.

De tal manera, vivir en la calle supone experimentar un proceso de socialización ligado con una serie de límites y estigmas espaciales, entre los cuales vale la pena destacar los siguientes factores: a) como vimos en el capítulo anterior, los apoyos que reciben los *homeless* suelen ser ineficaces, se circunscriben a la mera adaptación; b) por consiguiente, quienes viven en la vía pública se sumergen en un círculo vicioso que difícilmente logre ser trascendido; c) los lazos que se generan desde la situación de calle se estructuran jerárquicamente; d) sus redes son erráticas, oscilan cual metáfora de la constante transformación del espacio público y la inestabilidad de sus vidas; e) finalmente, la identidad se recompone en función del entorno de exclusión.

Quienes residen en plaza Ópera han logrado fundar una serie de vínculos barriales, pero con tales ayudas sólo logran satisfacer la subsistencia cotidiana<sup>164</sup>. Los lazos que unen al individuo en situación de calle con el resto de la comunidad son débiles, pero continúan existiendo o se recomponen de acuerdo al nuevo espacio de residencia. El punto a subrayar es que no alcanzan a círculos sociales más amplios que les permitan acceder a los recursos necesarios para escaparle del sinhogarismo (Grigsby *et al.*, 1990). El apoyo que obtienen de sus relaciones es esencialmente adaptativo antes que curativo (Snow y Anderson, 1993). Lo que estas redes sociales no logran resolver es el contexto de pobreza extrema<sup>165</sup>.

Además, y como reflejo de la situación de precariedad en la que se encuentra el individuo, muchos de los lazos sociales que se establecen en la calle se estructuran jerárquicamente. Las condiciones de reciprocidad igualitaria tienden a ser escasas. El contacto permanente con trabajadores sociales, psicólogos y demás empleados de los recursos sociales, son ejemplos de relaciones donde se refuerza la sensación de vulnerabilidad, en donde el sujeto no logra quitarse de encima la etiqueta de PSH. Lo mismo ocurre con los vecinos, incluso con aquellos que

---

<sup>164</sup> Al respecto Cohen (*et al.*, 1988) afirma que de cada cinco relaciones en el *Skid Row*, más de tres guardan relación con el intercambio de bienes y ayudas de subsistencia.

<sup>165</sup> El sinhogarismo es una condición tan severa que la afiliación no incide demasiado en el sentimiento que posee esta gente respecto del control de sus vidas. Es decir, las PSH que disfrutan de más vínculos tienen mejor salud, obtienen más recursos, y por sobre todo minimizan las posibilidades de depresión –no se trata de un tema menor, pues la depresión suele tener efectos devastadores que obstaculizan cualquier posibilidad de salida de la situación de calle. Pero sus sociabilidades no permiten trascender el círculo de exclusión (La Gory *et al.*, 1991). Esta situación remite al concepto de “red de privación”, el cual es entendido como “un conjunto de condiciones fluctuantes y cambiantes en las cuales la gente puede resolver un problema o escapar de otro únicamente para encontrarse atrapado en otro distinto” (Spicker en Martínez Veiga, 2004: 227).



intentan ayudar de alguna manera, pero que simultáneamente adoptan una actitud un tanto paternalista. Buena parte de estos vínculos jerárquicos se explican por el estigma asociado con el vivir en la calle, con la dificultad por lograr un cierto grado de confianza<sup>166</sup>. La confianza es la base de la reciprocidad, y esta sólo es posible en un ámbito de igualdad socioeconómica: “las diferencias económicas y los desniveles en el status social son obstáculos al intercambio recíproco tan efectivos como la distancia física y social” (Lomnitz 1978: 212). Así, Lomnitz entiende que la reciprocidad depende de dos elementos: la confianza y la cercanía física. De estos dos componentes, el único que disponen las PSH, y que por ende deben explotar al máximo, es la proximidad física –el convivir en un mismo espacio.

Por lo tanto, afirmar que existen relaciones territoriales no supone hacer alusión a la calidad de las mismas. De hecho, la mayoría de las veces dichos lazos se caracterizan por un asistencialismo extremo. Abundan los relatos donde queda claro que las relaciones barriales por lo general no superan la lógica del dar –rol ejercido por los vecinos- y recibir –papel que protagonizan las PSH.

*P: Y con los vecinos... conocen bastante gente ¿no?*

*R: Bueno sí, con los vecinos pues no hay por el momento muchos problemas. Y hay muchos que te saludan. Otro te da un par de cigarros. Y después hay otras cosas que no se comprenden. Por ejemplo estar durmiendo y te han dejado una bolsa de comida. Y no sabes quién, es persona anónima. Hay otro vecino que baja, y no sé a donde va él, porque jamás nos dice nada. Y te trae unos calcetines, te trae unos calzoncillos, te trae un jersey, unos pantalones (Entrevista al Jirafa, 16 de Marzo de 2005).*

De tal forma, los vínculos pierden la dimensión más personal, son siempre mediados por una desigualdad material y simbólica que, aparentemente, es imposible subsanar desde el lugar que ocupan las PSH. La relación asimétrica ubica a los *homeless* en una posición en la cual sólo pueden recibir. Vivir en la calle supone lidiar cotidianamente con un sentimiento de estigma y de baja autoestima, el cual en gran parte es consecuencia de un proceso de socialización que se organiza sobre la base de la siguiente enseñanza: la PSH no tiene nada para dar, es un mero receptor de la caridad ajena. Bajo tal premisa, Rowe y Wolch (1990) sostienen que si bien afrontar con éxito las necesidades cotidianas a partir de actividades como la mendicidad puede ser una fuente de autoestima positiva, la identidad que así se refuerza es la de uno mismo como

---

<sup>166</sup> Tras su experiencia como *homeless*, las palabras de Orwell son esclarecedoras: “es curioso como la gente cree tener derecho a sermonearte y a rezar por ti en cuanto tus ingresos no llegan a determinado nivel” (1983: 190). Por otra parte, Lomnitz define a la confianza como una “variable psicosocial dinámica, que mide la capacidad y voluntad de dos contrayentes para intercambiar favores e información” (1975: 209). Constituye el cemento que cohesiona las redes de los grupos carenciados, y hace posible el intercambio recíproco esencial para la supervivencia.

un simple “receptor” –se remarca el elemento pasivo, la relación jerárquica. Como nos enseñó Marcel Mauss (en Godelier, 1988) al reflexionar sobre la economía del Don, todo intercambio encierra una dinámica de poder. El que da siempre está en una situación de superioridad. La mano que da siempre se ubica arriba de la que recibe, al dar se descubren las jerarquías. Extendiendo la misma lógica, Sahlins nos recuerda que “los regalos hacen esclavos” (1976: 250).

La reciprocidad que se establece entre las PSH y sus ocasionales benefactores, en buena medida escapa al marco teórico propuesto por Sahlins (Ibídem) respecto del intercambio. Como constatamos en el capítulo anterior, esta reciprocidad no se genera entre unos familiares que no buscan rédito alguno al intercambiar, por lo cual no puede ser catalogada como generalizada; tampoco implica la búsqueda de un beneficio material por parte de los dos componentes del intercambio, motivo que lleva a rechazar la posibilidad de etiquetarla como equilibrada o negativa. La imagen de quien se desprende de unas monedas, frente a otro individuo que se limita a agradecer el acto de desprendimiento, más bien recuerda a Mauss (en Godelier, 1988) y sus escritos sobre el Potlatch. De tal manera, el donante pierde algo de dinero –poco- y obtiene reconocimiento a cambio; mientras que la PSH consigue algo de dinero –poco- perdiendo bastante de autoestima, soportando el consiguiente estigma como contrapartida. En el vínculo que se establece entre la PSH y el vecino que se aproxima para ayudar, cada uno desempeña su papel y adquiere la legitimidad que le corresponde: sentado en el asfalto, la PSH agradece humildemente lo que le ofrecen; el vecino, mirándolo desde arriba pues permanece de pie, se marcha recubierto de un halo de prestigio. En definitiva, las relaciones sociales existen, pero se encuentren mediadas por las jerarquías y el paternalismo.

*A eso de las 24 horas y mientras caminaba por la Gran Vía, divisé a María sentada en un banco. Una pareja de turistas deambulaba por la zona. El hombre paro, sacó unas monedas de su bolsillo, y las dejó sobre los cartones de la mujer. María no estaba mendigando, por lo cual reaccionó diciendo dos veces “no lo quiero” -la segunda vez se expresó gritando. Pero el turista ya había dejado su dinero. Me llamó la atención que la respuesta automática del señor -que evidentemente se aproximó con buenas intenciones- haya sido dejar dinero ante una persona con aspecto de sin techo, sin siquiera preguntarle si quería el mismo. A pesar de que el turista pretendía ayudar a la mujer, su gesto también podría ser interpretado como terriblemente ofensivo para alguien que, como en el caso de María, rechaza la mendicidad por considerarla indigna (7 de Marzo de 2005).*

Pero el asistencialismo forma parte de un contexto más amplio, de una cultura que se organiza sobre la base de una serie de valores y orientaciones cognitivas que prescriben cómo la sociedad concibe y actúa frente a la pobreza. Como afirma Bauman “de acuerdo con el modelo

de orden y de norma que tuviera, cada sociedad moldeó a sus pobres a su propia imagen, explicó su presencia de forma diferente y les dio una diferente función, adoptando estrategias distintas frente al problema de la pobreza” (2003: 134). Por lo tanto, el asistencialismo no se limita simplemente a quienes se desempeñan en los recursos sociales, sino que también abarca a los vecinos, a “los voluntarios”, a todos aquellos que, con la mejor de las intenciones, se acercan a ayudar “a aquel pobre cristo”.

*Aparece un hombre cargando una enorme mochila, de la cual se desprende un saco de dormir. Al verlo, asocio su imagen con la de un turista y no con la de alguien que pasará la noche en la calle. Resulta llamarse Augusto y ser chileno. (...) Con ironía, el primer comentario que hizo al verme con el termo en la mano fue: “¿pero tú qué eres, una especie de ángel?”. Reproduzco este comentario porque creo que dice mucho sobre la visión que algunas PSH pueden tener sobre los voluntarios, así como el tono jerárquico subyacente - el ángel es un ser superior y protector, repleto de bondad, que desciende del cielo a un paisaje próximo al infierno para ayudar al desvalido. Para este hombre, o por lo menos desde su sentido del humor, yo parecía ser “un termo alado y celestial” (23 de Octubre de 2006)<sup>167</sup>.*

Las PSH forman parte de la cultura asistencial a la que nos referimos; más aún, desde su caída en desgracia, si no antes, iniciaron un proceso de socialización centrado en dichas pautas paternalistas. De tal manera, muchos de estos sujetos adoptan el rol que les ha sido asignado en la relación asistencial. Ello es visible en cómo, en más de un caso, las PSH buscan aprovechar hasta las últimas consecuencias la buena voluntad de determinados conocidos que se erigen como una “especie de padrinos”. Me refiero a personas que disfrutaban de un domicilio y que actúan como benefactores de determinados *homeless*<sup>168</sup>. Claro que dichas relaciones son bastante efímeras, acaban de forma unilateral en el mismo instante en que el benefactor se cansa de su rol. De tal manera, las redes suelen ser erráticas, lo cual implica una inestabilidad permanente. Debido al espacio en el que viven, las redes y las rutinas cotidianas apuntan a cubrir las necesidades inmediatas. Es así que muchos contactos se pierden, llevando a la necesidad de localizar nuevas fuentes de apoyo, lo cual a su vez desvía energías respecto de

---

<sup>167</sup> Respecto del voluntariado, y teniendo en cuenta que en muchos registros yo ejercí tal rol, es pertinente recordar que Snow y Anderson describen las relaciones que se establecen entre los mismos y las PSH como “muy estructuradas y *desinfectadas*. Los voluntarios típicamente preparan sándwiches y otras comidas en un área separada de las PSH, o los ven sólo a través de la distancia impuesta por un *encuentro servicial* que subrayaba la distancia entre los que sirven y los asistidos. Así, a pesar de los sinceros y bien intencionados esfuerzos de los voluntarios, la estructura de los encuentros suelen remarcar las inmensas diferencias de estatus recordando a las PSH dónde se posicionan con relación a las demás personas” (2003: 200-1).

<sup>168</sup> Escudero Carretero (2003) menciona la existencia de protectores en el caso de más de una mujer sin hogar. De modo similar, Cohen (*et al.*, 1988: 63) plantea que “en algunos casos, la formación del grupo gira en torno a la figura de un padre que provee asistencia a los hombres de la calle”.

posibles estrategias que apunten al largo plazo. El resultado es la prolongación del sinhogarismo y una transformación de la identidad y la autoestima (Rowe y Wolch, 1990).

*Paso frente al bar “El Barrilete” y lo veo cerrado. Cuando se lo comento a Bruno, me responde que ya hace unas semanas que lo han cerrado pues perdían dinero. Atribuye la mala gestión a la forma en que se comportaban los empleados -permitían que demasiadas PSH pasen el día entero en el local. En todo caso, así ha concluido una de las fuentes de apoyo para más de una PSH, lo cual refleja cómo la evolución de la vía pública condiciona la vida de esta gente. En tal bar habían logrado unas redes de subsistencia y cotidianidad. Con el cierre, se ven forzados a encontrar un espacio similar: a generar nuevos lazos en otro comercio en donde puedan conseguir dinero a cambio de algún trabajo puntual, poder consumir gracias al fiado, un espacio que permita diseccionar el día y escaparle al tedio de la calle, etc. (5 de Octubre de 2006).*

En definitiva, la identidad y los lazos sociales se recomponen en un contexto particular, como es la calle. El grado de repetición de los sucesivos recorridos cotidianos incide en la conformación de la identidad personal. Cuanto más se reiteran dichos itinerarios, más peso tendrán en la definición del *self* (Ibídem). Y, como veremos en el próximo capítulo, las rutinas, las redes que más se termina frecuentando, son las de las PSH.

## 8. Procesos de reafiliación: la relación entre las personas sin hogar

“Dijo que una vez había salido al desierto a encontrar su propia alma, y que había descubierto que no tenía alma propia. Dijo que había descubierto que sólo tenía un pedacito de un alma inmensa. Dijo que un desierto no sirve de nada, porque su pedacito de alma no valía nada a no ser que estuviese junto con el resto, en un todo. Es curioso que pueda recordar todo eso. Me parecía que ni siquiera lo estaba escuchando. Pero ahora sé que un hombre sólo no vale nada” (Steinbeck, 2006: 479).

El propósito del capítulo consiste en continuar analizando el proceso de reafiliación que se genera a nivel de calle, pero ahora centrándonos en los vínculos que se establecen entre las PSH. Teniendo en cuenta las dificultades que esta gente encuentra para relacionarse con quienes disfrutan de un domicilio, no es de extrañar que las principales formas de sociabilidad apunten hacia sus compañeros de calle.

El primer apartado está dedicado a los procesos de inserción en Plaza Isabel II. ¿Qué factores entran en juego a la hora de ser aceptado en el grupo? ¿Cómo se integraron los actuales miembros de Ópera y por qué eligieron dicho espacio dentro del vasto mundo de la calle? Responder a estos interrogantes implica comenzar a delinear uno de los objetivos del presente capítulo: el sentido de comunidad que impera entre estos *homeless*.

El segundo apartado se centra en el control sobre el territorio y las diversas formas de reciprocidad en tanto factores que inciden en la conformación de un sentido de comunidad. Estaríamos faltando a la verdad si generásemos un panorama de relaciones idílicas, describiendo una comunidad cohesionada de PSH. La desconfianza es un sentimiento omnipresente para quienes residen en un espacio degradado. No obstante, los límites propios de dicho contexto obligan a un cierto nivel de cooperación. En tal sentido, la búsqueda de una protección mutua ante la inseguridad nocturna es un factor clave, y el control del espacio es la mejor forma de satisfacer mínimamente tal necesidad. Por último, en este punto se reflexiona sobre los códigos de calle –a nivel espacial y discursivo–, poniendo especial atención en las modalidades de reciprocidad.

La tercera sección supone un ámbito dedicado a los conflictos que dividen a las PSH, los cuales fomentan el sentimiento de desconfianza generalizado. Los vínculos oscilan entre el aislamiento y la sociabilidad, y ello es consecuencia directa del espacio de exclusión y estigma donde residen: se trata de un entorno alienante, donde los códigos de calle y los valores sociales

dominantes -que continúan operando en la mente de estos sujetos- entran en contradicción. La consecuencia directa de dichas dinámicas es una enorme dificultad por conformar un colectivo que luche por los derechos de las PSH en su conjunto.

### *1. La reafiliación como proceso de conformación de un grupo de personas sin hogar*

A la hora de analizar el sentido de comunidad de un grupo de PSH, el primer punto a considerar consiste en el proceso de inserción en el contexto de calle. Teniendo en cuenta que las causas que conducen al sinhogarismo han sido analizadas a lo largo de la tesis, aquí nos limitamos a indagar la forma en que los sujetos experimentan dicho período. Desde las teorías de la exclusión, este tema suele ser tratado apelando a la metáfora de “la caída” (Autès, 2003; Paugam, 2007). Individuos que disfrutaban de una vida “normal” subrepticamente se ven inmersos en una ciénaga social. Estas afirmaciones son el punto de partida de las visiones que identifican a “los excluidos” como seres anómalos; dichas imágenes delimitan dos mundos sociales, el de los incluidos y el de los excluidos, sin indagar en los procesos que desembocan en la situación de exclusión –en cómo los *in* producen a los *out* (Castel, 1997a)

Debo confesar que, en los inicios de mi investigación, adhería a buena parte de estos supuestos. Me preocupaba por averiguar el comienzo de la vida en la calle e imaginaba que los informantes remarcarían tal momento como particularmente dramático. Pero el trabajo de campo me obligó a relativizar dichas conjeturas. Para más de una PSH resulta imposible distinguir una fecha, un punto que señale el origen de sus desgracias. Por el contrario, esta gente alude a una temporalidad marcada por las crisis recurrentes, refiere a un largo proceso con múltiples matices donde carece de sentido recordar la primera vez que se pernoctó en la vía pública. Esta es la situación de Mariano, quien desde los trece años alterna temporadas en la calle con otras durmiendo en una pensión, un Centro de Acogida, etc. Otro ejemplo es el de Melchor, a quien veinte años de problemas con la heroína le hicieron preocuparse más por conseguir “un chute” que por el sitio donde dormir una vez “colocado”.

*P: ¿Y cuándo fue la primera vez que dormiste en la calle?*

*R: No, no, yo siempre he tenido casa. Lo que pasa es que yo ha habido veces que he dormido en la calle, como PSH, cuando ha habido pues un mal entendimiento con mis hermanos y mi madre, se han cansado o he tenido un rebote con ellos y entonces he dicho “venga me piro”. Pero ha sido un mes, y al mes he vuelto a casa (...) Y dormía donde me pillaba. Como me drogaba, pues solamente con la droga... pues lo tenía todo. Tu te drogas y puedes dormir en cualquier sitio, lo único que tenías que buscar era un sitio que no llueva o por si era invierno. Con cogerte un cartón, tener para ponerte un pico, y dormir tranquilamente. Lo único que te importa es no tener mono, lo demás lo tienes solucionado.*

*Porque luego ya van saliendo las cosas. Tú lo único que tienes que hacer por la mañana es levantarte y buscarte tu dosis, y luego si podías comer por ahí comías, y si no, con estar tranquilo, sabiendo que no ibas a tener mono, en cualquier sitio estas a gusto y puedes dormir (Entrevista a Melchor, 12 de Agosto de 2004).*

La sorpresa del investigador es aún mayor cuando se encuentra con sujetos que, contradiciendo el sentido común que asocia la llegada a la calle con un dramatismo extremo, describen la sensación que experimentaron esos primeros días en términos de “un cierto alivio”. Ello se explica como consecuencia de los meses o años de angustia previos al sinhogarsimo. Los problemas arrecian y la persona imagina lo peor, esta harta de luchar sin resultado. Cuando sucede lo más temido y se da cuenta que a pesar de todo es capaz de sobrevivir, experimenta una sensación que se resume con la siguiente frase: “no voy a preocuparme más de lo que estoy, pues he tocado fondo, más bajo no puedo caer”.

*P: ¿Cuándo es el momento en que vas a la calle?*

*R: Y por que ya no tenía trabajo, fue un bajón. Ya no tenía dinero.... me sentía desmoralizado.... como que ya me apegue un poco, ya tenía un vacío por dentro (...) fue como que iba adquiriendo un cierto fatalismo. Pero mucho antes, me acuerdo cuando vivía en Japón vi gente en la calle, me preguntaba por qué será que están en la calle. Y sentía miedo. Yo no sé si me estaba preparando para quedarme en la calle. Es algo que a veces me pongo a pensar (...) Con una cierta predisposición... ya lo acepté como venía, como que se tenía que dar... Si, desinflado. Había sufrido un proceso de desintoxicación, de decir bueno, está bien, ya me quedo en la calle pero ya no... No le debo nada a nadie, no tengo compromisos. Porque la verdad es que el mundo en el que estuve yo no... Un poco me desilusionó, me sentía mal... Si fue como... como una sensación de después de vomitar mucho que estás como relajado. De haber vomitado mucho, y estar así, desinflado. Esa es la sensación, quedé en la calle... Puede ser mareado, confundido también. Y quizás también fue como el fin de una etapa, ¿no? Me sentía muy presionado, fue como entrar en otra dimensión de vida ¿no? Y te voy a comentar algo: uno de mis miedos era quedarme en la calle, y al final me quedé. Pero lo más gracioso es que ya ese miedo no lo tengo (risas). No lo tengo (Entrevista a Gonzalo, 14 de Octubre de 2004).*

Una vez realizada esta breve crítica a las visiones que retratan el comienzo del sinhogarismo en términos de “la caída”, es importante reconocer que lo más frecuente es que las PSH mencionen un momento puntual como el origen del sinhogarismo. Los primeros días en la calle son descritos como un período visagra que divide claramente un antes y un después en sus vidas. Este punto de inflexión estructura los discursos convirtiéndose en un eje donde los elementos positivos se sitúan en las etapas previas a la situación de calle, mientras que los factores negativos son agrupados en el bloque temporal que a partir de entonces se ha desatado. Tales discursos suponen una simplificación de un pasado que es recordado de forma idílica, lo cual no refiere tanto a la veracidad del mismo, sino al contraste que el informante quiere destacar

respecto de un presente dominado por todo tipo de penurias y calamidades (Hallbawchs, 1992; Das, 2003).

*En mi caso, te lo dije hace un tiempo, yo me fui a la calle porque murió mi mujer, y entonces me derrumbé. Ya me daba lo mismo todo. Yo tenía mi trabajo, y yo marchando y viviendo bien, bien... Ganaba buena pasta, tenía una buena posición, nos queríamos mucho, nos damos nuestros lujos, pequeños, pero estábamos bien. Murió y entonces yo ya me derrumbé completamente. Y entonces perdí la noción del tiempo. Estuve en Atocha, recuerdo perfectamente en los primeros días, que estaba lloviendo, eso es increíble, porque si lo cuentas no se lo cree nadie... me estaba cayendo el agua encima y yo no sabía que me estaba cayendo el agua. Fue una especie de amnesia total, un derrumbe total. Y desde ese día ya no me he levantado bien, lo que se dice bien. Porque no, porque para mí eran mis manos, y mis pies y mis ojos. Y a mí fue matarme. Después abandoné todo, la familia (...) Lo deje todo completamente. Yo me vine (risas) con una camiseta y un calzoncillo, y la colonia, que me dio por coger la colonia (Entrevista al Siesta, 17 de Abril de 2006).*

La mayoría de las PSH experimentan esa primera etapa con mucho temor, con una gran incertidumbre y angustia. Se encuentran en un medio que desconocen, sin saber cómo sobrevivir, recordando todo lo que han perdido, lamentándose por la situación a la que han llegado, devanándose los sesos imaginando una vía que los saque del pozo donde se encuentran (Snow y Anderson, 1993).

*P: ¿Cómo viviste los primeros días que dormiste en la calle?*

*R: Muy mal, porque el estar acostumbrado a vivir en un hogar es muy difícil después el adaptarte al estar en la calle. Desconoces, desconfías, no puedes, te duelen todos los huesos al dormir en el suelo. No sabes cómo hacerte bien una cama para arroparte, entonces el tener ese conocimiento, hasta que te adaptas es muy duro. Claro hay cartones, hay las mantas, hay el esto, después te acuestas, el suelo, te duelen todos los huesos, todos los huesos. Te acuerdas de tu familia, de tus hijos, y verte así... ¿y qué hago yo ahora? Entonces hasta que te vas acostumbrando, te cuesta mucho (Entrevista al Jirafa, 16 de Marzo de 2005).*

Una de las preocupaciones más características durante esas primeras semanas pasa por el tipo de relación a establecer con otras PSH. Muchos de los recién llegados jamás habían tenido contacto con *homeless*, por lo cual comparten los estereotipos negativos con los que la sociedad descalifica a quienes denomina como “mendigos”<sup>169</sup>. ¿Cómo aproximarse?, ¿serán peligrosos?, ¿en quién confiar? Sin embargo, ya en esos primeros días la persona comprende que si quiere sobrevivir o “tirar pa’ delante”, deberá entablar un contacto con quienes comparten su misma

---

<sup>169</sup> Goffman (2001) analiza el proceso de inmersión en el mundo de la estigmatización bajo la categoría de “carrera moral”. Las personas que padecen un estigma particular tienden a pasar por las mismas experiencias de aprendizaje relativas a su condición, y por las mismas modificaciones en la concepción del yo. La llegada a la calle supone una fase específica de la carrera moral, en la cual el sujeto toma conciencia de las dimensiones del estigma con el que a partir de entonces deberá cargar.



desgracia. Así, el individuo oscila entre la proximidad y la distancia. Goffman (2001) argumenta que, cuando el sujeto percibe por primera vez a quiénes debe aceptar como sus iguales, siente cierta ambivalencia: son portadores de un estigma, distintos de la persona normal que él cree ser. En todo caso, lo primero que recibe el recién llegado de otras PSH es un elemento vital: información sobre cómo buscarse la vida, sobre los recursos disponibles, consejos que apuntan a cómo aprovechar los cartones para protegerse del frío, etc. (Anderson, 1923; Rosenthal, 1995; etc.). Son las demás PSH las que socializan en la vida de calle a quienes acaban de iniciar un proceso de sinhogarismo.

*Ramón critica al recién llegado, dice que debe “espabilarse”, que ya lleva unos días durmiendo en la calle (...) Me explica que “no se atrevía a meterse dentro de los cartones. ¡Chico, espabilate, que esto es la calle! ¡Aquí no puedes tener pudor!”. Dice que lo ayudó pues percibió que un grupo de PSH se le acercaba buscando aprovecharse de su inexperiencia y timarlo de algún modo. Ramón continúa con la crítica: “si la gente pasa y te mira mal, pues aprende a no hacerles caso, que esto es la calle”. Parece ser que el joven le pregunta todo, cosa que fastidia a Ramón. “¿Cómo se arman los cartones?, ¿me das tu bocadillo?”. “Chico, que hay comedores, que hay lugares donde te dan comida, no me pidas a mí”. En fin, parecería que Ramón está instruyendo al joven en su aterrizaje en la vía pública (23 de Mayo de 2005).*

¿Cómo fue el proceso de aproximación a Ópera por parte de quienes allí residen? Para algunos, la Plaza Isabel II fue el primer sitio al que acudieron cuando las cosas se pusieron demasiado complicadas. Otros llevaban un tiempo más o menos extenso en situación de calle, y antes de instalarse en Ópera habían pasado por algún Centro de Acogida, por otras plazas o espacios de la vía pública. En algunas ocasiones, el contacto se estableció a partir de los recursos para PSH instalados en las proximidades de la plaza. Los espacios de mendicidad representan otro punto de conexión. Estando en la plaza, en más de una ocasión me ocurrió ver un rostro desconocido, para luego enterarme que se trata de un hombre que comparte el soportal de una iglesia con alguno de los integrantes de Ópera. Las relaciones también pueden retrotraerse a los momentos en que estas personas trabajaron juntos en la reventa de entradas para eventos taurinos, en “las Ferias de los Pobres” que recorren España, etc. Por último, se han dado casos donde el factor primordial ha sido una amistad previa a la situación de calle.

*P: ¿Y el primer lugar que fuiste fue a Ópera no?*

*R: Bueno ya... sí, desde que estoy aquí claro, terminé en Ópera por Felipe. Fui a verle, como había estado trabajando conmigo en una chapuza, fui a verle y a pedirle consejo y tal. Me dice “chico ¿qué vas a hacer?”. “Pues yo no voy a casa”. “¿Y eso?”. “Ah, tengo problemas y no...”. Bueno me ha presentado aquí, y ya me quedé a dormir ahí. Ese mismo día le puse una nota a mi mujer que me iba, y según como estoy ahora, ni traje, ni me lleve pantalones, ni camisa, como salí, como salí (Entrevista al Duque, 18 de Noviembre de 2004).*

Como se mencionó en el capítulo anterior, el alcohol representa uno de los factores básicos en el proceso de aproximación y aceptación al grupo. Alfredo vivía cerca de la plaza, y de vez en cuando dedicaba unos minutos de su tarde a beber con la gente de Ópera. Cuando se vio en situación de calle, fue a la Plaza Isabel II donde acudió. Algo similar ocurrió con Federico, quien conoció a sus compañeros como fontanero en una obra que quedaba cerca de la plaza. A veces la relación comienza en alguno de los bares ubicados en las proximidades de la plaza. Pero lo más común es que el vínculo se inicie cuando el desconocido se acerca a alguno de los bancos de Ópera ofreciendo un cartón de vino.

*P: ¿Así que vos ingresaste en el grupo simplemente sentándote en los bancos y conversando con la gente?*

*R: Si, ese es el camino, ahí se arrima uno, tienes un litro de vino, “¿me puedes echar un traguito?”. El 99% de las veces nos reuníamos, o echas un traguito, te pones a charlar un poco, que yo voy a tal sitio, ¿qué tal tu vida? Bebiendo cartones de vino. Así es como se hacen amistades en la calle (Entrevista al Siesta, 17 de Abril de 2006).*

A continuación habría que preguntarse por qué estas personas eligen establecerse en la Plaza Isabel II y no en otro sitio de la ciudad. Las respuestas de los informantes apuntan a concebir a Ópera como un espacio, pero también como un grupo particular. Tales argumentos permiten comenzar a desentrañar los elementos que constituyen el sentido de comunidad, los criterios a partir de los cuales se rechaza a quienes pretenden integrarse pero no son aceptados. A lo largo de estos tres años de trabajo de campo he delimitado las siguientes variables como primordiales en la conformación del grupo: la edad, la postura que adoptan frente a las adicciones y la nacionalidad<sup>170</sup>.

Muchas veces la edad similar significa haber tenido una biografía laboral que se vio truncada por un despido, con la consiguiente dificultad por reinserirse en el mercado de trabajo al ser considerado “demasiado mayor para empezar de nuevo”, o con el haber conformado una familia y presenciado como la misma se desmembraba posteriormente. En definitiva, la edad común implica compartir una cierta experiencia vital, elemento que suma probabilidades en lo que a la constitución del grupo se refiere. Por otra parte, es significativo que en la plaza no se hayan establecido jóvenes. Cada vez que algún joven o grupo de jóvenes se afincó temporalmente en las zonas consideradas como el radio de influencia de Ópera, dicha situación

---

<sup>170</sup> Snow y Anderson (1993) afirman que el tiempo de estadía en la calle es otro factor que incide en la conformación de los grupos de PSH. En Ópera no es posible sostener dicha afirmación, pues en la plaza confluyen personas que llevan muchos años viviendo en la vía pública con sujetos que dan sus primeros pasos en el sinhogarismo.

derivó en problemas. Por lo general, un joven sin hogar es visto con cierto resquemor: siendo más fuerte, es un potencial peligro (Cohen *et al.*, 1988).

*P: Y respecto de otros grupos, ¿cómo es el grupo de Ópera?*

*R: Ahí la gente de Ópera son de alcohol, son de vino. Ahora ya te metes en la Puerta del Ángel y son diferentes. Pues van de tranquilizantes, de pastillas, de chutis. Ya es otra generación. O sea que nosotros los alcohólicos no nos mezclamos con los jonkis. No congeniamos. Es por la edad también. Si, también influye. Pero ya son... si que influye, porque en las personas adultas, ya mayores, no quieren mucho... pasa lo que a los perros viejos, que va un cachorro a jugar y le da un bocado. Eso está visto. Entre los viejos tenemos que ayudarnos, que no podemos solos contra uno de veinte años (Entrevista al Capitán, 12 de Septiembre de 2006).*

Como puede intuirse de la entrevista citada, en Ópera el segundo factor es la actitud que el sujeto adopta frente a las adicciones. Para este grupo en particular, el alcohol es un elemento clave en su socialización, un abstemio probablemente jamás sería plenamente aceptado. Investigadores como Hopper (1989), Bahr (1967) o Snow y Anderson (1993) afirman que el rol del alcohol en la interacción cotidiana lleva a que sea imposible abstenerse de beber. Para muchos, dejar de beber equivaldría a dejar de tener amigos. El alcohol desencadena toda una serie de reciprocidades que no existirían si no fuera por el ritual cotidiano de compartir un cartón de vino (Spradley, 1970). Beber es quizá la práctica que más aproxima a los desconocidos, la actividad que genera más complicidades y lealtades<sup>171</sup>.

*P: ¿Y el tema del vino...?*

*R: Eso sí. Hay una canción que dice “tanto tienes tanto vales”. Entonces, muchas veces tienes un cartón, después traes otro. Entonces alrededor siempre están los amigos. Pero lo que algunas veces decimos, que somos amigos para cartones de vino. ¿Entiendes? Entonces tienes todos los moscones ahí al lado. Ahora, no tienes nada, ¡buah! Ni te miran. Ni te miran (Entrevista al Jirafa, 16 de Marzo de 2005).*

Si el vino es un factor clave en la configuración de un cierto sentido del “nosotros”, las toxicomanías representan en cambio uno de los ejes a partir del cual se construye la figura del “otro”. Es decir, cuando el sujeto pretende rescatar la autoestima del naufragio en el que se encuentra su identidad, puede que resalte su aversión a las drogas como un elemento diferenciador. Lo notable es que, en contraposición a lo que ocurre con otros temas, en este

---

<sup>171</sup> No es casual que, en Ópera, uno de los términos más invocados del argot de los sectores populares madrileño sea el de “priva”, el cual refiere al consumo de alcohol y más específicamente al cartón de vino. Por otra parte, alguna que otra PSH que prefiere moverse de forma solitaria me ha explicado su opción como una forma de escapar del alcoholismo. Jack London, gran escritor y confeso bebedor, plantea lo siguiente: “todos los bebedores se convierten en tales por obra y gracia de las relaciones sociales (...) El alcohol tiene pues un escaso papel si se compara con el que se asigna a la relación social en que se bebe. Es raro que exista un hombre que haya comenzado a beber fuera de su entorno social” (2002: 326).

punto el individuo no se esfuerza por salvarse a si mismo realizando una distinción respecto de las PSH en su conjunto, sino que señala a Ópera como un espacio/grupo más sano que otros sitios/comunidades de *homeless*. En esta cuestión el corte generacional nuevamente estructura los discursos. Así, como argumentó en más de una ocasión el Siesta, la Plaza Isabel II sería un espacio de “ancianos un poco borrachines”, pero en ningún caso comparable con las “cuadrillas de jóvenes drogatas que te encuentras en Tirso de Molina o en Plaza España”<sup>172</sup>. En la sociedad española, los problemas con la bebida suponen un nivel de tolerancia superior a los asociados con las drogas. Al contraponer su afición por el alcohol con una práctica aún más estigmatizada como es el caso de las toxicomanías, estos hombres reproducen los valores dominantes buscando la tolerancia de sus interlocutores.

*Me cuenta otra anécdota que me sorprende. Dice que en el Centro de Acogida notó una gran rivalidad entre la gente que consume drogas y quienes son adictos al alcohol. Ambos grupos desconfían mutuamente entre sí, tienen una mala relación: “los alcohólicos dicen que ellos no matan a nadie si tienen mono, y los drogadictos que los borrachos se ponen muy violentos cuando toman” (Entrevista a Joaquín, 4 de Agosto de 2004).*

La tercera variable a destacar es la nacionalidad. Estamos hablando de un grupo de españoles sin hogar que, en líneas generales, se muestran muy reacios a aceptar extranjeros en sus filas. Como se sostuvo en capítulos anteriores, los inmigrantes son vistos como una amenaza, suponen la competencia por una serie de recursos escasos, por lo cual la xenofobia es quizá uno de los mayores problemas de cara al futuro. En pocos años, las cifras de extranjeros sin hogar se dispararon de forma dramática, y la tendencia parece continuar en aumento. Considerando que se trata de un grupo reticente frente a los recursos sociales, en Ópera la mayoría de los conflictos con los inmigrantes se expresan en la calle. Es posible establecer un barómetro que mide el nivel de temor y rencor hacia las distintas comunidades de extranjeros. Bajo el término genérico de “moros”, se indica a los magrebíes como los depositarios de los mayores niveles de desconfianza. La imagen de un grupo de “jóvenes moros” dando vuelta por las noches y asaltando a las PSH con algún arma blanca, es un temor que incluso reproducen quienes jamás sufrieron tal tipo de violencia. Pero los índices de intransigencia hacia los diversos colectivos evolucionan, y los europeos del este comienzan a perder posiciones. En los últimos años, es

---

<sup>172</sup> El 21% de las PSH ha declarado tener problemas de toxicomanías (Foro Técnico de PSH, 2006). En la encuesta del INE (2005) se preguntó a los *homeless* si habían consumido algún tipo de droga en el último mes, y el 48% respondió afirmativamente. Diversos estudios remarcan que los problemas de toxicomanías suelen ser más importantes en poblaciones de jóvenes sin hogar, mientras que los de alcoholismo se encuentran más presentes en quienes superaron los 40 años de edad (Cabrera, 1998; Cohen *et al.*, 1988; etc.). Por otra parte, Levinson llega a una conclusión similar en cuanto a la desconfianza mutua entre jóvenes toxicómanos y ancianos sin hogar con problemas de alcoholismo (en Glasser y Brigman, 1999).

posible observar un incremento significativo de europeos del este en situación de calle. Además, la gente de Ópera ha percibido como una amenaza la presencia de jóvenes rumanos que merodean por la zona<sup>173</sup>.

*Federico me cuenta que, un par de días atrás, Mariano estaba durmiendo en los portales del Teatro cuando un argelino “intentó darle por culo”. Mariano sacó la navaja que lleva entre las mantas y “le rajó la cara al moro”. El sin techo siguió durmiendo, pero el argelino volvió horas después y se vengó golpeándolo en medio de la cabeza con un ladrillo. Federico opina que su compañero podría haber muerto, que tuvo suerte en que todo terminase con cinco puntos de sutura. Así y todo, plantea que de todas formas la calle no es peligrosa pues ellos siempre están en grupo, y se defienden mucho (...) Refiriéndose a cómo imponen ciertas normas en lo que consideran su propio espacio, dice que “aquí no entra cualquier moro, no vayas a creer”. Sebastián le da la razón, habla de “los moros” como gente traicionera, de cuidado, capaces de “clavarte un puñal por la espalda. No me gustan los moros, no hay caso, no los tolero” (13 de Febrero de 2005).*

Pero este cuadro de xenofobia no debe interpretarse de forma taxativa, pues de hecho existen excepciones a la regla. A lo largo de estos tres años, se han dado casos de inmigrantes sin hogar que establecieron una relación cordial sino con el conjunto, al menos con algunos de los integrantes de Ópera. Teresa, una dominicana que lleva más de veinte años en España, es un ejemplo al respecto. Durante las primeras semanas no fue bien recibida y debió soportar todo tipo de humillaciones. Pero Teresa es una mujer de mucho carácter, por lo cual no se dejó amedrentar. Es importante destacar que si finalmente fue tolerada –pues utilizar el término “aceptada” tal vez sea demasiado rotundo– fue por ser considerada la pareja de uno de los miembros de Ópera. A pesar de ello, su presencia generó más de un conflicto en la plaza –no tanto por ser inmigrante sino por ser mujer y, por consiguiente, representar la posibilidad de tener sexo.

Jorge, un rumano que reside en Madrid desde hace más de una década, constituye la segunda excepción más notable a la regla. Cuando Jorge bebe, se le da por gritar incoherencias, orinar en medio de la plaza, etc. De allí su apodo de “Cabra Loca” o “Cabra Tumbada”<sup>174</sup>. Lo interesante de su caso es como su presencia demuestra hasta qué punto la exclusión de las PSH

---

<sup>173</sup> Esta gente realiza dichos discursos xenófobos sin tomar conciencia que el investigador que los interroga es un extranjero. Más aún, a las críticas hacia los inmigrantes suelen sucederle los elogios hacia las iglesias evangelistas de peruanos o rumanos que durante las noches recorren la ciudad ofreciendo comida caliente. El rechazo parece depositarse en quienes representan una competencia por los mismos recursos escasos, no así respecto de quienes no sólo no suponen amenaza alguna, sino que incluso son vistos como “benefactores”.

<sup>174</sup> En Jorge y en Teresa, y en los inmigrantes sin hogar en general, recae un defecto que los integrantes de Ópera encuentran imperdonable: “no saber beber”. En un grupo donde la bebida ocupa un lugar central, tal imputación equivale a ser tildado de “incivilizado”, a traer problemas con la policía y los vecinos del barrio.

se asocia con residir en un espacio abierto, público, donde resulta muy difícil expulsar a quien no es bienvenido. Durante casi dos años el grupo entero despreció a la “Cabra Loca”. Pero el rumano se mostró indiferente frente al clima adverso y continuó ocupando los bancos de la plaza o durmiendo en las proximidades del Teatro Real. Con el paso del tiempo la gente se acostumbró a su presencia y, hoy en día, alguna que otra PSH muestra una mayor condescendencia frente a este hombre. No obstante, la “Cabra Loca” continúa siendo el principal blanco de las iras de sus compañeros. Incluso muchos se permiten reacciones que no adoptarían frente a otras PSH: casi siempre que presencié como alguien golpeaba a un colega, Jorge era el destinatario de tales agresiones.

*Jorge se baja nuevamente los pantalones y le dice a una mujer que le gusta mucho su coño. Pedro, Lionel y Sebastián le gritan que se calle. Pedro critica duramente a Jorge, dice que es indecoroso orinar en medio de la plaza. Opina que “hay que matar a palos al rumano asqueroso ese”. Sebastián, extendido sobre la otra mitad del banco, le responde: “hombre no tanto como eso, con dos buenas hostias es suficiente” (...) Intento ponerlos a prueba y les digo que a esta altura Jorge ya forma parte del grupo. Pedro reacciona negando enfáticamente, “ese no tiene nada que ver conmigo”. Lionel agrega algo similar: “no, ese no es del grupo. Nos mete en muchos problemas. Viene por aquí y no le podemos decir que no. Esto es de todos, tú no puedes echarle” (26 de Septiembre de 2005).*

Un tema de interés para la tesis consistió en presenciar cómo los recién llegados lentamente se amoldaban al contexto de calle. En un primer momento, para el sujeto dicha situación supone la tranquilidad de comprender que es capaz de sobrevivir pese a tantas adversidades, siente incluso cierta valoración positiva de sí mismo pues se da cuenta que con su ingenio podrá soportar lo que imaginaba sería una pesadilla<sup>175</sup>. Gradualmente, el sujeto se va acostumbrando al contexto de exclusión y comienza a incorporar ciertos códigos que caracterizan a quienes residen en la vía pública. Grigsby (*et al.*, 1990) denomina a este proceso como “atrincheramiento” o “reafiliación”: un intento por reemplazar la pérdida de los lazos primarios estableciendo relaciones sociales con otros que también están afrontando las privaciones del sinhogarismo. Pero, simultáneamente, cuanto más se acostumbra a la vida en la calle, más se aleja de las posibilidades de escapar a dicho entorno; la reafiliación puede terminar siendo equivalente al afianzamiento en la situación de sinhogarismo (Rowe y Wolch, 1990; Snow y

---

<sup>175</sup> La mayoría de los investigadores sostienen que existe una relación directa entre problemas y tiempo de estadía en la calle. Entiendo que esta afirmación es válida sólo para cierto tipo de problemas. Quienes llevan años en Ópera presentan un mayor deterioro físico, pero el medio no les despierta la angustia ni el estrés que es posible observar en los recién llegados. Esto es así pues “la percepción de las privaciones y la ansiedad psicológica y sociológica están relacionadas con las referencias grupales y las expectativas, la eficacia de los repertorios del comportamiento y el sentido de la identidad personal” (Snow y Anderson, 1993: 295).

Anderson, 1993; etc.)<sup>176</sup>. He presenciado dicho proceso en algunas personas, y resultó bastante doloroso comprobar como sus actitudes se iban reflejando en sus aspectos físicos, como se iban abandonando a sí mismos lentamente. El siguiente texto, centrado en un inmigrante sin papeles, refleja tal situación:

*Antes de irnos veo llegar a Gonzalo. Le pregunto cómo anda, luego de varias semanas sin verlo. Me responde que no demasiado bien. De hecho me sorprende su aspecto: parecería como si a medida que pasa el tiempo en la calle su aspecto se fuese deteriorando. Cuando lo conocí, Gonzalo ya vivía en la calle. Así y todo, daba vueltas por la ciudad vestido con traje y corbata, intentando conseguir un empleo. Pero ya no parece un oficinista. Por primera vez lo veo con la barba crecida y desprolija, y la ropa que usa está bastante sucia. Me confiesa que hace unas semanas que dejó de buscar empleo. También abandonó su lucha por conseguir legalizar su estadía en el país. Se ha convencido que no conseguirá nada por tales vías (27 de Septiembre de 2004).*

## **2. Control sobre el espacio, reciprocidad y sentido de comunidad en Plaza Ópera**

La pretensión de cuestionar el principal supuesto sobre el cual gira la noción de desafiliación no debe llevarnos a pintar un cuadro de relaciones sociales idílicas. Si bien los vínculos sociales continúan existiendo, es importante dejar constancia que la calle, en tanto espacio de residencia, se caracteriza por una serie de tensiones nunca completamente resueltas. Cooperación, amistad, desconfianza y animadversión, son sentimientos encontrados que libran una batalla en el interior de cualquier ser humano. En el caso de las PSH, esta lucha se potencia como consecuencia de vivir en un ámbito dominado por una serie de limitaciones que obstaculizan la posibilidad de establecer vínculos sólidos basados en la confianza mutua (Escudero Carretero, 2003; Snow y Anderson, 1993; etc.).

*En otro momento de la tarde, y refiriéndose a su cotidianidad, Bruno suelta una serie de frases muy sugerentes: “es como todo, si trabajo en una oficina con aire acondicionado... no veas como te atienden. Ahora si vienes a verme y estoy en la calle, te digo que te vayas. Es que es así, la vida es así, la calle es así”. Y a continuación remata tal idea con más humor. Se pone a jugar con su mechero, el cual tiene una lucecita. Entonces me explica que le resulta muy útil: “me sirve para buscar la llave y abrir la puerta de casa cuando vuelvo borracho” (risas) (13 de Diciembre de 2006).*

Más de una PSH nunca logró vencer la reticencia hacia quienes han tenido su misma suerte y, a pesar del paso de los años, prefieren continuar moviéndose en solitario. La calle muchas veces

---

<sup>176</sup> Una aclaración respecto de la noción de reafiliación: en la tesis este concepto ha sido utilizado de modo más amplio, no sólo centrándonos en la conexión con otras PSH, sino también en las redes barriales. Por otra parte, es entre quienes llevan años en situación de calle que surge la cifra proporcionada por Cabrera (1998), según la cual el 18% afirma que sólo posee amigos entre las PSH.

es visualizada como una selva donde la única ley es la del “sálvese quien pueda”, un espacio que conduce al egoísmo, a la agresividad, a velar únicamente por los propios intereses<sup>177</sup>.

*Porque tienes que tratar con mucha gente, y toda la gente no somos lo mismo ¿no? Cada persona no es igual, claro. Cada uno tiene su genio, cada uno tiene su orgullo, cada uno tiene sus cosas. Pero la vida en la calle es muy mala, es muy dura, fuerte, es fuerte. Y entonces no sabes muy bien en quien confiar, quién va a jugártela. Y si no sacas el pecho para adelante, te cogen y te revientan, y te viene otro y... y yo que sé. Que llega ¡y pum, y ya está! O sea que se puede decir que es la ley del más fuerte. La calle, es la ley del más fuerte, nada más (Entrevista a Alfredo, 31 de Enero de 2006).*

La desconfianza generalizada, y en especial hacia las demás PSH, es un sentimiento muy expandido. Incluso quienes se han establecido en un grupo suelen dudar de la buena fe de sus compañeros. Como veremos a lo largo del apartado, el clima de aprensión en buena medida es producto del estigma que padecen estas personas (Rosenthal, 1994). Un factor a considerar consiste en los robos o las pérdidas de las propias pertenencias, siempre teñidos por la sospecha hacia algún compañero. Como han observado otros investigadores (Escudero Carretero, 2003; Snow y Anderson, 1993; etc.), ante la pregunta “¿es posible la amistad viviendo en la calle?”, muchas PSH responden de manera contundente: “somos colegas, no amigos”.

*P: ¿Cómo se toma la amistad una vez que estás en la calle?*

*R: Es muy diferente. Te digo que en la calle hay amigos pero también enemigos. Los amigos se convierten en enemigos, por las envidias. Un día tienes un golpe de suerte y otro día... Hay muchas envidias de los mismos compañeros que tienes, pero muchas. A mí me han llegado a quitar las mantas y todo la misma gente de aquí, ¿sabes? Por cualquier historia de envidia. Por ejemplo, si yo cojo una pensión y ellos siguen en la calle, entonces me voy al hostel a dormir. Ellos pa joderme el día que salga del hostel, y encontrarme jodido, tirarme la manta y cualquier historia. Cuando yo vuelva otra vez al sitio donde duermo no tenga nada, me encuentre como... como nada, sin tener nada, pasar frío y pasar todo otra vez. Ese es el rollo al que van, no cuadra (...) Haces amistades, pero tampoco te puedes fiar de ellos. Aquí en la calle cada uno tiene que mirar por lo suyo, no puedes ir a lo de los demás porque sino chungo, sino te hacen de todo. No hay amistades, hay conocidos. “Hola”, “hasta luego”, un ratillo, y eso, pero tú a tu rumbo. Y es lo que te digo, que no te puedes fiar. Cada uno va a lo suyo (...) también la gente es más amiga cuando hay. Cuando hay soy muy amigo, cuando no hay ya la gente va a por todas. ¿Tienes dinero? Eres un amigo que no veas. Pero cuando no tienes nada ya no dan, ya se van con el otro que tiene dinero (Entrevista a Diego, 21 de Diciembre de 2005).*

---

<sup>177</sup> Aunque tal vez sean demasiado rotundas en lo que al sinhogarismo respecta, es interesante citar la palabras de Wacquant respecto de los guetos norteamericanos: “en esta situación de guerra de todos contra todos generalizada y constante, en que siempre se sospecha que las solidaridades más firmes son interesadas (...) se comprende que el escepticismo sea la ley y que cada uno, en realidad, sólo esté dispuesto a contar consigo mismo” (1999b: 138).



Cuando comencé mi investigación percibí que al interior del grupo de Ópera existía una serie de vínculos más sólidos entre determinadas personas, y que dicha situación se reflejaba en los patrones de apropiación y uso del espacio nocturno. Con el paso de los años, pude comprobar que efectivamente la disposición espacial nocturna es un buen indicio del estado de las amistades: dos personas enemistadas difícilmente duermen en un mismo portal. Pero, como cualquier otra relación social, estas lealtades evolucionan con el tiempo. La diferencia tal vez consista en lo rápido que se generan y rompen las simpatías mutuas en el contexto de calle. Una vez más, el espacio de exclusión es el detonante que produce tales cambios. Esta gente se ve forzada a convivir las veinticuatro horas del día, y la otra PSH a veces es vista como un espejo que refleja la condición en la que el sujeto se encuentra.

*Entonces Bruno comienza a despotricar contra el Duque, quien todo el tiempo destaca que su caso es diferente al de los demás. Dice que el duque menciona orgulloso el contacto que tiene con sus hijas, pero luego termina mendigando en la iglesia los domingos. Me llama la atención que Bruno hable así del Duque, quien parecía ser su compañero inseparable cuando los conocí. En aquel entonces dormían juntos, en el mismo portal; hoy por hoy, Bruno se ha trasladado y duerme cerca de Sebastián, con quien parece llevarse mejor actualmente (7 de Octubre de 2004).*

Pero, como se sostuvo en otros capítulos, la calle es un sitio donde permanentemente se viven sensaciones contradictorias imposibles de conciliar. A pesar de la desconfianza generaliza, las PSH se necesitan mutuamente, pues de lo contrario la supervivencia y adaptación sería aún más dura. Como plantea Martínez Veiga (2004) en su investigación con inmigrantes, el mayor capital social que esta gente posee consiste en las redes que han formado con sus “colegas”. Con el paso del tiempo, estas redes se convierten en recursos logísticos, materiales y emocionales, reemplazando a los que alguna vez proveyó el hogar (Rowe y Wolch, 1990). Es en la experiencia compartida en un mismo territorio, en la sensación de necesidad mutua, donde comienza a fraguarse una identidad grupal. Es en la aceptación, aunque más no sea a regañadientes, de que es preciso cooperar con los demás cuando el sujeto se socializa e incorpora una serie de códigos comunes al grupo de calle. Estos códigos suponen un entramado de reglas implícitas, que surgen de la experiencia común y que estipulan mínimamente como relacionarse en la cotidianidad. Dichos códigos nacen como una reacción defensiva frente a la actitud hostil que muestra la sociedad hacia la gente que vive en la calle (Anderson, 1923; Liebow, 1993). No se gestan tanto por voluntad de los sujetos, sino como consecuencia de un destino común marcado por los límites ambientales y estructurales (Snow y Anderson, 1993). Como se verá en las próximas páginas, en Ópera la seguridad es el factor que genera una mayor cohesión grupal.

*P: ¿Y es posible la amistad estando en la calle?*

*R: Si, hay una amistad, pero cada uno en su sitio. Aparte claro, nosotros juntamos grupos, juntamos grupitos que nos llevamos bien. Dormimos juntos y nos preservamos los unos a los otros, y nada más. Porque tenemos que estar así. Porque si no estás unido en algún grupo, que si estás sólo en la calle te matan. En la calle te matan si estás solo, porque es así. Que mira, te pueden venir los skinheads, te pueden venir... gente mala, que no tiene conciencia. Llegan y pegándote patadas en las cajas, a romperte el chiringuito que tienes ahí para dormir. Y si no estamos unidos, pues malo. Siempre tenemos que estar pues dos o tres personas. Para que te respeten un poquito (...) Hay una amistad, pero cada uno en su sitio. Tú allí, yo aquí, y se acabó. Pero por las noches somos todos unos. Por las noches, en general, somos todos unos. Porque pegamos una voz y se levantan todos.*

*P: Pero por lo que me contás es más de ayudarse en temas de seguridad que de verdadera amistad.*

*R: Exactamente, en seguridad nos ayudamos todos. En seguridad (Entrevista a Alfredo, 31 de Enero de 2006).*

Para escaparle a la inseguridad y consiguiente estrés ambiental, esta gente necesita sentir un mínimo control sobre el territorio; y para ello deben cooperar (Francis, 1989; Rowe y Wolch, 1990; etc.). El dominio de la porción del espacio público que ocupan permite cierta sensación de “normalidad” en sus vidas, así como representa un punto clave en la conformación de un “nosotros” en tanto grupo específico de PSH. Una de las formas básicas en que se expresa la pretensión de “imponer un cierto orden” consiste en la expulsión de quienes son considerados como “intrusos” del “propio territorio.

*A continuación Mariano plantea otra cuestión relacionada con la manera en que se conforma el grupo. Dice que el problema es “cuando uno ajeno entra en el grupo. Alguien externo no conoce las cosas que nos gustan, empieza a hablar de más”. Opina que “no se trata de reglas escritas sino de reglas internas”, de códigos que ellos conocen y que moldean las relaciones. Tales códigos evitan que las rencillas se conviertan en verdaderos problemas. Evidentemente, con los recién llegados hay menos paciencia. Su discurso lleva implícito lo difícil que parece ser entrar en el grupo, ser aceptado; además parecería como si se refiriese al grupo en términos homeostáticos, remarcando cómo logran que el mismo continúe a pesar de las adversidades. “Esto es la calle, es de todos, no puedes echar a nadie”. Pero el grupo tiene formas de hacerle entender a un extraño que debe marcharse. “Es una ley, vamos que no está escrito, pero es así, todos lo sabemos” (...) Bruno se suma a las palabras de su compañero: “nadie impone las reglas, pero están, y hay que respetarlas. Todos hacemos que se respeten” (16 de Febrero de 2005).*

La gente de Ópera se muestra especialmente preocupada porque “su espacio” se encuentre libre de quienes juzga como un peligro latente: inmigrantes, jóvenes y toxicómanos. Por consiguiente, las pocas ocasiones donde la amenaza se tornó en realidad palpable, estos hombres unieron sus fuerzas para erradicar a los extraños del radio de influencia que consideran como propio. No obstante, se trata de medidas incompletas, pues resulta imposible el control absoluto en un ámbito público como es la Plaza Isabel II.

*Ni bien llego, el Siesta me cuenta que “las cosas van muy mal aquí en la plaza”. Me explica que hace unos minutos “el joven forzudo ese le dio un cabezazo en la nariz al Duque”. Dice que el tipo andaba borracho “y siempre busca broncas” (...) me explica que en este momento el Duque, junto con otros tres, está buscando al joven para darle su merecido. Aproximadamente media hora después veo llegar de la esquina noroeste al Duque, secundado por Felipe, el Jirafa, Mariano y Juancho, cada uno trayendo una bolsa de plástico que contiene un ladrillo (...) Mariano insiste en que ellos recibieron al joven en la plaza, lo arroparon, lo protegieron cuando llegó para que se sienta seguro, pero que ya el verano pasado hubo problemas, por lo que se tuvo que ir de la plaza. Cuando digo que borracho puede ser peligroso, Mariano me da la razón. “A mí hasta me dice papá. Soy al que más respeta. Pero bueno, al Duque era el segundo que más respetaba y mira lo que ha hecho. Soy al que más respeta, pero mañana me la puede dar”. Me da a entender algo fundamental: lo tienen que echar de la plaza, el joven representa un peligro para todos, por lo cual están unidos en esta causa. Es significativo como, en un caso como este, se refuerzan las lealtades (30 de Mayo de 2005).*

Tal como hemos adelantado, la seguridad es el elemento clave en la relación entre control sobre el territorio y sentido de comunidad. Según Rosenthal (1994), la solidaridad entre las PSH es más fuerte cuando existe un peligro que intimida a las comunidades. De hecho, en más de un caso, los informantes aseguran haberse instalado en Ópera no tanto por las particularidades del grupo, sino del espacio en sí mismo. Por un lado, la Plaza Isabel II y sus alrededores son descritos como ámbitos seguros en comparación con otros puntos de la ciudad. En consecuencia, durante las noches, la enorme mayoría de estas PSH instalan sus cartones contra los muros del Teatro Real, el cual actúa como una especie de amuleto que los protege contra los peligros nocturnos. Pero existe un espacio especialmente importante para estos hombres: la fachada del Teatro Real. Como se sostuvo en el capítulo metodológico, dicho sitio representa el punto de no retorno; si se viese amenazado, los cimientos que sostienen al grupo se tambalearían. Varios *homeless* que no forman parte del grupo aprovechan los laterales este y norte del edificio. Los miembros de Ópera en cambio han colonizado el costado sur y la fachada, es decir, el sector más controlado por la seguridad privada que custodia el Teatro. Tal como se vio en el capítulo 7, la sensación de seguridad no se limita a la protección grupal, sino que se extiende a dichos empleados<sup>178</sup>.

*Le pregunto si no le molestaron la cantidad de obras que hubo en la plaza en todos estos años. Me explica que no, pues “nunca tocan allí. Ahora si un día tocan eso...” -lo dice señalando la fachada del Teatro Real y haciendo un gesto con la mano, dando a entender que entonces se marcharían de la zona. La lógica implícita en su discurso es la siguiente: ellos pueden amoldarse a los cambios en la fisonomía de la plaza, pero el núcleo sensible*

---

<sup>178</sup> En agosto de 2007, cuando había dado por concluido el trabajo de campo y me dedicaba a escribir la tesis, una nueva remodelación se ensañó con Ópera. La obra duró varios meses, en los cuales una reja de más de un metro de altura impidió el acceso a la plaza. En todo caso, pude confirmar mi hipótesis: encontré al grupo en los Jardines Reales, donde en tal época pasaron las horas del día debido al cierre de la plaza, mientras que por las noches continuaron instalándose en la Fachada del Teatro.

*que de cambiar generaría repercusiones graves en sus vidas reside en los alrededores de la Fachada del Teatro -la zona donde se instalan durante las noches. Los cambios en la plaza son relativamente fáciles de asimilar. En cambio, la Fachada del Teatro simboliza un factor fundamental en la conformación del grupo: la seguridad. Es allí donde se reúnen para sentirse mutuamente protegidos durante las noches. Además, cuando Mariano comenta que “nunca tocan allí” instantáneamente agrega: “y eso que yo ahora no duermo allí jeh!”. Es decir, hay gente del grupo que, como Mariano, circula por distintos puntos de la ciudad. No obstante, la Fachada sintetiza la unión del grupo en búsqueda de una seguridad común, el punto que asegura la posibilidad de regresar a la plaza y encontrar protección (11 de Enero de 2007).*

En la Plaza Isabel II residen personas que han superado ampliamente los cincuenta años de edad y que se encuentran bastante deterioradas físicamente, por lo cual la sensación de indefensión sólo puede ser mitigada en conjunto, asegurándose una defensa mutua<sup>179</sup>. Hay gente que lleva años sin dirigirse la palabra, pero que de todos modos asevera que defendería a su colega en caso de una agresión. Un ataque convierte temporalmente en aliado a quien hasta entonces era visto con antipatía.

*Cuando Lionel se marcha, Mariano me confiesa que no se habla con este hombre, pero que si alguien lo atacase lo defendería sin titubear. El código de calle queda explicitado: hay un pacto de solidaridad ante las agresiones, incluso entre personas que no simpatizan entre sí. Es el territorio el que genera dicho acuerdo. Tal actitud supone no sólo una ayuda a la persona que sufre un ataque violento, sino también una forma de generar una serie de reciprocidades, de confiar en que ante una futura agresión el resto de los compañeros me protegerán (...) La plaza es el espacio en el que, cuando menos, el grupo debe sentirse seguro (30 de Junio de 2005).*

En la Plaza Isabel II, las promesas de socorro frente a las agresiones representan una de las formas básicas de reciprocidad. Es por ello que, cuando dichos compromisos son incumplidos, se genera una serie de conflictos que trascienden la relación entre quien sufrió el ataque y quien no socorrió a la víctima. Cuando una PSH es agredida físicamente y sus compañeros no lo protegen, la sensación de vulnerabilidad se expande por todo el grupo. A partir de entonces, nadie sabe si, en caso de ser objeto de una golpiza, sus colegas lo ayudarán, por lo cual todos se cuestionan si a su vez vale la pena arriesgarse en la defensa de un compañero. En tales ocasiones, las bases que sostienen al grupo se ven carcomidas por las dudas, la desconfianza nuevamente parece dominarlo todo.

*Luego el Duque me contaría indignado su versión de los hechos. Dice que los agresores eran tres tipos que incluso patearon las cajas de cartones, que con el ruido que hicieron sus compañeros tienen que haber escuchado todo, pero optaron por hacerse los dormidos.*

---

<sup>179</sup> Cohen (et al., 1988) analiza la cooperación en temas de seguridad como un aspecto especialmente relevante en las poblaciones de PSH de edad avanzada.

*“Luego cuando cae una moneda de un centavo todos la oyen caer” (...) No defender a un integrante del grupo en caso de un ataque nocturno es una regla que no puede ser transgredida sin consecuencias. De alguna manera, en tal momento el pacto implícito que los unía se rompe, queda en entredicho quebrando el equilibrio, la seguridad, la confianza mínima indispensable. El Duque puede haber soportado muchas cosas de sus compañeros, pero este parece ser el límite de su tolerancia. Cuando se obvia la regla más importante a respetar, entonces el integrante perjudicado se distancia. Pero los demás también se ven afectados, pues la moraleja de tal experiencia es la del sálvese quien pueda (11 de Enero de 2007).*

Por otra parte, la seguridad y protección mutua es un código que en muchos casos trasciende al grupo. Incluso quienes desconfían de las demás PSH y han optado por recorrer la ciudad de forma solitaria, adhieren al principio según el cual en la calle no es conveniente dormir sólo. Así, buscando disuadir a posibles agresores y fingiendo pertenecer a un grupo de *homeless*, esta gente se aproxima durante las noches a otras PSH. Luego, por las mañanas, cada uno sigue su rumbo sin dirigirse la palabra<sup>180</sup>. En definitiva, existe un código de calle por el cual los desconocidos que duermen en un radio próximo de distancia se deben protección mutua.

*Carla cuenta como en cierta ocasión se despertó siendo apedreada por unos jóvenes que salían de una discoteque y así pretendían prolongar la diversión. “Claro, es que metida dentro de los cartones, nadie te ve, nadie sabe si eres hombre o mujer. Se confundieron y me tiraron de todo”. A partir de entonces decidió que nunca más dormiría en la calle sin la protección de un grupo, pues “en la calle no se puede estar sólo” (...) Cuando hablamos de dichas agresiones, Delia realiza un comentario interesante que dice mucho sobre su concepción del espacio. Señalando una línea imaginaria ubicada inmediatamente luego del soportal donde se protege, dice: “a partir de allí no te conozco; pero si duermes aquí dentro, por más que no te haya visto nunca te defiende con uñas y dientes” (7 de Febrero de 2006).*

A pesar de lo escrito anteriormente, el sentido de comunidad no debe ser exagerado. De hecho, sólo en determinados contextos puntuales estas personas se reconocen como miembros de un grupo de PSH. Durante una ruta nocturna con la ONG pude presenciar uno de tales acontecimientos extraordinarios. Me encontraba con otros voluntarios conversando con la gente de Ópera, cuando otras cuatro PSH irrumpieron en la plaza increpándonos por no haber pasado antes por otro sector de la ciudad donde solían esperarnos. Enfadados, los recién llegados comenzaron a pedir alimentos de mal modo. La reacción violenta y en bloque de los residentes de Ópera no se hizo esperar: terminaron expulsando a estos hombres de la plaza. Lo interesante fueron los motivos a partir de los cuales los miembros de la plaza Isabel II justificaron su

---

<sup>180</sup> En un informe interno del Samur Social (2006), se plantea que la mayoría de las PSH no duermen solas, sino en grupos. Ello no supone que formen parte de un asentamiento –definen al mismo como una relación estable entre cinco o más PSH, donde se producen intercambios de servicios y prestaciones entre sus miembros. Por el contrario, se trata de personas que duermen acompañadas por temor y así se garantizan un mínimo de seguridad.

actuar: debían remediar una descortesía, pero principalmente señalaban que esta gente frecuenta los comedores sociales pero “tiene su piso”. Es decir, puede que sean PSH pero no son sin techos, no duermen en la calle, y por lo tanto tienen menos necesidades y derechos que ellos. Además, y por sobre todas las cosas, se trataba de “intrusos que invadieron su territorio” de mal modo. La noción de control territorial los llevó a aunar sus fuerzas para expulsarlos del sitio. En definitiva estas personas se reconocieron como integrantes del grupo de Ópera, reivindicaron un espacio como propio y se autoproclamaron como “sin techos”, pero sólo cuando consideraron que su lugar estaba siendo asediado.

*Cuando comenzamos a entregar las cosas que nos quedan llegan César, Clara y otras dos PSH. César ingresa en la plaza a los gritos y diciendo de mal modo: “la gente los está esperando en Callao ¿Por qué no habéis ido? Están todos muy cabreados. ¡Vamos, dame unos bocadillos!”. Entonces todo degenera en una pelea que dura largo rato. Nicolás abandona su aislamiento y de forma muy violenta increpa a César. “Es por culpa de hijos de puta como estos que el mundo está así. Sois unos gilipollas”. Con la discusión entre Nicolás y César, estallan varios conflictos latentes. Con Sebastián buscamos calmarlo, pero Nicolás no nos hace demasiado caso. “Los voluntarios vienen aquí de buenas maneras y no hay derecho a tratarlos así. No vienes nunca aquí, no sabemos ni quien eres, y llegas de mal modo a exigir que te den. Te vamos a dar, pero por el culo”. Toda la gente de Ópera grita cosas diferentes, por lo que la confusión es total. Bruno le da la razón “estamos aquí siempre los mismos. Todo el tiempo siempre los mismos. Ellos vienen aquí sólo para pedir. Entonces si que vienen todos, entonces todos van a la calle” (...) Sebastián me dice “ustedes vienen aquí, nos dan lo que hay. Y si no hay nada, pues no pasa nada. Nunca nos verás abrirles la bolsa como ha hecho este hombre. Es de mala educación. En cambio ellos vienen aquí, piden de forma prepotente, los tratan mal a ustedes. Encima tienen lugar donde dormir. Mira yo duermo con esto -me señala una manta. Ellos están en sus pisos”. En medio del griterío llego a distinguir la voz del Capitán que, como tantas otras veces, sintetiza todo lo que ocurre con su frase de cabecera: “pico y pala” (26 de Julio de 2004).*

Al interior de los códigos de convivencia asociados con el control sobre el territorio, cabe mencionar las formas de ocupación del espacio. Durante el día, no hay sitios que puedan ser invocados como propios. De hecho, no existe un patrón de uso de los bancos ubicados en la plaza. La gente de Ópera los utiliza de acuerdo a sí los encuentra libres. Ello es así como consecuencia del tráfago de los peatones, pues es en el horario productivo cuando la plaza adquiere su dimensión más pública, más abierta. En los meses de mayor calor me tocó presenciar alguna discusión por los escasos espacios verdes que bordean la plaza. Los pocos árboles que allí se ubican generan una sombra reducida, muy valorada durante las horas de la siesta. Pero estas discusiones se dieron justamente como consecuencia de no estar claramente estipulado a quien “pertenecen” los sitios donde dormir la siesta. Todos pueden reivindicar o hacer uso de los mismos, y ello es motivo de conflictos. No ocurre lo mismo durante las noches, pues es entonces cuando el proceso de apropiación del espacio cobra mayor fuerza en

los sitios que son utilizados para pernoctar. En tal momento, cada individuo reivindica como propio un lugar concreto. El uso prolongado en el tiempo es el que da legitimidad sobre el sitio, y los demás reconocen y respetan ese privilegio. De hecho, la antigüedad es un criterio frecuentemente invocado por más de una PSH cuando se discute el derecho al uso. A su vez, quien posee el dominio temporal sobre un espacio personalizado ostenta la facultad de determinar con quien compartirá dicho entorno durante las noches.

*P: ¿Cómo lo tienen acordado? ¿O sea por ejemplo, vos dónde solés dormir?*

*R: No porque ya tienes tu sitio y ya cuando llevas un tiempo allí duermes y nadie te lo quita. Nadie te lo roza. Si viene uno nuevo, le dices “oye, pues mira yo voy a dormir allí, tú puedes dormir aquí”. Entonces le dejás un algo. Tú sitio está estipulado, cada uno tiene más o menos nuestro sitio, aunque hemos cambiado varias veces de sitio. Normalmente tenemos cada uno nuestro sitio. Si yo voy, por ejemplo a las ocho donde Nicolás, si él llega luego a las diez, me tengo que ir. Lo lógico es que me diga “¡eh, arriba!”. Ahí no hay... por eso no hay problemas, ni hay riñas (Entrevista al Jirafa, 15 de Marzo de 2005).*

Pero los límites están dados, una vez más, por la naturaleza del ámbito donde residen. Si un sujeto ha pasado meses fuera de la plaza, no podrá lamentarse si al retornar constata que lo que era su espacio ha sido ocupado por otra persona. En cambio, no queda tan claro cómo resolver las situaciones donde la ausencia ha sido de unas pocas noches. Dos de los soportales del Teatro Real son utilizados por los integrantes más estables del grupo; los otros dos soportales suelen ser el sitio donde terminan quienes perdieron la contienda respecto de un espacio en concreto.

*Llego a la fachada del Teatro Real y me encuentro con problemas. Lionel se lamenta, pues tiene que dormir sólo, en el portal contiguo al portal principal donde se suele ubicar. “Me voy fuera tres días, vuelvo y me ocupan el sitio”. También se queja de que por error se confundió su manta con la de Alfredo, pues la guardan en el mismo sitio, lo cual ha hecho que su compañero lo tratase de ladrón. El “Siesta” reacciona diciendo que “las cosas no son así. Esto es de todos, la calle no es de nadie. El primero que llega se pone”. Indagando en los códigos que rigen la ocupación de los espacios, le pregunto al Siesta qué ocurriría si alguien ocupase el portal de la Casa Real de Música. Me responde de la siguiente manera: “¡Hombre, no! ¿Sabes quien dijo que todo es relativo? Einstein. Ese es mi sitio”. Luego Jerónimo agrega: “lo que pasa es que tú vas hablando por ahí de tu paga, de que duermes en una pensión, y generas envidia. Que aquí los agujeros son trincheras” (6 de Febrero de 2006).*

Al residir en un ámbito dominado por las restricciones, los códigos que reglamentan la convivencia no pueden limitarse al plano espacial sino que deben complementarse con la dimensión discursiva. Probablemente, el criterio que logra un mayor consenso en Ópera sea el que sostiene que cuantas menos reglas existan mejor. A modo de ejemplo, cabe mencionar que algunos investigadores mencionan la presencia de líderes en las agrupaciones de *homeless*

(Bahr, 1973; Cohen *et al.*, 1988; etc.). Es posible que esta sea una particularidad del grupo en el cual me he centrado, pero en la plaza Isabel II dicha situación sería insostenible. Cada vez que alguien intentó destacarse e imponer alguna regla, lo único que consiguió fue la atomización anárquica del resto del grupo. Un líder implicaría una jerarquía, y peor aún, un intento por fijar un orden bien delimitado. Si hay algo que destacan estos hombres como positivo de plaza Ópera, en claro contraste con lo que fuera su vida laboral, el ámbito familiar y la relación con los recursos sociales para PSH, es la libertad entendida como la disminución de las reglas sociales a un mínimo. Ninguno de ellos está dispuesto a perder uno de los pocos privilegios de los que gozan. Así lo refleja el siguiente fragmento de campo, donde un miembro del grupo sostiene que los inmigrantes sin hogar logran una mayor cohesión respecto de los españoles.

*P: ¿Y por qué les cuesta tanto unirse a los españoles sin hogar?*

*R: No lo sé, ahí no te puedo decir. Porque todos queremos ser el jefe... el jefe. Entonces todos no podemos ser el jefe. Entonces se pueden poner unas normas, como dije alguna vez, un horario, unas condiciones para estar dentro. “Yo quiero esto, porque tú estás poniendo las normas”. Entonces ya vienen... no las peleas, sino las... no lo sé. Nadie acepta lo que le impone el otro (Entrevista a Mariano, 18 de Junio de 2005).*

En la plaza Isabel II existe un acuerdo común, el cual forma parte de los procesos de control de la información, que podría resumirse con la siguiente frase: “no hagas preguntas personales”. Tratándose de gente que ha perdido su empleo, ha visto como su vida iba de mal en peor, ha experimentado la humillación de ser interpelada en numerosas ocasiones por “los funcionarios de lo social”, nadie quiere verse forzado a recordar su biografía (Bahr, 1973; Snow y Anderson, 1993; etc.). Repitamos que lo que muchos buscan en la vía pública es el anonimato, la invisibilidad. La consecuencia de tal situación es un código que estipula que si alguien quiere contar su vida los demás lo escucharán, pero nadie hará preguntas personales si no es el propio sujeto quien inicia la conversación.

*No, realmente no nos contamos nada. Luego hay alguno que viene contando la historia sin preguntarle nada, “y me ha pasado esto”, pero son cosas sin importancia. Yo, realmente, poco sé de los que hay. Poco no, nada. Del que más sé es del Duque, pero por que siempre está en lo mismo: “me voy a ver a mi chico”. Sé que tiene chicos y chicas. Hasta ahí me dijo, pero no sé como se llaman, ni donde viven (...) No, no sabemos nada porque no hablamos. No tenemos la suficiente confianza para exponerlo porque quizás no nos quedamos con la historia, porque de vez en cuando yo sí cuento mi historia, pero en pequeñas porciones. Ellos saben que tengo una hermana, soy casado, esas pequeñas cosas sí. Pero no se llega al fondo de la cuestión. Porque si saben que tengo una hermana, pues me pueden decir: ¿dónde vive tu hermana? Yo no he dicho que tiene 51 años, vive en Alicante, no llego a eso (...) porque el contar una tristeza tampoco va a solucionar nada al otro. En pequeñas porciones sí, porque a lo mejor mira “cuando yo tenía tal edad, hacía esto, lo otro”, esas pequeñas porciones sí. ¿A quien le cuento yo el problema que he tenido*



*con mi mujer, por ejemplo? Le voy a amargar la vida, el día al otro. Hay que ver, esa persona va a tener el mismo problema que yo. O mayores. Conocemos lo que sería la faceta alegre, pero la mayoría no tenemos una faceta alegre, por eso nos conocemos menos (Entrevista a Mariano, 18 de Junio de 2005).*

En consecuencia, en más de un caso comprobé que conocía más detalles de la vida de un informante de los que sabía un compañero que lleva años viviendo en la misma plaza. La necesidad de anonimato o de distanciarse del propio pasado, se refleja en lo frecuente que es encontrarse con PSH que identifican a sus “colegas” con un apodo, sin jamás preguntar por el nombre y menos aún por el apellido<sup>181</sup>. Tal código común supone un límite para la consolidación de los lazos de amistad, pues genera una distancia que asocia a la intimidad con la obligación de divulgar información personal.

*Tampoco vemos a Jesús, aunque mi compañero de ruta me informa que el lunes pasado continuaba en la esquina más próxima al Palacio Real. Cuando le preguntamos a Diego por tal anciano, nos responde que no lo conoce. Intentando darse cuenta de quien estamos hablando, me pregunta por su apodo y me explica que en la calle no suelen contarse los nombres: "aquí nos conocemos todos por el manchego, como el asturiano y así" (18 Abril de 2005).*

Otra situación que refleja la voluntad de escaparle a los relatos más íntimos, de lograr cierta autonomía sin tener que rendirle cuentas a nadie, consiste en lo común que es constatar como repentinamente una persona desaparece de la plaza sin dejar rastro. Luego de meses de convivencia y sin anuncio previo, una mañana cualquiera Bruno o el Capitán pueden marcharse para volver mucho tiempo después sin dar ningún tipo de explicación. Al respecto, vale la pena recordar los escritos de Goffman (2001), quien entiende a la movilidad como una forma de limitar la información biográfica que se tiene del individuo. La consecuencia lateral de tal movilidad puede ser la dificultad para formar un sentimiento de colectivo (Rosenthal, 1994). No obstante, el “anonimato no es simplemente un síntoma de la naturaleza impersonal de la vida en la calle, sino también una estrategia adaptativa que promueve la supervivencia mutua” (Snow y Anderson, 1993: 177).

---

<sup>181</sup> En dos ocasiones me sucedió que, al intentar visitar a una persona que se encontraba hospitalizada, pregunté por el nombre completo a los compañeros de calle para averiguar en qué habitación de la clínica se encontraba el convaleciente. En ambos casos la respuesta fue similar: “no sé, le dicen el Siesta, creo que se llama Sebastián, pero no me ha contado más que eso”. Anderson (1923) o Snow y Anderson (1993) son algunos de los investigadores que han indagado sobre los cambios de nombres en las PSH. Goffman (2001) se refiere a este tema en tanto el indicio de una fractura entre la identidad personal del sujeto y el mundo exterior, como una brecha que marca un quiebre entre el pasado y el presente/futuro.

*Interrumpo un momento su relato para preguntarle por Bruno. Con un cierto tono de reproche me dice que hace unos cuatro días se despertó de una siesta y se marchó con destino incierto –supone que se fue a Guadalajara. “Como si nada, sin decir nada a nadie. Pero las cosas aquí son así. Un día de estos volverá, y que no pasa nada” (13 de Junio de 2005).*

Snow y Anderson (Ibídem) sintetizan otro código de convivencia con la siguiente expresión: “lo que va, viene”. Se trata de una forma concreta de relacionarse con los objetos y las personas propia de un mundo de penurias, que posee similitudes con las tácticas psicológicas que fueron analizadas en el capítulo 3. A pesar de que las PSH suelen describir el entorno en el que viven como dominado por el egoísmo, lo cierto es que es muy frecuente constatar como comparten los recursos que han obtenido. Las redes de los *homeless* deben ser entendidas como estructuras económicas que maximizan seguridad, y que permiten un “intercambio recíproco que presupone un flujo de bienes y servicios en ambos sentidos. La generosidad, si tal se la puede llamar, no es pues completamente desinteresada (...) El concepto de generosidad aplicado al intercambio recíproco no debe entenderse como una cualidad moral sino como un efecto de la necesidad económica: es la escasez y no la abundancia lo que vuelve generosa a la gente” (Lomnitz, 1975: 204-205).

Los golpes de fortuna no suelen ser lo suficientemente importantes como para escaparle a la situación en la que se encuentran, y esto es algo que han comprendido quienes llevan años en el sinhogarismo. De tal manera, cuando el individuo disfruta de uno de tales momentos, muchas veces gasta junto a sus compañeros lo que ha obtenido<sup>182</sup>. Muy probablemente, en pocos días la suerte cambie; entonces, cuando falte lo indispensable, el sujeto podrá invocar el principio de reciprocidad. Cuando no hay perspectivas de escaparle a la situación de calle no tiene sentido acumular: la posibilidad de ser robado está siempre presente; además, ¿dónde guardar los bienes obtenidos? Lo más sensato es consolidar lazos de reciprocidad con la mayor cantidad posible de gente. El siguiente cuaderno de campo, centrado en las prácticas de una PSH que se gana la vida buscando y vendiendo chatarra, es un buen ejemplo al respecto.

*Alejandro se muestra muy activo e incita al resto a imitarlo. Recrimina al Jirafa, pues hoy le avisó donde podía encontrarse buen material y este no se movió de la plaza. No se muestra celoso de su información, sino que cuenta al resto dónde se puede sacar una*

---

<sup>182</sup> Wacquant observa un patrón similar en los habitantes de los guetos. El dinero “se amasa, consume y acaba en el acto. Es que más vale gozar hoy cuando no hay seguridad alguna de tener mañana (...) En semejantes circunstancias de inseguridad social permanente, en que la vida se resume en el arte de sobrevivir y hacer lo mejor posible con lo poco que se tiene, es decir, nada de nada, el presente es tan incierto que devora el futuro y prohíbe concebirlo de otra manera que en la forma del sueño” (1999b: 141-2).

*tajada. Parecería como si por un lado hubiese suficiente para todos, y por el otro fuese fundamental compartir la información. Es decir, uno se puede pasar el día entero circulando sin detectar nada aprovechable. Si un compañero encuentra un filón, lo mejor es compartirlo. Primero por que hay un límite en lo que un hombre puede sacar de la basura, el cual está dado por el peso y el volumen que puede acarrear. Y segundo por el código implícito de la calle al que parece suscribir este hombre: “lo que va viene”. Es más provechoso para el conjunto compartir la información, que todos saquen un beneficio cada día, antes que actuar de forma egoísta obteniendo muchos recursos unos días y nada otros (11 de Enero de 2006).*

Una aclaración: sería un error limitar las relaciones que las PSH establecen entre sí a una dimensión utilitaria. En la calle muchos *homeless* muestran su voluntad por socializar, de establecer vínculos de amistad. Las redes de PSH suponen un sostén afectivo digno de consideración (Row y Wolch, 1990; Liebow, 1993). Asimismo, en Ópera se encuentran rodeados de personas que comparten un mismo destino. Allí pueden relajarse, no deben fingir lo que son como ocurre en otros sitios de la ciudad<sup>183</sup>.

Otra forma de comprender los códigos que regulan las relaciones del grupo consiste en analizar qué se comparte en plaza Ópera. Como destaca Lomnitz, la reciprocidad genera un sentido de pertenencia social: “al compartir sus recursos, escasos e intermitentes, con los de otros en idéntica situación (...) logra imponerse en grupo a circunstancias que seguramente lo harían sucumbir como individuo aislado (...) estas redes de intercambio representan el mecanismo socioeconómico que viene a suplir la falta de seguridad social, remplazándola con un tipo de ayuda mutua basado en la reciprocidad” (1975: 26).

El nivel de reciprocidad varía de acuerdo al tipo de objetos. Como se sostuvo anteriormente, en la calle se comparte información y la promesa de ser auxiliado ante posibles ataques. Al mismo tiempo, los bienes que apuntan a lo más básico suelen ser objeto de un intercambio desinteresado. A modo de ejemplo, vale la pena mencionar las reiteradas ocasiones en que una persona vuelve a la plaza para encontrarse con que le falta el saco de dormir; en tales casos, casi siempre surge alguna PSH que ofrece una manta o un abrigo con el cual soportar las temperaturas nocturnas.

*Luego de un tiempo sin visitar la zona, Juancho vuelve a la plaza. Pretende quedarse a dormir aquí, pero no tiene mantas ni nada con que cubrirse del frío. Entonces veo como Sebastián, pese a que Juancho se pasó la tarde entera incordiándolo, va hacia la zona*

---

<sup>183</sup> Goffman (2001) argumenta que las personas estigmatizadas suelen dividir a los espacios en función de la revelación u ocultamiento de su identidad. Hay sitios donde el sujeto es conocido, mientras que otros lugares suponen el estrés de elaborar una mentira tras otra para enmascarar su estigma.

*norte de la plaza, levanta una tapa de la alcantarilla y saca una bolsa de plástico. Regresa con tres mantas, y ofrece una al recién llegado (30 de Mayo de 2005).*

El tabaco y los cartones de vino se sitúan bajo una forma de reciprocidad menos altruista. No existe una entidad que proporcione gratuitamente estos bienes, como si ocurre con la indumentaria y el abrigo, por lo cual dichos objetos se inscriben bajo una lógica más monetaria. Spradley (1970) ha detallado minuciosamente los denominados “bottle gangs” o grupos de PSH que se congregan en torno a la bebida. La plaza Isabel II se rige mediante un mecanismo similar al descrito por tal antropólogo: considerando que nadie tiene el dinero suficiente como para beber lo que el cuerpo le pide a lo largo del día, el proceso se inicia cuando alguien sugiere comprar un cartón de vino; a continuación, todos deben aportar alguna moneda (Bahr, 1973; Cohen *et al.*, 1988). La compra del vino también puede recaer en una única persona, pero entonces este hombre tiene derecho a beber de los próximos cartones sin pagar por ellos. No siempre esta práctica se cierra a los integrantes de Plaza Ópera: si un desconocido ofrece un cartón, puede ser bienvenido e incluso iniciar así su ingreso en el grupo. A veces alguien llega cuando el cartón ya está abierto, o puede encontrarse sin dinero, lo cual no será motivo de discriminación. La gente de Ópera sabe que allí podrá beber por más que no disponga de efectivo. No obstante, la reciprocidad establece que ese sujeto deberá invitar al resto en el futuro. En una economía dominada por la escasez, el límite de tolerancia es muy estricto frente a quien no contribuye monetariamente.

*Cuando tiene un paquete de tabaco, suele ofrecer; poquito, pero suele ofrecer. Con el sistema del alcohol lo mismo. Ahora por ejemplo voy por un litro de vino, llego a la plaza y el que quiera beber que beba, yo lo abro y ahí está. Seguro que si no voy a por el vino, alguien ha llevado alguno. O bueno, “que hay que ir a por un Don Simón” -la marca de un cartón. Y entonces que “yo tengo esto”, que el otro tiene tanto, y así. Y lo que hay es de todos. Eso es lo bueno de Ópera, tú estas sin nada y sabes que allí podrás beber. Alguna vez ha pasado de decir “no, esto es mío y no lo comparto con nadie”. Pero a los diez minutos se le ha pasado el cabreo y ya está. El Duque vino anoche, estuvo ahí hasta las doce y pico. Fue a por un vino, lo abrió, pegó un trago y “pa ti”. Me lo dejó entero. Cómo me pongo, si tengo dos (risas) (Entrevista a Mariano, 18 de Junio de 2005).*

Es necesario abrir un breve paréntesis para dejar en claro que el vino implica una serie de funciones que trascienden el aspecto socializador. El alcohol es un bien insustituible en el proceso de adaptación al contexto de calle. Permite afrontar el tedio de las horas improductivas, los momentos de desesperanza y tristeza, olvidar el pasado y disminuir las tensiones del presente, brinda un apoyo considerable en los días de frío, y puede resultar indispensable para

quedarse dormido una vez recostado en el gélido cemento de la urbe<sup>184</sup>. Se trata de un escape estigmatizado por parte de la sociedad, pero consistente con los códigos que rigen a Ópera en tanto grupo específico de calle, un comportamiento adaptativo que tiene sentido si se lo analiza en el entramado de exclusión (Snow y Anderson, 1993). Pero, simultáneamente, el alcohol también es un elemento absolutamente disruptor de la armonía comunitaria<sup>185</sup>. Al generar una serie de reciprocidades y devoluciones, exacerba la cantidad de bebida consumida. Además, muchas de las peleas son producto de la ebriedad; esto sucede especialmente durante las noches, cuando el nivel de alcohol ingerido se acumula en el cuerpo.

*Con el primero que hablo es con Nicolás. Me recibe diciéndome que "estoy harto de todo esto, estoy quemado". "Hace nueve días que no venía por aquí y no veo la hora de marcharme. Aquí todo es alcohol, todo son broncas". Me explica que la gente se despierta y comienza entonces a embriagarse, por la tarde vuelven a tomar y durante la noche hacen lo mismo, llegan a tener tres borracheras a lo largo del día. "Claro, y cuando llega la noche no se mantienen en pie del pedo que llevan, y todo son broncas. Que si esto, que si aquello...". Estuvo durmiendo en lo de su hija, y ahora se arrepiente de haber vuelto. Dice que es el alcohol el que genera las broncas continuas, las peleas por estupideces (9 de Mayo de 2005).*

Respecto del dinero, puede que sea el bien que menos se comparte, sobre todo cuando son cantidades que superan la cifra de un dígito. Claro que esto ocurre, principal y sencillamente, como consecuencia de que no suele darse el caso en el que el sujeto disponga de efectivo para distribuir despreocupadamente entre sus conocidos<sup>186</sup>. A pesar de ello, más de una vez he constatado la existencia de préstamos monetarios entre PSH.

*Lo demás tratamos de todo lo que tenemos compartirlo. Al dinero no lo compartimos porque tampoco tenemos mucho. Pero si yo a alguno... ayer, me dijo "déjame cincuenta céntimos que es lo que me falta". "Toma". Yo sé que lo voy a recuperar. Otro día me va a faltar a mí, y me lo dará. Bruno se quería ir a Guadalajara y me dijo "¿no tendrás seis euros?". "¿Para que?". "Tengo que ir a Guadalajara". Meto la mano en el bolsillo, tengo*

---

<sup>184</sup> Al respecto, Jack London (2002: 219) ha escrito: "en otros momentos de obesidad mental y preocupaciones intelectuales, recordé aquello y supe que el deseo de lo anodino, de la despreocupación, residen en el alcohol y sólo la bebida puede satisfacerlo".

<sup>185</sup> Comparando entre grupos de PSH, Bahr (1967) destaca que quienes presentan problemas con la bebida muestran una mayor propensión a la socialización –por lo general, sus vínculos se limitan a otros sujetos que también padecen de alcoholismo. Pero, simultáneamente, los años de calle llevan a un aislamiento muy superior en estas personas respecto de otros individuos y grupos de PSH. Asimismo, Hopper (1989) advierte que desde la antropológica se ha puesto demasiada atención en los aspectos positivos del alcoholismo en tanto forma de cohesión e integración grupal, en sus funciones adaptativas. De tal modo, se han silenciado los costos individuales asociadas con tales prácticas, así como dificultado la posibilidad de imaginar tratamientos alternativos.

<sup>186</sup> Cuando en un estudio con *homeless* madrileños se les preguntó si acuden a otras PSH para pedir favores, el 76% respondió negativamente (Cabrera, 1998). Estos datos indican un cierto nivel de aislamiento, pero por sobre todo muestran lo poco que pueden esperar de quien nada tiene para ofrecer a nivel de ayuda material.

*seis euros, los pongo. ¿Por qué? Porque cuando viene lo primero que va a hacer va a ser: "pues toma". Porque es una ayuda. Hoy por ti, mañana por mí (Entrevista a Mariano, 18 de Junio de 2005).*

Con la comida se da una situación ambigua, intermedia entre las mantas y el dinero. Por lo general no existe una necesidad de devolución ni se produce un control demasiado estricto sobre la reciprocidad. A veces se dividen las tareas, o se hace un fondo conjunto donde cada persona aporta algo al almuerzo grupal.

*Cada uno tiene un sitio donde ya te conocen. Uno va a por el embutido, por ejemplo aquí a la calle Arenal que se llama "La Madrileña", que es una charcutería, lo tienen preparado, porque vamos casi siempre a la misma hora, tienen preparado un paquete, que son los recortes... que se puede comer, pero solo la punta del jamón york, cabeza de jabalí... Embutido. El otro va a una panadería que se llama "La Gallega", ahí le dan el pan. Otro se sube al mercado de San Miguel, que es un poco mas arriba, y se trae fruta. Porque ya también es conocido, entonces va y le regalan la fruta que está un poco picada, que esta buena para comer. Entonces se trae manzanas o peras o melones, ¡yo que se! O lo que le den para comer. Y así entre todos vamos tirando (Entrevista a Mariano, 18 de Junio de 2005).*

Pero, a diferencia de lo que sucede con los cartones de vino, es común que esta forma de organización se limite a aquellas personas que tienen una mayor afinidad. Como sostiene Lomnitz, los distintos grados de reciprocidad reflejan en buena medida el estado de las amistades: "según el grado de confianza, cada pariente o amigo puede servir para entablar una relación de reciprocidad diferente: uno para los préstamos, otros para las grandes emergencias, otros para confidencias o información" (1975: 214).

### **3. La desafiliación como sinónimo de valores y relaciones sociales alienantes**

Los códigos morales que organizan una sociedad no determinan el contenido de las acciones, sino que tan sólo proveen una guía para las prácticas cotidianas y la interacción con las demás personas dentro de un contexto sociocultural específico. Esto ocurre con cualquier individuo o grupo humano, y se potencia en quienes residen en los últimos peldaños de la pirámide social. Por consiguiente, afirmar que existe una serie de códigos propios del grupo de calle no supone que todos los integrantes del mismo cumplan taxativamente con los mismos (Snow y Anderson, 1993). De hecho, en los momentos críticos es donde se generan, se afianzan o se acaban las amistades (Liebow, 1993). No hay que fallar en tales circunstancias. Como señala Cohen (*et al.*, 1988): "la reciprocidad es la señal de casi todas las relaciones (...) un fracaso en la reciprocidad puede terminar rápidamente una relación". Para el caso de las PSH, la intensidad

de los intercambios varía en función de cómo progrese la relación entre recursos, necesidades, y devolución de favores (Spradley, 1970). La mayoría de los conflictos surgen como consecuencia de acusaciones donde se destaca la no devolución de las reciprocidades convenidas.

*Los problemas viene por otras cosas, porque si no compras vino, porque si no compras tabaco. En las chorradas estas. En donde ya te cuesta sacar el dinero y pagarlo, ¿me entiendes? Ahí ya es donde ya nos paramos unos a otros los pies. Ahora no puedo yo llegar a la plaza y decir: “dame un cigarro, dame un cigarro”. “Que te he dado ayer, y aún no me has devuelto”. Ahora en cuestión de la comida, me dicen “¿tienes por ahí algo?”. “Ah, pues sí, a mí me queda un sándwich” (Entrevista al Jirafa, 16 de Marzo de 2005).*

Un motivo de discusión pasa por la distribución de las tareas. En este caso, la reciprocidad adquiere la forma de una incipiente división del trabajo. Salvo excepciones, como la situación mencionada anteriormente respecto de algún ocasional almuerzo común, esta gente no suele unirse y cooperar en pos de un mismo objetivo. Así y todo, es posible registrar discursos donde un *homeless* se queja de cómo se preocupa por el bienestar de sus compañeros sin ser retribuido<sup>187</sup>.

*Llega Alfredo arrastrando muchos cartones. Se nota que está enojado. Con una expresión triste, desilusionada, me explica que “ni bien me di vuelta, Jerónimo se había marchado con Teresa. Se fue a donde no debe ir. Eso no se hace”. “Encima se llevó el tabaco” es lo que exclama en más de una ocasión, como desplazando el centro del problema a temas menores. “Ahora cuando vuelva, va a dormir en la calle. ¡Va!, todos estamos en la calle, pero quiero decir que aquí no duerme, que duerme ahí” -lo dice señalando primero el portal del Teatro donde están instaladas sus mantas, y luego la vereda donde nos encontramos conversando. Sin pretenderlo, me da una lección sobre cómo concibe al espacio, sobre las normas implícitas inscriptas en dicho sitio: “yo me ensucio las manos con cartones, preparándolo todo, y el no va a venir tan tranquilo”. Alfredo parece querer decir que, cuando las relaciones se han roto, el espacio pasa a ser propio, no compartido. Él se gana el espacio pues fue quien desplegó las mantas, buscó los cartones entre la basura, los apiló como corresponde... en fin, quien hizo todo el trabajo (20 de Febrero de 2006).*

A pesar del código que apunta a no inmiscuirse en la vida personal, al convivir tantas horas existe un cierto control sobre los compañeros, especialmente en lo que se refiere a su capacidad adquisitiva. Es decir, la gente suele saber con cierta precisión qué día cobra tal persona su pensión, de cuánto dinero puede disponer, etc<sup>188</sup>. Así, cuando un sujeto alude encontrarse sin

---

<sup>187</sup> Snow y Anderson (1993) señalan que los discursos que apuntan a presentarse a sí mismo como un amigo, como alguien que respeta la norma de reciprocidad y que comparte los recursos escasos con sus compañeros, forman parte de las modalidades que adoptan las PSH por preservar su propia estima.

<sup>188</sup> Este tipo de información puede ser más importante que la referida a la identidad de otra PSH. Las palabras de Martínez Pérez sobre el chisme son válidas al respecto: “más necesario que saber el nombre

fondos, es común que se inicien discusiones en las cuales los colegas sospechan de la veracidad de sus palabras. Pero en Ópera no existe un sistema de sanciones que penalicen a quienes han violado alguno de los pocos códigos que rigen al grupo; de tal forma, las acusaciones en torno a la falta de reciprocidad generan un clima de enemistad y desconfianza que nunca es plenamente resuelto.

*Me impresiona como conocen los movimientos de los demás, incluso, o sobre todo, la cantidad de dinero que disponen. Lionel pide para tabaco, nadie le da y este les recuerda que mañana le depositarán dinero en el banco, que entonces podrá devolver la suma. Antonio, el Duque, Alfredo y Manuel se burlan de él. Dicen que el tipo que lo contrataba nunca volvió a la plaza, y que tiene la tarjeta desmagnetizada, por lo que si incluso le depositan la RMI tampoco podrá retirar tal dinero -mañana es fiesta y el banco permanecerá cerrado. Cuando menciono cómo conocen los movimientos de su compañero, Manuel me responde: “¡hombre!, si es mi vecino de pieza” (2 de Mayo de 2006).*

El análisis de las formas de reciprocidad nos lleva a reafirmar que los vínculos que se establecen entre las PSH oscilan entre el aislamiento y la sociabilidad<sup>189</sup>. En la vía pública es muy fácil hacerse con conocidos. La gente tiene tiempo, se aburre ante tantas horas sin nada por hacer, por lo cual existe una cierta predisposición a entablar diálogos con desconocidos. Pero, al mismo tiempo, la calle incentiva la vinculación superficial, dificulta la posibilidad de consolidar lazos sociales. Se trata de un espacio donde todo fluye, pues la mayoría de las PSH entran y salen constantemente de la vía pública -ya sea porque logran escaparle al sinhogarismo ya porque se trasladan a otros sitios. Nada sólido puede erigirse en tales arenas (Rosenthal, 1994).

No obstante, las razones de la naturaleza tenue de los lazos sociales entre las PSH no deben encontrarse en su estatus psicológico en tanto “automarginados”. Por el contrario, “la debilidad de los lazos sociales de la calle proviene principalmente de las circunstancias sociales precarias bajo las cuales tales vínculos se forman y desarrollan. En buena parte, tal fragilidad radica en el valor de supervivencia que poseen los lazos endeble en contextos donde los recursos son escasos” (Snow y Anderson, 2003: 197). Es decir, por un lado el entorno de exclusión espacial condiciona las relaciones sociales; por el otro, los vínculos fáciles de entablar, pero inestables y cambiantes, son altamente funcionales al ámbito residencial. Así, Anderson (1923) señala que los *homeless* suelen ser amigos o enemigos sólo por un día. Más allá de que esta afirmación

---

de alguien es tener acceso a una serie de datos prácticos como puede ser la tarea realizada, los niveles de legalidad de su trabajo, o las relaciones que mantiene” (1997: 178).

<sup>189</sup> De una muestra de PSH en la ciudad de Madrid, el 78% dijo tener amigos sin hogar. No obstante, cuando se preguntó por el nivel de satisfacción de tales relaciones sociales, el 21% dijo que no estaba para nada conforme; el 23% un poco; el 38% bastante y un 17% muy satisfecho (Muñoz *et al.*, 2003).



simplifica en exceso la sociabilidad de las PSH, la intención subyacente de tal autor consiste en destacar el valor adaptativo inherente a los vínculos de calle. Consecuencia de ello es que no sólo la amistad, sino también las riñas se olvidan fácilmente. Estas formas de relacionarse son claves para la subsistencia, pues permiten iniciar una serie de reciprocidades con quien hasta hace pocos minutos era un desconocido –la posibilidad de protegerse mutuamente durante las noches es un ejemplo al respecto. De tal modo, “las PSH encuentran compensación a la escasez de relaciones duraderas en la facilidad y disponibilidad de conseguir relaciones superficiales” (Snow y Anderson, 1993: 174).

*P: ¿Y es posible entonces la amistad viviendo en la calle?*

*R: Si, se hacen amigos. Pero bueno. Es muy difícil coger un amigo que sea amigo-amigo. De momento en la calle se hacen amistades de vino muy rápidamente, pero luego, “Felipe es muy bueno, pero detrás está la guerra”. En la calle es fácil, si. Pero luego tener un amigo que es amigo, eso es más difícil que operar a un mosquito de apéndice. Eso te lo digo yo (risas). Eso es lo difícil. Hacer un amigo, claro que lo haces en la calle pronto. Te vas a la plaza Dos de Mayo, allí con los polacos, es fácil, con los rumanos. Pero claro es la aroma del vino de Valdepeñas, y si es coñac mejor. Ahí no hay problemas (Entrevista al Capitán, 12 de Septiembre de 2006).*

Las teorías sobre la exclusión social y la noción de desafiliación afirman que las PSH forman un mundo social propio que los diferencia radicalmente del resto de la sociedad. En mi trabajo de campo, esta afirmación resulta insostenible. En Ópera, la conformación de un sentido del “nosotros” sólo se generó en las contadas ocasiones donde quienes allí viven reaccionaron ante lo que percibían como una amenaza. Si privilegiamos el punto de vista nativo habría que destacar que la mayoría de estos individuos rechazan la posibilidad de ser asociados con otras PSH. No debe exagerarse el peso que poseen los códigos mencionados anteriormente, tan sólo consisten en unas pocas pautas que apuntan a garantizar una cierta convivencia armoniosa. De hecho, uno de los temas que más me impresionaron en la investigación ha sido los permanentes esfuerzos que esta gente realiza para diferenciarse de las demás PSH. Es su autoestima lo que está en juego, por lo cual la persona, buscando preservar su propia dignidad, se distancia de sus compañeros. Contra lo que suele pensarse, por lo general los *homeless* no se resignan ante las identidades sociales que le son asignadas. Todo ser humano necesita ser valorado, y la forma que encuentran estos hombres de lograr tal objetivo consiste en generar discursos positivos de sí mismo y negativos del resto de sus compañeros (Snow y Anderson, 1993; Rosenthal, 1994; etc.). Para ello reproducen todos los estereotipos existentes con los que

se etiqueta a los sin hogar: aquellos relacionados con el alcoholismo, la mendicidad, la higiene, etc.<sup>190</sup>

Que las PSH adopten como válidos prejuicios que incluso le son nocivos, demuestra hasta que punto continúan formando parte del mundo social dominante<sup>191</sup>. El problema de esta actitud radica en que, en nuestra sociedad, para generar auténticos cambios sociales que beneficien a un grupo poblacional es preciso que los mismos se organicen, generen una identidad propia, y reivindiquen sus derechos de forma activa. Los esfuerzos por distinguirse de sus compañeros, el que reproduzcan tantos estereotipos negativos, conlleva una enorme dificultad por conformar un colectivo capaz de movilizarse y revertir los procesos sociales que aplastan a tantos individuos en el sinhogarismo. De tal manera, “a pesar de que la gente de la calle despliega formas de solidaridad con sus grupos próximos y, menos intensamente, con la gente de la calle en general, la lealtad claramente corre detrás de sus necesidades individuales. La mayoría de las soluciones parecen ser individuales (...) mientras las lealtades colectivas son importantes y significativas, también son frágiles y transitorias” (Rosenthal, 1994: 29). Sobre la dificultad para organizarse, y apelando a los inmigrantes como grupo comparativo, un informante se expresa de la siguiente manera:

*En general los inmigrantes no están en la calle porque tienen mucha más ayuda que nosotros y no es una crítica, sino que la ayuda que tienen es porque ellos la buscan. La culpa es nuestra, de los españoles. Si nos uniéramos tendríamos más ayuda (...) porque si tuviéramos unión nosotros, ¿qué ocurriría? Entre todos podríamos alquilar un piso. Se lo he comentado a estos, estamos durmiendo en la calle con cartones, y si pudiéramos y nos uniéramos que ocurre, aunque sólo un piso y durmiendo en el suelo, aunque sea una habitación, una, dos o seis, y estaríamos protegidos del frío. Pero sabes que pasa también, dicen “quiero una habitación sola, con mi cama, con mi armario”. Pues chico, así no. Y los inmigrantes, pues se meten aunque sea en un piso cuatro familias, en un pisito pequeño, y son un montón de personas. Y se ayudan. Y tienen que ir a un ropero, y va una persona y*

---

<sup>190</sup> Si bien diversos investigadores han mencionado este tema (Liebow, 1993; Grigsby *et al.*, 1990; etc.), Snow y Anderson (1993) han sido quienes lo trataron con mayor profundidad. En su opinión, estas modalidades de diferenciación pueden clasificarse como: a) asociacionales: el sujeto busca desligarse de una identidad social -quienes están dando sus primeros pasos en el sinhogarismo suelen presentarse a sí mismos en contraposición al conjunto de las PSH, mientras que quienes llevan años en situación de calle suelen diferenciarse de grupos específicos de PSH-; b) de rol: el individuo rechaza un papel estigmatizado -como por ejemplo cuando proclama la propia dignidad denostando la mendicidad-; c) institucionales: un factor muy presente en Ópera, donde las PSH se preocupan por demostrar su aversión hacia los servicios sociales.

<sup>191</sup> Goffman explica esta paradoja de la siguiente manera: “el estigma implica no tanto un conjunto de individuos concretos separables en dos grupos, los estigmatizados y los normales, como un penetrante proceso social de dos roles en el cual cada individuo participa en ambos roles, al menos en ciertos contextos y en algunas fases de la vida” (2001: 160).

*trae ropa para todos. Y es lo que no hacemos nosotros. Es que estamos muy divididos... (Entrevista a Mariano, 18 de Junio de 2005)<sup>192</sup>.*

A modo de conclusión, es importante remarcar que vivir en la calle significa soportar cotidianamente un conjunto de contradicciones insalvables que son producto del ámbito de exclusión residencial. En cuanto a las relaciones sociales, podría argumentarse que esta gente se busca constantemente, pero que nunca desea encontrarse. La tensión se manifiesta entonces entre unos pocos pero importantes códigos propios de la calle, y los valores dominantes de la sociedad. El dolor con el que deben cargar es en parte consecuencia de un hecho puntual: las normas hegemónicas sociales no sólo continúan operando, sino que incluso predominan en sus mentes. Pero, al mismo tiempo, las PSH se ven constreñidas a adecuarse a una serie de códigos propios del contexto espacial de exclusión. Todos vivimos, en mayor o menor medida, una tensión entre valores dominantes y preceptos particulares de los grupos específicos a los que adscribimos. Pero en el caso de las PSH, esta situación genera un fenómeno de “alienación”: fomenta la existencia de individuos que no pueden aceptar a su grupo ni abandonarlo, que se ven y son vistos simultáneamente como “normales” y como “marginales”, seres dominados por una serie de ambivalencias difícilmente superables (Goffman, 2001). Como opinó un *homeless* de origen uruguayo:

*El tema de dormir en la calle también consiste en perder ciertos valores. El respeto por los demás, porque claro, al estar ahí tumbado a la vista de todos para mí es faltar el respeto a los demás. La falta de ética, de urbanidad, de decoro. Pero que vas a hacerle, como nadie te da nada y del cielo no cae nada, no tenés más remedio que tumbarte ahí (Entrevista a Jonathan, 9 de Marzo de 2005).*

Para continuar indagando en las relaciones entre las PSH, en el proceso de reafiliación a nivel de calle y el sentido de comunidad, es preciso analizar la noción de hogar que detenta esta gente luego de haber pasado una temporada en la vía pública. El próximo capítulo gira en torno a tal objetivo.

---

<sup>192</sup> A su vez, quienes logran escapar del círculo de exclusión no suelen estar dispuestos a luchar autoidentificándose como *homeless* (Snow y Anderson, 1993). Como me explicó en cierta ocasión un hombre que se encontraba en dicha situación, “es que ya has vivido demasiado, quieres olvidar todo, tener un respiro y empezar a vivir”. De tal manera, politizar su vida podría suponer volverla “aún más diferente de la vida normal que se le negó inicialmente” (Goffman, 2001: 135).

## 9. El significado de hogar en Plaza Ópera

“Quizá pueda volver a predicar. Esa gente sola por los caminos, sin tierras, sin hogar... Tienen que tener una especie de hogar, tal vez...”  
(Steinbeck, 2006: 67).

De cara a concluir con el análisis del proceso de reafiliación y el sentido de comunidad imperante en Ópera, se torna imprescindible indagar el significado de hogar que detentan quienes allí residen. Tras preguntarnos si los *homeless* entienden a la calle como su hogar, observamos una serie de tensiones entre los valores dominantes que circulan en la sociedad madrileña y los códigos particulares del grupo en situación de calle. Existen múltiples sentidos, muchos de ellos contradictorios entre sí, pugnando en la conformación de una definición de hogar.

Como veremos en el apartado inicial, la noción de hogar no es universal, sino que se modifica de acuerdo a variables como la edad, el sexo, la clase social, etc. Por consiguiente, el primer punto de dicha sección está dedicado al sentido de habitar de un grupo específico de *homeless*: quienes residen en Ópera. En sus relatos sobre el hogar, estos hombres suelen poner el acento en lo más básico. Así, el hogar es asociado con un espacio físico donde encontrar un cobijo, sentirse seguro y confortable. En segunda instancia, para esta gente el hogar remite a un ámbito social: por sobre todas las cosas, se encuentra ligado con la dimensión familiar. En el siguiente punto de la sección se amplían las representaciones del hogar, destacando otros elementos que ocuparon un lugar menos relevante en los discursos de las PSH. De tal manera, el hogar se erige como un dispositivo arquitectónico a partir del cual se torna posible regular la propia intimidad y privacidad. En nuestra sociedad, las actividades y las formas de vincularnos en buena medida se encuentran organizadas sobre la base de una delimitación entre los espacios públicos y privados. Por consiguiente, el hogar se constituye como la esfera social bajo la cual se desarrollan las relaciones más íntimas, como un espacio vital para la conformación de las subjetividades. ¿Qué consecuencias tiene para la psique del individuo el carecer de tal entorno? A continuación se abordan otros factores: el hogar como espacio de memoria, como símbolo de estatus, como domicilio, etc.

La última sección se centra en los procesos de atrincheramiento. La mayoría de las PSH no dudan en afirmar que la calle no es su hogar. A pesar de ello, en la cotidianidad suelen personalizar el espacio donde residen. Es significativo que las prácticas y discursos asociados con dicha resignificación del territorio pasen por intentar asemejarlo con un hogar. Si bien tales

esfuerzos nunca llevan a buen puerto, los mismos ilustran como, con el paso de los años, el límite que separa los significados de calle y hogar comienza a difuminarse. El propósito de este apartado es analizar cómo los años de socialización en el sinhogarismo desembocan en una postura ambivalente respecto de la calle y el hogar, la cual guarda relación con las dificultades de iniciar un proceso de “reinserción”. Hogar y calle son conceptos que se retroalimentan, pues los cambios que afectan a uno de tales términos arrastran al otro. En definitiva, la calle transforma las percepciones y reduce las posibilidades de escapar de sus dominios.

### *1. Los múltiples significados de hogar*

La mayoría de las definiciones oficiales sobre el sinhogarismo se caracterizan por ser mínimas y surgir desde el sentido común, circunscribiendo dicha problemática social a la falta de un techo. La imagen que predomina sobre este fenómeno social es la de una persona durmiendo al raso. En el mejor de los casos, estos enfoques incluyen las infraviviendas. Tales perspectivas limitan sus análisis en la dimensión más básica, en las condiciones materiales de extrema pobreza. Así, la miseria humana se ve reducida a un problema técnico o legal, donde se niega el aspecto emotivo del sinhogarismo (Sommerville, 1992). Pero, ¿qué implicaciones posee para el sujeto el carecer de un hogar? Las posibles respuestas a dicho interrogante suponen diversos abordajes en lo que a los procesos de exclusión residencial se refiere. En tal sentido, la Federación Europea de Organizaciones Nacionales que trabajan con PSH (FEANTSA) ha propuesto una tipología que se identifica con la sigla ETHOS. Según la misma, un hogar se constituye a partir de tres dimensiones que implican: “tener una vivienda adecuada de la que una persona y su familia puedan ejercer la posesión exclusiva –ámbito físico-; poder salvaguardar la intimidad y disfrutar de las relaciones –ámbito social- y tener el derecho legal de ocupar dicha vivienda –ámbito legal” (Edgar, 2005: 23).

Combinando las esferas físicas, sociales y legales, definiríamos a la exclusión residencial como la falla en uno de los dominios, mientras que el sinhogarismo es sinónimo de problemas en al menos dos de las tres dimensiones. De tal manera, de la fusión de las tres variables surgirían las siguientes figuras: 1) “sin techo”: supone fallas en los tres vectores. A su vez, cuando las dificultades se dan en dos de los vectores, nos encontramos frente a situaciones de: 2) “falta de hogar”: existe una vivienda, no hay problemas en el dominio físico, pero la misma no permite el desarrollo de relaciones sociales ni brinda seguridad jurídica -es el caso de las casas ocupadas-; 3) “vivienda insegura e inadecuada”: la residencia permite el desarrollo de las relaciones sociales, pero se encuentra en malas condiciones materiales y sin ningún tipo de

seguridad legal; 4) “vivienda inadecuada y aislamiento social dentro de una ocupación legal”: es el caso donde el único aspecto cubierto es el legal. La exclusión residencial se ciñe a una única dimensión, y se expresa de las siguientes maneras: 5) “vivienda inadecuada”: falla el dominio físico; 6) “vivienda insegura”: el problema se localiza en el campo legal; 7) “aislamiento social”: la morada es inadecuada en lo que refiere al aspecto relacional (Meert *et al.*, 2004).

De la tipología ETHOS puede criticarse la delimitación arbitraria entre exclusión residencial y sinhogarismo. Más importante aún es remarcar que, en cierto sentido, continúa con la lógica a partir de la cual operan las perspectivas oficiales: las definiciones circunscriben el problema a la dimensión residencial, sin preguntarse por otras cuestiones igualmente relevantes –como por ejemplo el empleo. Por consiguiente, el significado del sinhogarismo surge en oposición a cómo es definido el hogar –esta situación se deriva del esfuerzo sintético que realiza FEANTSA buscando unificar las diferentes visiones propuestas desde los diversos países que componen dicha entidad. No obstante, ETHOS es digna de elogio en varios puntos. Por sobre todas las cosas, y como se sostuvo a lo largo de la tesis, confirma que el sinhogarismo trasciende la situación de dormir a la intemperie. Incluyendo otras modalidades de precariedad residencial y trabajando desde una perspectiva procesual, nos permite comprender las formas de sinhogarismo cíclico –cómo los *homeless* alternan temporadas de calle con otras donde consiguen un techo donde refugiarse. Así, se ilumina el puente que separa/une a la vulnerabilidad de la exclusión social, los múltiples grados intermedios (Castel, 1997c). Con una visión más amplia del asunto las cifras se multiplican: los “sin techo” tan sólo representan la punta de un iceberg cuya masa crítica se alimenta de quienes padecen un proceso más vasto de exclusión residencial.

En el fondo, la tipología ETHOS gira en torno al hogar y al sentido del habitar. Pero el punto a destacar consiste en que el concepto de hogar no es universal. Por el contrario, tras preguntarnos si las PSH entienden a la calle como su hogar, nuevamente observamos una serie de tensiones entre los valores dominantes que circulan en la sociedad madrileña con los códigos particulares del grupo en situación de calle. Existen múltiples sentidos, muchos de ellos contradictorios entre sí, pugnando en la conformación de una definición de hogar. Así, dicha noción responde a variables como el tiempo, el espacio, el género o la clase social (Löfgren, 2003; Glasser y Brigman, 1999; etc.). En segundo lugar, las representaciones sobre el hogar cambian de acuerdo a la biografía residencial de cada sujeto. No opinará de igual modo quien perdió un hogar que quien nunca lo tuvo. El caso de las mujeres que padecieron experiencias de

violencia familiar ejemplifica como, en ciertas ocasiones, el sinhogarismo sería menos un problema de vivienda y más una solución a lo que la misma representa<sup>193</sup>. Para estas mujeres, el hogar simboliza un sitio del cual queremos escapar (Tomas y Helga, 1995). En tercer término, el tiempo de estadía en la calle es otro vector que incide en las definiciones. A la vez, cuantos más lazos comunitarios y de parentesco haya logrado conservar el sujeto, menos afiliación tendrá con otras PSH, así como identificará en menor medida a la calle como su hogar (Rosenthal, 1994). Por último, las pautas de movilidad también condicionan las formas de concebir al hogar: los *homeless* que se han decantado por el sedentarismo, generando las dinámicas y redes barriales que mencionamos en los capítulos previos, tienen una mayor propensión a confundir la calle con el hogar respecto de quienes se mueven sin cesar.

Teniendo en cuenta estas advertencias, es preciso dejar en claro que el análisis del sentido de habitar que a continuación se expone responde a un grupo específico de PSH. Repitamos que se trata de hombres provenientes de los sectores populares, con cincuenta o sesenta años de edad y con una estadía de calle muy prolongada. Estas particularidades hacen que en el grupo la palabra “hogar” remita a las cuestiones más básicas. Como se verá en la sección 9.1.2, indagando con mayor profundidad entre esta gente a través de preguntas directas, o rescatando el relato de otros *homeless*, se torna posible detectar otros sentidos asociados con el hogar.

### *1.1. Cuando se añora lo más básico: los significados de hogar en Ópera*

De los relatos de los miembros de Ópera queda claro que en primer lugar, y por sobre todas las cosas, el hogar es un espacio físico asociado con el cobijo y el calor. Luego de años durmiendo en la vía pública, esta función es la más invocada. La calle es un entorno tan duro, que predomina la nostalgia de las sensaciones corporales. Se trata de lo más básico, lo más elemental, sin lo cual es prácticamente imposible lograr un equilibrio de espíritu, un mínimo de tranquilidad. El hogar pasa a ser sinónimo de un techo, un refugio, un bastión contra la lluvia y el frío que nos permite ser independientes frente a los caprichos climáticos.

*P: ¿Y teniendo la experiencia de la calle, qué es para vos ahora un hogar?*

*R: Fíjate que afectividad más grande... sería... ¡Mira me iba a meter adentro de la casa y no salía en dos semanas! No iba ni a comer. Te lo juro. Me metía adentro, me acostaba y*

---

<sup>193</sup> Para muchas de las mujeres cuyas infancias estuvieron marcadas por los orfanatos y por la desestructuración familiar, el hogar aparece desligado de cualquier referencia geográfica -no logran asociar un barrio específico o una casa con el término “hogar” (Tomas y Helga, 1995). A su vez, el 26% de las PSH de Madrid dijo no haber tenido nunca un sitio al cual llamar hogar, el 39% lo tuvo y lo perdió, y un 31% dejaron atrás la casa de los parientes antes de llegar a la calle (Cabrera, 1998).

*¡hala no iba ni a comer! ¿Tú sabes lo que es un techo? ¿Tú sabes lo que es eso ahí, que te caiga el agua nieve? El otro día como amanecemos nevados todos. Por eso te digo que me iba a meter adentro y no salía en dos semanas. Prefiero no comer pero tener un techo. Si, te lo digo de verdad niño. Joder. ¡Que lástima! Si, si. Eso es muy duro eh. Tú llegas y tienes tu llavecita, te metes en tu apartamento, o lo que tengas y punto. Y sabes que estás debajo de un techo. Nosotros estamos en la puñetera calle. Todo el cielo y las estrellas. Ya te digo prefiero no comer pero tener un techo (Entrevista a Alfredo, 31 de Enero de 2006).*

Tratándose de personas que se sienten viejas y cansadas, el hogar también es asociado a un espacio físico donde sentirse seguros, un entorno controlado en oposición al mundo externo (Davidoff y Hall, 1994b; Tomas y Helga, 1995; etc.). Allí nadie nos atacará durante la noche ni nuestras cosas corren tanto riesgo de ser robadas. Quien ha experimentado el miedo de percibir a las agresiones físicas como un peligro omnipresente, puede testimoniar como la seguridad se materializa en una sensación corporal. Esa amenaza permanente, nunca completamente exorcizada, se traduce en un estrés que acompaña al individuo en situación de calle<sup>194</sup>.

*Vamos hacia la Fachada del Teatro Real. Vemos a Bruno y a Pedro durmiendo en el portal derecho. Nicolás se ubica en el portal central, junto con Alfredo -el único que anda despierto. Para ser más preciso: cuando llegamos Alfredo estaba dormido, pero al sentir que alguien se aproximaba se incorporó agresivamente gritando “¡qué pasa!”. Ante su reacción, le comentamos lo atento que está. Nos responde que nunca puede relajarse completamente, menos aún cuando duerme. Siempre tiene que estar alerta ante cualquier posible agresión o robo (6 de Marzo de 2006).*

El estrés también remite a otros estímulos ambientales, tales como las luces y los ruidos de la ciudad. El hogar es el ámbito que nos aísla de los faros de los automóviles, las risas y gritos de los transeúntes, las bocinas de un autobús, factores que conducen a un fastidio constante, a una sensación de irritabilidad que el sujeto no logra gobernar. En contraste con la calle, donde el cansancio se acumula en el cuerpo, los integrantes de Ópera recuerdan al hogar como el sitio donde el sujeto por fin puede relajarse y descansar. Quienes estudian el sinhogarismo desde una perspectiva psicopatológica, suelen olvidar que muchos síntomas psiquiátricos desaparecerían con algo tan simple como el poder disfrutar de una cama cómoda y dormir sintiéndose seguro (Cabrera, 1998).

*A las siete de la mañana entro a desayunar al bar “Paloma”. Allí me encuentro con el Jirafa y con Juan. Ambos beben una copa de “Sol y Sombra”. El Jirafa se lamenta del frío,*

---

<sup>194</sup> Diversos autores coinciden en que el significado de hogar, ligado a la noción de seguridad, sobrevive como una búsqueda incluso en quienes nunca contaron con un sitio al cual denominar en tales términos (Tomas y Helga, 1995; Hill, 1991). La necesidad de seguridad es todo lo que esta gente pide de un hogar, por lo cual el mismo no puede ser localizado en ningún espacio concreto. No piensan en una casa, no imaginan un espacio físico específico, sino que evocan la sensación de seguridad, calor e independencia que un hogar “debería” asegurar.



*me enseña lo heladas que tiene las manos. Quejándose exclama: “es increíble lo rápido que te acostumbras a lo bueno”. Se refiere al hecho de haber abandonado la habitación de la pensión donde, hasta hace unos días, pasó una temporada. “Quieras que no, no es lo mismo llegar a la habitación, prender la televisión, ver una película. Te duermes tan tranquilo, te despiertas a las nueve, y no a las siete como hoy, ¡helado hasta los huesos! Además nunca terminas de descansar. Que el ruido, que algún guarro te patear las cajas, que las luces, siempre estás sobresaltado, siempre te levantas sobresaltado. El otro día por ejemplo, me desperté con un camión grandísimo, que estaba aparcando en las puertas del Teatro para descargar no sé que cosas. ¡Cómo me está costando volver a adaptarme a dormir en la puñetera calle! ¡Es que sigo sin poder entrar en calor!” (2 de Febrero de 2007).*

Como se desprende del siguiente cuaderno de campo llevado a cabo con un sin hogar de origen argentino, esta situación de estrés no se limita necesariamente a pernoctar en la vía pública, sino que lamentablemente se repite en más de un Centro de Acogida o Albergue para PSH.

*Mientras nos dirigimos al dispositivo de Vallecas perteneciente a la Campaña de Frío, le pregunto a Gonzalo cómo esta funcionando este recurso. Me responde que “está mejor que lo del padre Enrique”. A continuación se explaya sobre la iglesia que se convierte en alojamiento durante el invierno. Riéndose, me cuenta anécdotas truculentas, las trompadas que volaban en medio de la oscuridad, o como en cierta ocasión uno vomitó encima de otro. Me explica que estaban todos tan apretados que nadie lograba descansar bien. Llegaban y empezaban las discusiones por los espacios, luego a pelear por recibir un caldo. Cuando todos comenzaban a quedarse dormidos... a soportar la misa. A continuación los humos de miles de cigarrillos, las peleas por los robos y el constante olor de cientos de personas hacinadas y sin la posibilidad de asearse correctamente. En fin, insiste en que la gente estaba muy irritada por lo mal que dormían: “y eso te provoca estrés, claro si no dormís bien durante días, te agarrás con el primero que tenés al lado” (24 de Enero de 2006).*

Estas sensaciones del hogar como un espacio de bienestar físico se multiplican cuando el cuerpo no responde. Una simple fiebre o resfriado se torna en una pesadilla, donde por las noches la persona sueña con volver a gozar del calor y la protección, para luego despertarse recostado en el asfalto<sup>195</sup>.

*P: ¿Qué es lo más duro que tiene la calle para vos?*

*R: Los días que están cerrados los comedores, no tienes donde ir a comer. El día que no tienes un duro para tomarte un café a la mañana o comprarte un bocadillo, o el día que te has hecho daño en cualquier sitio o estas malo, con dolor de cabeza muy fuerte, o un resfriado, eso lo tienes que pasar. No es lo mismo estar en tu casa, y tienes tu casa, y un resfriado te lo curas en tu casa, estas todo el día tomando antibióticos. En la calle no, en la calle lo tienes que hacer todo aquí fuera. Entonces no te curas. Ahora mismo estoy*

---

<sup>195</sup> Algo similar ocurre a quienes el médico prescribió una dieta estricta. En Madrid es relativamente sencillo obtener alimento, pero es casi imposible lograr una alimentación sana y balanceada. En los comedores sociales, al igual que con las ONGs y parroquias que realizan rutas nocturnas, abundan los dulces y alimentos de larga duración, mientras que las frutas y verduras brillan por su ausencia.

*resfriado, es una mierda. Es lo que hay. No hay vuelta de hoja (Entrevista a Diego, 21 de Diciembre de 2005).*

Extendiendo la lógica del hogar como sinónimo de confort físico, es posible hablar del entorno privado como el sitio donde se realizan una serie de prácticas, de rituales que en nuestra sociedad juzgamos claves para nuestro bienestar. Al preguntar qué significa un hogar luego de la experiencia de calle, muchas personas mencionaron cuestiones tan sencillas pero tan importantes como ver la televisión recostado en un sofá, cocinar, la sensación del contacto con unas sábanas limpias, dormir en ropa interior, o darse una ducha caliente. Esta gente siente nostalgia de cosas que quienes disfrutaban de un domicilio realizan con toda naturalidad. Como en cierta ocasión escuché: “si quieres saber lo que es la calle, prueba vivir una semana sin quitarte los zapatos, los calcetines”.

*Y luego escuchar: “es que prefieren estar ahí, en la calle”. Yo no prefiero estar en la calle, ¿sabes? Yo quisiera estar en un pisito, en una habitación, algo. Y tener un recogimiento. Ahora, por poner un ejemplo, con esto que me ha pagado una pensión, nada pues los días que más tarde llegaba a la pensión ha sido a las nueve de la noche. El más tarde. Y me ponía allí a ver la tele, me echaba, ¡Joder! Y estaba como Dios. ¡Fenomenal! Me encontraba a gusto. En cambio aquí tienes que esperar a que se vaya la gente, a que encuentres cartones... bueno, y el día que llueve a ver dónde encuentras cartones, porque están todos mojados. Te tienes que refugiar en otro lado. No es para mi vida (...) por lo menos tengo sitio donde descansar, donde poder ver un rato la tele. Si llueve que llueve, y si quiere hacer calor que haga. Pero tener mi intimidad. O sea, mi sitio. Después me gustaría que fuera con cocina, porque soy buen cocinero. Ponerme un día a hacer unas judías. Siempre he disfrutado mucho cocinando. Muchas veces yo le hacía la comida a mis hijos, ¡eh! ¡No mi mujer! ¿Tú sabes lo que yo hoy he comido? Dos naranjas. Eso es lo que llevo en mi cuerpo de comida (Entrevista al Jirafa, 15 de Marzo de 2005).*

La segunda dimensión más destacada por estos hombres identifica al hogar como el espacio donde se despliega una serie de relaciones sociales fundamentales en la vida del sujeto. Se trata del ámbito familiar: es entonces cuando se expande con mayor potencia la noción de hogar como sentido de pertenencia (Grigsby *et al.*, 1990). Desde el imaginario colectivo burgués, dichas asociaciones se traducen en expresiones tales como “calor de hogar”, “hogar, dulce hogar” o “amor de hogar”; el trabajo de campo lleva a afirmar que, a pesar de proceder de los sectores populares, los miembros de Ópera en buena parte compartes estos preceptos. Además, tales máximas señalan al hogar como un refugio que nos preserva frente a la hostilidad, anonimato, racionalidad y competencia que caracterizan al mundo exterior (Löfgren, 2003).

En nuestra sociedad, el desarrollo más profundo de las afectividades ha sido reservado a la vivienda. La exclusión de las PSH responde a verse forzadas a residir en el espacio público, el

cual debe ser entendido como la antítesis de un entorno de privacidad donde expresar las propias emociones<sup>196</sup>. Cuando los habitantes de la plaza Isabel II recuerdan con nostalgia la sensación de un hogar, pueden estar refiriéndose a jugar con un hijo, a un almuerzo familiar durante el fin de semana, a las travesuras de una mascota, etc.

*La vida de la calle es dura porque te abandonas, te... y encima te sientes solo. Por que ahí, aunque nos veas hablando, y amigos y esto... no es lo mismo. ¿Me entiendes? Tener un cariño de tu mujer, de tus hijos, luchar por un hogar, como yo siempre he luchado por mis hijos, poderlos sacar adelante, claro, ahora ya no tienes ese ímpetu. ¿Me entiendes? Ahora muchas veces dices “bueno mira, que le den por culo y ya está, me quedo ahí” (Entrevista a Lionel, 15 de Marzo de 2005).*

Tal como se sostuvo en el capítulo 6, las depresiones, la falta de expectativas, el autoabandono, muchas veces responden a esa visión del hogar como el ámbito familiar perdido o que han sido incapaces de establecer. Es así que, citando a Bachelard, Pinilla (2005: 39) define al hogar como un estado del alma: “un rincón del universo donde el hombre encuentra su posibilidad estable de ser hombre, algo más que un espacio geométrico dentro del mundo. La casa remodela al hombre, dándole razones e ilusiones de estabilidad (...) sin ella, el hombre sería un ser disperso. Lo sostiene a través del cielo y de las tormentas de la vida”. A lo largo de esta tesis se ha sostenido que las imágenes de las PSH como seres asociales y solitarios son falsas. En Ópera llama la atención la cantidad de horas que las PSH pasan juntos. Sin embargo, dicha compañía no siempre logra superar un sentimiento generalizado de soledad, existe un vacío que sus colegas nunca logran llenar<sup>197</sup>. Y dicha sensación de angustia se explica por un presente que contrasta con lo perdido, que nos recuerda lo lejos que nos encontramos de ese espacio vital al cual llamamos “hogar” y que identificamos con la familia.

*Creo que son personas que están muy solas, pero que además en muchos casos no lo han estado. A veces empezar a construir de cero es muy difícil, pero menos difícil que el empezar a construir habiendo dejado atrás, abandonando o siendo abandonado. Con una*

---

<sup>196</sup> Según Löfgren (2003), el hogar es el sitio donde los hombres pueden relajarse y desplegar los aspectos más emocionales de su personalidad -los cuales, como consecuencia de la cultura sexista, no se permiten mostrar en el ámbito público.

<sup>197</sup> Habría que reflexionar si, al igual que las dificultades de acceso al mercado de trabajo o de la vivienda, la soledad no debería ser catalogada como un problema estructural. La soledad afecta al conjunto social, y cuando se presenta en los sectores populares repercute con especial gravedad. Pero de ninguna manera constituyen el elemento diferencial del sinhogarismo. En última instancia, la soledad debería forzarnos a meditar acerca de los valores que sostenemos como sociedad. Muñoz (*et al.*, 2003) reconoce que la sensación de soledad se encuentra menos presente de lo que cabría suponer en un comienzo, pues sólo la mitad de las PSH mencionó sentirse de tal manera en determinados períodos – cifra que no se distancia demasiado de cómo dice sentirse la población que cuenta con un domicilio. Así, el 30% de las PSH encuestadas expresó sentirse abandonada; el 20% bastante sola; un 17,8% un poco, y el 31,7% afirmó no sentir soledad alguna.

*historia familiar importante, o de trabajo. Es decir, que si que han tenido un recorrido personal en su vida, y sin embargo ahora mismo la soledad es muy grande. Allí hablamos de hijos, de parejas, de padres y madres. Entonces no solo el intentar buscar un sentido o una alternativa al estar solo hoy por hoy, sino al hacer la digestión de haber perdido todo lo que tú tenías cuando no estabas solo. Creo que eso en lo que trato con ellos esta muy presente. Los diez años, el tiempo que no hablo con mis hijos. Pero han existido, y el recuerdo esta ahí, y ¿dónde andarán ahora? Y fruto de un contacto me entero que soy abuelo. Y todo eso cuesta mucho. Es una realidad de soledad, pero de una soledad más sola todavía porque podía haber una compañía que le pones cara. Yo creo que está muy presente (Entrevista a Psicóloga Social de un Albergue para PSH, 7 de Julio de 2006).*

En tal sentido, en las ocasiones que las teorías de la exclusión aceptan matizar la idea de desafiliación, reconocen que la misma “no necesariamente equivale a una ausencia completa de vínculos, sino también a la ausencia de inscripción del sujeto en estructuras dadoras de sentido” (Castel, 1997c: 421). Del mismo modo, Gaulejac y Taboada-Leonetti (1994) nos recuerdan que lo que se ha perdido no son los vínculos sociales, sino los lazos primarios como factores básicos para la formación de los marcos de referencia que generan un sentido identitario. A pesar de las críticas a estas concepciones formuladas en capítulos anteriores, es necesario reconocer cierta veracidad en dichas afirmaciones. Quienes residen en Ópera no son gente que está fuera de la sociedad; pero la ausencia de un hogar los ha llevado a un modo de inserción que en ocasiones supone experimentar la propia existencia como eternos forasteros. La Gory (*et al.*, 1991) apunta en la misma dirección al sostener que el estigma es el factor que produce el sentimiento de separación de la sociedad “normal”, sensación que no suele ser superada ni siquiera a partir de las formas alternativas de arraigo como son las redes barriales o con otras PSH.

Por último, de los relatos de estos hombres llama la atención como en muchas ocasiones prima el ideal de hogar por sobre la experiencia residencial vivida. Dicha situación debería recordarnos que “el hogar no es solamente un problema de sentimientos y experiencias, sino también una construcción cognitiva e intelectual: la gente puede tener un sentido de hogar a pesar de no poseer una experiencia o memoria del mismo” (Sommerville, 1992: 530). Al ser interrogados sobre el hogar, las respuestas suelen apuntar a los valores sociales hegemónicos, los cuales afirman que el hogar es un sitio maravilloso. Luego, a medida que la abstracción da paso a recuerdos puntuales, surge una imagen más próxima a la realidad donde el hogar también es identificado como el espacio de los conflictos y las tensiones familiares. Los años de calle parecen incidir en dicha reconstrucción del pasado (Hallbawchs, 1992): el recuerdo de los hogares donde el sujeto vivió es transformado, y hasta cierto punto glorificado, en función de las adversidades de un presente marcado por la calle como entorno residencial.

## 1.2. Otros factores presentes en los significados de hogar

Como se planteó anteriormente, los significados de hogar varían de acuerdo a las características de cada individuo y de los grupos de *homeless*. Una mujer, un joven o un inmigrante sin hogar, probablemente darán una visión diferente de la remarcada por los residentes de Ópera. En segundo lugar, si bien es cierto que cuando a los integrantes de la plaza Isabel II se les pregunta genéricamente por los significados de hogar responden apelando a lo más elemental, también lo es que al interrogarlos por cuestiones puntuales -como “la privacidad”- muchos reconocen el peso de tales dimensiones. Por consiguiente, el objetivo del presente apartado es el de mostrar la variedad de sentidos asociados con el hogar que fueron surgiendo en el trabajo de campo.

Como se vio en el capítulo 6, el hogar a veces es relacionado con la dominación, con el poder y la división del trabajo. Algunos investigadores remarcen que, en un mundo organizado en torno a una lógica sexista, para los hombres la ausencia de un hogar suele ser asociada con una privación material y emocional. En el caos de las mujeres debemos añadir la posible pérdida de su rol doméstico, una disrupción de las rutinas cotidianas que es vivida como una suerte de desempleo (Sommerville, 1992). No obstante, tal como se ejemplificó con Teresa, también puede ocurrir lo contrario: el hogar a veces es representado como un ámbito de opresión tan injusto, que la calle es la única salida que ciertas mujeres imaginan en su búsqueda de mayor libertad.

A lo largo de la investigación, me preocupé por indagar sobre la relación entre la falta de un hogar y la ausencia de privacidad e intimidad. Lo cierto es que la gente de Ópera ubicó esta dimensión en un segundo plano; este tema sólo surgió y fue desarrollado ante mis preguntas directas. A pesar de ello, son innumerables las crónicas donde se menciona lo duro que es residir en un espacio abierto como es la vía pública. Muchos se preocuparon por remarcar la humillación de recostarse sobre el cemento, cómo pesan las miradas de los transeúntes que, expresando compasión, nos recuerdan lo bajo que hemos caído. Como se sostuvo en el capítulo 5, a veces las cajas de cartones son utilizadas no tanto para aislarse del frío, sino más bien de las miradas inquisidoras<sup>198</sup>.

---

<sup>198</sup> Detengámonos en algunas cuestiones asociadas con la privacidad. Altman y Chemers (1984: 77) la definen como un dispositivo de “control selectivo de acceso al self”. Consiste en un proceso de regulación de límites interpersonales, por el cual una persona o un grupo gestiona la interacción con los demás. Estos preceptos permiten estar abierto en ciertas ocasiones, o cerrarse al contacto en otras de acuerdo con la voluntad del sujeto. En segundo lugar, autores como Löfgren (2003) o Castillo (1995) trazan la evolución del significado de hogar, demostrando que la intimidad es un derecho que se ha establecido en las sociedades occidentales de forma tardía -en el siglo XX. Es decir, al meditar sobre los

El hogar actúa como principal dispositivo arquitectónico a partir del cual controlamos las relaciones sociales, la interacción con quienes nos rodean (Rapoport, 1981). Las puertas se convierten en el objeto que permite una delimitación espacial y simbólica entre el exterior y el interior, entre lo público y lo privado (Castillo, 1995; Bourdieu, 2003; etc.). Abriendo o cerrando la puerta de nuestras casas establecemos quienes son bienvenidos, con quiénes queremos entrar en contacto o estrechar vínculos. El hogar supone un entorno donde recibir visitas, situación que se refleja con todo su dramatismo cuando la PSH irónicamente nos ofrece “pasar al salón”<sup>199</sup>. Dentro de ese espacio demarcado arquitectónicamente podemos imponer nuestras reglas, somos libres y controlamos nuestra propia vida como en ningún otro sitio. Como subraya más de un miembro de Ópera, se trata de uno de los pocos lugares donde nadie puede decirnos qué debemos hacer –aclaremos nuevamente que estas afirmaciones no necesariamente serían compartidas por una mujer o un joven sin hogar sometidos al autoritarismo paterno o conyugal. De tal manera, se sostiene como hipótesis que la exclusión de las PSH se liga con el carecer de un ámbito privado y la consiguiente imposibilidad de disfrutar de la propia sociabilidad con un mínimo de control, con la ausencia del entorno que nuestra sociedad ha reservado como el sitio ideal donde profundizar las relaciones sociales. Residir en la vía pública equivale a la imposibilidad de controlar el acceso al self. Quien duerme en la calle suele relatar dicha experiencia como la sensación de estar expuesto en un escaparate de la miseria. El siguiente fragmento de campo, en el cual acompañé a dos psicólogos sociales en sus recorridos por las calles madrileñas, ilustra la relación entre exclusión residencial y la falta de privacidad<sup>200</sup>.

*Cuando uno de los psicólogos le pregunta como se encuentra, ella responde de mal modo. Refiriéndose a los profesionales agrega: “ustedes pueden venir a mi casa cuando quieren, pero yo no puedo ir a la vuestra. Esto es de todos, por acá pasan todos, pasan ustedes,*

---

sentidos del hogar, debemos tener presente que se trata de sentimientos socialmente construidos. Por otra parte, que el propio hogar es sinónimo de intimidad lo demuestran las reacciones de quienes han sufrido robos en sus domicilios. Cuando desconocidos ingresan en nuestra casa por la fuerza, sentimos una vulnerabilidad total, como si lo más íntimo de nuestro ser hubiera sido puesto en riesgo. Se trata de una sensación diferente, más traumática, respecto a la que experimentamos cuando sufrimos un robo en la vía pública. Por último, vale la pena aclarar que, comparativamente, las mujeres con las que me contacté le dieron mucho más peso a la definición de hogar en tanto espacio de privacidad e intimidad respecto de los hombres.

<sup>199</sup> Muchos de los usuarios de los comedores sociales creados para las PSH poseen un tacho bajo el cual refugiarse por las noches. Pero al residir en infraviviendas, deben apelar a la vía pública como ámbito de socialización (Martínez Veiga, 1999; 2004). No obstante, también es digno de destacar que los sectores populares madrileños tradicionalmente encontraron en los espacios públicos o en el bar un escenario de socialización y ocio tan importante como el hogar.

<sup>200</sup> Desde la psicología ambiental se argumenta que el bienestar de un individuo en buena medida depende del éxito en cómo se gestiona su privacidad (Rapoport, 1981; Altman y Chemers, 1984). El fracaso genera una situación de estrés ambiental, con consecuencias para la propia identidad y autoestima.

*pasan todos”. Encuentro notable su comentario sobre las consecuencias de vivir en un espacio público. Su casa es de todos, es por eso que pueden irrumpir en el túnel cuando quieren sin que ella pueda echarlos de un lugar público. La idea subyacente es clara: en caso de vivir en un hogar, ella no permitiría el ingreso de los profesionales a la misma. Asociando dicha situación con la falta de privacidad, explica que la gente se queja del olor a pis que hay en el túnel, pero que nadie piensa en qué otro lugar podrían orinar las PSH en medio de la noche (...) Una hora después, y ya sin la compañía de los psicólogos, retorno a conversar con Francisca. De a momentos nos cuesta escucharnos mutuamente, pues un hombre se pasa la mañana tocando el acordeón en medio del túnel. Cuando el instrumento queda en silencio durante unos minutos, me doy cuenta lo alienante que puede ser la repetición de tal sonido. Para peor, no se trata de una única persona, sino de unos cuantos europeos del este que se van turnando para así conservar el lugar. Pienso en otra de las carencias asociadas al hogar: la posibilidad de controlar la propia privacidad, esta vez a nivel de algo tan simple como lo que uno quiere escuchar (22 de Septiembre de 2004).*

Autores como Altman y Chemers (1984) nos recuerdan que los grupos que carecen de dispositivos arquitectónicos aptos para garantizar la privacidad personal desarrollan tácticas alternativas a través de la gestualidad, las formas verbales y corporales. Es posible mencionar una serie de ejemplos en las prácticas de quienes residen en la Plaza Isabel II. Cuando a Ópera llega alguien que cae antipático a un *homeless*, este opta por desplazarse a otro sitio; de modo similar, Sebastián me ha confesado que muchas de sus siestas se originan en tales circunstancias -entonces se recuesta en un banco y finge estar durmiendo-; el código que prescribe no preguntar por cuestiones personales responde a esta misma lógica, etc. Estas prácticas nos permiten afirmar que muchas de las situaciones que han sido descritas como “conductas psicopatologías” deberían ser entendidas como respuestas adaptativas al contexto de calle, como una búsqueda vital por preservar un cierto control de las relaciones sociales y de la propia intimidad (Baxter y Hopper, 1981).

*Sucede algo bastante impresionante asociado con la enemistad histórica entre Lionel y Mariano: se acerca el primero y nos tiende la mano, pues se marcha a la habitación donde esta durmiendo. Mariano reacciona con un silencio, mirando sin pestañar en un punto fijo del horizonte. La situación es un tanto tensa, Lionel sigue con la mano extendida mientras Mariano se obstina en penetrarlo con la mirada. Pienso en la actitud de Mariano como una actuación teatral, como una representación de la relación que pretende tener con Lionel. Podría decir que reacciona de una manera infantil, que exacerba su problema de salud mental. En todo caso, es la forma que encuentra para dejarle en claro que no está dispuesto a dirigirle la palabra. Una vez que Lionel se marcha, Mariano retoma “la normalidad” y continúa conversando conmigo como si nada hubiese ocurrido (30 de Junio de 2005).*

La distancia a la que suelen dormir las PSH revela la tensión entre la necesidad de protegerse mutuamente y la voluntad de cierta intimidad. En general, se ubican a pocos metros, como para demostrar a posibles atacantes que es a un grupo al que deben enfrentarse; pero,

simultáneamente, intentan mantener cierto trecho para evitar una sensación de invasión del “espacio personal”. El espacio personal representa uno de los mecanismos ambientales utilizados para regular la privacidad: alejándonos o acercándonos nos convertimos en más o menos accesibles respecto de las demás personas<sup>201</sup>.

*P: ¿Pero vos no estás durmiendo entonces con Rolando y Edgar, sino que te separaste y te vas a la zona del Teatro?*

*R: No bueno, yo estoy durmiendo casi aquí, y dos metros más arriba está durmiendo Nino. Vamos que dormir juntos normalmente no verás a nadie en la calle que duerman juntos, pero si a una distancia prudencial. Por si acaso pasa algo, alguien viene a meterse contigo, aunque tú no te hables con la persona que esté durmiendo al lado, la gente en la calle se defiende (Entrevista a Alberto, 3 de Enero de 2004).*

Vivir en pareja o gozar de la sexualidad, representa otra forma de exclusión inherente a la falta de un hogar en tanto espacio de privacidad e intimidad. Para muchos, el sexo es un tema vedado. En primer lugar, porque el estigma genera una distancia social tan profunda que resulta imposible entablar una relación amorosa (Anderson, 1923). Como afirmó más de una PSH: “¿qué puedo ofrecerle a una mujer estando en la calle?”. De tal modo, por lo general las parejas se forman con personas que también se encuentran padeciendo un proceso de exclusión residencial.

*P: ¿Y cómo es esto de estar en pareja en la calle? ¿No es difícil?*

*R: Hombre, sí que es difícil. Yo he tenido varias parejas en la calle. Las hay de todo. Las hay de las que beben, las que no. Esta mujer que tengo ahora mismo es una tía muy maja. Y yo me he planteado ahora mismo irme a trabajar a primeros de año. Si eso, esta mujer ni fuma ni bebe, ni nada de nada. Entonces ella tuvo un problema. Vino de Bulgaria, y se encontró aquí sin nada. Entonces se acopló conmigo... cuando andaba bien lo de los ceniceros, le daba ocho o diez euros todos los días, le daba de comer, cuando estaba en el piso de okupa le daba una cama. Entonces claro, ella vio el funcionamiento conmigo, y esta mujer está encaprichada, por eso más que nada yo creo. Porque si no una mujer no te aguanta, porque una mujer que ni fuma ni bebe, aparte que creo que piensa que tiene una deuda conmigo, le estás dando dinero, le estás dando comida, le estás dando una cama, le he dado el trabajo que tiene. Entonces... tiene una deuda claro, de vez en cuando discutimos, pero bueno, como toda pareja (Entrevista a Ricardo, 28 de Noviembre de 2005).*

Los recursos sociales promueven esta forma de exclusión al organizar a los albergues siguiendo una lógica de género –la mayoría de los cuales son gestionados por entidades católicas, lo cual

---

<sup>201</sup> Desde la psicología ambiental se define al espacio personal como “un área con un límite invisible que rodea al cuerpo de la persona que no debería ser franjeado por los intrusos (...) a la gente le gusta estar cerca para obtener calidez y proximidad, pero lo suficientemente lejos como para evitar molestarse uno al otro” (Altman y Chemers, 1984: 102). Es probable que este concepto sea más importante en la cultura anglosajona, siempre preocupada por evitar el roce físico en la vía pública, que en la española. Por consiguiente, queda por demostrar hasta que punto esta definición es aplicable en Madrid.



refuerza dicha situación. Así, las parejas deben optar entre continuar durmiendo juntos en la vía pública o separarse durante las noches para pernoctar en sitios diferentes. En definitiva, los servicios niegan el derecho sexual a las PSH, así como fomentan la desafiliación de las parejas. Ante tantos límites, no es de extrañar que más de una PSH se deje dominar por el medio hostil en el que se encuentra y desista de su vida sexual (Liebow, 1993).

*P: ¿Me pregunto como puede uno tener sexo en la calle?*

*R: Es una cosa que es muy difícil, muy difícil. Yo soy el clásico tío que mientras estoy en la calle no me arrimo a ninguna mujer. No soy capaz. Capaz sí soy, lo que pasa que no sé como me las voy a arreglar estando en la calle para estar con ella. No se puede, es muy difícil. Eso te lo pueden decir todos. Es muy difícil (...) en el mismo sitio, no se puede (Entrevista a Juancho, 1 de Octubre de 2005).*

Otros se las ingenian como pueden. Es bastante común que, tras conseguir algo de dinero, la persona mitigue sus necesidades sexuales con alguna prostituta. En segundo lugar, por la calle circulan mujeres sin hogar que padecen severos problemas de salud mental. Es relativamente frecuente que algunos hombres sin hogar abusen sexualmente de ellas. Por último, los más osados aprovechan las cajas de cartones más anchas para hacer el amor, así como el interior de algunos arbustos huecos ubicados en los Jardines Reales<sup>202</sup>.

*R: Bueno y que luego tampoco puedes llevar una relación, por ejemplo sexual, no la puedes llevar normal, ¿entiendes? No, no, aquí te pillo y aquí te mato y eso pues no es bueno. Hay que tener un placer, y estar a gusto. Y nosotros aquí en la calle pues... fíjate. Hala, tira que vienen ahí y que nos ven. Vamos a ver. Imagínate que estamos ahí liados y que va la policía a llamarnos, y ¿qué pasa? Es muy serio. A la comisaría, los dos, detenidos, por hacer el amor en la vía pública (risas). Ellos cumplen con su trabajo. Pero te detienen. Ya nos pasó en una ocasión. Mira por que fue bueno, sino... ahí a la comisaría. Le digo "mire agente, hombre, llevamos un mes sin tocarnos, compréndalo usted. Tampoco nadie ve nada, porque estamos tapados por las mantas". "Ya, es que..." le digo "venga agente, es que también se come ¿no?". Agarró y dijo, "venga terminad rápido". Le digo "¡ya no, si ya no voy a hacer nada!, ¡si ya se me han quitado las ganas!" (risas) (Entrevista a Alfredo, 31 de Enero de 2006).*

---

<sup>202</sup> Al no ser habitual el uso de condones, y considerando que en más de una ocasión estas mujeres terminan siendo abusadas por grupos enteros, esta situación puede revertir cierta gravedad para la salud general de la población sin hogar. Por otra parte, tratándose de un espacio con un amplio predominio de hombres, cabría la posibilidad de preguntarse si la homosexualidad no es una práctica extendida. En lo que a Ópera se refiere, y debido a que la homosexualidad es un tema tabú, todos niegan tales prácticas. A lo largo de estos tres años de trabajo de campo, sólo he logrado detectar la relación sexual entre un hombre y un integrante del grupo. Este señor no duerme en la plaza –pero padece una situación de exclusión residencial- y reconoce ser homosexual, mientras que el miembro de Ópera rechaza enfáticamente ser catalogado de dicha forma y sostiene que tan sólo “me dejo hacer unas pajillas a cambio de algunos favores” –es notable como, en este caso, el intercambio de favores se expresa en el plano sexual.

Si damos un nuevo paso en nuestro análisis, comprenderemos que el hogar también simboliza estatus (Duncan, 1981b; Davidoff y Hall, 1994a; etc.). El barrio donde se encuentra una casa, la forma en que ha sido decorada, los objetos que allí se acumulan, denotan prestigio, nos permiten trazar un mapa mental en el cual ubicamos a las personas en una posición determinada del campo social (Rapoport, 1981; Bourdieu, 1999). En tal sentido, el hogar no supone únicamente un sitio en el cual refugiarse, sino también un espacio a mostrar (Löfgren, 2003). Una biblioteca, los cuadros o fotografías, retratan la pertenencia a determinados grupos sociales, valores y gustos personales (Tomas y Helga, 1995).

En una sociedad donde los objetos, la cantidad y las formas que consumimos suponen elementos imprescindibles para la conformación de la propia identidad (Bauman, 2003), ¿cómo afecta a la psique del sujeto el vivir sin propiedad? Cuando desde las teorías de la exclusión se señala a estas personas como por fuera de las estructuras sociales, parecería que en realidad de lo que estamos hablando es de la imposibilidad de acceder al consumo. Pero no es posible subsistir sin una mínima cuota de consumo. Para ser más preciso: son excluidos, pero respecto de un determinado estilo de consumo (Karsz, 2003). De tal forma, la PSH ni siquiera llega a la categoría de pobre, de clase trabajadora, de sector popular, ni a la de chabolista. No posee nada a partir de lo cual ser catalogable. De hecho, la manera en que se los nombra se define por las ausencias, remarca lo que les falta: son “sin” hogar”, “sin” techo. Así, Sassier (2004) caracteriza a la exclusión como un proceso a partir del cual determinadas personas, que presentan una serie de dificultades, son definidas por una acumulación de carencias que se refuerzan recíprocamente. El efecto es una estigmatización, la formación de categorías de seres humanos identificados a partir de tales vacíos.

En cuanto al estatus, el hogar también se conforma por los bienes que allí reunimos, por cómo distribuimos a los mismos personalizando un espacio. Cómo se mencionó anteriormente, residir en la vía pública implica una enorme cantidad de limitaciones, entre las que cabe destacar la imposibilidad de acumular objetos – en una sociedad de consumo, este tema resulta especialmente dramático. Cuando el proceso de exclusión se agudiza conduciendo al sinhogarismo, uno de los momentos más dolorosos consiste en el verse obligado a desprenderse de todas las pertenencias. Obviamente, la pérdida de los objetos se exagera con el paso del tiempo en la situación de calle (Liebow, 1993). Tales bienes simbolizan el esfuerzo de muchos años de trabajo, poseen una historia, han sido personalizados por sus dueños. De tal manera, las posesiones se convierten en parte de nosotros, son indicadores de la propia identidad. Es así que la pérdida suele ser vista como un golpe a la propia personalidad (Hill, 1991). Como escribe

Pinilla (2005), la sensación de hogar implica instalarse y residir con las cosas que me rodean; no manipulo a los objetos, sino que una parte de mí ser habita en ellos. Lo que trasluce de estas narrativas es un sentido de hogar como una memoria que se evapora, un espacio donde acumular recuerdos que nos es arrebatado.

El peso que poseen ciertos bienes, la capacidad que tienen de ligarnos con determinado pasado, se manifiesta en los objetos que las PSH deciden llevarse a la calle (Liebow, 1993). En tal momento es preciso ser muy selectivo. En muchos casos la persona no escoge un bien por su utilidad, sino como una forma de aferrarse al propio pasado. Por lo general, la mayoría se decanta por las fotografías de algún ser querido. Se trata de auténticos mementos, símbolos que, frente a todas las adversidades, nos recuerdan quiénes somos o cuando menos quienes fuimos<sup>203</sup>.

*Me cuenta como algo especialmente importante el momento en que tuvo que elegir qué objetos llevarse consigo a la calle. Le resultó muy duro desprenderse de ciertas cosas que heredó de su familia, de bienes que logró adquirir luego de muchos años de esfuerzos (...) En tal sentido, las fotografías son más que indicativas al respecto. Francisca me muestra alguna de ellas. Un voluntario le escaneó una foto vieja, en blanco y negro, en la que se la ve muy pequeña vestida con un traje típico andaluz junto a su padre. El voluntario le imprimió muchas fotos en papel, por lo cual Francisca me regala una copia (10 de Junio de 2004).*

De vez en cuando, en la vía pública detectamos PSH que acumulan una cantidad inusitada de objetos. Baxter y Hopper (1981) explican estas prácticas como otro esfuerzo por preservar un

---

<sup>203</sup> Las palabras de Primo Levi, tras su experiencia en los campos de concentración nazi, clarifican esta cuestión: “pensad cuánto valor, cuánto significado se encierra aún en las más pequeñas de nuestras costumbres cotidianas, en los cien objetos nuestros que el más humilde mendigo posee: un pañuelo, una carta vieja, la foto de una persona querida. Estas cosas son parte de nosotros, casi como miembros de nuestro cuerpo; y es impensable que nos veamos privadas de ellas, en nuestro mundo, sin que inmediatamente encontremos otras que las sustituyan, otros objetos que son nuestros porque custodian y suscitan nuestros recuerdos. Imaginaos ahora un hombre a quien, además de sus personas amadas, le quiten la casa, las costumbres, la ropa, todo, literalmente todo lo que posee: será un hombre vacío, reducido al sufrimiento y a la necesidad, falto de dignidad y de juicio, porque a quien lo ha perdido todo fácilmente le sucede perderse a sí mismo” (1987: 40). Por otra parte, en el estudio realizado por La Gory (*et al.*, 1991), la importancia que las PSH otorgan a la afiliación se refleja en la siguiente pregunta: ¿cuáles son sus posesiones que más valora? El 55% mencionó bienes relacionados con sus afectos, tales como fotografías, dibujos de sus niños, cosas que fueron regaladas por algún familiar, etc. Hill (1991) distingue aquellas posesiones que las PSH fueron capaces de mantener a pesar del contexto de calle – retrotraen al pasado y condensan valores, proyectos, recuerdos, etc.- de las que adquirieron ya como PSH -comida, ropa, pero también cosas que simbolizan un futuro mejor. Algunos bienes pasan a ser sagrados por el simple hecho de no haber sido extraviados pese al contexto de calle. Por último, sostiene que las mujeres otorgan un mayor peso a los objetos que conservan de su vida previa a la situación de calle respecto de los hombres, un punto que también yo he notado a lo largo del trabajo de campo.

sentido primario de hogar, por lograr una mínima sensación de seguridad a través de las posesiones que nos resultan familiares y que aún no hemos perdido<sup>204</sup>.

Es posible delimitar otra función o significado de hogar: la del domicilio. Como se sostuvo en el capítulo 4, en nuestra sociedad el empadronamiento en un municipio es un requisito previo para la existencia social. Tal es así que la invisibilidad de las PSH históricamente se ha visto reflejada en los censos de pobreza; en España, hasta el 2005, los mismos fueron organizados centrándose en las unidades domésticas. Es decir, quienes ni siquiera poseían un domicilio donde refugiarse durante las noches no eran tenidos en cuenta por las cifras oficiales dedicadas a medir la exclusión social. Pero la carencia de un hogar, entendido como un domicilio, representa otra serie de límites. Como se expuso en el capítulo 3, ¿qué dirección dejar cuando se acude a una entrevista laboral buscando revertir el proceso de exclusión? La calle implica una precariedad constante, y nada mejor que la libreta de direcciones de Gonzalo para graficar dicha situación. Los únicos familiares que posee este *homeless* procedente de Argentina son su madre y hermano, quienes se han mudado recientemente de ciudad. Cuando Gonzalo me enseñó su libreta, tomé conciencia de la fragilidad de sus lazos. Una parte importante de su vida se condensa en tales trozos de cartón, papel y tinta. En caso de perder dicha agenda, ya no tendrá forma de conectarse con sus seres queridos. El siguiente fragmento de campo refleja cómo la dirección consiste en un sitio de contacto, en el lugar donde recibir una carta.

*Bruno me cuenta que tuvo un gran amigo, quien se marchó a vivir a Israel y varias veces le ofreció trabajo en tal país. Bruno recuerda con nostalgia a su colega; dice que le gustaría volverlo a ver, pero que perdió el contacto hace ya un tiempo. Le pregunto si no tiene una dirección donde ubicarlo, pero me responde que viviendo en la calle perdió las cartas que le mandaba. Pienso en otro aspecto terrible de no tener un hogar: un ser querido que está en otro lugar no tiene forma de comunicarse con nosotros, la distancia pasa a ser el fin de una relación (18 de Mayo de 2004).*

## **2. “Hogarificando” el espacio público: cuando el límite entre calle y hogar se torna borroso**

A la hora de ser interpelados sobre si consideran a la calle como su hogar, la inmensa mayoría de los *homeless* suele contestar negativamente: el hogar está en otro sitio y otro tiempo, es el

---

<sup>204</sup> Estas prácticas pueden responder al denominado “síndrome de Diógenes”. No obstante, no siempre equivalen a problemas de salud mental. Baxter y Hopper (1981) reconocen que muchos de los objetos acumulados implican la posibilidad de tener algo que intercambiar o compartir en el futuro. En tal sentido, pude comprobar como muchos de los bocadillos que repartía con la ONG por las noches eran guardados para ser ofrecidos en la mañana siguiente a algún compañero que no tenía nada para desayunar.

recuerdo de lo perdido o la añoranza de lo que nunca se tuvo, sintetiza la amarga sensación de ausencia y vacío que predomina en estas personas. Como se escribió anteriormente, más allá de las biografías residenciales, el término “hogar” despierta imágenes tan positivas que no pueden ser equiparadas con la calle<sup>205</sup>.

*Pasamos nuevamente por la fachada del Teatro. Encontramos a la gente preparándose para dormir. Escuchamos frases como las siguientes: “pasen al chalet” o “este es nuestro palacio”. La ironía y el sentido del humor parecen ser un mecanismo de defensa, una forma de hacer más llevadera la situación. Entonces, a la risa de Teresa y Lionel se une la de Alfredo. Los tres recuerdan como hace unas noches, en medio del sueño, Alfredo despertó a sus compañeros balbucenado: “cierra la puerta del balcón, cierra la puerta del balcón que entra frío”. Teresa le respondió “pero que voy a cerrar, ¿si estás en la puta calle!”. Alfredo se divierte recordando la escena, me explica que estaba soñando con lo que fue su casa. “¡Joder, como la echo de menos, no veas!”. Lionel escucha el comentario de su compañero y se une a la escena diciendo: “¡pero que techo más alto tiene tu balcón, y qué patio más amplio! ¡Pero de qué te quejas, si aquí estás fenomenal!” (23 de Enero de 2006).*

No obstante, a los pocos días de ingresar en el proceso de sinhogarimo, el sujeto comprende que debe reaccionar, y su respuesta en buena medida consiste en apropiarse lentamente de un territorio. Como se expuso en el capítulo 5, las PSH se empeñan en personalizar, aunque más no sea durante unas horas, un sitio concreto de la ciudad. Personalizar el espacio aporta un sentido de unicidad e identidad (Altman y Chemers, 1984), implica transformar el territorio buscando que sea lo más parecido posible a un hogar. Dichas tareas no deberían llamarnos la atención pues, en nuestra sociedad, el hogar es un espacio vital a la hora de moldear y reflejar la personalidad de un individuo (Duncan, 1981a; Williams, 1988; etc.). Debido a las características de la vía pública, tales esfuerzos son incompletos, nunca llegan a buen puerto, son actividades frustradas y frustrantes. Así y todo, vale la pena destacar estas acciones encaminadas a “hogarificar” un espacio.

La decoración de los sitios representa un primer ejemplo de cómo el sujeto o el grupo intenta grabar su identidad en el espacio y hacerlo más ameno para la vida cotidiana. En distintos puntos de la ciudad me encontré con calcomanías, banderas, cuadros o pósteres de grupos de música o de fútbol recubriendo determinadas paredes; un informante adornaba con flores el ingreso al túnel donde residía y pintaba los cartones dentro de los que dormía, etc.

---

<sup>205</sup> Las palabras de Primo Levi respecto del dolor ante el hogar perdido ilustran la situación a la que hacemos referencia: “*Heimweh* se llama en alemán este dolor, es una bella palabra y quiere decir *dolor de hogar*. Sabemos de dónde venimos: los recuerdos del mundo exterior pueblan nuestros sueños y nuestra vigilia; nos damos cuenta con estupor de que no hemos olvidado nada, cada recuerdo evocado surge ante nosotros dolorosamente nítido” (1987: 89-90).

*Del antiguo edificio sólo ha quedado en pie la fachada. Esta se sostiene gracias a una serie de topes, andamios y hierros, por lo cual el lugar es un tanto peligroso. Llama la atención la cantidad de ratas, y más aún que este sitio se encuentre justo frente a La Almudena. Pasando la fachada duerme mucha gente, la mayoría jóvenes. Los del grupo de Juan no tienen relación con estas personas. Juan y sus compañeros se han instalado entre las estructuras de hormigón que sostienen los andamios de hierro. Pasaron un plástico entre los hierros, el cual hace las veces de techo. El resultado es un cubículo donde puede observarse una bandera de México, diversas calcomanías, y muchas fotografías de mujeres desnudas. En fin, han acondicionado el sitio, lo han personalizándolo mínimamente (20 de Febrero de 2006).*

En una sociedad de consumo como la nuestra, los cartones son el elemento básico para la subsistencia y adaptación de las PSH. Resulta sorprendente el ingenio de esta gente, los múltiples usos que le dan a este material. Como se vio en el capítulo 5, las cajas de cartones sirven para delimitar el espacio apropiado durante las noches. Al interior de dicho entorno, el cartón es aprovechado para improvisar un armario donde guardar las pertenencias, o como mesa entorno a la cual se juntan a dialogar. En más de una ocasión me ocurrió que, al visitar durante la noche a un conocido, este me ofrecía un trozo de cartón como asiento y aislante del frío que emana del cemento.

*Ramón esta armando “su morada”. Debe emplear una técnica distinta a la que está acostumbrado, pues “los municipales se han llevado casi todos mis cartones”. Jonathan en cambio ya está recostado. Como otras veces, habla con nosotros mientras la mitad de su cuerpo permanece dentro de las cajas donde pasará la noche. Ramón y Jonathan sacan algunos cartones de dentro de sus cajas, y los extienden en el suelo para que tomemos asiento. A mi me toca el cartón más largo -Jonathan me lo ofrece diciéndome: “para ti el sofá”- (...) Giramos el Teatro Real y al llegar a la zona sur encontramos a Mariano. Nos saluda y alega estar dedicándose a “hacer un armario”. Es decir, de las cajas de cartones que delimitan su espacio de la acera, corta el borde más próximo al sitio donde duerme para luego acomodar allí sus pertenencias (26 de Abril de 2005).*

Muchas veces nos encontramos con PSH que acumulan una cantidad de objetos inverosímiles. En momentos puntuales comprendemos que tales prácticas no son tan irracionales como aparentan. En cierta ocasión, junto con otros integrantes de la ONG, fui a ver a un anciano que lleva años en la calle. Ante la visita, este hombre comenzó a revolver los tres carros de supermercado que posee repletos de objetos. Sólo se detuvo cuando encontró varios cubiletes de pintura y una madera larga y ancha, con los cuales improvisó una mesa y varias sillas que ofreció a sus huéspedes. Además, es posible observar como muchas personas se obstinan en reproducir determinadas prácticas asociadas con el hogar.

*Alrededor de sus pies podían verse distintas bebidas, así como una bolsa de pan y alguna que otra silla que parecían ser de su propiedad. Me sorprendió lo compenetrado que*

*estaba con su actividad culinaria: pasé varias veces cerca y nunca levantó la vista. Primero peló unas cuantas papas, luego le sacó las escamas a un pescado con una dedicación digna de gourmet. Lo más increíble de todo es que utilizaba una tabla de madera para cocinar, algo que me pareció muy refinado tratándose de una persona que no posee un hogar. Parecía disfrutar mucho con lo que estaba haciendo. En la estructura de cemento en la que estaba trabajando tenía una garrafa y unas cuantas cacerolas (30 de Abril de 2004).*

La voluntad por “hogarificar” un sector del territorio público se expresa con mayor fuerza en el plano discursivo. Quienes llevan un tiempo en la calle suelen apelar a metáforas, a la terminología asociada con el hogar para referirse a las actividades que realizan cotidianamente, a los espacios donde residen, o a las relaciones sociales que allí establecen. El hogar es un espacio de socialización tan fuerte en nuestras vidas, que actúa como un marco interpretativo a partir del cual imaginamos buena parte del mundo social que nos rodea. Son numerosos los registros de campo donde una PSH me explica que debe marcharse a “hacer la cama” cuando se refiere a conseguir e instalar los cartones que lo protegerán durante la noche, o donde me ofrece “pasar al salón” cuando en realidad me está proponiendo que traspase el muro de cartones y me siente a su lado para conversar.

*Ni bien llegamos, Mariano separa una de las cajas de cartón que actúa como muro aislante de la acera, y me dice “pasa al salón”. Entro y me siento en medio de los dos hombres. Nicolás les aclara al resto que no cualquiera tiene tal honor, “pero es que el chaval es como si fuera de la casa”. Bromean con los voluntarios, le muestran una marca en la pared y plantean que allí es donde ponen el televisor. Entonces comento que en otras ocasiones vi un cuadro colgado en dicho sitio, unas cortinas, y hasta un chupete. Nicolás y Mariano se ríen y me dan la razón (...) Llega Sebastián, quien duerme en otro portal. Nos saluda y se une a las bromas, diciendo que Mariano se la pasa toda la noche mirando el canal porno. También le pregunta a sus compañeros si puede pasar, sino interrumpe en la suite nupcial (29 de Marzo de 2005).*

En las narrativas de estos hombres predominan los relatos donde el sujeto se refiere al grupo como una “familia” o un “matrimonio”, lo cual constituye otro ejemplo del proceso de “hogarificación” de la vía pública. Esto sucede incluso con quienes niegan identificar a la Plaza Isabel II como su hogar, o con quienes se muestran particularmente críticos frente a sus compañeros.

*P: Los veo mucho en grupo, pero me pregunto si al mismo tiempo no son bastante solitarios.*

*R: Pues porque siempre salen discusiones. Eso es como un matrimonio. ¿Comprendes? Que tanto tiempo estás en casa que al final pues discutes. Por una tontería, por cualquier tontería puedes discutir. Llegas y discutes. Quizás por un periódico, o por... por cualquier tontería. “Por que tal esto, por que tal otro”. Entonces esto es una vida como un matrimonio. Un matrimonio, llegas y “joder que no me has planchado la camisa”, o esto, o*

*“el niño me molesta”. Y terminas discutiendo con la mujer. O “la tortilla hoy está dura, o estas alubias no las has hecho bien”. Y lo mismo salen discutiendo por una simplicidad, una tontería, salen discutiendo. ¿Me entiendes? O sea, eso es lo mismo que un matrimonio. Que por una simplicidad terminan discutiendo (Entrevista al Jirafa, 16 de Marzo de 2005).*

La vocación por “hogarificar” el territorio es equiparable a la lucha del Quijote contra los molinos de viento. La batalla está pérdida de antemano, y ello es consecuencia de las características del espacio público y su distancia respecto de esa estructura arquitectónica a la que denominamos “hogar”. No obstante, los esfuerzos por personalizar el ámbito de residencia intentado equipararlo al hogar ilustran cómo, con el paso de los años, el límite que separa calle y hogar termina siendo muy difuso. En tal sentido, aunque sean una minoría, vale la pena analizar los casos donde los *homeless* proclaman que la calle es su hogar. Por lo general, se trata de personas con años de sinhogarismo a cuestas y con una biografía residencial marcada por una fuerte desestructuración -el Capitán es un buen ejemplo al respecto: cada vez que le pregunté por un hogar respondió pensando en alguno de los tantos Albergues o Centros de Acogida por los que pasó a lo largo de su vida<sup>206</sup>. Estas situaciones responden al proceso de “atrincheramiento” que mencionamos en el capítulo 8, y al cual habíamos caracterizado como el acostumbamiento y la consiguiente dificultad por escapar del contexto de calle. En definitiva, el “atrincheramiento” implica la consolidación del sinhogarismo (Grigsby *et al.*, 1990; Rowe y Wolch, 1990; Snow y Anderson, 1993; etc.).

Brett Williams (1988) plantea que el hogar puede ser definido como una “estructura de sentimiento”. Con el uso de tal noción esta antropóloga pretende dejar en claro que ciertos espacios, como sucede con el hogar, son vitales para la socialización de las personas. Las “estructuras de sentimiento” consisten en orientaciones subjetivas que se derivan de vivir en un lugar particular. Este concepto permite leer las representaciones sociales en función de cómo fueron experimentadas, posibilita la comprensión de los valores y significados que son vividos y sentidos por un grupo social en un sitio y período concreto. Pero las “estructuras de sentimiento” no suponen formas fijas, no deben ser interpretadas como experiencias cristalizadas en productos terminados. Por el contrario, se trata de procesos emergentes, experiencias sociales en curso. Para los *homeless* no sólo el hogar, sino también la calle puede ser definida en tales términos. La socialización en la vía pública transforma las percepciones,

---

<sup>206</sup> Es en estas situaciones donde se expresa con mayor fuerza el proceso que Snow y Anderson (1993) denominan como “identidad abarcativa”. Es decir, no siempre ocurre que las PSH intentan diferenciarse entre sí; aunque en menor medida, también es posible observar casos donde existe una congruencia entre la identidad social y personal del sujeto. Entonces, el individuo acepta como propias las identidades que se le imputan en tanto *homeless*, algo que sucede con mayor frecuencia entre quienes asocian a la calle como su hogar.



altera los significados de calle y de hogar. Más aún, hogar y calle son conceptos que se retroalimentan, los cambios que afectan a una de tales nociones arrastran a la otra. Las dificultades por romper el círculo que encierra a estas personas en la situación de exclusión residencial se explican principalmente por los mercados laborales o inmobiliarios, los cuales continúan siendo dominados por una lógica mercantil donde el interés social es relegado. Ello no impide reconocer que, luego de años de *sinhogarismo*, los obstáculos también radican en la experiencia prolongada de calle en tanto proceso de socialización.

Como vimos anteriormente, las dimensiones más básicas del hogar pasan por el espacio físico y el relacional. El punto es que muchos de estos sujetos poseen un lugar y un grupo de referencia que otorgan un sentido de pertenencia, por lo cual más de un *homeless* rechaza las etiquetas que los califican como “sin hogar” (Tomas y Helga, 1995). Sobre este tema, resultan pertinentes las palabras de un informante clave que lleva años residiendo en un importante intercambiador de autobuses de la ciudad. En su discurso surgen diversos temas de interés. El reproche a la forma en que nombramos a este problema social, cómo inscribe tal crítica al interior de la denominada “teoría del complot” –en su opinión, el acento puesto en el término “hogar” sería otra estrategia de las ONG para recaudar fondos. Además, implícitamente alude al peso que posee la movilidad en su vida: califica a su situación como de “hogar itinerante”, en oposición al “hogar fijo” que gozan los demás ciudadanos.

*Luciano dice que al hablar en términos de “PSH” el acento recae en el hogar en tanto espacio afectivo-relacional. Sostiene que él posee un lugar físico al cual siente como su hogar: el intercambiador de Avenida de América. Quienes allí trabajan son, a esta altura, su familia. Dicha gente se preocupa por él mucho más que sus parientes. En definitiva, afirma que Avenida de América es su casa, por lo cual le molesta que lo califiquen como sin hogar. Allí está su gente, y en buena medida si no sale de la calle es por no perder los contactos con sus afectos. Dice que la categoría de PSH se ha expandido porque conmueve al público en general, y así las ONGs logran recaudar dinero. El “hogar” es una palabra que sensibiliza a los padres de familia, cosa que no ocurría a lo mejor con términos como “sin techo”. La lógica subyacente es la misma de siempre: una cuestión de dinero a favor de los recursos sociales y no de las PSH. El propone utilizar otra categoría. Luciano habla de personas con domicilio fijo, y personas con domicilio itinerante. Así, en primer lugar, se evita llegar a una definición a la negativa. Pero además, pone el acento en que la gran diferencia pasa por el hecho de que la mayoría de las personas firmaron un contrato que les permite residir en un sitio determinado, mientras que ellos pueden llegar a tener un lugar donde dormir, pero ese espacio es móvil, no está fijo, deben trasladarse permanentemente en función de lo que determinen las autoridades que vigilan el espacio público. Pero no ve otras diferencias que lo lleven a hablar de PSH. El coordinador de la ONG no está de acuerdo, opina que sus redes son muy inestables, que un hogar implica vínculos consolidados. Entonces Luciano le responde que sus actuales relaciones no son menos sólidas de las que tuvo con sus parientes (12 de Enero de 2006).*

Por otra parte, nuestra casa representa un punto fijo en un universo móvil, inestable (Anrubia Aparici, 2006). Si el propio hogar aporta identidad, también es como consecuencia de mostrarse como un bastión frente al cambio. Tal como vimos en los capítulos 7 y 8, compartir un mismo escenario es un elemento clave en las redes de las PSH; dichos entornos y redes, terminan reemplazando la función del hogar en tanto sostén de una continuidad espacio-temporal donde se desarrolla la propia identidad y autoestima (Rowe y Wolch, 1990). Grigsby opina de modo similar: “a pesar de no tener una estructura física a la cual llamar *hogar*, los *homeless* pueden haber desarrollado un sentimiento de pertenencia a través de su afiliación con otras PSH” (*et al.*, 1990: 144). Ópera, para el grupo de PSH que allí reside, supone uno de los pocos puntos estables en sus vidas; en cierta medida, supone un sustituto del hogar.

*Ni bien llegué a la plaza me preguntaron cómo me había ido en Argentina. Cuando dije que el viaje me hizo bien, pues extrañaba a mi familia y a mis amigos y que de alguna manera ese es mi lugar, tanto Lionel como Juancho respondieron con un “es lógico”. El Jirafa alega que “es normal, te falta algo, no es tu ambiente”. Me explica que le ocurrió lo mismo cuando estuvo trabajando en las cosechas en Portugal. “Y eso que estaba bien, comía de puta madre, me daban unos churrascos que no veas. Pero me faltaba algo. Este es mi ambiente, extrañaba a estos cuatro bribones”. Encuentro notable como habla de Ópera como “su ambiente”, así como que reconozca haber extrañado a sus compañeros (19 de Septiembre de 2005).*

Probablemente, el elemento más destacable consista en que la dificultad por delimitar entre calle y hogar se repite en muchos de quienes logran abandonar temporalmente la vía pública como sitio donde pernoctar. Repitamos que el patrón típico del *sinhogarismo* radica en una constante inestabilidad residencial antes que en una situación permanente de calle. La gente entra y sale una y otra vez de la vía pública, engrosando las filas del denominado “*sinhogarismo* cíclico”. Esta situación desenmascara el estereotipo que sostiene que nos encontramos frente a personas que ha llegado al final de una trayectoria de marginalidad (Hopper, 1989). Claro que existen casos donde los períodos de calle son cada vez más numerosos y prolongados, hasta que llega un momento en que se tornan permanentes. Pero sólo entonces el estereotipo al que hacíamos referencia cobra validez.

*Luego se ríen de Lionel, quien se ha quedado completamente dormido en un banco de la plaza. Bruno comenta: “¡Teniendo una pensión en Puerta del Sol y durmiendo aquí! ¡Tirado en la plaza y a su edad! ¡Hay que ser gilipollas!”. Luis es el que se muestra más agresivo: “es un borracho, está acabado”. El resto coincide en que “hay que ser un tumbado para dormir aquí, pudiendo dormir en la cama de una habitación que se encuentra a pocos metros de distancia”. Luis agrega: “entre el que se quiere marchar, y el que quiere volver, al final no sacas a ninguno de aquí”. Viendo a Lionel y pensando en la posibilidad de una habitación, Alfredo comenta: “el día que agarre una cama... ¿sabes como la dejo! ¡Bah! Quizás ese día termino tirando los cartones en el piso y durmiendo en*

*el suelo. ¡No veas!” (risas) (...) Bruno añade, siempre tomando a Lionel como centro de sus críticas: “¡lo que no se puede es gastarse 300 euros en un día! Si consigue dinero y vuelve siempre a la calle”. Alfredo le da la razón: “verás como en un par de días ya no tiene para la pensión y termina durmiendo aquí” (1 de Marzo de 2006).*

La experiencia de calle deja marcas imborrables en quienes han pasado una temporada bajo sus dominios. De alguna que otra forma, muchos de los que han escapado del sinhogarismo vuelven a Ópera. Al finalizar la jornada laboral, Federico suele acercarse a la plaza a beber y compartir unas horas con los antiguos compañeros. Al preguntar el motivo de tales visitas, este hombre responde con naturalidad: “por que aquí están los colegas”. Las relaciones sociales siguen circunscriptas a Ópera, por más que la persona ya no resida allí. Brett Williams (1988) observa el mismo patrón en quienes han sufrido un desahucio. Esta antropóloga asocia los permanentes retornos al barrio del que han sido desalojados sus informantes como una búsqueda por reforzar los lazos sociales, como una forma de reconciliar los significados contradictorios de hogar.

*P: ¿Y tenés contacto con gente que vive por la zona, que paran a conversar, te cuentan sus cosas... se establece una relación así?*

*R: Sí. Sí. Aquí ha habido gente que ahora está viviendo en su casa y vienen a verte, y a tomar un trago de vino contigo y a hablar, y a gastar bromas. Vienen bastante. De los que han estado en la calle, otros no. Pero la mayoría sí. Porque son experiencias que no lo van a olvidar. Y entonces les gusta volver a ver a gente que ha estado contigo, y que unos días se ha reído, otros días ha llorado... y son ratos que no los olvidas. Esto es como la mili, cuando haces buena amistad te dura toda la vida (Entrevista a Federico, 29 de Octubre de 2006).*

El propósito de tales visitas se explica por otros factores. El agradecimiento y reconocimiento por haber compartido los momentos de mayores penurias es un elemento a tener en cuenta. El miedo a verse inmerso en un nuevo proceso de sinhogarismo es otro punto que motiva al sujeto a preservar sus relaciones con las PSH: en caso de volver, sabe que tendrá un sitio donde será bien recibido. El sinhogarismo cíclico o episódico empapa de inseguridad al sujeto, quien no logra experimentar a ningún sitio como un auténtico hogar, sino que los vive como refugios temporales<sup>207</sup>.

---

<sup>207</sup> Hill (1991) plantea que la naturaleza temporal de los Albergues y Pisos Protegidos atenta contra la experiencia del habitar, impide que la gente personalice el espacio donde vive. De hecho, los trabajadores sociales que se desempeñan en los Centros de Acogida sostienen que es característico de las PSH la falta de cuidado de las habitaciones, que no decoran las mismas haciéndolas un poco más amenas. Pero este desapego es consecuencia directa de las permanentes experiencias de falta de control sobre el espacio, lo cual conlleva a la imposibilidad de sentir al sitio donde residen como propio.

*Martín se muestra dubitativo sobre si continuar residiendo en el Centro de Acogida o si en cambio volver a la calle. Me dice: “no quiero acostumbrarme a dormir en una cama, perder la costumbre de dormir en la calle. Me gustaría, aunque más no sea, pasar una noche de vez en cuando en la calle”. Más allá de la dificultad por adaptarse a su nueva vida, parecería como si Martín tuviese miedo a tener que volver a vivir en la calle y no estar a la altura. Parecería como si el anciano imaginase que siempre existe la posibilidad de retornar a la calle, y quiere estar preparado ante tal situación. Me da la sensación que tal forma de pensar refleja la inestabilidad característica de la vida en la calle (3 de Febrero de 2005).*

Una vez más, la sensación de soledad se erige en un factor digno de consideración. Es bastante común encontrarse con gente que confiesa que nunca se ha sentido tan sola como en una habitación o piso vacío, donde reside sin contacto con otras personas (Quaglia, 2005; Koegel, 1998; etc.)<sup>208</sup>. En definitiva, las modalidades de sinhogarismo también responden a tener o no tener un espacio/grupo como referencia vital.

*Mariana me cometa que está viviendo en un piso protegido con una compañera marroquí. “La pasé muy mal, pero lo conseguí”. Dice estar contenta con el piso y que la compañera resultó ser una excelente persona. “Estoy bien, pero de a momentos me siento muy sola. El edificio es diferente. Esta chica no está en todo el día, se pasa el día trabajando”. Continúa informándome que hoy se despertó a las doce del mediodía, y que vino a esta zona a buscar alguno de los amigos que conoció durmiendo en la calle. “Más ahora en las fiestas, en el edificio me siento sola. ¡Es que nunca estas completa, siempre te falta algo!” (5 de Diciembre de 2005).*

Pero a veces la vuelta a las calles no se da simplemente bajo la forma de una visita, sino también como el retorno a la situación de exclusión residencial más extrema. Luego de una temporada, salir de la calle se torna muy difícil; pero mucho más duro aún suele ser mantener un domicilio sin “reincidir” en el sinhogarismo. En consecuencia, cuando una persona consigue una habitación o un piso, muchas veces reproduce pautas típicas de la calle. La experiencia como sin hogar deja sus marcas, y el proceso se invierte: ya no “hogarifica” la vía pública, sino que “callejiza” el hogar –reproduce patrones característicos de la calle al interior del apartamento donde reside. He sabido de gente cuya primer reacción fue mostrar con orgullo las llaves del nuevo apartamento, en tanto símbolo de su progreso y del posible final de sus padecimientos; a continuación invita a sus antiguos colegas a vivir con él. Hasta que la

---

<sup>208</sup> Koegel alude a la experiencia de soledad en los pisos protegidos de la siguiente manera: “ir a un piso implica invariablemente reubicarse lejos de la vida de indigente, alejado de la vecindad en la que estas personas han pasado largo tiempo y creado redes elaboradas de relaciones, pocas de las cuales cuentan como amigos, pero de las cuales dependen -de un modo que ni ellos pueden definir- para el contacto social y para mantener la sensación general de estar conectados a otras personas (...) este cambio puede desorganizar los preciados vínculos sociales de muchos, además de conllevar costes que no compensan las ventajas de vivir en un sitio más agradable” (1998: 41). El mismo autor también se refiere al miedo a acostumbrarse a un alojamiento, para luego pasar el dolor de perderlo todo nuevamente.

sensación de encierro domina los ánimos y la mayoría termina volviendo a la vía pública, el grupo traslada la calle al piso, repite el tipo de interacciones que sostenía en la calle pero ahora dentro de un piso. Al respecto, Snow y Anderson (1993) han observado que muchas de estas personas no logran compartir un sentido de pertenencia con quienes disfrutaban de un domicilio, añoran poder conversar sobre su pasado con gente que ha vivido experiencias similares. En definitiva, los hábitos adquiridos en la calle generan discrepancias cognitivas con la vida domiciliada.

También he conocido a más de una persona que mencionaba estar demasiado acostumbrada a la calle, que ese es el medio que mejor conocen y donde saben desenvolverse, y que no logran adaptarse a lo que entienden como “responsabilidades del hogar”. Bajo tal término pueden incluirse cuestiones como tener que pagar los impuestos, situaciones que son descritas como de “agobio”. Quienes llevan muchos años en la calle, llegan inclusive a plantear que les resulta imposible acostumbrarse nuevamente a dormir en una cama, que no soportan la sensación de claustrofobia de una habitación ni los sonidos tan diferentes a los que están habituados a escuchar durante las noches en las calles madrileñas. Así, cuando el sujeto pasó muchos años residiendo en la vía pública, el alojamiento estable puede llegar a ser visto como sinónimo de aislamiento y distancia respecto del ambiente en el cual han aprendido a desenvolverse, comienza a desdibujarse como posibilidad real en su gama de opciones (Koegel, 1995).

*Le repito que esta bien en Puerta Abierta, le insinúo que está viejo y ya lleva treinta años en la calle, que mejor deje de pensar en volver a la vía pública (...) El tema surgió cuando me dijo que le costaba dormir en el Centro, que le incordiaban los ruidos de sus compañeros. Al responderle que en la calle debían haber muchos mas ruidos, Martín argumentó que es posible, pero que en la vía pública no existe el eco, y eso es algo que se encuentra presente en un espacio cerrado como una habitación, algo a lo que no se puede acostumbrar (...) Luego la trabajadora social me cuenta algunas anécdotas de Martín, las cuales demuestran cómo la calle se marca en la mente de esta gente, como incorporan ciertos hábitos que luego son muy difíciles de desterrar. Me explica que a lo largo de estos tres meses Martín durmió en el suelo del Albergue, rechazó sistemáticamente la cama... ¡por encontrarla incómoda! (3 de Febrero de 2005).*

A modo de conclusión es posible afirmar que luego de años padeciendo el sinhogarismo, el sujeto adopta una postura ambivalente respecto de las nociones de calle y hogar. La situación es similar a lo que afirmamos anteriormente respecto de la relación con sus compañeros de infortunios, caracterizada por los sentimientos encontrados. Bahr (1967) asocia la desafiliación de las PSH con no pertenecer a ningún sitio ni grupo social. Esta afirmación es demasiado tajante, pues sólo ilumina una cara de la moneda. Pero que sea posible criticar esta visión del sinhogarismo como la ausencia de redes y de un arraigo territorial, como la falta de un hogar,

no significa negar un importante grado de verdad en estos planteos. Casi todas las PSH responden que la calle no es su hogar: este suele ser asociado con imágenes tan positivas que no puede ser equiparable al espacio donde actualmente residen. El hogar, en tanto espacio idealizado aunque no necesariamente vivido en el pasado, tiene que encontrarse en otro sitio. No obstante, al afrontar día a día la experiencia de calle, en sus relatos frecuentemente contradicen esta afirmación. La vía pública es su cotidianidad, y ese hecho transforma las percepciones. Cada intento de “reinserción” que culmina en fracaso, en una nueva temporada en la vía pública, refuerza la sensación de que ese es su destino. Luego de un período prolongado de sinhogarismo el círculo de la exclusión tiende a cerrarse, la persona se acostumbra al contexto residencial y deja de preocuparse por encontrar una salida. El sujeto no distingue con claridad las nociones de calle y hogar. A partir de entonces, las posibilidades de “reinserción” se reducen, pasan a ser ínfimas.

*P: ¿Y después de la experiencia de vivir un tiempo en la calle, para vos que es ahora el hogar?*

*R: ¿Un hogar ahora? No sé que decirte. Porque me he hecho a esto. Me gustaría volver otra vez a tener un techo, todo lo que tenía antes, pero no sé, porque estando en un albergue me metieron en un piso (protegido) y acabe agobiado.*

*P: ¿Podrías decir que la calle es tu hogar en estos momentos?*

*R: Exactamente. Porque ya coges la costumbre. Ya lo ves como eso, como una parte de tu vida. Es lo que hay. Es una parte de tu vida. No la calle, el sitio donde estás durmiendo. La calle es un pasatiempo, pero el sitio donde convives y estás es el sitio donde duermes, por ejemplo, el mío es el parque. El arbusto adonde estoy. Estoy muy acostumbrado a ese lado y es lo que hay, como si fuera mi hogar (...) A mi me gustaría en el futuro poder salir adelante bien, que me toque una lotería o algo (risas). Poder mandar a la mierda todo esto y empezar a vivir bien. Lo primero que haría sería comprarme una casa, ponerla pa' mi. Eso sería lo primero que haría. Luego ya me agobio, la alquilo y sigo aquí, pero por lo menos tengo un sitio para meterme cuando sea ya mayor (risas) (Entrevista a Diego, 21 de Diciembre de 2005).*

## 10. Conclusión

La falta de hogar existe no porque no funcione el sistema, sino porque ése es el modo en que funciona (H. Marcuse en El País, 28 de Mayo de 2006).

A la hora de analizar los procesos de desventajas sociales, la desafiliación se ha erigido en el supuesto básico a partir del cual se articulan las teorías de la exclusión y los modelos explicativos del sinhogarismo. La desafiliación se asocia con la ruptura de los lazos sociales primarios y el desarraigo territorial. Las PSH representarían el ejemplo paradigmático de “los excluidos” como seres anómicos, sin ligaduras, individuos solitarios y desconectados de las dinámicas sociales. A su vez, de la combinación del quiebre de los vínculos sociales y la falta de arraigo, surgen los demás factores constituyentes de la noción de desafiliación: el nomadismo, la apatía y la pasividad, el estigma, la incapacidad para incluirse en estructuras portadoras de sentido, o la conformación de agrupaciones de desafiados que viven en mundos paralelos.

Tomando como eje de análisis a un grupo de *homeless* de la ciudad de Madrid, la presente tesis se inscribe en los debates sobre el concepto de desafiliación. A partir de un trabajo de campo etnográfico, se ha puesto en evidencia los límites de los discursos que asocian a la exclusión con la disolución de las sociabilidades. Es cierto que más de una PSH opta por moverse en solitario; no obstante, la mayoría se integra temporalmente en grupos de *homeless*, así como entra en contacto con algunos de los vecinos del barrio donde se han instalado. Los enfoques de la desafiliación guardan relación con las metodologías que limitan su acción en las encuestas, sin complementar los datos con pesquisas de corte cualitativo. Muchos estudios han tomado a la desafiliación como una variable discreta, fomentando las visiones dicotómicas que sólo dan cabida a “los incluidos” o “los excluidos”. Pero cuando consideramos a la desafiliación como una variable continua, el panorama es otro: existen múltiples formas de estar “dentro” o “fuera” de las distintas dimensiones que componen la realidad social. Si bien los procesos que desembocan en una situación de calle implican el quiebre de muchos vínculos afectivos, lo cierto es que estas afirmaciones deben ser relativizadas.

En primer lugar, las PSH establecen relaciones en el nuevo territorio de residencia. En consecuencia, en la investigación se privilegiaron los procesos de reafiliación asociados con el ambiente de exclusión. En segundo término, muchas PSH conservan parte de sus relaciones sociales con algunos de sus familiares o antiguas amistades. Además, es común que el sujeto

reencauce buena parte de sus lazos primarios cuando avanza de la zona de exclusión a la de vulnerabilidad, mientras que los mismos se resienten cuando retornan las temporadas de precariedad extrema. Es decir, como consecuencia del estigma asociado con la condición de sin hogar, las épocas donde la persona pernocta en la vía pública equivalen a la mayor distancia familiar; por el contrario, cuando encuentra un techo bajo el cual refugiarse, las relaciones son más próximas. A su vez, las PSH suelen relacionarse con individuos que, al igual que ellos mismos y sus familias, provienen de los sectores populares. De tal modo, es difícil que las ayudas que aportan tales conocidos permitan romper el círculo de exclusión.

Para una comprensión más cabal del sinhogarismo, sería indispensable fomentar investigaciones centradas en la dimensión familiar. Conocer la composición de las familias de donde provienen las PSH, aportaría elementos claves a la hora de diseñar programas que apunten a detectar a tiempo las crisis que conducen a la situación de calle. Si las redes de parentesco son el principal colchón que amortigua los efectos de las desventajas sociales en España, entonces la caracterización de estas familias nos permitiría discernir cuáles son los factores que generan las diversas formas de experimentar las distintas modalidades de sinhogarismo. La distancia familiar, producto en gran medida del estigma, se asocia con la incapacidad de reciprocidad. En ciertas ocasiones, la expulsión de un miembro es la forma que encuentra el conjunto familiar de preservarse. Echar a quien en vez de aportar supone un estorbo, es una táctica familiar que apunta a la propia conservación. De tal modo, debemos tener presente que los datos que disponemos sobre los vínculos familiares surgen de los relatos de quien está viviendo en la calle. No contamos con la visión que los demás componentes familiares tienen del sinhogarismo; tampoco con las explicaciones de la PSH en el momento en que se desencadena el proceso de calle. Nuestros análisis se reducen a las narraciones que los *homeless* realizan a posteriori, cuando ya llevan meses o años en la vía pública. Pero la calle es un espacio tan violento, que tergiversa las formas en que recordamos los eventos. Por consiguiente, para una mejor comprensión de este problema social sería fundamental poder contrastar cómo evolucionan las interpretaciones sobre la propia situación de calle a medida que transcurren los años en la vía pública.

Por otra parte, los estudios centrados en el concepto de la desafiliación contradictoriamente oscilan entre las imágenes del aislamiento y la conformación de “colectividades de desviados”. Cuando se reconoce que los desafiados se integran en grupos, entonces su sociabilidad queda limitada a las personas con las que compartirían una conducta que se distancia de las normas sociales predominantes. No es casual que se haya otorgado tanto peso a las psicopatologías en



las interpretaciones del sinhogarismo. Muchos de los estereotipos que perjudican a determinados segmentos poblacionales son consecuencia de las definiciones trazadas por quienes se encargan de administrar, gestionar y lidiar con “lo social”. Lamentablemente, las ciencias sociales también tienen su cuota de responsabilidad en la conformación de estigmas. Desde las visiones culturalistas, se han acuñado conceptos que escinden la realidad social a partir de criterios normativos. En tal sentido, la exclusión ha sido caracterizada en función de determinados “grupos problemáticos”, sus significados varían de acuerdo a si centramos la atención en los esquizofrénicos, discapacitados, toxicómanos, inmigrantes, etc. La perspectiva antropológica nos ayuda a comprender que el origen del estigma que afecta a dichas poblaciones en gran parte responde a que de partida han sido catalogadas como “excluidos”. Intentando escapar a dicha lógica, se tomó a la dimensión espacial como foco de análisis. ¿Qué nos puede decir la plaza Ópera sobre los procesos de desventaja social en Madrid? Al desplazar la perspectiva basada en una definición previa sobre un grupo específico de “marginales”, por otra que privilegia el espacio, nos vemos forzados a reconsiderar el sentido de la exclusión.

La antropológica apuesta por una metodología cualitativa, y ello supone acceder a un tipo de información que difícilmente puedan detectar las demás ciencias sociales. La etnografía ilumina la diversidad de una realidad social que es simplificada al apelar a etiquetas como las de “desafiliados”, “transeúntes”, “sin techo”, etc. El sinhogarismo debe ser entendido como un fenómeno amplio que trasciende el mero pernoctar en la vía pública. Por lo general, equivale a un proceso con permanentes entradas y salidas de la situación de calle, antes que a un estado continuo de vida a la intemperie. Lo que persiste es una condición de vulnerabilidad que se expresa en la figura del sin techo cuando las desgracias arrecian, y en la de un sin hogar en los períodos de bonanza. Privilegiando el trabajo en el terreno, la antropología muestra la heterogeneidad, cómo determinadas variables -la edad, el tiempo de estadía en la situación de calle, etc.- inciden en las distintas modalidades de sinhogarismo. En tal sentido, el trabajo en el terreno nos lleva a afirmar que el descomunal incremento de inmigrantes es el cambio más significativo en lo que refiere a las características de la población sin hogar. La nacionalidad es un eje que está pesando cada vez más en las lógicas de unión y división entre las PSH. Las peleas por los recursos escasos potencian la xenofobia. En definitiva, la presencia masiva y reciente de inmigrantes en situación de calle puede desencadenar niveles de violencia inusuales según los actuales parámetros del sinhogarismo madrileño.

Pretendiendo caracterizar la sociabilidad de las PSH, se han considerado las redes que esta gente establece en el barrio donde se instalaron. De hecho, se argumenta que dichos vínculos

sociales son el principal recurso que disponen para su subsistencia y adaptación cotidiana, tanto a nivel material como emotivo. Las relaciones con los vecinos que residen en la zona, con los comerciantes y empleados que trabajan por los alrededores, demuestran que la conexión no se circunscribe a “los grupos de excluidos”. Más aún, los *homeless* expresan una necesidad de asociarse con quienes disfrutan de un domicilio. Y ello se debe no sólo a las tácticas materiales gracias a las cuales satisfacen su subsistencia, sino también a la sensación de “normalidad” ligada a la inclusión en las dinámicas barriales. Pero no es posible llegar a tales conclusiones partiendo del supuesto de la desafiación, menos aún definiendo a la exclusión sobre la base de un determinado grupo social. Al delimitar los contornos de la exclusión a partir de una caracterización de las “comunidades de *homeless*”, de las cuadrillas de toxicómanos, etc., restringimos la percepción en las relaciones al interior del grupo, sobredimensionamos los códigos que rigen a dichas agrupaciones. Por el contrario, al tomar al espacio como eje de análisis, lo que observamos es que si bien “los desafiados” cotidianamente conversan entre sí, también interactúan con empleados de seguridad, barrenderos, con quienes atienden en los bares de la zona, con porteros de edificios, etc.

Al indagar en los lazos territoriales, se tuvo en cuenta el contacto con los recursos sociales para PSH. Algunos *homeless* circunscriben su subsistencia cotidiana a la vinculación con ciertos albergues o comedores, y más específicamente con determinados empleados que allí se desempeñan. Sin embargo, lo más frecuente es que las PSH adopten una actitud utilitaria y distante frente a dichos servicios. Este punto no fue desarrollado en profundidad pues los servicios sociales ocupan un lugar secundario en la vida social de quienes duermen en Plaza Ópera. Una vez más, el estigma condiciona las sociabilidades. Sus rechazos traslucen un imaginario donde los recursos sociales son percibidos como espacios degradados y degradantes, de los que es preciso desligarse. Pero la etnografía ilustra la distancia entre lo dicho y lo hecho: a pesar de los esfuerzos por separarse discursivamente de estos ámbitos, la mayoría de las PSH se ven forzadas a aproximarse a los comedores para alimentarse, a los roperos para encontrar abrigo, a las duchas públicas para asearse, etc. Por último, la actitud de los *homeless* no se limita a sus prejuicios, sino que también responde al funcionamiento propio de tales servicios. Sería fundamental que en el futuro se realicen estudios de corte cualitativo centrados en los puntos de vista que las PSH tienen de los recursos. Sobre este tema discurre el último apartado de la conclusión.

Destacar la existencia de las redes sociales no debe conducirnos a imaginar que las mismas satisfacen las necesidades de las PSH. De lo contrario, relativizaríamos la tragedia cotidiana

que supone que miles de personas se vean forzadas a vivir en las calles de una ciudad rica como Madrid. Las relaciones sociales existen, pero se recomponen en un entorno de exclusión. La calle, en tanto ámbito de residencia, posee sus dinámicas propias, es un espacio que condiciona las sociabilidades. Así, los vínculos que la comunidad domiciliada establece con quienes viven en las calles de sus barrios suelen encuadrarse bajo una lógica jerárquica, paternalista, marcada por el estigma y el asistencialismo. De las sociabilidades pasamos a la socialización: los años en situación de calle llevan a que la PSH adopte un patrón de victimización, donde la forma de subsistir se reduce a reproducir la imagen de “un pobre hombre desvalido”. Dicha socialización también afecta a los vecinos de buena voluntad que continuamente repiten su papel de proveedores de recursos materiales, como almas caritativas que de vez en cuando se permiten recriminar a “un hijo descarriado”. La enseñanza de la calle es que el *homeless* es un ser vacío, sin nada para dar, sin utilidad social, un mero receptor de la solidaridad o desprecio ajeno. Todo lo que el *homeless* gana a nivel material, lo pierde en lo que a su autoestima se refiere. Además, es común que los vecinos se cansen de sostener un lazo tan desigual, mientras que muchos de los empleados de los comercios que les prestan ayuda cambian de trabajo. En dichos casos, la PSH pierde una de sus fuentes de apoyo. En consecuencia, se afirma que las redes de los *homeless* suelen ser erráticas, oscilan como una metáfora de sus propias vidas. El sinhogarismo es sinónimo de una enorme dificultad para planificar, no sólo por la escasez de recursos y porque los apoyos con los que se cuenta son insuficientes, sino también por las características del territorio en el que residen: el espacio público, siempre abierto al cambio y a la circulación, aporta una fuerte sensación de inestabilidad. La calle enseña a vivir el presente, a despreocuparse de un futuro sobre el cual el sujeto no parece poder incidir; ello atenta contra las posibilidades de superar el sinhogarismo.

Aquí se sugiere otra posible vía de investigación: la relación entre determinados grupos de PSH y la comunidad domiciliada. Es en el barrio, y gracias a la interacción con quienes disfrutan de un hogar, que muchas de estas personas logran la subsistencia. Sus redes basadas en la economía informal se despliegan en dichos territorios. No es posible escindir la economía de las redes sociales de los *homeless*. Las tácticas materiales atan a estas personas a las dinámicas barriales. Es así como han aprendido a salir adelante. Lo mismo ocurre con su emotividad. Sacar de la calle a quien lleva años en el sinhogarismo puede equivaler a romper con las redes sociales –a fomentar la sensación de soledad–, así como acabar con las tácticas que apuntan a la subsistencia diaria. No se trata de individuos solitarios que deambulan por la ciudad; todo lo contrario, son sus relaciones sociales las que los insertan en un territorio concreto y refuerzan su situación de calle. De tal modo, no es posible iniciar un proceso de reinserción sin analizar

en profundidad como se imbrican estas tácticas informales de subsistencia y los contactos que se establecen en la vía pública.

Un segundo ejemplo: sería clave promover la etnografía en determinados bares de la ciudad que cuentan con una alta presencia de PSH. Dichos comercios son espacios de ayudas, donde el *homeless* funda una serie de solidaridades con determinados vecinos que viven o trabajan en la zona. Si alguien pretende abordar con éxito los problemas asociados con el alcoholismo, debería ampliar su radio de acción considerando las sociabilidades que se generan en tales ámbitos. Es en dichos bares, o en las rondas de cartones de vino que se celebran durante el día en la Plaza Isabel II, donde las PSH han conocido a más de un vecino. Estos entornos ligados al alcohol suponen un “espacio de reclutamiento de potenciales *homeless*”. Cuando un vecino que comparte su afición por la bebida con las PSH de la zona cae en desgracia, es a Ópera a donde acude al comenzar su estadía en la calle.

Tras el objetivo de profundizar en los procesos de reafiliación, se indagó en las redes de PSH y las consecuencias propias de años de socialización en la vía pública. Estudiando la relación entre los *homeless* se torna posible dar un nuevo paso en el análisis de los enfoques que asocian a la desafiliación con el aislamiento social o la conformación de “comunidades desviadas”. La calle ha sido descrita como un espacio de alienación, donde sentidos contradictorios moldean las sociabilidades y afectan las orientaciones cognitivas de los sujetos. En las PSH se observa una tensión nunca resuelta satisfactoriamente entre cooperación y desconfianza. Por un lado, la gente se necesita mutuamente para hacer más llevadera la cotidianidad. En el grupo de Ópera, hemos visto el peso que tienen ciertas formas de reciprocidad. En particular destacamos dos factores como esenciales en la conformación de un sentido de comunidad: la búsqueda de protección mutua ante la inseguridad nocturna, y la urgencia por satisfacer otra necesidad básica como es beber varios litros de vino por día para quien corre el riesgo de padecer el síndrome de abstinencia. Resaltar estos aspectos no debe pasar por alto la voluntad de socializar, de escapar a la soledad como otro elemento vital en las diversas formas que se expresa el intercambio social. Las prácticas de las PSH, como las de cualquier otro grupo social, no pueden ser limitadas a un aspecto utilitario.

Pero, simultáneamente, existe una fuerte predisposición a distanciarse de las demás PSH. Si el espacio de degradación obliga a ciertas formas de cooperación, también genera la necesidad de desligarse de quienes afrontan el estigma inherente a la condición de sin hogar. Debemos entender que la vía pública, en tanto ámbito de residencia, despierta lo peor y lo mejor de la

personas. Numerosos *homeless* han sufrido agresiones físicas, han sido robados o humillados en más de una ocasión, y a veces el victimario es otra PSH. La calle es un ámbito donde opera el lema “sálvese quien pueda”, donde reina la desconfianza, incluso hacia las demás personas que integran el mismo grupo. Además, si en el pasado un hermano, la pareja o un padre nos han traicionado, ¿por qué no sospechar de quien es tildado como un “vagabundo”? De tal modo, son pocos los que se autoidentifican como *homeless*. Los integrantes de Ópera pueden pasar juntos las 24 horas en la plaza, pero al hablar de sí mismos construyen un relato donde buscan preservarse. Para ello, reproducen los estereotipos sociales que menosprecian a “los sin techo” y sacrifican a sus compañeros de desgracias. Aunque más no sea a nivel simbólico, prevalece el esfuerzo por distanciarse de las demás PSH. Lamentablemente, ello supone atentar contra la solidaridad entre quienes padecen las formas más extremas de exclusión. Más específicamente, disminuye las posibilidades de conformar un colectivo, de apelar a una identidad común que una las voces fragmentadas reivindicando los derechos que se les niega en tanto ciudadanos.

El panorama trazado en la presente tesis es el de una relación ambivalente que oscila entre aproximación y distancia, lo cual supone relativizar la identificación de “los excluidos” como integrantes de “comunidades de desafiliados”. Es cierto que existen códigos propios del contexto de calle y del grupo específico de *homeless*, los cuales apuntan a una convivencia más armoniosa. Sin embargo, suelen ser mínimos y no siempre son respetados. No se trata de una organización compleja y amplia de reglas con su correspondiente régimen de sanciones; dichos códigos no deberían conducirnos a concluir que nos encontramos frente a un mundo social paralelo que se rige por un sistema normativo propio. Suele ocurrir que los códigos, al responder a las necesidades típicas de quienes residen en la calle, entren en tensión con las normas sociales hegemónicas. La vía pública fuerza a sus habitantes a transgredir, a saltarse ciertos preceptos. Pero ello no significa que las PSH vivan en un mundo aparte con reglas propias. Por el contrario, y pese a la estadía prolongada en el sinhogarismo, en la mentalidad de esta gente continúan operando los valores que rigen al conjunto social. De hecho, llama la atención los esfuerzos que realizan por destacar su propia dignidad en tanto ciudadanos que acatan la ley, que valoran la familia, o que conciben al trabajo como sinónimo de dignidad. La imposibilidad de respetar los valores sociales predominantes suele ser motivo de malestar.

Pero la estadía prolongada en la situación de calle deja huellas irreparables, y muchas personas terminan atrincherándose en el sinhogarismo. Algunas personas llegan a sostener que la vía pública, el sitio en concreto donde residen, es su hogar. Otras, y este es el caso más común, niegan rotundamente dicha posibilidad. No obstante, esta gente muestra una dificultad enorme a

la hora de trazar un límite claro entre calle y hogar. Cuando consiguen un techo bajo el cual refugiarse, vuelven a la plaza a visitar a “los colegas”, pues allí se localizan sus lazos sociales más importantes. Es en los alrededores donde continúan ganándose la vida a partir de las diversas maneras en que se expresa la economía informal. Es en Ópera donde saben que tienen la posibilidad de beber pese a no disponer de dinero; allí siempre encontrarán compañía dispuesta a compartir un cartón de vino. Las experiencias previas los han advertido de los golpes de fortuna, y cuando encuentran una vivienda se muestran inseguros, sospechan que en poco tiempo todo se derrumbará y acabarán nuevamente en la plaza. En definitiva, cuando consiguen una casa no logran transformarla en un hogar. De tal modo, los años de socialización en la vía pública conllevan a que sea difícil escapar de la exclusión extrema, pero más duro aún resulta no reincidir en la situación de calle.

De las visiones del desafiado como un ser sin ligaduras sociales ni arraigo territorial surgen otros supuestos. Una de las particularidades de las PSH, en comparación con otros grupos que son tildados como “excluidos”, consiste en el nomadismo. Históricamente se asoció a la condición de sin hogar con una predisposición hacia la vida errante, con una pulsión por los caminos. Existen sujetos que realizan una feroz crítica a las formas predominantes de organización social, por lo general basadas en instituciones que precisan del sedentarismo para su correcto funcionamiento. Esta gente asocia la movilidad incesante con cierta sensación de libertad. En sus narrativas subyace una crítica social que merece ser escuchada con atención. Pero se trata de casos aislados, de personas que comenzaron a pensar de tal manera luego de años de trajinar y acostumbrarse a la calle. Debemos desconfiar de los relatos que explican la situación de calle como una devoción por la vida nómada y resaltan la voluntad del sujeto que se decanta por tal opción de vida. Por un lado, suelen aportar una visión simplista y romántica de un fenómeno que, quienes lo experimentan en carne propia, suelen vivir como dramático. Por el otro, suelen ser motivo de autoexculpación para una sociedad que prefiere mirar hacia otro lado.

En el presente madrileño la exclusión de las PSH se asocia, entre otras cuestiones, con un proceso de movilidad forzada. Ciertos espacios de la ciudad poseen valor económico, comercial, simbólico, político, lo cual genera que distintos actores aboguen por la erradicación de los *homeless* de dichas zonas. Afirmar que existan redes territoriales no equivale a esbozar un cuadro de vida barrial idílica. La mayoría de los vecinos deciden ignorar o mostrar su desprecio ante la presencia de *homeless* en lo que consideran “su barrio”. Un tema básico, que no ha sido indagado en España, es el de la organización de vecinos que presionan a las

administraciones locales para que expulsen a las PSH de las zonas donde residen. Se trata de una cuestión que merece especial atención, pues estas entidades se constituyen como un actor central ya no sólo en lo que a las pautas de movilidad forzada de las PSH se refiere, sino también en su capacidad por generar una imagen estereotipada del colectivo e influir en la opinión pública. Dichos movimientos logran repercusión mediática e inciden sobre los partidos políticos al suponer un caudal electoral. Por otra parte, a modo de hipótesis se sostuvo que las pautas de movilidad promueven distintas formas de experimentar el proceso de sinhogarismo: quienes se decantan por el sedentarismo suelen basar su cotidianidad en las redes sociales que tejen en el barrio –más allá de que incluso estas personas se ven obligadas a moverse de un sitio al otro como condición de permanecer en el espacio público. Por el contrario, las PSH más nómadas adoptan un patrón espacial fragmentado, y toman a la plaza Ópera como uno de los tantos territorios importantes en sus vidas. La elección de una u otra forma de sinhogarismo y movilidad implica diversas tácticas materiales de subsistencia, así como distintas maneras de afrontar el estigma ligado con la condición de sin hogar.

Otro de los supuestos asociados con la desafiliación es el de la vagancia y apatía. A partir de tal estereotipo, muchas voces culpabilizan a las víctimas de sus propios males. Pero incluso los teóricos que señalan al mercado de trabajo como el origen de los procesos de desafiliación repiten la misma lógica. El énfasis en los quiebres impide considerar la recomposición de las estructuras portadoras de sentido. Estos enfoques olvidan que más de un sujeto reside en la calle pese a estar trabajando y que muchos buscan empleo de forma infructuosa; ambas cuestiones deberían hacernos replantear el modo en que está funcionando el mercado de trabajo. En Ópera, tratándose de gente con muchos años de calle, una edad avanzada y un físico deteriorado, la mayoría ha aceptado que no tienen posibilidad alguna de ser bien recibido por el mercado formal de trabajo. Pero su desempleo no necesariamente es sinónimo de pasividad. Es gracias a su propio esfuerzo que se sostienen en pie día a día, pese al contexto hostil que los rodea. Es por ello que nos dedicamos a describir las múltiples formas de subsistencia asociadas con la economía informal. Bajo el término de “chapuzas” pueden incluirse actividades tan dispares como la mendicidad, vender lo que se obtiene de la basura, ayudar ocasionalmente a cargar mercadería en un comercio, revender entradas de eventos culturales, etc. A pesar de que dichas prácticas difícilmente les permitan superar exitosamente la situación de calle, se muestran como los mecanismos más apropiados para hacer frente a las adversidades propias del entorno de exclusión donde les ha tocado vivir.

A excepción de los escritos de ciertas Fundaciones que cuentan con talleres de reinserción laboral, en España tampoco se han generado estudios dedicados a la dimensión laboral de las PSH. Sería fundamental indagar en las biografías laborales de estos sujetos, cómo actúa el mercado formal de empleo marginando a quienes poseen menos conocimientos y capacidades. En el caso de Ópera, hemos visto que el sinhogarismo guarda una estrecha relación con la forma en que se combinan la edad y los trabajos no cualificados. A ello hay que sumar la inmigración como una población que compite por los mismos nichos ecológicos. Asimismo, los programas de reinserción laboral suelen enfatizar las características de las PSH, pretenden reencausar sus pautas de socialización en el marco del empleo. No es tan frecuente, en cambio, que se medite en torno a los modos en que actualmente está operando el mercado de trabajo. Quien no tome conciencia de cuáles son los resquicios que el sistema productivo reserva para los segmentos menos cualificados, no entenderá el por qué de tantos fracasos y negativas a “reinsertarse” en el mundo laboral.

De los supuestos sobre la desafiliación propuestos por Bahr en su explicación del sinhogarismo, el único confirmado plenamente en esta investigación es el que apunta al estigma y la falta de poder. Hemos asociado dicha falta de poder con los límites ambientales, con las constricciones propias de residir en un espacio público, diseñado con fines y funciones sociales específicos. Pretendiendo destacar la agencia de las PSH, apelamos a la noción de tácticas. Remarcando que las necesidades humanas son tanto materiales como afectivas, distinguimos entre tácticas de subsistencia y emotivas. Si optamos por la noción de tácticas por sobre la de estrategias fue por seguir los consejos de De Certeau. La capacidad de desarrollar estrategias queda reservada a los grupos sociales poderosos, los cuales poseen los recursos suficientes como para planificar su acción a largo plazo, trazar y seguir un plan en el tiempo. Por el contrario, las tácticas son los mecanismos que despliegan los grupos que carecen de poder, y guardan relación con obtener beneficios aprovechando las ocasiones que se presentan. En tal sentido, las tácticas materiales y emotivas reconocen el ingenio de estas personas, pero al mismo tiempo ilustran la dificultad por planificar una salida del círculo de precariedad y sinhogarismo.

Los estigmas ligados con el sinhogarismo frecuentemente coinciden con los supuestos subyacentes en la noción de desafiliación. El origen de la mayor parte de tales afrentas responde a verse forzados a realizar en el espacio público las actividades que la sociedad ha destinado al ámbito privado. El espacio público es definido socialmente, y aquellos que no cumplen con sus requisitos son estigmatizados. Las definiciones normativas, los discursos que prescriben qué prácticas son correctas en el espacio público, delimitan el estigma de la PSH. Al



orinar, beber o dormir en la calle, las PSH subvierten los valores dominantes sobre el espacio público, trastocan las representaciones hegemónicas sobre las conductas adecuadas en tales entornos. Los juzgamos, o mejor dicho los repudiamos, pues en el ámbito público uno no debería comportarse de tal manera. Pero entonces olvidamos que dichas personas carecen de un hogar, de un entorno apropiado donde desarrollar aquellas prácticas asociadas con la privacidad.

Es cada vez más frecuente que, cuando se reflexiona sobre el sinhogarismo y su relación con el espacio público, los discursos oficiales argumenten en términos de “usos inapropiados” del espacio público. Surgen voces que reclaman rescatar a los barrios de la degradación expulsando a “los indeseables”. Las autoridades municipales o determinados movimientos de vecinos, añoran la belleza perdida de unas calles dominadas por el triste espectáculo de la miseria. Cuando esto ocurre, el sinhogarismo pasa a ser leído en clave de “panorama”, el problema es su visibilidad. Aunque no lo sostengan explícitamente, muchas de las medidas adoptadas frente al problema del sinhogarismo se expresan a partir de un vocabulario dominado por las metáforas higiénicas, donde “limpiar las calles” equivale a invisibilizar a los *homeless* a partir de su reclusión en centros ubicados en la periferia de la ciudad, su permanente traslado evitando que se radiquen en un territorio concreto, etc.

En las disputas por otorgar significados a los espacios públicos ante la presencia de personas que se ven forzadas a dormir a la intemperie, probablemente el factor más lamentable consista en el retroceso de los discursos que reclaman el derecho de todo ciudadano a disponer de un trabajo y un hogar. Nos encontramos encerrados en una discusión perversa, donde el debate se circunscribe a evaluar el derecho de las PSH a permanecer en las calles de nuestras ciudades. Esta situación muestra hasta que punto los espacios públicos reflejan la cultura, el estado de las creencias y los valores que caracterizan a una sociedad en una época determinada. El sinhogarismo representa un termómetro que mide el nivel de solidaridad social. La invisibilización de estas poblaciones refiere a una falta de voluntad para actuar frente a las causas que moldean al sinhogarismo. Se prefiere ocultarlos porque con su imagen nos recuerdan cómo el Estado, pero también las familias o los vecinos, han optado por desentenderse del asunto. Como veremos a continuación, la noción de desafiliación ha resultado clave para quienes apuestan por silenciar en vez de afrontar el fenómeno del sinhogarismo. Los discursos organizados en torno a la desafiliación, ¿qué callan al interpretar los procesos de desventajas sociales en términos de “quiebres de los lazos sociales”?

## *1. Los silencios que articulan los discursos sobre la desafiliación*

Bajo recetas político-económicas neoliberales, la globalización implica la expansión del mercado a escala planetaria, así como el consiguiente retroceso de la esfera de acción de los Estados sociales. No es casual que las teorías de la exclusión, centradas en la desafiliación, hayan surgido en dicho contexto. La lógica que predomina en estos enfoques responde a cómo, hoy en día, el discurso económico prevalece sobre el político. En contraposición a lo que suele sostenerse desde las teorías de la exclusión, podríamos afirmar que lo que se está desmoronando no es la cohesión social en sí misma, sino algunas de sus expresiones históricas. Hoy lo que se tambalea no es el lazo social, sino una configuración ideológica determinada, las modalidades de sociabilidad asociadas con la época donde predominaron los Estados sociales (Karsz, 2004; Cucó, 2004). Este hecho tiene efectos epistemológicos, pero también políticos. Por un lado, la exclusión implica una dimensión cognitiva de representación, una forma específica de problematizar lo social; por el otro, supone una esfera de acción, una modalidad puntual de intervención social. Se trata de un fenómeno teórico, pero las definiciones que se adopten tienen consecuencias prácticas, afectan a poblaciones e individuos concretos. ¿Qué tipo de intervenciones caracterizan entonces a estas perspectivas?

Los programas de “reinserción” y las visiones centradas en la desafiliación en muchas ocasiones funcionaron como aportación ideológica a las políticas que aceptan la hegemonía de las leyes de mercado. La promoción de tales discursos fue paralela a un ataque a las políticas preventivas y a las propuestas de protección universal que caracterizaron a los Estados benefactores. Desde una perspectiva histórica, queda claro que las políticas contra la exclusión son el producto de una época que ha tomado al ajuste fiscal como el imperativo a no desobedecer. Lo que hasta hace unos años era considerado como inversión social ha pasado a ser catalogado como un gasto, cuando no un auténtico despilfarro; así, los sistemas de previsión social son mirados con sospecha. El desplazamiento de las políticas universales por programas focalizados, implica centrar el esfuerzo en determinadas poblaciones definidas previamente como “problemáticas”. Lo que está en juego es la gradual sustitución de políticas de protección universal por políticas afirmativas, se trata de acotar las zonas de intervención –considerando el atraso histórico del Estado social español, en este país dicho proceso no siempre supone una sustitución, sino que a veces debe ser entendido como un freno a la expansión tardía de las lógicas de protección universal.

En el proceso de sustitución de políticas universales por programas de atención focalizados, la primera consecuencia se asocia con la desprotección de quienes no cuentan con “el privilegio” de ser clasificados como “excluidos”. Los sectores populares, quienes integran la zona de cohesión social que Castel denomina como “vulnerabilidad”, son los más perjudicados. Quienes escapan a las etiquetas que catalogan a determinadas poblaciones como “problemáticas”, se ven forzados a acudir al mercado para satisfacer necesidades básicas que debería proporcionar el Estado. Las administraciones describen esta situación como una forma de ahorrar dinero y hacer más competitivo al país; la gente percibe la misma escena como la amenaza de un riesgo imposible de exorcizar. La masa, las poblaciones estadísticamente más considerables, quedan descubiertas. Los “excluidos” son quienes, desprovistos de las redes familiares adecuadas, cayeron al vacío sin que existiese una malla de contención estatal que los protegiera.

En segunda instancia, como resultado de limitar la atención en las formas más extremas de desventaja social, estas modalidades de intervención suelen articularse sobre la lógica de la urgencia. La prevención es un aspecto olvidado en lo que al *sinhogarismo* se refiere. Las instituciones existentes empiezan a actuar recién cuando el sujeto inicia su estadía en la calle. Además, tal como es interpretada, la emergencia no apunta a una situación extraordinaria, sino a resolver dificultades especialmente dramáticas al interior de un fenómeno estructural (Associació Prohabitatge, 2005). Un ejemplo: cuando una PSH enferma de gravedad, el Samur se encarga de su hospitalización. Luego de una temporada que el *homeless* suele describir en términos de “vacaciones” -como un oasis de confort-, cuando la enfermedad persiste pero deja de ser catalogada como severa, el sujeto vuelve a la calle. Las “Campañas de Frío” son otro ejemplo al respecto. Buscando evitar las muertes por hipotermia, durante los meses de invierno diversos albergues provisorios alojan a las PSH. En marzo, cuando por las noches el termómetro supera los cero grados, dichos recursos cierran nuevamente sus puertas dejando a cientos de PSH en situación literal de calle. En definitiva, no es posible una intervención social seria si sólo se apunta a las emergencias.

En tercer término, el auge de las políticas focalizadas en detrimento de las de tinte universalista opera bajo el parámetro de lo visible. Los esfuerzos por invisibilizar las distintas formas en que se manifiesta la miseria deben ser comprendidos en un contexto donde los medios de comunicación, y su lógica de denuncia, ocupan un lugar primordial en la conformación de la opinión pública. Por un lado, el poder de turno busca invisibilizar a los grupos problemáticos, alejarlos de la vista de los votantes en general, y de las clases pudientes en particular. Por el

otro, cuando la administración interviene sobre los procesos de desventajas sociales, debe obtener un rédito político de sus actuaciones. En tales ocasiones, es el mismo poder el que busca iluminar los “rostros agradecidos” de unos “excluidos” que han sido dignos de la atención gubernamental. Nuevamente, lo fundamental pasa a ser el modo en que los medios de comunicación relatan la visibilización de quienes hasta entonces permanecían en las sombras. De tal modo, el auge de las políticas focalizadas en determinados grupos y en detrimento de las universales, conlleva el riesgo del control y la estigmatización social. A partir de entonces, esta gente queda señalada: a diferencia del resto de la población, “ellos reciben ayuda por ser distintos”, por ser “incapaces de sobrellevar su vida sin la tutela de las entidades sociales”, etc.

Los discursos sobre la exclusión enfocan determinados aspectos de las desventajas sociales, proponen modos específicos de abordar dichos procesos. Actúan como un reflector que ilumina ciertas zonas, dejando a oscuras otras áreas de un escenario que conocemos como realidad social. ¿Qué discursos silencia la categoría de desafiliación? La pregunta que suele omitirse bajo tal retórica es la siguiente: ¿qué tipo de reparto de las riquezas estamos produciendo? La noción de desigualdad es la gran ausente en el debate europeo sobre la exclusión. Asociando “la nueva cuestión social” inherente a las teorías de la exclusión con el fin del un mundo bipolar y de un sistema político económico alternativo, Karsz (2004) recuerda que categorías como las de explotación, dominación, lucha de clases o desigualdad han caído en el desprestigio; la noción de exclusión es impensable sin movilizar esos conceptos de los que se desmarca sin cesar. Adoptando un planteamiento similar, Autès (2004) afirma que el gran cambio está en que no se lucha más contra la desigualdad, sino contra la exclusión. El riesgo político es el de la renuncia al gran proyecto republicano de lucha contra las desigualdades. La desafiliación, en tanto ariete de las teorías de la exclusión social, ha encubierto el proceso de desmantelamiento estatal y su capacidad de intervención. Los programas de “reinserción” sólo pudieron funcionar plenamente cuando fueron sepultados los discursos que pregonaban que era un deber del Estado regular los mercados, redistribuir las riquezas equilibrando las desigualdades sociales y garantizando la protección de todos los ciudadanos.

Desde estas perspectivas, se remarca que todos vivimos bajo la amenaza de padecer la exclusión. Parecería como si el riesgo se hubiese democratizado. Pero, ¿todos tenemos las mismas posibilidades de ingresar en un proceso de exclusión? La etnografía nos lleva a responder negativamente: si bien es cierto que en la calle encontramos PSH que pertenecieron a las clases acomodadas, estadísticamente no son significantes. Los procesos de desventajas sociales continúan afectando de particular manera a quienes provienen de familias con un bajo

capital económico y social, a quienes no tienen propiedades que heredar de sus padres, etc. Aquí no se aboga por descartar la noción de exclusión sin más. No existe un concepto más apropiado, un sustituto con mayor capacidad de abordar los procesos de desventajas sociales. No se pretende retroceder en todo lo que se ha avanzado a la hora de entender a la exclusión como una categoría multidimensional, y por consiguiente más amplia que la de pobreza. Lo mismo ocurre con el *sinhogarismo*: queda claro que las ilusiones vitales o las problemáticas añadidas –muchas veces asociadas con la salud mental– se conjugan en un entramado complejo que no puede ser comprendido de manera simplista en términos de problemas materiales. No obstante, es importante destacar que la *desafiliación* ha cobrado una relevancia tan desmesurada que ha silenciado un dato fundamental: la pobreza continúa siendo el telón de fondo de la mayoría de los casos que son catalogados como exclusión. Del modo en que están siendo utilizados, los discursos sobre la exclusión suelen obviar una variable fundamental: la distribución de las riquezas.

El discurso que promueve la “reinserción social” enmascara los procesos históricos de articulación entre lo económico y lo político. El auge de lo social ha sido paralelo al fin de las lecturas e intervenciones que se reconocían como políticas. Pero ni la inserción ni la exclusión son ideológica y políticamente neutras. Dedicarse a “lo social” es hacer política sin reconocerlo, supone una lógica de parches que no afronta los vectores que generan los procesos de desventaja social –básicamente, los mercados del trabajo y de la vivienda. Las actuales intervenciones sociales implican que el Estado se limita a gestionar, no a luchar por revertir las causas que generan los procesos de desventajas sociales. De tal manera, lo que la retórica de la *desafiliación* enmascara es la dimensión política de las desventajas sociales, el conflicto latente en función de unas desigualdades que no son revisadas. La exclusión no plantea transformar la sociedad, sino sólo “reinsertar a quienes han fracasado”, encontrar un sitio a los “sujetos descarriados”. Como señala Castel (2004), ocuparse de los excluidos moviliza respuestas técnicas que apuntan a “la normalización”, pero el dominio del proceso exigiría un tratamiento político.

En consonancia con unas teorías que interpretan a los procesos de desventaja social en términos de *desafiliación*, los proyectos de intervención aluden a fomentar la “cohesión social”. A través de las políticas públicas, los diferentes modelos de Estado fomentan un tipo u otro de relaciones sociales. El tejido social se encuentra atravesado por el papel del Estado. En tal sentido, el diseño, los usos y definiciones del espacio público son un factor clave en la *disrupción* o *promoción* de las condiciones idóneas para el desarrollo de las sociabilidades. En este aspecto,

nuevamente el avance de las lógicas asociadas con el mercado y la desidia estatal parecen ir a contramarcha de los discursos oficiales que sostienen buscar la cohesión social. La ubicación de los albergues para PSH en el extrarradio de la ciudad, los cambios en el mobiliario urbano buscando incomodar y erradicar a los *homeless* –pero que simultáneamente limitan las posibilidades de uso a los demás ciudadanos-, la expansión de los “espacios abiertos” –lugares cuyo acceso queda restringido en función de cierta capacidad de consumo y de la posibilidad de transmitir determinada apariencia-, o la definición como “paisajes” de unos sitios que están para ser contemplados pero no practicados, son claros ejemplos al respecto. El planificador urbano debería recordar que el espacio público resulta fundamental en la promoción de la cohesión social, en el contacto entre los residentes de un barrio.

Por sobre todas las cosas, las posibilidades de éxito en la lucha contra los procesos de desventaja social guardan relación con una redefinición del papel que deben jugar los Estados frente a los problemas estructurales. Respecto del *sinhogarismo*, queda claro que debería intervenir más activamente en los mercados de la vivienda y del trabajo. A modo de ejemplo, repitamos un dato mencionado en la introducción. De acuerdo a cómo se defina el problema y la metodología de recuento adoptada, en España la cantidad de personas en situación de calle oscila entre 22.000 y 200.000; más allá de las diferentes cifras, el hecho es que en el país simultáneamente existen más de 3.000.000 de viviendas vacías. El problema no se asocia con la falta de recursos, sino con la distribución de los mismos. Y es el Estado quien debe encargarse de tales tareas. En vez de promover los intereses de las grandes corporaciones financieras e inmobiliarias, el Estado español debería definir a la vivienda resaltando su utilidad social sobre su valor en tanto mercancía generadora de plusvalías. Se trata de reclamar que el Estado recupere su papel de regulador, sin el cual los ciudadanos se ven desprotegidos ante un mundo empresarial que actúa buscando satisfacer su voracidad de ganancias económicas.

Para luchar contra el *sinhogarismo*, el primer paso consistiría en visibilizar el problema, y para ello es preciso lograr una estructura organizativa que se movilice por los derechos de los *homeless*. Resultaría vital unir en una misma plataforma a PSH, voluntarios, a aquellos que se desempeñan en las ONG’s, Fundaciones y organizaciones dedicadas a dichas poblaciones. Si se coincidiese en un mismo espacio, en vez de proponer un sitio exclusivo de *homeless*, se podrían vencer parte de las resistencias que impiden que esta gente se fusione con las demás PSH en un colectivo. A su vez, sería básico ligar a estas organizaciones con otras entidades ya existentes, como por ejemplo aquellas que luchan por el acceso a las viviendas. Dicha asociación permitiría aunar fuerzas, así como demostraría que el *sinhogarismo* representa la forma más

extrema de problemas que afectan al conjunto de la población. Incluir a las PSH en las reivindicaciones sobre los derechos a las viviendas supondría una forma de escapar a los estigmas que los separan del resto de la población, como si se tratasen de extraterrestres. Por último, sería la oportunidad de intentar una aproximación con los movimientos de vecinos que reclaman la erradicación de los *homeless*. Tal vez así estos vecinos entenderían que, la mejor forma de garantizar que en “sus calles” no haya *homeless*, consiste en pelear por un derecho universal como aquel que apunta a que todo ciudadano cuente con un hogar.

No hay posibilidad de cambios sin reivindicación política; es iluso esperar que el Estado aporte soluciones si no existe un elemento de presión. Las entidades que trabajan en el tema están reproduciendo el *status quo* al limitar su accionar a satisfacer las necesidades básicas diarias, al no dar un paso, coordinarse y reivindicar un cambio de fondo. Es preciso reconocer cierto nivel de verdad en los discursos de las PSH que en esta tesis han sido descritos como “teoría del complot”. En “el mundo de lo social” no sólo existen distintas visiones ideológicas en disputa, sino que también hay mucho dinero en juego. Todo ello divide a las entidades dedicadas a esta problemática. Por consiguiente estas propuestas, hoy por hoy, suenan a utopía.

Miles de personas continúan viviendo en las calles de nuestras ciudades. En tal sentido, y sin que por ello se contradiga lo afirmado anteriormente respecto de la necesidad de implementar políticas de protección universal, se torna indispensable fomentar programas que faciliten la vida de quienes residen en la vía pública. Para ello, sería preciso otorgar más peso a las voces de los *homeless*, y la metodología etnográfica tiene un enorme potencial al respecto. Además, la antropología social no debería limitarse a un plano teórico, encerrarse en los debates puramente académicos. Por el contrario, uno de los objetivos de toda ciencia social debería consistir en aportar su visión para intentar transformar la realidad, para influir en quienes diseñan e implementan las políticas públicas orientadas a mejorar la calidad de vida de las poblaciones desfavorecidas.

## *2. Algunos aportes de la antropología social a los programas de lucha contra el sinhogarismo*

En Madrid, los recursos sociales para PSH se caracterizan por haber sido privatizados, terciarizados y por una tradición confesional, lo cual tiene sus consecuencias. En primer lugar, la administración pública ha delegado sus funciones de una manera tan brutal, que muchas veces los servicios sociales terminan operando como microcosmos. Cada centro es una isla, lo

cual dificulta la posibilidad de coordinar proyectos comunes a largo plazo. El Estado no se ha encargado de centralizar a las diversas entidades; en ocasiones ni siquiera logra imponer ciertos criterios básicos en los servicios que financia pero que no gestiona. Así, se despilfarran esfuerzos y las intervenciones son ineficientes. La falta de coordinación tiende a cronificar a una PSH que, para lograr satisfacer la subsistencia cotidiana, se ve forzada transcurrir su día moviéndose de una punta de la ciudad a otra. Los *homeless* interpretan esta situación a su modo: señalan la arbitrariedad de unos servicios sociales que son percibidos como un bingo, en el cual existen pocas posibilidades de salir airoso. Cada centro opera a su manera, pero los caprichos del azar también varían según la orden religiosa que gestione el recurso o de acuerdo al trabajador de turno que le designen a la PSH.

En segunda medida, el proceso de terciarización y privatización se rige por la lógica de las licitaciones. La empresa que pasa a hacerse cargo de la gestión de los servicios es aquella que dice poder satisfacer los requisitos a un menor costo económico. A la mercantilización de “los social” hay que sumar otro dato: el porcentaje abrumador de un voluntariado que resulta muy funcional a las omisiones de un Estado que se rige por el ajuste fiscal. Su presencia masiva es inversamente proporcional a la cantidad de profesionales contratados: con su buena voluntad, esta gente posibilita que el Estado se ahorre una enorme cantidad de dinero, y muchas veces terminan realizando de mal modo las tareas que deberían estar destinadas a psicólogos y trabajadores sociales –lo cual demuestra hasta que punto los servicios están funcionando como simples parches dedicados a lo más básico, la alimentación y un techo bajo el cual refugiarse. El peso del voluntariado es tan significativo que en agosto, cuando esta gente se marcha de vacaciones, muchos recursos deben cerrar sus puertas pues no cuentan con personal disponible. Como consecuencia, las PSH no encuentran un baño público donde ducharse, quienes se alojan en un albergue deben pasar el mes en la calle, etc.

Sin embargo, es importante reconocer que en ocasiones la ausencia estatal tiene sus efectos positivos. La presencia del Estado es sinónimo del riesgo de “electoralizar” las intervenciones. Probablemente la creación del Samur Social haya sido una de las medidas más importantes tomadas en los últimos años en lo que atañe al sinhogarismo. En más de una ocasión se han escuchado los temores de qué ocurrirá con el Samur el día que otro gobierno tome el poder. Por otra parte, y como hemos visto en la tesis, el estigma es una marca que se inscribe en la mentalidad de las PSH. De este modo, cuanto menos ostensible sea la intervención menos estigma generará, y por consiguiente más posibilidades de éxito tendrá. En tal sentido, la indumentaria que utiliza el Samur parece haber sido pensada como para lograr el



reconocimiento del posible votante, quien identifica con facilidad las respuestas del gobierno local en materia social. Pero, simultáneamente, estas “formas de propaganda” pueden suponer un obstáculo para la intervención. Más de un *homeless* ha comentado la vergüenza que siente cuando se le aproxima “un chaleco con el logo del Samur”.

Por otra parte, los servicios sociales suelen funcionar con la rigidez de cualquier otra institución burocrática. Es común que los empleados de tales centros destaquen el rechazo de los *homeless* hacia los recursos, sin detenerse a meditar si los mismos son adecuados para las necesidades de la población sin hogar. Dos lógicas contradictorias chocan en un mismo espacio: la burocrática -estructurada e inflexible-, y la de las PSH -cuyas vidas se caracterizan justamente por una incertidumbre constante. Para tener un mayor éxito en los programas de intervención social, sería preciso una mayor flexibilidad institucional: que no siempre la PSH deba adecuarse al servicio, sino que también las entidades sean capaces de amoldarse a las exigencias de una población que tiene requisitos específicos producto del espacio y del contexto de exclusión donde residen. En tal sentido, la antropología tiene mucho por aportar, pues se inscribe en una tradición preocupada por destacar el punto de vista de los grupos con los que trabaja.

En ciertas cuestiones, los recursos parecen haber sido diseñados por y para unos funcionarios que no conocen las dinámicas propias de la calle. Un ejemplo al respecto: da la sensación que muchos horarios han sido dispuestos en función de la comodidad de los empleados, antes que buscando facilitar la vida de las PSH. De tal manera, los *homeless* se quejan que deben almorzar a las doce del mediodía, y que para ello deben comenzar a formar cola para obtener el número indispensable para ingresar en el comedor unas dos o tres horas antes. Así, una actividad básica como es alimentarse le ha llevado la mañana entera a la PSH. Los recursos “cronifican”, pues fuerzan a que el tiempo que podría ser dedicado a la “reinserción”, a la búsqueda de un empleo, sea malgastado en la subsistencia.

Crear espacios de consignas podría ser de utilidad para las PSH. Viviendo en la calle, es común que los *homeless* pierdan o les roben sus pertenencias. Muchas PSH han extraviado su documentación, y así luego tienen dificultades para buscar empleo, gestionar una RMI, etc. Las consignas serían un sitio ideal para preservar sus bienes y papeles personales. La PSH podría despreocuparse por sus pertenencias, ello facilitaría sus traslados y garantizaría el derecho a la movilidad. Las consignas también podrían actuar a modo de una dirección donde la gente reciba correspondencia. Si dicho espacio preservarse el anonimato no haciendo alusión a una

institución para *homeless*, también sería de interés para las PSH que acuden a una entrevista laboral sin saber que dirección proporcionar.

Sería importante generar programas de ayuda a los traslados. En la tesis se sostiene que, por lo general, cuanto más se mueven las PSH menos “cronificadas” están. Moverse muchas veces es sinónimo de buscarse la vida, de un interés por mejorar, de que la persona no se ha dejado ganar por el autoabandono y la desidia. Subvencionar el coste de los transportes, el cual significa el 22,6% del presupuesto de los *homeless* (INE, 2005), mejoraría su vida material y emotiva, facilitaría la búsqueda de empleo, las visitas a los familiares y amigos, las actividades que en general guardan relación con la afiliación. Por el contrario, las formas de movilidad que se suelen fomentar desde el poder pasan por los traslados forzados, los cuales atentan contra la autoestima de la persona, limitan sus posibilidades de sociabilidad, desestructuran sus redes barriales y obstaculizan sus tácticas de subsistencia.

A su vez, privilegiar la variable espacial ha permitido detectar una serie de vacíos o barreras institucionales. La situación de las PSH que padecen algún tipo de enfermedad mental y además son inmigrantes es un ejemplo al respecto. Las organizaciones que se dedican a los inmigrantes rechazan a dichas personas, pues entienden que la intervención corresponde a otro tipo de recursos; por el contrario, aquellos centros que aceptan a *homeless* con problemas de salud mental, suelen exigir que tales sujetos se dirijan a las entidades destinadas a los inmigrantes. Una vez más, al desligarse de estos asuntos el Estado no regula ni resuelve este tipo de contradicciones.

En muchas ocasiones los recursos que dicen promover la cohesión social contradictoriamente generan la desafiliación de las PSH. Sería importante crear albergues donde los *homeless* no se vean forzados a desprenderse de sus mascotas. Sus perros o gatos son una fuente emotiva vital para esta gente; prohibirles el acceso a un Centro de Acogida equivale a forzarlos a elegir entre un techo o un afecto. Si los recursos contasen con un sitio donde dejar a los animales, entonces más personas aceptarían acceder a los servicios sociales. Además, los albergues se organizan según una división de género, en la cual no hay cabida para las parejas o las relaciones sexuales. Esta situación se acentúa en unos servicios que mayormente son administrados por diversas confesiones religiosas. Negar el derecho a la intimidad, a disfrutar de la sexualidad, es otro síntoma de cómo los recursos apuntan a lo más básico, a la alimentación y al cobijo. Más de una pareja sin hogar se decanta por la calle pues acudir a los albergues significaría perder lo más valioso que poseen: la compañía mutua. Por último, sería importante la creación de

albergues en los municipios más pequeños de la Comunidad de Madrid. La desafiliación de las PSH remite a que mucha gente vive en pueblos que no disponen de recursos; así, sus redes locales se rompen cuando se ven obligados a trasladarse a Madrid buscando auxilio.

Frecuentemente los espacios institucionales operan como reductos cerrados, no se abren al resto de la comunidad. Para lograr la ansiada cohesión social, los recursos deberían desarrollar actividades que atraigan a los vecinos, que los residentes del barrio encuentren utilidad a dichos servicios. Otros países cuentan con experiencias que pueden ser un modelo a imitar –“La Moquette” en París, es un ejemplo al respecto. Si existen los mundos paralelos descritos por los partidarios de la desafiliación, estos se localizan en unos servicios sociales para *homeless* que actúan a modo de recintos herméticos. Por el contrario, en la calle las PSH tienen la posibilidad de ampliar su interacción contactándose con quienes disfrutan de un domicilio.

Para un mayor éxito en la lucha contra el sinhogarismo, resulta indispensable desarrollar el trabajo de calle. En la vía pública duermen muchos *homeless* que subsisten sin relacionarse con los recursos sociales –repitamos que el 45,6% de las PSH se encuentra en dicha situación según datos del INE del 2005. Si las PSH no se aproximan a los recursos, entonces no será posible iniciar una intervención social que apunte a la “reinserción”. Es preciso reconocer que se han dado pasos en esta materia: los equipos de calle del Samur, de Fundaciones como Rais o el grupo de psicólogos de “Salud Mental y Exclusión Social” (SMES) apuntan en tal dirección. Pero las medidas adoptadas continúan siendo insuficientes. Faltan recursos, y tampoco se ha terminado de tomar conciencia de la necesidad de iniciar las intervenciones en el contexto de calle.

Respecto del trabajo de calle, la antropología podría ser vital de cara a detectar los espacios de socialización de las PSH. Las redes que estos sujetos han elaborado con los comerciantes y residentes del barrio deben ser tenidas en cuenta a la hora de planificar una intervención. Dichos vecinos pueden convertirse en importantes aliados para un trabajador social. También sería interesante aprovechar los conocimientos de otro tipo de instituciones que realizan sus actividades en la vía pública, y que por lo tanto entran en contacto con los *homeless*. Los barrenderos o la policía pueden brindar datos sobre una PSH en concreto, y en ocasiones incluso pueden resultar una fuente de apoyo para el *homeless*. Asimismo, habría que concienciar a quienes se desempeñan en estas actividades respecto de las dificultades inherentes al sinhogarismo. Para las PSH, sería muy importante que los barrenderos respetasen sus pertenencias; también debemos recordar que ellos son las principales víctimas de la violencia

nocturna, por lo cual se sentirían mucho más aliviados si la policía los tuviese en cuenta como un grupo especialmente vulnerable al cual es preciso proteger.

Al privilegiar el territorio como unidad de análisis, llama la atención la enorme diversidad que reina bajo lo que de manera simplista denominamos como *sinhogarismo*. Parte de los obstáculos que deben afrontar las propuestas de actuación reside en la dificultad por amoldarse a cada situación en concreto. Una mujer sin hogar tiene sus particularidades, un inmigrante sin papeles que acaba de iniciar un proceso de calle no demanda el mismo tipo de respuestas que un joven que ha sido expulsado de su hogar o que un toxicómano. No puede haber una única modalidad de intervención frente a una población tan dispar, y las estructuras rígidas tienen una enorme dificultad para amoldarse a dicha variabilidad. Por el contrario, una de las ventajas que posee la Antropología consiste en la posibilidad de considerar la heterogeneidad, sus recomendaciones surgen de la observación participante en el terreno donde las PSH se desenvuelven cotidianamente. En tal sentido, el tiempo de estadía en la situación de calle se ha presentado como uno de los vectores más relevantes de cara a la planificación de los programas de intervención social.

Si el Estado se inclinase por las políticas de protección universal se mejorarían ostensiblemente las tasas de *sinhogarismo*, así como la calidad de vida de quienes alimentan las zonas de vulnerabilidad social. Ello no impide reconocer que un porcentaje de *homeless*, aunque significativamente menor, continuaría residiendo en la vía pública. Este es el caso de quienes, luego de años en situación de calle, tienen dificultades para imaginar su vida en otro entorno. Por consiguiente, sería fundamental que las administraciones tuviesen la capacidad de generar distintos programas en función de los años que la PSH ha pasado en la vía pública. La estadía prolongada en el *sinhogarismo* trastoca las orientaciones cognitivas de los sujetos. A partir de entonces, los sentimientos de desconfianza generalizada, la pérdida de autoestima, las angustias e inseguridades, se apoderan del individuo y difícilmente logren ser completamente desterradas. Además, el sujeto reconstruye sus relaciones sociales en la calle, es en dicho medio donde se siente más seguro y sabe desenvolverse. Luego de años en la vía pública, iniciar un proceso de “reinserción” se torna especialmente difícil y muy costoso en términos económicos. Los programas de lucha contra el *sinhogarismo* deberían ser capaces de detectar y actuar rápidamente cuando una persona comienza a pernoctar en la vía pública, y para ello es necesario apostar por el trabajo en el terreno.

Respecto de las PSH que llevan más tiempo en la calle, vale la pena destacar que en Madrid sólo existe un centro de baja exigencia. Los albergues suelen condicionar la atención a requisitos que muchas PSH no logran cumplir: no ingresar ebrio ni haber consumido drogas, respetar los horarios de ingreso y egreso, etc. Para quienes son tildados como “crónicos”, la inflexibilidad de tales directivas es interpretada en términos de autoritarismo, de acciones que coartan su libertad. Dichas normativas generan la distancia de los *homeless* hacia las instituciones. Por el contrario, estas barreras institucionales se reducen a un mínimo en los centros de baja exigencia. Por otra parte, la variable espacial también aporta datos sobre las posibles modalidades de intervención asociadas con la prevención. Existen patrones, agentes recurrentes que actúan como detonantes que desencadenan la situación de calle. Los procesos de desinstitucionalización –salida de la prisión básicamente–, los desahucios o la violencia doméstica, son algunos de tales factores.

Al operar desde los recursos sociales y omitir las dinámicas específicas de la calle, los discursos oficiales sobre el sinhogarismo reproducen las perspectivas de la desafiliación. A los servicios se aproximan individuos aislados, mientras que en la vía pública prevalecen los grupos de PSH. Lo que estos enfoques no logran detectar son los procesos de reafiliación, y dichas visiones condicionan los modelos de intervención. Diseñados en función de una imagen estereotipada de los *homeless* como “sujetos solitarios”, sus fracasos en parte remiten a que son las sociabilidades las que refuerzan su situación de calle. Las dinámicas espaciales y los grupos de PSH conllevan una cotidianidad donde el individuo se socializa en una lógica propia del contexto de calle. Destaquémoslo una vez más: la dificultad por acabar con el sinhogarismo responde a que, de hecho, esta gente cuenta con vínculos. Por consiguiente, salir de la calle pondría en jaque sus redes materiales y afectivas. Si cambiásemos de registro y comenzásemos a pensar en términos de grupos de *homeless* y de la reafiliación en el contexto de calle, entonces deberíamos replantearnos los modelos de intervención actualmente vigentes.

Si hay algo que queda claro luego de tres años de trabajo de campo, es que es prácticamente imposible iniciar un “proceso de reinserción” sin un sitio adecuado, sin un espacio que el *homeless* puede identificar como un ámbito similar a un hogar. Los centros deberían disponer de más plazas para garantizar que toda PSH cuente con la posibilidad de una cama donde pasar la noche. Pero, simultáneamente, resulta muy complicado iniciar un “proceso de reinserción” en un entorno deprimente, en un albergue masificado que recuerda un depósito de personas. Sería más lógico apostar por muchos centros integrados por unas diez o quince PSH, en vez de unos pocos albergues desbordados de *homeless*.

Asimismo, esta situación se expresa con especial virulencia en lo que refiere a los tratamientos contra las adicciones. Respecto del alcoholismo, no existen dispositivos específicos para *homeless* que trabajen esta cuestión. Las PSH que intentan dejar de beber asisten a los cursos de Alcohólicos Anónimos. Al final de cada sesión, la gente que disfruta de un domicilio vuelve a sus casas y sus familiares los apoyan con el tratamiento. Por el contrario, la PSH debe retornar a la calle o al albergue donde se hospeda, en medio de un clima desmoralizante donde los cartones de vino giran de mano en mano. En sitios como la Plaza Isabel II, es evidente que no se acabará con el sinhogarismo si paralelamente no se afronta la situación de alcoholismo. En tal sentido, no queda otra posibilidad más que abordar el problema desde el terreno, desde la calle. Además, hay que tener en cuenta que muchas veces los programas de desintoxicación implican cortar con las relaciones sociales, alejarse de los sitios asociados con la bebida. Como se afirmó anteriormente, en Ópera ello equivaldría a la soledad del sujeto, a cortar con sus redes de subsistencia material y emotiva. Es por ello que en países como Estados Unidos se han llevado a cabo programas donde, en vez de apuntar al individuo, se buscaba trabajar con el grupo de *homeless*. Dichos proyectos comienzan por el nivel de calle, y luego de meses y de ganarse la confianza, logran que el grupo se instale en una vivienda confortable. A partir de entonces, en un entorno más favorable, comienzan un tratamiento contra el alcohol con el grupo en su conjunto.

Por último, sería básico fomentar formas alternativas de alojamiento. El Estado debería subvencionar las pensiones económicas, contar con más pisos protegidos, etc. De acuerdo a las características de cada persona, a variables como el tiempo de estadía en la calle o la edad, cada ámbito residencial puede suponer diversas ventajas o límites de cara a iniciar un “proceso de reinserción”. Para algunas PSH, lo más adecuado podría ser alojarse en una pensión; otros podrían sentirse tremendamente solos en tales condiciones, y preferirían alquilar por poco dinero una habitación en un piso compartido. Ciertas personas, luego de muchos años en la calle, precisan de la proximidad de un educador o trabajador social, etc. Lo básico es que la PSH pueda apropiarse de estos espacios, que pueda personalizarlos, que los sienta como un sitio que le garantiza intimidad y donde puede recibir a sus visitas, un ambiente donde encuentra estabilidad. Lo fundamental pasa por que la persona no se sienta amenazada, no perciba al sitio como algo temporal donde el futuro está siempre asociado con la calle. Cuando se hace alusión a la voluntad de estas personas de permanecer en la calle, se omiten las posibilidades limitadas que se les presentan en sus opciones. Lo que los *homeless* rechazan no es un hogar, sino las plazas que actualmente se les ofrecen en los albergues.

En resumen, esta tesis se inscribe en los debates sobre la exclusión social. Tomando a la variable espacial y a un grupo de PSH como eje de análisis, se abordó críticamente a la desafiliación en tanto concepto básico a partir del cual se articulan las teorías sobre la exclusión y los modelos explicativos del sinhogarismo. Indagando en los procesos de reafiliación, se consideró al estigma como un factor que limita la sociabilidad de las PSH. A su vez, la investigación supone un aporte a las políticas públicas orientadas a dichas poblaciones. Se sostuvo que las imágenes de los *homeless* en tanto individuos aislados esconden más de lo que muestran. No obstante, se han convertido en la visión oficial sobre dicha problemática, lo cual posee implicaciones políticas. El trabajo de campo etnográfico nos advierte que las intervenciones públicas tendrán pocas posibilidades de éxito si no tienen en cuenta las redes que las PSH tejen en los barrios donde se han instalado.

## 11. Bibliografía

Abrahamson, Peter (1997) “Exclusión social en Europa: ¿vino viejo en odres nuevos?” En: Moreno, Luis (Comp.). *Unión Europea y Estado de Bienestar*. Madrid, Consejo de Investigaciones Científicas (CSIC), Instituto de Estudios Avanzados, pp. 117-141.

Aguilera, Manuela (2006) “El calvario de la vivienda en España”. *Crítica*, Núm. 939, (Noviembre), pp. 14-17.

Altman, Irwin y Zube, Ervin H. (1989) *Public places and spaces. Human Behavior and Environment. Advances in theory and research*. New York, Plenum Press, Vol.10.

Altman, Irwin y Chemers, Martin (1984) *Culture and Environment*. Cambridge, Cambridge University Press.

Anderson, Nels (1923) *The Hobo. The sociology of the homeless man*. Chicago, University of Chicago Press.

Anrubia Aparici, Enrique (2006) “El dilema público-privado desde una antropología del espacio”. En: Berenguer, Remigio Beneyto (Director). *Vida pública, vida privada*. Valencia, Edicep, Colección Monografías, Derecho, pp. 223-238.

Aparicio Sánchez, M.; Fernández Font, M. y Reyes Ayala, V. (Eds.) (1992) *Dossier Cáritas ante la pobreza: estudios e investigaciones*. Madrid, Cáritas.

Arranz, Iñigo (2006) *Las personas sin hogar en la prensa escrita*. Red Nacional de Entidades que trabajan con personas sin hogar. En: [www.enredpsh.org](http://www.enredpsh.org) (Bajado en Mayo 2007).

Arriba Gonzáles de Durana, Ana y Serrano, Araceli (2001a) “Procesos de implantación de políticas de rentas mínimas de inserción en España”. En: Moreno, Luis (Ed.). *Pobreza y exclusión: la malla de seguridad en España*. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), Instituto de Estudios Sociales Avanzados, pp. 175-220.

Arriba Gonzáles de Durana, Ana y Serrano, Araceli (2001b) “El ingreso Madrileño de integración: revisitando sus características y algunos tópicos”. En: Moreno, Luis (Ed.). *Pobreza y exclusión: la malla de seguridad en España*. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), Instituto de Estudios Sociales Avanzados, pp. 257-288.

Arriba Gonzáles de Durana, Ana y Serrano, Araceli (1998) *¿Pobres o excluidos? El Ingreso Madrileño de Integración en perspectiva comparada*. Madrid, Fundación Argenteria, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.

Associació Prohabitatge (2006) “Salud y sinhogarismo”. *Feantsa Informe Anual*. En: [www.feantsa.org](http://www.feantsa.org) (Bajado en Octubre de 2007).

Associació Prohabitatge (2005) “Situación de emergencia e intervención en períodos de crisis en las grandes ciudades del estado español”. *Feantsa Informe Anual* (Junio). En: [www.feantsa.org](http://www.feantsa.org) (Bajado en Enero de 2007).

Augé, Marc (2004) *Los no lugares: espacios de anonimato. Antropología de la modernidad*. Barcelona, Gedisa.



- Autès, Michel (2004) "Tres formas de desligadura". En: Karsz, Saül (Coord.). *La exclusión: bordeando sus fronteras. Definiciones y matices*. Barcelona, Gedisa, pp. 15-54.
- Auyero, Javier (2001) "Claves para leer la marginación". En: Wacquant, Lóic. *Parias urbanos. Marginalidad en la ciudad al comienzo del milenio*. Buenos Aires, Manantial, pp. 1-27.
- Ayllón Trujillo, María Teresa (2004) "El uso cotidiano del espacio público en Madrid. Conflicto y negociación, ayer y hoy". En: Caballol, José M. (Coord.). *Un despacho sin puertas. Trabajo de calle con personas sin hogar*. Madrid, Fundación Rais, pp. 19-31.
- Bahr, Howard (1973) *Skid Row: An introduction to disaffiliation*. New York, Oxford University Press.
- Bahr, Howard; Sternberg, David y Caplow, Theodore (1968) "Homelessness". En: *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*. New York, Macmillan, pp. 613-618.
- Bahr, Howard y Caplow, Theodore (1968) "Homelessness, Affiliation, and Occupational Mobility". *Social Forces*, Vol. 47, Núm. 1, (Sept.), pp. 28-33.
- Bahr, Howard (1967) "Drinking, Interaction and Identification: notes on socialization into Skid Row". *Journal of Health and Social Behavior*, Vol. 8, Núm. 4, (Dec.), pp. 272- 285.
- Baigorria, Osvaldo (1998) *En Pampa y la Vía. Crotos, linyeras y otros trashumantes*. Buenos Aires, Libros Perfil.
- Barnes, John A. (2003) "Clase y comités en una comunidad isleña noruega". En: Requena Santos, Félix (Ed.). *Análisis de redes sociales. Orígenes, teorías y aplicaciones*. Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS), pp. 121-146.
- Baroja, Pío (2006) "Hogar Triste". En: Pío Baroja. *Cuentos*. Madrid, Alianza.
- Barsky, Stephen F. (1975) "Review Author: Skid Row: An Introduction to Disaffiliation". *Contemporary Sociology*. Vol. 4, Núm. 3, (May), pp. 246-27.
- Basaglia, Franco (2005) *L'Utopia de la realtà*. Torino, Einaudi.
- Bauman, Zygmunt (2005) *Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias*. Barcelona, Paidós.
- Bauman, Zigmunt (2003) *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*. Barcelona, Gedisa.
- Baxter, Ellen y Hopper, Kim (1981) *Private lives, public spaces: homeless adults on the streets of New York City*. New York, Community Service Society.
- Blumberg, Leonard (1975) "Review Author: Skid Row: An Introduction to Disaffiliation". *Social Forces*, Vol. 53, Núm.3, (Mar.), pp. 525-526.
- Boas, Franz (1963) *Introduction to handbook of American Indian Languages*. Washington, Georgetown University Press.
- Boltanski, Luc y Chiapello, Ève (2002) *El nuevo espíritu del capitalismo*. Madrid, Akal.

BOP 20, Anexo 1 (2006) Ordenanza de medidas para fomentar y garantizar la convivencia ciudadana en el espacio público de Barcelona. Ayuntamiento de Barcelona, (24 de Enero).

Bott, Elizabeth (1990) *Familia y red social*. Madrid, Taurus.

Bourdieu, Pierre (2003) "The Berber house". En: Low, Setha y Lawrence-Zúñiga, Denise (Eds.). *The anthropology of space and place: locating culture*. Oxford, Blackwell, pp. 131-141.

Bourdieu, Pierre (1999) "Efectos de lugar". En: Bourdieu, Pierre. (Director). *La miseria del mundo*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, pp. 119-123.

Bourgois, Philippe (1999) "Homeless en El Barrio". En: Bourdieu, Pierre (Director). *La miseria del mundo*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, pp. 151-159.

Bourgois, Philippe (1995) *In search of respect: Selling Crack in El Barrio*. Cambridge, Cambridge University Press.

Bridgman, Rae (1998) "The architecture of homelessness and utopian pragmatics". *Utopian Studies*, Vol. 9, Núm. 1, pp. 50-67.

Brugué, Quim, Gomá, Ricard y Subirats, Joan (2002) "De la pobreza a la exclusión social. Nuevos retos para las políticas públicas". *Revista Internacional de Sociología*, Núm. 33, pp. 10-38.

Burt, Martha (1996) *Practical methods for counting the homeless: a manual for state and local jurisdictions*. Washington D.C, The Urban Institute, (June).

Burt, Martha (1993) *Over the edge: the growth of homelessness in the 1980s*. New York, Russel Sage Foundation.

Burt, Martha y Cohen, Barbara (1989) "Differences among homeless single woman, woman with children, and single men". *Social Problems*, Vol. 36, Núm. 5 (Diciembre), pp. 508-536.

Caballol, José M. (Coord.) (2004) *Un despacho sin puertas. Trabajo de calle con personas sin hogar*. Madrid, Fundación Rais.

Cabrera Cabrera, Pedro José (2007) "Las metodologías S-Night para la detección de personas sin hogar: límites y posibilidades". Barcelona, IX Congreso Español de Sociología, (13-15 de Septiembre).

Cabrera Cabrera, Pedro José (2006a) "Conflicto, Sinhogarismo y uso del Espacio Público en España". FEANTSA, European Observatory on Homelessness, (En prensa).

Cabrera Cabrera, Pedro José (2006b) "Las personas sin hogar en España". En: Fernando Vidal Fernández (Ed.). *V Informe FUEM de Políticas Sociales. La exclusión social y el Estado de Bienestar en España*. Barcelona, Icaria, pp. 563-588.

Cabrera, Pedro y Rubio, María José (2003) *Personas sin Techo en Madrid. Diagnóstico y Propuestas de actuación*. Madrid, Universidad Pontificia de Comillas, Departamento de Sociología y trabajo Social, Facultad de Ciencias Humanas y Sociales, (Informe Marzo).

Cabrera, Pedro (Director); Malgesini, Graciela; López, J. Antonio (2002) *Un techo y un futuro. Buenas prácticas de intervención social con personas sin hogar*. Barcelona, Icaria Editorial.

Cabrera Cabrera, Pedro José y Malgesini, Graciela (2002) “Inmigrantes y sinhogarismo en España. Informe Nacional 2001-2002”. Bruselas, FEANTSA, European Observatory on Homelessness.

Cabrera Cabrera, Pedro José (1998) *Huéspedes del aire. Sociología de las personas sin hogar en Madrid*. Madrid, Universidad Pontificia Comillas, Departamento de Sociología, Escuela Universitaria de Trabajo Social.

Cáritas (1992) Encuentro Estatal del Programa Transeúntes y colectivos “Sin Techo”. Madrid, Cáritas, El Escorial, (7-9 de Febrero).

Carpintero, Óscar (2006) “La burbuja inmobiliaria en España”. *Crítica*, Núm. 939, (Noviembre), pp. 29-33.

Carr, Stephen; Francis, Mark; Rivlin, Leanne y Stone, Andrew (1992) *Public Space. Environment and behavior series*. New York, Cambridge University Press.

Castañé i García, Joseph (2006) “El plan de vivienda 2005-2008. Un paso más en las políticas de vivienda timoratas”. *Crítica*, Núm. 939, (Noviembre), pp. 42-45.

Castañé i García, Joseph (2005) “El sinhogarismo y su cara oculta: la exclusión residencial”. En: *Personas sin hogar*. Libro de ponencias. Madrid, Obra Social Fundación “La Caixa”, 17 de Noviembre, pp. 7-22.

Castel, Robert (2004) “Encuadre de la exclusión”. En: Karsz, Saül (Coord.). *La exclusión: bordeando sus fronteras. Definiciones y matices*. Barcelona, Gedisa, pp. 55-86.

Castel, Robert (1997a) “El advenimiento de un individualismo negativo”. *Revista Iglesia Viva*, Núm. 188 (Mar-Abr.), pp. 119-128.

Castel, Robert (1997b) “Centralidad de la cuestión social”. *Archipiélago: Cuadernos de crítica de la cultura*, Núm. 29 (Jul-Sept.), pp. 42-55.

Castel, Robert (1997c) *La metamorfosis de la cuestión social*. Buenos Aires, Paidós.

Castel, Robert (1995) “De la exclusión como estado a la vulnerabilidad como proceso”. *Archipiélago: Cuadernos de críticas de la cultura*, Núm. 21 (Verano), pp. 27-36.

Castells, Manuel (2001) “El espacio de los flujos”. En: Susser, Ida (Ed.). *La sociología urbana de Manuel Castells*. Madrid, Alianza, pp. 399-459.

Castells, Manuel (1986) “El debate sobre la teoría del espacio”. En: Castells, Manuel. *La cuestión urbana*. Madrid, Siglo XXI, pp. 141-157.

Castells, Manuel y Portes, Alejandro (1990) “El mundo sumergido: los orígenes, la dinámica y los efectos de la economía informal”. En: Portes, Alejandro. *La economía informal en los países desarrollados y menos avanzados*. Buenos Aires, Planeta, pp. 21-48.

Castillo Castillo, José (1995) "El hogar, un estilo de vida". *Revista Internacional de Sociología*, Núm. 12 (Sep.-Dic.), pp. 183-204.

Consejo Económico y Social (CES) (2001) *La pobreza y la exclusión social en España: Propuestas de actuación en el marco del Plan Nacional para la Inclusión Social*. Madrid, Colección Informes (Junio).

Cohen, Carl; Teresi, Jeanne; Holmes, Douglas y Roth, Eric (1988) "Survival strategies of older homeless men". *The Gerontologist*, Vol. 28, Núm. 1 (Feb.), pp.58-65.

Cortés Alcalá, Luis (2006) "Reflexiones en torno al problema residencial: riqueza y desigualdad". *Crítica*, Núm. 939 (Noviembre), pp. 24-28.

Costa, Matías (2005) "Presencias Residuales". En: Obra Social Caja Madrid. *Cuartos Mundos*. Madrid, Obra Social Caja Madrid.

Cowan, Charles D. (1997). *Homelessness: the (in) appropriate applicant*. Darmouth, Publishing Company Limited.

Cowan, Charles D. (1991) "Estimating census and survey undercounts through multiple service contacts". *Housing Policy Debate*, Vol. 2, Núm. 3, pp. 869-882.

Criado, Enrique Martín; Gómez Bueno, Carmuca; Fernández Palomares, Francisco y Rodríguez Monge, Ángel (2000) *Familias de clase obrera y escuela*. Donosita, Iralka.

Cucó Giner, Josepa (2004) *Antropología urbana*. Barcelona, Ariel.

Das, Veena (2003) "Trauma and testimony: implications for political community". *Anthropological Theory*, Vol. 3, Núm.3, pp. 293-307.

Davidoff, Leonore y Hall, Catherine (1994a) "Nuestra familia es un pequeño universo: estructura y relaciones familiares". En: Davidoff, Leonore y Hall, Catherine. *Fortunas Familiares. Hombres y mujeres de la clase media inglesa. 1780-1850*. Madrid, Cátedra, pp. 248-278.

Davidoff, Leonore y Hall, Catherine (1994b) "Mi propio hogar: la creación del hogar en la clase media". En: Davidoff, Leonore y Hall, Catherine. *Fortunas Familiares. Hombres y mujeres de la clase media inglesa. 1780-1850*. Madrid, Cátedra. pp. 279-324.

Davis, Mike (2001) *Control urbano: la ecología del miedo*. Barcelona, Virus.

De Certeau, Michel (1996) *La invención de lo cotidiano. I Artes de hacer*. México, Universidad Iberoamericana.

Deacon, Alan (1989) "The Resettlement of Single Homeless People. What works and for whom?" En: Spiers, Fiona (Ed.). *Housing and social exclusion*. London, Jessica Kingsley Publishers Ltd, pp. 199-139.

Dear, Michael y Gleeson, Brendan (1991) "Community attitudes toward the homeless". *Urban Geography*, Vol. 12, Núm. 2 (March-April), pp. 155-176.

- Debord, Guy (1967) “La separación consumada”. En: Debord, Guy. *La sociedad del espectáculo*. En: <http://sindominio.net/ash/espect0.htm> (Bajado en Marzo de 2007).
- Dennis, Michael L. (1991) “Changing the conventional rules: surveying homeless people in nonconventional locations”. *Housing Policy Debate*, Vol. 2, Núm. 3, pp. 701-732.
- Desjarlais, Robert (1996) “The office of reason: on the politics of language and agency in shelters for the homeless mentally ill”. *American Ethnologist*, Vol. 23, Núm. 4, pp. 880-900.
- Desjarlais, Robert (1994) “Struggling alone: the possibilities for experience among the homeless mentally ill”. *American Anthropologist*, Vol. 96, Núm. 4, pp. 886-901.
- Declerck, Patrick (2006) *Los Náufragos*. Madrid, Asociación Española de Neuropsiquiatría.
- Delgado, Manuel (1999) *El animal público*. Barcelona, Anagrama.
- Díaz Salazar, Rafael (2003) “Trabajadores precarios: el proletariado del siglo XXI”. En: Díaz Salazar, Rafael (Ed.). *Trabajadores precarios: el proletariado del siglo XXI*. Madrid, Hoac, pp. 67-108.
- Doherty, Joe (2005) “El origen del sinhogarismo: perspectivas europeas”. *Documentación Social*, Núm. 138 (Jul-Sept), pp. 41-62.
- Douglas, Mary (1977) *Pureza y peligro*. Madrid, Siglo XXI.
- Duncan, James S. (1981a) “Introduction”. En: Duncan, James S. (Ed.) *Housing and identity: cross-cultural perspectives*. London, Croom Helm, pp. 1-5.
- Duncan, James S. (1981b) “From container of woman to status symbol: the impact of social structure on the meaning of the house”. En: Duncan, James S. (Ed.). *Housing and identity: cross-cultural perspectives*. London, Croom Helm, pp. 36-59.
- Edgar, Bill (2005) “ETHOS. Tipología sobre personas sin hogar y exclusión residencial”. En: *Personas sin hogar*. Libro de ponencias. Madrid, Obra Social Fundación “La Caixa”, 17 de Noviembre, pp. 23-26.
- Elias, Norbert (1998a) “Ensayo teórico sobre las relaciones entre establecidos y marginados”. En: Elias, Norbert. *La civilización de los padres y otros ensayos*. Bogotá, Norma, pp. 79-138.
- Escudero Carretero, María José (2003) *Mujeres sin hogar en Granada. Un estudio etnográfico*. Granada, Universidad de Granada, Instituto Andaluz de la Mujer, Colección Feminae.
- Espina, Álvaro (2007) *Modernización y Estado de Bienestar en España*. Madrid, Fundación Carolina-Siglo XXI.
- Esping Andersen, Gosta (1993) *Los tres mundos del Estado de Bienestar*. Valencia, Alfons el Magnànim – IVEI.
- Estivill, Jordi (2003) “Panorama de la lucha contra la exclusión social. Conceptos y estrategias”. En: *Programa Estrategias y Técnicas contra la exclusión social y la pobreza*. Ginebra, Servicio de Políticas y Desarrollo de la Seguridad Social, Oficina Internacional del Trabajo (OIT).

Estivill, Jordi (1997) "La exclusión: sujeto bibliográfico". En: Sanz, Carmen M.; Flores, M. del Mar; Arissó, Araceli; Pereda, Alberto y Vallvé, Xavier. *Bibliografía sobre exclusión social*. Barcelona, Bibliografía de servicios sociales N° 16, Abril.

Farrell, Chad R. (2005) "Sharing Neighbourhoods: Order and disorder in Homeless-Domiciled Encounters". *American Behavioral Scientist*, Vol. 48, Núm. 8 (April), pp. 1033-1054.

Feantsa (2006) "The future European Strategy on Alcohol: Tacking account of the needs of people who are homeless". Feantsa Policy Statement. Brussels (Sept.).

Feuerriegel, Jürgen (2005) "La experiencia holandesa. Un modelo de gestión desde la colaboración pública-privada". En: *Personas sin hogar*. Libro de ponencias. Madrid, Obra Social Fundación "La Caixa", 17 de Noviembre, pp. 27-30.

Foro Técnico de Personas Sin Hogar (2006) Operación de recuento nocturno de personas viviendo sin techo en las calles de Madrid (Avances de resultados). Madrid, Concejalía de Empleo y Servicios a la Ciudadanía, Ayuntamiento de Madrid, 12 de Diciembre.

Foucault, Michel (1982) *Vigilar y castigar*. México, Siglo XXI.

Francis, Mark (1989) "Control as a dimension of public-space quality". En: Altman, Irwin; Zube, Ervin H. (Ed.). *Public places and spaces. Human Behavior and Environment. Advances in theory and research, Vol.10*. New York, Plenum Press, pp. 147-172.

Fundación San Martín de Porres (Faciam) (2007) "Múltiples barreras, múltiples soluciones: la inserción en y a través del empleo en las personas sin hogar en Europa". *Feantsa Informe Anual*. En: [www.feantsa.org](http://www.feantsa.org) (Bajado en Noviembre de 2007).

García Canclini, Néstor (2004) *Diferentes, desiguales y desconectados. Mapas de la interculturalidad*. Barcelona, Gedisa.

Gaulejac, Vincent y Taboada Léonetti, Isabel (1994) "Introduction". En: Gaulejac, Vincent y Taboada Léonetti, Isabel. *La lutte des places. Insertion et désinsertion*. Marseille, Ed. Hommes et Perspectives, pp. 19-28.

Geremek, Bronislaw (1991) *La estirpe de Caín: la imagen de los vagabundos y de los pobres en las literaturas europeas de los siglos XV al XVII*. Madrid, Mondadori.

Giddens, Anthony (2001) *Sociología*. Madrid, Alianza.

Girola, Claudia (2005) "Le temps et l'espace: deux termes indissociables pour la compréhension des pratiques identitaires des personnes sans abri". En: Ballet, Danielle (Dir.). *Les SDF visibles, proches, citoyens*. Presses Universitaires de France, pp. 65-78.

Girola, Claudia (2004) "SDF à Nanterre: des hoces ni d'ici ni d'ailleurs Chronique d'une construction discursive de l'extraterritorialité". En: Gotean, Anne (Dir.). *Viles et hospitalote. Les municipalités et leurs "étrangers"*. Paris, La Maison des sciences de l'homme, pp. 235-258.

Glasser, Irene y Brigman, Rae (1999) *Braving the street. The anthropology of homelessness*. New York, Berghahn Books.

- Godelier, Maurice (1988) *El enigma del Don*. Barcelona, Paidós.
- Goffman, Erving (2001) *Estigma: la identidad deteriorada*. Buenos Aires, Amorrortu.
- Grigsby, Charles; Bauman, Donald; Gregorich, Steven E. y Roberts-Gray, Cynthia (1990) "Disaffiliation to entrenchment: a model for understanding homelessness". *Journal of Social Issues*, Vol. 46, Núm. 4, pp. 141-156.
- Gúber, Rosana (2004) *El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Buenos Aires, Paidós.
- Guía de Recursos para Personas sin Hogar (2005) Madrid, Comunidad de Madrid, Consejería de Familia y Asuntos Sociales.
- Halbwachs, Maurice (1992) *On Collective Memory*. Chicago, University of Chicago Press.
- Hammersley, Martin y Atkinson, Paul (1994) *Etnografía. Métodos de investigación*. Barcelona, Paidós.
- Harnecker, Marta (2001) *Haciendo lo imposible. La izquierda en el umbral del siglo XXI*. México, Siglo XXI.
- Harvey, David (1979) *Urbanismo y desigualdad social*. Madrid. Siglo XXI.
- Hill, Ronald P. (1991) "Homeless women, special possessions, and the meaning of home: an ethnographic case study". *Journal of Consumer Research*, Vol. 18, Núm. 3 (Dec.), pp. 298-310.
- Hoath, David (1983) *Homelessness*. London, Sweet & Maxwell Limited.
- Hoch, Charles (1991) "The spatial organization of the urban homeless: A case study of Chicago". *Urban Geography*, Vol. 12, Núm. 2 (March-April), pp. 137-154.
- Hopper, Kim (1998) "More than passing strange: homelessness and mental illness in New York City". *American Ethnologist*, Vol. 15 (Feb.), pp. 155-167.
- Hopper, Kim (1995) "Definitional quandaries and other hazards in counting homeless: an invited commentary". *American Journal of Orthopsychiatry*, Vol. 65, pp. 340-346.
- Hopper, Kim (1992) "Counting the homeless: s-night in New York". *Evaluation Review*, Vol. 16, Núm. 4 (Aug.), pp. 376-388.
- Hopper, Kim (1991a) "Symptoms, survival, and the redefinition of public space: a feasibility study of homeless people at a metropolitan airport". *Urban Anthropology*, Vol. 20, Núm. 2 (Summer), pp. 155-175.
- Hopper, Kim (1991b) "Homelessness old and new: the matter of definition". *Housing policy debate*, Vol. 2, pp. 757-814.
- Hopper, Kim. 1989. "Deviance and dwelling space: notes on the resettlement of homeless persons with drug and alcohol problems". *Contemporary Drug Problems*, Vol. 16 (Fall), pp. 391-414.

Hopper, Kim y Hamberg, Jill (1986) "The making of America's homeless: from skid row to new poor, 1945/1984". En: Bratt, Rachel G.; Hartman, Chester y Meyerson, Ann (Eds.). *Critical Perspectives on Housing*. Philadelphia, Temple University Press, pp. 12-40.

HUD's (Homeless Assistance Programs) (2006) A Guide to counting unsheltered homeless people revised. U.S. Department of Housing and Urban Development Office of Community Planning and Development, 29 September.

Humphries, Jane (1994) "La legislación protectora, el estado capitalista y los hombres de la clase obrera: el caso de la ley de regulación de minas de 1842". En: Borderías, Cristina; Carrasco, Cristina y Alemany, Carmen (Comp.). *Las mujeres y el trabajo. Rupturas Conceptuales*. Madrid, Economía Crítica, Fuhem, pp. 295-328.

INE (Instituto Nacional de Estadística) (2007) *Anuario Estadístico de España 2007. Nivel, calidad y condiciones de vida*. En: [www.ine.es](http://www.ine.es) (Bajado en Noviembre de 2007).

INE (Instituto Nacional de Estadística) (2005) *Encuesta Sobre Personas sin hogar -EPSH 2005* (14 de Diciembre). En: [www.ine.es](http://www.ine.es) (Bajado en Marzo de 2006).

INE (Instituto Nacional de Estadística) (2004) *Encuesta Sobre Personas sin hogar* (Centros, 19 de Mayo). En: [www.ine.es](http://www.ine.es) (Bajado en Marzo de 2006).

Karsz, Saül (2004) "La exclusión: concepto falso, problema verdadero". En: Karsz, Saül. (Coord.). *La exclusión: bordeando sus fronteras. Definiciones y matices*. Barcelona, Gedisa, pp. 133-214.

Kennedy, Catherine y Fitzpatrick, Suzanne (2001) "Beginning, rough sleeping and social exclusion". *Urban Studies*, Vol. 38, Núm. 11, pp. 2001-2016.

Koegel, Paul (1998) "La perspectiva antropológica como enfoque diferente de los enfermos sin hogar". *Intervención Psicosocial*, Vol. 7, Núm. 1, pp. 27-46.

La Gory, Mark; Ferris J. Ritchey y Fitzpatrick, Kevin (1991) "Homelessness and affiliation". *Sociological Quarterly*, Vol. 32, Núm. 2, pp. 201-218.

Laparra Navarro, Miguel (2001) "Una perspectiva de conjunto sobre el espacio social de la exclusión". En: Moreno, Luis (Editor). *Pobreza y exclusión: la malla de seguridad en España*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC). Instituto de Estudios Sociales Avanzados. Madrid, pp. 53-78.

Laparra Navarro, Miguel y Aguilar Hendrickson, Manuel (1999) "Tendencias de la exclusión en la políticas de integración en España". En: Tezanos, José Félix (Director). *Tendencias de desigualdad y exclusión social. Tercer Foro sobre Tendencias Sociales*. Sistema, Madrid, pp. 187-227.

Lawrence, Denise L. y Low, Setha (2003) "Locating culture". En: Lawrence, Denise L. y Low, Setha (Ed.). *The anthropology of space and place: locating culture*. Malden, Blackwell Publishers Ltd, pp. 1-48.

Lawrence, Denise L. y Low, Setha (1990) "The built environment and spatial form". *Annual Review Anthropology*, Vol. 19, pp. 453-505.



- Leal, Jesús (2006) "Política de la vivienda y formación del problema del alojamiento en España". *Crítica*, Núm. 939 (Noviembre), pp. 34-37.
- Lee, Barrett A. (1978) "Residential Mobility on Skid Row: Disaffiliation, Powerlessness, and Decision Making". *Demography*, Vol. 15, Núm. 3 (Aug.), pp. 285-300.
- Lee, Barrett A. y Price-Spratlen, Townsend (2004) "The geography of homelessness in America Communities: Concentration or Dispersion?" *City & Community*, Vol. 3, Núm. 1 (March), pp. 3-27.
- Lee, Barrett A.; Link, Bruce G. y Toro, Paul (1991) "Images of the homeless: Public Views and media messages". *Housing Policy Debate*, Vol. 2, pp. 649-682.
- Lefebvre, Henri (1991) *The Production of space*. Oxford, Basil Blackwell.
- Levi, Primo (1987) *Si esto es un hombre*. Barcelona, Muchnik.
- Liebow, Elliot (1993) *Tell them who I am. The lives of homeless women*. New York, Penguin books.
- Linares, Esperanza (2002) "Pobreza, exclusión social y violencia". Valencia, Universidad de Valencia, IV Congreso de Escuelas de Trabajo Social: Los desafíos de la violencia.
- Löfgren, Orvar (2003) "The sweetness of home: class, culture and family life in Sweden". En: Lawrence, Denise y Low, Setha (Ed.). *The anthropology of space and place: locating culture*. Malden, Blackwell Publishers Ltd, pp. 142-159.
- Lomnitz de Adler, Larissa (1988) "Informal exchange networks in formal systems: a theoretical model". *American Anthropologist*, Vol. 90, Núm. 1 (Mar), pp. 42-55.
- Lomnitz de Adler, Larissa (1975) *Como sobreviven los marginados*. México D.F., Siglo XXI.
- London, Jack (2002) *John Barleycorn. Las memorias alcohólicas*. Madrid, El Club Diógenes, Valdemar.
- López-Aranguren, Juan y Lorenzo, Rubén (2005) "Lo que vemos y lo que no vemos". En: Obra Social Caja Madrid. *Cuartos Mundos*. Madrid, Obra Social Caja Madrid.
- López Oller (2006) "Emancipación, vivienda y población joven". *Crítica*, Núm. 939 (Noviembre), pp. 52-55.
- Lovell, Anne M. (1997) "The city is my mother: Narratives of Schizophrenia and Homelessness". *American Anthropologist*, Vol. 99, Núm. 2 (Jun.), pp. 355-368.
- Low, Setha (2000) *On The Plaza: The Politics of Public Space and Culture*. Austin, University of Texas Press.
- Maffesoli, Michel (2004) *El nomadismo. Vagabundeos iniciáticos*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Marcus, George E. (1995) "Ethnography in/of the World System: the emergence of multi-sited ethnography". *Annual Review of Anthropology*, Vol. 24, pp. 95-117.

- Martínez Celorrio, Xavier (1992) "Marginalidad cautiva y pobreza despreciable: carreras de deculturación de jóvenes sin hogar". *Revista Internacional de Sociología*, Núm. 3 (Dic.), pp. 113-140.
- Martínez Pérez, Ana (1997) *La Gran Vía o la etnografía de un paseo*. Madrid, Tesis Doctoral, Departamento de Antropología Social, Universidad Complutense de Madrid.
- Martínez Veiga, Ubaldo (2004) *Trabajadores Invisibles. Precariedad, rotación y pobreza de la inmigración en España*. Madrid, Los libros de la Catarata.
- Martínez Veiga, Ubaldo (1999) "Vivienda e inmigración". En: Martínez Veiga, Ubaldo. *Pobreza, segregación y exclusión espacial. La vivienda de los inmigrantes extranjeros en España*. Barcelona, Icaria, pp. 7-30.
- Martínez Veiga, Ubaldo (1989) *El otro desempleo. La economía Sumergida*. Barcelona, Anthropos, Cuadernos de Antropología.
- Mathieu, Arline (1993) "The medicalization of Homelessness and the Theatre of Repression". *Medical Anthropology Quarterly*, Vol. 7, Núm. 2, pp. 170-184.
- Meert, Henk; Edgar, Bill y Doherty, Joe (2004) "Towards an operational definition of homelessness and housing exclusion". Paper ENHR Conference, University of Cambridge, July 2<sup>nd</sup>-6<sup>th</sup>.
- Merton, Robert K. (1968) *Social Theory and Social Structure*. New York, Free Press.
- Mitchell, Don (2003) *The right to the city: social justice and the fight for public space*. New York, Guilford Publications.
- Mitchell, Don (1997) "The annihilation for space by law: The roots and implications of anti-homeless laws in the United States". *Antipode*, Vol. 29, Núm. 3, pp. 303-335.
- Mitchell, Don (1995) "The end of public space: People's park, definitions of the public, and democracy". *Annals of the Association of American Geographers*, Vol. 85, Núm. 1 (Mar.), pp. 108-133.
- Monreal Requena, Pilar (1996) *Antropología y pobreza urbana*. Madrid, Los libros de la Catarata.
- Moreno, Luis (2001) "Estados del Bienestar y 'mallas de seguridad'". En: Moreno, Luis (Ed.). *Pobreza y exclusión: la "malla de seguridad" en España*. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), Instituto de Estudios Sociales Avanzados, pp. 17-50.
- Muñoz, Manuel; Vázquez, Carmelo y Vázquez, José Juan (2003) *Los límites de la Exclusión. Estudio sobre los factores económicos, psicosociales y de salud que afectan a las personas sin hogar en Madrid*. Madrid, Témpora y Caja Madrid.
- Muñoz, Manuel; Vázquez, Carmelo, y Vázquez, José Juan (1998) *Atrapados en la calle: Testimonios de personas sin hogar con problemas de salud mental*. Madrid, Consejería de Sanidad y Servicios Sociales.

Muñoz Manuel y Vázquez Carmelo (1998) “Las personas sin hogar: aspectos psicosociales de la situación española”. *Intervención Psicosocial*, Vol. 7, Núm.1, pp. 7-26.

Muñoz López, Manuel; Vázquez Carmelo y Cruzado, Juan A. (1995) *Personas sin hogar en Madrid, informe Psicosocial y epidemiológico*. Madrid, Universidad Complutense de Madrid, Facultad Psicología, Departamento de Personalidad, Evaluación y tratamientos psicológicos (Psicología Clínica).

Navarro, Vincenç (2004) *El Estado de Bienestar en España*. Madrid, Tecnos.

Newman, Katherine (1999) *No shame in my game. The working poor in the Inner City*. New York, Vintage Books y Russell Sage Foundation.

Orwell, George (1983) *Sin blanca en París y en Londres*. Barcelona, Ediciones Destino.

Palleres, Griselda (2004) *Conjugando el presente. Personas sin hogar en la Ciudad de Buenos Aires*. Buenos Aires, Colección Tesis de Licenciatura, Sociedad Argentina de Antropología.

Paugam, Serge (2007) *Las formas elementales de la pobreza*. Madrid, Alianza.

Paugam, Serge (1996) “Introduction. La constitution d’un paradigme”. En: Paugam Serge (Dir.). *L’Exclusion, L’état des savoirs*. París, La Découverte, pp. 7-19.

Paugam, Serge (1995) “The Spiral of precariousness: a multidimensional approach to the process of social disqualification in France”. En: Room, Graham (Ed.). *Beyond the threshold. The measurement and analysis of social exclusion*. Bristol, The Policy Press, pp. 49-79.

Pereda, Carlos (2006) “Inmigración y vivienda en España”. *Crítica*, Núm. 939 (Noviembre), pp. 56-59.

Phelan, Jo; Link, Bruce G.; Moore, Robert E. y Stueve, Ann (1997) “The stigma of homelessness: The impact of the label *homeless* on attitudes toward poor persons”. *Social Psychology Quarterly*, Vol. 60, Núm. 4 (Dec.), pp. 323-337.

Pinilla, Ricardo (2005) “Vivienda, casa, hogar: Las contribuciones de la filosofía al problema del habitar”. *Documentación Social*, Núm. 138 (Jul.-Sept.), pp. 13-40.

Polanyi, Karl (1976) “El sistema económico como proceso institucionalizado”. En: Godelier, Maurice (Comp.). *Antropología y Economía*. Barcelona, Anagrama, pp. 155-178.

Portes, Alejandro (1995) *En torno a la informalidad. Ensayos sobre teoría y medición de la economía no regulada*. México, FLACSO.

Proshansky, Harold M., Abbe K. Fabian y Kaminoff, Robert (1983) “Place identity: physical world socialization of the self”. *Journal of Environmental Psychology*, Vol. 3, pp. 57-83.

Quaglia, Martine (2005) “L’espace public, scène de la vie quotidienne des personnes sans domicile”. En: Ballet, Danielle (Dir.). *Les SDF visibles, proches, citoyens*. Presses Universitaires de France, pp. 119-178.

RAIS, Fundación (2004) *Un despacho sin puertas. Trabajo de calle con personas sin hogar*. Madrid, Obra social Caja Madrid y Fundación Rais.

- Rapoport, Amos (1981) "Identity and Environment: a Cross-cultural Perspective". En: Duncan, James S. (Ed.) *Housing and identity: cross-cultural perspectives*. London, Croom Helm, pp. 6-35.
- Raymond, Henri (1976) "Some practical and theoretical aspects of the appropriation of space". En: Korosec-Serfaty, P. (Ed.). *Appropriation of space*. Proceedings of the 3<sup>rd</sup> International Architectural Psychology Conference. Strasbourg, Louis Pasteur University, June 21-25, pp.70-77.
- Requena Santos, Félix (1991) *Redes sociales y mercado de trabajo. Elementos para una teoría del capital relacional*. Madrid, Siglo XXI, Centro de Investigaciones Sociológicas, Núm. 119.
- Ribeiro, Marlene (1999) "Exclusión: problematización del concepto". *Revista Educação e Pesquisa*, San Pablo, Vol. 25, N. 1 (Enero-Junio), pp. 35-49.
- Riera, Josep María (1999) *Jubilarse a los 50: Viejos para trabajar, jóvenes para jubilarse*. Madrid, Pirámide.
- Richardson, Miles (1982) "Being in the market versus being in the plaza. Material culture and the construction of social reality in Spanish America". *American Ethnology*, Vol. 9, Núm. 2, pp. 421-436.
- Richardson, Miles (1980) "Culture and the urban stage: the nexus of setting, behaviour, and image in urban places". En: Altman, Irwin; Rapoport, Amos y Wohlwill, Joachim. (Eds.). *Environment and culture*. New York, Plenum, pp. 209-241.
- Robertson, Marjorie J.; Koegel, Paul y Ferguson, Linda (1989) "Alcohol use and abuse among homeless adolescents in Hollywood". *Contemporary Drug Problems*, Vol. 16, (Fall), pp. 415-452.
- Robertson, Rob (1991) "Straighter from the source: alternative methods of researching homelessness". *Urban Anthropology*, Vol. 29, Núm. 2, pp. 109-126.
- Rollinson, Paul A. (1998) "The Everyday Geography of the Homeless in Kansas City". *Geografiska Annaler*, Series B, Human Geography, Vol. 80, Núm. 2, pp. 101-115.
- Rooney, James (1976) "Friendship and disaffiliation among the Skid Row Population". *Journal of Gerontology*, Núm.31, pp. 82-88.
- Rosenthal, Rob (1994) "Hanging on and hanging out". En: Rosenthal, Rob. *Homeless in Paradise. A map of the terrain*. Philadelphia, Temple University Press, pp. 77-94.
- Rossi, Peter H. (1990) "The old homeless and the new homelessness in historical perspective". *American Psychologist*, Vol. 45, Núm. 8, (Aug.), pp. 954-59.
- Rowe, Stacy y Wolch, Jennifer (1990) "Social Networks in Time and Space: Homeless Women in Skid Row, Los Angeles". *Annals of the Association of American Geographers*, Vol. 80, Núm. 2, (Jun.), pp. 184-204.
- Rubington, Earl (1968) "The Bottle Gang". *Quarterly Journal of Studies on Alcohol*, Núm. 29, pp. 943-55.

Ruiz Farrona, Jesús (2006) *Violencia directa, estructural y cultural contra las personas sin hogar en España*. Informe Fundació Mambre. En: [www.enredpsh.org](http://www.enredpsh.org) (Bajado en Octubre de 2007).

Sahlins, Marshall (1976) “Economía Tribal. ¿Neo-evolucionismo o Marxismo?”. En: Godelier, Maurice (Comp.). *Antropología y Economía*. Barcelona, Anagrama, pp. 233-259.

Samur Social (2006) “Propuesta de localización y cuantificación de personas en situación de calle en el distrito centro” (Documentación Interna). Madrid, Ayuntamiento de Madrid, Área de Gobierno de Empleo y Servicios a la Ciudadanía.

Sánchez, Isabel (2004) *Tras las huellas de Charlot. La representación de las personas sin hogar en el cine*. Madrid, Fundación Rais, Obra Social Caja Madrid.

Sánchez, Mónica (2003) *A Ciegas: Mil historias de la calle*. Madrid, Fundación Rais, Obra Social Caja Madrid.

Sánchez Morales, María Rosario y Tezanos Vázquez, Susana (2004) “Los inmigrantes sin hogar en España: un caso extremo de exclusión social”. *Revista del Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales*, Núm. 55 (Diciembre), pp. 45-64.

Sánchez Morales, María del Rosario (1999) “Las personas sin hogar en España”. En: Tezanos, José Félix (Director). *Tendencias de desigualdad y exclusión social*. Tercer Foro sobre Tendencias Sociales. Sistema, Madrid, pp. 617-642.

Sander, August (1997) *Citizens of the twentieth century*. Massachussetts Institute of Tecnology

Sansot, Pierre (1976) “Notes on the concept of appropriation”. En: Korosec-Serfaty, P. (Ed.). *Appropriation of space*. Proceedings of the 3<sup>rd</sup> Interational Architectural Psychology Conference. Strasbourg, Louis Pasteur University, June 21-25, pp. 62-69.

Sassier, Monique (2004) “La exclusión no existe, yo la encontré”. En: Karsz, Saül (Coord.). *La exclusión: bordeando sus fronteras. Definiciones y matices*. Barcelona, Gedisa, pp. 87-110.

Sennet, Richard (2000) *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*. Barcelona, Anagrama.

Shlay, Anne B. y Rossi, Peter H. (1992) “Social Science Research and Contemporary Studies of Homelessness”. *Annual Review of Sociology*, Vol. 18, pp. 129-60.

Silver, Hilary (1994) “Exclusión social y solidaridad social: Tres paradigmas”. Ginebra, *Revista Internacional del Trabajo*, Vol. 133, Núm. 5-6, pp. 607-662.

Simmel, George (1986) *El individuo y la libertad*. Barcelona, Península.

Snow, David y Anderson, Leon (1993) *Down on their luck. A study of homeless street people*. Los Angeles, University of California Press.

Snow, David y Anderson, Leon (1987) “Identity work among the homeless: the verbal construction and avowal of personal identities”. *American Journal of Sociology*, Vol. 92, Núm. 6, (May), pp. 1336-1371.

- Snow, David y Mulcahy, Michael (2001) "Space, politics, and the strategies of the homeless". *American Behavioral Scientist*, Vol. 45, Núm. 1 (Sep.), pp. 149-169.
- Somerville, Peter (1992) "Homelessness and the meaning of home. Rooflessness or Rootlessness?" *International Journal of Urban and Regional Research*, Vol. 16, Núm. 4 (Dec.), pp. 529-539.
- Sousa Santos, Boaventura de (2005) *El milenio huérfano: ensayos para una nueva cultura política*. Madrid, Trotta.
- Spradley, James P. (1970) *You owe yourself a drunk. An ethnography or urban nomads*. Illinois, Waveland Press.
- Stack, Carol (1980) "The kindred of Viola Jackson: residence and family organization of an urban black family". En: Gmelch, George y Zenner, Walter P. (Ed.). *Urban life. Readings in Urban Anthropology*. New York, St. Martin's Press, pp. 145-155.
- Steinbeck, John (2006) *Las uvas de la ira*. Madrid, Alianza.
- Suso, Anabel y Zubero, Imanol (2002) "Expulsados del trabajo... y más. Un estudio de la salida anticipada del mercado de trabajo de los trabajadores mayores". *Sociología del Trabajo*, Núm. 46 (Otoño), pp. 19-44.
- Susser, Ida (1996) "The construction of poverty and homelessness in US cities". *Annual Review of Anthropology*, Vol. 25, pp. 411-35.
- Tapada Berteli, María Teresa (1992) *Aproximaciones antropológicas al uso del espacio*. Barcelona, Tesis doctoral. Universitat Autònoma de Barcelona.
- Taylor, Steve. D. y Bogdan, Robert (1987) *Introducción a los métodos cualitativos de investigación*. Barcelona, Paidós.
- Tejero, Elisabet y Torradella, Laura (2005) *Vides al descobert. Els mons viscuts del fenomen sense sostre*. Barcelona, Mediterrània.
- Tezanos, José Félix (1999) "Introducción. Tendencias de dualización y exclusión social en las sociedades tecnológicas avanzadas. Un marco para el análisis". En: Tezanos, José Félix (Director). *Tendencias de desigualdad y exclusión social*. Madrid, Tercer Foro sobre Tendencias Sociales, Editorial Sistema, pp. 11-56.
- Thompson, Edward P. (1984) "La economía moral de la multitud en la Inglaterra del XVIII". En: Thompson, Edward P. *Tradición, revuelta y conciencia de clase*. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial. Barcelona, Crítica, pp. 62-134.
- Thompson, Edward P. (1979) *Tiempo, disciplina de trabajo y capitalismo industrial*. Barcelona, Crítica.
- Tomas, Anna y Dittmar, Helga (1995) "The experience of homeless woman: an exploration of housing histories and the meaning of home". *Housing Studies*, Vol. 10, Núm. 4, pp. 493-515.
- Turner, Victor (1980) *La selva de los símbolos*. Madrid, Siglo XXI.

Valle del, Teresa (1997) *Andamios para una nueva ciudad. Lecturas desde la antropología*. Madrid, Ediciones Cátedra.

Vázquez Cabrera, Juan José (2003) *Los recursos básicos de la atención a las personas sin hogar en Madrid desde la perspectiva de los usuarios*. Madrid, Consejo Económico y Social de la Comunidad de Madrid.

Vielva Martínez, María Carmen (1992) “Estrés psicosocial y alteraciones emocionales en transeúntes marginados. Papel modular de las redes de apoyo social”. *Intervención Psicosocial*, Vol. 1, Núm. 1, pp. 79-86.

Vilasagra Ibarz, Joan (2000) “Los debates sobre pobreza urbana y segregación social en Estados Unidos”. *Scripta Nova*, Universidad de Barcelona, Núm. 76, (15 de noviembre).

Von Mahs, Jürgen (2005) “The Sociospatial Exclusion of Single Homeless People in Berlin and Los Angeles”. *American Behavioral Scientist*, Vol. 48, Núm. 8 (April), pp. 928-959.

Wacquant, Löic (2006a) *Entre las cuerdas. Cuadernos de un aprendiz de boxeador*. Buenos Aires, Siglo XXI.

Wacquant, Löic (2006b) “La banlieu no es el Bronx”. *Foreign Policy*, Edición Española. Núm. 17, (Oct-Nov.), pp. 43-49.

Wacquant, Löic (2001) “Marginalidad urbana en el próximo milenio”. En: Wacquant, Löic. *Parias urbanos. Marginalidad en la ciudad al comienzo del milenio*. Buenos Aires, Manatí, pp. 167-189.

Wacquant, Löic (1999a) “De Norteamérica como utopía al revés”. En: Bourdieu, Pierre (Director). *La miseria del mundo*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica de Argentina, pp. 125-132.

Wacquant, Löic (1999b) “The Zone”. En: Bourdieu, Pierre (Director). *La miseria del mundo*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica de Argentina, pp. 133-150.

Wallace, Samuel (1965) *Skid Row as a Way of Life*. Totowa, N. J., Bedminister Press.

Williams, Brett (1988) *Upscaling Downtown: Stalled Gentrification in Washington Dc*. Ithaca, Cornell University Press.

Wilson, William Julius (1996) “Ghetto-Related Behavior and the Structure of Opportunity”. En: Wilson, William Julius. *When work disappears: the World of the new urban poor*. New York, Alfred A. Knopf, pp. 50-86.

Wolch, Jennifer; Rahimian, Asfaneh y Koegel Paul (1993) “Daily and periodic mobility patterns of the urban homeless”. *Professional Geographer*, Vol. 45, Núm. 2, pp. 159-169.

Wolch, Jennifer y Rowe, Stacy (1992) “On the streets: mobility paths of the urban homeless”. *City and Society*, Vol. 6, Núm. 2, pp. 115-140.

Wright, Talmadge y Vermund, Anita (1996) “Suburban Homelessness and Social Space: Strategies of Authority and Local Resistance in Orange County, California”. En: Dehavenon,

Anna Lou (Ed.). *There's no place like home: anthropological perspectives on housing and homelessness in the United States*. Wetsport, Connecticut, Bergin & Gravey, pp. 121-143

Zenner, Walter P. (1980) "Urban family, kinship and interpersonal relations". En: Gmelch, George y Zenner, Walter P. (Ed.). *Urban life. Readings in Urban Anthropology*. New York, St. Martin's Press, pp. 137-143.

## **Periódicos**

### **ABC**

"Revuelta vecinal por la instalación del albergue contra el frío en Carabanchel". En: [www.abc.es](http://www.abc.es) 22 de Noviembre de 2004 (Bajado en Mayo de 2006).

"Botella pide a las localidades vecinas que creen recursos para los sin techo". En: [www.abc.es](http://www.abc.es) 23 de Abril de 2004 (Bajado en Mayo de 2006).

### **El Distrito**

"El centro de acogida de los sin techos recibe sus primeras críticas por parte de los vecinos". En: [www.el-distrito.com](http://www.el-distrito.com) 23 de Febrero de 2005 (Bajado en Mayo de 2006).

### **El Mundo**

"Carrera de relevos entre España y Canadá por ser la octava economía mundial". En: [www.elmundo.es](http://www.elmundo.es) 24 de Enero de 2007 (Bajado en Octubre de 2007).

### **El País**

"La ONU denuncia la especulación sin freno del mercado inmobiliario español. Un inspector del organismo estima que el 25% de la población no tiene una vivienda digna", 2 de Diciembre de 2006.

"El salario mínimo subirá más del 5% en 2007, hasta alcanzar 570 euros". En: [www.epais.com](http://www.epais.com) 11 de Noviembre de 2006 (Bajado en Octubre de 2007).

"Las otras obras de Gallardón. Inyección millonaria en la plaza de la Luna", 14 de Octubre de 2006a.

"El pasadizo de Colón será un centro de información turística en abril", 14 de Octubre de 2006b.

"Urbanismo: ¿quién?, ¿dónde?, ¿cuánto? y ¿cómo?". Rodríguez-Piñero, Inmaculada, 7 de Octubre de 2006.

"Des-plazados". En: [www.epais.com](http://www.epais.com) 3 de Septiembre de 2006 (Bajado en Octubre de 2006).

"Plaga de indigentes y palomas", 23 de Agosto de 2006.

"Nos traen a todos los mendigos de la capital", 19 de Agosto de 2006.



“Gallardón busca una ley para llevar a los indigentes contra su voluntad a los albergues”, 1 de Julio de 2006.

“Un hogar en la marquesina”, 28 de Mayo de 2006.

“Un piso por las nubes”, 2 de Mayo de 2006a.

“Casas como referencia mundial”. Sánchez-Silva, Carmen, 2 de Mayo de 2006b.

“Un centro con menos oficinas y más vivienda habitada. Las asociaciones de vecinos piden a Gallardón que actúe con coraje para expropiar pisos vacíos y rehabilitar los distritos céntricos”, 8 de Enero de 2006.

“El año de las 800.000 nuevas viviendas. La construcción bate su sexto récord consecutivo, mientras se multiplican los signos de alarma”, 11 de Diciembre de 2005a.

“5000 madrileños viven en chabolas”, 11 de Diciembre de 2005b.

“Alquileres por las nubes en Madrid. Un piso de 90 metros cuadrados en la capital cuesta 1.080 euros al mes”, 9 de Diciembre de 2005.

“La especulación vuelve a rugir. La recalificación de millones de metros cuadrados de suelo en España propicia los abusos y los pelletazos inmobiliarios”, 4 de Diciembre de 2005.

### *IBL*

“Limpian de mendigos las calles de Madrid por la boda real”. En: [www.iblnews.com](http://www.iblnews.com) 29 de Julio de 2004 (Bajado en Mayo de 2006).

### *Madrid Diario*

“Vecinos de Carabanchel cortan la Vía Carpetana como rechazo de un albergue para indigentes”. En: [www.madridiario.es](http://www.madridiario.es) 15 de Noviembre de 2004 (Bajado en Mayo de 2006).

### *La Razón*

“La decisión de hacer el albergue en Vicálvaro no debe provocar rechazo vecinal, dice Botellas”. En: [www.larazon.es](http://www.larazon.es) 4 de Febrero de 2005 (Bajado en Mayo de 2006).

“El consistorio construirá el nuevo albergue para los sin techo en el polígono de Vicálvaro”. En: [www.larazon.es](http://www.larazon.es) 31 de Enero de 2005 (Bajado en Mayo de 2006).

“Tirso de Molina, plaza sin ley: todos los días vemos cómo atracan a un anciano”. En: [www.larazon.es](http://www.larazon.es) 10 de Octubre de 2004 (Bajado en Mayo de 2006).

### *Libertad Digital*

“No al Velódromo”. En: [www.libertaddigital.com](http://www.libertaddigital.com) 22 de Noviembre de 2004 (Bajado en Mayo de 2006).

*Qué!*

“El Ayuntamiento tiene censados casi 50 núcleos de indigentes”. En: <http://www.quediario.com>  
19 de Noviembre de 2007 (Bajado en Noviembre de 2006).

“Los mendigos tendrán prohibido construir su casa en la calle”, 30 de Junio de 2006.

## **Anexo 1**

*Acerca de algunos Informantes Claves*

Tras revisar los capítulos, es posible que el lector eche de menos una caracterización de las personas sin hogar sobre las cuales se organiza la tesis. El propósito que guía este anexo es justamente el de contextualizar las entrevistas y los cuadernos de campo, revisando brevemente las particularidades de ciertos informantes claves. Es por ello que la atención se circunscribe a algunas de aquellas personas que constituyen “el núcleo duro” de Ópera. Por motivos de espacio y buscando evitar el tedio, la información suministrada sobre cada informante es muy sucinta. De tal manera, el apéndice no debe ser interpretado como un bloque dedicado a las historias de vida.

### *Sebastián*

En diversos cuadernos de campo figura por su apodo de calle, es decir, como “El Siesta”. Nació en Madrid hace 65 años. Se crió con su madre, abuela y sus cinco hermanos. Desde pequeño tuvo que trabajar para llevar el sustento al hogar, y terminó ejerciendo el oficio de albañil. Estuvo muchos años casado con una mujer, y de hecho explica su situación de calle como consecuencia del fallecimiento de su pareja. A partir de entonces, “todo me da igual; bebo hasta ponerme morado”. La depresión lo llevó a cortar el vínculo con sus familiares y amigos, abandonó su empleo y se fue a la calle “con lo que tenía puesto; eso sí, me dio por coger una colonia”. Lleva unos nueve años en situación de calle, y no tiene reparos en proclamar que no tiene ni desea tener expectativas a futuro –“haré mi vida camaleónica hasta el día de mi muerte, que será en la calle”. Es una de las personas que más tiempo permanece en las inmediaciones de la Plaza Isabel II. Subsiste cobrando una Renta Mínima y a partir de “chapuzas” ocasionales. Frecuentemente se desempeñó, sin que se lo solicitase, como la persona que me aclaraba cualquier posible duda sobre algún término que surgía entre los *homeless*. Siempre le estaré agradecido por todo lo que me ha enseñado durante estos años.

### *Lionel*

También conocido como “El Jirafa”, tiene 60 años y es oriundo de Madrid. Recuerda su infancia con nostalgia, habla de sus padres con mucho cariño. Con su hermano mantiene contacto, aunque bastante esporádico. Vivió muchos años en Bilbao, donde trabajó como empleado de seguridad, se casó y tuvo tres hijos. Luego su mujer lo echó del hogar “por portarme como un gamberro, las cosas hay que decirlas como son”. Entonces se trasladó a Valencia, donde un conocido le consiguió un trabajo nuevamente en el sector de seguridad. Allí se volvió a casar y tuvo otros cuatro hijos. Pero su mujer “se dedicaba a putear, y se fue con un

moro primero, y después con un drogadicto”. Él soportó la situación durante un tiempo, dedicándose exclusivamente al trabajo y a cuidar de los niños. Pero finalmente la depresión fue más fuerte. Cuando los pequeños terminaron en un centro para menores, se refugió en la casa de sus padres en Madrid. Para entonces, ya tenía problemas con la bebida. Al poco tiempo, y debido a la edad avanzada, sus progenitores murieron. Esa fue la gota que rebalsó el vaso. Lleva poco más de cinco años en situación de calle. Probablemente sea quien más recursos consigue, pero también el más arriesgado entre las PSH de Ópera. Los ingresos que obtiene gracias a la Renta Mínima, se complementan con la mendicidad, así como con las actividades “un tanto ilegales” que fueron mencionadas en el capítulo 3. Así, el Jirafa alterna etapas donde vive “como un rey” –durmiendo en pensiones, comiendo en buenos restaurantes, etc.- con otras donde pernocta en Ópera.

### *Bruno*

Nació en Palencia, hace 54 años. Su infancia estuvo marcada por la poliomielitis, enfermedad que lo obligó a pasar muchos años en un hospital en Santander. Sus padres debían ocuparse del campo y de sus nueve hermanos, motivo por el cual supo lo que era la soledad desde muy pequeño. Bruno se casó y tuvo cuatro hijos. Producto de su discapacidad, trabajó durante un tiempo para la Once. Pero, cuando perdió el empleo, le fue imposible sostener a su familia. Al desahucio le sucedieron una serie de traslados con su mujer e hijos por albergues sociales de distintas ciudades y las casas de diversos familiares. Cuando la situación resultó inaguantable, su esposa se instaló junto con los niños en la casa de su padre. Bruno siempre tuvo una mala relación con su suegro; fue así que comenzó su situación de sinhogarismo. Buscando el anonimato, se instaló en las calles de Madrid hace unos 16 años. Debido a su escasa movilidad y al tiempo que lleva en la zona, pasa muchas horas en la plaza y, sin duda alguna, es quien más ayudas recibe de los vecinos del barrio. No obstante, durante semanas, y especialmente en los meses de frío, este hombre afable y divertido pasa temporadas en la casa de su madre en Palencia. Bruno representa un típico ejemplo del sinhogarismo cíclico.

### *Nicolás*

Conocido en los alrededores de la Plaza Isabel II como “El Duque” por su distinción y elegancia, tiene 59 años y es madrileño. Creció con sus hermanos y padres “en una familia feliz” proveniente de los sectores populares. Se casó “con una mujer estupenda”, y tuvo “seis hijos estupendos”. Sus problemas comenzaron con el cierre de la fábrica donde trabajaba como

mecánico. Al haber superado los 50 años de edad, no le resultó sencillo conseguir empleo en otros sitios. Hizo tareas ocasionales en diversos lugares, pero ya no volvió a conseguir un puesto fijo. El desempleo desencadenó en los conflictos familiares y el divorcio. Como si se tratase de un paso lógico e inevitable, luego vino la calle. No obstante, el Duque mantiene el contacto frecuente con sus familiares. En los casi cuatro años que lleva residiendo en la vía pública, Nicolás ha realizado diversos trabajos, pero todos fueron empleos que duraron días o unas pocas semanas. Así, y aunque lo haya negado durante mucho tiempo buscando evitar la sensación de vergüenza, otra de las formas que tiene de conseguir dinero consiste en la mendicidad.

### *Mariano*

Es oriundo de Alicante, ciudad en la cual nació hace 52 años. Su infancia estuvo marcada por el abandono paterno y los malos tratos por parte de su madre y abuela. De hecho, con tan sólo 13 años, lo echaron del hogar. A partir de entonces, trabajó en distintos rubros, especialmente como camarero. Mariano reconoce ser alcohólico desde que comenzó la adolescencia; también le han diagnosticado problemas graves de salud mental –“vamos, que me han dicho los médicos que estoy loco”. En definitiva, la combinación de ambos factores lo ha conducido a que, desde su infancia, alterne etapas de calle con otras en albergues, pensiones, y demás formas de precariedad residencial. Estuvo casado casi ocho años y tuvo una hija. Pero los conflictos con la familia que logró formar lo llevaron a alejarse de su ciudad natal. En 1986 se trasladó a Madrid –“fui a Madrid porque fue el primer tren que cogí, que si el tren hubiese tenido dirección a Vigo terminaba en Vigo”. A partir de entonces, las temporadas de calle y desempleo aumentaron en detrimento de los períodos bajo un techo y de trabajo. No obstante, cuando toma la medicación que le han recetado, Mariano es una de las personas más agradables y lúcidas que he conocido a lo largo del trabajo de campo.

### *El Capitán*

Debido a su simpatía, generosidad y estilo de vida bohemio, es un personaje muy popular entre los *homeless* de Ópera. Nació en Ciudad Real hace unos 64 años. Proviene de una familia de campesinos, donde el padre disciplinaba con mano de hierro a sus hijos. Una de las formas que tenían sus progenitores de ganarse la vida consistía en vender vino. Ya de pequeño el Capitán tomaba a escondidas con sus hermanos; así, este hombre afirma que es alcohólico desde los seis años -uno de sus hermanos murió de cirrosis. Con 14 años de edad, decidió probar suerte en

Madrid y se instaló en la casa de una hermana. Lleva desde tal fecha girando por toda España desempeñando los más diversos oficios. Nunca se casó ni tuvo hijos y terminó perdiendo el contacto con su familia, un poco por la falta de interés por ver a determinados parientes, otro poco debido a la muerte de los seres que le eran más próximos. Para el Capitán, la plaza Isabel II es el sitio más importante en sus estadías madrileñas. No obstante, es uno de los tantos espacios a los que acude en sus traslados permanentes de un lugar a otro.

### *Alfredo*

Tiene 46 años y lleva toda la vida viviendo en Madrid. Tuvo una infancia “normal, feliz”, donde convivió con sus tres hermanos y sus padres. Como el resto de los integrantes de Ópera, tuvo que dejar los estudios para dedicarse al trabajo. Siempre se desempeñó como peón en la construcción, pero en los meses de verano buscaba más trabajo en otras actividades. Se casó y tuvo dos hijas. Explica su situación de calle como consecuencia del divorcio primero, y de los problemas laborales en segunda instancia. Su magro sueldo se esfumaba para pagar la cuota alimenticia de sus hijas; a ello debemos sumar la explotación en el ámbito laboral de una empresa que finalmente lo dejó en la calle, sin haber realizado los aportes correspondientes. Vivió durante un tiempo cerca de Ópera, y conoció a sus actuales compañeros bebiendo vino en la plaza. Lleva unos tres años en situación de calle. Lo conocí cuando comenzó con el proceso de sinhogarismo. En aquel entonces, continuaba buscando empleo; con el paso del tiempo, se desilusionó al ver las posibilidades denigrantes que le ofrecían. Comprendió que ayudando a aparcar coches, dedicándose a la mendicidad, a alguna que otra “chapuza”, más lo que percibe de Renta Mínima, obtiene una suma que no se aleja demasiado de lo que le ofrecían en los trabajos donde se presentaba. Alfredo lleva varios años de novio con Teresa, quien durante muchas semanas del año se instala a hacerle compañía en Ópera, y en otros momentos le permite pasar unos días en su pequeño hogar donde reside junto a sus hijos.

### *Juancho*

Es de Bilbao, ciudad donde nació hace 53 años. Afirma haber tenido una infancia “como la de cualquier otro chavalito”. Transcurre buena parte del invierno en dicha ciudad, en la casa de su padres y rodeado de sus hermanas –a quienes no ha confesado sus tiempos de calle. Pasa varios meses del año en las Canarias, en el circo donde trabaja. Para él, Ópera es el espacio y tiempo de desempleo. Los momentos donde no tiene trabajo, y si no hace demasiado frío, se traslada a Madrid -a la plaza Isabel II específicamente. Conoció a la gente de Ópera hace unos diez años.

Entonces, el padre lo había echado de la casa debido a conflictos por dinero –luego la relación se recompuso. Buscando evitar el estigma, escapó de Bilbao y se instaló en Madrid. En la capital de España inició su estadía como sinhogar. Luego consiguió su actual empleo en el circo, lo cual le permitió escapar del sinhogarismo permanente, más no así del cíclico.



## **Anexo 2**

### *Mapas de la Plaza Isabel II, Recursos Sociales y Asentamientos de Personas sin Hogar en Madrid (\*)*

---

(\*) Los dos primeros mapas fueron proporcionados por J. López Aranguren y R. Lorenzo (2005). El tercer mapa corresponde a los asentamientos de PSH resgitrados por el Samur Social, el cual fue publicado en el periódico *Qué!* el 19 de Noviembre de 2007.

# PLAZA DE ÓPERA

[nodo4]

## MOBILIARIO



bancos    mesas    sombrillas    vallas

## EQUIPAMIENTO



aseos    duchas    fuentes

## VEGETACIÓN



árboles    arbustos    flores

## USUARIOS



15 personas de edad media sentadas,  
descansando o esperando junto al metro.  
Gente muy variada.

## VIGILANCIA



policia    videocámara

## GESTION

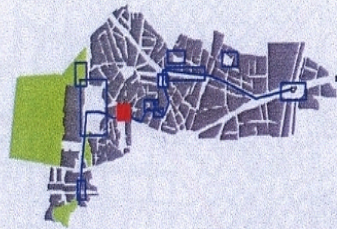
PÚBLICA

## ACCESIBILIDAD

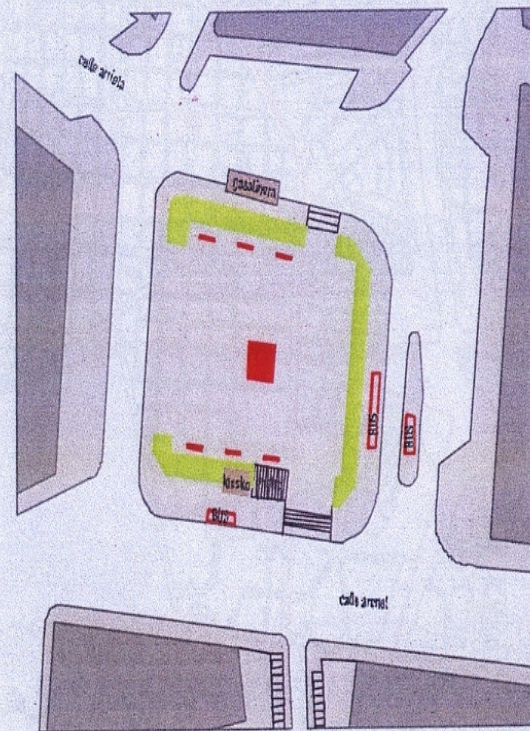
LIBRE

## PROCESOS

Plaza reformada al mismo tiempo que el teatro real.  
Forma parte del circuito turístico.



utilización  
noche  
día



Esta plaza carece de barreras visuales; es un espacio abierto sin lugares de intimidad.

La sensación térmica que proporciona es dura, prácticamente sin sombra en todo el área pues los únicos árboles se encuentran en el perímetro, dejando los bancos al sol prácticamente todo el día. El nivel de ruido es bastante alto, los coches circulan por todo el perímetro, y la distancia a los bancos es muy poca. La gasolinera, en uno de los laterales aumenta el tráfico y los olores.

0 10 25

■ mobiliario urbano (benches)  
■ árboles





## MADRE DE LOS 'SIN PAPELES'

Cientos de ecuatorianos asistieron ayer a la procesión de la Virgen de Quinche, también conocida como Virgen de los 'sin papeles', para honrar a la patrona de Ecuador en el barrio de la Ventilla.



Durante la procesión hay 'distraces de negritos' que provienen de la tradición de una tribu ecuatoriana.  
• Los payasos, que son una costumbre típica del país, alegran y hacen chistes.

## Y ESTE BOTÓN...

Desde hoy, voluntarios de la Cruz Roja enseñarán a los mayores a utilizar el móvil con el fin de que sepan hacer uso de las nuevas tecnologías.



## SERVICIOS SOCIALES ACABA DE ENTREGAR UN INFORME ACTUALIZADO CON EL MAPA

# El Ayuntamiento tiene censados casi 50 núcleos de indigentes

DIEGO CALDENTEY  
dca@elcomercio.es

El universo de las personas sin hogar se expande por decenas de puntos en la geografía madrileña. A petición del Grupo Municipal Socialista, el área de Servicios Sociales del Ayuntamiento acaba de actualizar un informe, al que ha accedido Qué!, en el que detalla 45 puntos concretos

**EL INFORME FUE ENTREGADO EL 23 DEL PASADO MES AL GRUPO MUNICIPAL SOCIALISTA**

de la capital donde tiene censados núcleos de indigentes. Es decir, áreas específicas en las que grupos integrados por no menos de tres o cuatro 'sin techo' duermen a la intemperie. En algunos parques y plazas superan la treintena. Las calles de los distritos Centro, Arganzuela y Moncloa son las que albergan más asentamientos de este tipo.

## LAS CIFRAS VARÍAN DE 1.500 A 5.000

Para el Consistorio hay 1.500 personas sin hogar. En el informe suman más de tres centenares los que viven en agrupamientos marginales. Pero hay que añadir los que lo hacen de manera solitaria y los que asisten a albergues, temporalmente. Algunas ONG hablan de 5.000 'sin techo'.

### EL NUEVO MAPA DE LOS 'SIN TECHO' EN LA CAPITAL







### **Anexo 3**

#### *Fotografías*





Fotografía de August Sander. Imagen prototípica del “hobo” de principios de siglo XX

Fotografía de Matías Costa. Retrato del sinhogarismo actual en Madrid (Túnel de Plaza España)





Fotografías de Matías Costa. Retrato del sinhogarismo actual en Madrid (Viaducto de Segovia y Plaza Mayor)







Fachada del Teatro Real, Plaza Isabel II



Uno de los laterales del Teatro Real, con el Palacio y los Jardines Reales de fondo





Plaza Isabel II, cuando los árboles se convierten en armarios donde esconder las pertenencias



Plaza Isabel II, apropiación del espacio pese a la ausencia de PSH





Fotografía de Matías Costa. Jardines Reales, arbustos donde pernoctan algunos de los integrantes de Ópera (nótese los cartones ubicados en la base de uno de los árboles)



Plaza Isabel II, dos veces al año se instala un mercado de artesanías, alterando la fisonomía de la plaza así como las dinámicas de las PSH





Ejemplo de apropiación de espacios y sedentarismo



Ejemplo de apropiación y decoración de espacios



La dificultad de acumular objetos



El karma de los traslados





Cambios en el mobiliario urbano: rejas que impiden el uso de los espacios



Enrejado de espacios. En la fotografía se retrata el portal del Ministerio de Agricultura, cuyo enrejado implicó el traslado de decenas de PSH



Cambios en el mobiliario urbano: sustitución de los bancos rectangulares por los individuales







Cambios en el mobiliario urbano: los nuevos cubos de basura poseen un diseño que impide revisar en los mismos





Túnel de Plaza Colón. Debido a que los permanentes traslados no lograban evitar la presencia de PSH, el Ayuntamiento resolvió dicho “inconveniente” tapiando al mismo





Túnel de Plaza Colón: relación de una PSH con los vecinos del barrio expresada en sus escritos sobre los cartones (ídem próxima página)

**GRACIAS...**

A TODOS LOS Q ME HAN DADO COMIDA, ROPA, RO, LECTURA, TABACO, AMISTAD, CHARLO, UNA SA, UN SALUDO AL PASAR, GRACIAS A LOS JOVENES SER TAN ENROLLADOS, A LOS NIÑATOS POR SER TAN PÁTICOS, A LAS GENTES DE TODAS LAS EDADES, RAZ Y ÉTNIAS Q SE HAN SENSIBILIZADO. A LOS **MUNICIALES** Y A LOS DE LA **LIMPIEZA**, POR SU AMABILIDAD Y RESPETO, A LOS VECINOS Q NOS HAN HECHO UNAS NAVIDA MUY AGRADABLES, A LOS VOLUNTARIOS Q NUNCA HAN FALTA A SU CITA, A LOS ADVENTISTAS, A LOS DELEJÉRCITO O SALVACIÓN, A JOSÉ, EL DE LA BICI, A LOS DEL PANS CO. POR TRATARNOS COMO A PERSONAS Q SOMOS, A LOS NIÑOS Y A LOS PERROS Q SE ACERCABAN, CUANDO LES DE JABAN. SÓLO SIENTO LA AMARGURA DE NO PODER INCLUIR A LA IGLESIA CATÓLICA (A LA CUAL PERTENEZCO POR BAUTISMO Y DEMÁS SACRAMENTOS). JAMÁS, NUNCA, HA MOSTRANDO EL MÁS MÍNIMO INTERÉS, Y MIRA Q PASAN POR AQUÍ! ESTOS 7 MESES HAN SIDO UNA EXPERIENCIA MUY ENRIQUECEDORA PARA MÍ. PERO ME VOY PORQUE ESTOY PREDICANDO EN EL DESIERTO Y NO QUIERO TERMINAR ALCOHÓLICA O CON LA CABEZA DESAHUEBLADA. TENGO UN HIJO Q SÓLO SABE GASTAR EL DINERO Q LE DA SU ABUELO Y, PUESTO Q SÓLO TIENE 17 AÑOS, QUIERO Q APRENDA Q EL DINERO, EN EXCESO, NO DA LA FELICIDAD, ASÍ Q ME LO LLEVO AL CAMINO DE SANTIAGO.

A LOS INDIFERENTES Y A LOS Q PIERDEN SUS ENERGÍAS PARA ECHARNOS DE AQUÍ, DECIRLES Q EL ODIO NO HACE FELIZ, Q INTENTEN DAR, AUNQUE SÓLO SEA UNA SONRISA O UN SALUDO Y SE SORPRENDERÁN!

*Kalos*



HAY UN VIGILANTE EN EL APARCA-  
 MIENTO, AL QUE LE MOLESTA QUE  
 VAYAMOS AL SERVICIO. PORQUE?  
 SOMOS LO QUE NO EXISTE, EN-  
 TRE LOS ANIMALES IRRACIONALES.  
 SI VEMOS A UN CONGÉNERE AHO-  
 GARSE, EN VEZ DE TENDERLE  
 UNA MANO, LE HUNDIMOS LA  
 CABEZA PARA QUE SE AHOQUE.  
 NI SIQUIERA LE DEJAMOS EN PAZ,  
 POR SÍ, A CASO, CONSIGUE SAL-  
 VARSE SOLO. ESO MISMO ES-  
 TÁ HACIENDO EL AYTO. CON NOSO-  
 TROS.

ESTA CANCIÓN LA ESCRIBO PARA Q INTUYÁIS LO DÍ-  
 CIL Q ES VIVIR SIN INTIMIDAD.

### ME PICA UN HUEVO (SINIESTRO TOTAL)

DE PEQUENITO SIEMPRE HE LLEVADO EN MI INTERIOR "ABANDER-  
 DO"; EL DÍA MÁS SEÑALADO, CUANDO CUMPLÍA COMO SOLDADO,  
 AL SENTIRME ENAMORADO, HE LLEVADO "ABANDERADO". PERO  
 SIEMPRE HE SENTIDO UN PICOR Q ME HA ESTREMECIDO. Y  
 ES Q ME PICA UN HUEVO. NO SÉ Q VOY A HACER, NO  
 SÉ QUÉ PUEDO HACER! EN LA CORTE DEL CONGO BELGA,  
 CON MI SMOKING Y MI SUEGRA, HAY UNA GRAN RECEP-  
 CION, UN PROTOCOLO DEL COPÓN, PRESIDENTES Y EMBA-  
 JADORES Y LA NOBLEZA DE LOS ALREDEDORES... A LA REI-  
 NA VOY A SALUDAR, CUANDO ENTRE LAS PIERNAS ME  
 VUELVE A PICAR....

ME HE APUNTADO DE ASTRONAUTA, A VER SI ASÍ SUENA  
 LA FLAUTA. HEMOS LLEGADO A LA LUNA POCO AN-  
 TES DE LA UNA. AL SALIR AL EXTERIOR VUELVO  
 A SENTIR ESE PICOR. CIENTO MILLONES DE ESPEC-  
 TADORES Y YO, SIN PODER RASCARME LOS COJO-  
 NES!

Y ES Q ME PICA UN HUEVO, NO SÉ QUÉ VOY A  
 HACER, NO SÉ QUÉ PUEDO HACER!

NO ES NADA AGRADABLE Q TE DESPIERTEN A LAS 8:00H  
 Y, SIN PODER IR AL BAÑO, NI DESAYUNAR, VIÉNDOTE TODO EL DÍA  
 PASA, TENGAS QUE HACER LA HUDANZA. LA DUCHA ESTÁ A 6  
 PARADAS DE METRO, EL SERVICIO (SOBRE TODO DE NOCHE), EN  
 EL 5º PISO, SIEMPRE ESTÁS EN UN ESCAPARATE, DE NO-  
 CHE, COMO ESTO ES LA CALLE, PASA TODO TIPO DE GENTE, A  
 LAS 4:00h TAMBIÉN RIEGAN, Y ENCIMA, NO TODOS LOS VE-  
 CINOS SABEN COMPORTARSE!

Palca





Fotografía de Matías Costa. Recursos Sociales. Roperos



Recursos Sociales. Comedores



## Recursos Sociales. Comedor Social



## El sinhogarismo como contraste e indiferencia







El sinhogarismo como contraste e indiferencia







Formas de economía informal: mercado “paralelo” del Rastro



PSH rescatando alimento de la basura